201
23 G
22

LOS

ÚLTIMOS DIAS DEL POETA COLOMBIANO

ADOLFO VALDES.

Digitized by Google

Digitized by Google

i 201. 23. G. 22

B E

Digitized by Google

ADOLFO VALDES.

Digitized by Google

LOS ÚLTIMOS DIAS

DEL POETA COLOMBIANO

ADOLFO VALDES

POR

EUSEBIO TAFUR.

VALPARAISO.
IMPRENTA DEL MERCURIO.
DE TORNERO Y LETELIER.
—
1874.

Digitized by Google

ES PROPIEDAD.

Digitized by Google

UNA CORONA FÚNEBRE. (1)

Hé aquí un nuevo libro, que en poco tiempo más podrán leer todos con el mismo interes con que nosotros hemos leido los manuscritos.

Cuando vea la luz de la publicidad, buscadlo todos los que amais lo bello, porque con eso habreis hecho una obra de justicia y una obra de caridad.

De justicia para las hermosas pájinas que hai en él; de caridad para los pobres a quienes se destina el producto de la edicion. Ah! Cuántas lágrimas vais a ver en él! cuántas vais a enjugar si lo protejeis! I os lo aseguro: al doblar algunas de sus tristísimas pájinas, tambien cuántas lágrimas vais a derramar!

Es la dolorosa historia de la agonia de un poeta peregrino, que vino a buscar lejos de su patria i de su madre la salud, i que encontró una tumba, lejos de su madre y de su patria.

La distancia! Qué amarga es la distancia! I qué triste es una tumba! Hallar su sepulcro a la distancia es morir dos veces. Morir en el seno de la familia es seguir viviendo en todos esos corazones; es hacer que recojan nuestro postrer aliento todos aquellos seres, para que sigan dándole vida hasta que desaparezca el último de ellos; morir asi es dejar de moverse, dejar de hablar; pero morir lejos, en tierra estraña, es morir para siempre, es perderse casi hasta en los recuerdos!

Asi murió el poeta a quien la amistad teje hoi una corona.

Asi, lejos de su tierra bendita, calló la lira, que fué el tesoro del que la poseia, el orgullo de su madre, i una esperanza lisonjera para su patria.

Pero si el poeta desapareció para siempre, la lira seguirá vibrando mañana en el libro que dará al público el amigo abnegado, el amigo modelo, que no descansó hasta dejar el cuerpo del bardo en el sepulcro, despues de haber arrebatado su alma a la muerte que no tiene término.

(1) Del *Mercurio* de Valparaiso, 4 de agosto de 1874.

A. V.

II.

Un dia de mayo del 73 llegaba a estas playas de Valparaiso el jóven poeta colombiano Adolfo Valdes, moribundo su cuerpo para la salud i muerta su alma para la fé.

La desgracia tenaz y en apariencia injusta lleva al escepticismo; pero el escepticismo de la intelijiencia es mucho mas horrible que el escepticismo de la desgracia.

Adolfo Valdes se sentia angustiado por la duda porfiada de la desgracia y por la duda martirizadora del alma.

Era desgraciado, pero no se acojia, ni a la fó que resigna, ni a la esperanza que sostiene, ni a la caridad que consuela.

O se dejaba abatir, o se entregaba a la estéril desesperacion, o soñaba con luchar contra el destino. ¡Como si el destino fuera algo capaz de ser vencido; como si no estuviera señalado a cada uno por la mano y por la voluntad omnipotentes de Aquel que ha dado a la tierra el destino eterno de jirar eternamente, al sol el destino de brillar y de mantener suspendidos en los espacios a los planetas que se mueven a su alrededor, i al hombre el destino de sufrir y de confiar!

Pero el alma del débil que padece piensa a menudo en sublevarse, i su inútil sublevacion i su impotente luchar viene a ser su peor martirio.

Aquí, sobre la mesa en que escribimos, está el retrato del jóven poeta. Hai en este rostro algo del proscrito i algo del jénio.

Si las exajeraciones no perjudicaran siempre, diriamos que hai algo de lord Byron.

Belleza atractiva i melancólica, tiene un sello indefinible de desden i de escepticismo: parece que al sufrir la amargura de sus padecimientos pretendiera burlarse de sus padecimientos.

Ojos profundos i soñadores, nariz recta, fogosa; labio inferior lijeramente saliente; frente ancha, espaciosa, frente de poeta, i todo eso teñido con la palidez de la enfermedad que ya lo devoraba: tal es a grandes rasgos el retrato que se verá en la primera pájina del libro que recomendamos a nuestro público.

Sí; hai en esa fisonomía algo de sufrimiento i algo de jénio.

¡Ah! desgraciados los mártires del talento! Infeliz del que sufre i tiene jénio!

La ignorancia o la imbecilidad tienen la fortuna de no servir para las

Digitized by Google

hondas heridas, para las amarguras profundas; tienen la buena suerte de la bestia: poder olvidar fácilmente.

Pero cuando existe en el que sufre la chispa del jénio; cuando su alma es un alma de poeta, entonces la imajinacion abulta el sufrimiento, i entonces tambien el que se siente perseguido quiere luchar contra la fatalidad que lo persigue; i se sufre la desesperacion de la impotencia, los fantasmas de la imajinacion, los raciocinios estériles de la intelijencia; en fin, se sufre la maldicion de tener jénio, junto con las lágrimas del dolor.

I entonces las injusticias de la suerte hieren mas hondamente, i la memoria i el corazon, tenaces, implacables, no dejan lugar para el olvido.

Ah! desgraciados los mártires del talento!

Asi sufria Adolfo Valdes, el poeta proscrito. Desterrado de su patria, donde habia combatido por la causa de la justicia, del órden i de la libertad en contra del tirano, se refujió al Perú a llorar sus desgracias i a seguir combatiendo, no ya con las armas de la muerte sino con las armas de la intelijencia, siempre por la causa de la libertad i en contra de la tirania.

El jóven poeta, impetuoso i libre, detestaba toda esclavitud en cualquiera parte i en cualquiera forma que se le presentase.

Llegó hasta detestar la esclavitud de la razon, esa redentora del hombre, i ese fué el grande error de su vida i la espiacion conmovedora de su muerte. Por eso se hizo libre-pensador, como en su patria se habia hecho libre soldado.

El clima del Perú acabó por decidir su enfermedad i por hacerla mortal.

Sus padecimientos le fueron al fin insoportables, i llegó a Chile buscando esa salud que sentia escapársele i que ya no podria conquistar.

III.

Los tristes i largos dias de su dolorosa enfermedad desde que pisó nuestro suelo, hé ahí la historia principal del libro que anunciamos.

Hermoso libro en que se han seguido con el interes del amigo, con la minuciosidad del cronista, con la paciencia i con la buena voluntad infatigables del cristiano, todos los detalles i todos los incidentes de la agonia prolongada del moribundo.

Esa minuciosidad podrá parecer un defecto, pero para nosotros es el mérito del trabajo.

En efecto: apuntes tomados dia a dia i a la cabecera misma del lecho en que se agotaba el poeta, esas pájinas tienen el sello de un libro de me-

Digitized by Google

morias íntimas, que su autor pensó talvez guardar como un recuerdo, o enviar a la familia de Valdes como un consuelo.

La mano curiosa de la amistad i la bendita mano de la caridad arrebataron, sin embargo, ese libro cariñoso de la familia para darlo al público. Por eso conserva ese carácter de prolija minuciosidad que su autor quiso darle, porque sabia mui bien que ningun detalle, que ninguna escena, que ningun jesto, podia ser indiferente para la familia del poeta; i que haber suprimido cualquier incidente, cualquiera palabra, habria sido una crueldad, un verdadero robo hecho al cariño de un padre anciano, de una madre desesperada.

Despues de eso, ¿no es verdad que quejarse de la minuciosidad de ese diario seria lo mismo que quejarse de que ese libro cumpla con su objeto?

Los que no os sintais conmovidos i húmedos los ojos al ver tantas escenas de tristeza, doblad, doblad las pájinas o guardad el libro, porque ese libro no se ha hecho para vosotros los insensibles del corazon, los que no teneis una lágrima para la desgracia ajena.

Otra observacion que podria hacerse, i esta es para el autor, nó para el libro, es la de dar al público esa historia precisamente aquel que aparece como el héroe mas simpático.

Sin embargo, hai tanta modestia, tan sincera i esquisita modestia en toda la narracion, que despues de leerla, aquella objecion no puede hacerse con honradez ni con buena fé.

Pero ¿a qué anticipar ni desvanecer objeciones que seguramente ninguno hará? Leed el libro, i al terminar no os quedará sino un fondo de tristeza por sus pájinas i de buena voluntad para su autor, que de seguro os impedirán hacer cargo alguno.

I luego, para acallar a la crítica que se detiene en la bella forma, en la elegancia mas o menos pomposa del decir, bastará observar que ese libro no va a salir con las vanas pretensiones literarias, sino con las pretensiones santas de hacer el bien. No saldrá en busca de triunfos ni de aplausos, sino en busca de una limosna bendita para los desgraciados.

Su autor no ha querido ser en esta ocasion, aunque se comprende que pudo haberlo sido sin dificultad, el literato que corrije, que rebusca, que pule, que modela, que castiga las frases, sino que ha querido ser sencillamente el amigo que toma nota de la agonia de su amigo, para ser despues el filántropo jeneroso que da el producto de su trabajo en beneficio de los pobres.

I tan cierto es esto, que aun despues que se decidió a dar su libro a la publicidad, a instancias de muchos de sus amigos, tenia la resolucion de darlo bajo un nombre supuesto, dejándose para él nada mas que la satis-

faccion de haber hecho el bien. Solo las razones que espone en la hermosa carta que sirve de prólogo a la obra, han podido decidirlo a revocar su determinacion.

Hé ahí desvanecidas a la lijera las objeciones que la crítica podria hacer al trabajo del señor Tafur.

Abrigamos, sin embargo, la esperanza de que nuestras palabras a este respecto habrán de ser perfectamente inútiles, porque nadie querrá ser el censor de una obra que no merece que se la reciba con acritud ni con mala voluntad.

Los numerosos protectores que ha tenido i que puede tener todavia esa publicacion, i cuyos nombres formaran una lista que se verá al fin de ella, como tributo de gratitud del autor, prueban que no es un trabajo inútil, sino un libro digno de despertar el interes i de merecer la proteccion de todos aquellos que se interesan por las buenas cosas, i que saben protejerlas.

Imperfecciones de detalle, episodios que algunos pueden no creer mui oportunos, digresiones que pueden parecer algo estensas, todas esas pequeñas cosas que se evitan limando i puliendo, i que al autor no han inquietado demasiado porque ha querido conservar las impresiones i la redaccion del primer momento, todo eso se pierde en el fondo hermoso del libro, como se pierden las pequeñas nebulosas en la inmensidad del cielo azul.

Nó, no temais engañaros adquiriendo la obra del señor Tafur. Cuando la conozcais, no os arrepentireis de tenerla. Ese libro no podrá ser un arrepentimiento para nadie, porque de cualquier modo que se le juzgue, será al fin una limosna que se ha hecho.

Una limosna hecha a los establecimientos de caridad, esa hermosa virtud cuyo nombre nunca se ha invocado en vano en nuestra buena patria, i a cuyo llamado nadie se arrepentirá nunca de acudir.

IV.

La obra protejida por el trabajo de don Eusebio Tafur es la de las hermanas de caridad que, en silencio i con esquisita delicadeza, dan el pan de la misericordia a una multitud de familias honradas que viven sepultadas en la mas espantosa miseria, i a quienes el pudor impide mendigar, i las enfermedades impiden trabajar.

¡Las hermanas de la caridad!

¿Hai algun nombre mas simpático que ese para el corazon de todos?

La hermana de la caridad, amiga, hermana, madre, está siempre donde

hai una lágrima que enjugar i un desgraciado que socorrer. I está siempre solicita, siempre cariñosa, siempre pronta, siempre dichosa con poder practicar el bien.

Mártir de abnegacion, no descansa mientras hai álguien fatigado, ni está contenta mientras álguien sufre, ni duerme mientras álguien vela.

Encarnacion viviente de la virtud cuyo nombre lleva, no tiene otros sufrimientos que los sufrimientos de los demas, ni otras alegrias que las alegrias de los otros, ni otra aspiracion que sacrificarse por la inmensa familia de sus hermanos.

Heroina del bien, esa santa mujer deja las debilidades de la mujer cuando se trata de hacer el bien: para ella no hai rudas fatigas, ni largas veladas, ni cansancio físico, ni cansancio moral: solo hai la actividad infatigable de lo bueno.

Médico del alma i del cuerpo, atiende con la misma solicitud, con el mismo esquisito cuidado, con el mismo delicado acierto, a los dolores del espíritu i a los padecimientos del cuerpo; venda con el mismo cariño las heridas roedoras del alma i las sangrientas heridas del cuerpo, i asi, si éste se pierde i muere al fin, aquella vive i se salva.

Sí; la hermana de la caridad es una creatura prodijiosa; es el ánjel del consuelo, que Dios manda a la cabecera del moribundo para que crea, espere i ame; es el orgullo de la virtud i de la civilizacion cristiana; i es tambien la espresion mas pura i mas perfecta de la poesia inefable del cristianismo.

La filosofia social la ha bendecido, los poetas la han cantado, el soldado herido en el campo de batalla la invoca, los hospitales le deben casi su existencia.

I nosotros, nosotros que nada tenemos que consagrarle, mas que el profundo sentimiento de nuestra admiracion sin límites, la veneramos en silencio i con recojimiento, pero con la intensidad inestinguible de un sentimiento que ha nacido con nosotros.

Porque nada hai mas simpático para el corazon de todos que la hermana de la caridad.

El libro del señor Tafur contiene en sus hermosas pájinas la historia de esa institucion casi divina.

Ese libro, todavia, está destinado a favorecer uno de los establecimientos dirijidos por ella.

¿No es verdad que ese libro tiene que ser simpático al corazon de todos?

V.

Las hermanas de la caridad fueron los últimos amigos, fueron la madre, en los últimos momentos del poeta colombiano.

Su madre! hé ahí un delirio para Adolfo Valdes. Aquello no era ternura, no era cariño solamente; era una locura, era algo como la fiebre de una alma apasionada hasta el frenesí. El jóven cantor, en medio de las decepciones i de las amarguras del mundo, dudó del bien, de la virtud, llegó a dudar hasta de Dios, pero nunca dudó ni olvidó un solo instante a su madre. Ese cariño era superior a su razon, al tiempo, a la distancia, al sufrimiento, superior a todo.

Desterrado, lo seguia la imájen de su madre; perseguido por el infortunio, el recuerdo de su madre lo consolaba; aflijido por la enfermedad que lo llevó al sepulcro, pensaba con inefable dulzura en las caricias de su madre. Siempre, a toda hora i en todas partes, su madre!

Un dia, los ensueños de su imajinacion, la poesia toda que ardia en su cabeza, las aspiraciones i los delirios indefinibles de su alma, tomaron forma, vida, se concentraron: amó a una mujer, i la imájen de esa mujer tuvo un lugar en su corazon al lado de la imájen de su madre.

Pero el cariño de esa mujer no era el cariño de su madre; ese cariño era mentira: aquella mujer lo engañaba.

Desde entonces el cantor errante perdió por completo la fé.

I asi, dudando de todo, escéptico del sentimiento i escéptico de la relijion, llevaba donde quiera una lira ardiente i un corazon muerto.

Estraño fenómeno el de un poeta que en nada cree! Es el mismo fenómeno de aquellos ateos buenos, honrados, casi sinceros. La poesia es hermana inseparable de la fé, porque la fé es el sentimiento, es lo grande, es lo bello, es la ternura de la madre, es el cariño del amigo, es el amor de una mujer querida, es el hombre, la naturaleza, la creacion, Dios.

Valdes era poeta, i su escepticismo no podia durar.

Como lo cuenta el libro del señor Tafur, un dia Valdes se revolvia en su lecho, desgarrado por los dolores de su penosa enfermedad. Era el crepúsculo, agonia del dia i de las aves, hora mas triste que las horas de la noche: un organillo, esa orquesta melancólica del pueblo, vino a tocar a las puertas de la quinta en que estaba el poeta moribundo, un fragmento de *Traviata*, precisamente aquella melodia dolorosa:

...Morir si juoven,
Io quó pennato tanto!...

Digitized by Google

La hora, la armonia de aquel instrumento, que tan triste suena en el silencio; la coincidencia desesperante del aire que habia elejido, i ¡quién sabe! la sombra misteriosa de una madre a quien llamaban los presentimientos inesplicables que a veces nos avisan lo que sucede a la distancia, vinieron a conmover profundamente el ánimo del enfermo.

I todo eso, la armonia, el crepúsculo, la tristeza, la música, una madre, todo eso que son las mas bellas manifestaciones de la poesia, hicieron nacer en el alma de Valdes la voluntad decidida i la resolucion irrevocable de creer.

I el poeta creyó, i se convenció de que la poesia no puede vivir sin la fé, como al fin se convencen los ateos buenos i honrados de que la fé es necesaria para vivir en el mundo, como es, antes que todo, necesaria para la vida del alma.

La fé es el amor, i un poeta lo ha dicho:

El corazon sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor!
Oscuro, inmenso desierto
Donde no nace una flor!

La fé es la redentora del alma; i si hoi no se trasladan montes con ella, se redimen a lo menos las desgracias.

Una vez tocado el poeta de una manera que llamariamos tan casual, si la casualidad no fuera para nosotros una palabra imbécil, entró de nuevo i con la sinceridad i el fervor de un apóstol en las antiguas prácticas que habia recibido en sus primeros años junto con los besos de su madre, i que lo hicieron morir con la tranquilidad, con la resignacion, con la casi alegria del que no ve en su conciencia un acusador ni un remordimiento, sino el mejor amigo, el mejor defensor.

VI.

Nos quedaria una palabra para las poesias del bardo colombiano, i para los otros materiales coleccionados en el libro que dará a luz el amigo abnegado i jeneroso de los últimos momentos de Valdes.

Pero ese grato trabajo seria inútil, ya que esas poesias han sido mas de una vez juzgadas i apreciadas como deben serlo: ellas forman una buena parte del volúmen que ha compuesto el señor Tafur; i en ellas están, no solo las que ya han visto en cualquier parte la luz pública, sino tam-

Digitized by Google

bion un gran número de producciones inéditas, que con trabajoso cuidado se ha podido procurar el autor del libro.

Finalmente, cierra la obra una hermosísima corona fúnebre, coleccion de preciosas estrofas dedicadas a la memoria del cantor del Cauca, por todo lo que nuestra América tiene de mas distinguido entre sus poetas. Los grandes nombres de la poesia chilena, peruana, colombiana, están ahí, tributando un recuerdo de estimacion i de dolor al que llevó un nombre tambien grande para la lira americana.

Tal es en resúmen el libro que don Eusebio Tafur piensa ofrecer al público.

En estas rápidas líneas no hemos querido juzgarlo, porque es un trabajo que vendrá despues: solo hemos querido anunciarlo i recomendarlo a los demas.

¡Ojalá quieran protejerlo, porque con ello habrán hecho una obra de justicia i una obra de caridad!

RAF. EGAÑA.

Digitized by Google

Digitized by Google

SEÑOR DON SALVADOR DONOSO.

Mui querido amigo:

Cuando en una de las visitas que hacia usted a Adolfo Valdes en la quinta "Guimaraens" le manifesté los apuntes intimos del libro de memorias en que consignaba lo que cada dia ocurria con mi amigo, me exhortó usted a que los continuara i los diera a la estampa, atribuyéndoles sin duda un interes que solo podia sujerirle la persona de que en ellos se trataba.

Mas tarde, un cúmulo de notables circunstancias vino a enriquecer esos apuntes con episodios conmovedores, i a las exhortaciones de usted se unieron las de otros amigos. Yo mismo sentia como una secreta necesidad de mi corazon hacer conocer el fin dichoso que ya entreveia a aquel que tanto me interesaba como amigo i como cristiano.

No obstante esta resolucion, como mi diario en su órijen fué solo para mí, i aunque para dar a luz el contenido de sus pájinas debia convertir su forma, no estaba decidido a poner mi humilde nombre en esa publicacion, no por cierto por huir de la responsabilidad de las muchas imperfecciones i faltas de que adolece, sino porque debia figurar yo mismo como uno de los personajes en esa historia, i la severa verdad con que deben referirse los hechos me obligaba a no velar ninguno de mis actos, practicados únicamente en el ejercicio del deber que nos está impuesto, no solo para con nuestros amigos, sino para con todos nuestros semejantes. Esta consideracion me obligó a ocultarme tras de un seudónimo, con el cual me he dirijido a mui respetables personas, pidiéndoles su cooperacion i una flor para entretejer la corona que me propuse colocar sobre la tumba de mi recordado amigo, propósito que veo realizado mas allá de lo que podia prometerme, por lo que son insuficientes los votos de mi reconocimiento.

Despues, he tenido que obedecer a las exijencias de personas tan respetadas como estimadas por mí, que han querido garantice el libro con mi propio nombre. Las reflexiones que han reforzado esas exijencias me han hecho abandonar la resolucion que habia tomado, i el libro deja, por tal causa, de ser anónimo.

En mi propósito de ser fiel en la narracion de la historia de "los últimos dias del poeta colombiano Adolfo Valdes," he tenido que dejar subsistentes muchos hechos bastante minuciosos i hasta la forma imperfecta de los detalles; por lo que, asi como por el conjunto de la obra, ruego por conducto de usted me sean disimulados por los que jenerosos dispensen a mi pobre trabajo su patrocinio i atencion.

El relato de los sucesos, el acopio de las bellas poesias que dejó el finado, i el continjente valiosísimo que he tenido la fortuna de recibir de parte de distinguidas intelijencias de la ilustrada patria de usted, de la mia i de otras naciones, han sido bastante materia para componer el libro que me permito ofrecer a usted como un

sincero recuerdo i un homenaje de amistad; a usted que fué el resorte de que la Providencia se valió para que hisiera renacer en el alma del poeta el amor casi estinguido al Mártir del Calvario i a María, a quien dedicándole hermosas estrofas, invocó hasta su postrer momento.

Me es necesario repetir a usted el objeto material del humilde trabajo que le ofrezco, el cual era otro motivo poderoso para velar mi nombre.

Sabe usted perfectamente que en el "Asilo del Salvador" de esta ciudad encontramos en las piadosas hermanas de la caridad el amparo i los consuelos de que necesitaba Valdes. Ha sido usted testigo de cuánto hicieron por él la mui venerable madre N. i la hermana X. (*) No ignora usted de cuánto bien son capaces aquellas virtuosas discípulas del mas grande obrero de la caridad; está usted al cabo de cuantos desgraciados, cuántas vergonzantes i cuántos desnudos acuden a recibir consuelos, a recibir un ausilio con la limosna distribuida en secreto por mano de las moradoras del Asilo, i en especial por las dos ya mencionadas. A ellas esclusivamente, i con ese fin he querido dedicar el producto de mi libro; débil ofrecimiento que me permito hacerles por el respetable conducto de usted, en satisfaccion de una deuda de mi corazon i en memoria de mi amigo Adolfo. ¡Ojalá que sus resultados alcanzaran a enjugar una lágrima! Ojalá tambien que el ejemplo en la manera de morir de Adolfo Valdes llevara un rayo de luz al fondo de alguna alma sumida en el triste arrullo del escepticismo! Entonces quedarian satisfechas mis aspiraciones, i seria la vez primera de mi vida que Dios me permitiria reputarme verdaderamente feliz.

Debo aun una manifestacion de gratitud, i le pido vénia para hacerla antes de terminar la presente.

Proscrito, léjos de la patria querida, i soportando la carencia de recursos natural al que se encuentra en mi condicion, no podia por mi mismo llevar a término feliz la publicacion de mis apuntes. Me atreví a hacer un llamamiento con tal propósito, por medio de personas respetables, a la benévola sociedad de Valparaiso; i ella ha correspondido jenerosa a mi esperanza, mas allá de lo que puede prometerse un estraño, aun en el círculo de los mas poderosos de un gran pueblo. Se trataba de protejer un libro, un libro que no se conocia pero que era dedicado a un fin de beneficencia, i usted sabe mejor que yo que la ilustrada sociedad de este noble pueblo se disputa un puesto preferente en toda empresa que lleve por enseña i por objeto *Caridad*.

El nombre de aquellas personas está asociado a mis mas profundas emociones; no lo olvidaré, i quiero que no sea desconocido. Por ello inserto la razon nominal de cuantos han contribuido con sus voluntarias erogaciones, si no al total del gasto de la publicacion, al menos a una gran parte. Mi gratitud para ellos es, sin duda, una débil retribucion; pero sepan siquiera que les pertenece.

Quiera usted aceptar benévolo mi pobre ofrecimiento, i recordar siempre a su invariable amigo i

Seguro servidor,

EUSEBIO TAFUR.

(*) A mi pesar he ofrecido no dar a conocer el respetable nombre de estas hermanas i el de todas las que figuran en el presente libro.

PRIMERA PARTE.

ADOLFO VALDES.

I.

Un dia del mes de mayo de 1873, cuando acababa de fondear en la hermosa bahia de Valparaiso uno de los vapores de la Compañia inglesa de navegacion en el Pacífico, saltaba a tierra un jóven de regular estatura, delgado, de hermosos ojos negros, i de mirada inteligente i meláncolica, el cual, guiado por un mozo que cargaba su pequeña maleta, tomó por la puerta de la casa de correos, i se dirijió al hotel Aubry, en el que momentos despues, estaba instalado como huésped.

El recien llegado no era otro que el poeta colombiano Adolfo Valdes, que venia del Perú a buscar en el benigno clima de Chile, la salud, que hacia mas de dos años sentia gastársele i huir á toda prisa.

Este mismo Valdes era el principal redactor de un periódico satírico-político, El Cascabel, que tomó a cargo la censura de los actos del gobierno que en la actualidad rije los destinos de aquel pueblo, mil veces infortunado i mil veces digno de mejor suerte.

Al siguiente dia de su arribo a este puerto, me encontraba con él

en casa del señor P. i me decia el objeto de su viaje, manifestándome asi mismo su propósito de no regresar al Perú hasta que no se restableciera el reinado de la lei i de las garantias que, por desgracia, parece estar completamente reñido con la administracion actual del señor don Manuel Pardo.

Raro era el dia que no me viera con nuestro jóven poeta, i podia notar, con verdadero pesar, que la enfermedad que padecia iba marcando en su semblante la huella del dolor que, aunque él pretendia disimular ante sus amigos, era bastante grave para que todos se apercibieran de que el progreso de la tísis iba destruyendo sus pulmones. Causa inevitable de la fatiga constante que sentia i de la tos dura i tan frecuente que tanto lo hacia padecer!

No pasó mucho tiempo, cuando el deseo de conseguir alguna ocupacion en cualquiera de las redacciones de los periódicos que se publican en Santiago, i buscarse de este modo recursos para soportar sus gastos mas precisos, le hizo concebir el proyecto de dirijirse a esa capital, para ponerse al servicio de la ilustrada prensa chilena, ya como colaborador o como director de algun diario o de otra publicacion literaria, que tan jenerales son en las capitales que, como Santiago, reunen un tan escojido número de escritores, llenos de intelijencia, de verdadera ilustracion i de esquisito gusto por las bellas letras.

Con este propósito, a mediados del mes de junio i cuando el invierno hacia su entrada con sus mañanas tristes i sus prolongadas i copiosas lluvias, nuestro amigo tomaba asiento en el primer tren que parte de este puerto para la memorable ciudad de las tradiciones de antigua nobleza, i nos despedimos de él, deseándole buena ventura i mejor acojida.

II.

Pasaron los dias, pasó un mes, pasaron dos, i no teniamos noticia alguna de nuestro viajero, hasta que un amigo que habia permanecido algun tiempo en la capital, nos referia que los miembros de la Academia de Bellas Letras le habian colmado de distinciones e introducido en sus salones; que varios periódicos literarios rejis-

traban diversas composiciones suyas, i que, en union de distinguidos jóvenes de esa ciudad, se ocupaba a la sazon de redactar un periódico jocoso-crítico, titulado El Entre-acto; publicacion que habia merecido buena acojida de la distinguida sociedad de Santiago.

Bastante conociamos nosotros su mérito como escritor, i mucho más como escritor satírico-jocoso, pues en el Perú le han valido sus artículos en prosa tanta reputacion, como elojios han alcanzado sus cantos de poeta sentido i creador; elojios bastante merecidos por preciosas composiciones, llenas de belleza i de sentimiento, que hacen resaltar, a primera vista, el mérito de su injenio y la gracia de su decir.

Si la muerte supiera respetar las virtudes humanas i las vidas preciosas que tantos i tan valiosos servicios tienen que prestar a las ciencias, a las artes i a la patria, en la la presente i en las futuras jeneraciones, no desaparecerian de nuestro lado tantos seres queridos que, en uso de las dotes que adornan su corazon e iluminan su intelijencia, están llamados a prestar importantes servicios a la humanidad i a aglomerar en el curso de su existencia nuevos laureles para engalanar con ellos el templo del saber.

Asi al poeta Adolfo Valdes, que tantas esperanzas prometia a la literatura americana, a quien solo le contamos treinta i tres años de edad, le vamos a ver desaparecer como el jazmin, que apenas nos brinda su fragancia en la mañana, dobla sus blancas hojas con los rigores de la tarde, i muere cuando recien los plataedos rayos de la luna vienen a disputarle su cándida blancura i a iluminarlo con su suave luz.

III.

A principios de setiembre del mismo año, leia ya una carta que Valdes dirijia a su jeneroso amigo don E. P., en la cual le anunciaba el malísimo estado de su salud, que la estacion del invierno lo habia destruido completamente, i que solo esperaba recuperar algo de sus fuerzas para regresar a Valparaiso, a donde vendria a dulcificar sus sufrimientos al lado de sus antiguos amigos.

Soi yo uno de los testigos de la dolorosa impresion que el señor E. P. recibió al leer la referida carta. Conozco la estimacion que ha profesado al que siempre trató como a su mejor amigo, i en cuyo favor ha venido haciendo, hace mucho tiempo, oficios del mas amoroso i mas tolerante hermano, llevándolos hasta la jenerosa condescendencia que nuestros propios padres muchas veces se niegan a tener con nosotros, a su pesar. Testigo presencial de ello, me es grato reconocerlo i manifestarlo asi en esta imperfecta narracion, que me he propuesto hacer con el fin de que queden consignados los principales episodios de los últimos dias del malogrado cantor del Cauca.

El 15 del mismo mes, cuando el pueblo de Valparaiso se ajitaba con grandes preparativos para la celebridad del memorable aniversario de su independencia; cuando los habitantes de este pueblo, emancipado por el precio de la sangre de sus hijos, recordaban sus triunfos, debidos al valor que en mil combates desplegaron, i cuando el himno de la patria se dejaba ya oir, como ofrenda elevada al Dios de las batallas, por las infantiles voces de los niños de los colejios, que hacian sus ensayos para estar espeditos a saludar la aurora del *Dieziocho*, llegaba Valdes al hotel «Colon,» atormentado por los ardores de una fiebre devoradora, rendido de cansancio i de fatiga, producida asi por el maltrato consiguiente al viaje, cuanto porque el curso violento de la enfermedad, gastando dia a dia su jóven existencia, tomaba gravísimas proporciones i hacia ya entrever un funesto resultado.

Pasaron los dias de las fiestas cívicas. El pueblo en su patriótica alegria, gozándose en los recuerdos de sus tradicionales glorias, i nuestro poeta sufriendo en su lecho de dolor la impotencia a que lo reducia la fuerza de su enfermedad.

Los que padecen afecciones pulmonares tienen momentos o dias, mejor dicho, en que parece que van a terminar su peregrinacion en el mundo; pero luego, súbitamente, experimentan una notable trasformacion que cambia por completo su estado de postracion y les infunde un poderoso espíritu de vida, que no solo halaga i fortifica a los mismos pacientes, sino que llena de consuelo a los que siguen con interes el triste curso de tan destructora dolencia.

No era menos lo que sucedia con el infortunado Valdes, a quien la víspera acabábamos de acompañar en un terrible acceso de fiebre i de dolores, i al que, cuando menos esperábamos, lo ve-

Digitized by Google

mos deleitándose en las caprichosas figuras que delineaban, en su ascension, las columnas de humo que despedia un oloroso habano que fumaba, meciéndose en un sillon de la sala de un amigo, en donde habia almorzado con un envidiable apetito.

Se trataba allí de hacer un paseo al bellísimo departamento de Limache, viaje que se vence en una hora por ferrocarril, i no faltó quien aconsejara al enfermo que se uniera a la caravana i tratara de esperimentar si las bondades de aquel clima eran propicias a su salud.

No pasó por alto la indicacion; i partió en nuestra compañía el dia 24 del mismo setiembre i llegó a Limache, lleno de animacion i con la esperanza de restablecerse por completo en ese lugar, cuyo clima es en verdad bastante benigno i de una dulzura agradable por de mas.

Instalado en el hotel Ingles, lo dejamos, al siguiente dia, despues de habernos asegurado que habia conseguido dormir con una tranquilidad de que hacia mucho tiempo no habia disfrutado, i repitiéndonos, con esa seguridad que nos produce una ilusion que nos complace fomentar, que despues de un mes de permanencia allí recuperaria sus fuerzas por completo.

Cuando todos sus amigos escuchábamos tales palabras, en las que se notaba un aire de firme conviccion, mi corazon sufria bastante. Veia a un jóven lleno de esperanzas i lleno de ilusiones, en cuya cabeza no se descubria aun ese tejido de hilos blancos que son el producto de los años o de los grandes dolores morales; esa existencia en flor, que si ha sido respetada aun por los rigores del tiempo, no ha merecido compasion alguna de un agudo sufrimiento físico; esa vida, en fin, próxima a apagarse como una lámpara pendiente del mastelero de una barca abandonada a los caprichos del viento, sin que haya seguridades de salvarla; i sintiendo mi dolor crecer, me fué preciso despedirme de él, porque hai ocasiones en que enfadan nuestras lágrimas a los mismos que provocan nuestra compasion i avivan nuestro dolor con sus pesares. ¡Los hombres llevan muchas veces su egoismo hasta irritarse porque las miserias que les abruman despiertan en sus semejantes esa santa simpatia que solo saben sentir en toda su estension los acostumbrados a sufrir, los acostumbrados a llorar!...

Digitized by Google

IV.

No he sido testigo presencial de lo que en el trascurso de veinte dias ocurriera al nuevo huésped del hotel Ingles do Limache; pero no he olvidado la relacion que el señor E. P. (a quien solo llamaremos E. en adelante) me hacia del lamentable fin a que, a pasos precipitados, marchaba su favorecido.

—Encuentro tan en mal estado al pobre Valdes, me decia una tarde que comiamos juntos, que tengo verdadero temor de que avance su gravedad al estremo de que nos sea difícil conducirlo a este puerto. En el hotel de Limache es humanamente imposible procurarle una asistencia tan prolija como demanda su enfermedad. So lo han hinchado los pies i la fiebre no le deja un instante. Yo le he propuesto que se venga; pero él atribuye la hinchazon a falta de ejercicio i a una debilidad que cree combatir a fuerza do alimentos bastante nutritivos que, felizmente se le proporcionan en el hotel a su deseo, i se resiste a venir, haciéndose la ilusion de estar mui aliviado i de que mejora cada dia.

—Regularmente los enfermos se creen en mejores condiciones, cuando están en estado de mayor gravedad, i parece quo su imajinacion se halagara en fomentar ilusiones sobre una mejoria que, muchas veces, es la precursora de una muerte inmediata. ¡Ojalá quiera la Providencia que no suceda esto con el infortunado Valdes!

Contestaba de esta manera a E., cuando uno de nuestros amigos llegaba en ese acto de Limache, i nos daba nuevas i desconsoladoras noticias del enfermo, agregando quo el médico, que lo habia visto allí, aseguraba que quizas no podria prolongarse su vida por dos meses más, i que, a fin do reducirlo a que se viniera a Valparaiso, le habia aconsejado que se hiciera ver por otro facultativo, a quien debia pedirle su opinion sobre la hinchazon de los pies i la prescripcion de algun otro método mas eficaz que el que habia adoptado hasta ese dia.

Cuando esto ocurria, el inmejorable E. habia hecho tomar, en una casa de huéspedes de esta ciudad, una cómoda habitacion, por

la que habia pagado un mes de arrendamiento adelantado, para tener, decia, un local que pueda ocupar el enfermo a su llegada, mientras se nos proporciona una persona que quiera recibirlo a pension i prestarle una asistencia esmerada.

V.

Pasaron dos dias despues de lo referido. Era el 14 de Octubre. Estaba yo a la sazon en casa del señor P. i me ocupaba en rejistrar los periódicos del Perú que habiamos recibido en la tarde anterior. Toda mi atencion estaba reconcentrada, como puede suponerse, en aquellos impresos, en que me parecia escuchar la voz del amigo, despertando los lejanos recuerdos que un diario publicado en el mismo suelo que nos vió nacer, nos trae a menudo hasta en los mas insignificantes anuncios de venta de un artículo de producto nacional o del arrendamiento de la casa a o b sita en tal o cual barrio; hojas impresas que evocan en nuestra memoria el santo recuerdo de nuestros padres, de nuestros primeros dias, de nuestros primeros amores o dolores; la voz, en fin, de la patria que, no dichosa, como deseamos verla, lamenta i censura los desvios de sus gobernantes, i maldice muchas veces la hora funesta en que se la entregó a aquellos que la llevan, con la túnica rasgada entre la ruina i la vergüenza, hasta la consumacion del terrible sacrificio de su paz, de su fortuna, de su ventura i de sus glorias. .

Leia precisamente una vez mas un documento oficial firmado por nuestro Ministro de Gobierno sobre la repatriacion de algunos individuos chilenos, que habian cometido en el campamento de Ocatara (1) diversos delitos de gran significacion, i ese alto funcionario, para vergüenza de mi patria, disculpaba la arbitrariedad del Gobierno, al sustraer a aquellos acusados de la accion de la justicia ordinaria, alegando que los crímenes en el Perú quedaban sin el condigno castigo por la insuficiencia de las leyes, por la lenidad de los majistrados encargados, por su ministerio, de aplicarlas, i por la ninguna garantía de las casas de seguridad para guardar a

(1) Via férrea de la Oroya.

Digitized by Google

los delincuentes i por el larguísimo período que contaban en el pais los juicios para terminarse.

Sublevado estaba mi sentimiento patrio en ese momento. No me daba cuenta do si en verdad era un ministro peruano el que tal cantidad de lodo arrojaba a la venerable imájen de su propia patria, o era un enemigo que la apostrofaba en medio de un vertijinoso acceso de despecho.

Cuando asi estaba ocupado, levanté súbitamente la cabeza, pues una lijera sombra me hizo notar, al traves del papel que tenia en la mano, que alguna persona se acercaba a la puerta del salon, i me encontré, cara a cara, con mi enfermo amigo que, cual la imájen del dolor, estaba pálido, fatigado i notablemente descompuesto el semblante. Tenia en una mano un cuaderno titulado SUD-AMÉRICA, publicacion literiraa de Santiago. Arrojólo al entrar casi con ira sobre la mesa, e hizo lo mismo con el sombrero i ol baston.

—El viaje me ha muerto... dijo, i cayó rendido de cansancio sobre el confidente que estaba mas inmediato a la puerta del salon.

Nadie se atrevió a dirijirle la palabra en ese momento.

Todos comprendiamos que, obligarle siquiera a escuchar una voz o una palabra, hubiera podido ahogarle, sofocarle, i esperamos en medio de un silencio uniforme, como para que nada le llamase la atencion, hasta que pasara ese terrible acceso, que revelaba a toda luz el malísimo estado en que se encontraba.

—¡Aire! aire!... decia, abanicándose con un pañuelo.

Abrimos las celosias de las ventanas que dan a la calle, i penetró una violenta ráfaga de viento fresco i delgado, que indudablemente le fué mui favorable.

Momentos despues se incorporó. Pidió una copita, una cuchara pequeña i un poco de agua fresca.

Todo lo tuvo en el acto.

Sacó del bolsillo de su sobretodo un pequeño frasco de *espectorante de cereza*, i pidió al amigo que estaba mas inmediato a él, que le sirviera una cucharada de aquel licor, para tomarlo disuelto en agua, de la que llenó la copa.

Bebió con avidez, i pronto lo vimos mas tranquilo i calmada su fatiga casi por completo.

—La señora Cristina Larrañaga me ha ofrecido una buena dieta, nos dijo mui tranquilamente. Cuando esté algo mas descansado,

Digitized by Google

continuó, me voi a hacer los honores del convite, pues quiero recojerme temprano para que se me llame un médico.

—Tiene usted alojamiento espedito en la casa de huéspedes de... esquina de... le dijo el amigo E. Aquí está la llave, cuarto número 12. El médico estará a su disposicion a la hora que usted desee.

—Gracias, querido E., contestó tomando la llave, usted es siempre mi mejor i mas bondadoso amigo, mi providencia perpétua.

Mientras tenia lugar este cambio de palabras entre los dos amigos, yo alababa la disposicion con que se preparaba a tomar una *buena dieta* el mismo a quien, no hacia una hora, habia visto casi moribundo.

—Son así la mayor parte de los tísicos, nos decia uno de los compañeros que, al ver llegar a Valdes lívido i jadeante, habia participado de nuestra dolorosa impresion. Tienen buena disposicion para comer hasta en los momentos de su agonia. Los tísicos, continuó, mueren comiendo o refiriendo alguna anécdota. He visto a varios morir asi de esa enfermedad en la célebre ciudad de Jauja.

—Allá verá usted lo que pasa con Valdes, añadió dirijiéndose a mí i golpeándome el hombro, como quien se propone sacar a otro del estupor que le ha causado algo extraordinario que acaba de presenciar.

Volví a tomar mi periódico i continué la lectura de los juicios que hacia la prensa de Lima sobre el mismo asunto de que ya he hecho mencion.

El desventurado Adolfo dormitó unos pocos minutos sentado en el confidente, i como lo recordara la campana del reloj que tocaba las cuatro:

—¡Es hora! dijo, restregándose los ojos, de acercarme al convite de la señora Cristina. Adios, amigos mios, hasta mañana, agregó cambiando un apreton de manos con todos los que estábamos en casa del señor P.

Bajó con paso firme la escalera, y así mismo subió a la casa del frente, donde habia sido invitado a comer la dieta, que ocupó su pensamiento por la mitad de ese dia.

VI.

No podia yo en toda la noche separar de mi imajinacion el pálido semblante del poeta. Sus grandes ojos negros y brillantes como dos solitarias estrellas, en medio del fondo oscuro del cielo en una noche de invierno; sus largos cabellos desordenados, como hilos de azabache, haciendo resaltar su amarillenta tez; sus labios despojados de ese color de púrpura que solo da salud perfecta, i sus manos secas i descarnadas, como si fueran las frias manos de un cadáver, todo se reproducia ante mi vista, en medio de la oscuridad de mi habitacion, con esa naturalidad con que solemos ver, con los ojos cerrados, aquellos cuadros que tan perfectamente pinta la mas hábil y creadora de las artistas: aquella que todos conocemos con el nombre de Imajinacion.

Pasé asi la noche, pensando por momentos en la triste situacion de un hombre enfermo, lejos de los tiernos cuidados de la familia, i me preocupaba la idea de la gravedad de mi desgraciado amigo, en medio de la bulliciosa concurrencia i de la indeferencia natural que se observa en un hotel.

—¿Qué será de este pobre jóven, me preguntaba? i no encontraba contestacion satisfactoria que darme.

Al fin, la necesidad de dormir venció indudablemente mi preocupacion; pasó el resto de la noche, i a las seis de la mañana siguiente me recordaba el ingrato graznido de dos bulliciosos gansos que habitan en su jaula a tres varas de distancia de mi dormitorio.

VII.

No me fué posible en la mañana pasar a informarme del estado del nuevo huésped de...* porque las atenciones de la salida del vapor para el norte me reclamaron todo el dia, que dediqué al despacho de mi correspondencia.

Pasadas las cuatro de la tarde, me dirigí a casa del señor P. i

me encontré con el inmejerable E., lleno de confusion i tristemente impresionado.

—El pobre Valdes está mui malo, fué su primera palabra. El doctor Allende lo ha visto y nos asegura que el estado de su enfermedad se aproxima a un desenlace funesto. Es necesario retirarlo de la casa donde está: la dueña nos ha dicho terminantemente que se le saque en el dia, porque si no, ella lo hará sacar i me lo mandará a mi casa, lo cual es de todo punto cruel, como imposible el tenerlo aquí. Impuesto el doctor de esta circunstancia, propuso al enfermo que se resolviera a pasar a una casa de sanidad, en la cual reciben pensionistas i prestan mui buena asistencia; pero Valdes se ha echado a llorar como un niño i nos ha dicho que prefiere morir a la intemperie en las orillas del mar o en medio de la calle. El doctor ha sufrido una grande impresion al verlo llorar i al oirlo lamentarse, i a mí me ha destrozado el alma... El señor Allende me ha ofrecido hacer diligencia de una casa en la cual se encargue alguna persona de recibirlo i asistirlo; pero seria conveniente que nosotros en el dia buscáramos por otro lado donde colocarlo. Acabo de suplicar a un amigo que pida a la señora del hotel que nos permita tener por tres dias al enfermo en el cuarto que con anticipacion hemos tomado, i ha convenido, pero a condicion de que no pase un dia más. ¿No conoce usted alguna persona caritativa que nos saque de esta angustiosa situacion?...

—Sí, le contesté. Tengo por fortuna una buena amiga, a quien la Providencia me pone en este momento por delante: es una hermana de la caridad. La buscaremos.

—¿Pero cree usted que tengan?...

—Las hermanas de la caridad saben vencer todas las dificultades que se les opongan para realizar una buena accion. Ante su voluntad, siempre dispuesta para hacer el bien i para enjugar las lágrimas de los que sufren, no hai obstáculos que resistan.

—Pues no perdamos tiempo. ¡Un coche! dijo E.

Y poco despues se presentó el sirviente diciéndonos que el coche estaba a la puerta.

Salimos, y al tomar asiento dije al cochero:

—Al hospital, tan lijero como puedas.

Antes de quince minutos entrábamos a esa casa, cuyo aspecto i movimiento interior dicen a los que pasan por sus puertas:—»Esta es la casa donde se combaten las dolencias del cuerpo con los

auxilios de la ciencia i de la caridad, i se alivian los dolores del espíritu con los santos consuelos de la religion.» (1)

Tomamos el segundo patio i nos dirijimos a la sala alta de Mercedes, situada a la derecha del establecimiento.

—¿Está allí la hermana A...? pregunté a una convalesciente que estaba sentada en una pequeña silla de paja a inmediacion de la puerta principal.

—Sí, señor, me contestó. Allí está; véala usted...

En efecto, era ella, que en ese momento tenia en sus brazos a una jóven enferma, incapaz de moverse sin ajeno auxilio. Su enfermedad la habia postrado demasiado, pero allí en su lecho de dolor, la caridad la habia puesto una hermana llena de abnegacion i de amor para velar por ella i consolarla.

Un momento despues se nos presentó la hermana, con esa dulzura y ese angelical candor que le notarán los que la hayan conocido, i nos condujo a un saloncito situado al extremo de su sala.

Al atravesarla, notamos el órden i arreglo de las sesenta camas que estaban ocupadas en ese dia. El aseo de ellas i del salon en jeneral, desde las paredes, blancas como una cortina de gasa, hasta el piso de madera, limpio i lustroso como el tablero de una mesa, me hizo decir a E., que solo las hermanas de la caridad podian conseguir i sostener un aseo tan exquisito en la sala de un hospital.

Luego manifesté a la buena hermana el objeto de nuestra visita. Nos ofreció salir a buscar una persona a quien conocia i a quien creia capaz de prestarnos el servicio que nosotros esperábamos alcanzar mediante sus buenos oficios, emplazándonos para la contestacion a las nueve de la mañana siguiente.

A las hermanas de la caridad no se les debe hacer largas visitas;

(1) El hospital de Valparaiso consta de un departamento para hombres i otro para mujeres. En ambos hai cuatrocientas cincuenta camas. Hai empleadas en él diez i ocho hermanas de la caridad.

Sus entradas fijas consisten en la dotacion señalada en el presupuesto general de la república, derechos de cabotaje, que paga a razon de cinco centavos por tonelada cada buque que fondea en el puerto i el producto de censos de algunas pequeñas fincas que han sido legadas al establecimiento, ascendiendo el producido de todos estos ramos a sesenta mil pesos mas o menos, cantidad que compone las entradas ordinarias.

Los gastos fijos ascienden anualmente a setenta i seis mil pesos, i el déficit de diez i seis mil pesos se llena con entradas extraordinarias, consistentes en el producido de las estadias del ejército i limosnas erogadas por el comercio de esta plaza i por varias familias acomodadas de la provincia.

tienen todas las horas del dia sujetas a un severo presupuesto aplicable a ocupaciones fijas i marcadas, i sabedores nosotros de esto, nos despedimos de aquella en quien, por esa noche, depositábamos las inquietudes que nos producia la complicada situacion de nuestro enfermo.

VIII.

Sonaba la última campanada de las nueve de la mañana del 16 de Octubre, cuando penetraba al hospital.

Apenas hacia la travesia del primer patio, me salió al encuentro la mui venerable madre S. superiora del establecimiento, i me encaminó a su salon de recibo.

—La hermana A. me dijo, no ha podido reducir a la persona de quien habló a ustedes ayer, para que se encargara de asistir a su enfermo en su propia casa. La pobre mujer tiene actualmente una ocupacion que no puede dejar; pero no se desconsuele por esto, continuó, fijando en mí una dulce mirada al traves de sus anteojos azules. La hermana ha pasado en el momento al Asilo del Salvador i ha interesado mucho en favor de ustedes a la madre superiora i a una de las hermanas, i no será estraño que a la fecha todo lo tengan arreglado, conforme a sus deseos. Yo le daré una cartita para la madre, a fin de que se entiendan i arreglen el asunto, de modo que ustedes i nosotros quedemos consolados. Dios allanará todas las dificultades que puedan presentarse. Tenga usted fé.

Las primeras palabras de la respetable superiora me causaron pesar; pero las siguientes fueron un horizonte abierto de esperanzas que me hizo ver todo completamente arreglado, como acababa de prometerme el aire de conviccion con que me hablaba.

Manifesté a tan digna señora toda la espresion de mi gratitud, i esperé que concluyera la cartita, que ya estaba escribiendo.

En posesion de ella, me dirijí a casa de E. para pasar, en su compañia al asilo, donde ya veremos cómo se vencen todos los obstáculos que van a presentarse.

Cuando llegaba a casa del señor P., fuí sorprendido por la presencia de Adolfo Valdes, que hacia una media hora que habia de-

jado su alojamiento, para disipar, segun me dijo, la profunda tristeza que de él se habia apoderado.

—Mañana en la tarde, dijo en seguida, sin dirijirse a nadie, se cumple el plazo irrevocable concedido por el dueño del hotel, para que cese de ser su huésped... Me parece sentencia de juez en una causa ejecutiva. Tercero dia sin lugar a apelacion... ¡Bendita suerte! esclamó con voz conmovida. El hombre enfermo, lejos de la patria i de los seres que ama, no puede tener derecho a un humilde rincon para morirse en él... Se le notifica de deshaucio, porque el triste estado de su enfermedad lo declara contumaz, i se decreta el lanzamiento con la misma indiferencia con que un juez, sin corazon i sin conciencia, firma la sentencia que condena por un delito que no está bastantemente comprobado... ¡Madre mia! madre mia!... esclamó, enjugando las lágrimas que corrian presurosas por sus descoloridas mejillas.

—¿Quién ha dicho a usted tal cosa? preguntó E.

—Nadie, amigo mio, nadie. Lo decian a usted en las inmediaciones del cuarto, i yo he podido oir todo por la ventana que estaba abierta...

—No se aflija amigo querido, replicó E. con cariñosa voz. Crea usted que para mañana le tendremos una casa donde será usted bien atendido. Confie usted en la Providencia.

—¡La Providencia! Sí, en ella esperan muchos; pero yo no sé si habria Providencia para mí si no fuera por usted.

—La Providencia no abandona a nadie, amigo Valdes, le dije yo tomando parte en el diálogo. Es preciso abrigar fé en el corazon, es preciso creer en ella, i...

—Yo creo en mi presente, contestó interrumpiéndome; creo en lo que veo, en lo que pasa por mí... lo demas, no quiero meterme a escudriñar. Tengo vivos los recuerdos de que el dia que no he trabajado no he comido. El dia que me ha faltado el calor de un amigo jeneroso, el frio del desconsuelo me ha hecho la vida insoportable.

—¿Y no ha visto usted en ese calor del amigo al ajente vivo i activo de la Providencia?...

—He visto la jenerosidad i un sentimiento noble; no he visto más.

—El dia llegará, amigo mio, en que se convenza que, tras de esa jenerosidad i de ese sentimiento noble, está la mano invisible de un

ser superior a todo. La mano de Dios, que es la Providencia misma.

—¡Pudiera! replicó, encojiéndose de hombros.

IX.

A la una de la tarde partiamos en un coche, en union de E. con direccion al Asilo del Salvador, adonde iba a introducirnos la cartita que la madre S. me habia entregado en la mañana.

En la travesia, lamentábamos la triste situacion del infortunado Adolfo, i nos daba miedo verdaderamente el pensar que quizá hubiese dificultades para sacarlo oportunamente de la casa de huéspedes, en la que solo podia permanecer hasta el siguiente dia, so pena de ser lanzado por la dueña.

—Aquello es una amenaza y nada mas, me decia E. ¿Cree usted que haya persona con bastante valor para poner en la calle a un desgraciado que no tiene otro *delito* que estar gravemente enfermo? ¿Ha visto usted o ha oido en su vida referir que alguien haya consumado un hecho tan horrible, que apenas se puede concebir?

—No, no lo he visto ni lo he oido jamas; pero ¡quién sabe si aquella persona sea capaz de lo que no nos atrevemos a creer.

—¿La conoce usted?

—No.

—Es una señora en cuyo aspecto, sin embargo de que no es nada simpático, se nota cierto aire de bondad que puede desmentir el juicio de usted, replicó E.

—Me alegraria, le contesté, pues nunca me he negado a un acto de reparacion justo.

—Pues ya verá usted.

—Dios lo quiera. Veremos como vienen las cosas; pero la notificacion que ha hecho a usted me da seguridades de ganar la cuestion.

Terminábamos el precedente diálogo, cuando el cochero paraba frente a una puerta marcada con el número 43 en la calle de Buenos Aires, i bajamos ordenándole que nos esperara.

Penetramos en el reducido espacio que hai de la puerta de calle

Digitized by Google

hasta un porton de madera, al estilo de los que se ven en todos los conventos de monjas. Tiramos del cordon de la campana, i al instante se abrió una ventanilla, por la cual se dejó ver la portera, que conocimos por el gran manojo de llaves que tenia pendiente de la cinta de su delantal, ensartadas en una delgada cadenilla de acero.

Debió de estar prevenida, porque, sin esperar que le hiciéramos pregunta alguna, cerró apresurada la ventanilla i prontamente nos abrió una puerta que se encuentra a la derecha de la entrada, por la cual penetramos a un modesto salon.

—¿Está aquí la señora superiora? le pregunté.

—Ya la han llamado, señor, me contestó la portera, jóven como de veintidos a veintitres años.

Nos ofreció asiento i se retiró del salon.

Inmediatamente se presentaron dos hermanas de la caridad.

Por el aspecto conocimos que, la que estaba mas inmediata a nosotros i que nos saludaba con atencion, era la madre N. La hermana solo nos hizo una esquisita cortesía.

—¿Es con la señora superiora con quien tengo la honra de hablar? le pregunté.

—La misma, servidora de ustedes, me contestó. ¿Son ustedes los caballeros que tienen un enfermo que necesita de algun cuidado de nuestra parte? preguntó ella a su vez.

—Sí, señora; somos los mismos, que, ante todo, ofrecemos a usted nuestros respetos. Tenemos una cartita de la señora superiora del hospital, i tengo el honor de ponerla en sus manos.

Como permanecíamos de pié como ellas, nos indicó la hermana que tomáramos asiento, mientras la madre pasaba la vista por la carta que acababa de entregarle.

Cuando concluyó, nos dijo:

—Todo está arreglado para mañana; solo falta que a ustedes les parezca bien la localidad que hemos podido conseguir. Para nosotras tiene la comodidad de la inmediacion, i que asi podremos ser útiles al enfermo en cuanto esté a nuestro alcance.

—Gracias, señora, dijimos a la vez E, i yo.

En ese acto, se presentó una negrita de aspecto jovial i agradable.

La madre N. nos dijo:—La Evarista, señalando a la recien venida, conducirá a ustedes, a la hora que gusten, a que vean la casa que

hemos conseguido, i los pondrá en relacion con la mujer que deberá encargarse del enfermo. Nos disgusta, continuó, que no haya desde luego un cuarto enteramente independiente para colocarlo, i esto por el apuro que la hermana A, nos ha manifestado que tienen ustedes por estar obligados a sacar al pobre enfermo mañana mismo del hotel; pero en dos dias más estará desocupada otra vivienda al interior, de mejores condiciones. Mientras, su amigo tendrá que estar con otro enfermo en la misma pieza.

Esto nos causó un lijero disgusto, que no sabemos si fué notado por la señora superiora, sin embargo de que ambos procuramos velarlo en lo posible.

Nos despedimos para volver luego, i guiados por Evarista, llegamos en pocos minutos a la casa consabida.

Penetramos al cuarto de la buena mujer, que estaba lista para ser la enfermera de nuestro amigo, i nos pareció demasiado reducido para dos enfermos.

Sin entrar en muchos pormenores, regresamos al Asilo, donde con franqueza hicimos presente a la madre N. i a la hermana X., que recien nos fué presentada en ese acto, lo inaparente que nos parecia la localidad para colocar en ella a nuestro amigo. I como si esas piadosas hermanas hubieran estado obligadas a sacarnos del apurado lance en que estábamos colocados, les pedimos que apelaran a otro recurso.

Cambiaron entre ellas unas pocas palabras, i como quien saca una idea perdida del fondo de su cerebro:—¡La quinta! dijo con viveza la hermana X...

—¡La quinta! repitió la Superiora. Ya habia yo pensado ahora mismo en ella, pero quizas no les agrade a estos caballeros.

—Si quisieran verla... dijo la hermana.

—En el acto, si a ustedes les es posible, le contestamos.

—Iremos, dijeron ambas.

—Hai un coche listo, añadimos nosotros.

—Estamos acostumbradas a andar mucho a pié; agradecemos su atencion, nos contestaron.

En ese momento pasaba otro coche desocupado por la puerta del Asilo, i en él rogamos i obligamos con instancia a nuestras buenas hermanas que tomaran asiento, y haciéndoles escolta, seguimos tras ellas, despues que dieron al cochero la direccion a la quinta de Guimaraens, calle de la Merced.

X.

Del Asilo del Salvador a la quinta de Guimaraens hai una distancia de diez cuadras, que venceriamos en doce minutos a lo más, despues de los cuales llegábamos i penetrábamos por un angosto postigo al pequeño patiezuelo, que da entrada a nn hermosísimo llano cubierto de diversos árboles i de flores esquisitas, que despedian una fragancia deliciosa.

—Esta es nuestra quinta, nos dijo, con voz llena de afecto, la mui respetable madre N. Desde ahora, la ponemos a disposicion de ustedes,.

Le agradecimos la fineza de su cortesía, i seguimos hácia la derecha, donde la hermana X. hablaba con una mujer, que parecia ser de la casa, i que, a la vez que escuchaba a la hermana, se fijaba en nosotros con bastante interes.

—Esta es la sala, nos dijo la señora Superiora, deslizándose por un pasadizo formado de tablas que conducia a una sala cuadrada i regularmente aseada.

—Pueden limpiarse un poco las paredes, colocar un trasparente en esta ventana que da a la calle, forrar esta otra con lienzo, colocar una cama, una mesa i unas sillas, i parece que no quedaria mal la salita, nos decia la madre N., manifestando un interes que nos cautivaba más i más cada momento.

—¿Les parece a ustedes bien la casa? nos dijo, con una amabilidad estremada la hermana X, que entraba a la sala en ese acto.

—Nos parece lo más a propósito, i lo mejor que la buena suerte nos puede poner por delante, le contestamos.

—Pues entonces todo está arreglado. La misma cuidadora de la quinta atenderá al enfermo, i estén ustedes seguros que nada tendrán que desear. Es una mujer bastante buena, caritativa e inteligente. Acabo de hablarla, le he hecho presente que se trata de un pobre caballero estranjero i sin familia, i se ha prestado gustosa a mi primera insinuacion. Está lista, pues, para hacerse madre del enfermo desde la hora en que pise su dominio.

—Que Dios la bendiga, dije, dirijiendo una mirada de gratitud a la buena mujer.

Digitized by Google

—Desearíamos saber, señora, cuál es el arrendamiento que debemos pagar por la casa, para dejar todo arreglado, dijo E. a la madre superiora.

—Se trata, señor, de una caridad con un desgraciado, i comenzaremos por darle abrigo en nuestra casa. Nada podemos cobrarle, contestó.

Quise, en la efusion de mi reconocimiento, tomar sus manos para llevarlas a mis labios; pero las hermanas de la caridad no dan la mano a los de nuestro sexo, i me conformé con manifestarle, a la vez que lo hacia E., toda la espresion de mi gratitud.

—Pueden ustedes traer, pues, a su enfermo desde el momento que gusten. La casa es de ustedes i está completamente a su disposicion.

Como tenemos bastante que hacer, continuó, sentimos no hacer pasear a ustedes por el jardin; pero tendremos tiempo para ello cuando se venga el enfermo. Nos retiramos, repitiendo a ustedes que, cuanto esté en manos nuestras, haremos con gusto en obsequio del que llamaremos ya nuestro huésped.

—Nuestro reconocimiento es débil para las bondades que, desde ahora, debemos a ustedes, le contestamos a la vez E. i yo.

Les ofrecimos acompañarlas, como era de cortesía, i asi partieron los dos coches al mismo punto de donde habian venido.

XI.

Luego que dejamos en el Asilo a la Superiora i la hermana X nos ocupamos en buscar todos los útiles necesarios para arreglar la salita de la quinta i procurar al que iba a ser huésped de ella todo aquello que necesitaba, comenzando por la cama.

A las siete de la noche teníamos una buena recopilacion de artículos, todos empaquetados para que fueran conducidos en la mañana próxima a la residencia de Juana Perez de Sepúlveda, que es el nombre de la mujer que hemos conocido en al quinta i que, segun la espresion de la hermana X., estaba esperando al enfermo para ejercer con él todos los cuidados de una cariñosa madre.

Era hora ya de cesar en la tarea del dia, i de que nos dirijiéra-

mos a casa de E., en la que nos esperaban a comer, i asi, dimos al cochero la direccion de la calle del Arsenal.

Mui pronto estuvivos en la puerta de casa i subimos precipitadamente la escalera.

Me parecia una crueldad con mi estómago el pasar primero al salon que al comedor, que era el lugar mas simpático para mí en ese momento; pero tuve que hacerlo asi a mi pesar.

Apenas abrí la mampara, cuando ví a nuestro Adolfo sentado en el mismo confidente en que dos dias antes me pareció que iba a espirar.

Su semblante estaba lívido; sus grandes i negros ojos parecia que iban a salirse de sus órbitas i que vertian sangre; sus labios completamente blancos i en una violenta ajitacion, pues un frio mortal probablemente le hacia dar diente con diente i le impedia articular palabra.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué ocurre? pregunté.

—La crueldad mas inaudita, me dijo el desventurado jóven, i dejó caer su cabeza sobre el brazo del confidente.

—¿Qué ha habido? preguntó E. a su vez.

—Han lanzado al señor del hotel, contestó uno de nuestros compatriotas.

—¿De qué modo? preguntó E.

—Eran las seis de la tarde mas o menos, continuó el interrogado. Hasta esa hora permaneció con nosotros nuestro amigo, quien nos decia que se sentia algo mas aliviado. Me pidió la capa de usted para salir con abrigo i precaverse del frio de la noche, i se despidió tranquilamente.

Cuando creiamos que ya estaria acostado i nos preparábamos para mandarle un cocimiento de *líquen* que nos habia pedido, se nos apareció aquí llorando i maldiciendo a la dueña de la casa i con un temblor jeneral en el cuerpo que nos alarmó bastante: entonces nos refirió lo ocurrido.

—Voi a contar a ustedes lo que ha pasado, dijo el mismo Valdes, incorporándose. Efectivamente, me he demorado aquí hasta las seis, porque me es doloroso encerrarme en un cuarto tan temprano i sin un amigo con quien tener un rato de conversacion... Me fatigo, dijo, i guardó silencio por largo rato. Subí la escalera, continuó, i cuando llegué a mi cuarto... la puerta estaba cerrada... Creí que hubiera sido una precaucion de la sirviente, i la llamé... Entonces la dueña

de casa, esa mujer sin corazon, me dijo que el cuarto estaba cerrado; que no podia entrar a él... i me señaló la puerta de la escalera, imponiéndome que me retirara, porque no queria que estuviera mas tiempo allí... Increpé al mónstruo que asi me hablaba, sobre el ningun derecho que tenia para lanzarme de una casa pública en que sí lo tenia yo perfecto, desde que pagaba el arrendamiento de una habitacion... Por toda contestacion ordenó a un muchacho que sacara mi maleta, que ya habia visto yo en el suelo, al lado de la baranda, i que la condujera a esta casa... Yo no me doi cuenta de todo lo que, en la escitacion de la cólera, la dije... Recuerdo que tuve un impulso de rabia... que apreté mis manos i me mordí las uñas... Deseaba en ese momento tener las fuerzas de mis dias pasados para haber echado por el balcon a la calle a quien me arrojaba de su meson como si yo hubiera sido un perro rabioso, o un leproso de quien todos huyen... La lei me hubiera castigado... pero quién sabe si me hubiera absuelto! Castigaba, en el dolor de una cólera justa, la mas infame de las acciones... el mas inhumano de los procedimientos que ha podido emplear con un pobre hombre en mi estado, el mas torpe demonio disfrazado de mujer... Yo temblaba en ese acto, no solamente de rabia, sino tambien porque la fuerza de la fiebre me hacia temblar sin poder contenerme, pues al atravesar la plaza habia sentido una descomposicion estraña en toda mi naturaleza... El espacio de la plaza al alojamiento me parecia demasiado largo... deseaba acostarme en el momento para que se mitigara el frio i esa languidez que se apodera de mi ser en diferentes horas del dia... Bajé la escalera de aquella casa que recordaré toda mi vida, i me parecia que pisaba sobre lana o que el piso se escapaba bajo mis pies... No sentia mis propios pasos, i hubo momento en que precipitadamente volví avergonzado a verme, pues creia que estaba descalzo... Aquí llegué sin poder hablar... Me pareció que este salon estaba sin luz... Sin embargo, las mismas cuatro luces de esa araña estaban encendidas entonces como ahora... Era que se apoderaba de mí un vértigo, que ponia delante de mis ojos un manto tan negro como deben verlo los moribundos en el acto de descansar eternamente... Volví llorando, sin poderme contener... Me acordé en ese acto de mi buena... de mi amante madre...

I no pudo continuar. Lloraba como el hombre a quien las angustias mas crueles despedazan su corazon; como aquel que, lejos

Digitized by Google

de los seres que ama, todos sus dolores i todas sus desgracias las ve de aumento. ¡Tenia razon!

Yo no pude esperar que, recuperado, volviera a reanudar su relacion. Mi corazon sufria tambien bastante, i me retiré del salon pensando si aquella hospedera seria madre.

XII.

Nos llamaban por un instante al comedor; pero como era corto el tiempo i habia que procurar colocar al enfermo, para evitar toda dificultad que pudiera sobrevenir si se empeoraba, tuvimos que desatender aquel llamado i dedicarnos a aliviar la condicion del amigo.

La escena que habia tenido lugar en el hotel habia conmovido i ajitado mucho al pobre Valdes, i era de temerse que tal circunstancia hubiera agravado su padecimiento.

Pensaba como yo el amigo E., i estando uniformes en la determinacion de instalarlo en la quinta, en esa misma noche, ordenamos a los sirvientes de la casa que nos acompañaran.

I ocupando dos coches que por fortuna descansaban en la plaza Municipal, partimos a reunir todos los objetos que habiamos dejado diseminados en diversos establecimientos del comercio, objetos todos indispensables para arreglar la habitacion destinada a la residencia de un enfermo en las condiciones de Valdes.

Regresamos a la calle del Arsenal a las nueve mas o menos, dos horas despues, dejando ya en camino de decoracion la salita de la quinta de Guimaraens, a la que seria conducido inmediatamente el que debia habitarla.

En efecto, hicimos saber al poeta que tenia casa lista y que marchariamos a ella desde luego.

No preguntó ni el sitio ni la direccion en que estaba el nuevo alojamiento, i lanzando un suspiro que quiso ahogar mordiendo una punta de la esclavina de la capa, dijo: estoi listo. I se puso de pié.

Todos los amigos quisieron acompañarlo. Ocupamos los mismos dos coches que nos habian llevado de un estremo a otro de la poblacion en el principio de esa noche.

Digitized by Google

Al llegar a la puerta de la quinta, me bajé primero, para darle al enfermo la mano, i entonces, dirijiendo una mirada para el fondo de ella, esclamó:—¡Esto es mui lejos!

No creí del caso por mi parte decirle palabra en ese momento, que más que a él quizá me preocupaba el recuerdo de lo acontecido frente a la puerta del cuarto número 12 de la hospederia de *...

Le señalé el camino que conduce desde la puerta a la sala, a la que no tardamos mucho en llegar.

Tomó asiento en una silleta que nos presentó la jardinera Juana, i nosotros todos procedimos cada cual a desempeñar nuestro papel.

Unos colocábamos una persiana en la ventana que está inmediata a la puerta de calle. Otros se ocuparon en unir unas varas de jénero blanco para cubrir otra ventana que, sin mampara, da al jardin: otros armaron el catre, i otros se dedicaron a desatar los diversos bultos que contenian los útiles que habiamos colectado i a ordenar ese laberinto de tanto chamelico que decora i hace la comodidad de una casa o de una habitacion; ello es que una hora despues de nuestra llegada a la quinta, estaba Adolfo Valdes entre sábanas i viendo las cosas de distinto modo al que, tres o cuatro horas ántes, le parecia todo tan negro como las sombras de la noche.

El tiempo trascurrido hasta las once i media lo pasamos escuchando de boca del enfermo cuentos i chistes llenos de gracia, referidos con esa chispa i naturalidad que en él habrian notado los que le conocieron i tuvieron ocasion de tratarlo en sus momentos de buen humor.

Llegada la hora predicha nos despedimos todos, i yo, al apretarle la mano, le aseguré que mui de mañana estaria con él.

Recomendé mucho a Juana el cuidado de su huésped.

La buena mujer me ofreció hacer en su favor cuanto estuviera a su alcance, i destinar todas las noches a uno de sus hijos para que le hiciera compañia.

XIII.

Eran las siete de la mañana del siguiente dia, cuando tomaba la direccion del cerro de la Merced i me detenia en la puerta de la quinta de Guimaraens. Esperaba a una mujer que venia en la mis-

ma direccion i a unos pocos pasos de distancia: era la jardinera Juana, a quien desde luego le interrogué por el estado de su enfermo.

—Está de lo mas bien que puede figurarse, me dijo, con un semblante tan alegre, que disipó todo el temor que me habia acompañado de que las emociones que habia sufrido mi amigo el dia anterior le hubieran hecho pasar una malísima noche.

Juana continuó:

—Tomó su desayuno, que me pidió hace media hora, i me ha dicho que ha dormido sin despertar una sola vez, i soñando agradablemente. Despues ha dispuesto su almuerzo; me ha preguntado por el dueño de esta quinta, por mi marido, por mis hijos; en fin, de lo mas conversador que puede usted calcular. Me parece mui bueno el caballero.

—Escelente, le contesté. Alguna vez tendrá sus momentos de mal humor que usted sabrá sufrir con paciencia, teniendo presente que los enfermos no ven siempre todo con buenos ojos. Tienen algunos ratos en que es preciso disimular sus majaderias cuando nó por deber, por caridad.

—¡Oh, señor! No tenga cuidado. No es el primer enfermo que manejo. ¡Pobrecito caballero! Basta que esté lejos de su pais i de su familia!...

Yo tengo tres hijos varones. Mire, señor, si no pensaré que alguno de ellos va a andar alguna vez por esos mundos de Dios, i que es preciso que lleven algo adelantado de las obras de sus padres.

—Bien dicho, Juana. Eso es observar una máxima del Evanjelio: sembrar para recojer. Jamas es perdido un acto de caridad. Dios lo corresponde. Yo le agradezco su buena disposicion en favor de mi amigo, añadí, dirijiéndome a la estancia de Valdes.

—¡Lo estrañaba! esclamó éste a mi llegada, incorporándose con viveza i recostando su cabeza sobre las almohadas, que suspendió sobre la testera del catre.

—¿Qué tal noche, amigo mio? le pregunté.

—Soberbia, espléndida. He dormido toda la noche como un bienaventurado. He soñado, no sé si desde anoche o solo en la mañana; pero un sueño largo i delicioso. ¡Supóngase usted que estaba en mi pais, rodeado de mi familia!... Pero los hombres no podemos tener gusto completo ni en los momentos en que nos dejamos halagar por las ilusiones que ha creado nuestra imajinacion...

Digitized by Google

Cuando yo me deleitaba en los cuadros tan bellos que tenia por delante, vino un monstruo i me arrojó cruelmente...

—¿Quién, amigo mio?...

—No se acalore, amigo querido. Yo soñaba, i en mi sueño ví tambien a ese demonio que me persigue hasta dormido.

Voi a contarle...

I alargando su brazo i cojiendo una silleta que estaba delante de la cama:—Siéntese aqui, me dijo, si quiere usted que le refiera mi sueño. ¿Quiére usted escucharme? me interrogó, fijando en mí una investigadora mirada.

—Gustosamente, le contesté.

—Pues, amigo, voi a referir a usted a mi modo cuanto he soñado en la mas deliciosa noche que recuerdo haber pasado.

Nadie ha puesto en duda que sueña siempre el hombre con aquello que mas ama o con lo que mas aborrece. Yo me quedé dormido, pensando en mi pais, en mi madre, en mi padre, en mis hermanos i en esos dias dichosos de mi infancia; ello es que dormido he hecho una travesia larga en el violento carro de mi imajinacion. Voi a pintar a usted ese delicioso cuadro que ahora mismo veo patentemente, asi como me parece ver a esa mujer que me vino a despertar.

Era yo niño, estaba en Cali, ciudad del Cauca, lugar donde nací. Mi madre me llevaba en su compañia a Palmira, i de allí a la hacienda de la Pradera, a dos leguas de distancia. Paseábamos en el verde campo a orillas del hermoso rio Bolo, que baña las riberas de los terrenos de esa hacienda. Mi madre me tenia asido de la mano, i yo sentia patentemente el dulce calor que me trasmitia. Mi cabello largo me servia para sacudirlo i ahuyentar de vez en cuando a los zancudos que venian a mortificarme. Uno de ellos me picó con su aguda lanceta sobre la frente, me causó un fuerte dolor i me arrancó un ¡ai! que alarmó a mi cariñosa madre i no la dejó tranquila hasta que le espliqué el motivo. Yo tenia, en efecto, un tumorcito que la venenosa picada del animal me habia levantado casi instantáneamente. Mi madre lo vió i me aplacó el ardor con un amante beso que con sus lábios de rosa estampó sobre mi frente. Ese calor de la mano de mi madre i el beso de sus dulces labios me parece sentirlos ahora mismo, i quisiera estar durmiendo aun, i no convencerme de que todo ha sido un sueño, una ilusion dichosa!...

Seguimos sobre una alfombra de flores por un bosque delicioso de palmeras, admirando su follaje tan verde i tan brillante como

lindas esmeraldas. En el centro de ese bosque dejé la mano de mi madre para cojerle flores.

Allí habia claveles primorosos,
Rosas blancas, rosadas i amarillas,
Azucenas i juncos olorosos,
Pensamientos, jazmin i mazanillas;

Alelí, madreselva, lírios, dálias,
Violetas, resedá i tulipanes,
Wollcamelia, amarantos i magnólias
Entre cedros i lindos arrayanes.

Cojí de todas con ansioso anhelo, i formé un ramillete tan lindo como debia ser para mi amada madre.

Ella lo recibió gozosa, i me dió en cambio otro beso que estremeció mi corazon de placer i de alegria.... ¡Ah! Yo hubiera cojido todas las flores do ese hermoso campo para recibir en premio por cada flor, otro beso.

Continuamos por la orilla del mismo rio i nos encontramos detenidos por un hermoso vallado que resguardaba un estenso plantío de caña de azúcar.

No habia pórtico alguno por donde pasar al lado opuesto, i era forzoso caminar sobre la tapia. Mi madre subió sobre ella i me alargó la mano para que tambien subiera.

Yo dí un brinco con toda la ajilidad de mi niñez. Casi hago perder a mi madre el equilibrio, i ella, con ese enfado tan jeneral de las madres que saben querer como la mia, me dió una palmadita en el carrillo que me proporcionó ocasion para corresponderla con una tierna caricia.

Al otro lado se veia una pradera deliciosa. La cubrian palmeras corpulentas. Naranjos matizados de sus flores, sauces, encinas i añosos guayacanes.

En un ángulo formado por la montaña se veian grandes corralones cercados por estacas de madera. Estaban allí las majadas de las vacas i de juguetonas cabras, que triscando i saltando alegremente, esperaban que, acabando do lecharlas, las llevaran a pastar a la pradera.

Mas allá relinchaban los soberbios potros, retozando sobre una estensa llanura cubierta de verdor.

Andando siempre asido de la mano de mi madre, ascendimos a

Digitized by Google

una colina en estremo pintoresca, sembrada de *yarumal*, de *ceiba* i de *mandul*. Desde allí se veia un inmenso i verde llano cubierto por un gran plantío de tabaco.

Bajamos prontamente la colina. Yo tenia hambre i mi pobre madre sed. Mi madre sacóme bollos de un precioso canastillo que llevaba. Despedian un olor que aumentó la exijencia de mi apetito, pero rehusé su invitacion, diciéndole que no podia comer porque tenia sed....

Ella, amante i seductora en su cariño, me hacia mil instancias, i me parece escuchar su voz que me decia:—Sabia yo que en el matinal paseo debias tener hambre, i por esto te traje provisiones. Allá, al fin de la pradera hai un arroyo: desde aquí se ven brillar sus cristalinas aguas, i cuando a él lleguemos, beberás para aplacar tu sed; mientras, acepta el obsequio de tu madre, a quien no debes disgustar jamas.

El eco de esa voz que yo escucho en todas partes, tierno, dulce i que me inspira amor, conmovió mi corazon, i tímido i lloroso, fuíme a colgar del cuello torneado de mi madre pidiéndola perdon.

Ella me estrechó tambien, i yo he sentido entonces patentemente que sus labios recojieron las lágrimas que surcaban mi mejilla...

Llegamos al arroyo, que estaba bordado de musgo en sus orillas. Mi madre sacó del canastito una blanca totuma cincelada que le arrebaté para alcanzarle el agua. Madre al fin, no queria beber hasta que bebiera yo. Su insistencia vencia mis ruegos, i solo pudo terminar cuando le dije:—No tengo sed, madre querida. Yo te mentí, porque sufrias tú...

Bajamos en seguida al llano hermoso donde estaba la casa de la «Pradera.» Nos salieron al encuentro los perros de la hacienda, haciéndonos mil fiestas i lamiéndonos los piés. Una espléndida mesa estaba lista. Allí estaba mi padre; me tomó en sus brazos i me sentó en sus rodillas. Yo jugaba con los pelos de su barba i él me estrechaba sobre su corazon.

Un momento despues nos llamaron a la mesa. Comí con buen apetito, me guardé una torta entre mi blusa i con ella me fuí al cuarto de mi madre. Sentado en su ventana, contemplaba el hermoso azulado del horizonte i me deleitaba con el dulce cantar de mi jilguero, que tenia cautivo en una preciosa jaula.

Un mozo de pelo largo i de calzon bombacho seguia una manada de cabritas. En sus manos llevaba una bandola. De repente lo

vi que se paraba a la sombra de un hermoso *gualanday*, i mientras las cabras comian, él templaba su instrumento, que despues me pareció que se quejaba.

Cesó por un momento ese tañido, i con una voz dulce i melodiosa lanzó aquel de su pecho estos cantares:

No espantes a los jilgueros
Que llegan a tu balcon,
Porque son los mensajeros
De mi amante corazon.

Cuando paso por tus rejas
I oigo a los lejos tu acento,
Al viento le doi mis quejas,
Pero se las lleva el viento.

Mientras cantaba, enamorado, el tan tierno pastor de las cabritas, el perro lanudo que las cuidaba las habia internado en la espesura del bosque. El trovador se fué. Yo iba a seguirlo para escuchar su cantar por otra vez, cuando se presentó mi madre.

—Vamos, me dijo, donde está ese grupo de casuchas i donde están los trapiches en que hai tiernas i ricas cañas dulces.

Cojióme de la mano, i sobre la alfombra que tiende la primavera sobre el campo, marchamos, ella en su paso regular, i yo, en la locura de mi tierna edad, saltando como saltan los tordos, las turichas i el turpial.

No bien entramos a una calle de árboles que sombrealban casitas pintorescas, cuando llegó a mis oidos un duo de bandolas, que me recordó al instante al que acababa de cantar al pié del *gualanday*.

—Es el pastor de cabras, le dije a mi madre.

—No es él, me contestó. Son las cosecheras de tabaco, que asi celebran el haber terminado sus tareas, i alegres cantan i bailan al compas de sus bandolas, bambucos i bundés, esa danza graciosa, que es la danza nacional.

Las muchachas nos vieron, y cada cual mas atenta, obsequiaron a mi madre flores i a mí una guirnalda tejida de rosas i arrayan. Yo les dí en cambio mi torta, que saqué de mi blusa.

Seguimos adelante, i al arribar al trapiche, en el cual molian caña, el sonido de otro instrumento me llamó la atencion, e interrogué a mi madre.

—Silencio, me dijo; guarda silencio, que los negros cantan una de

sus canciones favoritas, i si se orientan de quo estoi aquí, se callarán. Escucha ese sonido melodioso i dulce de la sin par *marimba*. ¿La oyes?... me decia.

Me parecia que lloraba, quo suspiraba i que lo sonoro do sus voces venia de otra rejion distinta, desconocida para mí.

Esas notas que arrancan a la *marimba*, repitió mi madre, son capaces de hacer caer magnetizadas a todas esas avecillas que pueblan la copa de estos árboles, i domesticarlas tanto como está tu precioso jilguerito.

No bien acababa mi madre de hablarme de esa manera, cuando entre los acordes do la *marimba* i el monótono rechinar del mayal que movia las pesadas masas del trapiche, se dejó oir la voz de una de las negras, que fué seguida de un coro jeneral que yo escuché con interes.

Ese canto es comun en los negros de la Nueva Granada. Siempre que están dedicados a sus labores en el campo, se les oye cantar los mismos versos u otros que ellos componen, pues tienen su poesia peculiar. Yo debo tener la letra de alguno do esos cantares. (1)

(1) Tomamos de la historia de la literatura de Nueva Granada la siguiente cancion, que es a la que se referia Valdes:

1.ª *Voz.*—Mi señora no me quiere,
Mi amo no me puede vé;
Mi señora la chiquita
Dice quo me ha de vendé
Por un plátano maduro
Y una totumita e mié.

(A duo)—Mi señora la chiquita,
No me venda su mecé!
—Frasica!
—Señó!
—Tu amo te quiere vendé!
—Po qué? Po qué?
—Po que no sabe molé.
(A duo i vivace)—Man que nunca sepa,
Yo aprenderé,
I si no aprendiere
Véndame uté.

Luego el retornelo de esta cancion es el siguiente:

Mole, molé!
Molé, trapiche, molé!
Molé la caña pasada
Moléla a la media noche,
Moléla a la madrugada.

—Desearia continuar, amigo mio, pero temo cansar a usted con mi larga relacion, me dijo, fijando en mí una investigadora mirada.

—Complacido por demas, le contesté, temo el cansancio en usted i que él me prive del placer con que escucho su relacion.

—Estoi perfectamente, como nunca, replicó.

—Pues adelante, querido amigo. La relacion de su sueño me interesa bastante i deseo conocer su fin.

—Le impondré a usted entonces alguna contribucion. Le declaro que tengo un hambre de convidado.

—¿Quiere usted decir a Juana que apure ese buen arroz con gallina, el beefsteack i lo demas que ya le he dicho?.....

—Sin demora.

I salí a prevenir a la jardinera que su enfermo tenia motivo bastante para tener un buen apetito.

Pocos minutos despues regresé asegurando a mi amigo que pronto estaria listo su confortable almuerzo.

Se restregó las manos de contento, con el entusiasmo de un niño, i en seguida me dijo:—Continuemos.

Cuando los negros terminaron sus cantares, mi madre estaba demudada. Notaba yo que sufria, i vi sus ojos, azules como el cielo, llenos de lágrimas, que rodaban por sus mejillas como perlas.

Vamos, me dijo, tomándome de la mano con violencia, i esclamando:

—¡Pobres negros! ¡Pobre raza, la mas desgraciada que existe sobre la tierra!

I apuró el paso, que apenas podia yo seguir, llorando tambien, porque la veia llorar. El tiempo habia pasado, i la tarde hacia su entrada. Mi padre nos esperaba a comer. Mi madre continuó triste, i me parece contemplarla en la afliccion en que la he visto en mi sueño. ¡Pobre madre mia! Ha sido demasiado buena con esos infelices negros: jamas pudo consentir que se les maltratara.

Fuimos a la mesa. Ni las frutas ni las nueces me llamaron la atencion en ese dia, i me fuí de allí a parlar con mi jilguero, que tenia en el cuarto de mi madre. Por mucho rato i lleno de placer, estuve escuchando sus gorjeos i trinos amorosos, con tal propiedad, amigo mio, que hai momentos en que me parece me engaña mi propia imajinacion, como si realmente hubiera pasado cuanto refiero a usted. No sé cómo vino donde yo estaba mi buena i simpática

Digitized by Google

Eleodora, que es mi tercera i mi mas querida hermana, i me pidió con tierna voz que le contara un cuento (1).

Recostó su cábeza sobre mi hombro, que cubrió su preciosa cabellera, i pasó cariñosa por mi frente su mano de marfil.

Yo, sin poder resistir a sus encantos, besé su mano, i la dije asi:

Yo era niño, i recuerdo
Que un jilguerillo
Que al oro daba celos
Por lo amarillo,
En mi ventana
Cantaba alegremente
Tarde i mañana.

Cuando sus trinos suaves
Mandaba al viento,
Hasta mi alma llegaba
Su dulce acento,
I respondia
A sus dulces cantares
Con alegria.

Al umbral reclinado
De mi ventana,
Hablaba con mi jilguero
Tarde i mañana,
I los gorriones
Tomaban parte en esas
Conversaciones.

Referia este cuento a mi hermanita, i mi jilguero cantaba ufano, como si comprendiera que de él hablaba, i mi Eleodora, de oir sus gorjeos i sus piteos, se enamoraba del jilguerito.

Sigue, me dijo, sigue tu cuento, que me ha agradado. Pero ¿qué tienes?..... dice despues. ¿Qué te ha asustado?....

(1) Nótese bien esta circunstancia, esta falta de lójica, si asi puede decirse, en el sueño del poeta, pues aparece en el principio de su relacion siendo mui niño, y en esta segunda parte es ya un jóven que refiere cuentos é improvisa versos á una hermana que, cuando niño él, no existia aun, pues él mismo dice ser su tercera hermana.

Yo no podia contestarla. Tenia en mi presencia una figura atroz que me espantaba, i que habia visto alguna vez..

Sobre una armazon de siete piés de altura veia una cabeza casi despoblada de cabello, pendiente de un delgado i nudoso cuello. Frente estrecha, nariz larga i corva, un ojo de lince, i el otro cubierta la pupila por una nube semejante a una planchuela do estaño. Dos orejas gruesas i paradas; su boca grande, de la que querian desertar dos largos y puntiagudos colmillos, que apresaban el labio inferior, i su barba puntiaguda, hacian un conjunto que, con justo motivo, impresionaba. Yo estaba completamente dominado. Esa cara me infundia tanto miedo, que me hacia tiritar de frio, i sus manos, cada vez que las movia, me parecian matadores dardos que se iban sobre mí. Aquella horriblo vision fijaba en mí sus miradas torvas, i con una voz chillona i un furor inesplicable, ¡afuera! me dijo por primera vez.

—Yo estoi en mi casa, le repliqué; estoi en casa de mi amada madre....

¡Afuera, afuera el mónstruo! repetia.

Mi hermanita, que ya en la puerta habia visto ese bostezo horrible, que parecia haber salido del averno, i que, donde estaba intenta penetrar, se siente sin valor y se desmaya.

Yo estaba solo i era débil.

—¡Afuera! repitió por otra vez.

Y entonces, viendo que ninguno de los mios me vino a defender, me cojió de la mano toscamente: ¡afuera! me dijo, con furor, i me lanzó despues..... En ese acto, sufria todos los tormentos que se esperimentan a mérito de la opresion del corazon por las especies o imájenes melancólicas del sueño. Despertaba al oir la campana del reloj de algun convento que tocaba los cuartos de prevencion para dar una hora (1). Esa hora sonó, i conté las seis. Entonces un triste recuerdo vino a mi ajitada mente.....

Era una tarde..... Una mujer sin caridad, sin lei ni corazon, estando yo devorado por la fiebre i sufriendo dolores infinitos, me negó el descanso en su posada, que un caribo o un salvaje no me hubiera negado en su rincon: i en medio del frio do esa tarde, esa mujer me lanzaba, al dar el reloj las seis.....

---

(1) El poeta se referia al reloj de la iglesia de los Sagrados Corazones.

Digitized by Google

Asi terminó Valdes su relacion, con tal espresion de sentimiento, que mas de una vez me pareció me referia la verdadera historia de diversos sucesos que, poco há, le hubieran acontecido.

Mui probable es que aquellos recuerdos le mortificaran, pues sus últimas palabras las pronunció mui afectado, i una sombra de melancolia vino a sostituir en su semblante el contento i animacion que, en todo el curso de su narracion, habia sido tan notable para mí.

Como guardase silencio, salí fuera de la sala a decir a la vez a Juana, que preparara el almuerzo para su enfermo.

Cuando regresé donde él, me dijo:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que comencé la relacion hasta que la he terminado? ¿Tuvo usted cuidado de ver su reloj?

—Nos ha ocupado dos horas i media, tiempo que no lo he sentido pasar, pues he estado bastante satisfecho, le contesté.

—Pues, amigo, probado está que me encuentro mejor. No siento ni el cansancio ni la fatiga que en los dias pasados me atormentaban tanto cuando apenas conversaba unos pocos minutos. Puedo decir que me ha recibido mui bien el jardin.

XIV.

Pocos momentos despues entraba Juana con una armada de platos con las provisiones suficientes para haber dejado satisfecha la gula de un gastrónomo de fama.

—¿Qué nos trae Juana? le preguntó el enfermo incorporándose con ajilidad.

—Todo lo que me ordenó en la mañana, le contestó la interrogada.

—Quiere decir que comenzamos por el cuartito de gallina con arroz, seguimos con...

—Su beefsteack, dijo Juana interrumpiéndolo, arroz con leche, tostaditas, chuño i... agua, si es que no quiere tambien una tasa de té.

—Nó; basta con esto para un enfermo, replicó Valdes, con toda la gravedad de un hombre demasiado parco.

Digitized by Google

Coloqué una silla cerca de su cama, i a la vez que contemplaba el primoroso apetito con que hacia los honores al *lijerísimo* almuerzo que tenia por delante, le anuncié que no pasaria mucho tiempo sin que recibiéramos a las hermanas de la caridad que venian a visitarlo en compañia del médico señor Bobillier, visita que nos acababa de anunciar el hijo mayor de Juana, que llegaba en ese momento del Asilo del Salvador.

—Nunca he tenido ocasion de tratar inmediatamente a las hermanas do la caridad, hasta que en Santiago, en casa de la señora Emilia Carassa de Figueroa, fuí presentado a dos de ellas, empleadas en el hospital, cuyos nombres no recuerdo. La hermana de la caridad ha sido siempre para mí un tipo interesante i simpático; me ha parecido lo sublime de la abnegacion i el heroismo del sacrificio, llevado quizá hasta el fanatismo, para ejercitar el bien. Veremos cómo nos entendemos con las que vienen ahora, que supongo nos visitarán con frecuencia, pues ya sé que estamos en su casa.

Esto me decia el poeta, cuando con un entusiasmo capaz de despertar el apetito de una romántica, estaba royendo la presa de gallina que tenia entre los dedos pulgar e índice de cada mano, operacion que contemplaba yo verdaderamente satisfecho.

Una señal hecha por Juana desde la puerta, mo hizo levantar i seguirla al jardin. Estaban allí la madre N i la hermana X que venian a cumplimentar a su huésped.

Les dí, en contestacion a la interesada solicitud con que me preguntaron por el enfermo, razon pasajera de su sueño quo me habia relatado en la mañana. Les manifesté asi mismo la envidiable i buena disposicion con que estaba almorzando, i las dejé un momento en la puerta, para anunciar a mi amigo la visita de las respetables hermanas, a las que me dijo que en el acto condujera a la salita.

Las recibió mui atento, con toda la finura de sus buenas maneras, i dió muestras patentes de estar sumamente complacido.

Despues de ofrecérsele mucho, asi la señora Superiora cuanto la hermana X, ésta le dijo que esperaban al doctor, quo debia llegar despues de pocos momentos; i haciéndole de él un digno elojio, le recomendaron que tuviera confianza i fé en que haria en su favor cuanto le permitieran los recursos de la ciencia para aliviar sus dolencias.

Digitized by Google

Terminaba Adolfo la tarea que diremos lo ocupaba por completo, poniéndole el sello con una bulliciosa tostada de pan, cuando entraba a su estancia el señor Bobillier acompañado de un deudo i de un amigo mio, que habian tenido la cortesia de acompañarlo en un carruaje hasta la quinta.

Se informó con prolijidad del estado del enfermo, al cual recetó unas píldoras i una pocion.

El paciente, más que de su estado i de los medicamentos, se ocupó de consultar al médico cuál seria la dieta que le convenia tomar, refiriéndole con exactitud las *cositas lijeras* de que se habia compuesto su último almuerzo.

El doctor, contestándole, aprobó el réjimen que seguia. I recomendándole que cuidara que los alimentos fueran medidos, sanos i nutritivos, se despidió de él, ofreciéndole visitarlo con frecuencia.

Yo seguí al doctor i le supliqué me diera con franqueza su opinion respecto al estado del enfermo. La escuché con todo el sentimiento que despierta una triste sentencia que se relaciona con un amigo o con un deudo querido.

—Nada puede el médico ni la ciencia con enfermos que han llegado al estado de su amigo, me dijo el señor Bobillier. Sus pulmones están destruidos casi por completo. No hai mas que consolarlo con algunas medicinas que no tendrán influencia alguna sobre su mal, pero sí le harán menos sensible su sufrimiento. Parece que piensa bastante en la comida. Denle gusto, pues, en cuanto quiera cuidando solamente que una conjestion producida por el abuso no, precipite el desenlace que ya puede usted esperar, no mui tarde Puede ser cosa de pocas semanas, sin embargo de que él aparenta estar mui fuerte de espíritu.

Necesario me fué rehacerme de la impresion que me produjo la declaracion que habia acabado de oir de boca del médico, i desde ese momento pensé mas de sério en el modo como debia preparar al poeta a entrar en el buen camino, del que me parecia demasiado apartado.

Preocupado con tan tristes ideas, me habia detenido en el pasadizo que del jardin conduce al pequeño departamento en que se encontraba el pobre sentenciado en conversacion con las buenas hermanas de la caridad, cuando salieron éstas i les referí desde luego la desconsoladora opinion del doctor.

—Nosotras lo comprendimos tan luego como hemos visto su

semblante, me dijo la madre N...—Tiene el pobrecito una cara que, quién sabe, no pase muchos dias en esta quinta.

—Lo interesante es pensar cómo le hacemos comprender su situacion, para que arregle el asunto mas importante. Sobre esto es preciso trabajar con todas nuestras fuerzas, dijo la hermana X.

—Es para mí lo mas difícil, le contesté; pero ya veremos cómo tocamos esta cuestion. Yo ruego a ustedes me hagan el favor de no dejarme. No tenemos a nadie a quien ocurrir, sino a la caridad que reconocemos en ustedes.

Me hicieron en contestacion las protestas mas consoladoras i llenas de esa sinceridad que resalta de la espresion i que afirma la mirada de las personas dispuestas a no omitir nada para coronar el fin de una buena obra que han comenzado a practicar.

I reiterando sus ofrecimientos, se despidieron, dejándome por demas cautivado de tanta amabilidad i de tanto interes por mi amigo, a quien apenas acababan de conocer.

Cuando volví cerca de Valdes, me dijo, con semblante alegre i animado, que estaba prendadísimo de las hermanas, i que la hermana X habia despertado en él una simpatia que no se sabia esplicar, desde la primera palabra que le habia dirijido. Y con una pronunciada espresion de curiosidad, me dijo que deseaba saber de qué manera habia conocido a las hermanas, cómo era que se encontaba en una casa perteneciente a una asociacion de caridad, segun lo habia sabido en la mañana por Juana, i ahora acababan de confirmárselo la superiora i la hermana, manifestándole que era su huésped i que aquella quinta estaba bajo la dependencia del Asilo.

No tuve inconveniente para referirle, en resúmen, lo que ya tengo apuntado sobre el particular; i entonces, como preocupado de lo que acababa de oirme, esclamó:

—¡Cuánta combinacion de la casualidad para favorecerme!...

—Suprima usted la palabra *casualidad*, le dije, i admire las combinaciones de la Providencia para favorecerle i aliviarle.

—Sea, pues, la Providencia que usted quiere ver en todo, me replicó, dejando notar una sonrisa aprisionada entre sus labios, que me pareció mas bien burlona que oportuna.

—Sí, amigo mio, le dije, quizas picado en mi amor propio. Ya he dicho a usted antes de ahora, que llegaria dia en que se convenceria de que la Providencia está tras de todo aquello que algunos

llaman casualidad i proteccion de los hombres, i hoi tengo otra ocasion para...

—Predicarme.

—Nó; para decirle que solo esa Providencia que me parece que usted se empeña en desconocer, es la que, cuando estamos mas angustiados y mas perseguidos por la desgracia, nos viene a prodigar consuelos, asi para nosotros mismos cuanto para nuestros amigos, cuyos sufrimientos nos interesan i cuyos pesares nos inquietan Esa Providencia, en la cual usted mismo habrá pensado mas de una vez, contemplando a la hormiga llena de vida en el interior de un reducido agujero; al gusano pegado a las hojas de los árboles; al insecto en jeneral levantarse de las entrañas de la tierra, vivir i reproducirse admirablemente; a las aves cantar de modo que no hai voz humana ni instrumento alguno que las imite con perfeccion; a la semilla, jerminar dentro de la misma tierra i de un grano enteramente pequeño, crecer a su vista un árbol que se hace corpulento con los años i da sabrosos frutos para satisfacer despues nuestro apetito... ¿Quién ha sido el hombre que ha infundido en esos seres, que nos testifican la vida, i en esas hechuras de la naturaleza, que obedecen todas a una lei suprema, esa facultad de reproducirse? ¿Quién enseñó a esas aves a cantar tan primorosamente? ¿Quién fué ese profesor? ¿Quién fué el científico que sacó un árbol de esa pequeña semilla? ¿Quién inventó las flores i frutos que produce? ¿Quién, amigo mio, quién sino la Providencia?...

—Se va usted mui lejos; me trae usted la creacion, i la cuestion no es esa.

—Pues vamos al presente, sin tomarme la pena de probarle a usted en estenso la oportunidad de mis citas, en lo que no quiero detenerme mucho, porque no creo que la objecion de usted sea hecha de buena fé, pues no debe ocultársele que la obra de la creacion habria quedado imperfecta sin la Providencia, como lo dice un célebre escritor con estas palabras:—"¿De qué nos hubiera servido la "creacion, si el mismo poder que nos crió, que nos dió el ser, no "hubiera cuidado de conservárnoslo? ¡Solo los que quieren ser cie"gos pueden negar que la Providencia es el último término del "amor de Dios!"

Sigamos adelante.

¿Quién nos ha traido de la mano hasta este mismo lugar, a nosotros, estranjeros aquí, sin relaciones, sin amigos del pais, al cen-

Digitized by Google

tro, diremos, de una localidad que pertenece a una sociedad de beneficencia, que está constituida en Providencia de los que sufren?...

—Una hermana de caridad, segun acaba usted de decirme.

—Bien; no lo niego. Pero ¿quién es esa hermana de la caridad?

—Una que usted conoce, dijo, encojiéndose de hombros.

—No es esa la cuestion, amigo mio. Esa hermana de la caridad es la Providencia para nosotros, es la Providencia para usted.

—Suponia que me iba usted a vestir a la Providencia con traje de hermana de caridad.

—Sí, i no le faltaba a usted razon. La Providencia se nos presenta en todos los trajes imajinables, asi como en tantos objetos puestos en nuestro camino para salvarnos muchas veces de caer precipitados en un abismo. El mismo modo como yo conocí a la hermana A. es providencial, i créalo, pues sin ella no sé como nos hubiéramos visto para colocar a usted donde está, sin saber con quién tocar, sin conocer el Asilo i sin saber que allí estaban encerrados esos instrumentos de la Providencia que acaba usted de conocer.

¿Desconoce usted acaso que es la Providencia la que, por mano de personas caritativas, da abrigo i sustento a los huérfanos abandonados por la dureza del corazon de esos seres malditos que quieren ocultar una falta o un crímen lanzando al inocente niño a quien han traido al mundo, botándolo, no siempre a las puertas de un asilo, sino muchas veces en medio de las calles i en el centro de las plazas? Quién hace soportables los dolores del enfermo en una casa de caridad? ¿Quién cubre las carnes del desnudo, quién enjuga el llanto amargo de aquellos seres a quienes la fortuna i los engaños del mundo han negado hasta un mendrugo de pan, que tantos arrojan como desperdicios, i que aquellos envidian en medio de sus momentos de hambre? Quién, amigo mio, sino la Providencia?.....

—Cualquiera le contestaria a usted que la beneficencia pública.

—Y ¿quién es esa beneficencia?

—Unas veces oficial i otras privada, compuesta de personas que se proponen emplear en esos actos una parte de su fortuna.

—Y ¿desconoce usted que allí mismo es la Providencia la que obra directamente, tocando los resortes del corazon para interesarlo en favor de los desgraciados?

—Segun usted i muchos que profesan la doctrina exajerada de

usted, será la Providencia; pero para mí es la filantropia de los gobiernos i la jenerosidad de los ricos únicamente.

—Niega usted en todo la intervencion de la Providencia, i lo deploro francamente; pero convénzase usted que la Providencia es ese mismo amigo jeneroso que no ha omitido sacrificio para proporcionar a usted todo cuanto ve para su comodidad. La Providencia es ese mismo que ha ordenado que nada falte a usted ni en su medicacion, ni en su alimento. Es ese mismo a quien usted le decia, no hace mucho, que era su Providencia perpétua. ¡Crea usted amigo querido, que sin los ausilios de la Providencia, que son los ausilios de Dios mismo, nuestros pesares jamas serian consolados, i nuestras desgracias jamas recibirian el alivio por mano de nuestros semejantes!

—Entonces ¿no reconoce usted la libertad del corazon para obrar conforme a sus impulsos?

—No la niego; pero si el corazon obedece una inclinacion buena que nace de nuestro natural, es movido por un resorte a que da usted el nombre de casualidad i filantropía, i que yo llamo Providencia, pues creo firmemente que en todos esos actos está subordinada la voluntad del hombre a la de aquel que marca nuestros pasos i que, bajo el nombre de Dios, es la Providencia misma.

—Dejemos la cuestion presente, amigo mio. No quiero entrar mas al fondo de ella. Usted tiene una creencia que respeto sin convenir con ella. Vamos a otra cosa.

Sabrá usted que no puedo levantarme de la cama, porque las hermanas me han aconsejado que me guarde el dia de hoi, que está demasiado frio i nublado, i es preciso cuidarse. Como yo soi bastante dormilon, le pido su compañia, i si usted quisiera que pasáramos en charla, no estaríamos mal; pero le pido por favor que no tratemos de su Providencia.

Le ofrecí acompañarlo, no solo ese dia, sino hasta que se mejorara. Y asi, me despedí de él, prometiéndole volver mui pronto.

Digitized by Google

XV.

Dos horas i media despues de haber dejado a Valdes, regresaba a la quinta, en la cual encontré a dos amigos que habian ido a visitarlo, los que se despidieron pocos minutos despues de mi llegada.

—Estamos solos, me dijo el enfermo, metiendo sus brazos debajo de las cobijas i haciendo un movimiento que acreditaba que sentia frio, i en verdad seguia el dia, no solo bastante nublado, sino que en ese acto lloviznaba, aunque de un modo mui lijero.

—Se me ocurre, continuó, relatar a usted los pasajes mas notables de mi vida, i para ser lójico, voi a dar principio por el primero que puede referir el hombre: el nacimiento.

—Es decir, que va usted a hacerme conocer su biografía, a referirme la historia completa de su vida.

—Ni mas ni menos. Pero a grandes rasgos, junto con algunos hechos históricos de mi patria que con ella tienen relacion.

—Pues amigo, le hago formal promesa de escucharle.

I empezó de esta manera:

—Nací, segun me dijo mi querida madre i despues lo vi en el gran libro de tapas coloradas de mi parroquia de Cali, ciudad del Estado soberano del Cauca, (antes de la República de la Nueva Granada i hoi perteneciente a los Estados Unidos de Colombia) el dia 25 de julio del año de gracia de 1840. No recuerdo el dia de la semana ni la hora, porque mi memoria en ese dia estaba encerrada en un pequeñito cerebro demasiado débil, i usted me perdonará esta omision, que le ofrezco subsanar despues, si la suerte me da permiso para ello.

Yo fuí el primer hijo que vino a hacer los encantos de mi amorosa madre doña Ana Francisca Figueroa i de mi buen padre don Federico Valdes. La primera es tenida en Cali como una de las matronas piadosas i caritativas a la vez que amable, i querida de todos los que la conocen. El segundo, hombre severo pero bondadoso (sin embargo de tener un carácter violento) i tan hon-

Digitized by Google

rado cuanto es preciso ser para que en todo Cauca, cuando se quiere elojiar la honradez de un individuo, se diga: «es tan honrado como don Federico Valdes,» calificativo que mereció desde mui jóven, pues no es un misterio para mis compatriotas que mi padre aprendió a ser buen jefe de familia desde la edad de catorce años, en que, con solo el capital de su trabajo se echó sobre sus hombros el peso de toda ella, a la cual supo sostener haciendo las veces de verdadero padre. Desde mi venida a este mundo hasta los primeros años de mi niñez, solo recuerdo las caricias de mi madre, i parece que sonaran en mi frente i en mis labios los besos amorosos que cada instante me prodigaba, pues me mimaba con ternura.

Llegó para mí esa época tan dolorosa de la *escuela*, que me causó grande sensacion, i que recuerdo como si hubiera pasado por mí ahora pocos dias. En ella vencí pronto el espinoso paso que nos conduce desde el *cristus* hasta el *b a n ban*, i de alli hasta las nociones necesarias para tener libre entrada en un colejio.

Ya puede usted calcular que no faltaron en estos tiempos largos intervalos de juegos consonantes con mi edad, paseos con mi madre, viajes a la hacienda de familia, goces lágrimas i veinte mil *etcéteras* que no es del caso referir.

Cumplia catorce años matriculado en el colejio nacional de Santa Liburda, existente en la misma ciudad de Cali, uno de los principales de la entonces confederacion granadina. (Porque es preciso que sepa usted que mi pais ha tenido tantos títulos desde su emancipacion, como nombres hemos conocido a las infantas del Portugal).

Contaba diez i siete años de edad i cursaba ya las clases de filosofía i literatura. Tenia una decidida i grande inclinacion por el foro i la literatura; tiene usted que, cuando apenas llegaba a los dieziocho julios, allá por el año de 1859, entraba al estudio de los sistemas que establecieron Bentham, Smith, Rossi, Rousseau i otros para manifestarnos el orijen del derecho en jeneral.

En esa edad sentia ya despertarse en mí una ambicion que me inquietaba por demas. Queria a toda costa, no solo crearme una posicion que me asegurara un bienestar en lo futuro i me pusiera a salvo de los percances consiguientes a los que no tenemos patrimonio que esperar, sino que tambien deseaba que mi nombre no hubiera quedado olvidado.

Gobernaba en aquella época la entonces República de la Nueva

Granada, el conservador doctor don Mariano Ospino, contra cuyo gobierno se insurreccionaban a la sazon los estados de Bolívar i Santander. Ya se sabia en la capital la derrota del jeneral Parada en el primero de esos estados, i de acuerdo los ciudadanos de ellos declararon la guerra al gobierno nacional.

El jeneral Mosquera, que ansiaba la ocasion de tomar cartas en al asunto, dió el grito i comenzó en Cauca por la violacion de todas las garantias, levantando empréstitos, imponiendo contribuciones i poniendo en juego todas las mañas que lo distinguen, tratando asi de violentar el ánimo de los Caucanos, para que se insurreccionaran contra él i tener un pretesto para saciar su triste placer de atizar más la tea revolucionaria en toda la confederacion.

No fueron sus cálculos equivocados, porque se consumó la revolucion que él fomentaba con sus inicuos proyectos, esa revolucion nunca bastante maldecida, que por el periodo de cuatro años conmovió desde sus cimientos todo el suelo colombiano, i lo empapó i enrojeció con la sangre de millares de víctimas, inmoladas a una ambicion bastarda, desde el uno hasta al otro confin de esa patria tan recordada i tan querida para mí, esa revolucion fratricida, que hizo derramar mas lágrimas, que causó mas profundos dolores i que produjo mas espanto que la misma guerra de la independencia. Esa revolucion en la que no tenian siquiera la esperanza de alcanzar la satisfaccion que queda a los guerreros cuando luchan por la patria; cuando la sangre que derraman es de usurpadores; cuando defienden los derechos de su libertad, i cuando vencen, en sangrienta i loca lucha, a los verdaderos enemigos de la patria amada.

I el promotor de esa revolucion horrorosa, ese Jeneral Mosquera, cuyo nombre está escrito con sangre en todas las plazas i en cada piedra que se encuentra diseminada por los campos, vive aun, se goza de sus hechos i, ¡quién sabe! si no le grita la conciencia con esa tremenda i aterradora voz con que gritaba a Cain, llamándolo ¡fratricida! fratricida!....

Decia que Mosquera no estaba equivocado en su cálculo al provocar a los hijos del Cauca con sus violencias, porque al fin, ese pueblo, digno i grande siempre, se presentó poderoso i decidido ante el tirano, para hacerle ver que cuando se trata de castigar a los déspotas, él era el primero que ocupaba la vanguardia.

El coronel Carrillo dió el grito en el norte en contra de Mosquera, i cuando se precipitó a combatirlo, secundaron el movimiento

los estudiantes de Santa Liburda i unos cuantos labradores del pueblo de Candelaria.

Eran las seis de la mañana del dia 25 de enero de 1860, hora en que penetraba hasta el colejio el grito de guerra que lanzaba el pueblo, grito confundido con el ajitado toque de cornetas i la detonacion de tiros de fusil quo se oian a la distancia. Advertiré a usted que tres dias antes habian llegado a Cali los coroneles Madriñan i Espino, con el objeto de preparar la contra-revolucion desconociendo al usurpador Mosquera, sin mas ejército que algunos voluntarios, i contando con el patriotismo no desmentido de los Caucanos.

Esos voluntarios no fueron otros que los labradores que ya he citado i los alumnos de mi colejio, con cuya base se proclamó uno de los jefes mencionados Comandante Jeneral do operaciones en el centro del estado.

Allí fueron los alumnos i profesores de Santa Liburda a combatir por la revindicacion de los derechos de su pais, muchos con la fornitura i el fusil sobre la blusa o sobre el vestido de asistencia del estudiante. Entre ese puñado de niños de los que ninguno tenia un pelo de barba, se encontraba el amigo de usted, pequeño i débil, que apenas podia con el rifle que me habia tocado i que, declaro, no sabia entonces manejar. Tenia en esa fecha la edad de diez i nueve años seis meses. Me veia, en verdad, demasiado pequeño de estatura, pero sentia en mi alma el fuego ardiente que sabe encender el amor a la patria; i recordando lo que ha dicho un filósofo, que "en los cuerpos pequeños residen las almas grandes," estaba dispuesto a que tal aserto no fuera desmentido por mí, i a la vez que secundaba el grito uniforme de mis compañeros que repetian: "¡Viva el Dr. Ospina! ¡Viva el coronel Madriñan! ¡Viva el Coronel Carrillo!" marchaba yo como la rana de la fábula, en el centro de la columna improvisada por el entusiasmo de los niños i el coraje de los hijos de Candelaria.

Esta base vino a convertirse mui pronto en uno de los mas brillantes ejércitos que han combatido en Colombia, para sostener la libertad que sellaron nuestros mayores en los campos de Boyacá, Carabobo i Pichincha, cumpliendo su juramento de vivir libres o morir antes de ser esclavos.

Mui pocas horas despues me reunia con el resto de mis compañeros (que no omitiré decir a usted se burlaban de mí llamándome «Fideo») i sosteníamos las fortificaciones levantadas en el

Digitized by Google

puente de Cali. Allí nos batimos con un entusiasmo digno de mejor causa, i no de ser desplegado en una guerra civil.

Habíase hecho ya jefe de las fuerzas restauradoras el valiente i simpático Julio Arboleda, cuyo trájico fin deploraré toda mi vida, i llegado yo a ser Teniente de Infanteria de Ejército, bajo sus órdenes i en calidad de su ayudante, cuando se libró la batalla del "Cabuyal" contra las fuerzas que comandaba como Jeneral en jefe el bravo Jeneral Pallan, a quien me tocó custodiar cuando fué tomado prisionero.

Ese dia memorable para mí, (10 de agosto de 1862) fuí ascendido a Capitan de Artilleria, arma que no conocia entonces, como dos años antes, no sabia manejar el rifle que cambié por mis cuadernos de derecho, al dejar el colejio de Santa Liburda: pero casi toda la oficialidad de los cuerpos de aquella arma, habia quedado en el campo, i era preciso reemplazar a los muertos en los puestos que los bravos militares no abandonaron, sino cuando las balas enviadas por el ejército contrario, vinieron a apagar la bravura i el entusiasmo con que se batian bajo la bandera de la Restauracion sostenida, como he dicho, por el valiente poeta, lustre i honor de, las letras i de las armas de los Estados de Colombia.

Ese dia fué cuando abracé a mi padre por la última vez, asi como el 25 de julio, es decir, veintiun dias antes, fué, cuando por última vez tambien, estampé sobre la frente veneranda de mi madre, mi beso de despedida, quizá para no darle otro, o para no verla mas hasta que la encuentre en la eternidad..... Ese dia cumplia veintitres años...

La última batalla formal, librada para consolidar la paz de Colombia, fué en octubre del citado año, en el memorable campamento de Santa Bárbara, sito en las afueras de la ciudad de Cartago, distante ocho dias de Bogotá.

Allí se puso término a esa guerra temeraria, en la cual, entre los sacrificados en los campos de batalla i en los cadalsos, los muertos por el hambre i los consumidos por las úlceras que se formaban en las entrañas i en todo el cuerpo, por falta de sal, que no se podia conseguir para sazonar los alimentos, bajaron a la tumba próximamente sesenta i tres mil hijos del desdichado suelo de Colombia.

He visto en Popayan, por el período de tres meses, caer al rigor de esa mortífera guerra el número aproximado desde tres hasta cincuenta hombres en cada dia. ¡Entonces tenia, como soldado por

Digitized by Google

necesidad de oficio, tanta decision para morir, como desearia tenerla cuando me llegue esa hora fatal que, quizá, no está lejos para mí...

Entonces, el humo de la pólvora i el estruendo del cañon despertaron mi musa, i mis primeros versos, que no fueron nada buenos, recibieron, a la luz de las cantinas, las correcciones de mi jefe que, en los momentos de descanso de las fatigas del combate, me daba reglas de rima i me hacia gustar i admirar sus improvisaciones tan sentidas, asi como su viveza para crear esas imájenes tan bellas, que todos han encontrado grandes en los cantos de ese malogrado vate.

Terminaba la guerra con el triunfo del tirano, cuando yo habia ascendido hasta la clase de sarjento mayor.

Las persecuciones contra todos los que combatimos contra Mosquera, fueron tenaces; i no estaba por cierto garantida en lo menor la vida de los vencidos. Era necesario huir de las playas de la patria, abandonar el abrigo i los amores de la familia; i usted sabe cuánto cuesta al corazon abrazar una resolucion tan tremenda cuanto dolorosa.

Quedaba allí, en mi patria, ese tigre hambriento, a quien las lastimeras voces de mas de sesenta mil víctimas debian aturdir, i cuyas osamentas, sembradas en todo su camino, demandan el castigo i la venganza de su inmolacion.

Quedaba allí, deleitándose en el llanto de millares de viudas, en la desnudez i desamparo de millares de huérfanos que, por do quiera, son otros tantos testigos de su ambicion sangrienta.

Era preciso huir, repito, i determiné pasar al Perú, a buscar, en el hospitalario suelo de ese pais, que amo como mi segunda patria, el abrigo que no podia ya alcanzar bajo el azulado cielo de Colombia, en las verdes i bellas riberas del Cauca, a donde dejaba la mitad de mi alma, mi madre, mi padre i mis queridos hermanos. Esas riberas, testigos elocuentes de los dias apacibles de mi infancia testigos vivos de mis primeros amores, del amor santo, del amor tranquilo de la familia idolatrada, de ese amor que no causa borrascas al corazon ni clava espinas en el alma, como los mentidos placeres que vamos a buscar precipitados, con los ojos cubiertos por la espesa i negra venda de las pasiones impuras...

Dejaba en la patria a esa madre que tanto amo, que tanto lloro en todas mis angustias, en todos mis dolores. Dejaba a mi venerable padre, a quien siempre he recordado con filial cariño i con res-

peto. Dejaba a mis hermanos queridos, cuyos nombres quiero que conozca usted, i a todos esos seres que, feliz o desgraciado el hombre, jamas separa de su memoria ni de su corazon, a menos que carezca, contra la lei natural, de este órgano, que es el resorte esencial de la vida...

Tengo nueve hermanos; seis mujeres i tres hombres. Quiero hablarle de ellos, porque no sé qué secreto impulso me induce a hacerlo. ¡Quizá tenga que encargar a usted que, a mi nombre, les mande mis adioses, que yo no podré darles sino por su conducto...

Calló por un momento mientras enjugaba las lágrimas que caian de sus grandes i espresivos ojos.

Yo, que sabia su estado, yo que acababa de oir la opinion del médico i que en sus últimas palabras veia traducido su triste presentimiento, no pude estar tranquilo; i para ocultar la impresion que esperimentaba, me levanté con el pretesto de descorrer el trasparente de la ventana.

.....

—Voi a continuar, me dijo, pasándose el pañuelo por la frente.

Yo volví al mismo asiento que antes hube ocupado.

El continuó.

Yo soi el mayor de todos mis hermanos. Me sigue Inocencio, jóven naturalote i un completo campesino: no quiso educarse, a pesar de los esfuerzos de mi madre, que es la que mas ha velado siempre por la educacion de los diez hijos que ha tenido en catorce años de su matrimonio. Inocencio es, sin embargo, de buen fondo, aunque yo le he echado siempre en cara que, cuando niño, tenia placer en maltratar a nuestras hermanas.

Sigue Emilio, de buen carácter i mui compasivo. Recuerdo que cuando mui pequeño, se llenaba los bolsillos de frituras para dar a los niños pobres; i una ocasion, teniendo apenas siete años de edad, se apareció en casa sin camisa, diciendo a mi madre que la habia dado a un pobre muchacho que encontró sin ella, i que no pudo resistir a la situacion de ese infeliz. Mi madre lo obsequió por la accion, con cierto disimulo que él no pudo percibir.

Sigue Eleodora, niña de corazon de ánjel, mui dulce de carácter, mui caritativa i bastante hermosa. Esta pobrecita casó i fué desgraciada en su matrimonio, pues le tocó uno de esos hombres que el demonio pone en el camino de las desgraciadas niñas para llenar

sus dias de lágrimas, de pesares y de amarguras. Fruto de ese enlace son dos preciosas criaturas, que ella ama con toda la ternura con que mi madre nos ha amado a nosotros. Esta niña, desde su infancia, era la ausiliar de mi santa madre en todas las buenas obras de caridad que ejercitaba con los desgraciados en la ciudad de Cali.

De Eleodora, sigue Mercedes, loca i vivísima como una cabritilla, de porte elegante, no bonita, pero bastante graciosa i mui aficionada a saltar tapias a caballo.

Le sigue Elvira, bonita, de una alma candorosa i pura, cual la virtud misma.

Despues, Federico, guapo mozo, de inmejorable carácter i mui hábil; a la fecha, bachiller.

Sigue Efijenia, por el estilo de Mercedes, i de ésta, Clementina, buena moza, viva, i de un corazon tiernísimo. Es, en todo, el retrato de mi amada madre; i para concluir la relacion, es la última de todos la chiquita Elodia, mui buena tambien, malograda por una hipertrofia de la glándula *tiroydea* (1), producida por las malas aguas de Cali que contienen diversas sustancias nocivas.

Ya conoce usted a toda mi familia. Ahora trato de darle cuenta de mis últimos dias en el Perú.

Dejé mi patria, como he dicho a usted, i en ella lo mas amado que tiene el hombre: el cielo bajo el cual nació, la familia i el hogar que jamas se olvidan.

Recordaba que alguno habia dicho que las armas y las letras eran las únicas escalas por donde podia subirse a la cumbre de la gloria. Las armas, ya ha visto usted lo que fueron para mí.

Mi ambicion de figurar, en vez de apagarse por los contratiempos, se habia avivado mas. Quise, pues, probar el otro estremo, i me determiné en la patria de usted a elejir la ocupacion de periodista, donde siquiera figuraria como el cronista mas modesto. Usted sabe que los diarios de Lima me tuvieron, unos como su colaborador i otros como redactor de sus principales secciones.

En Lima creció mi aficion a la poesia; los encantos de esa hermosa reina del Pacífico despertaron en mi alma la inspiracion de mi pobre lira, i canté con facilidad.

Allí reuní en un volúmen mis principales composiciones, de las

(1) Coto.

que voi a dar a usted un ejemplar, por si no las hubiese leido.

Tengo en la ciudad de Tarma, a donde fuí a buscar tambien la salud, un cuaderno con un gran número de poesías inéditas, que quiera la suerte no se haya perdido, pues lo dejé en un baul con mi ropa i libros en el hotel en que vivia, por una deuda de diez i ocho pesos que no pude pagar al hotelero.

Sabe usted que la agresion española a la indefensa ciudad en que nos encontramos, i despues el reto dirijido al Perú, que fué aceptado con la dignidad que inmortalizará el nombre de ese pueblo, llamó a todos los patriotas a rechazar, con las barreras de sus pechos i en lucha desigual, a los antiguos dominadores de la América. Yo, americano i peruano ya, sentia en mi alma un impulso que me indujo a tomar parte en la lucha, y fueron aceptados mis servicios ofrecidos en la víspera del combate. Usted me vió en esa jornada, en la cual tuvimos juntos la gloria de ceñir la corona de un brillante triunfo, alcanzado sobre la mas poderosa escuadra que, mui bien se ha dicho, ha surcado las aguas del Pacífico.

Se trataba entonces de rechazar a los invasores, como el año de 59 se trató en mi patria de rechazar a un tirano, i yo no podia estar indiferente cuando se amenazaba la independencia americana i se provocaba al pueblo que me habia prestado jenerosa acojida a una contienda cuyos resultados inmortalizarán las glorias i el nombre del Perú.

Cuanto ha ocurrido despues, usted lo sabe. Mi salud perdida me ha traido a la hospitalaria patria de Lautaro, i mis dias aquí no han pasado lejos de su penetracion i conocimiento.

.....

Parece un poco tarde, i no ocultaré a usted que estoi cansado i fatigado. Quiero descansar un momento.

Yo lo dejé, retirándome de la sala para dirijirme al jardin.

Antes de continuar mi narracion quiero insertar en mis apuntes los cantos de Valdes, con motivo de la invasion española i del combate del 2 de mayo, en el que lo ví, ciertamente, valiente i abnegado al lado de Galvez, de Borda i de los Cárcamos, combatiendo con bravura i entusiasmo contra los salteadores de las Chinchas i contra los incendiarios de la indefensa Valparaiso.

Hélos aquí:

AMÉRICA, NO DUERMAS.

América despierta. Reune tus banderas,
Con todas ellas forma sagrado pabellon;
I suene por montañas, por bosques i riberas
Un grito:—dos palabras.—"Fraternidad ¡Union.'
G. Matta.

Arriba americanos! La lucha ya comienza,
La patria amenazada nos llama a combatir;
Unámonos, volemos de América en defensa,
Que déspotas tiranos preténdenla oprimir.

Unámonos! Que un grito resuene en Magallanes,
I el Kuákero en sus hielos le escuche resonar,
Que diga al viejo mundo, tenemos capitanes
A quienes la victoria, do quiera seguirá.

Arriba mejicanos; que trizas la cadena
Se vuelva, con que infame la Europa os aherreojó;
Que el leon de vuestras selvas sacuda la melena
I lance, al verse esclavo, rujido atronador.

Destroce con sus garras el trono vacilante
Que, por estar dormido, la Francia levantó;
I al despertar, airado, sepulte en el atlante
Las águilas i huestes del vil usurpador.

Arriba colombianos:—en ristre vuestra lanza,
I pronto ya ensillado tened vuestro corcel:
Bolívar al sepulcro bajó con la esperanza
Que nunca su hija amada colonia podria ser.

Pues solo a su recuerdo debieran levantarse
Los héroes de Colombia, furiosos como él;
Que son los descendientes de aquellos que humillarse
Hicieron a los bravos soldados de Bailen.

Digitized by Google

Unámonos, i entonces no importa que se vengan
Porque un castillo solo la América será;
I es fuerza que si miran los Andes, se detengan
Al ver nuestras banderas sobre ellos tremolar.

Unámonos, i entonces el viejo continente
No hai duda que sus armas, cobarde, dejará;
Pues sabe que la América, por ser independiente,
La sangre de sus hijos, gustosa, verterá.

Que vengan! Los llaneros alistan sus bridones:
¿Habrá olvidado Europa su modo de pelear?
Sus suavos mercenarios, sus viejos batallones
Acaso en nuestras filas la muerte encontrarán?

Que vengan! No tenemos soldados a millones,
Mas, nunca la metralla sobre ellos faltará:
Barreras serán todos los altos farallones
I el sol de nuestros padres de nuevo alumbrará.

I sepan, lo juramos, jamas una victoria
Podrán sobre nosotros sus huestes alcanzar,
Sino cuando les quede tan solo la memoria
Que América hijos tuvo capaces de pelear.

Arriba! Que con lauros de gloria, inmarcesibles
Ceñidas nuestras frentes contemple el porvenir:
Unámonos, que juntos seremos invencibles,
I nunca nuestra patria verémosla oprimir.

Arriba! que nos roban la prenda sacrosanta,
La vida de todo hombre, que lo es su libertad:
¡América, no duermas! ¡América, levanta!
Que puedes en cadenas hallarte al despertar.

Volemos al combate! Valor americanos!
Digamos «alto» pronto, al déspota invasor,
Unámonos, i juntos marchemos como hermanos
Siguiendo de los libres, el bélico pendon.

No importa que dejemos las madres, las esposas,
Pues es por nuestra patria que vamos a la lid:

Digitized by Google

Que vengan ellas ántes, i ciñan, cariñosas,
La espada que debemos por ellas esgrimir.

Despues vayan al templo i cántico levanten
Pidiendo al poderoso nos dé su proteccion;
I vayan nuestros hijos, i que ellos tambien canten:
Si fuerzas aun les falta, no fálteles valor.

Que si uno solo queda lidiando en la contienda,
Que guerra les declare sin término i sin fin:
No ceda ni un momento, i a América defienda
I «libre soi» esclame, o láncese a morir.

Al campo, pues, volemos llevando la bandera
Con que ántes nuestros padres nos dieron libertad:
Volemos ya con ella. Volemos! Nos espera
La patria amenazada por huestes de ultramar.

Marchemos pronto, i seamos terríficas panteras
Si toca él «a la carga» el bélico a tambor;
Despues de la victoria, tendámosle sincera
La mano a los caidos que pidan proteccion.

Asi portarse deben los nobles i valientes,
A los cobardes quede, la furia i el rencor;
Para nosotros no, que somos descendientes
De los libertadores del mundo de Colon.

LA ALIANZA AMERICANA.

(A MI AMIGO EL JENERAL GRANADINO D. L. CANAL.)

¡Atras el invasor! un digno pueblo
Entusiasta gritó, i el santo grito
Resonó por los aires casi a un tiempo,
Por tres naciones libres repetido;
I ¡atras el invasor! repite el eco
Al son ruidoso de marciales himnos,
Que de América todas las naciones
De una cadena son los eslabones...

En apariencia separados se hallan,
Pero al tocar el eslabon primero,
Por todas partes con furor se inflama
Del patrio amor el sacrosanto fuego;
I de la vasta tierra americana
Un pueblo libre se levanta, inmenso,
Que ¡atras! repite al estranjero aleve,
Que a profanar su libertad se atreve.

Por esto cuando Chile ¡guerra! grita,
Respóndele el Perú—¡guerra al instante!
I ¡guerra! el Ecuador, ¡guerra! Bolivia:
I ¡guerra sin cuartel! dirán mas tarde
Colombia, i Venezuela, i Costa Rica,
Salvador, Guatemala i Buenos Aires:
Todos, en fin, de Patagonia al istmo
I de éste hasta Bering dirán lo mismo.

No piense, pues, el español iluso
De nuevo dominar al pueblo egregio,
Que en Pichincha, Junin i Chacabuco
Ganó de libertad, el bien eterno;
Que, como entonces coronó Ayacucho
De laurel inmortal al mundo nuevo,

Do quiera que hoi lidiemos, la victoria
Pregonera será de nuestra gloria.

En la vasta cadena de los Andes,
Si en nuestras ricas, matizadas costas,
Si en el inmenso azul de nuestros mares
Las nuestras hallan sus cobardes tropas,
Se mezclará la americana sangre
Con mucha sangre de la jente goda;
Mas, donde quiera el invasor se ponga
La suerte le cabrá del *Covadonga*.

Del Chimborazo en la elevada cima
Tiene la libertad su escelso trono;
El cóndor de los Andes que vijila
I absorbe la estension con vivos ojos,
Cuando un estraño pabellon divisa
Flotar en nuestros mares, alevoso,
Un grito lanza que el espacio atruena,
I a cada pueblo su deber le ordena!...

Por esto, ahora, al escuchar el grito
De ¡muerte o libertad! en el espacio,
Cada nacion repercutiendo ha ido
De ¡muerte o libertad! el grito santo;
I como todas gritarán lo mismo,
Fugará el invasor amedrentado,
Al ver un mundo omnipotente i solo
Oponerse ante él de polo a polo.

Si el leon ibero ensangrentar pretende
Aun otra vez nuestra rejion florida,
I en esa sangre revolcarse quiere,
Como lo hiciera en la feroz conquista;
Si aun oro busca, porque ya no tiene
El gran tesoro que robó en las Indias,
Que sepa que se engaña, porque vela
El cóndor de los Andes centinela.

«La fuerza está en la union, americanos!»
Hoi somos unos, y seremos fuertes;

I ¡ai! del ibero leon, ¡ai! del tirano
Si a provocar nuestro furor se atreve;
Para siempre del mar al otro lado
Cobarde fugará, como otras veces,
De su rei femenino entre la falda
A esconderse y soñar con la *Esmeralda.*

Alce América, pues, su voz invicta,
I no haya mas que americanos solos;
Oigase en toda la estension andina
Decir ¡atras! a los pendones godos;
Antes que esclavos, nuestro honor i vida,
Todos sepamos ofrecer gustosos,
I paseará triunfante el oceáno
El libre pabellon americano!!

Digitized by Google

PERUANOS, A LA LID!

Vamos al campo! ¡Que llegó la hora!
Mirad la escuadra de invasores crueles;
Que, osados hoi, esclavizar de nuevo
Los nobles hijos del Perú, pretenden.

Ved! Son los mismos que de aquí arrojaron
Nuestros pasados, del Atlante, allende.
¡Tocad alarma! Que el cañon sonoro
Como en Junin i en Ayacucho truene!

La paz no quieren? Pues querrán la guerra;
Querrán mirar de mercenarias huestes
Tintos en sangre, del Perú los campos
Que nuestra lanza verterá a torrentes.

Ved! los peruanos! Conocedlos pronto!
Mirad su viejo pabellon al frente:
Es aquel mismo que el titan Bolivar
En mil combates pisoteó mil veces.

Mas hoi lo mismo, que al de aquellos tiempos
[Estad seguros] le cabrá la suerte:
Hoi como entónces en jirones vueltos
Hasta la Europa tornará a esconderse.

No consintamos nuestra tierra pisen;
¡Antes que venga la gloriosa muerte,
De aquel que muere por decir: "soi libre"
Mostrando a todos su orgullosa frente.

De los esclavos, la coyunda infame
Quieren que uncida nuestro cuello lleve;
Pero no le verán, porque nosotros
Sabremos todos combatir como héroes.

Si asi no fuese, nuestra misma tierra
Será la losa que a cubrirnos llegue;
Antes que un nombre a nuestros hijos darle,
Ai! cuya mancha quedará indeleble.

I que si el triunfo de su santa causa,
Ante la fuerza superior perece,
Dirá:—"Es el mártir que arrostró la pira,
Antes que ser de la crueldad juguete."

Vamos al campo, que llegó la hora!
Mirad la escuadra de la España al frente;
¡Tocad alarma! Que el cañon sonoro
Como en Junin y en Ayacucho truene.

Digitized by Google

DOS DE MAYO.

JOSÉ CORNELIO BORDA.

I

Al frente ya se ve la hispana flota,
I de la mar al impetuoso viento
Las lonas crujen de sus fuertes naves.
I el humo en copos se levanta al cielo!...

Dejando surcos de lijera espuma
Sobre las ondas del oceano inmenso;
I al aire ondea su pendon altivo
El pendon ominoso de Marruecos!...

I ya la presa entre sus garras juzgan
Esos de España tigres carniceros:
Necios! sin ver que su insultante arrojo
Alienta mas los corazones nuestros.

No ven de nuestra tropa el entusiasmo,
Ni el patriótico ardor de todo un pueblo,
Ni que al pié del cañon nuestros soldados
Tan solo esperan que les manden—¡¡Fuego!!

Se lanzan con arrojo temerario;
I al fin se escucha el horroroso estruendo
Del bronce aterrador... Columnas de humo
Cubren el velo azul del firmamento.

Es la señal para la lid... Al punto
Arroja Armstrong, proyectil certero;
Los truenos del combate se confunden
Con la altiva cancion de nuestro pueblo.

I mil granadas por los aires cruzan.
Bomba y metralla nos arrojan ellos;
Mas, ni un instante de lanzarles dejan
Muerte y espanto los cañones nuestros.

Todo es horror, i confusion, i grita
I entusiasmo, i delirio, i gozo inmenso:
El ánjel de la guerra nos admira,
Los Andes se estremecen en su asiento.

Es lucha horrible, pero lucha santa;
I la sangre, vertida es el incienso,
Que eleva a un pueblo valeroso i digno
De su sacra deidad al sacro templo.

Sangre que queda señalando al mundo
Del bárbaro español el vilipendio,
I es, para el pueblo libre que la vierte,
Jérmen fecundo de inmortal progreso.

II.

Sigue la lucha... Por el sur se aviva
Con mas ardor el espantoso fuego;
I al pié del pabellon republicano
Se mira a Borda en ademan sereno.

Fija el anteojo sobre el mar oscuro,
I mide la distancia en el momento,
I arroja el tiro amenazando estrago
Sobre las naves del audaz ibero.

¡Viva la libertad! entónces grita;
¡Viva la libertad! repite el eco;
I las mujientes ondas de los mares,
¡Viva la libertad! repercutieron.

¡Viva la libertad! de nuevo clama...
Pero de pronto, en el fragor horrendo,
La voz se apaga del valiente Borda
I las cien voces que a su voz se unieron.

I en nubes de humo de encendidas llamas
Quedó al instante un castillo envuelto;
Las ondas de los mares se ajitaron,
Tembló la tierra y anublóse el cielo.

Digitized by Google

Un instante despues... se ve la torre,
Pues ya la oscuridad disipa el viento,
Todo se aclara al fin... Pero los hombres
Los bravos defensores... ¿qué se hicieron?

Volaron todos al estruendo horrible!...
Se vieron solo destrozados cuerpos
Descender a la tierra, ennegrecidos
Por el voraz i destructor incendio.

I las almas de Galvez i de Borda,
I de Montes, Alarco i de Salcedo,
Llegaron juntos a implorar justicia
Al trono soberano del Eterno.

Hendieron el espacio a buscar tumba
Mas allá del azul del firmamento;
I a la morada entraron de la gloria,
Que en la tierra por grandes no cupieron.

III.

Cesa un instante la obstinada lucha;
Vuelve otra vez a difundirse el fuego;
Se lidia sin cesar... Mas ya rendido
Nos deja el campo el orgulloso ibero.

Que la victoria al ver en su presencia
Las almas de los héroes que murieron,
Ordenada por Dios, en el instante
Desciende a coronar nuestros esfuerzos.

Por eso, orlada de laurel la frente,
Existe Borda en el sagrado templo
Donde habitan tan solo los que mueren
Por su lei, por su patria i su derecho.

Por eso el sol al ocultarse lanza
Rayos de gloria para el digno pueblo,
I para el tigre inquisidor hispano
Rayos de oprobio i de baldon eterno.

EN EL TÚMULO DE BORDA.

Un nombre más la americana historia
En sus brillantes pájinas escribe,
I en su palacio espléndido la gloria
De Borda el alma con placer recibe.

.....

El cielo se oscurece, i en la nube
Que de humo denso se levanta espesa,
Cornelio Borda a los espacio sube
Buscando digna y envidiada huesa;

I de la gloria el celestial querube
Lleno de gracia i divinal grandeza,
Le alza i le coloca hácia su lado
De mirtos y laureles coronado.

.....

Desde hoi escrito entre los nombres grandes
Se halla tu nombre, ilustre colombiano,
"Borda murió," repetirán los Andes,
"Borda murió," contestará el océano;

I si aun tu espada con furor no blandes,
Lidiando por el mundo americano,
Tu nombre en la batalla invocaremos,
E invocando tu nombre, venceremos.

.....

El héroe no murió, tan solo el hombre;
I eternamente vivirá en la historia
De Borda el grande, esclarecido nombre,
Que nos legó, de mayo, la victoria.

XVI.

La tarde estaba hermosa. Se habian disipado esas sombras con que la espesura de la bruma habia hecho de ese dia uno de los mas melancólicos que nos anuncian la entrada del invierno. El sol doraba con su hermoso esplendor las colinas que, desde la quinta «Guimaraens,» se dejan ver a los lados S. E. i N. E. en el arrabal de la Merced; i la arboleda, como las plantas de que está sembrado el llano de ese fundo, parecian levantarse erguidas, aquella con la hermosura de su follaje, i éstas con la belleza de los matices i la fragancia de sus flores, para saludar al astro rei, que, en su carro de fuego, venia apenas para absorber el rocio depositado en el cáliz de las flores, enjugar el plumaje de las enamoradas avecillas, i precipitarse luego entre los primeros crepúsculos precursores de la noche.

Mi reloj señalaba las cinco i media. Me encaminé por una de las calles de árboles del jardin, i alli bajo la apacible sombra de los naranjos i los guindos, contemplaba las maravillas de la creacion en todo lo que tenia a mi vista, i gustaba del ambiente que, al mecer blandamente las flores en sus tallos, esparcia una fragancia embriagadora por todo el cuadrado de la quinta.

Sentia allí palpitar a la naturaleza... Esos árboles i esas flores presentaban a mi vista los árboles i las flores que allá, bajo otro cielo, alguna vez yo contemplaba a la caida del sol, rodeado de amados seres que aquí no ven mis ojos i por los que suspira mi alma, i en el cantar de los gorriones, que sacudian sus alas sobre la copa de los árboles, me parecia escuchar aquellos mismos cantares que, desde lo mas elevado de los verdes sauces que sombrean el triste hogar de mis amores, se dirijen hasta Dios saludando los últimos resplandores de la tarde i los primeros albores de la siguiente mañana...

Estaba asi entregado a mis recuerdos, cuando el toque apresurado de una campanilla me hizo dirijir nuevamente a la estancia de Valdes.

A mi llegada, Juana le alcanzaba una copita con agua, en la que habia vaciado una cucharada del jarabe que acostumbraba tomar

Digitized by Google

para calmar los accesos de tos que tanto le hacian sufrir. Felizmente en esta ocasion no habia sido ni mui prolongado ni mui fuerte; asi es que estuvo espedito para tomar su dieta un cuarto de hora despues, lo que hizo con su acostumbrada buena disposicion i la *parsimonia* que ya le conocemos.

Me retiré a esa hora, i cuando regresé, lo hallé tranquilo, pero siempre con bastante fiebre, como de ordinario la tenia desde la entrada de la tarde.

Comprendí que tenia deseo de estar en silencio, sin duda para reponerse de lo mucho que se habia fatigado en todo el dia con sus largas relaciones, i me despedí de él, deseándole una buena noche i un sueño no interrumpido.

XVII.

La mañana del dia 18 fué tan deliciosa como habia sido la tarde anterior, despues de haber estado el cielo escondido entre las espesas capas de una niebla que se estendia por toda la ciudad. El sol se asomaba como si hubiera rasgado el azulado velo del cielo, para colocar en medio de él su cabeza de oro i estender sobre el horizonte los matices que, los efectos físicos de su brillantez, le hacian semejar a los rayos que despide un conjunto de brillantes i rubíes. Parecia que la naturaleza se habia propuesto indemnizar a los habitantes de Valparaiso de la tristura que el dia anterior habia producido en todos la estemporánea aparicion de una atmósfera preñada de humedad en la mitad de la primavera.

Llegué a la residencia de Juana i me dirijí a saludar al poeta, quien me dió cuenta de haber pasado toda la noche atormentado por la tos i mui ajitado por la fiebre, que le habia aumentado notablemente. Sin embargo, a esa hora se sentia mejor, i dispuesto a levantarse de la cama si asi se lo permitia el médico.

—Hoi espero al doctor Allende, me dijo. He rogado a E. que le haga saber mi traslacion a esta quinta, i creo que no se escusará de verme, pues me parece que para ello tiene especiales recomendaciones. ¿Sabe usted si el señor Bobillier vendrá hoi? me preguntó en seguida.

Digitized by Google

—No lo sé con seguridad, le contesté; pero lo espero, segun su jeneroso ofrecimiento.

—Aguardemos, pues, dijo, i cerró los ojos, en los que se notaba la cargazon del sueño no satisfecho a causa del insomnio.

Yo me retiré, i me dirijí a las habitaciones de Juana, que preparaba el desayuno del enfermo; i mientras éste dormia, me ocupé en la lectura de un libro que tenia en el bolsillo de mi sobretodo.

No sentí trascurrir las dos horas que, mi amigo durmiendo i yo leyendo, pasaron rápidas, como son, al parecer, las horas del verano; i cuando Juana me preguntó si eran las diez, me asombré de encontrar que, precisamente, era la hora que señalaban los punteros de mi reloj.

La buena mujer, que tenia órden de no pasar de esa hora para servir el almuerzo a su enfermo, se puso en movimiento para cumplir dicha recomendacion, mientras yo me dirijia a prevenir a éste que era tiempo de que satisfaciera la necesidad mas simpática del estómago.

Pasó un buen rato desperezándose; i como yo corriese una parte del trasparente que cubria la ventana, ¡qué hermoso dia! esclamó con entusiasmo; diciéndome en seguida que se habia restablecido mucho con haber dormido, i que creia no tener impedimento para levantarse i salir a pasear por el jardin.

Yo aprobé su determinacion, pues el dia me parecia mui aparente para que fomentara sus fuerzas i alegrara la vista.

Daba él principio a su mas agradable faena, haciendo honores al buen sazon de su cuidadora, cuando ésta anunció a las hermanas de la caridad, a quienes salí a recibir e introduje desde luego al cuarto de mi amigo, pues asi me lo habia prevenido.

La madre N. i la hermana X., con ese carácter lleno de amabilidad que les conocemos, comenzaron a demandar al enfermo, con solicitud digna de los deudos mas amorosos, que les diera cuenta de su estado. Valdes accedió a esto con rigurosa exactitud, i con tanta satisfaccion como si tratara con personas de su familia.

—Me parece que estaria usted mas cómodo, le dijo la hermana X., si tuviera un almohadon para descanzar sobre él los pulmones. Me voi a permitir mandárselo luego con Evarista, una buena muchacha del Asilo, que tiene deseos de conocer a usted.

Valdes le dió las gracias, diciéndole que aceptaria con gusto su presente.

—Quisiera, le dijo en seguida la respetable superiora, que ustedes nos ocuparan con mas franqueza, pues hasta ahora nada hemos hecho por usted que nos satisfaga lo bastante.

—Demasiado han hecho ya, contestó el enfermo, segun he sabido por mi amigo aquí presente i por lo que veo yo mismo. Sin embargo, no estaremos lejos de incomodar a ustedes hasta abusar de su bondad en mi favor. ¡Quién sabe cuánto tiempo tendré que ser vecino de la quinta, hasta sanar o volver al campo, a donde creo necesario regresar para consolidar mi curacion!... ¿Vendrá el médico? preguntó en seguida.

—Debe llegar mui pronto, contestó la madre N.

En efecto, poco despues entraba el doctor Bobillier.

Lo encontró con regular fiebre: notó de mui mal carácter la espectoracion, i por toda receta le prescribió buen alimento i unas cucharadas de jarabe de morfina, que debia tomar en la noche. I previniéndole que dejara la cama i saliera a pasear al jardin, se despidió.

—Encuentro que el enfermo, me dijo, cuando estuvimos en la puerta de la quinta, avanza rápidamente a su término. Hoi es mayor la fiebre, i lo que arroja es la disolucion de los pulmones. No obstante, tiene el semblante animado i alegre. Los tísicos engañan mucho; regularmente el dia qne aparentan estar mejor es cuando están peor. Nada hai que recetar a su enfermo, aparte de calmantes para que pueda pasar bien las noches. Prepararse, amigo, para recibir, de un dia a otro, el golpe de verlo desaparecer para siempre añadió, i se despidió.

Era la segunda vez que, mas o menos, me decia lo mismo el doctor, lo cual probaba que ninguna esperanza debiamos abrigar respecto a ver salvo al infortunado Valdes.

Cuando regresé, tenia éste en sus manos un pequeño emblema que acababa de obsequiarle la hermana X.

—Me ha pedido la hermana, me dijo, que recite cnando quiera la oracion o leyenda que contiene este emblema, i ruego a usted me la lea ahora mismo, pues deseo ver el contenido.

Tomé el precioso cuadrito, que representa al hombre sumido en la duda i en la indiferencia, rodeado de varios libros, entre los que se nota las confesiones de San Agustin, conteniendo los demas las inscripciones siguientes:

Digitized by Google

Agonias del hombre.
Vanidad de vanidades.
Todo es vanidad menos amar a Dios.

Al pié del emblema esta inscripcion:

De todos modos, es tan amargo vivir sin fé, sin esperanza... sin amor...

Leí estas pocas palabras i continué haciendo lo mismo con toda la inscripcion del reverso del grabado, que es asi literalmente:

UN RAYO DE LUZ ILUMINANDO EL ALMA SUMIDA EN LA DUDA I EN LA INDIFERENCIA.

¡Si fuera verdad!

¡Cuán desgraciado soi!... ¡Qué se han hecho los hermosos dias de mi inocencia, durante cuyas plácidas horas la antorcha de la Fé dirijia mis pasos... la santa esperanza me mostraba el cielo... i el amor divino me hacia probar el mas sabroso néctar!... Al presente, una incertidumbre cruel me despedaza el corazon; el pasado solo me inspira remordimientos; el presente me fatiga sin satisfacerme, i el porvenir me deja en una duda cruel...

¡SI FUERA VERDAD!

Un suspiro mal reprimido por Valdes me interrumpió por un lijero momento, i notando él que habia suspendido la lectura, me dijo, con voz bastante conmovida, que continuara.

Yo continué:

Desde que la duda penetró en mi alma, perdí la dicha, dejando de ser fiel... Ahogué mi fé para acallar mis remordimientos; dí oidos a los discursos de los impios i quise negar a mi corazon la existencia de Dios! En fin, me atreví a sacudir el yugo de mis deberes... Desde entonces huí de la luz; los pecadores me contaron engañosas fábulas, i como halagaban mis sentidos, las preferí a la verdad... Pero desde entonces la paz ha huido de mi alma, la zozobra i el espanto me persiguen, i en la inquietud que me atormenta, esclamo sin cesar: ¡I si fuera verdad!

Si fuese cierto lo que aprendí en mi niñez sentado en las rodillas de mi buena madre, asi como en el tranquilo santuario donde me arrodillaba con tanta felicidad...

—¡Basta, amigo mio! esclamó el enfermo con voz ajitada. ¡Está bueno!... Está bueno!...

Digitized by Google

Yo estaba asi mismo demasiado emocionado, i declaro que sufria bastante.

La hermana X., en no distinto estado, recobrando la entereza que la distingue, le dijo:

—Quizá he causado a usted un mal con pedirle la lectura de lo escrito en ese emblema; me pesa de ello i le ruego que disimule mi exijencia. No ha sido mi ánimo causarle disgusto, sino procurarle un bien para su espíritu.

Valdes abrió sus ojos, que habia cerrado como un recurso para disimular su emocion, i dirijiendo una mirada sobre la hermana, que esperaba alguna palabra de él, me dijo:—Continúe usted, amigo mio. Un recuerdo vino a herir mi corazon, i por esto, sin saber lo que decia, le pedí que suspendiera la lectura.

Jamas me enfadará nada que venga de ustedes, agregó, dirijiéndose a la hermana, i a la madre N., que a la sazon enjugaban tambien sus ojos humedecidos.

Yo dí principio nuevamente a la lectura.

Si fuera cierto que la eternidad me aguarda; que el Señor dará a cada uno, segun su merecido; que esta misma noche quizas mi alma será llamada al tribunal de Dios!... ¡Oh, si esto fuera verdad!...

¡Cuán insensato soi! Aventuro a cada instante mi eternidad i me pregunto si hai una eternidad... ¡Perdon, perdon, Dios mio!... Tened piedad de mi infortunio... Abridme el seno de vuestra infinita misericordia, porque en él quiero esclamar:—Es verdad, sí, es cierto: yo lo creo; el Señor es el Sumo Bien, siempre dispuesto a perdonar el corazon contrito i arrepentido que vuelve a él i se refujia en su seno paternal...

¡Refujio de los pecadores, María concebida sin pecado oriiinal, devolvedme mi título de hijo de Dios i mi lugar en el Cielo!...

.....

Al terminar, notamos todos que Adolfo se mordia los labios, i que escurriendo su cabeza sobre las almohadas, quiso cubrírsela con las cobijas; pero sin duda se acordó de que no estaba solo, i queriendo dar alguna salida a la embarazosa situacion en que estaba, dijo con forzado aire de satisfaccion, que a él mismo no se le ocultaria que era un mal reprimido despecho:—Está bien. Es bonita leyenda...

Reinó un profundo silencio, prolongado algun tiempo, porque ninguno de los que estábamos en la sala, incluso el mismo enfer-

mo, nos atreviamos a romper. Todos teniamos indudablemente un mismo pensamiento.

Al fin, la madre superiora viendo su reloj, dijo:—son las once, i es una buena hora para dejar descansar al señor. Nos retiraremos.

I dirijiéndose al enfermo:—Adios, buen amigo, añadió con tono cariñoso i lleno de afecto. Mañana esperamos encontrarlo un poco mas tranquilo i en mejores condiciones de salud.

Se despidió asi mismo la hermana X., i el poeta, algo mas dueño de sí, reiteró a las hermanas de la caridad su reconocimiento por las bondades que les merecia.

En el momento que éstas salieron, me pidió mi amigo el emblema que acababa de leer. Se lo pasé, lo vió con ansiedad por el reverso i en el acto me lo devolvió, sin pronunciar palabra.

¿Qué quiso ver? Cuál era la duda que tenia i que en el instante quedó satisfecha? No lo sé. Talvez temió que una mano conocida hubiera escrito espresamente para él esas palabras que, a juzgar por su turbacion, habian producido en su ánimo un efecto estraordinario, i habian caido al fondo de su alma como la piedra cae al fondo de los mares.

No solo guardó siempre silencio, sino que, para libertarse quizá de despedirme, se dió vuelta para el lado de la pared i se cubrió la cabeza.

Yo salí de la sala i de la quinta recomendando a Juana que tuviera cuidado si el enfermo tocaba la campanilla, único caso en que cualquiera podria entrar donde él.

XVIII.

Preocupado por demas con las impresiones que habia esperimentado mi amigo, i cuyos efectos sentia aun yo mismo, traté de no estar por mucho tiempo lejos de él; apenas pasaria una hora, cuando entraba nuevamente al interior del jardin, de donde salia Juan de Dios Sepúlveda, esposo de la buena Juana, i me hizo saber que el enfermo se habia levantado, i que estaba con el humor un poco *vinagre;* como si dijéramos *con la vena gruesa.*

—Es mui natural en los enfermos ese estado, dije a Juan de

Dios. Supongo que Juana no tomará a pecho alguna violencia o jenialidad de mi pobre amigo.

El buen jardinero me tranquilizó asegurándome que él i su esposa comprendian bien que los enfermos tenian sus horas i hasta dias completos de no podérseles sufrir; pero que, escollando sus violencias en la tolerancia i la prudencia, ellos mismos se sosiegan como las olas del mar despues de la tormenta.

—Tal Juan para tal Juana, me dije yo en silencio, encontrando tan bueno al uno como al otro de los dos que componen ese matrimonio, i me dirijí a la salita.

Valdes estaba sentado en un sillon de mimbres que un amigo le habia mandado la víspera. Lo noté bastante fatigado i no poco abatido.

—Hoi estoi profundamente triste, me dijo, despues de haberme mirado por un buen rato con la curiosidad del que se fija en un desconocido a quien cree haber visto en alguna parte i no recuerda dónde ni cuándo.

Yo confieso que me sentia turbado.

¿Qué queria decirme Valdes con su mirada?...

Su espresion significaba que sentia algo estraño en su espíritu i en el fondo de su corazon, i me preguntaba si podria encontrar en mí el alivio para los dolores de su alma.

Creyéndolo asi, lo invité a pasear por el jardin, i aceptó.

—Antes quiero, me dijo, obsequiar a usted estos cuadernos i papeles, que contienen muchas de mis poesias; pero en el egoismo de la amistad le pido que ellas no me quiten aquí el tiempo que, en nombre de mi desgraciada soledad i de la ausencia de los mios, le reclamo al amigo jeneroso que una feliz casualidad ha puesto en mi camino en estos dias, que quizá sean los últimos de mi vida...

—Le agradezco su presente, amigo querido, le contesté, i sin embargo de recordar que tengo vijente una prohibicion suya, me permitiré decirle que no es la casualidad quien me ha puesto cerca de usted, sino la Providencia, que no desampara a los que guarda para llenar con ellos un gran fin. Ella es la que no ha querido abandonar a usted al presente, poniéndole cerca amigos que le consuelen i le quieran. Yo la obedezco. Complaceré los deseos de usted i le repito ahora lo que creo haberle dicho ya: que lo acompañaré mientras recupere su salud.

—Vamos, dijo por toda contestacion, levantándose i haciendo

crujir el sillon, como si se quebraran las varillas de que estaba tejido.

I salimos.

—¡Qué hermoso es esto! esclamó dirijiendo una ávida mirada por todo el jardin. Quiero pasear, agregó.

I lo encaminé por la ancha calle principal, a la cual daba sombra un hermoso parron vestido de gala, pues en la primavera no hai árbol ni planta que no esté con nuevos brotes, con flores i con nacientes frutos.

—¡Esto es encantador! dijo despues, como dominado por la frescura que brindaba el enjambre de las camelias, el aroma delicioso de los azahares, las rosas, el heliotropo i la embriagadora madreselva. ¡Cuántas cosas recuerdo en este instante, aquí bajo estos árboles i en medio de estas bellas flores! esclamó en seguida, lanzando al aire un tierno suspiro. Allí hai un asiento; acerquémonos a él, añadió, señalando una banqueta rústica que estaba colocada a la sombra de un árbol de jacarandá.

A pocos pasos del bosquecillo de las camelias, llegamos al sitio que realmente estaba sombreado i convidando para recibir en él, el perfume que el ardor del sol hacia despedir de las flores.

—Hoi, amigo mio, dijo tan pronto como se sentó, recuerdo en este lugar tan precioso uno de los dias mas tristes que he pasado en Chile... Allá por el seis de agosto me sentia demasiado fatigado... Tenia mucha fiebre, dolores crueles en el pulmon como los tengo hoi... Deseaba beber agua, tomar alguna bebida, alguna cosa fresca, i no tenia quien me la alcanzara, ni podia pedirla, porque nadie se acercó a mi habitacion, ni atinaba a tocar la campanilla, porque no sabia en esos crueles momentos que mi cuarto la tenia, como la tienen todos los del hotel Santiago, en el cual estaba hospedado... Ningun alimento habia tomado hasta esa hora, en que estaba el sol a la mitad de su carrera... Ningun amigo llegó a verme, ni a averiguar si aun vivia o habia descansado de padecer... La crueldad de mi situacion se me presentó mayor para atormentarme más, i me parecia que mi desgracia no alcanzaria remedio. Me veia solo en el reducido espacio de mi sala i dormitorio a la vez, i la desesperacion se apoderó de mí... Maldije, en un acceso de rabia i de violencia, a toda la humanidad. Maldije mi suerte, i deseaba morir en ese momento, para poner asi término a los dolores i a las crueles angustias que me devoraban...

El recuerdo de mi madre, que jamas se separa de mí, i mucho menos cuando sufro, en vez de consolarme vino a acrecentar más mis padecimientos i a torturar mi corazon. Con los ojos abiertos, me parecia verla, me parecia estar con ella bajo los huertos de mi patria, prodigándome allí sus caricias i sus amores; pero luego sacudia la especie de letargo en que estaba i veia la realidad. No habia ante mi vista mas que cuatro paredes, entre las cuales no se sentia ningun otro aliento que el mio, ardiente, i saliendo de mi pecho con dificultad en medio de una fatiga horrorosa... Entonces la realidad desvanecia el ensueño de mi fantasia i no contemplaba nada mas que la fatalidad de mi suerte, la crueldad de mi destino.

Si yo estuviera al lado de mi madre, me decia; si yo estuviera bajo el apacible techo del hogar paterno, no sufriria tanto, no estaria a esta hora tan solo, tan abandonado, i mi enfermedad tan cruel no habria quizá tomado las proporciones que hoi tiene... I lloraba, amigo mio, sin poder dejar de llorar con toda la amargura que destilan en el corazon las grandes desgracias.

No pasaré adelante sin decir a usted que tengo, sin embargo, recuerdos de gratitud para un jóven de Santiago que me hacia compañia despues, en todo el tiempo de mi gravedad. Este es don Alejandro Aguinet, a quien deseo que alguna vez le diga usted que no sé olvidar los jenerosos i buenos oficios de los que me han favorecido en la desgracia.

Continúo mi relacion.

Aquel dia, en medio de mi dolor, improvisé el soneto que despues puse en esta hoja de papel, que entonces como ahora, llevaba en mi cartera. Era la hoja blanca de la carta de un amigo, y quiero dárselo a usted como recuerdo de uno de mis dias mas amargos...

Sacó su cartera, i de ella un medio pliego de papel pequeño, diciéndome que leyera.

Lo recibí i leí.

PRESENTIMIENTO.

Buscando vengo la salud perdida,
¡Oh, Chile hermoso! a tu benigno suelo,
Por ver si el aire de tu limpio cielo
Puede siquiera prolongar mi vida.

¡Nadie quizá de mi dolor se cuida!
Mi madre está tan lejos!... i en mi anhelo,

Ni aun puedo alzar apresurado el vuelo
A darle mi postrera despedida...

¡Triste es morir cuando la vida empieza,
Sin escuchar al lado la plegaria
Del ser que el labio sin descanso nombra!

Quizás ¡Oh, Chile, guardaras mi huesa!
¿No le pondrás al verla solitaria
Un sauce amigo que le preste sombra?...

—Es bueno el soneto i me gusta bastante, le dije, tratando de disimular, quizá no bien, la impresion que me habia causado su lectura.

—Nada tiene de bueno; mucho sí de triste. ¿No cree usted que es hasta exajerado el presajiar uno mismo su muerte, cuando apénas se comienza a gozar de la vida?... cuando no se han gustado siquiera los placeres que ella nos brinda; cuando recien a los treinta i tres años, en la flor de la existencia, el mundo nos sonrie i nos convida al placer?... cuando el alma llena de ilusiones o convencida de las realidades, ama, respira amor, esa vida palpitante del corazon, esa vida del alma, cual es el amor puro, el amor real que hace eterna nuestra felicidad?... ¡Morir yo, morir sin ver por otra vez las alegres campiñas de mi patria, el azulado horizonte de mi Cauca amado, las flores de sus valles, sus sauces melancólicos i hermosos, las fuentes donde yo jugueteaba cuando niño, el hogar recordado que me vió nacer, en fin; mi madre amada, mi padre, mis hermanos, mis amigos... ¡Oh! es imposible... imposible!... Tiempo hace que me persiguen ideas de esa naturaleza cada vez que estoi triste. Cuando acaricio la melancolía, la idea de la muerte me viene, importuna, por delante; i yo no quiero morir, no puedo morir, porque aun no he vivido nada... Quiero estar alegre, quiero sacudir la tristura que se apodera de mí, que no es otra cosa que impresiones de mayor o menor carácter, segun quiere la imajinacion que sean... Nó; nó, amigo mio, no quiero estar triste... Hablemos de otra cosa. Hablemos de mis amores, de mis versos, que asi pasaremos mejor el rato... Rompa usted ese papel, pierda usted ese soneto, producto de un momento de fastidio, de la fiebre que ajitaba mi cerebro, que acaloraba tristemente mi imajinacion... Cuando lo hice estaba conmovido, estaba aburrido, desesperado de verme solo, sin nadie i sin

nada que me brindara un consuelo, por pasajero que fuese. Por eso, la imajinacion, que crea todo, conforme a nuestro estado, alegre o triste, me hizo producir ese soneto, que es mas bien una jeremiada del espíritu del poeta, que la realidad de un sentimiento nacido del fondo del alma... Nó, no lo guarde; rómpalo i no hablemos más de esto, que me disgusta a mí mismo...

Rómpalo, volvió a decir. I con la cabeza inclinada, i trazando con su baston un jeroglífico en el suelo, se quedó asi por largo rato, como pensando si volveria a repetirme o a pedirmo que hiciera lo que tal vez no deseaba en realidad.

Yo guardé tambien silencio.

De improviso se puso mi amigo de pié, i alargó el brazo para arrancar una rama de azahares del árbol que estaba cubierto de ellos, frente a frente de la banca en que estábamos sentados. Comprendiendo su deseo, i viendo su imposibilidad para realizarlo, le cojí un ramo, lindo i fragante como la misma pureza, cuyo emblema representan esas bellas flores.

Valdes lo tomó i lo llevó, no sé si a sus labios o solamente quiso aspirar su suave olor; i volviéndose a mí, me dijo:

—Voi a contar a usted, a estilo de cronista, mis amores... Pero creo que esta negrita que viene es de donde las hermanas, dijo interrumpiéndose i dirijiendo su vista hácia la entrada de la quinta.

Era, en efecto, Evarista con otra compañera, conduciendo ésta una dulcera repleta de conserva de frutas, i aquella un almohadon cubierto de una alba funda, el almohadon ofrecido por la hermana X. El dulce era un presente de la señora superiora para él mismo.

Todo lo recibió el poeta con marcadas muestras de agradecimiento, e hizo muchos encargos a Evarista para que hiciera presente a las hermanas que todas sus oficiosidades quedaban grabadas en su corazon, i que no las olvidaria jamas, en cualquier lugar a que la suerte lo llevara.

Pronto se despidieron las dos conductoras, i Valdes, despues de espresarme la gratitud i el cariño que despertaban en él, asi la madre superiora como la hermana X., i despues que entregamos a un hijo de Juana los regalos que acababa de recibir, para que los condujera a su cuarto, me dijo que iba a cumplir su ofrecimiento, es decir, a referirmo la historia do sus amores, por supuesto a grandes rasgos, pues me habia dicho que lo haria a estilo de cronista.

Oigámoslo.

Digitized by Google

—Creo haber dicho a usted otra vez que mi corazon concibió una pasion vehemente, pasion que creí era correspondida con la misma ternura que la sentia crecer en mi alma; pasion que se encendió, sin darme cuenta, con ese fuego divino de los sentimientos puros en que solo toma parte el alma i ninguna los sentidos. Yo amé a un ser que me engañaba mintiéndome amor tambien, i creí, como creen los sanos de corazon, en los falsos juramentos que me hacia cuando solo eran testigos Dios i los plácidos resplandores de la luna que desde el cielo descendian para iluminar sus formas de ánjel, segun lo creia yo. La amaba con esa pureza que habrá usted conocido en su primer amor, i me suponia ¡insensato de mí! dichoso i afortunado. No tardó mucho sin que esas horas de dicha i de amor desaparecieran para mí como desaparecen los goces del placer impuro, para solo dejar el recuerdo del remordimiento que, como espina aguda, nos punza el corazon i lo lacera sin piedad. Ella... ¡casi digo su nombre!... ella mentia; i cuando me juraba amor, perjuraba, jurándome traicion...

Aquella pasion que yo creia tan pura como la mia, vino a emponzoñar mi corazon i a derramar sobre él la hiel de un desengaño triste, que me hizo por primera vez reconocer que en el mundo en que vivimos es todo falsedad, todo mentira... Este es el motivo de mi composicion «*Ella mentia*,» i de otras que he escrito en igual sentido. ¿Las ha leido usted? Las conoce?...

I como le contestara que no las conocia por su historia, me relató aquella de esta manera:

¡ELLA MENTIA!

¡Ella tambien mentia!
La vírjen a quien ciego idolatré,
De cuyo amor mi corazon vivia!
¡Ella tambien mentia!
¡Ya de mi pecho se estinguió la fé!

Ya murió mi esperanza!
¡Ya de latir mi corazon cesó!
I solo nubes a mirar alcanza
Mi espíritu en remota lontananza
Desde que ella mintió!

Digitized by Google

Nadie creyera que en el vírjen seno
En donde solo la virtud se anida,
Estuviera escondida
La gota de veneno
¡Ai! que ha venido a emponzoñar mi vida.

Perdóname, Señor!... Pero hai momentos
En que dudo de tí,
Cuando miro falsear los sentimientos,
Los castos pensamientos
Del ser perfecto a quien mi amor le dí.

¡Ella, tan casta i pura
Como el dulce mirar de un serafin!
¡Ella, del cielo la mejor hechura,
Tambien manchó con la mentira impura
Sus labios de carmin!

Yo que la alcé en mi corazon altares
I allí la idolatré:
Yo que por ella hasta olvidé mis lares,
Hoi en un mar de insólitos pesares
Por ella estoi sin ilusion ni fé.

¡Ella tambien mentia!
¿Quién cree ya en la verdad?
Todo mi ser, mi corazon daria,
Porque fuera mentira la falsía,
Porque fuera ilusion la realidad.

¡Oh! si fuera posible
Que una mentira su mentira fuera;
Que por decirme la verdad mintiera
Su corazon sensible...
Mi vida yo por su mentira diera.

Mas si de su alma la mentira brota,
Rómpete al punto, infortunada lira,
Dando a los vientos tu postrera nota;
I tú, mi pobre corazon, suspira
I el vaso amargo del dolor agota.

.....

Digitized by Google

Estas fueron las espinas que vinieron a clavarse en mi corazon, para amargar más los dias de mi juventud. Si usted ha pasado por cosa semejante, evitaré decirle lo quo mi alma sentia cada vez que recordaba la falsía de... ella, de ella, a quien deseaba, sin embargo, que no padeciera jamas tanto como padecia yo. Pero vana plegaria la que por ella hacia!... Me habia probado que nó tenia corazon: solo asi no pudo comprender la sublime pasion que consumia el mio, en el que, con sus falsas promesas i con su mano impia, introdujo en él ese emponzoñado dardo que solo me pudo arrancar el májico poder de un odio tan intenso despues como grande fué mi amor... No esperaba que mi corazon hubiera podido abrigar jamas otro amor tan sublime como el que mal habia gastado en una mujer sin alma; pero, al andar de los tiempos, encontré en Lima un ánjel puro, sencillo i tan lleno de candor, que la primera vez que le ví se agolpó toda mi sangre a mi cerebro, i me turbé como debe turbarse el que vea, dichoso, alguna aparicion celeste. Creciendo mi amor cada dia oculto dentro mi pecho, i sin valor para ponerlo a los piés de la encantadora niña que lo habia despertado tan puro, tan casto i tan risueño como el amor de los ánjeles, llegó el dia en que una feliz ocasion me proporcionó el ansiado momento que me parecia alejarse eternamente de los umbrales de mi felicidad, i E.*, ese ánjel bello como la virtud misma, que tambien me amaba ya, hizo acallar en mi corazon la voz de todas mis malas pasiones, para quo solo reinara en él la voz de su amor, que me hizo despreciar desde entonces esos mentidos goces que, sin satisfacer al alma, halagan los sentidos i despiertan ambiciones que muchas veces nos conducen a la perdicion. E.* embelleció desde ese momento los dias de mi juventud, i sus promesas llenas de pureza, dirijidas a un fin santo, me han hecho entrever las delicias de un Eden en el cual sueño verme gozando de la apacible dicha que aquí en la tierra, gozan las almas que se unen jurándose eterno amor; ese amor, que no se corta jamas, que no termina, porque lleva el sello de la inmortalidad, i que me parece existirá aun mas allá de la tumba... Aquí tengo un recuerdo de ella, continuó, abriendo el resorte de su cartera i sacando un pequeño pedacito de piel, de pulgada i media de ancho por una de largo; i llevándolo con efusion a sus labios, me dijo:—¿Comprenderá usted lo que es esto?

—No sé, le contesté.

—Esta es una prenda de amor, de virtud i do piedad de mi pro-

Digitized by Google

metida E.*, de esa niña que recuerdo en todos mis momentos, como recuerdo a mi amada madre... Es un estremo de una correa o cinto de hábito del Cármen, que por devocion vistió por cierto tiempo. Yo lo corté para conservarlo como reliquia, como un talisman que llevo siempre al lado de mi corazon. Este pedacito de su cinto yo se lo devolveré el dia que quiera la suerte ver realizados nuestros juramentos, el dia que aparezca mi felicidad por un horizonte despejado de toda nube de dolor i de desgracias.

.....

Despues de un rato de completo silencio, abrió otra vez la cartera i guardó el *talisman*, como acababa de llamarlo. Luego, levantándose, dijo:—Dejemos este lugar, que ya el sol nos obliga a retirarnos. Vamos a rondar a Juana que debe tener algo para mí.

I nos dirijimos a la puerta de su habitacion, tomando asiento a la sombra de un corpulento molle o árbol de la pimienta, que allí existe.

XIX.

Las suaves brisas de la tarde puede decirse que recojian los deliciosos perfumes de las flores para llevarlas a embriagar la fantástica imajinacion del poeta, que parecia hacer esfuerzos para aparentar indiferencia de su verdadera situacion.

Acababa de verlo paseando su fantasia por los campos de la vida i del amor, como si quisiera apartarla de que se asomara a las profundidades de la eternidad.

Lo he visto en todo el dia asaltado por mil ideas tristes, por una melancolía que, es indudablo, estaba en el fondo de su corazon; i sin embargo, ya lo hemos oido mintiendo tranquilidad, halagándose con la promesa de los placeres, i esperando un venturoso dia que, a su juicio, dobia coronar sus ensueños i despejar el horizonte do sus penas.

Le he visto dominado por dolorosos recuerdos, manifestándome hasta sus tristes cantares a modo de plegarias doloridas, i luego, en el arrepentimiento súbito de descubrirse sublime en el suplicio del dolor, apartarse de él avergonzado i exijirme que hiciera desaparecer este testimonio de lo que habia presentido su alma.

Digitized by Google

El mismo no habia podido ocultar que, en sus momentos mas tristes, la idea *importuna* de la muerte le venia por delante; i lo hemos visto, como el que intenta distraer un sueño que le narcotiza i entorpece sus sentidos, escurrirse despues entre el laberinto de mal pagados amores, i de otros que Dios no bendecirá, porque allá en sus impenetrables designios, ha escrito con su diestra suprema una pájina distinta, que, como todas sus disposiciones santas, se tiene que cumplir, i quizá no mui tarde...

Recorramos nuestra memoria i encontraremos en ella que a esa venda voluntariamente colocada por Valdes sobre sus propios ojos para apartarse de su verdadera situacion, se agrega otra mas espesa aun, que llena de tinieblas el fondo de su alma, negando la existencia de la Providencia, de esa Providencia que se reconoce al contemplar desde la mansa avecilla de los valles hasta la enfurecida fiera de los bosques. Recordemos haberle oido decir que en sus momentos de desesperacion ha deseado una muerte instantánea que pusiera fin a sus tormentos, como si se tratara meramente de la muerte del cuerpo i no tuviéramos el deber de procurar, como cristianos, alcanzar la vida eterna del alma.

Volvamos nuestros recuerdos a la opinion repetidamente manifestada por el médico, que ninguna esperanza abrigaba de curar, ni de detener siquiera, el curso de la cruel enfermedad de nuestro amigo, i dígasenos por un momento, qué debiamos hacer? Por qué resorte moviamos ese corazon, quizá no empedernido pero sí, repleto de indiferentismo i de incredulidad?...

Es preciso trabajar sobre esto con interes, me dije a mí mismo tomando mi resolucion. Es preciso procurar la salvacion del alma, ya que es imposible la salvacion del cuerpo...

Entraba en este acto a la quinta el doctor Allende Padin, que hacia pocos momentos, como lo aseguró al enfermo, acababa de saber su nueva residencia.

Su visita fué de pura etiqueta; se contrajo, en lo principal, a hacer a Valdes un elojio sincero de su buen hospedaje. I ofreciéndole volver al siguiente dia, se despidió de él con un significativo apreton de manos, que me hizo comprender que eran bastante amigos.

Despues de dejar a dicho caballero en la puerta de la quinta, cumpliendo asi un deber de cortesía, dije al poeta que creia conveniente se precaviera del aire de la tarde.

Accedió a mi indicacion, regresó a su cuarto i mandó preparar su cama, en la cual no tardó mucho en estar sudando la fiebre que, todos los dias a esa hora, le aumentaba bastante.

Le serví la pocion que, media hora antes del alimento, tomaba por cucharadas, i lo dejé encargado a Juana, indicando a ésta la hora que señalaba mi reloj, i advirtiéndole que el enfermo acababa de tomar su medicamento.

XX.

Cuando regresé donde el poeta, a las siete mas o menos, de la noche, lo encontré con algunos amigos que charlaban con él mui animadamente, i que lo acompañaron hasta la hora que le correspondia tomar el jarabe de morfina, conocido como el medicamento universal para los enfermos en quienes se han agotado los recursos de la ciencia.

Acababa, pues, de administrarse a Valdes una cucharada de *sueño medicinal*, asi como al que va a ser ampuntado se le ministra una dosis de *insensibilidad*, haciéndole aspirar esa sustancia líquida compuesta de alcohol i diversos cloruros que la medicina llama *cloroformo*, con cuyo ausilio separan los hijos de Esculapio un miembro de nuestro pobre cuerpo con la destreza con que el anfitrion destroza un trufado en un suntuoso banquete.

Llegaba poco tiempo despues a mi casa, preocupado por la violencia con que se agravaba el desgraciado Adolfo. Lo primero que se me presentó a la vista fué el envoltorio de sus composiciones que me habia obsequiado en la mañana. Lo desdoblé, i, sin sentir, fuí pasando unas i otras hojas, deleitándome con las bellas producciones de ese poeta, jocoso unas veces, como tierno i sentido otras. Al leerlas, me parecia escuchar de su propia boca sus apasionados cantos, asi como sus lloros postreros, cuando apenas divisaba el horizonte de la vida, como él mismo me decia no hacia muchas horas, a la sombra del emparrado de la quinta.

Con el propósito de completar estos apuntes, inserto a continuacion la mayor parte de las composiciones de mas mérito que a mi humilde juicio, existen del malogrado Valdes.

Omito todo juicio, respecto a ellas, porque plumas autorizadas han cumplido la jenerosa mision de conducir los "Ensayos líricos de Adolfo Valdes," hasta el banco de la justicia literaria, donde han recibido el fallo desapasionado de severos i competentes jueces en las principales repúblicas de Sud-América.

REMINISCENCIAS.

(A MI MADRE.)

I.

Un tiempo era: mis primeros años
Exento de pesares i de engaños,
Llenos de risa, de placer i amor,
Se deslizaban como brisa suave,
O como el himno matinal del ave,
Como el aroma de la fresca flor.

Que todo cuanto entonces me rodeaba
Amor, placer i vida respiraba,
I era limpio i azul mi porvenir:
Mis piés hollaban solamente flores;
Recreábanme del cielo los colores,
Con sus nubes de gualda i de zafir.

Era un jardin divino mi existencia,
Mi alma una flor de perfumada esencia
Que fiero el desengaño evaporó;
Porque esa dicha de mi edad primera,
Como un meteoro se pasó lijera,
I apenas rastros de su luz dejó.

II.

Pero el tiempo voló... La madre mia
Llegóse donde mí, llorando, un dia,
I trémula de angustia y de dolor,
Teniéndome en sus brazos estrechado
Esclamó, con acento sofocado:
—Van a quitarme al hijo de mi amor!

—¿Por qué? la contesté... madre querida,
Si es tuya mi alma, como lo es mi vida

¿Quién de tu lado me podrá arrancar?
Oh! nadie, nadie, porque igual seria
Quitar al cielo el luminar del dia,
Quitar sus ondas al soberbio mar.

—Tu edad asi lo exije: tu alma anhela
Ser grande, ¿no es verdad? Pues ya la escuela
A su seno te llama, y debes ir.
—Nó, nó, le contesté: yo nunca puedo,
Oh madre, abandonarte!... Tengo miedo;
Yo sin tus besos deberé morir.

No pude decir más; pero mi llanto
Mostró a mi madre mi fatal quebranto
I mis pesares íntimos mostró.
Aquel anuncio le quitó a mi alma
Sus ilusiones, su apacible calma,
I mi tranquilo corazon turbó.

Toda la noche con mi madre amante
Soñé, mirando con horror delante
Fantasmas que me hacian sollozar:
El alba apareció; y el beso ardiente
Del lábio maternal sobre la frente,
Por la primera vez me hizo llorar.

Tambien lloré cuando la faz divina
Del sol hermoso, tras la cresta andina,
Lanzando rayos de zafir miré;
I cuando ví la cristalina fuente
Por el prado rodar, claro i rïente,
Mi amargo lloro a su raudal mezclé.

Tambien lloré cuando escuché los trinos
Que en el follaje de robustos pinos,
Tiernos, lanzaba el ruiseñor jentil;
I al ver la cabra en la vecina loma,
I la brisa al sentir, llena de aroma,
I al ver del cielo los colores mil.

Al campo hermoso do corrido habia
Tras de la inquieta mariposa un dia,
Adios, le dije con intenso afan;
I a todo cuanto a mi redor miraba,
Mi adios postrero, con dolor le daba,
Cual darlo pudo al paraiso Adan.

III.

Al fin mi padre, del materno seno
Con fuerza me arrancó... Su rostro lleno
De amargo lloro, al despedirme, ví..
I adios mi madre sollozando dijo;
Adios, adios, mi idolatrado hijo,
I sollozando, adios, la respondí.

Una hora pasó... Ya no veia
El humo de mi hogar, i aun suponia
Estar oyendo la materna voz:
Distintos campos conociendo iba;
Subí despues a la montaña altiva,
Donde se posa el águila veloz.

Ya con la tarde, contemplé los valles
Que riega el Cauca; i divisé las calles
De la ciudad en que despues entré:
Al verme sin mi madre... Yo no puedo
Decir lo que sentí... Temblé de miedo,
I nuevamente de pesar lloré.

IV.

Tal principió mi vida: el primer paso
Me hizo dejar el maternal regazo,
I al cielo hermoso que me vió nacer:
Despues, vagando por el mundo he ido,
I penas tras de penas he sufrido,
I aun no he logrado venturoso ser.

I la fama soñé, soñé la gloria,
Mi nombre escrito lo soñé en la historia,

Triunfos i lauros en la lid soñé:
I por buscarlos en la cruel batalla,
Mi pecho espuse a la feroz metralla,
Mas solo triste decepcion hallé.

Yo de mi sangre la ofrecí el tributo;
Pero ella solo, como digno fruto,
La cárcel i el destierro me ofreció;
I el porvenir hermoso que veia
Espléndido i feliz mi fantasía,
Entre nubes espesas se ocultó,

Dejando un campo solitario y yermo
Donde mi pobre corazon enfermo,
Pudo tan solo de pesar latir,
I en que hallé zarzas en lugar de flores,
I en vez de un canto de placer i amores,
Oí las aves del panteon jemir.

Por otros campos fuí, i otros lugares,
I ausente aún de mis queridos lares,
Proscrito, vago sin hallar solaz;
I ya me encuentre en bulliciosas calles
O cruce estensos i floridos valles,
No hallo consuelo para mí jamas.

No siento mano que me estreche amiga,
Ni voz escucho que amorosa diga:
«De tu pesar la compañera soi;
«Yo soi la madre que mi amor te ofrezco,
«I cuando sufres, tu dolor padezco,
«I cuando gozas a tu lado estoi.»

V.

Oh! i cuánto es verdad, madre querida,
Que en la carrera de la humana vida,
Solo tu afecto verdadero es:
Por eso tú mi pensamiento eres;
Solo en tu seno se hallarán placeres...
Mentira es todo, i falsedad despues.

Hoi en mis cantos le suplico al cielo
Me arranque pronto de estranjero suelo
Yendo a gozar tu maternal amor;
Que la existencia para mí entre tanto
Será un amargo manantial de llanto
I una cadena de eternal dolor.

UN SUSPIRO.

A SILVIA.

Haz que un momento el corazon descanse,
Dale un instante a mi penar alivio;
I calma un tanto mi infortunio amargo
Con un suspiro.

Toda mi vida i cuanto tengo diera
Por ver tus ojos en mis ojos fijos,
I que exhalaras con amor ardiente
Tierno un suspiro.

Es un remedio para el alma ardiente,
Es para el triste corazon alivio,
Cuando se lanza apasionado y tierno,
Solo un suspiro.

I yo por esto que tu pecho exhale
Uno siquiera por mi amor te pido;
Porque mi dicha o infortunio labras
Con un suspiro.

Yo era infeliz... Pero escuché tu acento,
I ví tu faz i tu semblante altivo;
I en el instante, con placer inmenso,
Lancé un suspiro.

I hoi encantadas ilusiones tengo;
I hoi despejado mi horizonte miro;
I hoi soi feliz, porque lancé del alma
Solo un suspiro.

Yo te lo ofrezco; si lo aceptas, Silvia,
Solo uno igual por recompensa pido,
Que diga:—"Basta, que abrasóme el fuego
De tu suspiro."

I entonces yo te ofreceré un tesoro
De amor ardiente, de inmortal cariño,
I mi esperanza te daré, i mi vida
Con un suspiro.

I cuando bata sobre mí la muerte
Sus negras alas... De mi seno tibio,
Ven i recibe el que será mas tierno
De mis suspiros.

VOCES DE LA AUSENCIA.

A SILVIA.

I.

Como la hermosa, la violeta tímida
Que crece en las orillas de hondo rio,
Alimentada con las puras lágrimas
Que derrama en su cáliz el rocío;

Como la estrella temblorosa i fúljida
Que brilla en el espacio solitaria;
Como el sabroso i esquisito bálsamo
De la bella i sensible matricaria;

Como la dulce i apacible cántiga
Que al despuntar el alba en el Oriente
Alzan en coro los alegres pájaros
A las orillas de la mansa fuente;

Como la roja luz que en el crepúsculo
Tiñe de grana el azulado monte,
I borda con encajes de oro i púrpura
El lejano confin del horizonte,

Asi te vió mi apasionado espíritu
En sus raptos de amor i de locura;
Asi tan bella, tan modesta y cándida,
Asi tan tierna i apacible i pura.

Asi te ví, i en mis ardientes ímpetus
Te dí mi corazon, te dí mi vida,
I de pasion i de placer mil lágrimas
Surcaron por mi faz entristecida.

Por la primera vez sentí en mi ánima
Aquel amargo i dulce sentimiento

Que manda al corazon en vivas ráfagas
De gloria instantes, siglos de tormento.

Sentí el amor, pero el amor purísimo
Que sueña el hombre i que jamas realiza;
Que ofrece al corazon tan dulces éxtasis
I un cielo de ventura profetiza.

II.

I a hablarte me atreví; supe jurarte
Con mis suspiros un amor eterno:
Siempre, te dije, yo sabré adorarte
Como hoi te adoro, apasionado i tierno.

Tú me hablaste tambien, i una sonrisa
Divagó por tus lábios seductores,
Tan suave como el soplo de la brisa
Cuando acaricia las nacientes flores.

Aquellos mismos lábios me ofrecieron
Un mundo de esperanza i de ilusiones;
I en uno entonces a la par latieron
Embriagados de amor dos corazones.

Nuestras almas tambien se unificaron,
I en esas horas de inmortal ventura,
Los dias i las noches nos hallaron
Sin cambiar mi pasion ni tu hermosura.

Era tu voz mi melodiosa orquesta,
Mi mullido divan tu seno ardiente,
Los perfumes del campo i la floresta
Los bebia en tus lábios i en tu frente.

Mi luz, la luz de tus amantes ojos;
Tus palabras de amor eran mi encanto,
Eran mi nube negra tus enojos,
Era mi lluvia tu amoroso llanto.

Yo te amaba sin fin, i tú me amabas
Como deben amar solo las flores:

Mil quimeras de dicha tú forjabas,
I un mundo yo de plácidos amores.

Cuánto gozamos ¡ai!... ¡Era tan tierno
El misterioso amor que nos unia!...
Si tan sublime amor se hiciera eterno,
El hombre del Eden se olvidaria.

III.

Dicen que todo lo que fué se olvida:
Horrorosa impostura!... En mi memoria
Eternamente vivirá esculpida
De nuestro amor la apasionada historia.

El destino crüel de tí apartado
Me tiene sin piedad, hermosa mia;
I cual pobre turpial encarcelado,
Ya canto de pesar, nó de alegria.

I pues son los recuerdos mi tormento,
Dulcifico las penas con mi lira:
Ella sabe espresar mi sentimiento...
Cuando suspiro yo, tambien suspira.

Por eso ahora con sus tristes sones
Ha calmado las penas que me abaten,
I ha juntado quizá dos corazones
Que há tanto tiempo separados laten.

Su canto volará, paloma mia,
A decirte que siempre yo te adoro:
Que eres mi luz, mi amor, mi poesia,
E inconsolable por tu ausencia, lloro.

I tú ¿me amas aún? ¡Sí! lo adivina
Mi amante corazon, i asi me advierte
Que de tanta pasion la luz divina
La puede solo consumir la muerte.

Nos adoramos, i si el cielo quiso
Dar a los que aman su inmortal esencia,

Llegaremos por fin al paraiso,
Sin celos a vivir i sin ausencia.

Al fin se calmarán nuestros pesares;
Lograremos al fin nuestra esperanza;
Yo traspondré los procelosos mares
Que impidan nuestra dicha i venturanza.

Porque mi ardiente corazon aun late
De amor i de ternura, amada mia;
I nunca al que ama la distancia abate
Ni le acobarda la desgracia impía.

A.....

Cándida vírjen, misteriosa i pura,
En mi presencia aparecer te ví
Revestida de luz i de hermosura,
Cual la brillante estrella que fulgura
Sus rayos de oro sobre azul turquí.

La lumbre pura de tus ojos bellos
Mi apasionado espíritu inflamó;
Ardió de amor mi corazon por ellos;
Que mi alma en sus purísimos destellos
De Dios la aureola refuljente vió.

Temblé de amor como la limpia gota
Tiembla en el cáliz de la dócil flor
Cuando la brisa su capullo azota;
Mi ardiente lábio murmuró una nota,
Nota del alma... la palabra *amor*.

Volví a mirarte i me quedé indeciso,
Al ver radiante de candor tu faz;
I pues mi ardiente corazon lo quiso,
Dime si con tu amor el paraiso
O el infierno, mujer, me ofrecerás.

Todo lo acepto: con tu amor la vida,
Ventura i gloria me darás tambien,
I hasta la muerte me será querida
Si viene por tu mano bendecida,
Si viene por tu cólera o desden.

SALUDO AL CAUCA.

DESDE UNA DE LAS CIMAS DE LOS ANDES QUE LO DOMINAN.

A MI QUERIDO AMIGO CÁRLOS DORRONSORO.

Oh! Cuánto gozo viéndote rejion majestüosa,
Pensando que ya vuelvo tus campos a cruzar,
I al ver en tu horizonte de nácar i de rosa
Tu sol esplendoroso sus rayos reflejar.

De pié sobre esta cima contento te saludo,
Pais do mis primeras palabras pronuncié;
Por eso al contemplarte, absorto quedo i mudo
I elevo al Poderoso mis cánticos de fé.

Recuerdo que tus brisas mi cuna columpiaron,
Recuerdo que tus flores fragantes aspiré,
Recuerdo que tus aves, de música llenaron
Aquellos tan fugaces momentos de placer.

Por eso cuando aspiro los índicos aromas
Que exhalan en tu seno el nardo i azahar,
I que oigo tus turpiales, tus mirlos i palomas
I miro allá a lo lejos el humo de mi hogar,

Recuerdo aquellos años felices de mi vida,
I lleno de entusiasmo me salta el corazon,
I siento mi alma ardiente, alegre i conmovida,
Mirando tan de cerca tu cielo de arrebol.

De aquí desde esta cumbre del «Andes» yo te miro,
Las copas de los robles me forman pedestal,
Me halaga con su acento suavísimo el suspiro
Del aura entre el follaje del verde *Yarumal*.

Deléitome mirando tu estenso y verde prado
Do ensaya su carrera el potro retozon,
I tus llanuras fértiles cubiertas de ganado,
I tus espesas selvas, dominios del lëon.

Deléitanme tus rios que brillan a lo lejos,
O cuyo curso indican las copas del guadual,
I miro en lontananza los vívidos reflejos
Del Cauca majestuoso, que corre sin rival.

I absorto tus bellezas contemplo con encanto
¡Pais de mis ensueños, Eden de la creacion!
Por eso a Dios elevo por tí mi triste canto
I late con violencia por tí mi corazon!

¡Son tantas las historias que encierras en tu seno!
¡Son tantos los recuerdos que guardas para mí!
Tus montes, tus llanuras, tu cielo tan sereno,
Los mismos son de entonces cuando era yo feliz.

Hoi vengo ya a tu seno despues de tantos años
Que tristes y azarosos pasé fuera de tí;
I solo por ofrendas te traigo desengaños
I amargas decepciones que en ellos recojí.

Hoi vuelvo, cual los hijos que un tiempo abandonaron
Los goces inocentes del seno maternal,
I en busca de otros goces al mundo se lanzaron
I el mundo dióles solo, desdenes y pesar;

I espinas solo hallaron y abrojos por do quiera,
I campos sin verdura y flores sin color,
I magas que con una mirada placentera
Mataron en su seno su vírjen corazon.

I vieron que en la patria la dicha está encerrada,
Supieron que la madre tan solo, sabe amar;
I tornan a la patria la lánguida mirada,
I vuelven a la madre la marchitada faz.

I tú, cual buena madre, ¡oh Patria! me recibes,
Con muestras que me prueban tus gracias y tu amor,
Pues todas tus bellezas magníficas exhibes
Cuando oyes, desde lejos, los ecos de mi voz.

Por eso yo levanto mis tímidas canciones
Al cielo, i a él le pido permítame cavar
Mi tumba allá en tu seno, do en medio de impresiones
Al lado de mi madre, mi infancia ví pasar.

Que nunca de tus lares permita que me ausente;
Que parta yo contigo las penas y el placer;
I oyendo de tus aves la cántiga inocente
Exhale entre tus brisas mi aliento postrimer.

.....

Adios, hermosa cima! Te dejo, porque al punto
Del Cauca las delicias me voi a disfrutar,
I a estar de mis hermanas i de mis padres junto,
I a nunca de su lado volverme a separar.

Conságrote en ofrenda las lágrimas que ahora
Mis ojos vierten llenos de júbilo i solaz:
Adios! hasta que vuelva, montaña encantadora!
Adios! hasta que vuelva mi patria a contemplar!

FANTASIA.

EN EL ALBUM DE SILVIA.

Se ve al ánjel guardando a la mujer.
JULIO ARBOLEDA.

Una noche feliz soñando estaba,
I en un palacio encantador me ví,
En el que todo admiracion causaba,
Desde el arcánjel que el dintel guardaba,
Hasta el insecto que volaba allí.

No pude penetrar. Pero de léjos
Mirando sus bellezas me estasié:
En él no ví ni mármoles, ni espejos,
Ni de hermosos diamantes los reflejos,
Ni estátuas ni brocados contemplé.

Todo era natural. Mullido lecho
Formado estaba delicioso allí,
Con la hojarasca del frondoso helecho,
Teniendo el cielo por suntuoso techo,
Por blondas, nubes de color turquí.

A las alegres brisas pasajeras
Daban las flores su esquisito olor;
Ocultas entre nardos i palmeras,
Alzaban bulliciosas i parleras
Las aves inocentes su cancion.

Una hermosa mujer encantadora
Sobre una alfombra de amarantos ví,
E ilusionado, la supuse Flora
Que como reina en los jardines mora,
O de Mahoma la soñada Hurí.

I loco entónces, en su seno ardiente
Quise arrojarme i disfrutar su amor;
Pero un arcánjel descendió fuljente
Desde los Cielos, que abrasó mi frente
I con sus alas la mujer cubrió.

El era hermoso como el sol brillante
I puro más que virjinal clavel;
I era imponente su jentil semblante
Cuando lo vi de la mujer delante,
Porque era el ánjel pudoroso él.

Deslumbrado quedé, como si hubiera
Quemado un rayo mi ajitada sien;
Desesperado como hambrienta fiera
Que tras de verja superior, lijera
La cervatilla retozando vé.

Yo de la vírjen el amor ansiaba
I en su regazo me arrojé otra vez;
Pero aun el ánjel celestial velaba,
I el fuego que en sus ojos irradiaba
Bastó a rendirme hasta besar sus pies.

.....

¡Cuán verdadero es que la pureza
El triunfo siempre a la mujer le da!
Nada vale despues; ni la nobleza,
Ni el influjo, el poder, ni la riqueza,
Capaces son para su honor guardar.

Todo cede ante el hombre, i en el suelo
Todo lo alcanza con su gran poder,
Por eso quiso bondadoso el Cielo
De la pureza el misterioso velo
Darle de ejída a la infeliz mujer.

.....

Tú que quisiste que te alzara un canto,
Oye mi canto i mi consejo aquí:
Cúbrete siempre con el rico manto

De la pureza, para ser encanto
De todo el mundo, i para ser feliz.

Nunca abandones la florida senda
De la virtud, i te amarán doquier;
Cuando duermas tendrás quien te defienda,
I el que tu sueño profanar pretenda,
"Verá al ánjel guardando a la mujer."

AMISTAD Y PATRIA.

A MI AMIGO EL SEÑOR LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Abierto el libro que me diste tengo:
Sus hojas miro, permanecen blancas;
Pues no me atrevo a colocar mi nombre
En sus ebúrneas i lujosas pájinas.

¿Cómo es, me digo, que a poner mis versos
En este libro de recuerdos vaya,
Si en él mas tarde cantarán sin duda
Los Blest, los Lillo, los Guillermo Matta?...

¡Esos poetas cuyas lindas trovas
Llenas de fuego, de ternura i gracia,
Las ha llevado por el mundo todo,
Junto a las tuyas, la ruidosa Fama!

I que a su lado quedarán las mias
Desapacibles, sin color i pálidas,
Como la luna i las estrellas quedan
Cuando los velos del oriente se alzan.

Mas tú lo quieres! Dañaré tu libro
Con mi trivial i pesarosa cántiga;
Nada de nuevo encontrarás en ella,
Mas sí vertida la efusion de mi alma.

.....

Oyeme, pues. En la ciudad hermosa
Que riega el Rímac con sus puras aguas,
Nada te ofrezco, porque nada tengo
Sinó pesar, desolacion i lágrimas.

Pero hai allá, tras procelosos mares,
Tras de la andina secular montaña,
Un valle inmenso de verdura lleno
En que fugaz se deslizó mi infancia.

Si alguna vez la veleidosa suerte
Te arroja en esas pintorescas playas,
De inspiracion encontrarás tesoros
Para tu lira en la rural comarca.

Juntos iremos a sus lindos pueblos;
Juntos tambien, en sus tendidas pampas,
Haremos galopar nuestros corceles
Del entusiasmo i del placer en alas.

En las orillas de espumosos rios
Veremos ninfas derramando gracias,
Que a mí vendrán para saber tu nombre
O a darnos agua en sus *totumas* blancas.

I allá en la tarde, en su cortijo humilde
Algun anciano nos dará posada;
I beberemos la espumosa leche
Que diariamente al peregrino guarda.

Conciliaremos el sabroso sueño
Oyendo al viejo relatar hazañas
De los guerreros que con él pelearon
En «Carabobo» «Palacé» y el «Bárbula.»

I allá a lo léjos, la *castruera* oiremos,
I los sonidos de armoniosa flauta,
I el eco dulce de sus dulces trovas
En el *bambuco* nacional cantadas.

I apenas brille la siguiente aurora,
Continuaremos la empezada marcha,
Oyendo el trino de millares de aves
Cuando saludan con placer a el alba.

Mirando aquí los orgullosos potros,
I mas allá las brincadoras cabras,
I las vacadas que la pampa adornan,
I al ciervo que huye por la agreste falda.

Despues veremos la ciudad hermosa
Que fué la cuna de los Pombo i Cáldas,

I del nevado "Puracé" la cumbre
Que majestuosa hasta los cielos se alza.

I allá... mas léjos... en añosa selva,
Bajo la sombra de silvestres palmas,
Dos cruces miraremos... i dos ánjeles
De dos cipreces cobijar las ramas.

Que el uno tiene en sus preciosas manos
Del bravo Sucre la fuljente espada,
Con que en los campos de "Ayacucho" un dia
Del leon ibero destrozó las garras.

El otro cuida la armoniosa lira
En que Arboleda su cancion trinaba;
En que de Oyon nos refirió los hechos,
I las bellezas nos cantó del Cauca.

Entrambos fueron héroes, fueron mártires
Sacrificados en sangrientas aras
Por el jénio fatal de la discordia
Que en dia nefando desoló mi patria.

Sobre esas tumbas regaremos mirtos,
Llena de uncion i de ternura el alma;
I cual ofrenda de tan dignos nombres,
Derramaremos abundantes lágrimas.

Volveremos de allí... Despues descanso
Encontrarás en mi paterna casa:
Mis padres te querrán por ser mi amigo,
I allí las horas pasaránse rápidas...

I los poetas te darán sus cantos,
I las hermosas te darán guirnaldas,
I tú hallarás de inspiracion tesoros
Para tu lira donde quier que vayas.

No olvides, pues, que si la suerte un dia
Te lleva al seno del hermoso Cauca,
En mí un amigo encontrarás sincero,
I allá en la mia encontrarás tu patria.

VAS A PARTIR.

A...

Vas a partir: por la de estraño clima
Cambias el aura que meció tu cuna:
Flor perfumada de la hermosa Lima,
En alas vuela de feliz fortuna.

Cuando las ondas de los turbios mares
Acaricien tu barca voladora,
No olvides que sumido en los pesares
Queda un amigo que tu ausencia llora.

I al aspirar el perfumado ambiente
De las ciudades de Petrarca i Dante,
No lances al olvido, indiferente,
Al que en tu patria te estimó constante.

I cuando mires el matiz del cielo,
De aquella Italia a quien el mundo admira,
Recuerda, por piedad, que en este suelo
Por tí mi pobre corazon suspira.

Por tí, a quien santa estimacion sincera
He consagrado con afecto ardiente,
Porque tú te dignaste la primera
Al proscrito mirar con faz clemente.

La mano del amigo me tendiste
En patria estraña de la patria mia,
Cuando vagaba pesaroso i triste
En busca de solaz i de alegría.

Presto vas a partir, i en otro clima
Vas a lucir tu gala i tus matices:
Flor perfumada de la hermosa Lima,
Rueden las horas para tí felices!

Vas a verte quizas entre orientales
De ardientes ojos i torneado cuello,
Que en vez de lábios llevarán corales,
I de ébano i carei será el cabello.

Verás las flores que elegantes crecen
En las orillas del famoso Sena:
Verás las que en el Tiber se adormecen,
Llenando el aire de fragancia amena.

Las verás, sí, i encontrarás en ellas
Portentos de fantástica hermosura,
Mas nunca, nó, de tus miradas bellas
La dulce brillantez i la ternura.

Márchate, pues; i si en estraño suelo
Dolor alguno te destroza el alma,
Vuelve a tu patria, que al mirar su cielo
Encontrarás la apetecida calma.

I hallarás los amigos de tu infancia,
I el raudo Rímac i sus gayas flores
Te darán su rumor i su fragancia,
I el cielo sus magníficos colores.

I entonces, si preguntas por el hombre
Que aquí dejaste en el dolor sumido,
Las mansas brisas te dirán mi nombre,
I que jamas de tu amistad me olvido.

Digitized by Google

BALADA.

De mi ciudad natal allende el rio,
Una pajiza choza se levanta:
En ella un tiempo enamorado i loco
Pedro vivió con su querida Marta.

Dos meses nada mas, felices fueron;
Vino la guerra, i empuñó la lanza
El esposo feliz... la tierna esposa
Se quedó en la cabaña solitaria.

Pedro, soldado, recorrió los pueblos
De toda la nacion... En las batallas
Como bravo luchó, cual siempre luchan
Los nobles hijos del risueño Cauca.

Jóven aun, con agraciado rostro
Podia enamorar a las muchachas,
Que si miran presillas se enloquecen,
Tanto en mi patria como en toda patria.

Mas Pedro, firme i cauteloso siempre,
Nunca supo finjir, i en la campaña
Sus compañeros todos el *hipócrita*,
El *mojigato*, el *fraile* le llamaban.

¿Acaso presentia?... ¿O era solo
El noble afecto que abrigaba su alma,
Que le hacia jemir... y casi siempre
En sus ojos brillar alguna lágrima?

En el momento de la lucha siempre
Se le escapaba un nombre, i batallaba
Hasta obtener completa la victoria,
Con valor indecible i arrogancia.

Digitized by Google

En el combate de Usaquen, de muerte
Herido Pedro fué; i "adios oh! Marta."
Repitió al espirar, los ojos fijos
En el retrato fiel de su adorada.

En tanto ella abandonada i triste...
No quiso vivir mas... que la constancia
Es rara cualidad... Segundas bodas
Vinieron de su pena a consolarla.

FRAI MODESTO.

A las nueve o las diez deja la cama,
Toma su chocolate u otra cosa,
Luego en una poltrona se reposa
Mientras va a confesar a alguna dama;

Estudia algun sermon que le dé fama,
Se almuerza una panzada bien sabrosa,
Ronca su siesta larga i deliciosa,
I se levanta, i a comer se llama.

Abre la caja, i ciérrala de prisa:
Se sonríe de gozo al verla llena,
I besa con fervor su escapulario:

Lo llenan de dinero, canto i misa,
I dice el socarron con mucha pena
¡Que no tiene mas bien que su breviario!

CUENTO.

A.....

Voi a contarte una historia
Harto veraz i sencilla;
Historia que cuando niño
Mi madre me referia.

Era un campo, campo hermoso,
Con apacibles colinas,
Con vistosas arboledas
I con montañas altivas.

Aquí saltaba un arroyo,
Cuyas aguas cristalinas
De níveas perlas bordaba
El césped de sus orillas.

Allá un caudaloso rio,
Con su corriente bravía
Luchaba contra las rocas
Por arrancar las encinas.

En sus chispeantes burbujas
El íris se producia,
I con flores matizaba
Su manto de espumas nítidas.

Los guacamayos i loros,
En variedad infinita,
Revolaban por los aires
Con salvaje algarabía.

Las palomas arrullaban,
I sus canciones sentidas
Se mezclaban a la gresca
De innúmeras *catarnicas*.

Las gayas flores del prado,
Columpiadas por la brisa,
Mostraban de sus corolas
La belleza i lozanía.

Las inquietas mariposas
Volaban, iban, venian,
Regando sus polvos de oro
De la fuente en las orillas.

Los caballos orgullosos,
La cola al viento tendida,
Dando cabriolas alegres,
Cruzaban por las campiñas.

Sobre un manto de esmeralda
Todo cubierto de espigas,
Ostentaban sus plumajes
Toches, turpiales i mirlas.

Todo era paz i contento,
Todo respiraba dicha;
Praderas, montes i cielos,
Aves i flores i brisas.

Ocultos entre la fronda
De parchas i de *bellísimas* (1)
Se miraban varios pueblos,
Muchas haciendas i quintas.

Sobre una cabaña humilde,
Una pobre golondrina
Formó su nido adorado
Con algodones i aristas.

De su prole a poco tiempo
Las tristes quejas se oian,
Que las auras contestaban,
De su pena condolidas.

(1) La mas hermosa de las enredaderas que se conocen en el valle del Cauca.

I la madre, no sabiendo
La causa de tal desdicha,
Llevando i trayendo granos
Pasaba todos los dias.

Pero el hijo mas lloraba,
I la madre compasiva,
Se afanaba inútilmente
Para calmar sus fatigas.

—Pobre madre! pobre madre!
Los vientos le repetian;
Nada calmará tus penas
Ni tus constantes desdichas.

I era cierto: aquella madre
Desgraciada, no sabia,
Que las lágrimas de su hijo
Eran por causa distinta.

Lloraba, porque al traves
De ese nido en que vivia,
Miraba el estenso prado
I las lejanas colinas.

Ambicioso contemplaba
La bóveda cristalina,
I lloraba amargamente
Porque volar no podia.

I las vaporosas nubes,
Por los vientos impelidas,
Eran su mayor tormento,
Su constante pesadilla.

—Ah!... Cuando crezcan mis alas,
El ave incauta decia,
Subiré donde vosotras
A haceros una visita.

Fueron creciendo sus plumas,
I su ardiente fantasia

En las nubes se elevaba
A las rejiones altísimas.

Al fin se creyó con fuerzas,
Tendió las alas altivas,
Cruzó bosques i florestas,
Prados, valles i colinas.

I eran dulces sus cantares
Al cruzar la selva umbría,
I al mirarse retratado
En las aguas cristalinas.

Mas tarde... siempre ambicioso,
Viendo las nubes, un dia,
—Ya puedo veros, les dijo;
Ya están mis alas crecidas.

Alzó presuroso el vuelo
A la montaña vecina,
Diciendo, alegre i ufano:
—Voi a posarme en tus cimas.

Pero apenas el incauto
Dejó la rejion amiga,
Fué de pronto arrebatado
Por furiosa ventolina.

I vagando en el espacio,
Como una débil arista,
Vino a caer a las playas
Que baña el hermoso Rímac.

I se vió solo i sin padres,
I en tierra desconocida,
Sin un amigo siquiera
Que calmara sus fatigas.

I sus quejas lastimeras
Ni los vientos repetian;
Ni las aves escuchaban
Sus cántigas doloridas.

Era pobre, era estranjero,
Ave de lejano clima;
I nadie, nadie le daba
Cariñosa una sonrisa.

En un jardin una noche
Donde otras flores lucian,
De una rosa encantadora
Vió la corola divina.

I sintió en el mismo instante
Cómo su pecho latía
Con una violencia estraña,
Para él desconocida.

I ya los campos, las flores
Las estrellas i las brisas,
Las contempló mas hermosas,
I mas suaves i tranquilas.

Se avivaron sus recuerdos,
I a la bella flor altiva,
Como él la creyó estranjera,
Como él tambien, peregrina.

Tímido llegó donde ella,
I con palabras sencillas
Le refirió los pesares
I amarguras de su vida.

La rosa escuchó anhelante,
I amorosa i compasiva
Pagó al ave sns confianzas
Con una amable sonrisa.

I su amistad desde entónces
Fué su amparo, fué su ejída,
El bálsamo de sus penas,
La estrella de su alegria.

Que esa rosa encantadora,
Del Eden quizá venida,

Era en el mundo llamada
La rosa de Alejandría.

Desde entónces vivió alegre,
Pues desde entónces, amiga,
Volvió a sentir en su pecho
Los encantos de la dicha.

.....

Aquí la historia se acaba;
Pero a mí se me imajina,
Que si la historia es un cuento,
Cuentos hai que se realizan.

Pues juzgo por lo que pasa
I está pasando en mi vida,
Que eres tú la bella rosa,
Yo, la pobre golondrina.

EL PEREGRINO.

A MI AMIGO JORJE R. ISAACS.

Por las orillas del "Luisa"
Van Pascual i Trinidad
Cantando, mientras recojen
Los palitos de arrayan:
"Dad posada al peregrino,
Si quereis posada hallar."

I.

—Muchacha, ¿cómo te llamas?
—¿Yo?... Me llamo Trinidad.
—¿I tu casa está mui léjos?
—Nó, señor, allí no mas.
—¿A dónde, niña?
—En aquella
Colinita que está allá
Rodeada de *pomarrosos*
I que domina al lugar
Por el lado donde el sol
Escondiéndose ya va.
—I el pueblo ¿cómo se llama?
—El "Guamo," señor.
—¿I vas
Ahora para tu casa?
—Cuando acabe de lavar
La ropa de mi hermanito,
I unos palos de arrayan
Recoja para prender
La *candela* de mi hogar.
—¿I tienes madre, Trinita?
—Sí, señor; tambien papá;
Pero se ha metido ahora

Con Rivera a militar.
—Dime, ¿cuántos años tienes?
—Catorce cumplo en San Juan.
—Caramba! qué desarrollo
En tan pocos años ya!
Te calculaba lo menos
Diez i siete, Trinidad.
—Es, señor, porque nos crian
Con entera libertad;
I no estrechan nuestro talle
En esa prensa mortal
En que meten a sus hijas
Las jentes de Bogotá.
Ña Carolina me dijo
Que en esa santa ciudad,
La hermosura consistía
En no poder respirar;
I en usar de unos *menjurjes*
Que si las blanquean más
A poco tiempo las dejan
Pintadas como un *caiman.*
—De veras! será por eso
Que tan hermosa asi estás.
—¿I de dónde viene usted?
—Yo vengo de Bogotá,
Huyendo, porque los rojos
Tomaron la capital.
—¿De veras, señor?... ¡No diga!
¿Qué hará ahora mi papá?
—Se irá a juntar con las fuerzas
De don Julio a Popayan.
—¡Bonita gracia! ¿I nosotras
Con quién hemos de quedar?
—Solas, niña, que la patria
Hoi mas en peligro está:
Yo por eso sigo ahora
Para Antióquia o Popayan
A buscar las divisiones
Del gobierno jeneral.

—¿I el nombre de usted cuál es?
—¿El mio, Trina?... Pascual,
Un criado tuyo.
—¿I piensa
Irse al pueblo a pernoctar?
—Sí: ¿no hai tropas de Rivera?
—Nó, señor. Se fueron ya
Para Neiva esta mañana.
—¿I quién manda en el lugar?
—Hoi nadie, señor. Por eso
No vaya usted para allá:
Si gusta, puede venir
A mi casita a pasar
Una malísima noche...
—Muchas gracias, Trinidad.
—¿Qué agradece?
—Tus ofertas.
—Mi madre siempre un refran
Repite cuando divisa
Al pasajero que vá:
"Dad posada al peregrino
Si quereis posada hallar."

II.

Van subiendo la colina
La Trinidad i Pascual;
Unas veces vá él delante
I en otras se queda atrás
Mirando los movimientos
I el hechicero ademan,
I el garbo i la jentileza
Del cuerpo de Trinidad,
Tan solamente cubierto
Con enaguas de percal:
Oculta su hermoso seno
Una camisa de olan
Con anchas golas, que deja
Su belleza adivinar;

I viendo la cabellera
Que a la cintura le dá,
Cual remeda en sus espaldas
A las olas de la mar;
I oyendo cómo un *bambuco*
Alegre cantando vá,
Sonoro más que los trinos
Del jilguero i del turpial.
Ya están cerca de la casa;
Los perros se oyen ladrar;
La casera grita: ¡Upi!
Creyendo que el *gavilan*
Se viene a comer los pollos,
Segun tanto cacarear
De las gallinas i gallos
Cuando ven a Trinidad;
El ternero tambien brama
En la puerta del corral
I forman las catarnicas
Una algazara infernal,
I en círculos caprichosos
Se las ve revolotear;
Ya se vienen a los pomos
Ya a los guadales se van,
Ya doblegan las espigas
De la caña i el maizal.
El cielo azul, a los rayos
De la luz crepuscular,
Se matiza con brocados
De púrpura i de coral.
Trinidad ya está en la sala,
I Pascual mirando está
La sencillez de la casa
Donde se viene a hospedar;
Contempla cómo el arroyo
En sus linfas de cristal
Retrata los arbolitos
Que en sus orillas están:
De pronto mira que sale

Con su madre Trinidad,
I un niño que diez abriles
O doce, a lo mas tendrá;
I oye cuando ésta le dice
Señalándole a Pascual:
—Mire, mamita, el señor,
Viene hoi de Bogotá,
Porque Mosquera triunfó
Del gobierno jeneral.
—¡Ai señor! ¡No me lo diga!
De nosotros qué será
Si triunfan esos judios,
Que quieren hasta acabar
Con la iglesia del Señor?...
I entonces miró Pascual
En los ojos de la madre,
I tambien de Trinidad,
Asomar algunas lágrimas
I en sus mejillas rodar.
—*Apéese*, señor, i *dentre;*
Decile Trinita a Juan,
Que venga de este señor
La bestia a desensillar,
I *andá buscáte* unos huevos,
I *corré* a la vecindad
A decirle a mi comadre,
Que si me puede *emprestar*
Sus platos i su cubierto;
I de paso un arrayan
Corta, mientras que yo voi
La *candela* a preparar.

.....

—Dispense, señor, lo malo
De esta cena, porque está
La poblacion tan escasa,
Que actual, de necesidad
Nos moriremos, si sigue
Ese maldito *guerrear*.
—Está mui buena, señora:

No es posible aguardar más
De personas como ustedes...
—Calle, mi señor Pascual;
En esto solo cumplimos
Lo que nos dice el refran:
«Dad posada al peregrino,
Si quereis posada hallar.»

III.

—¡Qué *escura* que está la noche!
¡Bramando el «Tolima» está!
Parece que el aguacero
No dilatará en llegar.
—Cuidado, Trina, no vayas
A hacer *bulla*; porque está,
Profundamente dormido
En su hamaca don Pascual;
Andá acomodá los trastos,
I *echá* ceniza al hogar
Para que guarde *candela*,
Porque madruga quizá;
I aunque sea chocolate
Se le debe preparar,
Pues que si marcha en ayunas
El pobre no aguantará;
Que del «Guamo» hasta la «Villa»
Hai mucho que caminar.
—¡Ai! mamá, qué de trabajos
El militar pasará,
En *peleas* tan horribles,
Como dice don Pascual
Que fueron las de «Usaquen»
«Subachoque» i «Bogotá.»
—Sí, hijo mio, i por eso
No quieras ser militar.
—Mas tambien será una dicha
Que les ciñan con afan
Muchas coronas de flores

Cuando lleguen a triunfar:
Asi como dice él,
Lo hicieron en Bogotá
Al volver del «Oratorio»
I en el triunfo del «Rosal.»
—Sí, Juan; pero si te matan,
Nadie se vuelve a acordar
De tí; que fuiste valiente,
Será lo mas que dirán,
I despues todos te olvidan...
—Pero dice don Pascual,
Que por la patria se debe
La vida sacrificar;
Que él por eso ha peleado,
Desde «Buga» a «Bogotá.»
—¿La patria, hijito? ¡qué patria!
Aquí la patria es medrar:
Mañana sube Mosquera
I Ospina se baja ya;
La patria queda lo mismo,
Mande Pedro o mande Juan;
I en tanto los *chapetones*
Nos pueden reconquistar.
—Sí; pero ya usted oye
Lo que dice don Pascual;
Que desterraron los frailes
I monjas de caridad;
Por lo tanto me parece,
Que todos deben pelear
I contener sus abusos.
—Tienes razon, en verdad,
Mas, Juancito, nunca, nunca
Pretendas ser militar,
Que esta patria no agradece
La sangre que se le da.

.....

.....

—¡Jesus! ¡Me mojé *todita!*
¡Carai! con el huracan,

¡Cómo azota a los naranjos
I resuena en el *guadual!...*
¿I creerá mamá que ví
De un relámpago al brillar,
Allí en el patio unos bultos...
—Ladrones talvez serán.
—¡Jesus!... Me dió tanto miedo,
Que solo a medio tapar
Dejé el fogon por correr!
—No seas tonta!... Anda, Juan,
A asomarte, no sea que
Nos acaben de robar
Las gallinas y nos dejen
Sin una sola...
—¡Ai! mamá,
Como cosa de diez bultos
Allí en la cocina están,
I el *gato* de una escopeta
Escuché tambien sonar.
—¡Jesus! ¡I el hombre dormido!
Despiértalo, Trinidad,
Para ver si acaso puede
De modo alguno escapar...
—Escapar!... Nadie se mueva!
I al moverse... ¡Voto a San!
Que con casa i *avechuchos*
Los hemos de hacer volar.
—¡Padre mio San Antonio!
¡Vírjen de Chiquinquirá!
Con vuestra gracia a ese pobre
Favoreced i amparad...
I sus ruegos se perdieron
En el bochinche infernal
Que mas de veinte bandidos
Formaron al penetrar
En la casita modesta
De la familia de Juan:
Todo era horror, confusion,
I solamente, *ziz, zaz,*

Por todas partes se oia...
—¡Por Dios! gritó Trinidad
Interponiéndose al punto
Entre la turba i Pascual.
—Heridme, i dejad a ese hombre:
No lo acabeis de matar,
Que es un pobre pasajero.
—¿Con que no es el viejo Juan?
—Nó señor...
—Pero tambien
Un *conservero* será...
En este momento, un grito
Desgarrador por demas,
Lanzó la madre de Trina
A lo que vió descargar
Sobre el pecho de su hijo
Un afilado puñal...
I como leona que mira
Su cachorro arrebatar,
Se arrojó valientemente
Sobre la turba falaz,
Esclamando en medio de ellos;
—¡Gran Dios! Tened la bondad
De concederme valor
Para poder arrancar
El corazon a estos bárbaros...
I de un terror sepulcral
Se llenaron los bandidos
A lo que vieron brillar,
Ya en las manos de la madre,
Del asesino el puñal...
Despavoridos huyeron
En el momento... I llorar
Despues tan solo se oia
En la casa a Trinidad;
Que Juancito estaba muerto,
I casi muerto Pascual,
I la madre desmayada...
I era todo oscuridad;

I más sonaban los truenos,
I más bramaba el volcan,
Que parecía dijera
Con acento sepulcral:
"Dad posada al peregrino
Si quereis posada hallar."

IV.

Seis meses han trascurrido
Desde la noche de azar
En que a Juancito mataron,
I en que hirieron a Pascual:
Seis meses! I en este tiempo
Solo sufrir i llorar
Se ha visto a los habitantes
De la casita de Juan;
Ni los gallos han cantado,
Ni ha vuelto el perro a ladrar,
Ni han vuelto las *catarnicas*
A posarse en el *guadual;*
Pero cerca de la cama
Del enfermo, Trinidad,
I la madre jenerosa,
Han velado con afan.
—¿Cómo se siente, señor?
—Mi señora, no tan mal;
Ya siquiera las heridas
Se comienzan a cerrar:
¡Jesus! No miro la hora
De mejorarme. Quizá
Entónces podré salir,
Por aquí por "Barragan,"
A donde está su marido,
Señora *Chepa,* i mostrar
A usted trayéndolo aquí
Que tambien sabe Pascual,
Los servicios que se le hacen,
Aunque en pequeño, pagar;

Porque en todo es imposible.
—Déjese de eso, Pascual;
Esas lágrimas que miro
Sus mejillas empapar,
Son mucho mas elocuentes,
I me dicen mucho más
Que lo que pueden sus lábios...
—*Acercate*, Trinidad,
Alzale la almohada al pobre:
Déjese usted de llorar,
Que llorar es de mujeres,
I no de hombres que han
Oido *zumbar* las balas
De "Usaquen" i "Bogotá."
—Señora, mi gratitud
Es la que me hace llorar
I la que nunca la fuente
De mi llanto secará,
Que el llanto tambien se hizo
Para el afecto mostrar.
—Cierto es, i yo bien veo,
Lo que dice usted, Pascual,
Pues que yo no necesito
Su corazon penetrar,
Para saber que pagada
Estoi con usura ya.
A mas de eso ¿quién sabe
Si en el "Cauca" ha estado Juan
En iguales circunstancias
I las personas de allá
Le habrán servido tambien?...
Yo sirvo para alcanzar,
Que se cumpla con los mios
El adajio proverbial:
"Dad posada al peregrino
Si quereis posada hallar."

V.

—Mira... Oye lo que voi
A decirte, Trinidad:
Yo te amo con fé sincera
I está mi dicha no mas
En que quieras ser mi esposa...
—Pues, si quiere mi mamá,
No hai ningun inconveniente
Por mi parte, don Pascual.
—De veras, Trina? Me llenas
De inmensa felicidad
Con esa declaracion:
Mucho mejor estoi ya,
I en la semana que viene,
Quizá me podré marchar
Hasta el "Cauca," solo en busca
Del bueno i noble don Juan,
Para pedirle tu mano...
—¿Qué dice usted don Pascual?
—Señora Chepa, que quiero
Casarme con Trinidad.
—¿I tú que dices a esto?
—Lo que diga usted, mamá:
Su voluntad es la mia...
—Mas falta saber si Juan
Vive, porque los bendiga.
—Por eso voi a marchar
A buscarlo, si es posible
Hasta el mismo Popayan...
—La puerta de *tranca* suena;
¡Ai mamita! ¿quién será
Que siento violentamente
El corazon palpitar?
—Camina a abrirme la puerta
Trinita... Soi tu papá.
¿Estas buena Josefita?
¿A donde se ha ido Juan

Que no lo miro en la casa?
—¡Ai mamita! ¡es mi papá!
¡Jesus, Dios mio! ¡Cuál viene!
Tan sucio!... tan triste, tan...
No sé cómo!... Con aquellas
Barbotas tan blancas ya.
A ver, Josefa, un abrazo:
Dame un beso, Trinidad:
I Juancito?...
La respuesta
Fué principiar á llorar
En los brazos uno de otro:.
I al verlos, lloró Pascual,
Que como hijo de la casa
Tambien se contaba ya;
I entónces sintió anheloso
Su corazon palpitar!
I comprendió los encantos
Del adajio proverbial:
"Dad posada al peregrino
Si quereis posada hallar."

VI.

Despues escucharon todos
La triste historia de Juan:
Entre otras cosas, decia:
Yo estuve en el "Cabuyal"
Donde el valiente Arboleda
Supo vencer a Payan;
I a Enao, preso en las "Hojas,"
Devolver la libertad;
Despues venia a Cartago
Unos presos a dejar;
Los tales se levantaron
Contra la guardia, en Tuluá,
I en la contienda me dieron
Una lanzada mortal;
Mas tuve la inmensa dicha,

Para poderme curar,
Que una señora mui buena,
De allí del mismo Tuluá,
En su casa me dió amparo,
I fué tanta su bondad
Que casi en nada estrañaba
Mi casita... I a buscar
Hoi vengo al hijo, que ignora
Si vivo o muerto estará.
—¿I el hijo cómo se llama?
—Señor... se llama Pascual.
—Oh! qué ventura la mia!
Esa es mi madre, don Juan:
Yo soi el hijo a quien busca,
I el que adora a Trinidad,
I el que apénas esperaba
Su llegada a este lugar,
Para llamarla su esposa...
—¡Magnífico! pues, Pascual,
Dentro de unos ocho dias
Nos iremos a Tuluá,
I traeremos la señora;
Porque diciendo verdad,
El "Cauca" está inhabitable,
I es mejor vivir acá...
—I no olvidemos en tanto
El adajio proverbial:
"Dad posada al peregrino
Si quereis posada hallar."

LA VIDA.

¡Qué linda estaba la hechicera mia!
Sobre las teclas del sonoro piano,
Su bien formada i diminuta mano
Con movimiento rápido corria.

En efluvios de suave melodía
Su voz vibraba cual rumor lejano
De un coro celestial: era un arcano
De pureza, de amor, de poesía.

Yo junto a ella, estático i amante
Con ojos de pasion la contemplaba:
Entónces desperté. La vida es esa.

Soñar i despertar a cada instante:
En donde el sueño del amor acaba,
Allí la vida del dolor empieza!

SUEÑOS.

Yo soñaba cuando niño
Mil caprichosas quimeras,
I mi ardiente fantasía
Volaba al cielo tras ellas.

Soñaba hallar en el mundo
Una mujer hechicera,
Que me amara como pienso
Que debe amarse en la tierra.

Que su alma fuera un tesoro
De candor i de pureza;
Y en su corazon cabida
Al amor tan solo diera.

Mas nó al amor mundanal
Que los sentidos enerva
I abruma los corazones,
Si en su recinto penetra.

Que las miradas marchita
I los lábios envenena;
Que la fé mata en el alma
I la esperanza con ella...

No era ese amor: era otro
De una emanacion suprema:
Amor divino i sin mancha
Como la luz de una estrella.

Quería que, como se aman
Las flores de la pradera,
Nos amáramos los dos
Durante nuestra existencia.

Con ese amor infinito,
Con esa emocion intensa
Con que deben adorarse
Las rutilantes estrellas.

Como el aura de los mares
Ama las ondas serenas,
Como a la miel de las flores
La mariposa i la abeja.

Como los primeros rayos
Del sol adoran las perlas
Con que el nítido rocío
Engalana las praderas.

Este amor no lo soñaba,
Lo sentia en mi existencia,
I su bálsamo divino
Circulaba por mis venas.

Hallé una mujer: sus ojos
Eran rápidas centellas
Que mataban al osado
Que a mirarlos se atreviera.

Jamas junco tan flexible
Besó la brisa lijera,
Como el talle de aquel ánjel
Peregrino por la tierra.

Por besar un solo rizo
De su blonda cabellera
Un monarca hubiera dado
Las joyas de su diadema.

La suave luz del crepúsculo
Sonrïendo de pureza,
No era mas encantadora
Qu su sonrisa hechicera.

Era su voz el acento
De seductora sirena;

La música de las aves
O del aura entre las selvas.

Para formar su conjunto
Se esmeró naturaleza,
Que de la planta al cabello
Era divina i perfecta.

La ví... Esta es, me dije,
Esa vision hechicera
Que en mis sueños infantiles
Se mostraba en mi presencia.

Humilde caí a sus plantas,
I con mis lágrimas tiernas
I mis amargos suspiros,
Quisé que me comprendiera.

Ni una palabra la dije,
Que estaba muda mi lengua;
I las palabras no forman
El idioma del poeta.

Mil tesoros de ternura
Ofrecíla en mi inocencia,
I la juré con suspiros,
Una adoracion eterna.

Miré sus ojos... ¡Oh dicha!
Entusiasmada i suspensa,
Fijaba en mí sus miradas,
De amor delirante llenas.

Despues... despues... No sé nada
De lo que mi alma sintiera,
Porque mis ojos quedaron
Cubiertos con una venda.

Se erizaron mis cabellos
I más se trabó mi lengua,
I en vez de sangre, corria
Lava ardiente por mis venas.

Los tesoros de ternura
Que tenia para ella,
Los incendió, i a la cara
Me arrojó con las pavesas.

I el ánjel que yo creia
Haber hallado en la tierra,
Huyó al punto de mis ojos
Como la nube que vuela.

¡Huyeron mis ilusiones!
¡Mis esperanzas risueñas!
I de entónces solo vivo
Del dolor i la tristeza...

Que la vision ilusoria
Del sueño de mi inocencia,
La hallé con cuerpo de *ánjel*
I corazon de PANTERA.

Google

EL PROSCRITO.

IMITACION DEL QUECHUA.

I.

Mi pecho está dilatado,
Pues el corazon que oculta
Lo han henchido los pesares,
I va a reventar, sin duda.
Oh! no hai dolor en el mundo
Ni existe igual desventura,
Que estar léjos de los campos
Do se meció nuestra cuna:
No tener a nuestro lado
Quien nos brinde su ternura,
Quien nos atienda i consuele
Cuando el dolor nos abruma;
Quien rice nuestros cabellos,
Quien estreche entre las suyas
Nuestras manos ardorosas,
I con sus miradas puras
Nos ofrezca un paraíso
De esperanza i de dulzura.
Yo por eso vivo triste,
I ninguno habrá que sufra
Las que padece mi alma
Desgarradoras angustias;
I mi dolor crece i crece,
I me maltrata i me punza:
Que con adverso destino
Estoi en constante lucha.

II.

El almo Sol aparece.
I váse i vuelve la luna,

I váse otra vez el dia,
I torna la noche oscura,
I los mares se desbordan,
I los montes se derrúmban,
I los cerros escarpados
Se convierten en llanuras,
I las nubes se evaporan,
I las estrellas se ocultan,
I siempre, siempre me hallan
Llorando mi desventura.
Mi corazon solo vive
Con los pesares en lucha...
En vano, en vano se afana,
Porque inútilmente busca
La dulce calma perdida
I que no ha de encontrar nunca.

III

Los árboles ¡ai! me niegan
Sus sombras i su frescura:
La senda que yo recorro
No guarda huella ninguna;
Nadie mi dolor comprende,
I si mi lábio articula
Un jemido, que de mi alma
Dice la pena profunda,
Mudos están los collados,
Las colinas quedan mudas,
I ni mi presencia notan,
I ni un acento modulan,
I ni los ecos responden
Al grito de mi amargura.

IV.

Las lágrimas de mis ojos
Se desprenden como lluvia,
I al fuego de mis pesares
Se evaporan una a una.

Como las nubes errantes
Mis pensamientos se encumbran,
Vagan, mueren i renacen,
I se pierden en la altura.

V.

Antes que lleguen los vientos
El corazon me lo anuncia,
I creo que los conozco
I que mi pena murmuran.
A las tristes avecillas
Que jimen en la espesura
Las llamo, porque mi alma
Las supone hermanas suyas.
En mis delirios destrozo
El corazon que me abruma,
I eternamente renuevo
De sus heridas profundas
El cáncer que las carcome
I la hiel en que se inundan:
Porque eternamente crecen
De mi pecho las angustias,
I ahondan más sus dolores
Las espinas que le punzan.

A MARIA.

(EN SU ALBUM.)

Oh! si tras tanto penar
Aun otra vida esperara,
A tí fuera a quien amara
Si otra vez pudiera amar.
J. E. CARO.

Flor perfumada que en la vega creces,
Que el Rímac baña con su onda fria;
I que en el tallo virjinal te meces
Radiante de pureza i lozanía;
Que de tu cáliz vívido le ofreces
Al aura enamorada tu ambrosía,
Cuando acaricia tus purpúreas hojas
I te dice sus penas i congojas.

Si yo tuviera el misterioso encanto
Que tiene el aura en sus lijeras alas,
En dulce acento preludiara un canto
Para halagar tus primorosas galas;
Si esto no puedo, mezclaré mi llanto
Con el aroma embriagador que exhalas;
I cual la voz del viento que suspira
Oirás las notas de mi triste lira.

Escucha, amiga: como el ave errante
Que deja el nido en apartados lares
I en vano busca, con afan constante,
Un bálsamo que calme sus pesares,
Peregrino tambien, surqué anhelante
Los ajitados, procelosos mares,
I hoi arrojado en estranjero suelo
Busco afanoso a mi dolor consuelo.

Crucé las pampas de la patria mia
En alas del amor i la ventura,
I se estasió mi ardiente fantasía
De una mujer en la mirada pura.
Pero ¡ai! que su inconstancia i su falsía
Tornaron mi placer en amargura;
I en negra, aterradora lontananza
El ánjel se escondió de mi esperanza.

Miré en el cielo que cubrió mi cuna
Rutilantes i hermosas mil estrellas,
I les dí en mi efusion una por una
Mis amorosas férvidas querellas;
¡Incauto! que no supe en mi fortuna
Que aquella luz que se refleja en ellas,
En su jiro inconstante me decia:
"*Todo en el mundo sin cesar varía!*"

Aquellos mismos cielos nacarados,
Mas tarde pareciéronme sombríos;
I en los llanos i bosques perfumados
Turbios miré los cristalinos rios;
Los céfiros, de amor embalsamados,
Tornáronse despues en cierzos frios:
Todo cambió, desde el aciago instante
En que mi amada se mostró inconstante.

La patria abandoné: dejé su cielo
I su comarca fértil i florida;
I en tierra estraña, con ferviente anhelo,
Busqué la flor de mi ilusion perdida;
Mas, nunca, nunca encontraré consuelo
Para mi mal en la azarosa vida,
Si no me acojo, pobre desterrado,
De tu amistad al pabellon sagrado.

Luce tu cáliz, de fragancia lleno,
De la limeña orilla, flor galana,
I la fuerza mitiga del veneno

Que en mi alma derramó suerte tirana.
Al ver tu rostro, al contemplar tu seno,
I tu mirada altiva i soberana,
No sé por qué, mi corazon, María,
Me dice que aun amar talvez podria.

A UNA CANTATRIZ.

Oí tu voz: ¡emanacion sublime
De una alma noble, delicada i pura,
Que dice mas amor i mas dulzura,
Que el aura leve que en el bosque jime!

Cuando en tu labio de clavel imprime
La música del cielo su ternura,
El hombre vuela a la suprema altura
I del pesar su corazon redime.

El alma, entonces, delirante i loca,
Recorre toda la estension del cielo;
I al que gozar de tu cancion le toca

I no abandona el miserable suelo,
Es porque tiene corazon de roca
I abriga un alma de insensible hielo!

EPICEDIO.

EN LA MUERTE DE CLORINDA.

Composicion dedicada a la señorita Florinda Anderson.

A la hora de amar, alzó su vuelo
Sobre este mar de lágrimas profundo.
Madres! rasgad de la tristeza el velo:
Una lágrima menos en el mundo
I un ánjel más en la mansion del cielo.
CARLOS A. SALAVERRY.

Un ánjel era de bondad: su cuna
Tornó a buscar, porque el Eterno quiso
Engalanar de nuevo el paraiso
Con ese bello i delicado ser.
En este mundo se encontró de paso:
Flor perfumada cuyo suave aroma
El aire embalsamó. Blanca paloma,
Se fué del mundo para no volver!

En las sonrisas de su linda boca,
En las miradas de sus bellos ojos,
De su fresca mejilla en los sonrojos,
Vagaba siempre el infantil candor.
En su inocente corazon hallaban
La dignidad i la virtud cabida:
Fué una violeta que creció escondida
Entre follajes de eternal verdor.

Madre i amigos la querian tanto!
¿Cómo no amarla? ¡Tan virtuosa i bella!
La luz tranquila de brillante estrella,
Nunca es tan pura como su alma fué.
I aquella jóven pudorosa i buena,
I aquella flor que perfumaba el suelo,

Hoi ya no existe: en el jardin del cielo
Fresca i lozana columpiar se ve.

Entre la inmensa multitud de estrellas
Un astro más a confundirse ha ido,
I el coro celestial hoi ha tenido
Un esplendente i nuevo querubin,
De su alma noble la fragante esencia
A la esencia volvió de donde vino,
Que tuvo oríjen en el ser divino,
I hoi es divina, i lo será sin fin.

Mirad la perla, la brillante gota
Que en la trémula hoja se suspende;
Si no del polvo al lodazal desciende,
La vuelve el rayo ardiente a evaporar.
Tal es el alma que se guarda pura,
I tal Clorinda fué: gota brillante,
Lució sobre la tierra un solo instante
Para volver el cielo a engalanar.

Madre! Secad el abundoso llanto,
I tú Florinda, que su amiga fuiste,
Deja de estar apesarada i triste...
Ella te aguarda en el celeste Eden,
Que eres ánjel como ella, peregrino
En este mundo de mentidas galas;
I al fin brillantes se abrirán tus alas,
I unida a ella vivirás tambien.

NO LLORES.

Al señor Dr. D. José C. Urrea en la sentida muerte de su esposa.

La tierna esposa que endulzó tu vida,
La que de amor tu corazon llenó,
Viendo en la tierra su mision cumplida,
A la mansion de la virtud voló.

Prestóle un ánjel sus lijeras alas,
I el aire entonces presurosa hendió:
Dejó del mundo las mentidas galas,
Porque el Eden tras de la tumba vió.

Ella fué madre cariñosa i tierna,
De las esposas el dechado fué;
Por esto hoi goza en la mansion eterna
Del puesto digno que esperó con fé.

No llores nó; porque en el alto cielo
Rogando ahora fervorosa está
Por tí i los hijos que dejó en el suelo...
Si fué tu esposa, tu guardian será.

No llores no, porque su cien ceñida
Está con rayos de brillante luz;
Bellas coronas que adquirió en la vida
Con su pureza i ejemplar virtud.

No estés, amigo, jemebundo i triste
Porque tu esposa a la mansion se fué
En donde un Dios omnipotente existe,
Que el mal castiga i recompensa el bien.

A MI MADRE.

(DEDICADO A MI AMIGA B. A.)

Mi esperanza murió: marchito i triste
Quedó mi pobre corazon amante;
Pero mi frente se alzará triunfante,
Como la roca que al turbion resiste.

Si nada ya para mi bien existe;
Si siempre miro el padecer delante,
Tengo una madre cuyo amor constante
Mi árida senda de ilusiones viste.

Su dulce voz me acarició en la cuna;
Sus besos en la infancia me adurmieron;
Mis lágrimas de amor, una por una

Siempre enjugadas por su mano fueron;
I con ferviente anhelo a Dios le pido,
Que ella reciba mi postrer jemido.

MIRAME ASI.

Mírame asi, que de tus ojos vívidos
Quiero sentir el fuego abrasador,
I que palpite enajenado i trémulo
Por tí, mujer, mi amante corazon.

Mírame asi, que tu mirada lánguida
Aleja de mi espíritu el pesar,
Como del sol a los destellos fúljidos
Huyendo nubes i tinieblas van.

Mírame asi; porque de yerto páramo
Que era mi alma, se tornó en volcan
Con una sola de las chispas férvidas
Que de tus ojos se escapó fugaz.

Mírame asi; porque pequeño i tímido,
Sin tu mirada me supongo yo;
Mas, si la siento, a la rejion olímpica
Me elevo en alas de entusiasta amor.

Mírame asi; porque si nó, mi espíritu,
Arbol sin savia i sin calor será:
Flor sin perfume, embarcacion sin brújula,
En alta noche en proceloso mar.

Mírame asi; i cual veloz relámpago,
Verásme, Silvia, ante tus piés caer,
I suplicarte con ardientes lágrimas
Qué a mi alma amante la esperanza des.

Mírame asi, para sentir el júbilo,
Que entusiasmado con tu amor sentí,
Aquella vez que tu mirada plácida
Me dijo: te amo, te amaré sin fin.

Mírame asi; i en el camino lóbrego
Que de la vida transitando voi,
Serán tus ojos cual la estrella fúljida
Que a los monarcas del oriente guió.

Mírame asi; i elevaré frenético
Hasta los cielos mi amorosa voz,
I desde el austro, hasta los mares árticos
Sabrán que tú eres mi esclusivo amor.

Mírame asi, porque si no el mas ínfimo
De todo ser tu adorador será;
I siempre oscuro, aterrador i tétrico
Mi ayer risueño porvenir veras.

Mírame asi, mi encantadora sílfide
Para llamarme con razon feliz:
I si tus ojos quemadores mátanme,
No me importa mi bien. ¡Mírame asi!

AMOR.

Qué hermosa tarde! Una nube
No empaña el azul del cielo,
I se desprende del suelo
Grato aroma embriagador.
Allí la mar apacible
Se divisa en lontananza,
I sus olas, cuando avanza,
Vienen repitiendo: AMOR.

I los campos i las flores,
I el ave que alegre trina,
I la fuente cristalina,
I el torrente bramador,
I la colina i el valle,
I la luz i el firmamento,
En armonioso concento
Dicen en su idioma: AMOR.

El huracan cuando ruje,
La brisa cuando suspira,
La mariposa que jira,
De la llama en derredor;
I el relámpago que brilla,
I el rayo cuando revienta,
I en su furia la tormenta
Repiten tambien: AMOR.

En su manto de esmeralda
La engalanada pradera,
En su rumor la palmera,
La luna en su resplandor,
I el astro rei de los cielos,
De su faz resplandeciente
En cada rayo luciente,
Nos manda un rayo de AMOR:

En sus lágrimas el huérfano,
En su demanda el mendigo,
En su protesta el amigo,
En su rudeza el pastor,
En su delirio el poeta,
El labriego en su cabaña
I el hermita en la montaña,
Solo viven del AMOR.

El guerrero que se arroja
En el campo de batalla,
I escucha de la metralla
El silbido aterrador
Se acuerda de su querida
Cuando el cañon mas retumba,
I espera para su tumba
Una lágrima de AMOR.

Solo yo la voz escucho
De un corazon afijido,
Que dice en cada latido
Todo un mundo de dolor;
Porque ingrata i fementida
La mujer a quien adoro,
Gastó de mi alma el tesoro
De caricias i de AMOR.

MI ÚNICO AMOR.

Do quiera va conmigo: ni un instante
Huye de mí la compañera mia:
Mi mas pequeña accion, ella la espía,
Porque me sigue con amor constante.

Más la distingo cuando mas brillante
El sol su luz abrasadora envía;
I hasta en las sombras de la noche fria
Me sigue sin cesar, o va adelante.

Sin duda me dirás lector querido:
—«Mujer i consecuente?... Esa es quimera;
A que lo pruebes, impostor, te reto;

Desde Eva para acá, ninguna ha sido.»
—Oh! nó señor, que desde entónces era
La sombra fiel... *i se acabó el soneto.*

Digitized by Google

A.....

"Tuyo es mi amor, mi corazon, mi vida,
I solo pienso en tí,"
Me dijiste, mi bien, de amor henchida,
I a tu plantas caí.

"Yo tuyo soi," con entusiasmo ardiente,
Mi bien, te contesté;
I loco entónces, en tu pura frente
Un óseulo grabé.

En el delirio del amor mas santo,
Del mas ardiente amor,
Me volviste a decir:—¡"Te quiero tanto!
Te quiero con furor."

I de tus ojos lágrimas rodaron
Que el alma recojió:
Tus manos con mis manos se juntaron,
Celosas las estrellas nos miraron,
La brisa suspiró.

En este instante de eternal ventura,
De celestial placer,
La luna en el zenit brilló mas pura,
I el rayo del amor i la ternura
Se reflejó en tu ser.

I allí gozando de la inmensa gloria,
La gloria de tu amor,
Fué donde mi alma principió la historia
De su fatal dolor.

Que al par que amante, desdeñosa fuiste,
Desdeñosa i crüel,
I en mi sediento corazon vertiste

En lugar del placer que le ofreciste,
La mas amarga hiel.

.....

Despues, despues los años han pasado,
Como tu amor tambien;
Pero en mi mente vivirá grabado
El recuerdo feliz de que fuí amado
Por tí, mi dulce bien.

DOLCE FARNIENTE.

(A mi amigo don Francisco A. Fuentes.)

Me encanta i me enamora la luz bella
Del alba al despuntar en el oriente;
I ver cuando su brillo refuljente
Perdiendo va la matutina estrella.

Pláceme la dulcísima querella
Del ave a orillas de la mansa fuente,
Cuando el carro del sol resplandeciente
Asoma hermoso i su fulgor destella.

Me gusta ver en el lejano aprisco
La pastorcilla cuando sigue ufana
Al cabrito que salta por el risco,

De la alborada con la luz temprana;
Pero me gusta más, caro Francisco,
Dormir hasta las diez de la mañana.

Digitized by Google

A FELISA.

EN SU ALBUM.

Un domingo estuve en misa,
Cerca a mi asiento te ví:
¡Qué bella estabas, Felisa!...
En tus lábios la sonrisa
De un arcánjel entreví.

Al traves del velo undoso
Con que tu faz se cubría,
Tu semblante pudoroso,
No sé qué de misterioso
I de anjélico tenia.

Era dulce tu apostura;
Tu rostro mostraba uncion;
Vagaba en tu frente pura
El rayo de la hermosura
Lleno de fuego y pasion.

Devotamente rezabas
Al pié del sagrado altar,
I al soslayo me mirabas,
I creí que me invitabas,
Tambien como tú, a rezar.

Yo tuve por un instante
Fijos los ojos en tí,
Creyendo al ver tu semblante,
Que un ánjel puro i radiante
Estaba cerca de mí.

Fervoroso i reverente
Como tú tambien recé;
I de mis labios, ardiente

Hasta los cielos, ferviente
Una súplica elevé.

Rogué que asi continuaras
Siendo un ánjel de candor;
Que tu pureza guardaras,
I que siempre asi rogaras
A los cielos con fervor.

I tú como que entendiste
Mi súplica i mi oracion,
Pues con agrado me viste,
I esta vez, Felisa, hiciste
Palpitar mi corazon.

Lijera te levantaste,
I ante el altar, reverente
Tu frente pura inclinaste;
I más con esto adornaste
Tu gracioso continente.

Tus mejillas, cual queriendo
Las rosas rivalizar,
Mas i mas se iban tiñendo
Al paso que ibas saliendo
Del sacrosanto lugar.

Al ver que ya te alejabas,
Te seguí maquinalmente:
Cada vez que me mirabas
En tus ojos reflejabas
Tu alma pura e inocente.

Cuando con agua bendita,
Con una gracia esquisita
Te santiguaste con fé,
Tu ejemplo mé dijo: «imita»
I tambien me santigüé.

En la puerta un pobre ciego
Una limosna pidió;
Oiste su triste ruego,

I una lágrima de fuego
Por tu mejilla rodó.

I en esa lágrima pura
Divisar me imajiné,
De tu alma la ternura,
I entónces... Oh! qué ventura!...
Como tú tambien lloré.

Miré que al pobre tendiste
Tu manita de marfil
I una limosna le diste;
I la flor me pareciste
Mas hermosa del pensil.

Por imitarte, al mendigo
Tambien mi limosna dí,
I con franqueza te digo,
Que entónces de ser tu amigo
Orgulloso me sentí.

Tus ojos, cuando saliste,
Llenos de pura pasion
Hácia mí los dirijiste,
I otra vez, Felisa, hiciste
Palpitar mi corazon.

Despues por tu ejemplo guiado,
He seguido yendo a misa;
I aunque otra vez no te he hallado
Al ciego limosna he dado
Por recordarte, Felisa.

LAS FLORES I EL COLIBRI.

(EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA LEONOR SAURI.)

Cuenta la historia que flores varias
Engalanaban una pradera;
Que allí crecian las trinitarias,
Las clavelinas, las pasionarias,
Entre follajes de enredadera.

Las columpiaban con sus arrullos
Enamoradas las brisas suaves;
Lloraba perlas en sus capullos
La fresca aurora... con sus arrullos
Las saludaban tiernas las aves.

Todas vivian ledas i ufanas
En ese hermoso, vasto pensil,
Luciendo el llanto que en las mañanas
Sobre sus hojas, siempre galanas,
Dejaba el aura suave i sutil.

Asi los tiempos iban corriendo
En esa copia del almo Eden;
Jamas la amarga pena sintiendo;
Siempre cantando, siempre riendo,
Siempre gozando de tanto bien.

Pero la suerte vária i lijera,
Tan caprichosa, tan badalí,
Cambió el aspecto de esa pradera
I esto causaron... ¡quién lo creyera!
Las veleidades de un colibrí.

Las flores todas cuando lo vieron,
Llorando perlas de puro amor
Sobre su tallo se estremecieron,

I mas entonces lucir quisieron
Todas sus galas i su primor.

Entre esas flores hubo una rosa,
Que era la reina de aquel pensil,
Porque a ninguna tan olorosa
Acariciaba la vagorosa
Suave i lijera brisa de Abril.

Las otras flores tristes lloraban,
Quizá de celos o de pasion
I aunque adornarse más anhelaban
Nunca con ella rivalizaban,
Porque era tipo de perfeccion.

En tanto el ave tendió sus alas,
Sobre la rosa se estremeció,
I al ver sus puras i ricas galas,
Oh! qué agradable perfume exhalas,
Dándola un beso, la repitió.

Sintió la rosa viva en su seno
Arder la hoguera de una pasion,
Mientras las otras tenian lleno
Su hermoso cáliz del cruel veneno
Que brinda siempre la decepcion.

Despues sintieron las pobres flores
Lo que la rosa tambien sintió:
El ave a todas besos de amores
Dióles en cambio de los olores
I el suave néctar que les robó.

I cada una la preferida
Del pajarillo juzgaba ser:
La rosa, empero, descolorida
Se fué tornando, i entristecida
A los embates del padecer.

I ardiendo en celos, casi marchita,
El cruel agravio quiere vengar,
I aunque su seno de amor palpita,

En su delirio solo medita
Cómo al ingrato puede matar.

A su reclamo tierno i amante,
Ebrio de amores el *colibrí*
Besó a la rosa, i en el instante
Cayó a sus plantas... i agonizante
La dijo: aleve, muero por tí!

I al punto mismo, bajo la rama
Que fué testigo de tanto amor,
Murió la rosa segun es fama
Junto a su amado: la ardiente llama
La savia pura secó en la flor.

De la pradera las otras flores
Se marchitaron ¡ai! yo las ví;
Ya no le daban al aire olores;
Perdieron néctar, brillo i colores
Desde la muerte del colibrí.

Asi los seres, cuando la esencia
Beben de alguna fatal pasion,
Manchan el brillo de su conciencia,
I los encantos de la inocencia
Ya mas no halagan su corazon.

Nunca en tu pecho, Leonor hermosa,
Venga a abrigarse pasion asi;
Guárdate, amiga, pura i virtuosa,
Recuerda siempre lo que a la rosa
Costó los besos del colibrí.

Digitized by Google

DESPECHO.

I nada, i nada!... Aterrador vacío
Do quier contemplan mis ardientes ojos;
I hallan mis plantas solamente abrojos,
I mi angustiado corazon hastío.

El desengaño con su aliento frio
Mi esperanza mató... dudas i enojos
Dejóme aquella maga por despojos,
I un aterrante porvenir sombrío.

Ya nada quiero ni apetezco nada;
Ningun halago mi existencia tiene,
Que huyó con mi esperanza mi alegria...

Debiera con mi vida desgraciada
Terminar de una vez; mas me detiene
Tu bendito recuerdo, MADRE MIA.

AMOR PARLAMENTARIO.

I.

INTRODUCCION.

Ya del tiempo eleccionario
Se despejó el nubarron;
I estamos en la estacion
De otoño parlamentario.

I no es estraño por eso,
Que hasta para hablar de amor,
Hablen los hombres mejor
En términos de congreso.

La siguiente es fiel historia
De un hecho que presencié,
De la que puedo dar fé,
Si no miente, mi memoria.

Un serrano trovador,
Diputado de talento,
A su querido tormento
Asi le dijo su amor.

II.

CONFESION.

Aquí me tienes de hinojos:
Habitante de la sierra,
Me hallo, por fin, en la tierra
Que iluminas con tus ojos.

Te ví, Manuela, al llegar;
I al punto, mi corazon
Dictó la proposicion
Que me atrevo a formular.

I pues que tengo derecho,
Porque candidato soi;
A decir al punto voi
Lo que se encierra en mi pecho.

Quiero Manuela tu mano,
I otras cosas de tí quiero;
I en mis derechos espero
Como buen republicano.

Si soi por tu amor electo,
Como en tus ojos confio,
No deseches, oh bien mio!
El subsiguiente proyecto.

Si hai acaso dualidad,
Recházala en el instante,
Que soi tu representante
De mas lejitimidad.

Si algun aspirante salta
A disputarme tu mano,
Tu corazon soberano
Debe castigar su falta.

Voi a leer los documentos
Que tengo de mi eleccion;
Préstame, pues, tu atencion
Por unos pocos momentos.

Mas el trabajo te evito
De leer tanto, i los enojos,
Si te fijas en mis ojos
Donde está mi amor escrito.

Lo que tengo que ofrecerte
Lo verás en lo que aduzco,
Que solo vine del Cuzco
Manuela, para quererte.

No canto como un canario,
Ni tampoco soi un loro;

Pero, Manuela, te adoro
Con furor parlamentario.

Yo por esto la tribuna
Asalto de tu salon;
I espongo en mi peticion
Mis razones una a una.

De trámites la dispensa
Pido, i tambien de lectura;
Porque es mucha la premura
I temo que un dual me venza.

Pero es preciso pasemos
A la cuestion principal,
Que si acaso tengo dual,
Allá nos entenderemos.

El debate al principiar
Diré, porque asi precisa,
Que me cautivó tu risa
I tu anjélico mirar.

Es razon inconmovible
La razon en que me fundo:
Soi hombre, vivo en el mundo,
I es tu acento irresistible.

Tengo a mas una razon
De incontestable derecho:
Manuela, tengo en el pecho
Para amarte un corazon.

Atiende bien, vida mia,
Para despues del exámen
No desechar el dictámen
Que se halla al *órden del dia.*

Con lo dicho ya es bastante
Para entrar en discusion:
Hé aquí la proposicion
Que has de firmar al instante.

III.

PROPOSICION.

El corazon soberano
De un arcánjel hechicero
Considerando: *primero*,
Que el pretendiente es serrano,

I que por este motivo
No ha de ser enamorado,
Como tanto *anaranjado*
Del pais en donde vivo;

Segundo: que es menester
Como su cauce al arroyo
Buscarse cualquier apoyo
En el mundo la mujer;

Tercero: que el pretendiente,
Con sus buenas intenciones,
Trae al par que sus dobloues
Una adoracion ferviente;

Cuarto: que por el pedido
De la actual proposicion,
Hai cambio de corazon
Por título de marido;

Quinto: que ha llegado el caso
De bañar a San Antonio,
Porque en Lima el matrimonio
Está por demas escaso;

Sesto, en fin... yo no me meto
Su razon a publicar;
Pero vengo en decretar
Como en efecto decreto:

Don Pedro de la Canela,
Del Cuzco recien venido.
Será desde hoi el marido
De la graciosa Manuela.

I cualquiera que reclame
Un título equivalente,
Se saldrá por la tanjente
Sin que Manuela le ame.

Ella le dará su amor,
I por la Vírjen piadosa,
Jura que será la esposa
Entre todas la mejor.

Firmado en este salon
Que fué de su amor el teatro,
Donde mas de veinticuatro
Hicieron declaracion.

Pero que todos tuvieron
Dualidad, o se anularon
Las actas que presentaron
I las pruebas que trajeron.

Comuníquese a mi padre
Para que apruebe el contrato,
I no tenga el candidato
Ni perrito que le ladre.

IV.

DICTÁMEN.

Reunidos en conferencia
Los socios comisionistas,
I todas las pruebas vistas,
Resolvieron en conciencia.

I fué su leal parecer,
Despues de la discusion,
Que le des el corazon
Al que te hace su mujer.

Que deseches sin piedad
Al que, a título de amor,
Venga a forjar, sin rubor,
Una impura dualidad.

Digitized by Google

Puesto, i discutido en calma,
Por la augusta comision,
Del labio i el corazon,
I de los ojos i el alma.

V.

CONCLUSION.

Pasó a la *órden del dia*
El dictámen anterior;
I entónces dijo el Amor,
Que tambien lo sostenia.

I los Celos lo impugnaron,
Lo combatió la Perfidia;
Pero a pesar de la Envidia
Siempre los buenos triunfaron.

El punto por terminado
Lo dió, recta, la pasion,
I al hacer la votacion
Fué el dictámen aprobado.

Esta en verdad es la historia
Que en Lima yo presencié:
De lo que digo dan fé,
Mi verdad i mi memoria.

I con esto del poeta
Se concluyó la mision;
Porque acabó la sesion
Para pasar a secreta.

EPIGRAMA.

A don Tiburcio Amador,
Que de hombre sábio la daba
En su pueblo, i conversaba
De telégrafo i vapor;
Díjole un pillo:—Señor,
¿Conoce el ferrocarril?
—Cuando estuve en Guayaquil
(Contestó mui orgulloso)
De ese animal sustancioso
Me obsequiaron un pernil.

EL MATA-PERROS.

Miradlo! cuán sucios están sus vestidos;
Zapatos mui rotos le tapan los pies;
Le cubren la frente cabellos erizos
Que salen de un viejo sombrero que fué.

Ya silba, ya corre, ya forma algazara
Al tiempo quë hace sonar el *run run*;
A un viejo le tira la gorra y se escapa,
I, ¡fósforos! grita.... jemelos! betun!

Se acerca a las tiendas, recoje papeles,
Preludia entusiasta cancion nacional,
«Somos libres, seámoslo siempre»
Con una *chilena* concluye el compás.

De pronto en el puente del Rímac se pára
I cuenta las horas que suena el reloj:
La una, las dos, las tres... a mi casa.
Me voi, se lo aviso señor *Culebron*.

El viejo aludido levanta el garrote
I tira a la ciega, le dá a un militar;
Aqueste se queja i obligan entónces
Al pobre vejete que vaya al vivac.

Se acerca la noche; sus gritos agudos
Aturden a todos; «*la quema, no hai mas;*
Las medias mui finas, jabones no hai muchos.
Mamada, señores: venid a comprar.

Tal es el ente que llaman
Aquí en Lima, *mataperros*;
Por cierto el vivo retrato
Del *gamin* i del pilluelo,
En el traje, en las astucias,
En costumbres i en talento.

ILUSION I REALIDAD.

I.

(5 DE ENERO DE 1864.)

Vagaba solitario en las riberas
Que el hondo Atrato baña,
Bajo toldo de ceibas i palmeras,
Que erguidas i altaneras
Daban flexibles su follaje al viento.
Tras de la cumbre de la azul montaña
Brillante aparecia
El rei del firmamento
Envuelto en nubes recamadas de oro
I de grana i zafiro.
Con su dulce i eterna algarabia,
Las trinadoras aves,
En melodioso i acordado coro,
Saludaban la luz del nuevo dia;
I con sus ecos lánguidos i suaves
Las brisas, susurrando entre la palma,
Interpretaban fieles
La dicha pura i el placer de mi alma.

En el vecino monte
Del labrador el hacha, el golpe rudo,
Llenaba el horizonte,
I con el eco agudo
Al ciervo despertaba en su guarida
El cual huyendo por la parda loma,
A carrera tendida,
Despertaba a la tímida paloma,
Que asaz apasionada,
Al cielo levantaba sus arrullos:
Los cuales con las auras se perdian

Digitized by Google

I a acariciar venian
Los aromados, vívidos capullos
De las tempranas flores,
Que, orgullosas, la frente levantaban
Coronada con perlas de rocío,
I temblando de amor se reflejaban
Sobre las ondas trémulas del rio.

Yo contemplaba absorto en el espacio
El pabellon flotante
Recamado de grana i de topacio,
Detras del cual, radiante,
Dejaba ver su majestad divina
El astro de los astros soberano,
Teniendo por aciento i digno trono
La escelsa cresta de la cumbre andina.
Con entusiasta i devorante anhelo;
Sobre la onda pura i cristalina
Del imponente Atrato contemplaba,
Cómo el azul del infinito cielo
En su puro cristal se retrataba;
I todo cuanto entonces yo veia
A mi ardoroso corazon decia,
Un porvenir de dichas i de amores,
Un mundo de placer i venturanza,
Pues ví en aquellas nubes,
De nacarados, vívidos colores,
Al ánjel del amor i la esperanza
Coronado de perlas i de flores.

En ese instante, cuando el sol hermoso
Doraba las cercanas cordilleras,
Tus formas hechiceras
Ví reflejarse en el cristal undoso,
Entónces ciega... delirante... loca
Mi ardiente fantasia
Un ánjel te creyó, que descendia
De las altas magníficas rejiones,
A realizar por fin mis ilusiones,
Siendo la tierna compañera mia.

De amor entusiasmado i de ventura
Mi amante corazon latió ferviente;
Me arrebató tu espléndida hermosura,
I tu alma noble, virjinal i pura
Ví retratarse en tu mirada ardiente...
Hermosa estabas; las guedejas blondas
De tu sedoso undívago cabello
Bajaban suaves, por el blanco cuello,
En caprichosas i movibles ondas.
En tu risueña i límpida mirada,
Tan pura como el brillo de una estrella,
Me hiciste comprender, apasionada,
Que mi amorosa i férvida querella
Escuchabas ansiosa;
I que al sentirla por la vez primera
Se estremeció tu alma,
Cual se estremece la ondulosa palma
Al beso de la brisa pasajera;
Como del sol al matutino rayo
Las matizadas flores,
Enamoradas tiemblan en su tallo,
I los puros balsámicos olores
Que su cáliz encierra
La brisa los recoje
Para con ellos perfumar la tierra.

.....

Alcé los ojos hácia tí: me viste,
Con toda la efusion de tu ternura,
I entonces me dijiste,
Dando a tu voz la entonacion mas pura:
—Con toda el alma i corazon te quiero;
Con toda el alma i corazon te adoro;
En el mundo, de tí, todo lo espero;
Tú eres mi bien i mi único tesoro,
Es tu amor la esperanza de mi vida,
El faro que en mi cielo resplandece,
I por él en mi espíritu se anida
I se despierta i crece
Mi fé en el porvenir; ya nada temo:

Digitized by Google

Hoi se realiza mi ilusion bendita;
Por esto siento con afan supremo,
Que mi amoroso corazon palpita.
Vengo en tu busca, por mostrarte ahora
La santa fé de mi pasion ardiente,
Tan pura cual la luz resplandeciente
De una apacible tropical aurora.
Delante de tan ricos panoramas,
Teniendo por testigo el firmamento,
Pues yo te amo como tú me amas
Hagamos a la par un juramento...
I el jurameuto hicimos:
Amarnos para siempre prometimos,
Amarnos con delirio, con locura;
Como las gayas flores
Aman la brisa susurrante i pura
A quien dan sus olores,
Para que deje impreso
Sobre sus hojas, el amante beso:
"Nada," dijimos, "nada" aquí en la vida
De nuestro amor a la pureza iguala,
Ni la estrella en el cielo suspendida,
Ni el suave aroma que la flor exhala.
I soñamos fantásticas quimeras,
I en los delirios del amor creimos,
I en nuestro cielo, entusiasmados, vimos
De la dicha las májicas lumbreras.
Campos inmensos de eternal bonanza
En un tranquilo porvenir soñamos;
I en alas del amor i la esperanza
A un cielo de ventura nos alzamos,
A aquellos campos, do el amor vivia
Fuimos por senda de fragantes flores,
Sin nunca imajinar, amada mia,
Que la nube fatal de los dolores
Desapiadada a oscurecer vendria
El refuljente sol de mis amores,
I en noche a convertir terrible i fiera
De mi existencia la ilusion primera.

II.

(17 DE SETIEMBRE DE 1868.)

Es ya la tarde: la opulenta Lima,
Del Pacífico mar reina i señora,
Hoi abatida i sin consuelo llora
I desolada cae
Bajo el hondo pesar que la devora.
Su siempre claro, su sereno cielo
Cubierto está de negros nubarrones;
I en fúnebres crespones
Flotan las nieblas por sus anchas calles,
Que aumentan el espanto
I llenan de terror los corazones.

¿Por qué desolacion, tristeza tanta
En esta Lima tan feliz se encierra?
¿Por qué la niebla al contemplar se espanta?
¿Por qué los cielos al mirar se aterra?
—Porque siente crujir bajo su planta
Enfurecida i trémula la tierra,
I a donde vuelve los ardientes ojos
Encuentra llanto, soledad i abrojos.

Porque al ver las ciudades convecinas,
Que ayer tan grandes i opulentas fueron,
Encuentra solo aterradoras ruinas;
I mira con tristeza
Aquellos edificios que sirvieron
De ornato i pres a la nacion peruana;
Los grandes monumentos i altas torres,
Que cual polvo fugaz desparecieron
Para probar la insuficiencia humana.
Por eso triste i abatida jime
La ciudad del Pacífico señora,
I en su frente tristísima se imprime
El acerbo pesar que la devora.
La acobarda el vapor que se desprende
De los cerros vecinos,

La niebla que desciende
Del horizonte en copos funerarios
Hasta cubrir sus pardos campanarios.

Huye la jente pesarosa i triste
I tiembla en sus afanes,
Pues sabe que no existe
Arequipa la heróica,
Que al rudo rebramar de los volcanes
O al desborde del mar embravecido
Ciudades importantes i grandiosas
Bajo la tierra se han desparecido.

.....

Yo tambien como tú rindo tributo
A los pesares, Lima encantadora;
Tambien mi alma acongojada llora
I está mi amante corazon de luto.
I cuando sufres, cuando lloras tanto,
Yo por tus calles vago silencio,
I triste i pesaroso
Baño mi faz en dolorido llanto;
Que triste como tú mi pensamiento,
I ya de mi alma la quietud perdida,
Me asalta matador presentimiento
En el instante mismo en que lamento
Tu pesadumbre cruel, ciudad querida.
I mi angustiado corazon se oprime
I pierde su alegria;
Una aterrante realidad me abruma,
Que en este instante de tristeza tanta
El sueño de mi loca fantasia
Cual glóbulo fugaz de leve espuma
Evaporarse veo,
Pues oigo de repente que me dicen
Con voz entristecida:
«Huyeron para siempre de tu vida
Los ensueños divinos;
Ya la mujer a quien amabas tanto
I a quien diste la fé de tu alma entera,

En brazos de otro, con celeste encanto,
De tí se olvida despiadada i fiera.»

.....

.....

I dicen que hai amor! ¿Dónde se esconde?
Ardiendo en celos me pregunto ciego:
A dónde se halla?... a dónde?
I en un estrecho círculo de fuego
Siento oprimida mi abrasada frente;
Precipitado el corazon palpita,
Que como lava hirviente
Toda mi sangre a él se precipita...
Mis labios enmudecen; la cabeza
En un confuso remolino siento;
A oscurecerse la mirada empieza,
I desolado caigo i sin aliento
Al golpe de tan rudo sentimiento.
Desde entonces acá, tristeza horrible
Me abruma sin cesar i me atormenta;
I a mi ardoroso corazon sensible
La divina esperanza ya no alienta.
El fiero escepticismo
Se apodera de mí, i abre a mi planta
Un insondable aterrador abismo.

¿A dónde está el amor, de nuevo clamo,
Aquel amor que el universo canta?...
I nadie me responde... En vano llamo,
Porque me dé la luz que tanto ansio,
Al átomo de fé que en mi alma queda;
I solo el corazon cansado i frio
Me dice en sus latidos, que es el mundo
De la mentira manantial profundo.

Todo es mentira: el tierno juramento
Que una mujer en su pasion profiere;
I mentira tambien el sentimiento
Que finje cuando quiere
Pábulo dar a su capricho insano
De orgullosa coqueta.

Ai! nada encierra el corazon humano:
Es fantasma soñado la ventura
Por la mente ardorosa del poeta,
Pues la mentira con su tosca mano
Todo lo mancha con su baba impura!

.....

.....

¿Quién ayer me dijera que hoi seria
Juguete de encontradas sensaciones,
I el cielo de mis bellas ilusiones
Con fúnebre crespon se cubriria?

.....

.....

¿Qué se hicieron, responde, amada mia
Tus protestas de fé?—Con tus ficciones
Para siempre alejaste las visiones
De esperanza i de amor que ayer tenia.

Sé tú feliz i sigue tu destino
Que yo tambien me finjiré placeres,
I cariñosas, con ardor contino,
Su amor me brindarán otras mujeres;
Ya las conozco mucho por mi suerte,
Soi, por lo tanto, poderoso i fuerte.

Mientras disfrutas en ajenos brazos
De las delicias que el amor encierra,
Yo, infortunado, cruzaré la tierra
Buscando alivio a mi penar profundo,
En el único afecto verdadero
Que hai en el vário i borrascoso mundo.
Aquel afecto volverá a mi alma
La apetecible calma
I su esperanza i su ilusion finjidas,
Que si perdí la paz i la ventura
I ya no late el corazon ardiente,
Tengo en mi madre inagotable fuente
De santo amor i celestial ternura.

ATRIDA.

LEYENDA ESENCIALMENTE CAUCANA,

Dedicada a mi amigo Vicente Holguin.

INTRODUCCION.

Del Ande majestuoso entre dos ramas
En forma de paréntesis abiertas,
Un verde valle se dilata, inmenso,
Emporio de hermosura i de riqueza.

Aquí la fuente entre peñascos brota;
Allí el arroyo entre colinas rueda,
I mas allá, los caudalosos rios
Bordan los prados de zafiro i perlas.

Las aves cantan en los altos bosques;
Rujen los tigres en las vastas selvas;
I la serpiente astuta i venenosa
Se oculta entre las ásperas malezas.

Por el vasto confin del horizonte
Las montañas altísimas i escelsas
Van a perderse hasta el azul del cielo,
En mantos de oro i de carmin envueltas.

Sublimes i brillantes los volcanes,
Sobre bases de pórfido se elevan,
El iris ostentando por corona,
Por manto real las vaporosas nieblas.

Al "Huila," cual señor de esas comarcas,
El perfumado valle lo contempla,
I le manda el aroma de sus montes
En alas de las brisas pasajeras.

A veces de su frente encanecida,
La majestad grandiosa manifiesta
En todo su esplendor... Sin una nube
Que cubra osada su imperial diadema.

Otras, en negro i tenebroso manto
Su brillantez oculta i su grandeza,
I airado lanza de su frente el rayo
En la estruendosa voz de la tormenta.

El alto roble, la robusta encina,
El *dinde*, el guayacan, la añosa ceiba,
El cedro majestuoso, el triste sauce
I la flexible guadua i la palmera.

Todo cuanto hai de prodijioso i bello
En la rica i feraz naturaleza,
En ese valle que describo ahora,
Con abundante profusion se ostenta.

Allí mil flores, con perfume grato,
Aromatizan bosques i praderas;
El *mandul*, la *vainilla* i el *quereme*
Derraman pura su fragante esencia.

De lirios, de claveles, de jazmines
I de amarantos, nardos i violetas
Vuela el perfume por el hondo valle,
I por colinas, montes i florestas.

Aves hermosas de brillantes plumas
I picos de oro los espacios pueblan,
Dando a los aires, en divino acento,
La tímida espresion de sus querellas.

Se ve al caballo que retoza alegre
En la vasta estension de las praderas;
Trisca la cabra en el lejano cerro,
Tímida bala en el gramal la oveja.

El oro, la esmeralda, la platina,
El fierro i plata donde quier se encuentran;

I todo, en fin, cuanto pomposo ha visto
En su seno feraz, naturaleza.

I de ese valle, cual señor i dueño,
El Cauca vário i tumultuoso rueda,
Aquí besando perfumados bosques,
Prados allá de variedad inmensa.

Entre rocas a veces sepultado,
Se ajita como el tigre en su caverna,
O ya se arrastra como manso lago,
El cielo retratando i las estrellas.

El níveo manto de chispeante espuma,
Aspero i rudo entre peñascos rueda,
I muros de granito despedaza,
I torna rocas en menuda arena.

I ciudades i pueblos i campiñas
Va acariciando con sus ondas frescas,
Prometiendo a la industria un ancho campo
Para aumentar su probervial riqueza.

Por desgracia sus hijos, entregados
Siempre a tenaz i fratricida guerra,
Indiferentes ven i no se admiran
De tanta pompa i sin rival grandeza.

I pisan sobre el oro i no lo esplotan,
I ni caminos hai por los que puedan,
Mostrar en otras partes los productos
Que el valle hermoso dondequier encierra.

Pero dejemos digresiones... Basta
De tanto describir, porque es ya fuerza
El asunto tratar que me ha obligado
A profanar la lira del poeta.

I.

LA TORMENTA.

Era una tarde... Oscurecido el cielo
Se ostentaba doquier, i nubes pardas,
Barridas por el viento proceloso,
En diferentes puntos se agrupaban.

Silbaba el huracan... Los altos dindes
Traqueaban en su base, i en sus ramas
Los gritos del paujil se percibian,
Como nuncio de lluvia i de borrasca.

En medio de la selva, do el Rio-Claro
A confundirse viene con el Cauca,
Habia una choza de mezquino aspecto,
Donde un silencio sepulcral reinaba.

De repente a la puerta de esa choza
Un hombre apareció, de blancas canas,
De modesta actitud, rasgados ojos,
Nítida i luenga venerable barba.

Las profundas arrugas de su frente
Del alma los dolores anunciaban;
I mostraba en su rostro venerable
Los distintivos de su noble raza.

Al cielo alzó los ojos, i el espacio
Miró con atencion...—Viene borrasca,
Dijo, i bajó la encanecida frente,
Secando en sus mejillas una lágrima.

En este instante apareció, temblando,
De la choza infeliz, a la ventana
Una doncella de cabellos negros
I de morena tez i sonrosada.

En su rostro divino i hechicero,
En la tierna espresion de su mirada,

I en la sonrisa de sus lábios, triste,
Decia de su pecho las borrascas.

El anciano la vió, i hondo suspiro
Lanzó sin proferir una palabra;
Un suspiro tambien lanzó la vírjen,
Que dió a las brisas aun mejor fragancia.

La niña vió al anciano, i con voz dulce,
Tan dulce como el soplo de las auras,
Le dijo:—Don Simon ¿ni aun esta noche
Vendrá el objeto de mis tiernas ánsias?

Volvió el anciano a contemplar el cielo,
I con voz temblorosa i sofocada:
—Vendrá, le respondió, porque no ignora
Que suspiran por él aquí dos almas.

En tanto ya sobre el oscuro ocaso,
Las nubes en montones apiñadas,
Terrible tempestad i desastrosa,
Con su fúnebre aspecto presajiaban.

Un instante despues, menudas gotas
Sonaban de la selva en la hojarasca;
I el viento mujidor en todo el bosque
Cual trompa jigantesca resonaba.

Un trueno hendió los aires, i terrible
Resonó desde el valle a la montaña;
I a la brillante luz de mil relámpagos,
El dios de la tormenta abrió sus alas.

Envuelta ya la tierra con las sombras
De la noche espantosa i funeraria,
Era sublime, majestuoso el cuadro
Que airados, cielo i tierra presentaban.

La niña i el anciano se escondieron
Allá en el interior de su cabaña,
I en medio del fragor de la tormenta
Apenas se escuchaban sus plegarias.

II.

UNA MISA EN EL CAMPO.

El alba hermosa los lejanos montes
Con sus encajes de carmin matiza;
Las sombras huyen, i el azul del cielo
Al beso ardiente de la luz palpita.

Las mil estrellas que en el ancho palio
Del almo firmamento se veian,
Ya se apagaron, que el albor primero
Del astro Rei en el oriente brilla.

Aves diversas en el bosque entonan
Sus cantos de indecible melodia:
Al trino alegre del turpial responde
De la paloma la cancion sentida.

Retoza el potro en el ameno prado;
Los ciervos huyen por la azul colina;
Bala el becerro triste en los corrales;
La cabra inquieta por las lomas trisca.

I en medio a tanta animacion i pompa
Se ven del Rio-Claro en las orillas,
En grupos varios, diferentes casas,
De aspecto alegre aparecer distintas.

Rodeadas de madroños i naranjos,
Con sus blancas fachadas se divisan,
Cual la azucena hermosa que se oculta
Entre el follaje de la selva umbría.

Cuando apenas asoma el almo disco
Del sol hermoso tras la cresta andina,
Se ven los habitantes de esos campos
Salir a saludar el nuevo dia.

En grupos varios la pradera invaden,
Todos trayendo diferentes vias,

I a un punto vienen a reunirse alegres,
Cual si tuvieran prefijada cita.

Porque cristianos son los moradores
De aquella amena sin rival campiña;
I hoi es domingo i del vecino pueblo
El cura viene a celebrar la misa.

Con su ropa de lujo se engalanan
Alegres los donceles i las niñas,
I buscan por los prados anhelantes
Las flores de mas brillo i lozania.

De Margarita en los cabellos negros
Dos bellas rosas columpiar se miran;
Cuyo hermoso color parece pálido
Ante el vivo carmin de sus mejillas.

Sobre su traje de lijera gasa
Coloca la graciosa Carolina,
Infinidad de dalias i violetas,
Con rara i admirable simetria.

Es el lujo tan solo con que aumentan
Sus gracias naturales esas niñas:
No hacen falta jamas para su adorno,
Ni perlas, ni topacios ni amatistas.

Cuán hechiceras se presentan todas
Con traje de percal o muselina,
Revelando en su faz que un alma noble
I un inocente corazon abrigan.

Vedlas! Ya corren derramando aromas.
Vertiendo gracias, respirando dicha,
Porque ya en el altar al sacerdote
Desde larga distancia lo divisan.

Portátil el altar se ha levantado,
Nó en rico templo ni oriental capilla,
Sino en el corredor de la mas grande
Casa, que en esa poblacion se mira.

Digitized by Google

Si no hai incienso allí, brotan las flores
Ante el altar sencillo su ambrosía;
Su música le dan aves i fuentes,
I el cielo con su palio los cobija.

I de esas jentes con placer inmenso
El inocente corazon palpita;
I se abre puro el fervoroso lábio,
Al fuego santo de la uncion divina.

Pero es ya fuerza continuar mi historia,
Por recuerdo tan santo interrumpida,
I porque hacer conocer era preciso
El campo donde debo proseguirla.

Ya la inocente numerosa turba
Fué por el cura del lugar bendita
I oyendo está la esplicacion piadosa
De la cristiana i eternal doctrina.

A un árbol apoyado se halla un jóven,
De noble aspecto, de mirada altiva,
I en cuya frente blanca i espaciosa
Un mundo de emociones se adivina.

Escucha atento la leccion del cura,
I en la pasion del Redentor medita,
Cuando llega a su lado cauteloso,
Un hombre de feroz fisonomia.

—Vamos! despierta, santurron, le dice
El nuevo personaje, que en la villa
Se encuentra el enemigo, i por ahora
De nada sirven rezos ni doctrinas.

—No blasfemes, Beltran, responde el jóven;
Respeta más la relijion divina:
'ontempla la virtud que te rodea,
az que tu ardiente corazon la siga.

'o es tiempo ahora de escuchar sermones
'ejas, mi querido Atrida;

Solo vengo a decirte que es preciso
Tener las escopetas prevenidas.

Dentro de poco, por aquestos campos
Verás de *rojos* la feroz pandilla
Profanando talvez nuestros hogares,
Asolando quizá nuestras campiñas.

Resueltos vienen a obligar a todos
Los hombres que hoi en Rio-Claro habitan,
A que las armas sin demora tomen
I su bandera ignominiosa sigan.

I si te corre sangre por las venas,
I si el ultraje de tu honor no olvidas,
Es necesario, amigo, que me ayudes
En la empresa que tengo concebida.

Recuerda que tu padre fué azotado
Por esa jente vil, i que la misma
La causa fué de que sufriera tanto
I sufra aun tu idolatrada Elina.

Sin compasion asesinados fueron
Los dos hermanos de esa casta niña;
I tú si eres verdadero amante,
Vengarla debes o perder la vida.

—Oh! Sí! la vengaré, i en el instante
Vamos, Beltran; mi corazon ansía,
Anchos arroyos de enemiga sangre
Para calmar la sed que lo fatiga.

Yo, al parecer, indiferente estaba,
I ahora mismo al Hacedor pedia
Me iluminara, porque a veces temo
Que esté de mi alma la virtud perdida.

Oye, Beltran: cuando recuerdo a solas
Aquel aciago i tenebroso dia
En que azotaron a mi pobre padre,
Mi sangre hierve i el furor me ajita.

Un hierro siento que tortura mi alma,
Siento en el pecho infinidad de espinas;
Me muerde el corazon una serpiente...
¡I es la venganza que en mi ser se anida!

Tú lo sabes, Beltran; cambié mi nombre
Por el nombre simbólico de Atrida,
Porque anhelo encontrar la nueva Troya
Para vengarme, haciéndola cenizas.

—I yo te ayudaré; porque oye, amigo,
Dijo Beltran: mi corazon latia
En otro tiempo como el tuyo late,
Lleno de juventud, lleno de dicha.

Era virtuoso como tú lo eres,
I honrado como nadie me creia;
Pero al cruzar el látigo mis carnes,
Perdiendo la vergüenza, odié la vida.

¡Ah! desde entonces vivo en los desiertos,
Con afan esperando el fausto dia
Que hoi ha brillado, en cuyo curso deben
Lavarse de mi afrenta las heridas.

Oye Atrida: la jente que se acerca,
Segun informes, viene presidida
Por el infame que mandó azotarme
Hace tres años con crueldad impia.

Tejada está en Caloto, i solo espera
Recibir de nosotros la noticia
Que están en marcha ya los enemigos
I a los montes del Cauca se aproximan.

Pero es preciso entretenerlos antes
Para que él tenga la emboscada lista;
I entonces ¡ai! de los bandidos todos,
Porque ninguno quedará con vida.

Estos labriegos deben ayudarnos:
Desplegándolos todos en guerrilla

Llamarán la atencion mientras que llevo
O llevas a Tejada la noticia.

Escoje sin demora: aqui te quedas
Como jefe cumpliendo esta consigna,
O marchas a Caloto en el instante.
—Me quedo, dijo entusiasmado Atraida.

—Bien, mi querido: apresta tu caballo;
En la casa que sabes, están listas
Veinticinco escopetas: ve a tu jente
I déjate de rezos i doctrinas.

—Oh! marcha sin cuidado, porque juro,
Por el amor que le profeso a Elina,
Por el dolor acerbo de mi padre,
Para vengarlos entregar mi vida.

III.

EL COMBATE.

Ved a Beltran. Lijero como el viento
Volando va por los amenos campos;
I de uno en otro punto, ved a Atrida
Escitando el valor de sus soldados.

Las armas distribuye i los paquetes;
I en rabia i en venganza arrebatado,
Inquieto se le ve tender la vista
Por todas partes con fulgor estraño.

Ajita el alazan i lo revuelve;
Lo hace jirar del uno al otro lado;
Prueba si puede traspasar las ramblas,
I trasponer las cercas i collados.

En tanto los labriegos, lanza en ristre,
O con fusil o carabina al brazo,
Esperan impacientes el momento
Que vibre de la lucha el primer rayo.

Digitized by Google

El sol radiante en el zenit alumbra
Cuando se ve por los lejanos campos
La columna de polvo que levantan
Los fieros enemigos tan deseados.

Del sonoro clarin el eco agudo
Se percibe de pronto en el espacio;
I... "*Ya se acercan*" repitieron todos;
I "*alarma, alarma*" con furor gritaron.

A sus corceles ájiles subieron,
Su puesto cada cual interrogando:
Atrida a la cabeza se coloca
De aquel monton de labradores bravos.

—Seguidme, dijo con terrible acento:
Allí están los temidos incendiarios;
Allí los que profanan nuestras chozas,
De la alma libertad al grito santo.

Ved; son los mismos que en gavilla infame
Azotaban ayer a los caucanos
Por calles i por plazas, sin respeto,
I a la brillante luz del meridiano.

MUERTE I VENGANZA! nuestro lema sea,
I guerra sin cuartel... No hai otro caso;
Que el plomo borre las afrentas todas
Que en nuestras carnes imprimió el *zurriago*.

Dijo i partió sin prevision alguna;
I ramblas i maleza atropellando
Fué hasta ponerse al frente de las tropas,
Que sin temor cruzaban esos campos.

I sus bravos labriegos le siguieron:
Al verlos asomar los veteranos,
Adivinaron su intencion, i al punto
A combatir tambien se prepararon.

Un instante despues, nubes de polvo,
I gritos de furor, i arcabuzazos

Turbaron la quietud de esas campiñas
I los rayos del sol encapotaron.

Sin órden, en confuso remolino
Los campesinos cargan denodados
Contra un famoso batallon, que espera,
Con altivo desden, formado en cuadro,

Todo es inútil: su furor se estrella
Con el valor tambien de los contrarios;
Porque la misma sangre los alienta,
I todos los que lidian son caucanos.

El número tan solo allí decide,
I el número es mayor de veteranos;
Por esta causa los labriegos fueron
Por la tropa enemiga rechazados.

Mas ved a Atrida: combatiendo sigue
Ciego de rabia i con furor insano,
Aunque mira su tropa ya dispersa
I siente que sin fuerza está su brazo.

Vedlo. Ya avanza; su arcabuz dispara
Cerca, mui cerca del temido cuadro:
Rompe las filas; de su lanza fiera
Es cada golpe furibundo rayo.

Nadie creyera del apuesto jóven
Tan sin rival ardor, denuedo tanto,
Cuando delante del altar le vimos
En la pasion del Redentor pensando.

Allá era una alma estática i humilde,
Aquí un guerrero altivo i denodado;
Allá el ferviente relijioso que ora,
Aquí el que anhela reparar su agravio.

Vedlo otra vez... Mas ¡ai! que de repente
El fogoso corcel huye aterrado,
Porque ha sentido en su cerviz el hierro
Que directo venia para su amo.

I en vano Atrida detenerlo intenta,
I por la brida le sujeta en vano;
El lijero alazan huye cobarde,
I vuela ya por los tendidos campos.

Tambien las fuerzas al valiente Atrida
En tan solemne situacion faltaron,
Ai! porque acaba de sentir el pecho
Por enemigo plomo traspasado.

Suelta la rienda, i al mirarse libre,
Aun corre más el volador caballo;
I Atrida siente que la voz le falta
I que la vista se le va nublando.

Llega a la orilla del espeso bosque,
Cuando la noche con su negro manto
Todo lo cubre, i tempestad horrible
Anuncian los relámpagos cercanos.

La lluvia se desata al mismo tiempo
Que penetra a la selva el jóven bravo;
La lluvia que asustaba a aquella niña
Que vimos conversar con el anciano.

I Atrida, sin aliento, ya no puede
La marcha continuar, porque el cansancio
Rindió tambien en la mitad del bosque
El valeroso, volador caballo.

En vano trata de avanzar... No puede;
I al tronco de una ceiba recostado,
Exhala inútilmente sus jemidos,
Que nadie puede por allí escucharlos.

Una luz se divisa allá escondida
En medio de la fronda; i un relámpago
Muestra al herido la infeliz cabaña
Donde viven la niña i el anciano.

I un grito leve proferir pretende,
Pero le es imposible articularlo;

Sus ayes los envuelve la tormenta,
I allí se queda solo i sin amparo.

IV.

EL BOSQUE.

Mirad ahora la mezquina choza
Que al principiar la historia describimos:
Dormida está la niña de que hablamos,
I el anciano tambien está dormido.

Todo es silencio: solamente se oye
Asi de vez en cuando algun suspiro;
El gotear de la lluvia que ha pasado,
De las aves nocturnas el chillido.

Allá entre grupos de plomizas nubes
Muestra la luna su arjentado disco,
I hermoso el firmamento se retrata
Sobre las ondas móviles del rio.

La niña sueña: sus cabellos de ébano
Sobre su frente nítida esparcidos,
Cubren en parte su hechicero rostro,
Bajando por el cuello en suaves rizos.

Inquieta se despierta, i a la frente
Se lleva las dos manos: un jemido
Exhala entre sollozos: es de su alma
Apesarada el tenebroso grito.

Despierta, se incorpora, jira ansiosa
La vista por el lóbrego recinto,
Se palpa, se estremece, i a sus lábios
Asoma melancólico un suspiro.

—¿Es esto un sueño? estremecida dice;
¿O engañosa ficcion de mi delirio?
¿Es realidad lo que me pasa ahora,
I lo que en sueños por mi mal he visto?

Sí! Yo soñaba... En medio de fusiles,
Atrida, te miraba confundido:
El ruido de un combate percibia,
I tu voz resonaba en mis oidos!

Mas nó tu voz amante i cadenciosa
Con que mil veces; tu pasion me has dicho
Sino una voz de trueno, amenazante,
Que al recordarla, tiemblo, Atrida mio.

Qné horrible soledad! ¿En donde me hallo?
Tinieblas!... Sangre!... donde quiera miro;
Mi pecho se comprime, i me parece
Que escucho allá en el bosque algun jemido.

Sí!... sí!... No hai duda!... dolorosas quejas
Alli exhalando están: voi en su ausilio,
Porque es la voz de mi adorado Atrida,
Que en esas quejas de dolor percibo.

Dijo i del lecho levantóse ansiosa,
Teniendo de su pecho los latidos;
I a la selva marchó sin detenerse,
Llamando a su adorado en hondos gritos.

I sigue i sigue delirante i loca
I nada la detiene en su camino:
Las lianas corta que su marcha impiden;
Traspasa a nado el caudaloso rio.

No siente las heridas que en sus plantas
Dejando van los ríjidos espinos,
I rompe los espesos matorrales,
I aparta la maleza con ahinco.

Aquí resbala i cae dentro el fango,
Mas no le importa, porque ya distintos
Escucha cerca de su caro amante
Los tristes melancólicos suspiros.

I sigue sin que nada la detenga,
Ni lianas, fango, ni maleza i rio,

Digitized by Google

Ni el grito de las aves agoreras,
Ni de la astuta víbora el silbido.

Ya llega... ya se acerca... ya los ayes
De su adorado amante ha percibido:
Atrida, grita desolada; Atrida:
I Atrida! el eco retumbante dijo:

Atrida, soi tu enamorada Elina;
Responde por favor, Atrida mio:
Ve que yo muero de pensar tan solo
Que vas a perecer sin mis ausilios.

Jadeante, fatigada, al pié de un árbol
Iba a apoyarse, cuando vió distinto
Un cuerpo ensangrentado, i oyó entonces
Cortado pero real, hondo suspiro.

Estática quedó: fijó los ojos
De ese cadáver en el rostro lívido;
Miró moverse sus marchitos labios,
I oyó que Elina el moribundo dijo.

Voló anhelosa: recostó en su seno
La cabeza febril de su querido,
I uno i mil besos imprimió ardorosos
Sobre su frente con afan prolijo.

En anchas vendas convirtió sus ropas,
I en la ciega ilusion de su delirio
Creyó volver la vida a su adorado
Tan solamente con su aliento tibio.

Atrida abrió los ojos, i sus labios
Temblaron al impulso de un suspiro:
Con ambas manos se oprimió la frente,
Dejando conocer su atroz suplicio.

Dónde me hallo? con acento débil,
El jóven preguntó. ¿Será un delirio
De mi mente febril i acalorada
¿O realidad lo que en mi torno miro?

Sí! sí. No hai duda. En la montaña me hallo,
I estoi para mi mal tambien herido;
I aquí... i en medio de una selva... solo...
Sin padres... sin parientes... sin amigos...

Desdichado de mí! solo me queda
Venganza i rabia i padecer contino,
Sin fuerzas... sin soldados... i ellos vuelven:
Allí en el bosque están todos reunidos.

Oh! Si pudiera levantarme... Entonces
Aun supiera luchar... i esos beduinos
No vertieran mi sangre sin trabajo,
Porque aun mi espada se conserva al cinto.

Mas ya se acercan... En la selva escucho
Del tronante fusil el estampido...
—Vamos a ellos!... Atacad con órden...
Todos a una, compañeros mios.

—Mas ¿quién solloza junto a mí? ¿Qué es esto?
¿Quién repite constante mis suspiros?
—Ah! ¿No conoces la mujer que te ama?
Elina entonces sollozando dijo.

Elina... ¿Es cierto que a mi voz respondes?
¿Sin duda sueño yo?... Tal vez deliro.
Huid, ficciones de mi mente loca,
I no aumenteis, crüeles, mi martirio.

—Atrida, vuelve en tí... Ya puedo hablarte;
Escucha mis sollozos i suspiros;
¿No conoces las manos que te oprimen?
¿No sientes de mi pecho los latidos?...

—Los oigo... i soi feliz... Sobre tu seno
Mi cabeza abrasada ora reclino,
I suaves se resbalan por mi frente
De tus cabellos los flotantes rizos.

¿Pero cómo te encuentras a mi lado?
Oh! dime, por favor, cómo has venido?

—Porque escuché en el bosque tus lamentos
I te miré en mi sueño, amado mio.

—Escucha, Elina... Vete a la cabaña,
Porque pronto vendrán los enemigos;
Que ni inocencia ni virtud respetan
En la senda fatal de sus delitos.

Espérame en la choza, que mui pronto
A tu lado estaré... Ya siento alivio.
—Oh! nunca! nunca! mi querido Atrida:
Vivas o mueras, estaré contigo.

Háblame asi, mi bien, que tus palabras
Son ¡ah! para mis males paliativo;
Tú eres el ánjel que soñó mi mente,
I el faro que me alumbra en mi camino.

Oh! yo te adoro, te idolatro ciego
Con toda la efusion de mi cariño;
La vida no me importa si tú me amas,
I aquí en tu seno moriré tranquilo.

Aun no me perteneces... Yo, insensato,
I como era mi amor tan infinito,
Te arranqué de tu hogar para traerte
I mi esposa llamarte en estos sitios.

Perdóname, mi bien... Pero tu hermano,
Con sus necios i fútiles caprichos,
La causa fué de paso semejante;
Que de este modo hubiese procedido.

Mas tú me amabas i en tus ojos bellos
El fuego del amor miré encendido;
I hoi ante Dios el cura de la aldea
Nuestra unïon hubiera bendecido.

Pero la guerra... la venganza, Elina,
Me cegó cuando ví los forajidos,
Los mismos que azotaron a mi padre
I tus penas causaron, ánjel mio.

Por eso cuando al párroco esperaba
Para que aquí viniera a bendecirnos,
Dejé de ser amante para hacerme
El ánjel de la lucha i del castigo.

—Aleja de tu mente tal recuerdo;
Tus intentos conozco, i yo confio
Que tu esposa seré, porque eres bueno,
I justo i noble, mi valiente amigo.

En este instante el valeroso jóven
Dolor agudo siente: un leve grito
Se escapó de sus labios i su rostro
Amarillento ya, tornóse en lívido.

Elina temblorosa, rompe en llanto,
I ¡ausilio! grita desolada, ¡ausilio!
I es el eco tan solo el que responde,
En las grutas lejanas repetido.

Ferviente eleva los inciertos ojos
I al cielo implora proteccion: Dios mio!
Esclama sollozando; favorécelo,
I mi vida te ofrezco en sacrificio.

En el inmenso azul se dibujaron
Del alba los albores purpurinos;
I de una numerosa cabalgata
Entre la selva percibióse el ruido.

A Elina vuelve la esperanza entonces
I aumenta más sus clamorosos gritos;
Pero de pronto, con terror horrible,
Adivina que son los enemigos

Los que vienen allí: muda se queda;
Mas era tarde ya; que los beduinos
En inmenso tropel se han acercado,
Por las voces de Elina dirijidos.

V.

EL RAPTO I EL CASTIGO.

La escena cambia: los fuljentes rayos
Del sol ahuyentan las espesas sombras;
I el sepulcral silencio de la selva
Se torna en algazara estrepitosa.

—"Por aquí, por aquí, valientes mios,"
Dice con voz desapacible i ronca
Un hombre alto, que parece el jefe
De aquella turba que el infierno brota.

Monta un castaño de abundantes crines,
De cuello erguido i de poblada cola;
Lleva un cuchillo en la derecha mano;
Con él las lianas i malezas corta

Que le impiden el paso i que en la selva
Se estienden como redes caprichosas,
I que abundante lluvia de rocío
Derraman al momento en que las tocan.

Avanza el capitan: su rostro es fiero;
I en el fulgor de su mirada torva
Los sentimientos viles se adivinan
De su mal corazon. Desde la boca

Al izquierdo carrillo está marcado
Por una cicatriz. Sus manos toscas
Indicio son de que a labores rudas
Acostumbrada ha estado su persona.

De repente el caballo se encabrita
I vuelve para atras; i entre la fronda
Ve el capitan un hombre que está herido,
I que una niña junto a él solloza.

A ella se dirije, i con imperio
La manda que se acerque: él se desmonta,

I apartando las ramas que le impiden,
A pasos largos la distancia acorta.

Un espantoso grito, un ¡ai! terrible,
Capaz de conmover las mismas rocas,
Lanzó la pobre niña, entre la selva
Tratando de ocultarse presurosa.

El feroz capitan avanza rápido;
I tomando a la niña de las ropas
La arroja por el suelo. Al ver su rostro
Lanzó una carcajada estrepitosa;

Su mirada brilló de un modo estraño;
Su amarillenta faz tornóse en roja,
I temblaron sus miembros, indicando
Que ëra presa de terrible cólera.

Con acento feroz, el diablo, dijo,
Seguramente me condujo ahora
Para hallarte, malvada, i de tu amante
La sangre derramar gota por gota.

—Hermano, por piedad, salva su vida
I yo mi vida te daré gustosa,
I tu esclava seré. Silencio, infame,
Jamas tu hermano he sido, i si la honra

De mi casa manchaste, mal pudiera
Tener al seductor misericordia;
Ayer lo conocí, cuando atrevido
Atacó de repente nuestra tropa:

Hoi, por vengarme, lo buscaba ansioso;
I mi placer se multiplica ahora,
Pues contigo i con él aquí me encuentro,
Sin que ni Dios, ni el diablo los socorra.

—Ramon, hermano mio: haz lo que quieras
De tu hermana infeliz; pero perdona
A quien la vida te salvó dos veces
Luchando con valor.—I qué me importan

Los servicios que dices? Ellos eran
El cebo que me puso, cuando hipócrita,
De acuerdo ya contigo, se propuso
Mi casa profanár. I tal deshonra

Con sangre lavaré. Si él no la tiene,
La tuya me darás, mujer diabólica;
Dijo, i del cinto amartillada saca
I pronta a disparar una pistola.

A la cabeza del valiente Atrida
Ramon dirije el arma matadora,
Pero Elina comprende sus intentos
I al hermano se avanza, ciega i loca;

Del brazo se le cuelga. El tiro sale,
Pero desviado ya. Contra una roca
La bala se aplastó, i el estallido
Tronante repitió la selva toda.

Ciego de rabia i con furor creciente,
El hermano crüel a Elina torna;
I asiéndola del cuello la arrodilla
I un agudo puñal del cinto toma.

A herirla va sin compasion alguna;
Mas de repente, de la espesa fronda
Un hombre sale que a Ramon ataca
I le quita el puñal i lo acogota.

Ese hombre es don Simon, que al despertarse,
La ausencia de la niña al punto nota,
I en la selva se interna dando voces,
Creyéndola estraviada a tales horas.

Cuando escuchó los gritos de la turba
I de las lanzas vió las banderolas,
Ninguna duda le quedó que era
Una partida de enemiga tropa.

Dudando estaba en continuar; mas oye
Las voces que da Elina, aterradoras,

Digitized by Google

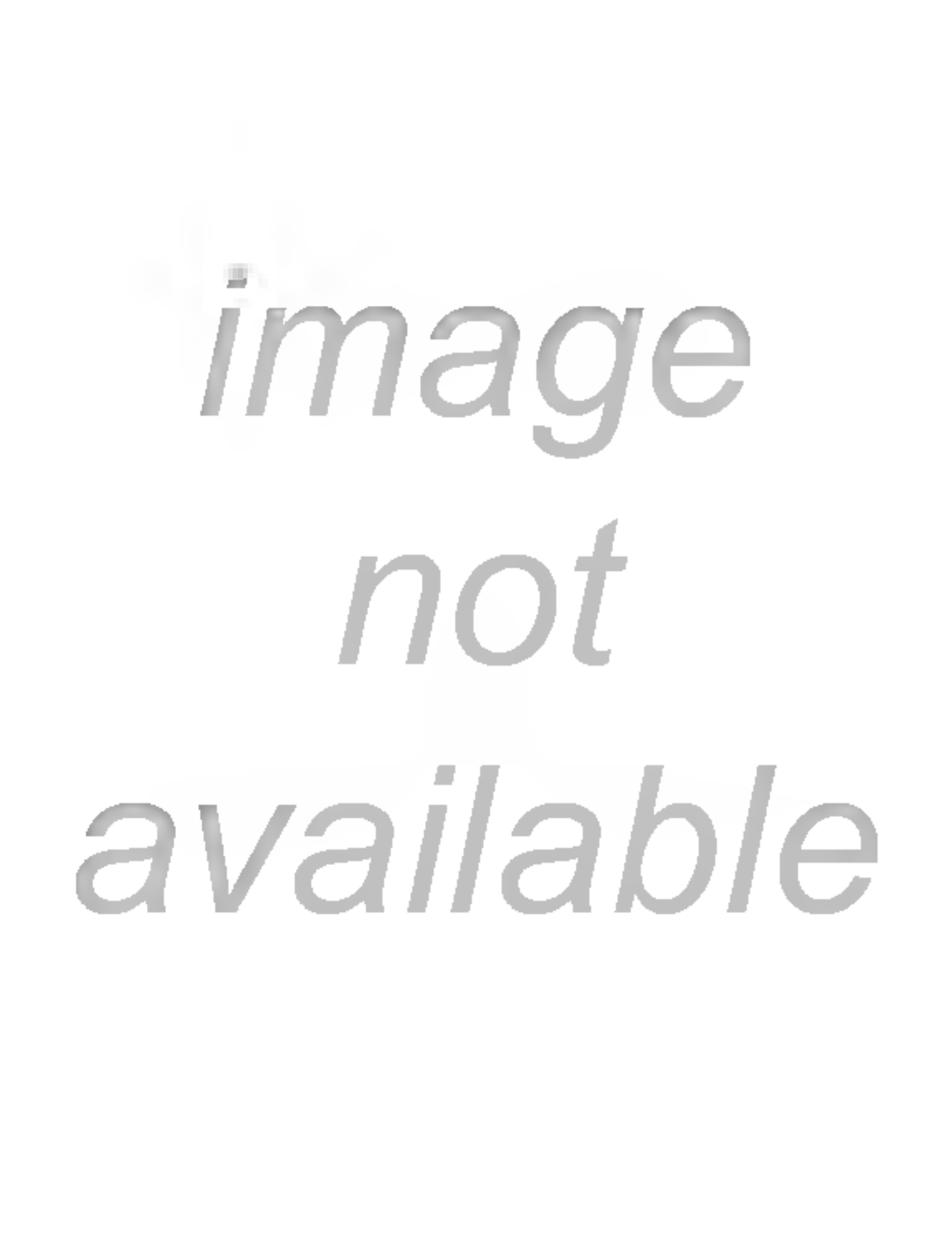


image
not
available

Del arma vil en su cabeza mira
Ya suspendida la acerada hoja;
Herido ya se crée, cuando de pronto
Una descarga se oye estrepitosa.

I muchas balas por los aires zumban,
Dejando surcos en las verdes combas
De los añosos robles, i cubriendo
Un largo trecho de arrancadas hojas.

Una viene directa i despedaza
La mano de Ramon; i en sangre roja
Baña la faz del venerable anciano,
Que de la herida a borbones brota.

—Lléveme el diablo! con acento ronco,
Esclama el capitan, i ve sus tropas
Que en vano tratan de fugar. Cerradas
Están las sendas i avenidas todas.

A Elina busca en tan solemne instante
Para que ella le ampare i le socorra,
Mas no la encuentra allí, i a sus secuaces
Pregúntales por ella con voz ronca.

—El sarjento Vidal cargó con ella,
Dijo un bandido de facciones toscas;
I a la fecha es seguro que rodando
Vaya del Cauca por las turbias ondas.

Ramon la infamia comprendió al instante,
I ya sin esperanza, ciego toma
Una angosta avenida, por dó juzga
Que escaparse podrá, si acaso logra

Llegar a las orillas de Rio-Claro
I tomar con presteza una canoa.
Al principio consigue que su marcha
No la perciban las contrarias tropas;

Ya divisa las márjenes del rio,
I al sarjento lo ve cuando coloca,

En un pequeño esquife, desmayada,
A su hermana infeliz. Sobre las ondas

Lijero se desliza el barquichuelo;
Ramon en vano proteccion implora
Del sarjento crüel, que aun más empuja
Sobre las turbias aguas la canoa.

Supone que Ramon a perseguirle
Va, i a quitarle la preciada joya
Que acaba de robar i por quien, ciego,
Vidal desprecia títulos i gloria.

Duda Ramon en arrojarse al agua,
Porque la herida de la mano es honda:
Los fieros enemigos se aproximan,
I rendicion le intiman sin demora.

Como veinte jinetes se le acercan
Mandados por Beltran, i le aprisionan,
I donde Atrida i don Simon lo traen
Para darle castigo.—Ve tus obras

Dice airado Beltran. Tú eres la causa
De esta escena crüel i aterradora:
Contempla a don Simon, que herido se halla:
I el valeroso jóven, que su esposa

Iba a hacer de tu hermana. Si no muere
De la herida fatal, sí de congoja
Morirá cuando sepa que un bandido
Por tí robóle su adorada novia.

Mira el cuadro espantoso que has formado,
I en el instante tu perdon implora
Del que todo lo puede, porque al punto
A terminar yo voi tu misma obra.

Dijo, i del arzon de su montura,
De pellejo de res, sacó una *soga;*
I en el momento con destreza suma
De Ramon en el cuello la coloca.

A la punta contraria ata una piedra,
I de un madroño a la elevada copa
La tira con cuidado, porque quede
Pendiente de la rama mas frondosa.

Ramon temblando a suplicar empieza
I a rogar i a pedir misericordia;
Pero estrecha la cuerda su garganta
I mueren las palabras en su boca.

Colgando queda el cuerpo del malvado
I sus secuaces compasion imploran,
Porque temen correr la misma suerte
I ya se consideran en la horca.

En tanto don Simon, ensangrentado,
Se älza, i con mirada aterradora
El cuerpo ve del infeliz bandido
Que ya sin vida por el aire flota.

—Mirad el fruto, suspirando dijo,
De la guerra civil. Allí una horca,
Que aunque es del crímen el castigo justo,
A juez i ejecutor mucho deshonra.

Sangre de laboriosos ciudadanos
Tiñe del prado la mullida alfombra;
Ella es el jérmen de venganzas viles
I de futuras bárbaras discordias.

Ayer los liberales azotaban:
Hoi sus contrarios sin piedad ahorcan:
Mañana nuestra patria será teatro
De crímenes sin fin. Esta es la historia

Que escribiéndose está. Hoi triunfan unas,
Mañana triunfan las contrarias tropas;
I a la venganza vil en sacrificio,
Su corazon i su deber inmolan.

I la Nueva Granada, que fué parte
De la gloriosa, sin rival Colombia,

Al abismo fatal de la anarquia
Sus mismos hijos sin piedad la arrojan.

Dijo, i cayó! De la profunda herida
Echando a borbotones sangre roja,
La muerte con su velo amarillento
De repente envolvió su faz rugosa.

Quedó la selva en sepulcral silencio:
Todas, amigas i enemigas tropas,
Alzaron a los cielos sus plegarias
Por el buen don Simon, i con devota

I doliente actitud lo levantaron
Del lago de su sangre jenerosa:
Lo llevaron despues a la cercana
Villa de Jamundí. Fué la parroquia

Donde vió don Simon la luz primera
I do pasó de su existencia toda,
Rodeado de sus hijos i sus nietos,
Las mas felices i apacibles horas.

Beltran, cuando el cadáver del anciano
Los otros recojian, con ansiosa,
Fraternal amistad, al buen Atrida
Prestóle ayuda jenerosa i pronta.

La herida examinó: vió que era leve,
I al médico mejor de la parroquia
Trajo en seguida, con ardiente anhelo,
De la montaña a la mezuqina choza.

Cuando en estado de escucharle estuvo,
A Atrida refirió toda la historia,
De áquel aciago y memorable dia
En que perdió a su padre i a su novia.

Contóle cómo en "San Julian," Tejada
Puso a los enemigos en derrota,
Con un monton de caloteños bravos
Que a prevision en la montaña embosca.

Refirióle tambien que en el instante
De decidirse la feliz victoria,
Su funesto rechazo le contaron
I de esa tarde la ocurrencia toda;

Que al instante por eso habia partido
Para buscarlo entre la selva umbrosa,
Pero tarde llegó, pues el sarjento
Habia robado a su infelice novia;

I el noble don Simon, por estar junto
Al fiero capitan, fué la espiatoria
Víctima en el altar del sacrificio,
Derramando su sangre jenerosa.

VI.

EL SOCORRO INESPERADO.

Sigamos hora a la infeliz Elina,
Anjel de paz, de amor i de ternura,
A quien en manos del sarjento infame
La miramos salir de entre la turba.

Cuando fué colocada en la canoa
I del Cauca sintió las brisas puras,
Volvió de su desmayo. Que aun es presa
De un sueño horrible, con asombro juzga.

El sarjento la ve, i una sonrisa
En sus morados labios se dibuja,
Terrible como el brillo del relámpago
Que desastrosa tempestad augura.

Elina se estremece i al sarjento
Con tembloroso acento le pregunta
Qué es lo que pasa. Este le refiere
De todo el drama la verdad desnuda.

—¿I qué quieres de mí, sarjento infame?
¿Por qué contigo estoi? La faz adusta

Del malvado Vidal tiñóse entonces
Con el color de la encendida púrpura.

—Tu amor, le respondió, mujer divina;
Pues ciego te idolatro i con locura,
Desde el dia en que vi tu rostro bello
I ese mirar que como el sol alumbra.

Esto le dijo, i abrazarla intenta:
Mas ella se incorpora: i «nunca, nunca»
Responde con valor: antes la muerte
Venga mil veces i me preste ayuda.

I ciega, sin prever el resultado,
Al agua se arrojó. Las ondas surca
Con lijereza estraña, i con denuedo
Una salida en sus afanes busca.

Pero Vidal la sigue presuroso
I va a tomarla ya sin duda alguna,
Cuando una voz, de la cercana orilla:
—«Detente, dice, o con la sangre tuya

El Cauca teñirás.'' Vidal furioso
La vista torna donde tal escucha;
I a un jóven ve que con certero pulso
Al centro mismo de su cuerpo apunta.

Su situacion comprende, i al instante
Con doble fuerza la barquilla empuja,
I huye veloz por las tranquilas ondas,
Dejando surcos de arjentada espuma.

El jóven valeroso en el momento
A las aguas se lanza, i con premura
A la infeliz Elina favorece
En ese instante de mortal angustia.

Ya libres en la orilla, reconoce
El jóven a la niña, porque muchas
Veces en Cali su hechicero rostro
Habia observado con delicia suma.

A Atrida conocia, i no ignoraba
De su pasion las relaciones mútuas
Con la jóven hermosa a quien hoi presta
Ausilio en ocasion tan oportuna.

Tambien Elina reconoce al jóven,
Porque visita a la familia suya:
Federico le llama, i le da gracias;
Con infinita i celestial ternura.

Entonces Federico la alza en brazos
I la lleva a una choza, do se oculta
Desde que a Cali vino la noticia
Que al fin en Bogotá la dictadura,

Proclamádose habia, i que la guerra
El Cauca iba a declarar sin duda.
A Elina le ofreció que con la noche
A la ciudad irán por senda oculta.

Cuatro horas despues, ya cabalgaban
De Cali por las fértiles llanuras
I contemplaban la ciudad hermosa
Al blanco rayo de la opaca luna.

La ven que se reclina muellemente,
Como oriental, mirífica hermosura,
Sobre lecho de palmas i de flores,
A quien las auras sin cesar adular.

Sus colinas amenas i apacibles
En todos sus contornos se dibujan
Como un manto de seda, que las flores
Con su esencia magnífica perfuman.

Los madroños i nardos i naranjos,
En un feston de májica verdura,
Envuelven a la altiva soberana
Del valle encantador que el Cauca adula.

Perlas le brinda el caudaloso rio,
Que destacado de suprema altura,
Aun su carrera contener no puede,
Cuando impetuoso la ciudad saluda.

Elina i Federico contemplaban,
Embriagados de plácida ventura,
El panorama espléndido que ofrecen
De Cali todas las bellezas juntas.

A la ciudad penetran silenciosos,
I Elina a Federico le consulta
A dónde debe ir, porque en su casa
Prevenidos están en contra suya.

—Elina, bien sabeis; mi casa es vuestra;
Mi familia tambien; estad segura
Que feliz vivireis entre nosotros,
En tanto a Atrida i don Simon se buscan.

Mis padres os conocen, i no dudo
Que su amor os darán i su ternura.
Mi madre, sobre todo, porque es buena
I noble i compasiva cual ninguna

I a mí me quiere, con amor tan grande,
Como nadie en el mundo ha amado nunca
I mis buenas acciones recompensa
Con cariñosa i plácida dulzura.

Hoi va a ponerse de contento loca,
I a darme pruebas de su afecto muchas,
Cuando la cuente que os salvé la vida,
I os mire asi tan candorosa i pura.

Atiende Elina oferta tan galante,
I aunque se queda pensativa i muda,
A Federico muestra en sus miradas
La inmensa gratitud que su alma oculta.

A la casa llegaron, i al instante
Se fué de Atrida Federico en busca,

I a la noche siguiente volvió alegre
Trayendo a la ciudad noticias suyas.

VII.

PALMIRA.

Tres meses han pasado: el Cauca ha sido
Teatro espantoso de sucesos crueles
I el suelo de la patria se ha empapado
Con sangre de sus hijos inocentes.

En Popayan, en Cali, en Arroyondo
I en muchas partes, repetidas veces,
Hermanos con hermanos se han batido
Como tigres mas bien que como jente.

De don Simon la horrible profecía
Se ha realizado ya, i aun sigue i crece
De venganza la sed no satisfecha
Por esos hidrofóbicos lebreles.

Tambien Beltran, que a su valiente Atrida
Ya libre por milagro de la muerte
Lo vió poco despues, ha dado rienda
De su venganza a los escesos crueles.

Los dos en Cali con valor lidiaron;
Atrida sobre todo, que acomete
Los muros con ardor, porque su amada
Alli se encuentra; i su pasion ferviente

Quiere mostrarle, pues su amante pecho
Por ella vive palpitando siempre.
En el primer combate apenas pudo
Llegar a sus ventanas i ofrecerle

De nuevo su pasion i su ternura,
I decirle ardoroso que en su mente
Grabada, como siempre, viviria
Su faz con caractéres indelebles.

Fué récia la batalla, i por las calles
Sangre caucana se vertió a torrentes,
A cuyo riego, de la vil discordia
El árbol fiero se levanta i crece.

Las tropas con que Atrida combatia
Batidas fueron las primeras veces;
Pero ausilios viniéronle a Tejada,
I logra al fin que Cali se le entregue.

Atrida vuela donde estaba Elina,
Mas ya su amada se encontraba ausente,
Que huyendo de la guerra, fué a Palmira
Con la familia que le diera albergue.

Acaba el mes de agosto, i en un punto
Junta se halla la dispersa jente
Del bando derrotado, i aun espera,
Si no vencer, al menos sostenerse.

Aguardan obtener noticias ciertas
De Melo el dictador, a quien dementes
Lo juzgan vencedor, porque un ejército
Mui aguerrido i numeroso tiene.

Tejada va sobre ellos, porque sabe
Que de su bando la victoria pende
En no dejar que aquellos se reunan
I ni un contrario con las armas quede.

El punto de reunion Palmira ha sido
De unos cuantos infantes i jinetes,
Que en número a lo mas de cuatrocientos
Aun, temerarios, sostenerse quieren.

Organiza Tejada sus ejércitos
I va sobre esas tropas dilijente;
Sin intimarles rendicion siquiera,
Con bárbara crueldad las acomete.

Espantosa i crüel carniceria,
Mejor que lucha nominarse puede,

Aquel encuentro que baldon infame
Es del partido que luchó valiente

En Cali, en San Julian, en los Ejidos,
I en combates sin fin, bastante célebres,
Por el noble valor con que lucharon,
Sin nunca derramar sangre inocente.

Pero en Palmira se olvidaron ciegos
Del valor que a los hombres engrandece;
I en chacales furiosos convertidos,
Mancharon su pendon i sus laureles.

Alli Beltran al Dios de la venganza
Invocó en su interior seguramente,
Porque a ninguno perdonó rendido,
I sangre hermana derramó a torrentes.

Atrida i Federico, siempre nobles
Se portaron allí; mas, de repente,
Al sarjento Vidal a ver alcanzan,
I la sangre de Atrida se enardece.

Sobre el infame arrójase furioso
I a darle se prepara pronta muerte,
Cuando una voz encantadora grita:
—Atrida, Atrida, por piedad, detente,

I no manches en sangre corrompida
Tus manos jenerosas e inocentes!...
Atrida queda absorto, que el acento
De Elina conoció. A ella se vuelve,

I loco de placer i enajenado,
Sus manos toma con afan creciente,
I pruebas de pasion i de ternura
El bravo jóven de su amada obtiene.

Entretenido en tan supremo goce,
No repara en Vidal, ni ve que éste
Una pistola saca amartillada
I apuntándole está certeramente.

Pero el fiero Beltran, que en ese instante
Del mismo centro del combate viene,
Repara en la actitud del vil sarjento
I su intencion diabólica comprende.

I de larga distancia, como flecha,
La lanza arroja, i al bandido hiere
En mitad de la espalda. En negra sangre
Bañado cae el asesino aleve.

Atrida vuelve i a Beltran contempla:
Un jenio del averno le parece;
Rojos están sus brazos i su rostro;
Tintos en sangre los vestidos tiene.

—Ya están borradas mis afrentas, dice:
Por cada azote les cobré una muerte,
I ni uno solo quedará con vida
De los que ayer nos ultrajaban crueles.

—Te equivocas, Beltran, responde Atrida:
Con sangre nunca redimirse puede
El honor mancillado, i al contrario,
Aumenta el deshonor del que la vierte.

Yo nunca más en fratricida guerra
Las armas tomaré: Beltran, si quieres,
Haz tú lo mismo i en tu noble pecho
A dar a la virtud cabida vuelve.

Ven a buscar tus campos, tus amigos;
Ven de tus padres al modesto albergue;
Yo con mi Elina viviré tranquilo
Gozando sus caricias inocentes.

—Pero es con una condicion.—La acepto.
—Que antes marchar a Bogotá me dejes,
Donde ofrezco luchar, nó cual bandido,
Sino cual lucha el adalid valiente.

—I yo tambien, añade Federico,
La libertad me tomo de ofrecerte

Mi sincera amistad, si acaso cumples
Lo que en tan rara situacion prometes.

I los nobles amigos se estrecharon
Las manos con ardor. En occidente
Hundió su disco el sol. La noche densa
Aquellos campos envolvió, de muerte.

VIII.

CONCLUSION.

Es el mes de diciembre: las campiñas
Cubiertas se hallan de fragantes flores;
El sol asoma refuljente i claro
Tras de la cumbre de los altos montes.

Del bello Rio Claro en las orillas
Vagan en confusion los labradores,
I vese a las hermosas campesinas
Por las praderas corretear veloces.

Al naranjo le quitan sus azahares;
Dalias, violetas i azucenas cojen,
I con ellas sus frentes engalanan,
I repiten alegres sus canciones.

Un instante despues por la llanura
Cruzan, mostrando el infinito goce
Que sienten, porque van a la gran fiesta
Que en Jamundí se les prepara entonces.

Montados en magníficos corceles
Los llanos atraviesan dando voces:
—¡*Vivan los novios!* entusiastan gritan:
Que duren su ventura i sus amores!

Llegan al pueblo; ven que en la capilla
Espera con afan el sacerdote,
I Federico i su virtuosa madre,
Que los padrinos son. Sus oraciones,

Alzan al cielo los fervientes labios
De aquellos candorosos labradores,
I para Elina i para Atrida piden
Del Supremo Hacedor las bendiciones.

El sacerdote que los une dice,
Dándole a Atrida el verdadero nombre:
—¿Quereis, Eduardo Vélez, por esposa,
A Elina Salazar?—*Sí*, le responde

Atrida, demostrando en su semblante
Todo el afecto que su pecho esconde;
I *sí* tambien la anjelical Elina
Respondió con placer.—Que galardone

Vuestro sublime amor el Dios clemente,
Dijo con humildad el sacerdote;
En su nombre os bendigo; sed felices,
I nunca la virtud os abandone.

Salieron de la iglesia, i a los novios
Se hicieron entusiastas ovaciones,
I en medio de la fiesta interrumpidos
De pronto fueron por estrañas voces.

"¡Viva el gobierno!" locos de alegria,
Gritaban con ardor. "Los dictadores,
El 4 de diciembre, derrotados
Han sido en Bogotá. Sus batallones,

Sus armas, su menaje: todo, todo,
Está en nuestro poder. Alzad loores
A los valientes que luchar supieron
Defendiendo a su patria como nobles."

—¿Quién la noticia trajo? dice Atrida.
I llegando Beltran, yo, le responde:
Yo que lidié tambien i fuí testigo
De esa batalla de inmortal renombre.

Del valiente Arboleda luché al lado:
El decirte podrá cuál fué mi porte:

Digitized by Google

Ora vengo a cumplirte mi palabra
I a Dios a suplicar que me perdone

Mis pasados delitos. Hoi te juro
Que nunca alentaré revoluciones
Que acaban al pais, i en un abismo
De crímenes lo arrojan i de horrores.

—Bravo! Beltran, i juntos viviremos,
Entregados del campo a las labores:
En el trabajo se hallan, no lo dudes,
El título mejor i los blasones.

En brazos uno de otro se arrojaron,
I en ese instante de supremo goce
Beltran sintió que en su alma renacian
Los apagados sentimientos nobles.

Por el amor i la amistad salieron
Del abismo del mal dos corazones;
Debe al amor su redencion Atrida;
Beltran el bien por la amistad conoce.

Un nuevo nudo la amistad recibe
I la virtud le presta sus fulgores;
Sobre el amor, en tan solemne instante,
El cielo derramó sus bendiciones.

A LA ORILLA DEL MAR.

(EN EL CUMPLE-AÑOS DE MI MADRE.)

Soberbias ondas que venis rujiendo
Por huracan violento arrebatadas:
¡Decidme si tocásteis, por ventura,
En las risueñas costas de mi patria!

¡Decidme si las flores i las hojas
Que visten sus altísimas montañas,
Vinieron a morir en vuestro seno,
Del árbol por el céfiro arrancadas!

¡Decidme si escuchásteis a lo lejos....
Allá.... tras de las cimas soberanas,
De mi padre querido los lamentos,
De mi adorada madre las plegarias!

Ai! Ellos siempre con fervor al cielo
Sus oraciones plácidas levantan;
I debísteis oirlos si pasásteis
Por las risueñas costas de Granada!

I debísteis gozar con el gorjeo
Con la sabrosa, picaresca charla,
Que entablan en la selva las mil aves
Que pueblan sus vastísimas comarcas.

I quizas escuchásteis el murmurio
Que forman las magníficas cascadas
Que se desprenden de los altos montes
I que en menudas perlas se desgranan.

I a vosotras llegó la voz tronante
Con que iracundos los volcanes braman,
I el eco atronador de los torrentes,
I el ronco son del caudaloso Cauca,

Del Cauca, a cuyas márjenes, risueña
I hermosa más que la oriental sultana,
Ostenta Cali, mi ciudad nativa,
Sus mas brillantes, primorosas galas.

Ella se duerme al amoroso beso
Que le dan al pasar, ledas, las auras,
Como se aduerme el niño en el regazo
De la madre que vela por su infancia.

Las altas palmas que en sus patios crecen
Sombra le prestan apacible i grata,
I la cobija con su verde manto,
Blanda i jentil la trepadora parcha.

Las colinas i lomas que la cercan,
Del cierzo helado con afan la guardan;
I tus vientos, oh mar! solo a ella llegan
Cuando trasponen sus montañas altas.

Ondas, venid! Con nítidos encajes
Engalanad la playa hospitalaria
Donde puse la planta del proscrito
I la amistad me recibió entre palmas!

Oh! si pudiera yo, como vosotras,
Ir de las unas a las otras playas,
Viajando viviria eternamente
De mi primera a mi segunda patria.

Porque a la hermosa, la gallarda Lima
Tanto la quiero como quiero al Cauca:
Allá mi madre está, i aquí los suaves
Lazos de flores que aprisionan mi alma.

Allá los campos de esmeralda i rosa
Donde fugaz se deslizó mi infancia;
I la ciudad aquí donde festiva
Pasando va mi juventud lozana.

De allá conservo un mundo de recuerdos,
I aquí un tesoro tengo de esperanzas:

Dí en esos campos mis primeros pasos;
Aquí hoi he visto mis primeras canas.

Ondas, volved! Con nítidos encajes
Vestid de lujo mis nativas playas:
Llevad con vuestras brisas mis suspiros;
En vuestro seno conducid mis lágrimas.

I si acaso escuchais dulces acentos
Que vienen de los montes de mi patria,
Sabed que son los ecos de la fiesta
Con que hoi celebran a mi madre amada:

Hoi ha lucido el sol de su cumple-años,
I mis hermanas estarán de gala;
I llorará mi madre, pues no ha visto
Las violetas que yo le regalaba.

Pero enviadle a decir con vuestros vientos,
Que aquí en mi corazon está grabada;
Que un momento siquiera no la olvido,
Que ella es mi amor, mi luz i mi esperanza....

.....

Ondas, adios!.... Volad a mis orillas;
Presto partid, pero volved mañana:
Traedme de mi madre algun recuerdo:
Llevadle en cambio la mitad de mi alma!

VIENDOLA TRISTE.

A.....

¿Por qué la frente inclinas i los ojos
Bajas al suelo llena de tristeza?
¿Por qué a perderse la frescura empieza
I el suave tinte de tus lábios rojos?

¿Quién ha causado, oh niña, esos enojos,
Enojos que marchitan tu belleza?
¿Dónde la gracia está, dó la agudeza
Que a tantos hizo prosternar de hinojos?

Yo soi feliz.... i a mi alma la alegria
Envuelve siempre con su rico manto;
Mas si pudiera ahorrarte un solo dia

De esa pena tenaz i ese quebranto,
Sin dudarlo un momento, amiga mia,
Yo cambiara mi dicha por tu llanto.

LA PALOMA.

A.

Paloma encantadora
Que vienes a alegrar
Con tus divinos cantos
Mi triste soledad;
Si acaso tu alma herida
Por el dolor está,
Deten tu raudo vuelo
I vente con mi amor a consolar.

E.

Paloma casta i pura:
Tu carrera detén,
Enséñame tu idioma,
Que a amar te enseñaré:
No sigas adelante;
Ven a mi pecho, ven,
En él tu nido forma;
Mucha ternura encontrarás en él.

I.

Paloma dulce i tierna:
Declárame por fin
Si acaso tú me quieres
Como te quiero a tí,
I entonces venturoso
Veré las horas ir,
Esclavo tuyo siendo
I siendo tú, mi bien, mi serafin

O.

Paloma misteriosa,
Mi solo i puro amor:
Declara si me quieres
Como te quiero yo:
No sigas adelante,
No busques el dolor,
Que un mundo de ternura
Te dará mi ferviente corazon.

U.

Estrella que a los cielos
Alumbras con tu luz,
I brillas refuljente
En el espacio azul;
Alumbren mi camino
Tu amor i tu virtud,
I al mundo repitamos:
Que yo tu esclavo soi, mi reina tú.

Digitized by Google

MI SEMEJANTE.

Surqué las ondas de la mar bravía,
Dejé las playas de mi patria hermosa,
I en otros cielos de carmin i rosa
Deje volar mi ardiente fantasía.

Busqué do quiera a semejanza mia
Una mujer amante i cariñosa
Que fuera de mi hogar la altiva Diosa,
La aurora de mi tierna poesía.

En el mundo rodé como una bola,
Por turba de pilluelos empujada,
Que sube al techo i vuelve al pavimento.....

I fuí dichoso al fin, porque Bartola,
Tuerta, gotosa, sucia i desdentada,
En el mar me arrojó del casamiento.

EN SANTIAGO DE CHILE.

Estos los valles son, los verdes valles
De la jentil república chilena:
Ya con el alma de entusiasmo llena,
Miro, "Santiago," tus hermosas calles.

Es justo, corazon, que asi batalles
Al ver allí fantástica sirena,
I aun otra mas allá.... i una centena
De ninfas bellas de flexibles talles.

Sí; ya me queman los ardientes ojos
De todas las hermosas de esta tierra.
Ya siento el corazon de dicha lleno,

I a Dios alabo, a su bondad, de hinojos
Cuando me dice la esperiencia perra,
"Que aquí soi gallo de corral ajeno."

MI AMBICION.

(A E.)

¡Oh! si pudiera ¡loca fantasia!
Volar a donde vos mi voluntad;
El mundo estrecho para mí seria,
I una cárcel de fierro encontraria
En la soñada humana libertad.

Para saciar no mas una por una
Las miras de mi elástica ambicion,
Hubiera puesto Dios cerca a mi cuna,
De Creso la fantástica fortuna,
Los lauros de Alejandro i Napoleon.

¡Ai! cuando triste el cántico primero
Mi lira temblorosa moduló,
Anheló mi ambicion (yo soi sincero)
Que de su sueño despertara Homero
I se quedará estático Boileau.

Sí; desde niño mi ambicion fué grande...
El mundo por imperio ambicioné;
Hoi al decirlo el corazon se espande:
Quise tener por pedestal el Ande,
Por solio el cielo, el mar bajo mi pié.

¡Ai!... i hoi no tengo pretension ninguna;
Ya se acabó mi juvenil ardor...
I si gracias me diera la fortuna,
Las pusiera a tus piés una por una,
Pues mi sola ambicion hoi es tu amor.

NI ESPERANZA NI ILUSION.

Para pasar la vida
Quisiera inventar yo
Un nuevo sentimiento,
Algun placer mejor;
Estamos tan gastados
Los jóvenes de hoi,
Que a los veinte cumplidos
Ya el ánjel del dolor
Nos envenena el alma
Nos mata el corazon;
Las esperanzas huyen,
Pero en tropel veloz,
I sin nacer siquiera
Ya muere la ilusion;
Por eso no cantamos
Los jóvenes de hoi,
Sino los desencantos
En materia de amor.

Si hablamos con franqueza,
El pequeñuelo *dios*
Ni siquiera una flecha,
Ni un dardo punzador,
Ha gastado en los nenes
Que asi lloramos hoi
La perdida esperanza,
La ahuyentada ilusion.

Buscamos en el campo
Alguna distraccion,
I nos parece tonto
El ver salir el sol
Entre brocados de oro,

I gases de vapor,
I festones, i cintas
De fúljido arrebol.
La rauda fuentecilla
Que desciende veloz
Por los alegres prados
Con ruido encantador,
Apenas nos merece
El que digamos: ¡Oh!
Qué monótono es esto,
Qué ruido tan atroz!
I las parleras aves
Que entonan su cancion,
Aun mas i mas aumentan
Nuestro eterno dolor.

I asi en ninguna parte
Los jóvenes de hoi,
Ni la esperanza vemos
Ni hallamos la ilusion.

RECUERDOS.

(LA CAMPIÑA.)

El variado arrebol del sol poniente
Tiñe de grana los azules montes
I viste las lijeras nubecillas
Con trajes de magníficos colores.

Por el estenso valle se divisan
Partidas de vaqueros i de peones
Alegres dirijirse a sus cabañas
Porque ya terminaron sus labores.

Hácia la casa grande de la hacienda
Los mayordomos van i los patrones
Hablando de la siembra de ese dia
I del *derribo* último del bosque.

Por la vasta estension de la llanura
Ariscos potros sin descanso corren!
I desciende el ganado de los cerros
Al escuchar la voz de los pastores.

I todo es vida, en el supremo instante
En que se oculta el sol tras de los montes:
Alzan las fuentes su mejor murmullo,
I su canto mejor los ruiseñores.

I los torrentes que en cordon de espuma
Salen al prado del oscuro bosque,
Descansan de rujir i en dulce acento
Dicen su amor a las nacientes flores.

Todo es hermoso, i pintoresco, i grande,
Lo que la vista en la estension recoje,
Desde el diáfano azul del firmamento,
Hasta el insecto que la flor esconde.

Porque esos prados i esa azul montaña,
I aquellos infinitos horizontes,
I las fuentes parleras, i los campos
Do la belleza prodigó sus dones,

Son del valle del Cauca, de ese valle
Do todo es luz, i animacion, i amores,
Donde tiene su imperio la hermosura,
I es su vasallo principal el *hombre*.

A LA BELLA ARTISTA.

DRUSSILLA FIORIO.

EN SU ÁLBUM.

I.

En los valles de Italia, donde anidan
Las mas canoras aves;
Donde las brisas al amor convidan
Con sus aromas suaves;
Donde las nubes, como inmenso velo,
De colores variadas
Dejando van en el azul del cielo
Sus huellas matizadas;
Donde es inmenso i vasto el horizonte,
I cuando el sol asoma,
Al canto del jilguero, allá en el monte
Responde la paloma;
En ese Eden encantador i vário,
Bajo sotos de rosas,
Dejaste oir tus notas melodiosas
Lindísimo canario.
Allí escuchando el susurrar del viento
O el eco de los mares,
Supistes escojer para tu acento
Los mejores cantares.

II.

I pues si al mundo viniste
En alas de la armonia,
I encontró la poesia
Morada en tu corazon,
Puedes con tu dulce acento

Dar fuego i vida a las notas,
Si de tu espíritu brotas
La ternura i la pasion.

Nunca puede ser artista
El que en su pecho no siente
Ese fuego omnipotente
Que se llama inspiracion.
Tú eres bella i hai en tu alma
Tesoros de sentimiento,
I es tu magnífico acento
De tu sentir la espresion.

Siempre han cantado lo mismo
Las cascadas i los mares,
Prodigando sus cantares
Al compas del aquilon;
Pero el canto que se graba
En los lábios de una hermosa,
Tiene la voz misteriosa
De las vírjenes de Sion.

Fuego hai en tu alma Drussilla
I en tu corazon ternura;
Haí en tu faz hermosura,
Tienes del jénio la uncion,
Porque vinistes al mundo
Para interpretar nacida,
Cuanto sublime se anida
En un noble corazon.

SINITE PARVULOS VENIRE AD ME.

Jesus (1).

Dejad los niños que risueños siempre,
Se lleguen donde mi;
Dejadlos que me halaguen con sus besos,
Que sus caricias me hagan sonreir.

Si pudiera volver a aquellos tiempos
De inocencia i candor,
En que hacia el Astete i la cartilla
De amargura llorar mi corazon!

Ai! si de nuevo me encontrara, en medio
De los niños que ví
Cuando me daba azotes la maestra
Porque ignoraba el crímen de Cain.

Ai! si volviera a sollozar ansioso
Porque un niño crüel,
De los bolsillos me sacó el muñeco,
Que por un cuarto en el jardin compré!

Oh! si volviera a verme arrodillado,
I por no repasar
Las lecciones de cálculo o historia
Que en la infancia me hacian renegar.

(1) Debo estos versos a la amabilidad de la distinguida escritora señora Juana Manuela Gorriti, quien al remitírmelos me favorece, entre otras, con las siguientes palabras:

"Remito a usted los dulces versos inéditos que el pobre Adolfo escribió un dia al lápiz sobre la rodilla, en tanto que las niñas del colejio, ahuyentadas por mí para que no perturbaran su meditacion, volvian llamadas por él i lo acariciaban, i los que creo gustará usted de poseer."

Digitized by Google

Pero viejo ya estoi; en mi cabeza
Comienza a relucir
La nieve que formara el desengaño;
De juventud el sol ya empieza a huir.

Bella edad era esa! En mi memoria
Grabado vivirá
El recuerdo feliz de aquellos tiempos
En que lloraba al ir a deletrear.

El siguiente artículo publicado por Valdes en uno de los periódicos ilustrados de Santiago, del cual era colaborador, completa la recopilacion que he podido hacer de sus obras escojidas.

EL BASTON (1).

Vaya! un título para tieso dirán los lectores del SUD-AMÉRICA cuando vean el que encabeza este artículo.

Quizás digan que es un asunto por demas estéril, i que un baston no es mas que un pedazo de palo, que sirve tan solo para dar palizas; pero que jamas puede ser materia de un escrito, i mucho menos de un escrito que ha de figurar en una revista literaria.

Pero chasco se ha de llevar quien esto piense. Un baston no es tan solo un pedazo de madera. La historia del baston se presta a comentarios filosóficos de suma importancia. Laboulaye, si se hubiera fijado en él, nos habria regalado un libro injeniosísimo. ¿Cuánto no habria escrito sobre el baston, el hombre que tanto partido ha sacado de un pedazo de espejo, de un alfiler, de una vara de encaje i de otras mil bagatelas que no valen siquiera lo que el mas modesto bastoncillo de mimbre?

Casi no hai episodio en la vida del mundo en que no haya tomado parte activa algun baston. Segun datos especial i últimamente recojidos para escribir este artículo, Eva dió la manzana consabida a nuestro primer abuelo, engarzada en un baston, i éste la aceptó, mas que por complacer a su costilla, por temor de que el baston quisiera igualarle los costados, rompiéndole algunas de las otras. Fué ayudada por un baston que la mujer de Isaac obligó a Esaú a vender la primojenitura a su predilecto Jacob, pues aquello de las lentejas no fué si no la *yapa* del negocio. Moises en el desierto hizo brotar agua de una roca con el solo golpear de su baston. Jesus mismo tuvo que valerse de un baston para arrojar del templo a los hipócritas. Sisto V vivió sostenido en dos bastones hasta que logró empuñar el báculo de San Pedro, que es uno de los bastones mas famosos.

(1) SUD-AMÉRICA revista científica i literaria. Santiago 25 de julio 1873.

I si la historia profana examinara, tendria millares de ejemplos para probar todo lo que ha podido, todo lo que ha hecho, todos los bienes i males que ha causado el héroe de mi escrito.

Pero basta de citas, porque es necesario ya examinar el baston en su parte moral. Si, señor, en su parte moral; no retiro la palabra, porque por medio de un baston puede conocer el mas intonso, el carácter i cualidades de los individuos, el carácter, propensiones i tendencias de los pueblos, i, hasta me atrevo a decirlo, el carácter i designios de los gobiernos.

Salgo a la calle: me encuentro con don Amadeo. Es un viejo rechoncho, coloradote, con un abdómen hiperbólico, i que envuelto en una ancha capa de paño de San Fernando, se pasea por esos mundos, apoyado en un grueso baston de carei con puño de oro. Ni la capa ni el abdómen de don Amadeo me dicen gran cosa, pero el baston me saca de dudas. Don Amadeo, segun él, es hombre rico; tiene influjo con todos los gobiernos. El baston de don Amadeo pesa en la balanza política tanto como la espada de Breno.

En la Alameda me encuentro con Pepito. Va ajitando entre los dedos un junquillo. Su vestido es irreprochable. Sus cabellos trascienden a agua ateniense i a aceite de magnolia. El junquillo deja de hacer evoluciones para venir a golpear la pantorrilla, o para señalar a los compañeros de Pepito una casa, que a lo léjos se descubre i en cuyo balcon hai una dama, i cuya dama, que es una preciosa rubia de catorce Eneros, conoce desde léjos el junquillo i ajita entusiasmada un pañuelo de batista.

No queda duda: las señas son matadoras. Pepito es lo que se llama un *pollo*; i está enamorado como un tonto.

—Qué hombre tan orgulloso, me dice Federico al ver pasar a don Cosme.

—¿I en qué lo conoces?

—Pues no lo ves tan tieso. Si parece que se hubiera tragado algun baston.

Lo que quiere decir que el baston es un signo de orgullo.

En cuanto a los individuos, ya se ha visto que es fácil adivinar lo que son, lo que piensan, lo que sienten. El baston los bautiza, los revela, los hace trasparentes.

El carácter, profesion i tendencias de un pueblo es mucho mas fácil conocerlo. En un pueblo comercial, en Valparaiso, por ejemplo, pocos, mui pocos son los que cargan este precioso i célebre ad-

Digitized by Google

minículo. No sabrian dónde colocarlo cuando van a firmar un recibo, a confrontar una póliza, a destapar una caja para que la examine el Vista; i por ir a la hora señalada, a las casas tal o cual donde tienen que arreglar un negocio, el pobre baston queda olvidado; i como estos olvidos pueden suceder todos los dias, resulta, que hai que anotar a cada momento una partida nueva a la cuenta jeneral de ganancias i pérdidas.

No sucede lo mismo con las grandes capitales. Como en ellas reside el gobierno, i se acumulan en su centro los capitalistas, los viajeros de gran tono, los escritores, los poetas, los diputados, los petimetres i toda esa falanje de hombres, cuya ocupacion principal es firmar un decreto o una órden de pago, pronunciar un discurso, hacer un soneto o rizarse los cabellos i amarrarse la corbata, resulta que todos pasean sin tener nada en que pensar.

El ministro sale con paso moderado i su baston con borlas para que le tema la oposicion i lo saluden con mas reverencia los palaciegos. El viajero ostenta un lujoso *lloque* del Amazonas o una flexible i finísima caña de la China. De ella se vale para contar sus aventuras.

"Este *lloque*, dice, casi me cuesta la vida. Al cortarlo en las orillas del *Putumayo*, una víbora vino enrredada en él i me hubiera clavado el diente venenoso a no haber sido tan cortante la hoja de mi cuchillo, que de un tajo le separé la cabeza."

I a propósito del *Putumayo*, habla de todos los afluentes del Amazonas; i cuando luce la caña de la China, nos habla del gran Micao, de los mandarines i de todas las chinas que quedaron allá suspirando por sus pedazos.

El capitalista ostenta su riqueza en el puño de su baston. Es un verdadero mosaico de piedras preciosas coronado por un valiosísimo diamante del Golconda. Por eso estos hombres cojen tan precioso dije, regularmente una cuarta mas abajo del puño, o lo colocan bajo del brazo, cuando quieren hacer efecto.

El escritor usa dos clases de baston. Si es moderado, filósofo o político gobiernista, lleva un bastoncillo de carei o de fina madera, con cabo de marfil. Si es satírico, necesita algo mas fuerte, algo mas sólido, porque a esta clase de escritores les cae una paliza, cuando menos piensan. El baston es su enemigo mortal. I por aquello de *similia similibus* no lo abandonan tampoco, para evitar los bastonazos.

El poeta está casi en igualdad de circunstancias. El poeta encomiástico, el eterno zahumador de los gobiernos, el cantor obligado de todas las cómicas, el fabricante de eternas elejías para todos los difuntos, no necesita que el baston que usa sea pesado i fuerte. Pero el poeta hiriente, el que no deja pasar la cosa mas insignificante en los actos gubernativos, sin lanzarles una pulla, que critica a un ministro porque comete tropelías, a un juez porque prevarica, a un empleado porque no sabe ganar el sueldo, a una *prima-donna* porque suelta un gallo, a un sacerdote porque no cumple con sus deberes de cristiano, en fin, que dá con el baston de la crítica a todo el que no anda derecho, éste sí que debe salir con un baston que merezca el título de garrote, pues si asi no lo hace, corren inminente riesgo sus costillas.

Si el poeta no pertenece a ninguna de estas clases; si es simplemente un cantor de las nubes vaporosas, las parleras avecillas o las murmuradoras fuentes, le es indiferente la categoría a que pertenezca su baston. Para él será lo mismo un junco de la India que un pedazo de carrizo.

Hasta el mendigo tiene en su baston la vara májica con que llama a las puertas de la caridad. Mas que su clamor i sus harapos, os mueve el monótono golpear de su baston.

El maton, el desafiador usa un baston lleno de nudos, i cuando quiere provocar a alguno hace con él molinete entre los dedos, escupe por el colmillo i tose de una manera impertinente.

Si veis a alguno con el baston de *cachi-porra*, queridos lectores, decid con seguridad que el que lo lleva es un cobarde.

Un baston con estoque indica que su dueño es alevoso i ademas hipócrita. Lleva escondida una arma de las mas infames en un trozo de madera i una alma asquerosa en un cuerpo raquítico i deforme.

Un baston lleno de nudos es indicio del mal jenio, de la rudeza de su dueño.

Un hombre fino, bien educado, llevará siempre un bastoncillo de caña, de marfil o de carei, con un puño artísticamente trabajado.

Los gobiernos fuertes, despóticos, absolutos, son gobiernos que debieran llamarse de baston. El cetro de los reyes no indica otra cosa que la amenaza constante que hacen aquellos señores de tratar a palos a quienes desobedezcan sus mandatos.

I todos los ambiciosos, siempre ven en el fin de su carrera, como

la corona de su obra, un baston. El guerrero lidia sin descanso, acomete los actos mas heróicos, riega con su sangre el campo de batalla hasta obtener el baston de mariscal; el letrado no deja de estudiar hasta no poder colocar en su baston las borlas del doctor; el sacerdote, en fin, se impone las penitencias mas atroces o se compromete en las intrigas mas endiabladas, hasta obtener el báculo de algun episcopado, si es que no aspira a tener en sus benditas manos el infalible baston de los Pontífices.

Ya lo he dicho al principiar. Mucho, muchísimo se podria escribir sobre la materia. Pero basta por hoi que ya merezco que me den de bastonazos los lectores que hayan tenido la paciencia de seguirme.

SEGUNDA PARTE.

SUS ÚLTIMOS DIAS.

XXI.

El domingo diez i nueve del mismo octubre en el momento en que yo entraba por el patio de la quinta Guimaraens, me notició Juana que el enfermo habia pasado una cruelísima noche, sin dormir, con continuada tos, quejándose mucho de fuertes dolores al pulmon, i, por último, concluyó deciendome, como emitiendo un grave juicio, que creia que el *pobre caballero* no llegaria al mes de los difuntos.

Apesarado por este presajio, me dirijí al cuarto del infortunado Valdes, haciendo un esfuerzo para ocultar mi desazon.

Asi que lo hube saludado, comenzó a manifestarme sus sufrimientos de la noche.

—Mui mal la he pasado, amigo mio, me decia. Cada golpe de tos lo siento salir de ambos pulmones de tal modo, que me parece fuera la repercucion de un golpe de martillo que me llega al corazon. Me encuentro mui abatido... Creo que mi enfermedad no tiene remedio... Quién sabe si he venido aquí para no salir mas por mis propios pasos... Esta fatiga, esta fiebre i estos dolores tan agudos, no sé por qué me parecen el presajio de mi muerte. ¡Siempre nos

iremos, amigo querido, siempre! esclamó con una amargura que se conocia salia del fondo de su alma.

Yo casi sin poder ocultar el efecto que sus palabras me habian producido, pensé que era el momento oportuno para comenzar a recordarle que tenia algo serio de que ocuparse; algo de interesante, que en tales momentos debia no olvidar: la salvacion del alma, ya que creia en la seguridad de su próxima muerte.

No me detuve en decirle que era preciso, cuando habia un convencimiento o una idea de aquella naturaleza, procurar llenar el mas importante deber de todo cristiano: arreglar las cuentas de la conciencia, saldo que, indispensablemente, debe satisfacerse para poder llegar a la patria prometida.

—¡Ah! me dijo; es lo mas duro para mí. Por eso deseo una muerte violenta, porque es imposible que yo me someta a la confesion. Me repugna por mil motivos: aparte de esto, tengo mil dudas que, creo, son otros tantos obstáculos que me alejan de ese acto, el mas humillante que los frailes exijen a los hombres.

—No son los frailes, amigo mio, le interrumpí. No han sido los frailes los que instituyeron la confesion; ha sido el mismo Jesucristo, como lo encontrará usted comprobado en los principales pasajes del Evanjelio.

—No hablemos de esto, se lo ruego, me replicó. Estoi demasiado mal i no quiero cansar más mi imajinacion. Por otra parte; para que usted vea que es tiempo perdido, sepa sin escandalizarse, que hai dos cosas en que no creo, i en las cuales no puedo creer. Son la EXISTENCIA DE JESUCRISTO i la CONFESION que usted me dice fué instituida por él, en lo cual está usted equivocado completamente.

—Me perdonará usted, amigo, que no confiese ese equívoco i que le repita que el equivocado es usted. Sobre negarme usted la existencia de Jesucristo, soi franco, lo deploro, pero me queda una esperanza.

—Cuál?

—Que no es usted el primero que lo ha negado ni tampoco será el último que se convenza de que está en un lamentable error.

—Pues, amigo, créame que no me propongo salir de él por ahora. Me duele la cabeza, agregó, dándose dos o tres lijeras palmadas en la frente, traduccion de la elocuente i literal frase: «no quiero tratar del asunto; déjeme.»

Como este es un idioma universal, lo comprendí en el momento;

i me separaba ya del lado de mi incrédulo amigo, cuando se presentó en la puerta de la sala el doctor Allende, que venia a hacerle su visita.

El enfermo dió cuenta al médico de la mala noche que habia pasado. El doctor le tomó el pulso, lo inspeccionó prolijamente i le dijo lo mismo que el señor Bobillier;—"Coma usted bien, buenos i sólidos alimentos, un poco de coñac en el agua, i trate de distraerse, levantarse de la cama i pasear en el jardin, siempre que esté el dia como ayer i hoi. No deje de tomar en la noche las mismas cucharadas recetadas por el señor Bobillier, i a mas, antes de los alimentos, unas pildoritas que voi a recetarle.

Escribió, i se despidió de él.

La opinion que me dió el doctor Allende fué tan funesta como la recibida del doctor Bobillier.

—Es preciso sostenerlo con calmantes i que coma cuanto quiera, me dijo; no hai nada que curar: bota los pulmones en el esputo, i no creo que concluya este mes. Sensible es su muerte. ¡Tan jóven! pero nada puede el médico contra ese estado.

I se despidió de mí.

—¡Vamos! esclamó el enfermo apenas regresé donde él. Creo el médico que estoi mejor, i es indudable. A mí lo que mas me enferma es la imajinacion. Despues del almuerzo me levantaré i saldré al jardin; allí me siento mui bien... Dejémosnos de tonterias de pensar en la muerte, como si fuéramos hombres hastiados de vivir, agregó, sentándose en la cama con lijereza i tocando la campanilla.

—¿Qué quiere? le pregunté.

—Que venga Juana.

I salí a llamarla, cuando ya venia, al oir el toque de campana.

Un momento despues salió del cuarto de Valdes mui afanada, sin duda por el pedido de éste, diciéndome que *estaba galgo el caballero.*

Como era hora de que llegaran las hermanas de la Caridad, determiné esperarlas paseando por el jardin.

En efecto, antes de diez minutos entraban la madre superiora i la hermana X., i poco despues el doctor Bobillier.

Cortesia i paños tibios fué la visita del doctor. Vió la receta del señor Allende, le pareció bien, i luego se despidió, encargando se siguiera el mismo réjimen.

—Peor cada vez su enfermo, me dijo afuera. No hai otra cosa

que hacer que ocultarle su estado hasta donde sea posible, para no hacerle sufrir un golpe terrible que apure más su próximo término.

—Pero es preciso pensar en que es cristiano, le contesté, i no sé cómo tocar con buen éxito este asunto.

—Esto es cosa esclusiva de los amigos, me replicó.

I tendiéndome la mano, se despidió, ofreciéndome regresar en la noche.

Juana primero, i en seguida los dos médicos, todos a la vez están uniformes en la próxima muerte de este pobre jóven, decia para mí mismo, encaminándome de nuevo a su cuarto, cuando salió la hermana X., a la que comuniqué la opinion del doctor Bobillier idéntica a la del doctor Allende Padin.

—Se conoce que el pobre hace cuanto puede para aparentar bienestar, alucinarse él mismo i alucinarnos, segun cree, con su mejoria: toda su esperanza es comer mucho para restablecerse pronto. Yo lo encuentro tambien peor cada dia, me dijo la hermana de la caridad; i entregando a Juana los platos con los huesos de ave que acababa de sacar de la sala, entramos nuevamente donde el pobre tres veces sentenciado en esa mañana.

—Vea usted este obsequio que acabo de recibir de la hermana, me dijo Valdes en el momento que entraba, alcanzándome un precioso *cachenez* tejido a listas, i este librito, obsequio de la madre N. para matar los ratos de fastidio. Tendremos que leerlo, amigo mio. Las hermanas, con tanto presente, me tienen demasiado avergonzado; i si no fuera porque he llegado a quererlas mucho, pelearia con ellas, pues estoi abrumado con sus obsequios i con tanta muestra de cariño e interes, que no sé a qué debo.

—A Dios lo debe usted, le dijo la señora superiora. El es quien nos manda donde usted, i atendemos a un hermano que, aquí en pais estraño, necesita de nosotras.

—Me acobardo de darle otra cosa que le traigo aquí, le dijo en seguida la hermana X. Ademas, temo que se me enoje, acusándome de demasiado importuna i majadera, agregó, fijando sobre el poeta una escudriñadora mirada.

—¿Qué cosa todavia me trae la hermana? Deme lo que me trae, démelo, que ya reconozco que tengo que obedecer a ustedes en cuanto exijan de mí.

—Es una cosa tan sencilla, que a veces abrigo la esperanza de que no me la rechazará: es una hojita de papel.

Digitized by Google

—Poca cosa es, por cierto.

—Aquí está, dijo la hermana, sacando una hoja de su libro de memorias. La he cortado de mi propio devocionario, continuó, alcanzándosela; es una oracion a la Vírjen, que yo recito muchas veces en el dia.

Al tomarla Valdes, su espresion no fué mui satisfactoria. Sin embargo, quizá por galanteria, dijo a la hermana que con gusto recibiria de *esas cosas* cuantas quisieran darle.

I se puso a leerla con voz firme; pero al llegar a la mitad de la oracion, se turbó demasiado i pidió a la hermana que concluyera. Esta la recitó, puede decirse, devolviéndole despues la hojita del libro que la contenia.

Se conocia que cada palabra de esa oracion causaba en el ánimo del infeliz Adolfo un grande efecto que en vano queria disimular.

La hermana X., notando su turbacion, trató de sacarlo de ella, diciéndole: no solo me tomo la libertad de ofrecerle una pequeña comodidad para el cuerpo, sino que tambien le quiero proporcionar algun alivio para el espíritu, pues esta oracion es mui consoladora para las personas que se encuentran en el estado de usted.

—Gracias, hermana. Yo le prometo que no le daré mala cuenta de ella.

—Todo lo que le pido es que la lea una vez en la mañana i otra en la noche.

—Cumpliré su encargo; le daré gusto, sí; la obedeceré, agregó Valdes con emocion.

Pasaba lo que refiero, cuando repentinamente un coro de mas de cincuenta voces infantiles, como un coro de ánjeles, se dejó oir en la misma puerta esterior de la habitacion, i nuestro amigo esperimentó una grata i agradable sorpresa, quedándose como suspenso, sin darse cuenta de lo que ocurria.

—Nuestras niñas del Asilo, le dijo la madre N., han venido a gozar, por un par de horas, del buen aire de la quinta, i han querido sorprender a usted.

—Oigamos, dijo Valdes, estendiendo su mano como para demandar silencio.

I llegaron hasta nosotros las armonias de la dulce voz de las niñas, que entonaban las siguientes estrofas:

Al corazon benigno de María
Ven sin tardar; ¡oh, pobre pecador!
En su bondad aquel que se confia,
Perdon i paz alcanza del Señor.

Vuelve infeliz; al seno de tu madre;
Tu corazon confia a su piedad...
¿Quién al redil de tu pastor i padre
Te llevará con mas seguridad?...

Oh pecador; despues de mil errores
Vuelve a Jesus, que se inmoló por tí;
Tu madre soi... tu madre de Dolores;
Oye mi voz!... i ten piedad de mí...

—¡Hermoso! Sublime! esclamó Valdes como arrobado. I guardó despues un largo silencio.

Se conocia por la dulce tristeza pintada en su semblante, que aquel patético canto habia descendido sobre su corazon, como el rocio de la noche viene desde el cielo a vivificar las flores marchitadas por el ardiente sol que calcina las arenas del desierto.

El canto de los niños, esas voces de ánjeles puros i candorosos que no han sido turbados por el aliento del mal, separan de nuestro ser, cuando las escuchamos con el corazon, todo lo que es materia, todo cuanto lo hace innoble; nos arrancan de la tierra, nos levantan del mundo hasta las rejiones de lo infinito, porque la voz de la pureza, la voz de la inocencia, que es la voz de los que mas próximos están al Supremo Hacedor de cuanto existe, tiene la virtud bendita de atraernos al bien i despojar a los corazones endurecidos de toda esa fiereza de que los reviste el hábito de las malas pasiones.

Puedo asegurar que cada nota, cada palabra del cántico a Maria que repetian esas sencillas criaturas, venia a cernerse sobre el alma del poeta; a caer, diré, sobre ella, como caen los destellos de la luz de la Fé sobre los que invocan en sus combates a la dulcísima madre de los aflijidos, a la madre santa de Dios.

No era la simple satisfaccion que esperimentamos todos cuando algo recrea nuestros sentidos lo que en el ánimo de Valdes habia producido aquel cantar repetido con toda la espresion que, a lo casto i a lo puro, sabe darle la infancia; nó, algo más que una satisfaccion que pasa i se evapora como los humos del placer liviano i

fujitivo, pasaba en el interior de su alma. Sus miradas se dirijieron al cielo, como para buscar allá en las etéreas rejiones de lo santo alguna esperanza perdida, algun recuerdo invocado siempre; ¡quién sabe si volvia sus ojos atras, a los dias de su inocencia, en los cuales, libre del ponzoñoso contajio del mundo, repetiria tambien, bajo las suaves sombras de un santuario, algun semejante cantar, asido de la mano de su amante madre!...

¡Ah, dias felices de la infancia! ¡Edad dichosa, todos te lloramos cuando has pasado como la luz fugaz del relámpago, que ilumina los campos i los valles para dejarlos despues sumidos en la profunda oscuridad, desde la cual se contempla la sublimidad de las tempestades!...

Valdes, entregado a alguna reflexion o a algun recuerdo que apenas he sospechado, se quedó por largo rato con la vista levantada i juntas sus manos, como si suplicara alguna gracia a Aquel para quien nada hai imposible, para quien no hai dolores que no alcancen consuelo.

Las hermanas i yo le mirábamos, respetando su silencio, al estremo que, cualquiera que hubiera penetrado en la sala en aquel acto, no habria percibido la respiracion de las cuatro personas que allí estábamos reunidas.

Se incorporó despues, i preguntó a la madre superiora si volverian las niñas otra vez:—Deseo conocerlas, añadió.

La hermana X. salió, i apareció en el momento conduciendo un grupo de cuatro de las mas pequeñas niñas, i las presentó al enfermo, quien les hizo mil cariños.

—¡Ah! esclamó. Yo quisiera ser tan feliz como estas huérfanas, para estar cuidado por tan buenas madres. Sí, agregó con efusion; ¡bendita caridad que cobija al huérfano! Yo deseo ver siempre a estos anjelitos. Traígalos, madre; se lo ruego.

—Las traeremos el domingo próximo, si Dios quiere, le contestó la madre N. Han dado las once; nos retiramos con el consuelo de dejarlo un poco mas tranquilo. Es hora ya de aproximarnos al Asilo. Adios, amigo mio. Dios lo mejore i lo consuele. Vamos a pedir ahora mucho por usted, como lo hacemos todos los dias.

—Bueno: pidan por mí, para que sane, contestó Adolfo como maquinalmente.

—No olvide mi oracion, le dijo la hermana X. despidiéndose a su vez.

Digitized by Google

—Le repito que no se quejará de mí. Cuanto ustedes me manden, yo obedezco.

—No hacemos sino suplicar, rogar siempre; nunca mandamos. Nuestros votos nos enseñan solo a obedecer. Si hai entre nosotras una superior, como es natural en todas las corporaciones, obedecemos tambien nuestras reglas, i ellas son las que mandan, contestó llena de modestia la madre N., despidiéndose nuevamente.

—Qué bondad, qué encantos tienen para mí estas hermanas, me dijo Valdes cuando regresé donde él. Es una verdad que me encuentro dominado por ellas. Su cariño, su amabilidad, su dulzura i la delicadeza con que me dan sus emblemas tan significativos, sus oraciones i todos sus obsequios, me obligan, francamente, nó a una simple condescendencia, sino que me arrastran a la obediencia. ¡Jamas las perderé de vista, nó; las buscaré siempre i las recordaré donde quiera que el destino me lleve.

Yo, despues de manifestarle tambien cuánto reconocimiento i cuánta gratitud abrigaba por ellas, me despedí para regresar pronto.

XXII.

Al salir de la quinta, en toda la travesia de ésta a mi casa, i despues en el tranquilo silencio de mi habitacion, me acompañaron dos ideas fijas que destilaban amargura sobre mi corazon: la próxima muerte de un jóven cuyos dias estaban contados por los médicos, cual los del sentenciado a muerte por el juez que ha calculado la terminacion del proceso que le sigue, i la impenitencia del mismo para reparar, ante el juez supremo de las conciencias, todas las ofensas hechas en su vida, i alcanzar el perdon que abre las puertas de la gracia i señala el camino de la vida inmortal.

Dos confesiones que conducen a dos distintos caminos: la confesion del delito contra las leyes humanas, que alcanza aun en algunos pueblos la sentencia espiatoria, cuyo cumplimiento presencian las turbas al rededor de las plazas, en las que se levanta un patíbulo que será manchado con la sangre que se va a derramar en satisfaccion de una vergonzosa lei, ¡quién sabe cuántas veces mal interpre-

tada! i cuya aplicacion es contemplada con horror por todo espíritu humanitario i jeneroso, i la confesion del delincuente contra la majestad del Señor de los cielos i la tierra, que lleva, nó al cadalso que deje satisfecha la implacable legalidad, sino al paraiso de la eterna ventura, a la Patria Eterna, para recibir allí la corona reservada para las almas justas, para aquellas que han lavado todas las manchas de su pasado con las aguas saludables de la penitencia i de la gracia por ella conseguida.

¡Pobre amigo mio, sentenciado a morir! me decia; marchando a prisa a dejar esta vida, sumido en la oscuridad de dudas terribles que dañan su alma, desconociendo la divinidad de aquel que murió en una cruz para redimirnos del pecado, para reparar la desobediencia de nuestro primer padre; negándose a reconocer la divinidad del remedio por el cual alcanzamos, no solo curar todas las dolencias del espíritu, sino el perdon i la misericordia, únicas puertas por donde, una vez perdida nuestra inocencia primera, nos es dado penetrar en los espacios de la inmortalidad. ¡Cómo salvamos a este desgraciado! ¡Dónde está su buena madre, dónde está ese ser que siempre en el mundo nos induce al bien i nos separa del mal!...

Sufria mucho, i mucho esperaba de la bondad de Dios, que nos ha criado, nó para perdernos, sino para salvarnos, i ponia en él mi esperanza de que derramaria sobre esa alma toda la luz que necesitaba para abrir los ojos a la fé estinguida en ella.

¡Hai que combatir, hai que luchar! me decia. Soi solo con las buenas hermanas de la caridad, que tanto trabajan por la salvacion de este desgraciado. Es preciso, pues, que me prepare: necesito tener listos en el arsenal de mi memoria todos los recursos necesarios para acometer la fortaleza de las graves dudas que pueden perder esa alma, que Dios me manda defender, hasta donde pueda, de una eterna caida en el abismo.

I resolví buscar las obras necesarias para refrescar mis recuerdos i poder, con argumentos eficaces, combatir esas creencias que negaban los principales misterios de nuestra relijion i nuestra Santa Fé.

Pasé en adquirirlos hasta despues del medio dia, que me los proporcionó un amigo de su buena biblioteca; i pertrechado con los esenciales para mi propósito, me dirijí nuevamente a dejarlos en mi casa, i de allí volví donde mi amigo, que temia estuviera suponiendo que lo habia abandonado.

XXIII.

No bien me hubo visto Valdes, cuando comenzó a reconvenirme con afecto por mi retardo. Me disculpé diciéndole que me habian detenido algunas dilijencias descuidadas por mí en los dias anteriores.

Estaba con él un caballero del pais, amigo mio, el señor B., que jenerosamente se habia impuesto el deber, desde el dia anterior, de ejercer con el enfermo la buena obra de hacerle compañia.

—¿No damos un paseo por el jardin? preguntó Valdes inmediatamente, consultando nuestra voluntad.

—Nadie nos impide, le contesté.

—Pues a ello, dijo, preparándose para dejar su asiento, cuando la presencia de unos amigos que venian a verlo, lo detuvo.

Charló i empleó con ellos sus acostumbrados chistes, como si nada lo aflijiera. Les refirió las atenciones i cariño que debia a las hermanas de la caridad, i les dijo asi mismo que los médicos que lo asistian lo tenian bastante consolado, pues corroboraban ambos lo que él siempre creyó de su enfermadad: una suma debilidad, que la combatiria con buenos alimentos, i una lijera irritacion a la larinje o a la parte superior de la arteria principal del pulmon, de la cual esperaba sanar mui pronto con las bebidas que estaba tomando.

Eran las tres de la tarde cuando se despidieron los amigos, y Valdes llamando a Juana, se preparó para tomar a la sombra de una higuera, que realmente convidaba a buscar allí un refrijerio de los ardores del sol, su *once,* como él llamaba a un *pequeño* plato sopero que aquella le servia con arroz cocido en leche, sin sal, sin dulce y sin gusto a nada, pues asi lo disponia él mismo.

Cuando hubo concluido su interesante ocupacion, poniendo un *puntal a la vida,* como dicen algunos cada vez que hacen los honores a unas buenas viandas, dijo, poniéndose de pié con ajilidad:

—Que no se quede en proyecto aplazado nuestro paseo. Emprendámoslo.

Nos dirijimos al emparrado, i despues de algunos paseos, ocupa-

mos el mismo asiento en que el dia anterior me habia hecho la relacion de sus amores.

—Ahora que ha estado aquí el amigo Larrañaga, nos dijo inmediatamente, recuerdo una composicion que dediqué a su hijita Maria Francisca a fines de jnnio del presente año, el dia que hizo su primer pinino. Creo que ustedes no la han visto, porque la he puesto en limpio ahora pocos dias; aquí tengo el borrador, añadió, sacando su cartera, i de ella un pliego de papel en que leyó estas seguidillas:

Anteayer principiaste,
Bello anjelito,
Como dicen los viejos,
A hacer pininos;
I la alegria
De tu madre, en los ojos
Brilló espresiva.

"Ya camina mi cielo"
Dice tu madre.
I tu padre contesta
"¡Qué bello es mi ánjel,"
I con esceso
Te dan por esas gracias
Miles de besos.

Como dos azucenas
Tus piececillos
Van pisando la alfombra
De tu recinto.
I es un encanto
Cada pirueta que haces
I cada paso.

I tus padres no temen
Una caida,
Pues en tí sus miradas
Siempre están fijas.
Dios te los guarde,
I tus pasos vijilen
En adelante!

I pues eres el ánjel
De una familia,
Dios te conserve pura
Como eres, niña;
I como siempre
La inocencia se pinte
Sobre tu frente.

Si en la mujer acaso
Allá... mas tarde,
Busca tu madre tierna,
Busca su ánjel,
Siempre lo encuentre
Cual lo contempla ahora
Tan inocente.

En ese tiempo acaso
Puede que sepas
Que tus pasos primeros
Cantó un poeta,
El cual, no hai duda,
Se encontrará ¡ai! entonces
Bajo una tumba.

Para ese tiempo, niña,
Por recompensa,
Una gracia te pido
Para el poeta:
Que con anhelo,
En tu memoria guardes
Este recuerdo.

Cuando concluyó i elojiabamos la naturalidad i el sentimiento espresado en la preciosa composicion, una de las pequeñitas hijas de Juana se presentó delante de Valdes con un ramillete compuesto de una rosa, azahares i violetas, i se lo ofreció como si se hubiera propuesto dar un premio al injenio de su musa. El poeta lo recibió con afabilidad, dando a la chica una palmadita en el carrillo; i levantándose en seguida, invitó a nuestro nuevo compañero a dar otro paseo por las calles del jardin i volver luego a ocupar las si-

llas que estaban debajo de la higuera. Entre tanto, yo me dirijí a la sala i me ocupé en la lectura de un libro que siempre tenia conmigo.

XXIV.

A la caida del sol, las ráfagas de un fuerte huracan, a que se asemeja la mayor parte de los vientos que se sienten en Valparaiso, conmovian los edificios i mecian los árboles, haciéndoles producir sonidos diversos, i reuniendo en sus torbellinos sus gruesas ramas como livianas plumas, para dejarlas caer despues, medio desnudas de sus hojas, que eran arrancadas por tan fuertes saoudimientos.

Valdes i su compañero habian permanecido, sin embargo, bajo la coposa higuera, sin esperimentar gran cosa, a mérito de estar favorecidos por el muro que separa la quinta de unas tienduchas pertenecientes al mismo fundo; pero como no era nada prudente su permanencia a la intemperie de tan ajitada tarde, se retiró a su habitacion cuando el último rayo del sol se hundia en el ocaso dejando paso libre a los crepúsculos de la noche.

Yo no me habia dado cuenta del tiempo trascurrido, ni apercibido de que Valdes habia hecho su tercera comida al amparo de la sombra de la higuera.

Media hora despues, i como nada tenia de notable nuestro enfermo, que quedaba en cama, no tuvimos B. i yo inconveniente para retirarnos i dejarlo recomendado a su enfermera, que le acompañaba siempre cuando yo faltaba.

XXV.

A las ocho de la mañana del dia veinte penetraba en la sala de Valdes, sin haber podido hablar antes con su cuidadora, que se entraba fuera de la quinta.

Tan pronto como llegué, se incorporó el enfermo, colocándose el

almohadon entre sus pulmones i la testera del catre; me alargó su mano, i apretó la mia con afecto; i con acento triste i fijándome una mirada por demas melancólica, me dijo:

—Mal, mui mal, i cada dia peor, amigo querido. Esta noche ha sido aun mas fatal que la anterior. Sufro terribles dolores en ambos pulmones, pero mas crueles todavia al derecho, en el cual siento un hervidero cuyo ruido me asusta. Creo que nos vamos, amigo. ¡Esto no tiene remedio! ¿Qué hacemos?... esclamó, soltándome la mano i brillando en sus ojos la humedad del llanto.

—Esperar que Dios haga su voluntad.

—Que será ¿cuál?...

—El porvenir no es nuestro, amigo mio. La salud, como la muerte, no sabemos cuándo vamos a perder la una ni a ser asaltados por la otra. Aquella desaparece, como todos los bienes que poseemos en el mundo, gradual o repentinamente. Esta nos llega como el ladron, sin darnos tiempo, muchas veces, para tomar precauciones, que si no nos pueden sustraer a ella, nos pongan al menos a salvo de que nos sea de funestas consecuencias i para toda una eternidad.

—¿I usted cree que esa eternidad de la muerte no es la misma para todos?

—¿I acaso se imajina usted que sea uno mismo el destino de los hombres, cualquiera que haya sido su conducta durante su peregrinacion en esta vida terrestre?

—Creo que el que padece descansa cuando muere. Esta no es solo mi creencia; es la de muchos.

—¡Triste creencia, amigo mio! No puede usted ignorar, como no puede negar nadie de buena fé, que el alma es inmortal, i que ella, como que consintió en todas las buenas o malas acciones a que la obedeció el cuerpo, va, cuando se desprende de la materia, a espiar, transitoria o eternamente, todos aquellos actos que ejecutamos contrariando la lei de Dios, o de otro modo alcanzará la dicha de gozar del premio eterno, si aquí hemos cumplido estrictamente con guardar esa lei y observado todas las prácticas que el mismo Dios i su iglesia nos han enseñado para llegar a ese fin. La muerte es solo del cuerpo, es solo de la materia; a ésta le esperan los respetos i el cariño humanos, el sufrajio del amor del deudo o del amigo. Allí no está el alma, ni allí llegará hasta el terrible dia de la justicia que nos ha anunciado el mismo Dios, en el cual vendrá a juz-

gar a los vivos i a los muertos, para premiarlos o castigarlos. Es cierto el descanso del cuerpo, pero lo importante de que nos debemos ocupar es del descanso eterno del alma. A eso debe concretarse todo el anhelo de los que, a Dios gracias, no hemos perdido la fé que inculcaron en nosotros aquellos seres benditos que ni en el dolor ni en los goces olvidamos jamas: nuestros padres, amigo mio, nuestros padres, que cuando no sabemos hablar aun, nos hacen repetir con el corazon el nombre de Dios, al cual señalamos con signos, supliendo asi con ese natural instinto la impotencia de nuestro labio que no sabe balbucear un nombre. Ellos nos preguntan dónde está Dios, i nuestros ojos, nuestra cabeza i nuestras manecitas se dirijen allá... dónde está nuestra futura patria: al cielo, amigo mio, que no podemos perder por respeto a las malas creencias que el mundo ha infiltrado en nuestro corazon, como la víbora infiltra su veneno en el cuerpo del desgraciado sobre el que acaba de encajar su agudo i emponzoñado diente.....

—Recuerdo que asi me lo decia muchas veces mi amada madre en mi niñez dichosa; pero despues, siempre he dudado de ello.

—Sí, amigo, porque asi lo dicen todas las madres cristianas a sus hijos, que aman como a su propia vida; porque ellas, que siempre nos hablan el lenguaje de la verdad, velan en la tierra por nuestra dicha presente i por nuestra felicidad futura; porque ellas han recibido la santa mision de dirijirnos por el buen camino, de hacernos ver los peligros que conducen al precipicio para que huyamos de él; porque son, en fin, los guardianes solícitos que Dios nos ha puesto para que nos aparten del mal i nos preparen para alcanzar un dia la gloria verdadera que ese Dios que reconocen todos los seres que existen bajo la bóveda del cielo tiene reservada para sus buenos hijos.

—Basta, amigo, basta; se lo suplico. No me recuerde nada de mi madre: no me arrastre usted a esos tiempos de mi infancia cuando mi madre me hablaba... Me hace usted daño...

—Sin embargo, amigo querido, es preciso que recuerde usted esos dias; es preciso que traiga a su memoria aquellos tiempos dichosos en que, bajo la influencia de la palabra de su buena madre, usted alababa a Dios, repitiendo las oraciones que ella le enseñaba: llámela en su ausilio i ella alcanzará del Señor la fé que ha huido de su alma, quizá sin que haya contribuido a ello toda su voluntad...

—¡Por Dios!... Basta, basta...

I se cubrió la cara con ambas manos, bajándose sobre la almohada.

Yo me quedé frente a su cama, en la misma silla que ocupaba.

El silencio que reinó en la sala se prolongaria hasta un cuarto de hora, i despues de este tiempo, alcanzándome una hojita de libro, me dijo:

—Hoi parece que es dia de impresiones, i no hai mas que sufrirlas! Quiero que la hermana X. no crea que he sidó indiferente a su encargo de que leyera la oracion que me dejó ayer, i me propongo recitársela. Hágame el favor de ver si la he aprendido.....

I comenzó a recitar la oracion de San Bernardo, en la cual se equivocó una sola vez.

Le devolvia la hojita de libro que la contenia, cuando me llamó Juana.

Al salir, me encontré con un venerable sacerdote que venia a visitar al enfermo, de cuyo estado le habia hablado yo el dia anterior.

Era necesario anunciarlo a mi amigo, que ya sabemos no tenia ninguna simpatia por los que visten sotana.

—Está allí un sacerdote, le dije, que creo viene siempre a esta casa; i sabedor de que usted se encuentra aquí enfermo, me dice que desea visitarlo. ¿Quiere usted que lo haga entrar?...

—A mí no me conoce ninguno; pero si viene a la casa, que entre.

En el momento estuvo en su presencia el sacerdote, el cual, despues de haber conversado con el enfermo un buen rato i de dejarle un escapulario de la vírjen, se despidió de él, que, francamente, no quedó mui contento del regalo; pero pasó por todo, por escesiva cortesia.

Cuando el sacerdote se retiró i yo regresé despues de haberlo dejado en la puerta de la quinta, me dijo el enfermo que se horripilaba cada vez que hablaba de cerca con un *fraile*. El trataba asi a todos los que llevan el vestido talar del sacerdote.

—Y sin embargo, le contesté, son los que Dios nos ha dejado, para que, representándolo en la tierra, dirijan nuestra conciencia i nos abran las puertas del Eden prometido a los buenos.

—No hablemos otra vez de esto, se lo suplico, dijo interrumpiéndome casi bruscamente.

A este tiempo llegaron las hermanas de la caridad, a las que anunció Juana, que conducia a la vez el almuerzo para el enfermo.

Despues de los saludos i preguntas de ordinario, Valdes dirijiéndose a la hermana X., le dijo:—Antes de que usted me pregunte si he cumplido su encargo de ayer, voi a probarle que no me ha sido indiferente.

Y comenzó a recitar la siguiente oracion:

—*Acordaos, ¡oh piadosísima Vírjen María! que nunca se oyo decir de cuantos han recurrido a vuestra proteccion, implorado vuestro socorro i pedido vuestros ausilios, que hayan sido abandonados; animado con esta confianza, oh Vírjen, madre de las vírjenes, corro i vengo a vos, i jimiendo bajo el peso de mis pecados, me postro a vuestros piés. ¡O madre del Verbo! no desatendais mis oraciones antes bien escuchadlas favorablemente, i dignaos acceder a ellas.*

Terminó con voz bastante conmovida i, como para disimular su emocion, se acercó el plato que tenia por delante, aparentando que comia, i sin hablar ni una palabra.

La hermana X. puso término al silencio, que parecia prolongarse mucho, diciéndole: complacida por demas estoi de la manifestacion que acaba usted de hacerme de cuánto le ha interesado la oracion a la Santísima Vírjen. Yo le pedí solamente que la leyera dos veces al dia. Usted ha correspondido mis deseos mas allá de lo que me habia prometido. La Vírjen, a quien en ella ha invocado usted, estará mas contenta desde su trono del cielo, donde le contemplará ahora mismo llena de gozo. Tengo la esperanza de que no la olvidará usted; pero, aunque con riesgo de que me tenga por demasiado impertinente, le ruego otra vez que la recite en la mañana, en la noche i cada vez que los dolores naturales de su enfermedad lo mortifiquen.

—Se lo he ofrecido i se lo ofrezco nuevamente, contestó Valdes, mas impresionado, devolviendo el plato que sostenia sobre sus rodillas, con casi todo su contenido.

Juana en el acto le alcanzó el arroz, i no lo aceptó; le ofreció una taza de té i la rechazó tambien.

—Basta, dijo; no tengo hoi disposicion para comer.

I dobló él mismo la servilleta, que le recibió la madre N., que estaba cerca de él.

Se le conocia un marcadísimo i profundo disgusto.

—Ha tenido poco apetito, señor, le dijo la madre superiora.

—Está malo el ánimo, madre.

—Ruegue, pues, a la Santísima Vírjen que le dé paciencia i valor para sufrir su enfermedad i los dolores que le atormentan, añadió la madre.

—Sí, sí, dijo el enfermo, quizá sin darse cuenta de su contestacion, porque parecia bastante preocupado.

—¿Tiene usted alguna devocion por la Vírjen? le preguntó la madre.

—La tuve, contestó con violenta emocion. En la infancia la tuve, porque mi madre me enseñó varias oraciones; pero antes de ser hombre las olvidé completamente. Era yo niño cuando mi madre rezaba conmigo.....

Me separé de ella, i mis ideas cambiaron del todo; sin embargo, jamas he despreciado a la Vírjen.

—Por ella todo lo alcanzamos, añadió la madre N. Ella es nuestra abogada, i si la invocamos con el corazon, no nos abandonará. Tenga usted fé en ella....

—Sí, tendré.... Rueguen ustedes, buenas hermanas, para que ella me acuda. Yo he perdido la fé hace mucho tiempo....

—Rogamos todas por usted cada dia, le dijeron a la vez la madre superiora i la hermana X.

—Esperamos que Dios, por la intercesion de tan buena abogada, no se muestre sordo a los clamores de tantos que ruegan por usted, añadió la hermana X...

Valdes le dirijió una mirada i cerró los ojos.

—Vendrá el médico hoi? preguntó poco despues, pasándose el estremo de la sábana por toda la cara.

—No lo sabemos, contestó la hermana. Hoi no lo hemos tenido en el Asilo; parece que ha estado algo enfermo en la mañana.

—Estoi mui estropeado de la mala noche; no obstante, deseo no quedarme en cama; me parece que me encuentro mejor fuera de ella i fuera del cuarto.

—El dia está bueno, le dijo la hermana. Si se encuentra con un poco de fuerzas, puede usted salir a pasear por el jardin.

—Sí, lo haré, pero antes voi a dormir un momento. Tengo sueño.

I en el acto salieron del aposento las hermanas de la Caridad, encargándome que si ocurria algo estraordinario, les avisara, mani-

festándome ambas que encontraban mui mal i estremadamente abatido en ese dia al enfermo.

—Su enfermedad, peor cada dia, dije yo a la madre superiora i a la hermana X., toma proporciones que hacen temer un pronto i triste desenlace.

—Encuentro, me dijo esta última, que su corazon no está tan indiferente: algo de estraño se le nota, que hace esperar que abra los ojos. ¡Dios todo lo puede! Seria necesario que supiera su estado, i que no le tuviese oculta la opinion de los médicos, a fin de que se decida a ocuparse de su alma.

—No descuide usted, señor, la ocasion que pueda presentarse, añadió la señora superiora, dirijiéndome una mirada que suplia a todo cuanto no quiso, sin duda, agregar a esas palabras.

—Cumpliré, señora, con mi deber, hasta donde pueda con mi pobre amigo. No tengan ustedes cuidado.

I se despidieron, asegurándome que si les era posible, volverian en la tarde.

XXVI.

Como no era hora de esperar a ninguno de los médicos i el enfermo se habia propuesto dormir, me retiré a mi casa, donde tenia que aprovechar el tiempo preparándome para atacar de frente las graves dudas que se parapetaban tras de la conciencia del infeliz poeta, que le impedian ver claro su situacion, con ojos de verdadero cristiano, i resignarse a la vez a esperar el cumplimiento de la suprema voluntad de Aquel que marca las horas de nuestra mísera existencia.

Serian las dos de la tarde cuando regresaba nuevamente a la quinta, en cuya entrada encontré a la jardinera, que me notició seguia mui mal el enfermo, al cual entré a ver inmediatamente.

—Me ha abandonado usted, amigo mio, casi medio dia, me dijo apenas me vió. Gracias al amigo B. que me ha hecho compañia.

—Mientras usted dormia me propuse aprovechar ese tiempo, pues tenia que hacer, le contesté. Creo que el señor B. habrá hecho un magnífico compañero de usted; i sin disculparme le hago la pro-

mesa de no hacerme echar de menos otra vez. ¿Cómo sigue usted?

—Mal, amigo, mal. Despues que usted se fué he tenido mucha tos i los dolores son demasiado fuertes. Sin embargo, quiero levantarme, quiero salir de aquí... Hágame el favor de llamarme a Juana, agregó, incorporándose con trabajo.

I salimos el amigo B. i yo, entrando Juana momentos despues.

Cuando salió ésta, nos dijo que con trabajo habia podido vestirse el enfermo; que lo encontraba tan *malísimo*, que, a su modo de ver, no se levantaria otra vez de la cama.

—Hoi me parece un cadáver, agregó B. Yo tambien lo encuentro mui mal. Todo el tiempo que he permanecido con él ha estado medio despierto, medio durmiendo i como hablando con alguna persona, pero nada le he podido percibir. Luego, una ronquera como la de los moribundos, i los ojos entreabiertos; en fin, con todos los síntomas de un agonizante, agregó a media voz, pues ya nos aproximábamos a la sala de Valdes.

Antes de penetrar a ella, supliqué a mi compañero que fuera a noticiar a las hermanas de la caridad el estado de nuestro amigo, por si podian hacer avisar al médico, que nosotros no sabíamos dónde encontrar.

—Déme usted el brazo, me dijo el poeta tan pronto como entré. Quiero pasear un rato por el jardin i no tengo fuerzas. Hoi estoi mui mal, agregó, moviendo la cabeza i marcando su espresion con angustia.

No bien habia dejado el sillon donde estaba sentado, cuando el señor B., que aun no habia salido de la quinta, entró, diciéndonos que venian las hermanas de la caridad.

—Qué raro! dijo Valdes; quizá las trae el cuidado de que me haya empeorado! Son tan buenas!

Salí a recibirlas, cuando ellas esperaban ya en la puerta esterior de la residencia de su huésped.

—¿I cómo está el enfermo? me preguntaron a la vez la madre N. i la hermana X.

—Mui mal, les contesté. Dice qne se siente peor. Está levantado i desea salir al jardin.

—¿Lo podremos ver? preguntó la señora superiora.

—Las espera, les contesté, señalándoles la entrada a la sala.

—¿A qué debo esta buena visita? preguntó Adolfo, lleno de afecto, en el momento que entraban las hermanas a su habitacion.

—Nos hemos retirado no contentas de su malestar, i hemos querido verlo otra vez, por si necesita de nosotras, le contestó la madre N.

—¡Ah! esclamó el enfermo. ¡Cuánto debo a ustedes! Cuánto consuelan mis últimos dias!.....

I exhaló un suspiro, que salió del fondo de su alma.

—Parece que hoi está usted demasiado impresionado, le dijo la hermana X. ¿Por qué habla usted de sus últimos dias? continuó, mirándolo con interes, como si hubiera querido descubrir en la espresion del interrogado la sinceridad de la contestacion que debia dar a su pregunta.

—¿Por qué?... Porque creo que mi vida se apaga, i que se apaga pronto.

—¿Mui mal se siente usted? le preguntó la madre superiora.

—Cada momento peor.

—Necesario es, pues, pensar en el remedio que muchas veces nos dá la salud del cuerpo curando el alma, le dijo la hermana X.

—¿De qué modo? preguntó Valdes con desden mal reprimido.

—Como cristianos tenemos obligacion de arreglarnos con Dios, nuestro Señor, contestó la hermana. Esto, señor Valdes, usted debe saber que nunca ha abreviado un instante el término de la vida a nadie; pero sí consuela el alma, consuela el corazon, consuela a los deudos i a los amigos. Aquí estamos sus deudos i sus amigos. Nosotras somos sus hermanas, i le rogamos que no olvide que le pedimos una gracia que, con fundamento, esperamos nos conceda. En el Señor están reunidos todos los remedios. ¿Por qué no ha de estar en sus manos el que usted necesita para curar su enfermedad?....

—¡Ah! Me piden ustedes una cosa imposible.

—¿Imposible, cuando está en sus manos?

—Sí; imposible en el sentido que ustedes desean, porque en mi alma existen dudas e ideas terribles. Me asiste temor de escandalizar la fé de ustedes si se las llegara a manifestar; mejor dicho, temo lastimar su piedad, porque su fé no puede estar en peligro con mis malas doctrinas.

—No tema usted nada respecto de nosotras, si quiere tener confianza. Sea usted franco, le dijo la hermana. Hablemos, agregó con voz dulce, como animándolo.

Valdes callaba: parecia que no queria entrar en una cuestion que mas bien deseaba rehuir que afrontar.

Como su silencio se prolongara, la hermana X. volvió a tomar la palabra i le dijo:—Creo que hemos venido a causar a usted enojo mas bien que a consolarlo, i....

—Jamas me enojan ustedes, dijo Valdes interrumpiéndola; nó; estoi preocupado i no sé en lo que pensaba. Siéntese, hermana; se lo ruego. Hablemos de lo que usted quiera.

—Bien; seré franca. Desearíamos que tuviera usted la bondad de decidirse a tener una conferencia con un sacerdote que desvaneciera esas dudas que nos dice usted le atormentan.

—¡Oh! No soi capaz.... No... Tengo un horror a los frailes, que no puedo vencer. No deseo encontrarme otra vez en presencia de ninguno. Para discutir me bastan ustedes. Les confesaré tambien mis faltas, pero no me propongan que entre en conferencia con ellos.

—¿Cómo puede usted ignorar que nosotras no tenemos competencia para llenar la mision de confesar? Dios nuestro Señor nos ha señalado la Penitencia para que por ese medio alcancemos su perdon, i la Penitencia solo la recibe el sacerdote en nombre de Dios.

—Me han dicho ustedes que les hable con franqueza. Bien, pues: sepan que una de las cosas en que no creo es en la confesion. Quizá creia en ella cuando niño, pero despues he dudado de ese acto, que no es sino cosa inventada por los hombres.

—Ése es un error, señor Valdes. La confesion fué instituida por Dios, nuestro Señor. Ella comenzó desde Adan, que despues de haber desobedecido el mandato del Señor i conociéndose culpable, se fué a ocultar donde creia, como un insensato, que Dios no lo veria. El Señor lo llamó para que confesara su culpa, i éste no pudo menos que reconocerla. Voló al llamado de su juez, i entonces, al ser interrogado, la Sagrada Historia dice que contestó humillándose: «Sí, Señor; yo he comido del fruto que tú me prohibiste.» Esta fué una confesion real, que no se puede negar. Desde ese acto se estableció la confesion, i ella es, señor Valdes, la que, en medio de los sufrimientos de la vida, nos liberta de los eternos tormentos despues de la muerte. Esos padecimientos curan nuestra alma si los sabemos sobrellevar con paciencia i si los sabemos ofrecer al Señor. Ofrezca usted los suyos, i ya le llegará el dia de recibir el premio. Adan se habia hundido en la profundidad de su crímen de desobediencia: pesaba sobre él la maldicion del cielo, pero se libertó de

ella, i se levantó de la postracion a que lo redujo su culpa, por medio de la Penitencia que lo vino a redimir.

No desconocerá usted el otro pasaje de la Historia Sagrada que se réfiere al fratricida Cain, probando lo contrario de lo sucedido con Adan. Cuando Dios le preguntó por su hermano Abel, que acababa de matar, él contestó al Señor, a la vez que airado negando su pecado, que no era guarda de su hermano i que no sabia de él. Cain fué contumaz, negó su crímen, i cayó sobre él el anatema terrible de no alcanzar la gracia ni el perdon, como lo alcanzó Adan, que confesó i tuvo dolor...

—Yo respeto mucho sus creencias, dijo Valdes interrumpiendo a la hermana; pero perdóneme le diga que no creo en esa historia de Adan, ni lo que usted me refiere es, propiamente dicho, una confesion. Algunos han pretendido establecer el mismo principio que usted me viene repitiendo; pero convénzase usted que la confesion data apenas del siglo IV, i que es una invencion de los Papas i de los frailes reunidos en concilios.

—Nunca me convencerá usted de eso, que, pidiéndole perdon a mi vez, es un error grande. La confesion, le repito a usted, se estableció desde el principio del mundo, i el primer confesor ha sido el mismo Dios, su institutor.

Vamos, agregó la misma hermana: tengo la esperanza de que, si usted piensa bien en el mas importante asunto de que debemos ocuparnos, cual es la salvacion, mañana lo vamos a encontrar mas reducido i nos va a dar el gusto de entrar en una conferencia que le será mui saludable.

I se pusieron de pié la superiora i la hermana para despedirse.

—No cuestionemos nunca si a ello debo que se regresen tan pronto, dijo Valdes, dirijiéndose a las hermanas.

—Es tarde ya, dijo la superiora. Tenemos que hacer en la casa. Hemos salido solo por el cuidado que nos inquietaba desde que nos fuimos esta mañana, que no lo dejamos mui bien.

—¿No ha venido nuestro médico? preguntó en seguida la misma señora, con la afabilidad que le distingue, i dirijiéndose a mí.

—Lo espero con interes, le contesté, porque nuestro amigo necesitaria un consuelo de su parte.

—Quizá venga en la noche, dijo la hermana X., preguntándome en seguida si el doctor Allende no habia tampoco venido.

—Tampoco, le contesté.

—Nuestro pobre amigo está hoi abandonado de sus médicos. ¡Pobrecito! Tenga un poquito de paciencia. En la vida hai mucho que sufrir, le dijo la madre N. Adios, agregó. Mañana vendremos un poco mas temprano, i nos traeremos al médico.

—Hasta mañana, dijo la hermana. Dios lo mejore. ¿Nada tiene que encargarme? Nada desea usted que le mande? agregó, interrogando a Valdes.

—Nada, contestó éste; nada. Gracias hermana... ¿Por qué son ustedes tan buenas conmigo? añadió con una voz tierna, que se sentia salir de lo hondo de su corazon.

—Porque asi nos lo manda Dios. Nada tenemos de buenas: cumplimos con nuestro deber únicamente. I salieron.

—Dios...dijo el enfermo, moviendo su cabeza, como reflexionando.

Yo salí acompañando a las hermanas.

—Mui abatido lo vemos hoi. ¡Pobre jóven! esclamó la hermana X. No lo deje usted. Vuelva donde él, i ojalá que le dé ocasion de seguir tratando la cuestion planteada. Es preciso esforzarse hasta reducirlo a que se confiese, a que se convierta, porque el pobre parece bastante estraviado. Con todo, no creo que esté encallecida su alma. Algo está ya tocando el Señor a sus puertas. Tengo mucha fé en la oracion que me ha ofrecido recitar varias veces en todos sus momentos de dolor: ya es algo.

—Si la fé estuviera del todo perdida, dijo la madre N., no consentiria en rogar en medio de sus dolores.

—Es cierto, le contesté.

—Estaremos mas temprano mañana por aquí, me dijo la señora superiora, i se despidió, a la vez que la hermana X.

A mi regreso encontré a Adolfo paseando en la sala, i me manifestó su deseo de salir al jardin.

Le ofrecí mi brazo, i no lo aceptó, diciéndome que deseaba probar sus fuerzas, pues se encontraba algo mas animado de lo que estuvo al levantarse de la cama.

I salimos a paso mui lento.

XXVII.

No habiamos entrado aun a la calle central del jardin, que está cubierta por el parron, cuando Valdes sintió que le flaqueaban las piernas i que la delgada varilla de bejuco que llevaba no le era bastante para apoyarse. Tuvo entonces que apelar a mi brazo, que antes habia rehusado, creyendo que le fuese innecesario.

—Hasta las fuerzas van agotándose, me dijo. Parece imposible el cambio que he esperimentado en toda mi naturaleza en estos dos últimos dias. Vamos peor, i adelante, adelante... ¡Quién sabe lo que será de mí!... agregó, i se quedó contemplando una lindísima mariposa que perseguian los dos mas pequeños hijos de la jardinera, cuyo insecto seguia imperturbable posándose, ya en una rama, ya en otra, estrayendo del cáliz de las flores la delicada miel que el natural instinto le ha enseñado que allí lo ha depositado la mano de la Providencia para su conservacion i su sustento.

Cuando uno está sufriendo, me dijo despues incorporándose; cuando uno está triste; cuando sufre el corazon i el alma está apesarada i repleta de una melancolía cuya causa no se sabe esplicar bien, todo es triste, todo llora a nuestra vista. El sol no brilla, las flores parece que doblaran sus pétalos, que hubieran perdido su fragancia i su belleza. El azulado del cielo nos parece de un color indefinible. Los animales, las aves mas hermosas a la vista de todos, a la nuestra están vestidas de plumaje triste, como está nuestra alma; i si cantan, nos parece que repitieran los mismos ayes que de aquí adentro sentimos escapar en nuestras horas de dolor i de pesar. Todos los recuerdos mas amargos, mas terribles, mas fatales de nuestra existencia, se nos agolpan a la memoria para martirizarnos... Si algunos dias de dicha están en la balanza de la vida para contrapesar, los que siempre son mayores, los de llanto i de amargura, el recuerdo de ellos huye de nuestra imajinacion, pues parece que la crueldad del destino quisiera ser la esclusiva en adueñarse de nosotros, para lacerarnos el corazon. En fin, amigo querido; ni a nuestro lado, ni en lontananza vemos otro horizonte que aquel que nos cobija, preñado de horrorosas borras-

cas, de tempestades próximas a estallar i a descender sobre nuestras cabezas para destrozarnos como la gruesa granizada destroza las tiernas avecillas que, lejos del nido que con su pico tejieron, no tienen una rama que las cobije, ni las grietas de un tejado que las ampare...

Hoi es uno de esos dias para mí; hoi tengo ánsia de llorar; hoi echo de menos, como nunca, los dias de mi infancia, mi hogar, mi madre, a quien no veré más... mi padre, cuya frente no volveré a besar; mis hermanos, a quienes no estrecharé por otra vez; el cielo de mi patria, que no alumbrará ya ninguno de los dias de esta triste existencia que veo escapar de la caja de mi ser, como huye la ave prisionera de la jaula en que estuviera encerrada; mis amores, que si el destino no quiere coronar con la felicidad que yo soñaba, no podrán tampoco alcanzar que la mano de mi amada coloque sobre mi tumba la corona de siemprevivas, que es la última ofrenda que se deposita sobre la losa que encierra los restos del objeto amado. Y aquí, gracias al buen corazon de los que me acompañan, de las personas que, sin deber alguno, me atienden i me cuidan, yo veré quedarse a este mundo que sonrie a todo lo que existe, mientras yo me voi, mientras, entre las paredes estrechas de una tumba fria, voi a ser el alimento de los gusanos i a ser olvidado de todos, como se olvida a los muertos por los vivos... ¡Ah!... Esto es cruel, amigo del alma, esto es mui cruel!...

Y lloró con una triste amargura, que aumentó la que oprimia mi alma.

Yo queria hablarle, queria consolarle, queria decirle algo, pero no pude articular palabra. Solo un sollozo se escapó de mi pecho, i se fué a reunir en los aires con otro que salia a la vez del corazon de mi infeliz amigo.

Al fin, repuesto de mi turbacion, a la vez que obedecia su indicacion de conducirlo al pié de la higuera donde estuvo el dia anterior, le dirijí algunas palabras que, sin embargo de que estaba bajo la influencia de un gran dolor, no fueron bien aceptadas. Queria despertar en él la resignacion, que es el consuelo único de los que sufren; la conformidad con nuestro presente, que el Salvador nos aconseja a cada paso i que nos enseñó en esa escuela fecunda de su vida santa.

Mi amigo queria hacerse sordo a todo; estaba siempre renitente a abrir sus ojos a la luz; siempre causas diversas influyendo en su

presente, i jamas, i por modo alguno, la mano de Dios, la mano de Aquel que hace jirar al mundo, salir i ponerse el sol, alumbrar i oscurecer la tierra, dar i quitar la vida a cuanto hai creado, desde el rei de esa creacion hasta lo último de cuanto le está subordinado; desde el hombre hasta el gusanillo imperceptible que éste destruye con su planta; desde el mar con sus vivientes hasta el grano de arena que se cria en su profundidad; todo era la casualidad, todo era el querer de la fatalidad, todo era la fuerza del destino: nada la voluntad de Dios; i sin embargo, ya lo vemos marchar precipitadamente a su término, como la mariposa cuando revolotea al rededor de la lumbre, para caer en ella i perderse para siempre.

¿Qué resorte tocar, me decia yo mismo, para ablandar este corazon, para hacer rendir, ante las santas creencias de la fé, esa alma, si no encallecida, barnizada por el indiferentismo i por dañosas i erradas creencias? Quién pudiera acortar las distancias i traer en estos momentos a esa madre que tanto ama; a esa madre por quien, por fortuna, tiene una veneracion santa, i que es nuestra esperanza, para, en su nombre, alcanzar reducirlo al camino de la luz, al camino de la verdad i de la salvacion!...

Asi pensando yo, llegamos al fin al pié de la higuera donde el señor B. habia colocado el sillon de varillas de junco en que otra vez hemos visto descansar a nuestro amigo.

Se dejó caer en él, como el que acaba de vencer una larga travesía, i se cubrió la cara con su pañuelo.

XXVIII.

No pasarian cinco minutos, cuando la difícil i fatigosa respiracion de Valdes nos hizo comprender que dormia. El señor B. i yo nos retiramos a poca distancia de él, deplorando su mal estado.

Su enfermera llegó donde nosotros a decirnos que era preciso obligar al enfermo a tomar su dieta, pues el que en los dias anteriores no tenia otro pensar que los buenos i nutritivos alimentos, en éste no habia comido nada, ni en la mañana, ni al medio dia, i ya era tarde.

No debió estar durmiendo Valdes, pues a pesar de que estába-

mos retirados de la higuera i que su buenísima enfermera hablaba tan a media voz como era posible, levantó su cabeza i le dijo: que si era preciso alimentarse, estaba listo.

No trascurrió mucho tiempo, cuando Juana tendió sobre una pequeña mesa un albo mantel, i puso sobre él un cubierto, un plato, las tostadas de pan que siempre recomendaba el poeta que no faltaran, i otros platos con la reposteria de costumbre.

Como podia ser que deseara quedar solo mientras comia, propuse al amigo B. dar un paseo por el jardin, i asi lo verificamos, internándonos por el lado de los naranjos, lamentando siempre el próximo fin que esperábamos de nuestro pobre amigo.

Mi reloj señalaba las cuatro i cuarenta minutos cuando volviamos a su lado; parecia un poco mas animado, o mejor dicho, mas tranquilo de lo que habia estado en todo el dia. Comenzó a hablarnos de la hermosura de la tarde, de la pintoresca vista que presentaba el cerro que tenia al frente, i que contemplaba desdo su sillon, bajo de la higuera que le ministraba apacible sombra i una frescura deliciosa, embalsamada con el suavísimo aroma de las flores.

Hablaba asi con nosotros el desventurado poeta, cuando apareció el señor Allende Padin bajo el arco de la puerta de la quinta, i se dirijió hácia nosotros.

Yo le ofrecí mi asiento, que colocó inmediato al enfermo. Comenzó a interrogar a éste todo lo necesario para conocer qué curso habia tomado la enfermedad, i todas sus preguntas fueron satisfechas por el mismo paciente.

No contento, sin duda, el doctor con solo la esplicacion de Valdes, se puso de pié i comenzó a reconocerlo con grande prolijidad, aplicándole el oido por los pulmones i el pecho, i haciéndole diversas preguntas, obligándolo a que hablara i llegar asi, de mejor modo, a conocer el vordadero estado de las entrañas afectadas, operacion que terminó despues de un considerable rato.

Ni el médico dijo al enfermo el resultado de su inspeccion, ni éste trató de orientarse de él. Ambos temian, sin duda, el uno, causar una grave impresion, el otro escuchar una terrible sentencia. Médico i paciente guardaron silencio.

El semblante del doctor se demudó, a mi parecer; el del enfermo no sufrió, en mi concepto, alteracion ninguna.

El médico, recomendando a éste que siguiera tomando las cucha-

Digitized by Google

radas de morfina, se despidió con aire preocupado, que no pudo disimular bien. Yo le acompañé hasta la puerta, en la cual me dijo que era demasiado grave el estado de mi amigo: que el pulmon estaba totalmente perdido; i que podia decir marchaba *el hombre* a carrera a una inevitable muerte, que bien podia no tener lugar hasta despues de diez o doce dias; pero abrigaba temor de que se precipitara i desapareciera de un momento a otro por un ataque violento.

Esto me decia el señor Allende en voz baja, que parecia imposible hubiera podido llegar a oidos de una persona que estuviera al lado del jardin.

I se despidió, agregando que me preparara para sufrir un gran pesar, porque asi es cuando se pierde un amigo que se estima.

Cuando regresé, Valdes estaba pálido i demudado completamente: sus ojos se habian enrojecido. Me dirijió una triste mirada, i luego me dijo, dejando escapar un suspiro, que le diera el brazo i lo acompañara a su cuarto.

Ni él me dirijió mas palabra, ni yo me atreví a interrumpir el silencio que ambos respetamos hasta llegar a la sala.

—Que venga Juana, me dijo, apenas entramos.

I la llamó el señor B.

—Deseo acostarme i le ruego que me ayude, le dijo a su enfermera cuando entró.

Yo le ofrecí mis servicios i los rechazó, diciéndome que Juana le entendia bien.

El señor B. i yo salimos.

No pasarian cinco minutos, cuando salió Juana, i me dijo:—Dice el caballero que vaya usted solo, i que el señor B. se digne cuidar que nadie entre al cuarto mientras usted esté con él.

Me dió un vuelco el corazon, i en el acto sospeché el motivo de la llamada.

Rogué al señor B. que se dignara cumplir el encargo de Valdes, i penetré en la sala sintiendo escalofrios i una desazon que quizá la notaria éste en mi semblante.

—Estoi a sus órdenes, amigo mio, le dije.

—Gracias, me contestó con voz apagada. Un asiento, dijo en seguida, haciendo ademan, como si él mismo hubiera querido allegar la silla que estaba a los piés de su cama.

Yo la tomé i la coloqué delante de él, i mui inmediata.

Dirijió una mirada hácia arriba, dió libertad a un ¡ai! tristísimo, i fijándome sus ojos, que nunca me parecieron mas bellos, mas negros, ni mas brillantes, me dijo:—En nombre de la amistad que me ha brindado usted i que tan prácticamente me prueba cada dia, le pido un favor mui grande para mí.

I guardó silencio por un lijero momento.

Yo comencé a dudar de haber previsto el motivo de su llamada.

Cuando creí que se prolongaria aun su silencio, volvió a dirijirme la palabra.

—Antes de decir a usted lo que le pido, quiero que me prometa satisfacer mi deseo i ser tan franco cuanto debe usted ser desde que le pido me conteste con verdad.

—No creo que le he dado motivo para dudar de mí, le contesté.

—Nó, continuó; no se me ofenda, amigo del alma: es que hai ocasiones en que nos hacemos un deber de no ser francos, por el mismo cariño que tenemos para nuestros amigos.

Volví entonces a rectificar mi concepto i a tener seguridad casi evidente de lo que se proponia alcanzar de mí.

—Si lo que usted me pide está a mi alcance, le dije, sabe usted que nada me cuesta el complacerlo.

—Lo sé, amigo mio, i está ese convencimiento grabado en mi corazon.

—Pues mándeme usted.

—Le ruego encarecidamente que me repita usted con toda franqueza cuanto el Dr. Allende le ha dicho en la puerta de la calle cuando usted salió con él. Deseo saberlo todo.

Era lo mismo que yo habia sospechado.

No tuve valor para contestarle con la entereza que él habia requerido de mí antes de manifestarme su pedido, i comencé a vacilar. El valor me faltaba para repetirle la sentencia que a mí me habia trastornado ya por tres ocasiones.

—Su palabra está empeñada i no puede usted trepidar en cumplirla, sin darme derecho para decirle que el cariño que le merece un desgraciado amigo le hace faltar a ella.

I fijó otra mirada en mí que me causó vergüenza, pues me parecia una tremenda reconvencion.

Es la ocasion, me dije a mí mismo. Quizá Dios toque de este modo el corazon de este desgraciado. Cumpliré con mi deber.

Sin embargo, guardaba silencio a mi pesar, i me costaba trabajo

decidirme a lo mismo que mas de una vez habia acometido, aunque indirectamente.

Valdes no habia separado su mirada de mí; i viendo que no acababa de decidirme a revelarle lo que deseaba, me dijo:—Todo lo he oido, amigo mio.... El Dr. ha dicho a usted que no hai remedio; que los pulmones están perdidos.... ¿Es cierto?

—Es cierto.

—Que cada dia mi mal se desarrolla con mas violencia, i que no abriga esperanza alguna. ¿Verdad?

—Verdad.

—Que el término de mi vida es corto. ¿Cierto?..... Dígame la verdad, amigo mio: contésteme, se lo ruego.

—Si usted ha oido todo, ¿por qué quiere martirizarse más con la confirmacion de ello?...

—Porque dudaba de lo que he oido. Me parecia haber soñado i queria que usted me lo repitiera.....

Un profundo silencio reinó por largo tiempo en la sala. Parecia que ninguno de los dos únicos que en ella nos encontrábamos teníamos la facultad de la palabra.

XXIX.

Aquel silencio no podia prolongarse por mucho mas tiempo, i me decidí a interrumpirlo, dirijiéndome al infortunado Adolfo.

—Amigo querido, le dije: en momentos como estos no nos queda otro recurso que apelar a los dulces consuelos de la relijion, para, en su seno, mitigar nuestros dolores i alcanzar la resignacion que necesita el hombre para esperar el cumplimiento de la voluntad de Dios. ¿Qué lo detiene, amigo querido, para volar a los brazos de la iglesia, para buscar en el regazo del Señor la paz de la conciencia, que es tan necesaria para esperar con la tranquilidad del cristiano la hora tremenda de nuestro fin? Yo no creo que se haya apagado en su alma la vivificante luz de la Fé, las creencias de la relijion verdadera del Crucificado, las que en su niñez inculcó en usted ese ser amado que siempre le hablaba de Dios i que le

enseñó a pronunciar su santo nombre. ¿Qué lo detiene, amigo mio, qué lo detiene?.....

—Mis creencias..... Ya he dicho a usted que no creo en Jesucristo, en primer lugar; en segundo, no creo en la confesion. Lo primero como lo último, son causas poderosas que me alejan de la iglesia; i para evitarme cuestionar sobre ello, todo lo salvaria si acabara en este acto esta existencia por demas triste, por demas desgraciada. Yo moriré i descansaré desde luego. Esto es lo que deseo, esto es lo que quiero alcanzar.

—Triste error, amigo mio. Una muerte como la que usted desea seria una muerte eterna, i usted no ha sido creado para morir eternamente, sino para salvarse i vivir para siempre, llenándose asi el fin para que hemos sido creados todos los hombres. No hable usted de ese modo; disipe usted esas creencias que dañan su alma, i piense en salvarla, porque Dios se lo manda.

—Mis creencias están arraigadas en mi corazon i me parece que nada me las hará cambiar.

—No es cierto esto. Recuerde usted que incrédulos verdaderamente tenaces han abierto los ojos ante la clara luz de la Fé i han alcanzado la salvacion. Dios solo exije dolor verdadero, arrepentimiento sincero i confesion formal. Por estos medios han alcanzado el perdon tantísimos incrédulos que a la vez han combatido a Jesucristo, a su iglesia i todos cuantos misterios nos exije la fé que creamos i veneremos.

—Pero yo no creo en la divinidad de Jesucristo, le repito: por consiguiente, no puedo creer en lo demas, i esto me alejará para siempre del seno de la iglesia católica, que tiene sus exijencias a ese respecto.

—Nada importa; no será usted el primero que ha negado a Jesucristo, ni el último que lo confiese i que crea firmemente en él, ya se lo he dicho otra vez. Lo negaron, como usted lo niega hoi, allá en los primeros tiempos, innumerables herejes, muchos de los cuales se perdieron, es verdad; pero hubo tambien otros muchos que llegaron a convertirse, i algunos de ellos son las principales lumbreras de la iglesia católica. Tiene usted entre ellos a varios santos padres, como San Pablo i San Agustin, dos figuras las mas culminantes que sostienen el edificio del catolicismo. Tiene usted al emperador Juliano, que tanto persiguió a la iglesia de Jesucristo, i que en el combate, sacándose el dardo que lo habia herido de

muerte, pronunció la blasfemia:—"Galileo, venciste." Este no pidió perdon, es verdad, pero reconoció a Jesucristo, que lo vencia con su gran poder.

Mas, no vayamos tan lejos: fijémosnos en los tiempos modernos, en que la incredulidad se ha desencadenado con mas furor contra Jesucristo, contra su doctrina i contra su iglesia. Tiene usted entre los mas conocidos enemigos del hijo de Dios, que murió en una Cruz por redimirnos del pecado, a La-Mettrié Boulainvilliers, Montesquieu, Fontenelle, Boulanguer, Robinet, Larchez, Foussaint i tantísimos que puede usted encontrar en la historia, que despues de tan enemigos del Cordero de Dios, no han querido morir en su pecado i han hecho pública confesion de sus errores, convirtiéndose a ese mismo que tanto persiguieron. Voltaire, el incredulo mas empecinado, el enemigo acérrimo de Jesucristo i de su iglesia, aseguran varios autores que habria confesado sus errores, a no ser porque sus cómplices le impidieron que lo hiciera. Del famoso Bouguer, de quien, despues de su muerte, decia d'Alembert: "Acabamos de perder la mejor cabeza de la Academia," hai un hecho mui notable. Este, antes de morir, dijo, delante de muchas personas:—"He sido incrédulo únicamente porque he sido corrompido. Es mi corazon mas bien que mi cabeza el que necesita ser curado." I en efecto, su conversion fué sincera i edificante.

¿Duda usted de la divinidad de Jesucristo; de Jesucristo que, en su nacimiento, obligó a los magos a adorarle i a reconocerle por su Señor i por su Dios; a quien los astros del cielo señalaron, i a quien los animales adoraron, dejando de ese modo cumplidas las profecias que le habian anunciado? ¿Puede usted dudar de buena fé de su muerte, de su resurreccion i de todo cuanto le ha hecho reconocer como el prometido Mesias? Los grandes sucesos, desde su nacimiento hasta su resurreccion gloriosa, demuestran que solo Dios ha podido hacerlo, con ese inmenso poder que a El solo corresponde. Su divinidad, i su santa mision de Redentor, quedó demostrada a la luz del mundo con sus grandes milagros.

—Otra grave cuestion para mí. Yo no admito ni reconozco los milagros.

—No admite usted los milagros! ¿i por qué? ¿No cree usted que un hecho tan notable como la resurreccion de Jesucristo, si no hubiera sido milagro, al trascurrir los siglos se hubieran desengañado los hombres i se hubiera puesto ya en trasparencia que habia sido

una escandalosa supercheria? ¿No estaria ya descubierta tal farsa, tal invencion, desde que la esperiencia nos enseña que nunca pueden quedar ocultas por mucho tiempo? ¿Se imajina usted que la relijion católica, basada en la divinidad de ese hombre-Dios, cuya existencia quiere usted por desgracia desconocer, habria podido propagarse en su nombre como la fecunda semilla esparcida sobre un terreno fértil, si no fuera la única, la verdadera, la santa relijion que todas las jeneraciones han reconocido? Fíjese usted, por ejemplo, en que los que abrazan esta relijion del crucificado la han encontrado, desde su oríjen, contrariando todas las pasiones del corazon humano, i a la vez que derramando sobre él la luz de la verdad, exijiendo el sacrificio i las mas duras pruebas a todos sus afiliados. ¿Cree usted por ventura que las innumerables víctimas sacrificadas por los perseguidores del cristianismo, se han dejado llevar al altar del sacrificio solo por un capricho o por un fanatismo ciego, como dicen los que niegan o aparentan negar la santidad, la divinidad de esa relijion? ¿No cree usted que a esos corazones los ha guiado otro impulso mas elevado, mas santo, mas sublime, i de consiguiente el convencimiento de que, al derramar su sangre, lo hacian por defender la bandera de Jesucristo, bajo cuya sombra ha fructificado la saludable semilla del Evanjelio derramada por El mismo con su santa palabra? ¿Se imajina usted que el mismo Jesucristo, que elijió un patíbulo para en él ofrecer su sangre preciosa en redencion del hombre, lo habria hecho, lo habria podido hacer, sin tener que rendir obediencia a una mision divina que cumplia sumiso i resignado? ¿Quién sino Jesucristo ha hecho tanto por los adoradores de la Cruz?... ¿Qué hizo Mahoma? ¿Qué hizo Lutero? Qué hizo Calvino? Qué hicieron otros tantos fundadores de relijion? Nada, nada absolutamente, amigo mio. Ninguno de ellos ha ofrecido sacrificio tan valioso i de tan grandes resultados como el Mártir del Gólgota; i lo que es más, ninguno de ellos (fíjese usted en esto i contésteme) ha pretendido siquiera ser Dios. El único que lo dijo, el único que se presentó en el mundo como tal, fué Jesucristo, i este es el único a quien los hombres, desde su época hasta la fecha han seguido, en cuya mision divina han creido, i cuyo nombre santo han venerado, como creerán i venerarán en él todas las jeneraciones venideras hasta el fin de los siglos. ¿Cuál de los citados dijo nunca ser el hijo de Dios, ser Dios mismo?

—Ninguno.

—Eso es; ninguno, porque Mahoma i los otros solo se atrevieron a decir que eran enviados de Dios; pero ninguno dijo ser el mismo Dios. Jesucristo lo dijo en nombre de su padre, i todos le creyeron; i todos los que tenemos fé nos complacemos en creerlo, pues aunque la fé faltara, la propia razon nos lo demuestra con toda claridad. No puede usted ignorar que en los diez i nueve siglos trascurridos, han doblado la rodilla millones de millones de hombres ante Aquel que se ofreció en la Cruz para redimirnos del cautiverio de la culpa, para salvarnos i abrirnos las puertas del cielo, que la desobediencia de Adan nos habia cerrado desde el acto en que obedeció al jénio del mal, sublevándose contra el mandato de Dios. Siento no ser bastante competente en la materia para apagar en usted ese calor de dudas que calcinan su corazon, cuando en contrario caso, las creencias del gran misterio que usted quiere negar, de la existencia de Jesucristo, hijo de Dios vivo, derramarian sobre su alma dulcísimos consuelos, porque la Fé es la que nos sostiene, es la que nos da valor en los combates que tenemos que librar con el dolor i las desgracias; porque la fé es la que nos consuela en todas las aflicciones de la vida. Tenga fé, amigo mio; llámela a su corazon, i no solo se consolará usted mismo, sino que nos consolará a todos cuantos le queremos, a todos los que tenemos interes por usted. Abra sus ojos a la luz de la fé, que quizá no son arraigadas creencias sino erróneas doctrinas, estudiadas o imitadas, i respetos humanos los que le exijen fidelidad para ellas... No soi bastante capaz para convencerlo, lo repito. Busque usted, llame usted a una persona competente, a un sacerdote que desvanezca sus dudas con mas convincentes argumentos que los mios.

¿Por qué duda usted? ¿Qué razones poderosas tiene para desconocer la existencia del adorable Mártir de su propia redencion, que ahora mismo, aunque usted lo niega, le ama, lo llama, porque quiere que no se pierda su alma hecha a semejanza de la de El mismo? Abra los ojos, amigo mio: crea usted. Yo se lo pido por el ser que mas ama su corazon. Decídase a conferenciar con una persona autorizada, con un ministro de Dios, i usted no tardará en llegar a la verdad, de la que no puede estar mui lejos.

—Quizá creeré en este punto. Recuerdo lo que dicen varios autores que he leido antes de ahora. Entonces no me convencieron; pero ahora vienen a mi imajinacion sus argumentos. Dejemos este asunto. El caso mas fuerte, el mas repugnante i del cual nada me

convencerá, es la confesion. Para mí es duro, es imposible resolverme a presentarme delante de un hombre como yo para confesarle mis delitos. ¡Eso es insoportable! Usted quiere que yo entre en conferencias con uno de esos frailes. Es tan imposible, como lo será quizá mi sanidad. Me basta con usted, ya que debemos continuar esta discusion.

—No soi bastante espedito ni fuerte en el asunto. He leido, es verdad, i no hace sino horas que he dejado de estudiar la cuestion; pero apelaré, sobre todo, a la voz de mis creencias, a la voz de mi fé, i espero que estarán en mi ausilio.

—Repito, pues, que no puedo aceptar la confesion como una institucion divina. Tengo sobre el particular mis creencias i juicio formados, i me asisten muchas dudas que no me han solucionado ninguno de los mas acreditados autores que se ocupan de la materia, particularmente Balmes i Augusto Nicolas. Los pasajes de la escritura, que debieran ser los mas claros i no dejar duda alguna, todos los que he encontrado i que se aplican a la confesion, son por demas oscuros i no pueden convencer a nadie.

—No está la oscuridad en ese libro, que es el mas sublime que hai escrito i que encierra eternas verdades. Nosotros vemos todo como están nuestros ojos. Si ellos están cerrados a la fé, todo es oscuro e imposible de comprenderse. Deseo que me diga usted cuáles son esos pasajes que encuentra oscuros en la Sagrada Escritura i que no son convenientemente citados tratando de la confesion.

—Este, por ejemplo:—*Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en los cielos, i todo lo que desatáreis en la tierra, será desatado en los cielos.* Usted ve que aquí nada se dice de pecados ni de confesion; de manera que puede bien entenderse como el ejercicio de cualquiera otra autoridad, i sin embargo, los frailes citan esto como uno de los argumentos para convencer que Jesucristo instituyó la confesion.

—Quiero como usted convenir en que este pasaje no sea del todo claro, aunque a la verdad, no puede aplicarse a otra institucion que a la confesion Sacramental, por la circunstancia de que Jesucristo lo dijo a sus discípulos. Pero ¿cómo interpretaria usted estas otras palabras que, tan claras como terminantes, dijo el mismo Jesucristo a los apóstoles?—*Recibid al Espíritu Santo, i aquellos a quienes les perdonáreis sus pecados, les serán perdonados, i a aquellos a quienes se los retuviéreis, les serán retenidos.*—No cono-

cia usted estas palabras? No las ha leido usted en la misma Escritura?

—No recuerdo.

—Convendrá usted en que ellas son bastante claras i terminantes, pues hablan de perdon i de pecados, i en que el mandato que encierran no quedaria cumplido sin conocer esos pecados por la acusacion que se haga de ellos, i sin que hubiese en los sacerdotes, que representan a los apóstoles el poder de perdonarlos. Agregue usted que nuestro Señor Jesucristo dijo tambien a sus mismos discípulos:—*A vosotros daré las llaves del reino de los cielos,* i usted comprenderá que serian inútiles, si no hubiera una institucion que, a la vez que impone a los pecadores la obligacion de manifestar sus culpas, da a los sacerdotes la facultad de absolverlas.

—Pero ¿cómo es que, si fué Jesucristo el que instituyó la confesion, no fué él el primer confesor en ejercicio de ese poder que delegaba en sus discípulos? Usted no me podrá citar un solo ejemplo en que Jesucristo confesase a ningun pecador.

—No es de difícil contestacion este argumento; pero ante todo debe usted comprender que Jesucristo, en su sabiduria infinita, no necesitaba conocer la conciencia de los hombres por la acusacion de sus pecados. Como Dios, conocia los últimos secretos del corazon humano, i por lo tanto, le bastaba estar cierto del arrepentimiento del pecador para perdonarlo; asi es que ejercia ese poder divino perdonando a los pecadores, en vista de la declaracion de su arrepentimiento. ¿Qué hizo con Maria Magdalena, cuando bañada en llanto: se echó a sus piés implorando su perdon? La perdonó, diciéndole, *Te perdono tus muchos pecados, porque has amado mucho.* ¿Qué hizo con la mujer adúltera cuando fué acusada i se preparaban para castigarla? Despues de decir a sus mismos acusadores, que el que estuviese limpio arrojara la primera piedra, i como ninguno pudo cumplir su fallo, se dirijió a ella diciéndole:—*Mujer, ya que ninguno de tus acusadores te condena, yo te perdono retírate i no quieras pecar más.* ¿Esto; qué ha sido, amigo mio? ¿No es confesion? No es perdon?... Ya he dicho a usted que para nuestro Señor Jesucristo, era innecesaria la confesion oral, porque él conocia el fondo de la conciencia humana, i solo exijia la declaracion del arrepentimiento. Tiene usted otro ejemplo que debe conocer.

—¿Cuál?

—El paralítico del Evanjelio.

—Refiéralo usted.

—Al paralítico lo sanó milagrosamente Jesucristo, precisamente por medio de uno de sus prodijiosos milagros. Se encontraba esplicando a los judios la autoridad que como Dios tenia de perdonar los pecados de los hombres. Su auditorio se escandalizaba de oir aquellas palabras, i decian en su interior que no creian en semejante autoridad. Entonces el Señor, para quien nada habia oculto, penetrando en lo mas recóndito de aquellos corazones, les dijo:—*Qué creeis que sea mas fácil: ¿que se perdonen los pecados, o que yo diga a ese paralítico:* LEVÁNTATE I ANDA? Ellos, que conocian al enfermo en ese estado desde largo tiempo, creyeron llegada la ocasion de declarar embustero a Jesucristo; i por supuesto, todos unánimemente estuvieron por lo último. Entonces el Señor dijo al paralítico, señalandolo: "*Levántate i anda.*" I se levantó i anduvo, en medio del asombro de todos. Por todos estos hechos verá usted que Jesucristo, en mas de una ocasion, perdonó los pecados, i que no es difícil probarle la divinidad de la confesion, con otros muchos milagros semejantes a los que le he referido, milagros que no niegan, en conciencia, ni los mas encarnizados enemigos del Hijo de Dios.

—Bien; convengo en la verdad de esos hechos, pero es cosa sabida, i usted no lo ignorará, que la confesion oral no estuvo en uso en la iglesia hasta el siglo IV.

—Reconoce usted la verdad de los hechos que le acabo de citar, i se contradice volviendo al mismo error sostenido de mala fé por los enemigos de la iglesia. Estos dicen que comenzó en el siglo IV i que se estableció definitivamente por Inocencio III en el siglo XIII por medio del 4.° concilio de Letran; pero viene desde Jesucristo, como se lo he manifestado. Viene de mas atras aun: desde el tiempo de Adan.

—En probarme eso está empeñada la hermana X.

—Pues le probará a usted con ello la verdad, porque el Señor recibió la confesion de Adan i lo perdonó. No hace mucho que veia el argumento de usted sobre la institucion de la confesion en el siglo IV, en la nunca bien celebrada obra del padre Ventura; i voi a referirle la contestacion que allí he encontrado i que me parece mui satisfactoria.

"En el 4.° concilio de Letran, dice mas o menos, no se trató de establecer la confesion, que ya estaba en uso. Lo que se estableció allí, por el año 1215, fué que los fieles cumplieran un precepto con-

fesando por lo menos una vez al año, so pena, durante la vida, de prohibírseles la entrada en la iglesia, i despues de muertos obtener sepultura eclesiástica; i de aquí los enemigos de la iglesia han formulado el argumento de que la confesion sacramental comenzó a ejercerse solo desde aquella fecha.»

Para que usted se convenza, voi a citarle, no solo los autores a que se refiere el padre Ventura, sino varios otros que prueban tan claramente como él que la confesion se observaba en la iglesia antes del concilio de Letran. Tiene usted, por ejemplo, a San Ambrosio, a San Gregorio Nazianceno, San Cirilo de Jerusalen, San Efren, San Basilio, San Atanasio, San Cipriano i San Clemente de Roma, que existió en el siglo primero de la iglesia.

—Pero todos esos son, por supuesto, escritores interesados en el triunfo de los principios defendidos por ellos mismos.

—Pero cuya autoridad i veracidad no ha negado nadie. Si usted duda de ellos, veamos si le dan mas fé Oríjenes, Tertuliano, Lucio, Celio, Lactancio i otros muchos cuyos nombres seria largo enumerar. El último de los citados dice en una obrita titulada «Instituciones,» hablando de la circuncision antigua de los judios, estas palabras: «La circuncision del corazon de que habla el Evanjelio, consiste precisamente en el arrepentimiento de los pecados que arranca el sacerdote por medio de la absolucion.»

—¿Pero si son tan claros los testimonios que usted acaba de citar, cómo es que los protestantes sostienen que la confesion sacramental es solo una invencion establecida por el concilio de Letran?

—Comprende usted que los protestantes han necesitado falsear los hechos para eximirse ellos mismos de respetar una institucion opuesta en todo a sus creencias; pero, sin embargo, los protestantes de buena fé, que los ha habido i los hai entre las ciento setenta i tantas sectas en que están divididos, han tenido que reconocer i confesar la verdad. Tiene usted entre ellos al célebre Leibnitz, que en su sistema teolójico, dice, entre otras cosas:—«Es sin duda un gran beneficio de Dios haber dado a su iglesia el poder de perdonar i retener los pecados, poder que ella ejerce por los sacerdotes, cuyo ministerio no puede despreciarse sin pecado.»

—¿Esto dice el protestante?

—Sí.

—Tiene usted otro, autor de las cartas a *Atico*, Lord William, que habla mas o menos en los mismos términos que Leibnitz. Por

último, para que vea usted claramente la mala fé de la mayoria de los escritores protestantes que atacan la confesion, voi a recordarle las mismas palabras de Lutero, que encontrará usted en un pequeño catecismo que escribió:—«Preferiria, dice, soportar mas bien la tirania del Papa, que consentir en la abolicion de la confesion.» Usted ve, por esto, que no es invencion de nadie, que hasta el mismo fundador del protestantismo, que consintió al fin en abolir la confesion, ha dado pruebas evidentes de creer en su divina institucion.

—¿Luego, por qué consintió en la abolicion de ella?

—Clara es la contestacion. Era el recurso mas poderoso que se le presentaba para combatir a la autoridad de la iglesia, i ademas, para aparentar tranquilidad en el crímen horrendo que usted conoce que cometió casándose con la monja Catalina, violando asi sus sagrados votos.

—¿Pero no me dirá usted por qué todos los protestantes que antes creian en la confesion, se conformaron con la abolicion de su ejercicio, decretada por Lutero?

—Le diré el por qué. Casi todos ellos, i especialmente los principales reformadores, como Calvino, Carlostadio, Zwinglio i otros, se encontraban en el mismo caso de Lutero. Hombres de costumbres depravadas, se vieron en la necesidad de consentir en la abolicion de la confesion para permanecer tranquilos, al parecer, en el ejercicio de sus crímenes. No habrá dejado usted de conocer por la historia, que esa abolicion desorganizó por completo las naciones mas civilizadas de Europa, de tal modo que mas tarde los Luteranos de Nuremberg acreditaron una embajada cerca de Carlos V pidiéndole se dignase dictar un decreto por el cual se restableciera la confesion, haciendo a la vez la misma solicitud los ministros de Estrasburgo. El emperador dictó sus decretos de acuerdo con las peticiones; pero sabe todo el mundo que fué de todo punto imposible que se hiciera aceptar por medio de su mandato una institucion que solo Jesucristo, como Dios, ha podido imponer a los hombres.

—Luego es un hecho que no está en uso la confesion entre los protestantes, ni se ha restablecido la antigua costumbre desde la abolicion de ella por Lutero.

—Está en uso, sin embargo, en muchas sectas protestantes, en especiales i notables casos. La iglesia anglicana, por ejemplo, la tiene en práctica con los moribundos. Para mí ha sido un caso mui curioso ver, en el tercer tomo del catecismo del abate Guillois, que el

ministro anglicano, despues de oir la confesion del penitente, le da la absolucion. He tomado íntegra la forma en mi cartera, i va usted a oirla. Es esta:—«Nuestro Señor Jesucristo, que ha dejado a su iglesia el poder de absolver a todos los pecadores que se arrepienten i que creen en él, quiera perdonarte tus ofensas, por su gran misericordia, i en virtud de su autoridad, que me ha sido confiada, *yo te absuelvo de tus pecados. En el nombre del Padre, del Hijo i del Espíritu Santo. Amen.*»

Comprenderá usted que estas palabras tan parecidas a las de nuestra absolucion, han sido tomadas de la iglesia católica, de la cual, como sabemos, se separaron los protestantes por divorciarse de la obediencia del soberano Pontífice.

—Pero, sin embargo de todas las razones que me ha alegado usted pretendiendo probarme la divinidad de la confesion, ¿podrá usted negarme que el acto es penoso i bochornoso?... ¿No es verdad, que es demasiado duro tener que humillarse ante un hombre semejante a nosotros, comunicarle nuestras ocurrencias, faltas o crímenes que pertenecen únicamente al fuero interno de cada uno?... No tiene modo de ser, ni racional, no obstante cuanta cita me ha hecho usted, i sin embargo de que los autores a que usted se refiere quieren probar que la confesion viene, segun unos, desde los dias de Jesucristo, i segun otros, que fué puesta en uso desde los tiempos de Adan.

—Cuanto usted quiera tendrá el acto de duro i humillante. Yo confesaré con usted que es penoso tener que descubrir nuestras faltas a otro hombre que, como tal, puede ser tan frájil como todos. Cierto i mui cierto que es doloroso; pero ello mismo está probando que la confesion, con todas esas repugnancias, no es una institucion humana sino divina; i convenga usted, amigo mio, que, al no serlo, ningun hombre se habria sometido a su lei; ninguno se someteria a ella.

—Hai que fijarse en una cosa. Sabido es que los hombres la damos siempre de imitadores, i mui bien ha podido ser una costumbre la que se observa hoi, imitando lo que hizo alguno la primera vez.

—Es una ocurrencia orijinal, amigo mio. Usted me perdone, pero no se le ha ocurrido a un protestante semejante objecion. Será, pues, como usted lo supone; pero dígame: ¿es o nó cierto que en toda institucion importante conserva la historia el nombre de su autor?

—Es cierto.

—¿Conserva imperecedera la misma historia, i marcada perfectamente la época, el lugar, cuándo i dónde ella se ha establecido?

—Sí le conserva.

—¿Queda en las tradiciones la constancia de las discusiones versadas sobre esa institucion i sobre los muchísimos hechos que por la importancia del asunto le inmortalizan i ponen al alcance de las jeneraciones venideras?

—Sí queda. ¿I qué quiere usted averiguar con sus preguntas?

—Voi a ello. Dígame usted ahora: ¿quién fué el autor de esa costumbre que imitamos? ¿En qué pais nació ella? En que época, i cuáles fueron los que combatieron a ese hombre tan atrevido que se propuso imponer un yugo tan insoportable a los demas?

.....

¿No me contesta usted?.. Yo sé que no podrá contestarme satisfactoriamente con la lójica de sus argumentos.

—Bien; bueno, pero yo encuentro que ese acto me contraría de todos modos. Repito a usted, no parece ni natural.

—¿I por qué?

—Por las razones que ya le he dado; porque es demasiado duro revelar a un hombre como nosotros las faltas que hayamos cometido.

—Ya he dicho a usted que tiene razon: es duro, mui duro; pero usted mismo, más de una vez, no ha sentido esa repugnancia para comunicar sus secretos en una íntima conversacion, a cualquiera de sus amigos. Conmigo lo ha hecho usted varias veces. Todo lo que hai de especial es la fórmula, la humillacion exijida por el mismo acto; porque Dios ha querido que asi sea, para distinguir al juez del reo, i para que, en la humildad natural del acto, quede consignado nuestro propósito de la enmienda i el reconocimiento de nuestras culpas. Hai otra circunstancia sobre esto: el sacerdote no es en ese momento el hombre simplemente; al ejercer su ministerio como ministro i representante de Jesucristo hace sus veces; i es tan cierto esto i tan convincente, que al principiarse la confesion, no decimos: Yo, pecador, me confieso a tí, a vos o a usted, sino:—"Yo, pecador, me confieso a Dios," etc. Ademas, recordará usted que el sacerdote, al ejercer esta mision, la ejerce en nombre del Espíritu Santo, porque, como le he dicho otra vez, Nuestro Señor Jesucristo, al establecer la confesion, empleó las palabras:—*Recibid al Espíritu Santo, etc.* Por esto es que no hai tradicion en la historia del mundo de

que ningun sacerdote, aunque se haya pervertido, más aun, aunque haya llegado a la insensatez o a la locura, haya jamas revelado el secreto de la confesion; el que intente afirmarlo es un impostor. Mas bien sabemos por la misma historia que los tiranos han sacrificado a muchísimos padres de la iglesia porque no se han dejado arrancar ese sijilo que Dios les ha mandado guardar. En una palabra, amigo Valdes; yo le aseguro, i quiero que tenga presente estas palabras:—El hombre, en medio de las ajitaciones borrascosas de la vida, en sus dolores i angustias; cuando las torturas del pesar i de los grandes contrastes destrozan su corazon i todo le parece oscuro: su pasado, su presente i su porvenir; cuando la desesperacion quiere apoderarse de él, i cuando nada i nadie puede consolarle, en la confesion, en la reconciliacion con el Señor, ha encontrado siempre el remedio de sus dolores i tormentos i el bálsamo que ha curado las heridas de su alma. Esto es lo que yo vengo a pedirle; esto es lo que yo deseo alcanzar de usted en estos momentos en que mi alma no es indiferente a sus angustias, en que comparto de ellas con toda la sinceridad de la amistad que le profeso.

—¡Ah, amigo mio! Basta... No me conformo, porque no satisface a mi corazon el llamarlo amigo; déme su vénia para decirle mi hermano, porque solo asi podia usted inspirarme tanto cariño, tanto amor: deme ese gusto i déjeme desahogar con usted mis pesares i el dolor de mi alma...

I me echó los brazos, i lloró sobre mi pecho, juntando sus lágrimas con las mias.

—Bien, le dije reponiéndome. Me gozo con el título que me da usted, i me complace dárselo a mi vez. El me dará el derecho que quizá no podia tener como amigo simplemente, para insistir en mi súplica, en mi ruego.

—Mil dudas, dijo desprendiéndose de mí, embargan mi alma; cada instante mas i mas se agolpan a mi mente e invaden mi corazon. Los mismos argumentos aducidos por usted, las mismas pruebas, las mismas autoridades que usted me ha citado, han avivado más esas dudas i acabado de sumirme en un abismo del que me parece imposible salir.

—Imposible no lo es. No desconfie usted de que Dios le consuele, de que derrame sobre su alma su santa gracia, i con ella la luz que necesita. Pídale fé, i él se la devolverá, si usted la ha perdido: invoque a Maria, a la Vírjen Santísima, que en estos momentos nos au-

silia; que cuando no tenemos salud nos la dá; que cuando estamos aflijidos nos consuela; que, cuando estraviados i sumidos en el pecado, nos refujia en su castísimo seno, porque es nuestra madre, i para la madre no hai hijo malo ni infiel, por mucho que la hayamos disgustado en nuestra vida. Vea usted en ella a su protectora, invóquela como tal, i ella acudirá a consolarlo, como acude en todas nuestras horas de angustia. Recuerde usted a su amante madre; recuerde usted que ella lo condujo en su niñez por el camino del bien. Pídale a la Vírjen Maria, que es ahora su madre mas amante, ya que está lejos la que lo llevó a usted en sus entrañas, sea doblemente su madre i le tienda sus protectores brazos. Quiera usted tener fé i la tendrá. Quiera creer en los santos misterios de que una doctrina desgraciada le hace dudar, i creerá usted. Quiera decidirse a vencer esas dudas, i las vencerá. Quiera usted amar a Dios, reconocer a Nuestro Señor Jesucristo como su divino hijo, i lo amará i lo reconocerá. Someta usted a todo su voluntad, i todo lo habrá conseguido.

I lloraba el infeliz poeta sin poderse contener.

—Lo importunaré quizá, hermano mio, le dije; pero quiero que me otorgue la gracia que le voi a pedir.

—¿Cuál?... La que usted quiera, contestó lleno de sentido afecto.

—Pues bien, querido mio: concédame el consuelo de decidirse a aceptar una conferencia con un sacerdote ilustrado, la que disipará en usted las crueles dudas que yo, en mi incompetencia, no he podido sino aumentar, a mi pesar. De este modo conseguirá usted la tranquilidad, la paz del alma de que tanto necesita.

—¡Imposible! Yo no podré estar delante de un fraile con tranquilidad, i mucho menos para dejarme convencer por él. Nó, jamas, agregó con voz altiva, como si hubiera querido hacerme comprender bien su decision, su irrevocable voluntad.

—Es el único modo de llegar a un fin dichoso; es el único medio por el cual alcanzamos el perdon de Dios i la salvacion del alma, i usted no puede querer perderse eternamente.

—Si en eso consiste...

Yo proseguí, i me decidí a tocar el último resorte de su corazon.

—Me ha dicho usted muchas veces que ama a su madre con vehemencia...

—I nadie puede negarlo ni desmentirme, me dijo interrumpiéndome.

—Cierto; pero, quién sabe si el amor de ella lo pospusiera usted a sus creencias!

—¿Por qué? ¿De qué modo?

—Voi a decirle; pero antes quisiera que usted me dijera si está resignado a no verla más.

—Jamas estaré resignado a ello.

—Yo lo creo asi; sin embargo, a cualquiera haria usted dudar con su obstinacion en no volver a la iglesia católica, de la cual le alejarán las creencias que tiene usted, si no se desprende de ellas.

—I bien?

—La fé nos enseña que los justos van a gozar de nueva vida, como ya lo he dicho a usted mas de una vez. En esa nos vamos a reunir con los que amamos en la tierra, si ellos guardaron tambien las santas leyes de Dios.

—¿I qué? volvió a preguntar, interrumpiéndome con gran interes i ajitacion.

—Allí encontraremos a la madre querida, a quien veremos despues de la larga separacion que de ella hemos sufrido en la tierra. Allí, a los piés del trono de Nuestro Creador, nos estrecharemos con ella para no separarnos más, porque de esa patria nadie nos destierra; porque allí las pasiones humanas no nos arrancarán del seno de los seres queridos; porque hasta allí no llegan los odios de nuestros enemigos; porque allí, en fin, todo es paz, todo es dicha, todo es gozo por una eternidad. Si usted ama a su madre, como yo no lo dudo; si usted la quiere consolar; si usted no quiere negarle el consuelo de que le encuentre un dia allá en el cielo; si usted quiere volver a verla, estar a su lado, para no separarse jamas, el camino que allí lo conducirá es el que señala la fé, es el camino de la gloria eterna de Dios, en cuya vía entrará usted creyendo en lo que nos enseña la iglesia, observando los preceptos que ella nos impone en nombre de Dios, amando el nombre de su divino hijo, el nombre adorable de Nuestro Señor Jesucristo, creyendo en su divinidad, creyendo en todo cuanto nos ha enseñado i nos ha mandado observar i creer. Si usted no amara a su madre; si usted no quisiera abrigar la esperanza de verla otro dia, no crea nada, no confiese, no pida perdon a Dios. Niegue todos los santos misterios; no oiga a nadie; despídame de su lado; arroje usted a cuantos le queremos; prohiba usted a las piadosas hermanas de la caridad que le hablen de Dios; mande usted decir a todas las buenas personas que se inte-

resan i ruegan a Dios por usted, que acallen sus plegarias, que no rueguen, que no pidan por su salvacion, porque usted no la desea...

—¡Nó! nó! Yo no quiero perder a mi madre: yo quiero creer, quiero creer... Ruegue por mí. No me abandone... ¡Mi madre! mi madre!...

I lloró nuevamente, con la dulzura del que llora en el seno de la resignacion.

Pasó un largo rato en que él lloraba i yo le ministraba mis consuelos; i tendiéndome su mano, me dijo con voz tranquila i suave: Déjeme pensar, hermano mio; déjeme tranquilizar, pues la ajitacion que esperimento es estraordinaria...

Me pidió un poco de agua con coñac, la que le serví inmediatamente.

Luego llamó a Juana, i le dijo:—Me siento mui mal. Le ruego que nadie que desee verme, entre. Cualquiera que sea, dígale usted que no puedo recibir; que me encuentro demasiado mal. Si algo necesito, tocaré la campanilla.

Yo salí junto con Juana. Eran las ocho i cuarto de la noche.

XXX.

No solo trabajó mi cabeza en la lucha sostenida con el desventurado Valdes, sino que se interesó muchísimo mi corazon. Me sentia dominado por un sentimiento i una angustia que me convencian a mí mismo del grado de cariño que habia cobrado en el infortunio a aquel que, si se quiere, me habia sido indiferente en sus mejores dias.

Es indudable que el dolor i la desgracia despiertan la simpatia, hasta en aquellos que no nos han conocido ni de nombre, sentimiento que nace del amor a nuestros semejantes; que el mismo Dios ha infundido en nosotros, i que nos enseñó con su doctrina i con su ejemplo hasta consumar su sacrificio en el Calvario. Allí aprendimos a amar al hombre por Dios; allí presenció el mundo el primer milagro del sacrificio del Hijo de Dios para redimir a toda

la humanidad; allí se consumó la mas grande obra de caridad, que jamas imitaremos bastante con consolar al aflijido, con dulcificar los dolores del enfermo, con partir nuestro pan con el que llora de hambre, con cubrir las carnes del desnudo, con cobijar i amparar al huérfano abandonado de todos en el mundo. Ninguno de esos actos i cuantos otros se ejerzan, aunque nos demanden sacrificios, ninguno, ni todos reunidos pueden compararse con el ofrecimiento de la sangre derramada por la víctima sagrada del Gólgota, solo para nuestro bien, para salvarnos i rescatarnos de la esclavitud del mal.

Estas i otras reflexiones cruzaban por mi mente, cuando al ver que mi reloj señalaba las diez, me encaminé de nuevo a la quinta con el fin de ver al poeta i servirle la dosis de jarabe de morfina que tomaba cada noche con el fin de conciliar el sueño, o mejor dicho, para no sentir los dolores que en sus insomnios lo hacian padecer tanto.

Cuando llegué donde él, me dijo que habia estado allí el doctor Bobillier, que habia dejado una receta, cuyo medicamento deberia tomar en la mañana siguiente, i que mandé traer en el acto a la botica mas inmediata.

Habíale aumentado mucho la fiebre, i seguia tan abatido, que, despues de tomar la cucharada de calmante, me dijo que lo dejara i me volviera a casa. Sin embargo, lo acompañé hasta las doce, hora en que me retiré sin que hubiéramos cambiado una palabra más.

XXXI.

La consiguiente inquietud de mi espíritu casi no me permitió descansar durante la noche, i me hizo ocurrir al dia siguiente, mui de madrugada, a la morada de aquel que, en medio del inmenso dolor que destrozaba su alma, me habia llamado su hermano, título que tenia para mí un aliciente poderoso de satisfaccion verdadera.

Cuando llegué a la quinta i penetré en la sala, dormia Valdes, al parecer mui tranquilo, i volví a salir de puntillas, cuidando que mis pisadas no turbaran su sueño.

La inmejorable Juana, que venia del interior del jardin con di-

reccion a mí, me dió cuenta tan pronto como nos reunimos, de la malísima situacion de su enfermo i de la noche tan ajitada que habia pasado. Esto probaba que habia sido impotente el narcótico que se le habia servido en la misma dosis ordenada por los médicos, i que cada dia progresaba la enfermedad, resistiéndose a los ataques que le dirijia la ciencia.

Pasaria un cuarto de hora mas o menos, cuando el sonido de la campanilla nos hizo notar que estaba visible nuestro amigo, i me dirijí donde él.

—Mui temprano por aquí, querido hermano, me dijo con notable dulzura.

—He madrugado más que de costumbre; es natural que esté temprano con usted, le contesté. ¿Quiere usted tomar la bebida recetada anoche por el doctor? le pregunté en seguida.

—Sí, la deseo, i ese era el objeto de mi llamada.

La tomó, i luego me dijo que tenia sueño aun, i que deseaba dormir un rato más.

Entorné un poco más la puerta, i me dirijí a uno de los bancos del jardin.

———

El dia anterior habia recibido mi correspondencia del Perú, cuyo contenido habia herido hondamente mi corazon. Saqué mi cartera, i de ella la carta que mas me interesaba, i me puse a leerla por la tercera vez.

.....

¡Cuántas veces me interrumpia a mí mismo! Cuántas veces me parecia oir la propia voz de la persona que habia trazado las líneas que llenaban el pliego que tenia en mis manos!... ¿A dónde me remontaban las sentidas palabras casi borradas por las lágrimas derramadas sobre ellas i que traian hasta mí la realidad del dolor de un ser amado?... Contesten por mí el esposo arrancado alguna vez de los brazos de la esposa; el padre que alguna vez perseguido por oficiosos enemigos, hubiese estampado en el momento de su huida un amante beso sobre la pura frente de sus tiernos hijos, con los que dejó la mitad de su alma, i que recuerde si aquel fué el último que dió en la vida a alguno de ellos...

La presencia de dos personas desconocidas para mí, que habian llegado hasta las inmediaciones del lugar donde yo estaba, me sacó del abandono en que me habian colocado todas mis ideas, i los

Digitized by Google

recuerdos que vinieron a aumentar mi natural abatimiento. Doblé la carta, la encerré nuevamente en mi cartera, i me interné en el bosque que forman las camelias i enredaderas en el estremo derecho del jardin.

Sin embargo de que la mañana parecia hermosísima i la venida del sol hacia alegre cuanto me rodeaba, para mí, desde la luz de ese sol brillante que despedia rayos de fuego sobre toda la ciudad i doraba la copa de los árboles, hasta el canto de las aves que le saludaban i el perfume de las diversas flores que, erguidas unas sobre mi cabeza i humildes otras a mis piés, ostentaban sus bellos i delicados matices, todo era mástio, todo carecia de sonidos, todo carecia de aroma i de encantos a mi vista i a todos mis sentidos. La luz del sol me parecia pálida i macilenta, como nos parece la luz plateada de la luna en una noche de pesares i dolores. El canto de los pájaros era triste, sin armonia i sin órden, como son los lamentos de la madre i de la esposa que llora la pérdida del hijo amado i la ausencia del compañero de toda su vida; como es el llanto desgarrador del hijo cuando la crueldad de los tiranos le arranca del regazo de su padre i le arroja a lo profundo del abismo de todas las miserias; como es la dolorida plegaria que el padre dirije al Dios de las justicias pidiéndole pan para sus hijos, a quienes lo daba únicamente con el producto santo de su trabajo... Todo era oscuro, todo era triste: nada tenia armonia, porque cuando el hombre sufre, no vive mas que para el dolor; para el dolor que, sin embargo, alienta nuestro ser i fortifica nuestra vida, enseñándonos a amar a los que como nosotros sufren, pues nada perfecciona el corazon del hombre tanto como la escuela práctica de las grandes desgracias, i nada enseña a valorizar las ajenas lágrimas tanto como las que nosotros mismos hemos derramado en aras del implacable infortunio.

Yo era presa de un dolor desordenado, avivado por motivos distintos, i tenia miedo de permanecer allí en ese lugar, abandonado a los rigores que descargaba sobre mí. Me dibujaba en la imajinacion el cuadro de los mios, a la vez que deploraba el próximo fin de mi desgraciado amigo, que, lejos como yo de la patria amada i de los seres mas queridos, esperaba la hora tremenda de la cesacion de la vida, sin ver quizá la luz de la fé i sin escuchar al lado la plegaria de los suyos.

Era preciso salir del lugar en que me encontraba, i pronto

estuve frente a una portezuela que me guió a la calle central que conduce a la puerta principal de la quinta.

Allí, paseando a lo largo de ella, pensaba nuevamente en algo que no sabré referir, porque ni entonces ni ahora me he dado cuenta de qué se ocupó mi imajinacion en una hora que habia trascurrido.

Cuando dieron las ocho en el reloj de la iglesia vecina, en el mismo en que Valdes oyó dar las seis en la mañana siguiente a su entrada en la quinta, me dirijí al aposento de éste con el propósito de cerciorarme si dormia aun, o averiguar, en caso opuesto, si deseaba tomar algun lijero desayuno.

Al asomar la cabeza, pues iba con la cautela necesaria para no hacerle ruido, ví que tenia entre sus manos el emblema cuya leyenda *Si fuera verdad* ya conocemos desde el dia en que se lo dió la hermana X. El estado de su semblante me hizo reconocer que estaba conmovido i que sufria su espíritu en el combate empeñado sin duda con su razon; juzgando importuna mi presencia, me retiraba ya, cuando me llamó, invitándome a que entrara.

No bien me ocupaba en pedirle cuenta de su actualidad, cuando los pasos de una persona que llegaba hasta la puerta me hicieron separar de su lado para ver quién era, i me encontré delante del doctor Allende Padin, a quien, desde luego, acompañé hasta la cabecera del enfermo.

Volvió a examinarlo con prolijo cuidado, i no escaseó las preguntas que creyó necesarias para conocer el curso del mal que, cada dia i cada hora, agotaba las fuerzas i cortaba la vida de aquel por quien siempre reconocí que dicho caballero tenia un interes por de mas recomendable; i terminó su visita como la terminan todos los médicos con el enfermo a quien no pueden dedicar siquiera una palabra de esperanza.

XXXII.

Apenas hube vuelto al aposento del enfermo despues de acompañar al doctor hasta la puerta de la quinta, comenzó Valdes a referirme cómo habia pasado la noche anterior, agregando que sentia un cansancio i un abatimiento superior al que habia esperimentado hasta esa fecha:—No sé a qué atribuir, me dijo, la causa para pasar

ajitado todas las noches. Sueño tan repetidamente i de tal modo, que se representan a mi vista, con una perfeccion que me admira, los objetos, los campos i las personas, al estremo que hai momentos en que dudo de haber soñado, i creo que me ha pasado una escena real i verdadera, i no como es, dibujada en mi fantasia por el poder de la ilusion. Esta mañana, por ejemplo, habia hablado con usted cuando aun no habia amanecido. Hablé con Juana, i ella o usted, me dieron a beber una especie de jarabe, cuyo gusto me parece sentir ahora mismo, i...

—No ha soñado usted, le dije, interrumpiéndolo. Lo que usted refiere es la realidad de lo acontecido. I le señalé el frasco que contenia el medicamento, que era precisamente el recetado la víspera por el doctor Bobillier; recordándole asi mismo que habia tocado la campanilla con el objeto de pedirlo, i que luego me habia manifestado su deseo de dormir un rato mas.

—Quizá ha sucedido en realidad. Recuerdo lo que usted me dice; pero me afirmaba mas en que habia sido sueño, porque tengo presente que entré en discusion con usted i con las hermanas; i por último, aquí ha estado mi madre: la he visto, he oido su voz, he sentido el calor de sus brazos que me estrechaban; he sentido sus lágrimas que caian ardientes sobre mis mejillas; he oido su voz, i recuerdo lo que me decia, lo que me pedia, lo que exijia de mi en nombre de su amor... Las hermanas no han venido ni pueden venir tan de mañana. Mi madre... no espero la dicha de verla ni de abrazarla, quizá nunca... He soñado, pues; he soñado...

—Creo tambien que es un sueño en esa parte i no debe usted dudar de ello; pero no dude tampoco de que las palabras que cree haber oido de boca de su buena madre, sean las mismas que, quizá en esa hora, ella lanzaba por los aires, o al pié de alguna imájen de Dios o de la Vírjen, pidiéndoles en el fervor de su dolor i de su amor, que trajeran sus ruegos hasta el corazon de usted. No dude que esas lágrimas, que usted dice haber sentido caer sobre su rostro, sean las mismas con que su pobre i aflijida madre demanda, quizá en este mismo momento, la gracia i la misericordia de Dios para usted, para que no le abandone en las tristes horas de su penosa enfermedad. La madre, hermano querido, vela en la tierra por nosotros. Ella sabe, porque el corazon se lo dice, cuando sufrimos, cuando padecemos; i ¡cuántas veces las lágrimas de una madre aflijida, depositadas en el ara del altar, han alcanzado la salvacion del

hijo que andaba estraviado por el mundo! ¡Feliz usted que tiene ese consuelo, aunque esté lejos de ella! ¡Triste de aquellos que temprano la perdieron i en las angustias de su vida no pueden, como usted, pronunciar ese nombre querido, ese nombre venerado, despues del nombre de Dios! No dude, se lo ruego, que llegará un dia en que verá usted a su madre. Ese dia dichoso está en el propio querer de usted el llegar a gozar de él; entonces espero que vivirá usted con ella para no separarse más. Créalo asi, amigo i hermano mio, créalo, porque debemos creer en las promesas de Dios.

Al terminar esta última palabra, Valdes hizo una violenta esclamacion pronunciando el nombre de su madre, i se cubrió la cara.

Yo salí fuera de la sala.

XXXIII.

Juana se dirijia donde mi pobre amigo con el fin de decirle que estaba listo su almuerzo, La detuve i la hice regresar, pues el enfermo no estaba en ese momento en condicion de recibir a persona alguna.

Pasaria mas de media hora cuando regresé donde él a anunciarle que era tiempo de que tomara su alimento, en lo cual convino, pidiéndome que se lo llevaran.

En este momento llegó la madre N. i la hermana X. que disputaron a Juana el derecho de servir a su huésped, complaciéndose Valdes con tal comedimiento de parte de las bondadosas hermanas de la caridad, que cada dia le daban una nueva prueba de cuánto lo estimaban por el solo hecho de ser desgraciado i estar lejos de su patria i su familia.

Sin embargo de que las condiciones en que se encontraba su ánimo no eran mejores que las del dia anterior, pudo tomar su dieta que, sin sentir i sin mucha disposicion, se la hacian pasar las insinuaciones de las amables servidoras que tenia por delante.

Terminada esta dilijencia, la misma superiora se ocupó del aseo de la habitacion, no consintiendo tampoco que Juana lo hiciera, por mas que ésta se quejaba de que ese dia le habian invadido todas sus *legales atribuciones.*

Arreglada ya la humilde habitacion del poeta, la hermana X.,

colocándose frente a el, volvió a acometer de nuevo el fuerte que, desde el dia anterior, habia comenzado a recibir un ataque decidido, i el que ya veremos si puede continuar su resistencia.

—Hemos sabido, le dijo, que ayer terminó usted el dia mui ajitado i sufriendo bastante.

—Asi ha sido, contestó el enfermo. Dia terrible para mí de todos modos, al estremo que he sufrido varios accesos, primero, cuando ustedes estuvieron aquí; despues, en lucha con mi inmejorable amigo, que ha dejado de serlo, para pasar a ser mi hermano. A poco de haberse retirado ustedes llegó el doctor Allende: su opinion ya la habrán sabido. En la noche estuvo aquí tambien el doctor Bobillier i me encontró con muchísima fiebre. La noche ha sido terrible. No cierro los ojos, durmiendo o no durmiendo, sin que al momento esté soñando o figurándome siempre cosas que me aflijen más. Este soñar tan constante, ustedes saben bien, que es efecto de mi debilidad, del estado en que me pone la fiebre, i en mucho es producido por el efecto de la morfina que me dan, no para que duerma, sino para que no sienta los dolores naturales de esta cruel enfermedad. Asi vamos, hermana mia, hasta que llegue el momento de descansar.

—Ese es el momento que es preciso esperar con toda resignacion i perfectamente reconciliado con el Señor, despues de haberlo desenojado, despues de haber implorado su perdon i de que nos lo haya otorgado por medio de sus ministros. Para esto es preciso no dudar, tener fé i creer en la verdad, que es la que Dios nos ha enseñado i nos enseña cada dia...

Valdes lanzó un suspiro que interrumpió a su interlocutora.

La hermana continuó:

—Ayer me permití decir a usted que, con el fin de que desaparecieran completamente las dudas que tiene, era preciso que conferenciara con un sacerdote, i ahora le suplico nuevamente que se decida a ello.

—Ayer, como he dicho a usted, he hablado largo con este amigo, contestó, señalándome, i todo lo que me ha espuesto, me ha producido mayor ajitacion, pues a la vez me ha traido recuerdos que me han aflijido demasiado. Yo les ofrezco a ustedes que no moriré sin confesion Les ruego, sí, que no me hablen mas de ella. Cuando me decida a entrar en una conferencia, yo mismo la provocaré; pero quiero que nadie me lo exija.

—No se lo exijimos, replicó la hermana; se lo rogamos, por el bien de su alma, por el consuelo de los que tenemos interes por usted. No le pediré que se confiese: quiero únicamente que se decida i me prometa aceptar una visita de un sacerdote, que nosotras le garantizamos que le dejará contento, le agradará tratarlo como amigo i llegará usted a tener confianza con él.

—Si fuera un Dr. Taforó, a quien tuve ocasion de conocer al venir de Limache hasta Viña del Mar, con el cual tuve ocasion de hablar algo sobre el estado del Ecuador i reconocer en él ilustracion i persuasion, me decidiria a dar gusto a ustedes; pero con ninguno otro lo haria.

—Ese señor está en Santiago, i seria difícil que viniera, le dijo la madre N.

—Esperemos entonces una ocasion en que llegue aquí, por alguna circunstancia, agregó Valdes.

—No deseamos que usted deje a tal continjencia lo que le pedimos nos dé el gusto de ver realizado pronto. Nosotras le tenemos otro sacerdote con quien le gustará tratar tanto como con el señor Taforó; tan afable, tan insinuante como él. Decídase usted a aceptar una simple visita, i si le disgusta, avísenos, que nos encargaremos de evitarle todo desagrado.

—¿Quién es ese?

—Es el señor Donoso, cura de la parroquia del Espíritu Santo. ¿Le conoce usted? ¿Le ha oido mentar alguna vez?

—No le conozco, pero sí he oido hablar de él. ¿Es un orador?

—Sí; es el mismo.

.....

Valdes guardó un largo silencio que la hermana interrumpió diciéndole:

—Contéstenos, señor Valdes; se lo ruego. Denos gusto. ¿Qué perderia usted con aceptar una simple visita de un buen amigo?... Nada; complacernos i complacerse usted mismo, pues tenemos seguridad de que usted quedará satisfecho de él.

—Es un escelente señor, agregó la madre superiora. No se quejará usted de nosotras cuando le conozca; crea usted que tendrá realmente en él un buen amigo. Vamos, denos usted su consentimiento para traérselo.

Hubo un nuevo momento de silencio, despues del cual, dijo, al fin, Valdes:

—Bien: convengo en aceptar una visita de ese señor Donoso, como amigo de ustedes; pero les ruego que no me venga a hablar de confesion, porque me produciria gran disgusto. Si me resuelvo a confesarme, lo manifestaré yo mismo con toda mi voluntad.

La hermana X. le contestó, dejando notar la alegria en su semblante:—Ya creo bien que usted mismo nos pedirá la confesion, i tengo la esperanza de que no será mui tarde. Quizá se decida usted cuando llegue a conferenciar con el señor Donoso.

—No lo sé, contestó Valdes, fijando en la hermana una mirada escudriñadora. I luego continuó: No hace mucho que yo concurria en Lima a unas conferencias promovidas por un clérigo bastante ilustrado que allí existe: monseñor José Antonio Roca. Nos reuniamos varios: muchos, que no creian en nada, i otros, ciegos creyentes. Eran conferencias interesantes, porque casi todos los concurrentes eran bastante capaces para la discusion. Yo en ese tiempo, ni tenia intencion, ni pensaba ni queria convertirme. Me gustaba asistir allí, porque en verdad era, lo que se puede decir, un acto literario; ahora es cosa distinta.... ustedes todos han despertado en mí un secreto impulso que no sé a dónde me arrastra, i quizá por la primera vez pensaré en aquello que me ha sido tan indiferente. Trataré de ello, si consigo desvanecer las dudas que me asisten.

—Se convencerá usted, amigo; lo esperamos de Dios i de la Santísima Vírjen, le dijo la madre N.

—Rueguen por ello, añadió Valdes lleno de emocion.

—Lo hacemos diariamente, i ahora vamos a redoblar nuestra plegaria. Por la oracion se consigue todo, señor Valdes. Estará usted un poco cansado, i es hora de que lo dejemos, le dijo la misma señora superiora dejando su asiento.

—Sí; es preciso que descanse usted. Cada vez que nosotras venimos. lo fatigamos demasiado, agregó la hermana X.

—Oh, no, dijo Valdes; lo que ustedes me hablan no me cansa. Estoi mui satisfecho cada vez que ustedes están conmigo: quisiera que estuvieran siempre aquí.

—Nos vamos con sentimiento siempre que nos despedimos de usted; pero tenemos mucho que nos llama al Asilo, le dijo la madre.

—Lo considero. Gracias.

—Le recomiendo mucho al nuevo amigo que luego tendrá usted por aquí, le dijo la hermana X.

Digitized by Google

—Creánme que lo trataré como amigo de ustedes i que me entenderé con interes con él, si supiese inspirármelo.

— No lo dude, dijieron a la vez la madre i la hermana.

I despidiéndose salieron de la sala.

Lejos ya de ésta, tanto la superiora cuanto la hermana X. me manifestaron lo contentas que salian de su visita, porque ya lo creian todo conseguido. Esperamos, me decian, que quizá esta misma tarde esté decidido a confesarse. Dios nos ha oido; redoblaremos nuestros ruegos.

En seguida me dijo la hermana que era necesario no perder la oportunidad de la buena disposicion en que estaba Valdes; que ellas habian hablado en la mañana con el señor Donoso, i que le habian indicado, que una vez que estuviera el enfermo decidido a recibirlo, se lo avisarian. Las distribuciones de la casa, continuó, no nos permiten separarnos de ella hasta despues de la una de la tarde, i seria conveniente que usted se apersonara donde dicho señor, a hacerle presente la decision de nuestro amigo.

Yo le ofrecí verificarlo así, i se retiraron, encargándome que les avisara el resultado.

Al regresar donde Valdes, me dijo, que tenia resolucion de no recibir en cama al señor Donoso, i que se levantaria aunque fuera para estar dentro de la habitacion.

Apoyé su propósito, indicándole que no lo realizara hasta mi regreso; i prometiéndole no tardar mucho, salí acompañado de mi hermano F., que acababa de llegar, i del señor B., que ofreció presentarnos donde el señor Donoso, aquien hasta ese dia, solo conociamos de vista.

XXXIV.

Despues de una hora de haber salido de la quinta, nos dirijimos, guiados por el señor B., a la casa parroquial del Espíritu Santo, i fuimos presentados al señor cura don Salvador Donoso. En ese acto se nos reunió otro caballero amigo nuestro.

Encontramos en el párroco a uno de esos hombres con quienes basta cambiar un saludo para conocerlos, i que, por la franqueza de

su carácter, por su buen porte, distinguidas i delicadas maneras, se atraen nuestras simpatías i acaban por cautivarnos de un modo poderoso. Es asi indudablemente para todos el estimabilísimo párroco del Espíritu Santo. Nosotros sentimos el motivo que nos hizo conocerlo, pero nos congratulamos infinito de haber adquirido en él un escelente amigo.

Fuí yo quien le hice presente el objeto de nuestra visita, la cual quizá habia sospechado, pues me contestó que prevenido por la hermana X. de lo que se trataba, esperaba ser avisado para dirijirse donde nuestro amigo.

I nos ofreció estar en la quinta a las dos de esa misma tarde, es decir, una i media hora despues.

Agradeciendo debidamente su ofrecimiento i las consideraciones a que desde luego le fuimos deudores, nos despedimos de él, tomando la direccion de la Merced.

Yo me separé de mis compañeros, rogando al amigo B. que se fuera donde el enfermo, con el cual estaria dentro de breves momentos.

No tardé, mucho en efecto, i a mi regreso a la quinta estaba ya Valdes en disposicion de dejar la cama. Me pidió que llamara a su enfermera, la que, a la sazon, llegaba a la puerta de la sala anunciando a dos hermanas de la caridad.

Era la hermana A. acompañada de otra respetable hermana del hospital; las presenté a mi amigo, i fué grande la satisfaccion que tuvo al conocer a aquella, a quien, ya hemos dicho, somos deudores de la buena acojida i de tanta consideracion que debemos a las caritativas moradoras del Asilo del Salvador

Mucho consoló ésta a su nuevo amigo. Acostumbradas las hijas de San Vicente a derramar dulces consuelos sobre el corazon del afligido enfermo i del que encuentran en su camino sumido en las desgracias que persiguen a la humanidad, tienen palabras llenas de uncion para el que soporta, impaciente muchas veces, los dolores de una cruel enfermedad i los terribles padecimientos del espíritu. Su voz llega al corazon, como los puros cánticos de la virtud, que derraman a torrentes sobre él la santa resignacion, que purifica i hace soportables todas sus angustias al desgraciado.

Yo ví en ese acto a mi amigo recojiendo con toda su atencion las palabras que, con humedecidos ojos, le dirijia su nueva conocida, que le decia con su loable interes: que el amor al semejante se

concibe por Dios, que nos enseñó a amar con tan sublimes lecciones, desde su doloroso caminar por este mundo hasta aceptar i soportar una afrentosa muerte.

Al despedirse la hermana, dió a Valdes un precioso emblema que representa el corazon de Jesus:—Este está con nosotros en las horas de dolor i nos consuela, le dijo al entregárselo. Quiera usted conservarlo, para encomendarse a él. Tenga fé de que este corazon que tanto nos amó, está abrasado en ardientes llamas de caridad, de amor i de justicia para con el mundo, i es el que derrama sobre él su santa misericordia, porque es nuestro asilo, nuestro consuelo i nuestra esperanza.

Lo recibió el poeta, i fué la primera vez que lo ví reverente. Estampó un beso piadoso sobre el emblema, i me pidió desde luego que se lo colocara en un marquito a la cabecera de su cama.

Las hermanas se despidieron, i Valdes les rogó que repitieran su visita, lo cual le ofrecieron verificar cada vez que sus atenciones del hospital se lo permitieran.

—Cómo no he tratado ántes a tan buenas jentes! me dijo cuando volví donde él. Cada hermana de caridad que conozco me parece un ánjel más; i en justicia declaro a usted que siento en mi alma veneracion por ellas, i mui sincera por toda la institucion, que, es preciso confesar, es una de las mas grandes de beneficencia que conocemos...

En este instante Juana penetró en la sala i dijo al enfermo que eran las dos de la tarde i que tenia lista una taza de chuño, que era preciso tomara. El aceptó, i le fué servida.

Refocilaba el estómago nuestro amigo con lo que acababa de servirle su cuidadora, cuando paró un coche a la puerta de la quinta.

Saqué mi reloj: señalaba las dos i quince minutos.

Era el señor cura del Espíritu Santo, que, al salir yo, esperaba ya en la puerta principal del departamento que ocupaba el poeta.

Nos dirijimos al jardin para hacer tiempo i no perturbar o desazonar al enfermo. Pasariamos allí unos diez minutos mas o menos, despues de cuyo tiempo me dirijí a anunciarle la visita que le esperaba, lo cual le sorprendió bastante.

Despues de fijarme una mirada en la que parecia interrogarme si la recibiria o nó, juntó los labios i volvió a abrirlos, produciendo un sonido que todos conocemos i sabemos producir; i como el

que se resigna a pasar por un lance inevitable, me dijo:—Haga usted entrar al cura.

Introducido a la habitacion el señor Donoso, i presentado por mí al poeta, éste lo recibió con la finura del hombre bien educado i del cumplido caballero.

Despues que pasaron las jenerales de saludo i ofrecimientos de ambos, busqué pretesto para salir i dejar a los nuevos amigos solos i en absoluta libertad.

Dieron las tres, las tres i media, las cuatro; i si no podiamos asegurar que duraba la conferencia, era de suponerse que asi fuera, porque continuaba la puerta cerrada, i ni el párroco salia, ni el enfermo llamaba.

Pasó un cuarto de hora más, pasó media hora i, al fin, el señor Donoso salió con el rostro encendido i los ojos humedecidos, lo que nos hizo comprender que la lucha habia sido fuerte, i que el corazon habia tomado parte en ella i quizá alcanzado la victoria.

—Hemos demorado algo, nos dijo el señor cura al amigo B. i a mí. He quedado con el señor Valdes de volver mañana. Trataré de complacerlo en su exijencia de que le haga una visita diaria. Hemos quedado mui amigos. Me ha interesado mucho: franco, inteligente, i por último, tan amante a su madre! Al hablar de ella, ya no ha podido contenerse. En su nombre, tengo fé que lo conduciriamos a cualquiera parte. Queda mui abatido i mui cansado. Me ha encargado que lo llame a usted, me dijo, estendiéndome la mano i asegurándome al despedirso, que estaba espedito en cualquier momento que se le llamase.

Yo me dirijí donde Valdes.

Lloraba aun. Me estendió los brazos, que yo recibí entre los mios, i esclamando, como fuera de sí, me dijo:—¡Quiero creer; quiero creer, hermano mio! Fortalézcame su fé, que quiero participar de ella por completo.

I desprendiéndose de mí, señalándome el asiento que habia ocupado el señor Donoso, i apretándome la mano, continuó de esta manera:

—He sido un insensato. He tenido cerrados los ojos a la luz, porque en ello se interesaba mi corazon, que dió acojida a las malas doctrinas que escuché, i me obligaron a guardar fidelidad a las exijen-

cias de algunos que, en mi juventud, me arrastraron por los escabrosos caminos de la impiedad i de la duda. Yo, como "Bouguer," que ayer me citaba usted, no necesitaba una curacion radical de mi cabeza, sino la mui eficaz de mi corazon. Doi ya entrada en él a los destellos de la fé que me viene a levantar de la postracion en que he vivido; i si no estoi curado de los males que mis malas ideas me ocasionaron, tengo disposicion i firmeza de voluntad para descorrer la espesa venda que me hacia marchar a ciegas por el borde de un precipicio en que podia haberme hundido para siempre... Quiero creer en todo cuanto he negado con obstinacion, i en todo cuanto es de fé. Dios ha puesto en mi camino lumbreras que nada me decian a la sana razon, porque no queria ver ni escuchar. Me hablaban de la Providencia, i le confieso que esas saludables lecciones me enfadaban i me producian tédio, porque he sido fatalista i porque el escepticismo habia repletado mi corazon... Tengo tres cuadros a mi vista, que cada pincelada que los traza es una historia de fé; i yo, sin embargo de abrigar en mi alma un gran sentimiento al contemplarlos, nunca los pude mirar con el ojo del cristiano i del que sabe encontrar en las acciones buenas el cumplimiento de una lei superior a todo. Yo he contemplado siempre al bueno, al jeneroso E., que ha sido mi verdadera Providencia, i no he creido ver en él otra cosa que un amigo lleno de filantropía, a quien una casualidad feliz i mi buena estrella pusieron en mi camino para favorecerme. Yo lo he encontrado a usted como a mi salvacion, i lo juzgué al principio como un hombre compadecido simplemente de las desgracias de sus semejantes. Me he visto rodeado de las buenas hermanas de la caridad, sirviéndome ellas mismas, consolándome, obsequiándome, hablándome de lo conveniente a la salud del alma i del cuerpo; catequizándome, diré, i al principio veia en ellas nada mas que un propósito de hacer bien a sus semejantes, hacer caridad práctica, pero no comprendia tampoco el fin mas elevado de su mision. Hoi es distinto, amigo, hermano, compañero de mis últimos dias: hoi es distinto... Hoi veo en ese amigo a la Providencia de que usted me hablaba; veo en usted a la misma Providencia; veo en las hermanas de la caridad tambien a la misma Providencia que yo he negado, que yo he querido desconocer en mi estravio...

.....

¿Qué quiere usted a mi lado? Qué quieren E. con sus jenerosos oficios en mi favor, i las hermanas de la caridad con el interes, con

el anhelo que tienen para servirme, para ausiliarme, para consolarme?... Qué esperan de mí todos?... De mí, pobre i miserable; de mí, que a las puertas quizá de la muerte, no les puedo dejar otro recuerdo que los ayes que me arranca mi triste enfermedad i el repugnante recuerdo de ella misma?... ¡Ah! ustedes todos me dicen, con sus cuidados, con sus desvelos, con su interes, con sus servicios, con todo lo qne por mí hacen, me dicen que hai Dios, que hai Providencia!... Todo lo que me rodea me grita al oido, hasta despertarme de mi funesto letargo, i me repite que hai Dios, que hai otra vida, que existe ese mismo Dios que yo he negado en la persona de su Hijo cuando he sido hombre, despues de haberlo conocido i adorado cuando fuí niño. Ustedes me dicen sin hablarme, que hai que esperar una recompensa, porque cuanto por mí hacen todos, no puede dejar de alcanzar el premio que, es indudable, tiene Dios reservado para los buenos de corazon...

Yo he dudado mucho; dudo aun, hermano mio, pero quiero creer asi mismo mucho, i en todo lo que debo creer como cristiano. ¡Quiero creer! Hábleme usted, hermano querido! Que no me falte su voz cuando más la necesito... Hábleme, dígame si queriendo creer podré creer en todo cuanto usted cree...

I como enajenado, i siempre llorando dulcemente, apretó convulso mi mano, que empuñaba aun, i estampó en ella un beso lleno de efusion, con sus labios que calcinaba la fiebre.

—La luz descenderá sobre el que quiera observar la lei de Dios, le dije. El que quiere creer creerá, i Dios le infundirá la fé que necesita. *El que observare mi doctrina, no morirá para siempre*, dijo el mismo Dios. Lo que le acabo de oir me consuela tanto, cuanto es el interes que tengo por usted. ¿Quiere creer? Tenga fé, que creerá; pero es necesario creer en cuanto nos manda la santa madre iglesia, i creer para no dudar jamas.

—Sí, sí; asi quiero creer.

—Pues bien; crea usted en todo lo que nos señalaron los discípulos de Jesucristo, como el resúmen de los santos misterios; en esa oracion que todos conocemos por «el símbolo.» Allí tiene usted los principales artículos de nuestra fé, que necesitamos creer para salvarnos.

Crea usted en Dios Padre, que es el todopoderoso, que ha creado el cielo para hacer de él nuestra verdadera patria feliz i eterna; que ha creado la tierra, para que, morando en ella, aprendamos a

ganar el cielo, amando a nuestros semejantes, sufriendo nuestras desgracias con resignacion i con valor, como soportó Jesucristo los dolores cruelísimos de su pasion i muerte.

Crea usted en el hijo único de Dios, en Jesucristo, que es el mismo Dios, a quien un error, vencido ya felizmente en usted por la fé, le hacia desconocer i negar. Crea en él, que es nuestro Señor que es el que fué concebido por obra i virtud del Espíritu Santo, desde el momento en que el ánjel enviado de Dios lo anunció a Maria, cuya obra fué consumada en el instante mismo del sublime; consentimiento de esa humildísima criatura en la voluntad de su Señor, que fué obediente para que se hiciera en ella lo que ordenaba su divina palabra. Créalo, porque asi está probado con las palabras del ánjel. *El Espíritu Santo descenderá sobre tí, i la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya razon, el fruto santo que de tí nacerá, será llamado hijo de Dios.*

Crea que ese Verbo encarnado en las purísimas entrañas de Maria Santísima por obra del Espíritu Santo, nació de ella, sin lesion de su anjelical virjinidad; porque el que debia venir a purificar a la humanidad de la culpa del primer hombre, no podia nacer del seno que hubiese manchado el mas leve soplo de impureza. El Señor asi lo dijo en estas palabras. *Una vírjen concebirá i parirá un hijo, permaneciendo vírjen.*

Crea en que ese mismo Jesucristo, venido al mundo para rescatarnos con su preciosa sangre, padeció todas las crueldades que, bajo el amparo de la cobarde condescendencia de Poncio Pilatos, inventaron contra él sus feroces enemigos, haciendo asi mas notable el sacrificio de la Santa Víctima.

Crea que ese mismo Jesucristo es el que, sobre la cima del Calvario, cual los criminales de Jerusalen, fué supliciado en el afrentoso patíbulo de la cruz, que por ese hecho ha sido despues el fecundo árbol de nuestra redencion, el faro que ilumina nuestra alma i nos enseña el camino de la salvacion.

Crea que esa misma víctima santa murió allí, en cuanto hombre, despues de tres horas, de oprobio para el pueblo maldito que consumaba el sacrificio, i de dolor para la santísima i desconsolada madre que en él lo acompañó i que con él estuvo al pié de esa cruz, desde donde recibió de los sacrosantos labios de Jesus el tierno encargo de ser eternamente nuestra madre, de recibirnos i ampararnos como a sus hijos recomendados a su dulce i santo amor

Digitized by Google

en la persona de un amado discípulo, en quien quiso Dios dar por representada a toda la humanidad. Crea que en el acto de la muerte del Redentor se abrieron los sepulcros, i los cuerpos de los santos resucitaron; que ellos volvieron a la ciudad deicida, i allí se hicieron ver de muchos, haciendo asi mas patente el gran milagro de los milagros, ante el cual se conmovieron los cielos i la tierra. Crea que el cuerpo de ese mismo Nuestro Señor Jesucristo fué sepultado i custodiado por los guardianes que los fariseos i los príncipes de los sacerdotes demandaron de Pilatos.

Crea que ese hijo de Dios, despues de sepultado i cubierto su sepulcro con una inmensa losa, que significaba que hasta despues de su muerte echaba el mundo sobre El todo el peso de sus maldades, descendió a los infiernos i sacó las almas de los santos padres, que allí hubieran permanecido eternamente sin su advenimiento redentor.

Crea que resucitó al tercero dia de entre los muertos, cumpliendo asi lo que habia ofrecido a sus discípulos i aun a sus mismos jueces el dia de su sentencia; i que resucitó despues a vista de sus propios verdugos, que, en medio de su espanto, lo aclamaran ya como al verdadero Mesias, como al Hijo prometido de Dios.

Crea en que ese Salvador adorable está sentado a la diestra de Dios Padre, inmensamente poderoso, i que, desde allí, ha de venir en el terrible dia de la gran justicia, a juzgar a los vivos i a los muertos, i a pronunciar la severa sentencia que premiará a unos i castigará a otros por toda la eternidad.

Crea en el Espíritu Santo, que es el amor del Padre i del Hijo, tercera persona de esa augusta e incomprensible Trinidad, ante cuya inefable misericordia se inclina la fé cristiana llena de reconocimiento, al percibir, merced a los rayos de la revelacion divina, la obra de nuestra Creacion atribuida al Padre; la de nuestra Redencion, atribuida a su VERBO HUMANADO, i la de nuestra santificacion, al Espíritu de verdad i de amor, que procede del uno i del otro.

Crea en la Santa Iglesia Católica, porque asi creerá en la obra preciosa de Jesucristo, cabeza de ese cuerpo místico, esposo de esa nueva Eva; que asi como la primitiva de la creacion salió de la costilla del primer Adan, asi tambien ésta sale del costado del nuevo Adan, quien de este modo la adquiere i la fecunda al precio de su sangre, i le da consiguientemente sobre nosotros, los llamados a

Digitized by Google

recojer el fruto de su Redencion, todos los títulos i todos los derechos de una madre tan tierna en su amor como infalible en su enseñanza; porque su amor es el amor que le infunde el que es la caridad misma; i su enseñanza es la que le comunica el que es la verdad por escelencia.

Crea en la comunion de los santos, es decir, en la participacion de las gracias i de los bienes que gozamos, como hijos que somos de esa Iglesia que es nuestra madre, que es la madre de todos los que tenemos la dicha de vivir bajo la dulce sombra con que ella nos cobija a todos los católicos.

Crea en el perdon de los pecados, porque por él nos está abierto el reino de los cielos; en ese perdon que alcanzamos confesándolos a aquellos que han recibido del mismo Dios ese poder en las palabras que dirijió a sus apóstoles al infundirles su soplo divino, diciéndoles:—*Recibid al Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; i a los que se los retuviereis, les son retenidos.*

¡Ah, amigo mio, hermano mio! Esta es la llave del reino de la gloria, i le pido, le ruego que lo crea asi, porque en esa creencia está su dicha; de ella depende su salvacion.

Crea, por último, en la resurreccion de la carne i en la vida eterna i perdurable, porque son tambien promesas del mismo Dios. Ellas son el feliz resultado de la deuda inmensa que por nosotros contrajo el Hijo de Dios al ofrecerse en holocausto a su eterno padre sobre el madero de la cruz, para que resucitásemos a la gracia perdida, i llegásemos, por el cumplimiento de sus mandamientos santos, a alcanzar un dia esa misma vida eterna que ansiamos todos los cristianos, i que debemos esperar si fuimos buenos...

—Sí, sí, dijo Valdes, lleno de efusion. Yo quiero creer en todo para no separarme más de esas creencias, para no salir más del seno de la Iglesia Católica, en la cual puedo asegurarle que me encuentro hoi nuevamente de todo corazon.

—¿Hizo usted su confesion? le pregunté despues de un corto silencio.

—Nó; pero le ofrezco que la haré. Quiero tranquilizarme; quiero dar salida a los rezagos de esos errores que me turban aun, i vencer todas mis dudas.... Ruegue usted a Dios que me acuerde este favor.

Digitized by Google

—Crea i espere, le dije, apretando su mano, que en ese momento me tendia.

El señor B. pasó al Asilo a dar cuenta a las hermanas de la caridad del resultado de la entrevista del enfermo con el señor Donoso, i yo tomé distinta direccion.

XXXV.

Eran las ocho de la noche cuando regresé donde Valdes, a quien encontré mui abatido i sofocado por la fiebre, cada vez mas fuerte i cada dia mas constante; estado mui natural, desde que era rápido el curso de su funesta enfermedad.

Apenas estuve un momento con él, me dijo: desearia que diéramos principio esta noche a la lectura de «Liberalis.» Estoi curioso de conocer esta obrita, cuyo argumento me he descrito en la imajinacion, i quiero convencerme de si he formado un juicio acertado de su título. Si usted quisiera dar lectura a algunos capítulos, se lo agradeceria.

—Tengo gusto de serle útil, le contesté, i me complaceré en cumplir sus deseos, si es que, en atencion a su estado, no cree usted que fijarse en la lectura le produzca mal efecto o aumente su sofocacion.

—Verdad es que me ha aumentado bastante la fiebre, pero mi cabeza está mui bien. Tengo deseo de conocer la historia del artista. Me la supongo en mucha identidad con la mia. Si usted no tiene inconveniente...

—Ninguno. Le repito que estoi aquí para complacerlo.

I tomando el libro «Liberalis o el artista víctima de las enfermedades sociales,» dí principio a la lectura.

Liberalis fué un jóven de veintisiete años, hijo de una madre què lo amaba con ternura, i a la cual dejó, juntamente con el paterno hogar, ántes de haber adquirido la esperiencia necesaria para desafiar los peligros que el mundo pone en nuestro camino, empu-

jándonos a ellos con el atractivo de los diversos placeres con que las grandes ciudades, más que los pueblos apartados, nos convidan a cada paso, halagando nuestros sentidos. Cuando niño se distinguió en la escuela de su pueblo por su buena conducta, i mui pronto aventajó a todos sus condiscípulos en aplicacion i aprovechamiento, en las diversas clases que se cursaban en el establecimiento, único en sn provincia.

Muerto su padre, i no resignado a vivir cultivando la heredad de familia, aspiraba a formarse carrera por medio de una mas noble ocupacion, enorgullecido a la vez por los satisfactorios resultados de sus exámenes rendidos sobre las primeras materias de instruccion, en que habia adquirido las mas precisas nociones, para ser sujeto, como dicen algunos provincianos, *leido i escribido.* Seducido por los consejos de algunos de sus colegas, que, como él, estaban decididos a buscar fortuna, resolvió echarse a rodar mundo con el fin de abrazar una carrera que a la vez de utilidades, le diera nombre, que era lo que mas ambicionaba.

Ya descubria una grande inclinacion por el bellísimo arte de Rafael.

No bastaron los buenos consejos que oponian a su proyecto personas que mucho lo estimaban. Pronto abandonó su aldea en compañia de sus amigos, i se fué a establecer en un populoso puerto, en el cual existia una escuela de pintura, en la que lo recibieron gratis, i desde luego le conocieron dotes para llegar a la posicion de un artista.

Llegó, en efecto, a adquirir fama de tal; i despues de siete años cobró reputacion por sus bellas concepciones, obteniendo un triunfo espléndido al presentar varios de sus trabajos a la esposicion jeneral de pinturas. Estos triunfos no solo le halagaron, sino que le envanecieron grandemente.

Los ratos que Liberalis no ocupaba con el creador pincel, que ya lo habia hecho conocer, los empleaba en la lectura de la historia de los grandes artistas i de toda especie de novelas, que alimentaban su alma con el veneno que los libros malos destilan sobre los que no tienen la suficiente instruccion para separar i arrojar la mala doctrina i dar cabida solamente a la buena i saludable, si por acaso la contienen. Asi es que todos los sanos principios que su buena madre habia inculcado en él, fueron sostituidos en poco tiempo por un completo olvido de toda creencia relijiosa, repletan-

do su corazon de dudas i de todas las engañosas fábulas con que muchos sustituyen la verdad.

Una de las locuras de su vanidad le suscitó una querella que dió mérito al ajuste de un duelo, que lo condujo a ese funesto resultado que, en vez de llamarse un asesinato premeditado que las leyes i la relijion han prohibido i condenado, se apellida por la sociedad *lance de honor*, en cuyo nombre se comete un doble i repugnante crímen. El resultado de este duelo fué una gravísima herida que Liberalis recibió, para curarle de la cual tuvieron sus amigos que llevarlo al *Hotel Dieu*, nombre con que se designa en Francia el hospital principal de algunas ciudades.

Liberalis fué colocado en una sala del hospital, en una cama inmediata a la de un rudo soldado, que hacia un mes se curaba de varias heridas que habia recibido en el campo de batalla, combatiendo en defensa de su patria i por el honor de su bandera. Era este soldado el que estaba designado por la Providencia para encaminar nuevamente al artista a la via de la cual sus peligrosas amistades le habian separado, lanzándolo por las escabrosas sinuosidades del vicio i la disipacion. Mui pronto se empeñaron varios combates entre Fortunato, (que asi era el nombre del soldado) i el artista, sobre materias de relijion, de todo lo que se burlaba éste a sus anchuras, sin embargo de que se encontraba siempre embarazado i sin poder contestar satisfactoriamente a los diversos argumentos que le ponia el veterano.

Una tarde, en la sala donde se encontraban Fortunato i el artista, se presentó el capellan Cordialo, a quien la madre de Liberalis, en una tiernísima carta, se lo recomendaba mucho. El capellan empezó a exhortar a los enfermos, esplicándoles a la vez varios pasajes de la Sagrada Escritura. Aquella tarde tomó por tema el evanjelio de San Juan en su capítulo XI sobre la resurreccion de Lázaro, que demostró de la manera que mas adelante citaremos.

En el trascurso de un mes que habia permanecido Liberalis de Rocadura en el *Hotel Dieu*, habia sido testigo de veinticinco o treinta de esas escenas que desgarran el corazon, contemplando el espectáculo doloroso de la muerte, i no habia dejado de fijarse bien en la resignacion i el valor con que la mayor parte de los moribundos dejaban esta vida, quizá contentos, merced a los consuelos que la relijion derramaba en su alma, por medio del capellan Cordialo i de la hermana de caridad que tenia a su cargo aquella sala.

Un dia acababa el capellan de administrar a un enfermo el sa-cramento de la Estremauncion, i despues llegó a saludar al artista. Este aprovechó esa oportunidad para provocar al señor Cordialo a una conferencia que aceptó i sostuvo de mui buen grado, teniendo asi oportunidad para desvanecer muchas de las dudas que abrigaba Liberalis sobre el acto que acababa de presenciar, poniéndole asi mismo de manifiesto con diversos ejemplos las tristes i deplorables consecuencias de esperar el último estremo para indicar a nuestros deudos su verdadero estado i pedirles que arreglen su conciencia, cuando los dolores i fatigas consiguientes los han enajenado i hécholes perder la paz i la tranquilidad que el hombre necesita para ocuparse de tan importante asunto.

Se sostuvo por bastante tiempo el diálogo entre Liberalis i el capellan, i fué de tan favorables resultados para el espíritu del artista, que concluyó éste por convocar a su interlocutor para entenderse con él en la próxima semana. Segun lo manifestó el artista a Cordialo, las insinuaciones de la hermana Domitila, que asi era el nombre de la hermana de la caridad, le habian hecho rogar a Dios a su modo, que le hiciera buen cristiano i pudiera vencer la sensibilidad de su amor propio i algunas resistencias de su razon, lo cual habia ya casi conseguido.

Sus heridas continuaban resistiéndose a la prolija asistencia que recibia en el hospital, donde habia interesado mucho, no solo al capellan i a la hermana de la caridad, sino tambien al médico, que era tan escelente sujeto como competente facultativo.

Por el contrario, el soldado Fortunato, que se habia hecho bastante amigo del artista i se habia constituido en su catequizador, se encontraba ya convaleciente, pues todas sus heridas habian cicatrizado, i mui pronto iba a dejar de hacer compañia a aquel, para quien habia sido un consejero sincero i tanto habia influido con su rudo lenguaje de soldado, para hacerle conocer el errado camino por el cual lo habian conducido las malas doctrinas que en diez años de ausencia de la casa paterna habian sostituido en su corazon la sana doctrina que le habia hecho conocer su buena madre.

No obstante el propósito que el artista habia hecho de entenderse con el capellan Cordialo, i de la piedad que los consejos de la hermana habian despertado en su corazon, no dejó de censurar bastante, a la salida de Fortunato, las prácticas piadosas de éste. Calificaba de exajerada la devocion que por la Vírjen tenia, asi como su ciega

creencia respecto al sacramento de la confesion; sin embargo, declaraba Liberalis que los argumentos del soldado referentes a la práctica de la confesion, si era cierto que no llevaban el sello de la ciencia, lo era tambien que él los encontraba sin réplica.

El artista era de los que dudaban de la realizacion de los milagros; i por consiguiente, le parecia cosa enteramente imposible reducirse a creer en el misterio de la Eucaristía, pues para recibir a Dios en una hostia, decia, es preciso que esté realmente allí, lo cual no puede realizarse sin un milagro, i la ciencia, despues de Renan, no admite los milagros.

Dios, en sus altos designios, habia dispuesto que el desgraciado jóven, que asi pensaba entonces despues de haber sido en sus primeros dias católico i creyente sincero, se apartara de la tortuosa via por donde lo habia conducido una perniciosa doctrina, i permitió que abriera sus oidos, tanto a las reflexiones que cada dia le hacia la hermana Domitila sobre diversos artículos de fé, cuanto a las que ésta dirijia a otros enfermos colocados en idénticas circunstancias.

Comenzó, pues, Liberalis a desorientarse i a arrepentirse de guardar fidelidad a las doctrinas propagadas por los discípulos de Mahoma, de Renan, i de todos los libre-pensadores; i hubo dia en que dijo:—Si es ya imposible permanecer adherido a esas doctrinas sin traicionar las leyes del honor i del buen sentido, nos resta aun un abrigo bajo las que dejaron Lutero, Calvino i Enrique VIII. I se propuso investigarlas. Felizmente, la Providencia, que tan manifiestamente preparaba la salvacion del artista, le sujirió la idea de decidirse a pedir con tal objeto una entrevista al capellan, en cuya lealtad de corazon i en cuyas convicciones de filósofo cristiano tenia afortunamente completa fé.

Hacia dos meses que Liberalis estaba en el hospital del Consuelo, i su pasion por la pintura se encendia por el fuego sagrado del injénio, como decia él mismo; i alentado por la disminucion de sus dolencias, pidió a uno de los amigos que le visitaban, que le llevase dos telas preparadas, pinceles i tintas que tenia en su taller.

Habia acariciado en su imajinacion una grandiosa idea, i la iba a vaciar en la tela, estudiando al efecto la mas apropiada posesion, para proceder a su trabajo en su mismo lecho, del cual no le permitia levantarse aun el estado de su herida.

Pasaron diez dias: era un domingo, cuando estando en la sala la hermana Domitila, la llamó el artista, i descorriendo el velo que

cubria la tela sobre la cual habia terminado ya la ejecucion de su idea, se la presentó.

La hermana, despues de fijarse un momento en el cuadro, sintió que el tinte del rubor coloreó su semblante. Tenia a la vista su propio retrato, tomado en el acto en que, de rodillas, recitaba su oracion ante la imájen del crucificado, antes de distribuir el alimento a sus enfermos. Al pié del cuadro se leian estas palabras: «La madre de los pobres en oracion.»

La hermana de la caridad, desprendiéndose de su natural sorpresa, dijo poco despues al artista que su concepcion estaba equivocada, pues en lugar de haber reproducido la imájen de una madre, debió representar dos, orando por la doble salud de un mismo hijo.

I asegurándole que le asistia la confianza de que repararia su falta, agregó, cubriendo el cuadro: que nadie lo veria hasta que el otro no estuviera concluido, retirándose en seguida, dejando al artista encantado de su delicadeza i preocupado de su pedido.

Muchos dias pasaron, sin que la fé, alejada del alma del jóven enfermo, llevase a su espíritu ninguna idea capaz de conducirlo a la realizacion del deseo de la hermana Domitila.

Al fin una mañana, al despertar, abrió los ojos con aire de satisfaccion, esclamando:—¡Ya lo encontré! ya lo encontré!...

La hermana, que distribuia en ese momento las primeras medicinas, le dirijió la palabra al artista, i éste le dijo que creia haber encontrado el enigma que buscaba hacia tantos dias, i que iba a ponerse en obra, añadiendo en seguida estas palabras:—Ayer, antes de dormir, recé creo con mas fervor que otras veces, lo que me hizo tanto bien, que no olvidaré de hacerlo asi esta noche i los dias subsiguientes.

Desde ese acto, estaba el problema descubierto. Liberalis dió las primeras pinceladas sobre la tela.

A medida que avanzaba en el trabajo de su nuevo cuadro, un cambio completo se observaba en él. Sus inspiraciones, nacidas para reproducir los tipos mas sensuales del arte pagano, habian acabado de prostituir más sus ideas, i al presente tenia que luchar mucho para reprimir esas libertades i reproducir algun pensamiento digno de lo sublime del arte cristiano. Necesario era lavar el corazon que debia concebir i los pinceles que debian ejecutar, en las aguas que por raudales descendieron del árbol de la cruz para purificar al hombre. Debia Liberalis rejenerar su espíritu i fortale-

cer su jénio con las inspiraciones de lo bello, de lo real i verdadero. Tomó, pues, su resolucion en un momento dichoso, i atravesó con su mente todo el espinoso camino de su pasado.

Llegó la hora citada con el capellan Cordialo, cuando el artista se habia revestido del necesario valor para abatir su orgullo i rendirlo ante las gradas del tribunal de la penitencia. Sus dudas, sus temores, sus erradas doctrinas, todo, todo fué apartado de su corazon, llenando ese vacio una verdadera contricion, una pura i sincera fé i la creencia en los misterios sacrosantos que por herencia nos dejó el Mártir de la redencion.

Liberalis, que la víspera no podia convenir en que existiera Nuestro Señor Jesucristo en la hostia consagrada sin la realizacion de un milagro, en el cual, por otro lado, no podia creerse, a su juicio, despues de los dias de Renan; Liberalis, que despues de convencerse de que las doctrinas de Mahoma, de ese mismo Renan i de todos los libre-pensadores, no podian observarse sin traicionar las leyes del buen sentido i del honor, i que queria buscar abrigo en las que dejaron el disipado Lutero, el incestuoso Calvino i el adúltero Enrique VIII; estaba ya contemplando el milagro de su propia rejeneracion, i creia, desde aquel acto, no solo en que la única doctrina verdadera i saludable a su alma era la de Jesucristo, sino que estaba convencido de que, separado el hombre de la iglesia católica, no hai salvacion posible, porque en ella ha puesto su fundador, con el sello de su preciosa sangre, la arca santa donde la criatura encuentra refujio i amparo en medio de las borrascas que se ciernen sobre su cabeza, en medio de sus frajilidades, herencia perpétua de la humanidad. Liberalis, en fin, que nada creia, aparte de las doctrinas que ya hemos citado; que todo despreciaba i de todo se burlaba, abrió sus ojos a la verdad, i en medio de los resplandores de la luz que habia penetrado a su corazon, distinguió la estrella que lo guiaba por el camino de la salud eterna, i se rindió a los piés del venerable Cordialo, protestando allí de todos sus estravíos pasados, purificando su alma por medio de una confesion formal.

Recibió despues la sagrada comunion, i la apacible tranquilidad descendió indudablemente desde el cielo hasta su corazon.

Poco despues hacia una firme resolucion de no ejercer jamas el bello arte de Rafael i de Murillo, sino para reproducir las inspiraciones de su fé i las tradiciones de la verdadera relijion.

Una noche, despues de orar, concibió un sueño, que al siguiente

Digitized by Google

dia refirió con toda exactitud. Su espíritu le puso por delante el ideal que buscaba para perfeccionar el cuadro que ya estaba trabajando.

Parecióle ver, mientras dormia (dice el señor Benech, repitiendo la misma espresion del artista) a su propia madre de rodillas junto a su lecho, elevando al cielo una fervorosa plegaria, en la que creyó oir estas palabras: «¡Madre de Dios, ten piedad de mi hijo! Ruega por nosotros!» Como ella habia vuelto sus ojos al cielo, Liberalis miró en la misma direccion, i vió, en efecto, a la madre de Dios en actitud suplicante. Entonces un ánjel, colocándose cerca del artista i cerniendo sus alas sobre su lecho de dolor, recojió de sus manos una espada i un pincel rotos, símbolos de la protestacion que habia hecho contra sus producciones i su falso pundonor, entregándole en seguida otro pincel mucho mas bello i brillante, con el que parecia indicarle el uso que, en lo futuro, debia hacer de su talento.

Al dia siguiente hacia Liberalis a la hermana Domitila la descripcion de su sueño; i ésta, que habia tenido la complacencia de ver al artista recibir los santos sacramentos de una manera tan edificante, se complacia doblemente de encontrarle dispuesto a reproducir con el pincel el cuadro que habia tenido a la vista en su sueño.

El artista delineaba en seguida el grupo que se habia fijado en su imajinacion. Se habia retratado a sí mismo, incorporado en su lecho. En el fondo del cuadro destacaban las imájenes de Maria, del ánjel enviado, i la de su propia madre, en actitud de orar i rogar a la santa vírjen por la salvacion de su hijo.

No fueron necesarios al artista muchos dias de trabajo para que dejara a la contemplacion de todos su bella idea realizada de un modo tan sorprendente i con todas las perfecciones del arte. Su propósito fué, desde el principio, dejar en el hospital este cuadro i el anterior, como testimonio de su gratitud, como viva traduccion de la fé que habia renacido en su alma, como testimonio de su amor i respeto por su madre, a quien amaba con vehemencia, i como la protesta mas elocuente de su veneracion i de su amor hácia la madre de Dios, por cuya intercesion se habia rejenerado i vuelto a la gracia. En efecto, ambos cuadros se ostentan en uno de los salones del hospital del Consuelo, en Paris, revelando a cuantos los admiran cuán grande es el poder de la misericordia de Dios, i cuán fácil le es trocar el corazon del hombre, sacándolo de los abismos de la impiedad, del

error i de la duda. Esos cuadros testifican, pues, que un elevado talento vació en ellos las últimas inspiraciones de la fé, de la gracia i de la gratitud, que se adueñaron del corazon de aquel que poseyó tan preciosos dones.

Cuando Liberalis de Rocadura terminaba su bello trabajo, sonaba su última hora en el reloj que marca el término de todo lo que nace; ¡esa hora en que tienen que cumplirse los sabios decretos del Altísimo i en que todos seremos llamados para dar cuenta estrecha de los actos de nuestra vida!

El artista se preparó con ejemplar serenidad para realizar el gran viaje a la patria de los bienaventurados. Dictó su testamento, perpetuando en él la fuerza de sus convicciones políticas como ciudadano cristiano, su fé como sincero católico, i la retractacion de sus pasados errores, que a la vez condenaba. Confió a sus amigos la delicada mision de sustraer a las miradas del público todas las producciones de su pincel que no estuvieran en conformidad con las altas doctrinas de la moral cristiana. Compuso una elocuente oracion al Salvador, que se reza diariamente en el mismo hospital, perpetuando tambien asi su piedad; i despues, en medio de una resignacion edificante, conservando toda su razon hasta el supremo momento, repitiendo sus súplicas al Señor, para que le concediera el perdon i su misericordia i purificara su alma por una postrera absolucion del sacèrdote, atravesó el espacio de este mundo de engaños i de dolores al mundo de la verdad, dejando en todos el grato recuerdo de sus escelentes cualidades, de su fé i de su ejemplar i cristiana muerte.

Ya hemos visto, pues, que Liberalis tuvo la fortuna de ser hijo de una madre cristiana, a quien amaba con veneracion. El nombre i los recuerdos de ella i sus saludables consejos, que no le escaseaba en sus frecuentes comunicaciones, prepararon su corazon a volver al camino de que lo habian separado los malos amigos que lejos de ella se encargaron de sostituir las saludables enseñanzas con las doctrinas del libertinaje i del error. En el *Hotel-Dieu*, la hermana de la caridad sor Domitila i el venerable capellan Cordialo, secundaron los esfuerzos de esa buena madre, procurando con su palabra, con sus exhortaciones i ejemplo, llevarlo nuevamente por el buen sendero, hasta haber conseguido que sòmetiera su razon a las pres-

cripciones de la fé, conseguido el triunfo de ésta, y; que se sacudiera de todas las preocupaciones, a las que una escuela que exije el total divorcio del Dios verdadero, le prescribia ciega obediencia i sumisa fidelidad.

Liberalis de Rocadura reparó, pues, en sus últimos dias todas las faltas i estravios de diez años on que vivió en absoluta libertad, i tuvo la dicha de morir gozando de la paz i de la tranquilidad de que gozan los justos en su tránsito feliz a aquella patria donde son desconocidos los dolores i las lágrimas.

He querido reseñar la precedente historia, cuya lectura interesó tanto a mi amigo Adolfo, para ponor do manifiesto el tino de las hermanas do la caridad, asi para elejir la lectura que le recomen daron como para que se conozca cuánta semejanza ha existido entre el artista de Rocadura i el poeta Valdes. Ambos recibieron en la infancia lecciones saludables que su respectiva madre supo inculcarles. La práctica de esas lecciones puede por desgracia descuidarse, pero jamas olvidarse. La rejeneracion del hombre no es difícil cuando la semilla de la fé ha sido derramada en su corazon en oportuno tiempo, por la mano de ese ser tutolar en quien Dios deposita el gran secreto de la salvacion de las criaturas: la madre; la madre, que recibe del mismo Dios el delicado encargo de encaminar a sus hijos por la via de la verdad, de la fé i de la moral cristianas; la madre, que hará de sus hijos lo que ella quiere que sean, porque la criatura, desde que viene al mundo, aprende a obedecer i so inclina a reverenciar i seguir esa voz, cuyo eco, por un natural efecto, lo siente en el interior de su corazon, i mas tarde lo oye hasta en el fondo de la conciencia. ¡Felices las madres que saben llenar esa mision sagrada i valorizar debidamente el delicado depósito que el Señor les ha confiado! ¡Ai de aquellas quo, menospreciándolo, descuidan sus deberes, i, ya por indolencia criminal o por un mal entendido i condenable cariño, labran la perdicion de sus hijos, dejándolos correr libremente, sin rumbo, por el bordo de los precipicios a donde, a cada paso, están espuestos a caer para no salir quizá jamas; de esos precipicios desde los cuales lanzarán despues imprecaciones contra los seres que, por su tolerancia, han sido el oríjen de su inevitable ruina! ¡Ai! sí, de aquellas madres! ¡Terrible i estrecha cuenta la que Dios tiene que exijirles ante su

severo tribunal, en aquel dia en que todos tenemos que comparecer, para que hasta nuestros mas insignificantes hechos sean examinados i juzgados!...

Terminado el bosquejo de lo que fué el artista Liberalis de Rocadura, es llegada la oportunidad de insertar en estos apuntes la version que el capellan Cordialo hizo del capítulo XI del Evanjelio de San Juan, en aquella tarde en que se presentó en la sala a que fué conducido Liberalis. Dice así:

"Jeneralmente, lo que mas conmueve a las personas aflijidas son las manifestaciones de una amistad tierna i compasiva. Vemos una familia compuesta de tres personas, súbitamente agobiada bajo el peso de un gran dolor. Dos hermanas tenian un hermano a quien amaban tiernamente. Él las hacia felices con sus cualidades eminentes i recomendables; pero viene la muerte a arrebatárselo. ¡El desconsuelo es terrible! Nada podria disminuir en ese momento su violencia; numerosos amigos, segun el mundo, con el fin quizá de cumplir las formalidades de estilo, habian venido para decirles algunas palabras de consuelo; mas, ni la apolojía del difunto, ni los elojios friamente tributados a sus virtudes, podrian disminuir la amargura que inundaba su corazon. Dichosamente para ellas, contaban con la próxima llegada i los dulces consuelos de un amigo, de cuyo sincero afecto no podian tener la menor duda, i cuya presencia detendria las lágrimas que una amistad mundana no puede enjugar.

Contando, pues, con ese amigo, habian tenido la sabia precaucion de mandarlo buscar, i habia contestado que vendria a visitar a su amigo Lázaro, i que lo sanaria. Sin embargo, como se propone dar en esta circunstancia una prueba terminante, no solo de su inmensa bondad, sino tambien de su divinidad, creyó debia diferir algunos dias su visita, i en ese intervalo fué cuando el hermano murió i fué sepultado.

Llegado el momento, el amigo tan deseado vino a ver a las dos hermanas. Al saber que llegaba, ellas salieron a recibirlo; i con todo el respeto que exijia la alta dignidad de este amigo, que las honraba con su visita, le dirijieron esa queja llena de humildad i confianza:—Señor: si hubieras estado aquí, nuestro hermano no hubiera muerto.

El corazon del amigo se conmovió... Despues, suspira i vierte lágrimas... Ese amigo se llama Jesus...

¿No habrá en esta sala, amigos mios, algun amigo de Jesus medio muerto i cuya madre i hermanos claman a Dios, pidiendo por él la mejoria o la salud del cuerpo i la resurreccion espiritual?... No hai duda que, si la familia a que pertenece pudiera conseguir el que Jesus se acercase a su lecho de dolor, le tendria mucha compasion; i acordándose que talvez en otro tiempo este enfermo tuvo la dicha de ser su amigo, le devolveria la salud, al mismo tiempo que la paz del corazon. Os lo dije! Jesus es un amigo fiel i compasivo, pero su amistad es mas fecunda en beneficios que la de los hombres vulgares. El dice: "Yo soi la resurreccion i la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá... Sí, vivirá de una vida superior, sobrenatural i gloriosa".....

Mucho interesó al poeta Valdes la lectura que nos ocupó, i alguna vez se sonreia cuando encontraba varios pasajes que indudablemente identificaban dicha historia con la suya.

De los capítulos de aquel libro que mas le llamaron la atencion, me hizo repetir algunos, i entre ellos el siguiente, compuesto de palabras dirijidas por el artista a su amigo el soldado Fortunato, despues que el capellan concluyó su resúmen del Evanjelio. Dice así:

"Cuando uno está enfermo se preocupa fácilmente i su imajinacion exajera el valor de las cosas. Tengo en este momento delante de los ojos esa pesada losa que cubria la sepultura de Lázaro, i me parece estar detenido por las vendas que cubrian su cuerpo. Me impresiona la oscuridad del sepulcro i siento algo que me hace desear la vida. No he comprendido bien lo que dijo el capellan, de que Jesus venia algunas veces a dar una vuelta en la sala. Esas palabras de consuelo que dirije a los enfermos i las visitas que les hace, me parecen encerrar algun misterio. Sin embargo, me he alegrado al ver que lo representa como el *verdadero tipo de la amistad*, porque en los tiempos en que vivimos, los amigos son raros. El interes personal tiene mucha parte en las manifestaciones que se hacen con el especioso nombre de amistad. Mas de cuatro veces he tenido ocasion de esperimentarlo, i aun aquí no he recibido mas que una sola visita de mis supuestos amigos. Es el caso de recordar las palabras del poeta:—"I si los tiempos no os son favora-

bles... *salus eris.*» Muchas veces me lo habia repetido mi madre, i me decia tambien: solo Dios es un amigo fiel.»

Cuando terminé la lectura del precedente capítulo, mi amigo Valdes me dijo:—Afortunadamente para mí, no he tocado con desengaños semejantes a los que esperimentó el pobre "Liberalis» respecto a sus amigos. En esta ocasion, en mis dias mas tristes a causa de mi enfermedad, esa Providencia que obstinado desconocia, es indudable que me ha puesto al rededor a ustedes, a las hermanas de la caridad i hasta a la buenísima Juana, para mitigar el dolor que siente mi corazon al echar de menos, al lado de mi lecho, a mi amada madre, a mi buen padre i a mis queridos hermanos... Ahora creo en esto... Ahora quiero tener fé!... Quiero creer; porque cuanto por mí pasa es el prodijio de una caridad que no puede nacer simplemente en el hombre, sino que es infundida en su corazon por quien es superior a nosotros. Sí; asi debe ser. Asi lo quiero creer. Deseo, quiero creerlo!...

Debe ser tarde, dijo poco despues. Deme usted la cucharada que me corresponde tomar. Quizá pueda mediante ella conciliar el sueño. Mucho deseo descansar...

Le serví el medicamento, le dejé un vaso de agua con coñac que me pidió, i me despedí de él, estrechándonos afectuosamente la mano.

Eran las doce de la noche.

XXXVI.

Asi como la conciencia espera que el hombre haya cerrado la puerta de su dormitorio para tomarle cuenta de sus procedimientos i pronunciar desde luego su terrible sentencia, asi, ni mas ni menos, nos esperan en las horas solitarias de la noche todos los recuerdos de lo que en el dia nos ocurre, obligándonos a reflexionar en ellos i concluir por convencernos de que nada puede jamas ser imposible para Aquel que tiene a todo el universo subordinado a su suprema voluntad.

La resistencia tenaz que hemos palpado en el poeta Valdes para reconocer la mano de la Providencia en todo aquello que ocurria i

se relacionaba con él, asi como su obstinacion en negar los mas venerandos misterios de la relijion católica, vemos ya que han cambiado, i le acabamos de oir confesar esplícitamente que esa misma Providencia le gritaba i le llamaba la atencion, haciéndose reconocer por él en todo cuanto le rodeaba. Le hemos oido esclamar asi mismo estas consoladoras palabras: "¡Quiero creer, deseo creer! Quiero tener fé; quiero reconocer la existencia de ese ser superior a los hombres, superior a todo lo que existe!" Estas palabras fueron la promesa de que su corazon estaba poseido del sentimiento de fé que Dios estaba ya infundiendo en él. Las lágrimas que le he visto entonces derramar i que salian de su corazon, operaban en él desde luego un efecto estraordinario i saludable, porque las lágrimas dulcifican las amarguras i los dolores del alma. Valdes ha llorado en mis brazos, no ya con ese llanto amargo i estéril de la desesperacion, de la impotencia i del despecho, sino con el llanto dulcísimo del arrepentimiento, que es la traduccion lejítima de la trasformacion del hombre que de las tinieblas pasa a la luz.

Dios no ha creado al hombre para perderse, he dicho siempre. Hoi repetiré lo que tambien he confesado siempre: Dios nos saca a la gracia del fondo mismo del mal, para que asi conozcámos más su omnipotencia i la suma bondad de su grandeza.

Estas i muchas otras reflexiones semejantes se agolparon a mi imajinacion tan pronto como estuve en mi aposento recordando las tristes impresiones que habia esperimentado en todo el dia. La noche habia terminado su carrera. Se habian vencido asi mismo tres horas de la mañana siguiente, i solo el convencimiento de que es necesario el descanso del cuerpo para no comprometer la salud, me hizo buscar el reposo en las pocas horas que faltaban para que volviera a emprender el mismo camino i la misma tarea.

XXXVII.

No habian sonado en el reloj público las seis de la mañana del miércoles 22, cuando dominado por la justa inquietud que me acompañaba, me dirijí a la quinta Guimaraens, i entraba desde luego a la salita bajo cuyo techo se iba consumiendo el infeliz

Adolfo, como se consume una bujia que arde espuesta a los juguetes del viento.

Lleguéme hasta su propio lecho; al sentirme, abrió los ojos, fijó en mí una mirada triste i soporosa, i volvió a cerrarlos, haciendo esfuerzos i jesticulaciones como si sufriera una conjestion que, interesando su cerebro, los sellara con una presion de la que no podia libertarse. Noté por el movimiento que hacia, que pronunciaba algunas palabras, pero que no traspasaron los límites de sus descoloridos labios, i nada pude percibir. Luego entreabrió uno de sus hermosos ojos, que habia perdido toda su belleza, pues no se veia mas que el blanquecino color del glóbulo, sin brillo ninguno, pues estaba circundado por una orla sombria. El semblante totalmente descompuesto. Un ronquido lánguido i ahuecado i un temblor parcial que le ajitaba de vez en cuando, ya un miembro, ya otro, todo, todo me hacia temer el triste e inmediato término del desventurado poeta.

Ahí, delante de su cama, sin poder articular palabra ni tener a quien dirijirla, esperimentaba diversos sentimientos, i no me atrevia ni a llamar a Juana, que con sus pequeñuelos hijos era la única que se encontraba en la quinta, porque no sabia qué hacer en tan congojosa situacion.

Al fin, cerró Valdes ese ojo abierto i no abierto, que es un síntoma triste en los enfermos de gravedad. El dificultoso ronquido fué sustituido por un respirar suave i ordenado: estiró sus miembros, sacó el brazo derecho afuera de la ropa de cama, desaprisionó un ¡ai! que salió del fondo de su pecho, i moviendo por varias veces la cabeza sobre su almohada, como para desprenderse de algo que a ésta le sujetara, abrió del todo sus negros ojos, i el tinte de vida que en ellos divisé me devolvió la tranquilidad que su pesado sueño me habia quitado, hasta el estremo de temer que ese dia fuese el último de su existencia.

No esperó que le preguntara cómo se sentia, pues anticipando un pausado i significativo movimiento de cabeza, me dijo:—Esto es hecho!... La muerte viene, i estoi convencido de que no tardará mucho!...

I fijando su mirada en un cuadro que con una efijie del Crucificado tenia al lado izquierdo de su cama, guardó profundo silencio.

Como éste se prolongaba, me decidí a terminarlo dirijiéndole la palabra.

—Está el ánimo abatido, le dije, i cuando asi estamos, siempre nos vienen a la mente las mas tristes ideas. Cierto es que todo lo que ha nacido muere, sin saberse el momento en que debe pagarse ese tributo. Nosotros debemos esperar todos los dias esa muerte, que no avisa cuándo vieno, como le he dicho a usted otras veces. Esto no solo lo esperimentamos en nuestros semejantes, sino en todo lo que tiene vida.

Quizá se ha fijado usted mas de una vez, en el campo, en alguna planta que le ha regalado aroma que aspirar i belleza que admirar: en la noche la ha dejado usted cubierta de flores, i en la mañana siguiente, recordando aquellos goces, cuando ha vuelto a deleitarse en ellos nuevamente, ha desconocido el sitio desde donde la víspera contemplaba la claridad de la luna i el centellear de las estrellas, i quizá ha acusado usted de infiel a su memoria, porque no podia convencerse de que ese tallo seco i de amarillentas hojas, todas caidas i sin vida, que tenia por delante, eran las mismas que ongalanaban esa hermosa planta que usted habia dejado orgullosa mostrando al cielo la hermosura de sus verdes ramas i la fragancia de sus flores; i si usted pregunta al campesino la causa de esa trasformacion inesperada, él le contestará con la mas inocente sencillez, que el hielo de la noche u otro accidente repentino la ha reducido al estado en que la ve.

No es menos la vida del hombre, hermano mio. Recuerde usted haberse despedido en la noche de un amigo sano i robusto, i a la siguiente mañana ha recibido usted la pesarosa noticia de su muerte, i un dia más ha acompañado sus restos para entregarlos a la estrecha sepultura. No hai hora para morir, querido mio; i todo lo que debemos procurar, si somos cristianos, es quo esa hora terrible no nos sorprenda fuera del seno de la iglesia, ni ántes de nuestra reconciliacion con Dios. Si usted se encuentra en mal estado; si usted cree que su mal toma proporciones que es triste ciertamente contemplar, resuélvaso, pues, a hacer hoi lo que ayer nos prometió.

—¿Qué cosa?

—Hacer su confesion.

—Ah!... Es imposible todavia. En la noche he batallado mucho; estuve mas tranquilo hasta que usted se fué, dormí un momento i recordé despues, para no volver a dormir hasta que amaneció. Todas mis dudas en su misma deformidad han acudido a mi imajinacion como a reconvenirme. Mucho de todo aquello que estaba deci-

dido i tenia voluntad real i verdadera de creer, lo veo otra vez oscuro, i mi corazon parece sumerjido en un cáos que me llena de confusion i de pesar... Estoi cansado; estoi fatigado de la lucha que he sostenido: yo he querido creer, pero mi razon me dice... que espere.

—Es el jénio del mal, que envidioso de que la luz hubiese penetrado a su alma, le opone a usted engañosas objeciones que su buena razon debe vencer, no dando oidos mas que a la verdad.

—Nó, nó; yo debo esperar vencer todas mis dudas antes de resolverme a hacer mi confesion. ¿No debo tener propósito?... pues no lo tengo...

En este momento, i cuando iba yo a continuar, tratando siempre de vencer las repugnancias del cada vez mas desventurado Adolfo, sentí pasos en el callejoncito que conduce del jardin a la sala. Abrí la puerta, i se presentó el doctor Allende.

Como siempre, fué mui prolijo en su exámen; pidió el depósito de la espectoracion, recetó unas cucharadas, porque se habian concluido las que tomaba el enfermo, i en seguida se despidió.

Salí con él, i su opinion fué mas desconsoladora que las emitidas anteriormente, concluyendo por decirme que en dos dias trascurridos, era notable el avance que hácia la muerte habia dado el enfermo, i que seria mucho si duraba ocho dias más. «Hoi está mui malo,» agregó; i se despidió ofreciéndome volver al siguiente dia mui temprano.

Al regresar, ajitaba Valdes con violencia la campanilla, i me dijo que en el acto fueran Juana i Juan de Dios, pues necesitaba del ausilio de ellos.

Los llamados acudieron, i yo me puse a escribir a la señora superiora avisándola el mal estado de mi amigo, i el aun peor en que se encontraba su espíritu.

Señalaba mi reloj las nueve i media cuando las respetables hermanas de la caridad estaban en la quinta, escuchando mi relacion de lo acontecido el dia anterior, i lo que nuestro amigo me habia manifestado respecto a su cambio de resolucion.

—Es el momento de todos los esfuerzos, me dijo la hermana X.; los agotaremos.

I se dirijieron donde Valdes, despues de preguntarme si podrian penetrar donde él.

—Tan temprano por aquí! les dijo el enfermo, apenas vió entrar a la señora superiora i a la hermana X.

—El deseo de saber cómo está nuestro enfermo nos trae antes de la hora de reglamento, le contestó la madre N.

—Hemos sabido que estuvo usted ayer mui fatigado, i suponíamos que no estuviera mui bien esta mañana, agregó la hermana X.

—Cierto, dijo Valdes. Ayer ha sido para mí un dia terrible, lleno de emociones, lleno de lances, bastantes para haberme creado el malestar de que con justicia he sido víctima toda la noche. Primero, he tenido con este amigo amargos momentos, en los cuales he llorado sin poderme contener; despues con el señor Donoso, mas de dos horas de conferencia bastante animada. Ese señor me trajo tambien el recuerdo de mi madre, i destrozó mi corazon, arrancó del interior de mi alma lágrimas de dolor que no pude evitar ni me fué posible ocultar. El... él tambien participó de mi angustia, pues queriendo consolarme se interesó su corazon; i eso mismo me hizo sufrir más, pues me conmueve demasiado ver que los estraños tomen parte en mis pesares i dolores. No me es posible mirar tranquilo ni indiferente ese interes, que a veces no me esplico de dónde viene...

—De Dios, dijo la hermana X. interrumpiéndole.

—Sí, lo creo asi: solo de Dios debe venir, aunque...

I guardó silencio.

—I por qué no dijo usted al señor Donoso que suspendiera la discusion si se sentia fatigado? le dijo la madre superiora.

—El me lo propuso varias veces, pero no acepté sus indicaciones porque me interesaba demasiado continuarla.

—I en la discusion ¿ha conseguido usted desvanecer sus dudas i convencerse de la verdad? le preguntó la hermana X.

—Las razones que ha opuesto a las mias el señor cura son todas convincentes; pero han vuelto a renacer en mi alma esas mismas dudas, i mi cabeza i mi corazon luchan grandemente. Anoche, quizá me encontraba mas resuelto; he deseado creer i deseo creer como buen católico todo cuanto la iglesia cree i enseña, pero se han despertado en mi corazon otra vez las mismas repugnancias, i aunque mucho trabajo por vencerlas, no puedo, no puedo!

—Sin embargo, es lo mas fácil si usted se resuelve a hacer hoi mismo su confesion, le dijo la misma hermana.

—Nó, es imposible por ahora: la haré otro dia. Necesito tranquilidad i resolucion de corazon; ambas me faltan... ninguna de estas dos cosas tengo ahora.

—Pero no dude usted que Dios puede dárselas en el momento que se resuelva, agregó la hermana. Lo que es la tranquilidad, no la conseguirá usted sino despues de su confesion; haciéndola, penetrará la gracia en su alma, sus dudas serán vencidas, i le aseguro que esperimentará usted una gran confianza para con Dios nuestro señor, i con ella ya tendrá usted todo.

—Resuélvase, señor Valdes, hoi mismo, le dijo a su vez la madre N. No conseguirá usted tranquilidad, verdaderamente, hasta que no se ponga en los brazos del Señor.

—Está bien, dijo Valdes. Yo les ofrezco que no dojaré de confesarme, pero lo haré despues. No moriré sin confesion: esta es mi formal promesa; yo se las cumpliré, pero no hoi; nó, nó...

Iba a contestar la hermana X., cuando Juana me llamó desde la puerta.

Salí, i me encontré con el señor Donoso, quien me dijo que habia recibido hacia una hora una cartita que yo habia escrito a la madre suporiora en la mañana, i que, considerando el mal estado de nuestro amigo, habia venido, precipitando aun las distribuciones de su parroquia.

—Ha vuelto mi amigo a su resistencia, le dije: no quiere confesarse hoi, pero las hermanas de la caridad están trabajando para reducirlo. Regreso a ver cómo está la cuestion; mientras tanto, el señor B. hará a usted los honores.

I volví donde continuaba aun la lucha entre el enfermo i las hermanas.

—¿Por qué no lo hace usted hoi mismo para consolarnos desde luego i dejarnos contentas? le decia la hermana X. en el momento que yo entraba. Se lo pedimos en nombre do su buena i amada madre.

—Ah! esclamó el enfermo. Por Dios! esperen ustedes; lo haré despues... mañana; otro dia... el dia que esté aquí el señor Donoso... cuando venga...

—Ese momento ha llegado, le dije yo. El señor Donoso está aquí; ha venido en el acto que yo salia, i me ha encargado que preguntara a usted si le haria la complacencia de recibirlo.

—Parece que Dios lo quiere mucho, señor Valdes, le dijo la madre

N.; en los momentos que usted necesita tranquilizar su corazon, le viene el remedio. Resuélvase, pues; la confesion no hace mal a nadie; no agrava las dolencias del cuerpo; cura radicalmente las dolencias del alma; tranquiliza completamente el espíritu, i devuelve la paz que se ha perdido. Resuélvase, se lo rogamos.

—¡Basta, madre!... esclamó Valdes, interrumpiendo a la superiora.

I despues de vacilar un momento, i con su mano derecha levantada como en actitud de imponer una órden, o como si con ella dijera imperiosamente:—¡Espera! agregó con angustia:— ¡Es preciso!... Que entre el padre; hablaré con él un instante, tomaré algun alimento, porque me siento sin fuerzas, i despues... les daré gusto, complaceré los deseos de todos ustedes, venceré todas mis resistencias... ¡Dios mio, dame fé! Dame valor; perdóname!...

I se agolparon las lágrimas a sus ojos.

—Ahí, en su resolucion está la gracia que desciende del cielo sobre su alma, le dijo la hermana X. conmovida. Ese llanto es esperanza, es la promesa del Señor de que será usted completamente curado, señor Valdes; con esas lágrimas viene la fé, viene la tranquilidad de su conciencia. ¡Animo! no desfallezca. Dentro de un momento irá usted a los brazos del Señor como va el niño a los brazos de su padre a contarle todas sus travesuras, con esa confianza que tiene cuando sabe que es amado. Tenga confianza en la misericordia; tenga fé en el amor de Dios para con un hijo querido como es usted.

—El recuerdo de mi madre, ese recuerdo que no sé por qué todos ustedes i hasta el señor Donoso han traido a cada instante a mi corazon, me impele a tomar una resolucion que de otro modo no habria tomado. No quiero causar pena a esa santa mujer que me dió el ser i que siempre trató de infundirme buenas doctrinas; doctrinas que, apenas me alejé de ella, olvidé i combatí. Si en el cielo se reunen los buenos, ya que en la tierra he perdido la esperanza de verla por otra vez, quisiera verla allá. Sí; allá... Si no tuviera madre quizá no me confesaria, no abrigaria la resolucion que acabo de hacer con todo mi corazon.

—¡Oh, señor Valdes! Crea usted en Dios; crea usted que El le habria hecho tomar siempre este camino, porque la luz de la fé no está apagada en su corazon: los descuidos de su edad la habrian amortiguado, mas nó estinguido.

—Sí; cierto! esclamó el jóven, brillando la alegria en su radiante mirada. Vengo a convencerme de ello en este instante, por lo que siento en el interior de mi corazon, lo cual no sé esplicar.

—¡Alabado sea Dios! esclamaron a la vez la madre i la hermana.

Valdes dirijió una mirada hácia lo alto, como si hubiera querido traspasar el techado de su habitacion i encontrar el azulado del firmamento para invocar toda la luz que necesitaba, i lanzó un profundo suspiro.

Una sonrisa dulce i apacible asomó a sus labios, i volvió a decir:—Que entre.

—Ya va el señor a llamarlo, dijo la hermana X. señalándome a mí. Mientras, nosotras nos vamos.

—Volveremos mui pronto, agregó la madre N. Estamos ahora sí mui consoladas.

—Bien, dijo Valdes; vayan ustedes a rogar a Dios para que me dé la fé que deseo tener; pidan a la Santa Vírjen que me socorra i derrame sobre mí la luz de la verdad, que quiero reconocer... Pero nó; no se regresen; les ruego que ésperen hasta saber lo que se dispone mas tarde.

—Bueno, aquí estarémos, le contestaron a la vez la madre superiora i la hermana; mientras usted habla con el señor Donoso, vamos a prepararle el almuerzo.

I salieron.

Incontinentemente entró el señor Donoso, con quien cambió el enfermo un afectuoso saludo, i en seguida le dijo:—Voi a tomar un lijero desayuno, para que entremos en el arreglo de un asunto importante para mí *i quizá tambien para usted*, i recalcó esta palabra.

—Para usted i para mí, es indudable que será interesante cuanto tratemos ahora, le contestó el señor cura. Debe usted creer, continuó, que me inspira un doble interes: como cristiano i como amigo, i que al verlo decidido a desahogar su corazon i a reconciliarse con el Señor, esperimento una viva satisfaccion, pues veo realizada una esperanza que desde ayer no estaba lejos de mí.

—¡Gracias, señor! esclamó mi amigo, apretando con efusion la mano del sacerdote.

En esta circunstancia llegaron las hermanas conduciendo ellas mismas el desayuno.

El señor cura i yo salimos al jardin.

Digitized by Google

Quince minutos despues, la hermana X. decia al señor Donoso que el enfermo le suplicaba pasara a donde él.

Entró, i se cerró la puerta.

Estaba el reo delante del juez.

XXXVIII.

Habia pasado una hora i algunos minutos. Sonaban las doce en el vecino reloj de la iglesia de los Sagrados Corazones, i el alegre repique de campanas de la iglesia de la Merced parecia anunciar una fiesta, cuando el mui estimable párroco salia de la sala del poeta con semblante alegre i placentero, i tendiéndome los brazos me dijo:

—Todo está arreglado. Su amigo está como un niño, como un ánjel, esperando la visita del Señor para recrearse con El.

Les llama a ustedes, añadió. He quedado con él de estar aquí conduciendo el Viático de dos i media a tres de esta misma tarde. A esa hora ya habrán ustedes preparado el altar, dijo a las hermanas. I se despidió inmediatamente.

Cuando entramos donde Valdes, su actitud era llena de recojimiento i de piedad. Estaba su cuerpo profundamente abatido, pero su espíritu habíase infiltrado de las dulzuras de la gracia. Tenia sus manos plegadas como el que ora i ruega, i un rayo de sol que penetraba por una hendidura de la ventana, inundaba su rostro de una aureola de paz i de felicidad.

—¡Gracias a Dios! esclamó un momento despues con suavísima voz. Estoi tranquilo. Estoi contento. Supongo que mis amadas hermanas i mi amigo, mi hermano querido, estarán tambien satisfechos. Han vencido ustedes. Soi yo el rendido: la victoria les pertenece.

—Nó, le dijo la hermana X.; el Señor es el que ha vencido: la gloria es suya; la victoria es de la verdad contra el error. Todos estamos contentos i le damos la enhorabuena. Ya verá usted que la tranquilidad reemplazará todas sus ajitaciones.

—Cierto, dijo Valdes. Ya la siento, ya la esperimento.

Sudo mucho, añadió; parece que hubiera emprendido un gran trabajo material.

I realmente, el sudor bañaba su rostro, i se interpolaban con él gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

La madre N. le enjugó el rostro.

La hermana X. le sirvió un vaso de agua.

Luego que la hubo tomado, marcharon aquellas al Asilo a conducir todo lo necesario para arreglar el altar que debia improvisarse para la ceremonia de la sacramentacion.

—De dos a tres de la tarde debe venir el señor Donoso con el Viático, me dijo el enfermo. Quiero que a este acto, el mas serio, el mas imponente de mi vida, concurran todos mis amigos, sin que falte uno. Deseo que ellos sean testigos de mi reconciliacion con la iglesia, de mi union con Jesucristo, a quien hoi reconozco como mi Salvador i mi Dios...

Hizo una lijera pausa mientras enjugó nuevamente sus ojos, i continuó de esta manera:

—Escríbales usted diciéndoles que es una muestra de cariño que quiero merecerles. ¡Quizá la última que pueda pedirles ya!

—No habrá necesidad de escribir, le contesté. Nuestro bondadoso amigo, el señor B., se complacerá en poner todos los medios que estén de su parte para reunir a los amigos i venirse con ellos; el tiempo es corto, i más conseguirá él que una carta, que no hai tiempo bastante para escribir a cada uno como deberia ser.

—Gustoso marcho en el momento, dijo el señor B., i crea usted, señor Valdes, que procuraré reunirlos antes de la hora señalada.

I salió precipitadamente.

Este deseo de mi amigo me trajo a la memoria una cita hecha por monseñor Gaume del escritor Toussaint, filósofo del siglo XVIII, quien, en la víspera de su muerte, mandó convocar a sus amigos para que al siguiente dia concurrieran a su casa a ser testigos de una ceremonia relijiosa. Todos acudieron, i cuando el sacerdote iba a administrarle el Santo Viático, rodeado de su esposa i de sus hijos le suplicó que suspendiera la ceremonia por un momento, i llamando a su hijo varon, que contaba de quince a dieziseis años, a la vez que le dió los mas tiernos consejos i le pidió perdon por las malas doctrinas de que habia imbuido su corazon, i por lo que le habia escandalizado con su conducta irrelijiosa, hizo en ese acto la mas tierna i eficaz protesta de fé, abjurando de todos sus errores i declarando que cuando se mostró anti-cristiano en sus actos, en sus palabras i en sus escritos, nunca fué por conviccion sino por respeto humano,

por vanagloria i para dar gusto a determinados amigos cuyas inspiraciones siguió. Concluyó por pedir perdon a todos, arrancando las mas sinceras lágrimas de los testigos de tan imponente cuanto conmovedora escena.

XXXIX.

Despues de un considerable silencio, i cuando habiamos quedado solos Valdes i yo, éste, despues de dirijirme una mirada llena de sentimiento, se espresó de esta manera:—He sido un insensato; he sido un necio, hermano mio. Me he martirizado con una incredulidad horrorosa, por solo ser consecuente con los principios i sofismas que he querido defender desde que dejé de ser niño para perderme en el laberinto de los hombres. Hoi deploro con toda mi alma esos estravios a que yo mismo arrastré mi corazon para cubrirlo de oscuridad i que no diera oido mas que a las engañosas historias que dominaban i embarullaron mi espíritu, de un modo que me parecia imposible llegar al camino en que me encuentro. Tengo verdadera tranquilidad; estoi apesarado de haber vivido como he vivido hasta aquí, alimentando mi alma con el ponzoñoso virus de la temeraria duda. He negado las verdades mas lójicas, que solo pueden ser oscuras para los que, como yo hasta ayer, se obstinan en combatirlas, sin embargo de que jamas han esperimentado que su razon hubiese salido victoriosa en ningun combate filosófico i profundo. Por mi parte, lo declaro solemnemente, nunca he encontrado de un modo bastante claro en abierta contradiccion con mi razon ninguna de las creencias católicas que una venda espesa colocada sobre mis ojos me habia hecho negar. He dudado mucho; quiero asi mismo creer mucho, nó por recibir simplemente el bautismo de creyente, sino porque reconozco hoi con todo mi corazon i con toda mi alma aquellas mismas verdades que estuve empeñado en desconocer ayer. Dos horas más i recibiré la comunion: dudé tambien de que allí estuviera Jesucristo; Es verdad que yo negaba la esencia, le negaba a El mismo. Ahora quiero creer en todo; mejor dicho, someto mi razon, obligo mi corazon i todos mis sentidos a que crean en todo cuanto dudé.

Concluyan, pues, su obra ustedes... Usted i esas santas mujeres qne aquí cerca de mí me parecen ánjeles enviados del cielo para encaminarme allá. ¡No me abandonen en el supremo momento de mi redencion, de mi resurreccion, diré, a la comunidad de la iglesia católica, de la cual estaba alejado...

—Dios lo quiere mucho, le decia hace poco la venerable madre N.; créalo asi, hermano querido: va a darle otra prueba palpitante de ese amor en la visita que le hará dentro de breve tiempo. Ahí, en el sagrado pan eucarístico se va a dar a usted. Va el Criador a unirse a su creatura. Bajo el accidente de la especie del pan viene oculto sustancialmente el mismo Nuestro Señor Jesucristo, pero viene visible ante la fé, que enseña a reconocer ese gran prodijio i a creer que todo El se encuentra en esa especie de una manera verdadera.

Antes he tenido ocasion de hablar a usted del gran misterio de la encarnacion por obra del Espíritu Santo, misterio en que el Verbo Divino quedó encarnado en el seno de la Vírjen Maria en el acto que Ella, obedeciendo el mandato de Dios que le intimaba el ánjel, dobló humildemente su cabeza i dijo:—*Hágase en mí segun tu palabra.* Asi, tan grande como este es ese otro misterio, «el prodijio de los prodijios,» como ha dicho un padre de la iglesia, «el misterio de fé por escelencia, que es el que exije todos los mas grandes ausilios de la fé, i el que somete esa misma fé a las mas grandes pruebas.»

«Bajo la aparente sustancia del pan está, pues, Nuestro Señor Jesucristo en cuerpo i alma como está en los cielos;» esto es preciso creerlo con todo corazon, pues es lo escencial para salvarnos. «La transustanciacion de esa especie quedó realizada por las divinas i sencillas palabras del mismo Nuestro Señor, que conocemos todos por la Sagrada Escritura. *Tomad i comed. Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.*» «Con estas palabras, continúa monseñor Gaume, esplicó el mismo Hijo de Dios, de la manera mas precisa i mas clara, la profunda filosofía del misterio que El obró en su última cena i que obra diariamente sobre los altares.»

«Cuando se dirijió a sus discípulos, añade, no habló de su cuerpo en el estado natural, en el que no podian tomarle ni comerle, sino que habló de su cuerpo en estado escepcional, sobrenatural, milagroso i sacramental.»

Jesucristo mismo enseñó, pues, a sus discípulos en ese dia, que es

el que recuerda la iglesia el juéves santo, que verificaran la transustanciacion del pan en su divino cuerpo por medio de las palabras de la consagracion, "dejando subsistir, dice el mismo ya citado, los accidentes del pan i el vino para que tengamos mas mérito en creer bajo su palabra que su cuerpo se encuentra i que lo recibimos realmente en el pan, en el que no lo vemos, i para dársenos asi bajo las especies que constituyen la comida i la bebida mas usuales del hombre."

Crea, pues, en esto con todo su entendimiento, con todo su corazon; crea, le ruego, que el que vendrá a visitarlo en breves momentos más, es ese mismo Dios que adoran los cielos i la tierra; que nos crió i murió para redimirnos del pecado orijinal; el que nos espera en las puertas del cielo con los brazos abiertos para hacernos partícipes de su santa gloria.

—Sí, creo con toda mi alma, i deseo no dudar jamas de nada... Hábleme, hábleme, quiero oirlo ya que Dios lo ha puesto a mi lado en tan buena hora.

—Bien, querido mio; le he dicho lo principal, i aquello en que debe estar reconcentrada su intelijencia en momentos tan dichosos para usted, tan consoladores para todos nosotros los que le queremos, los que aquí representamos a su familia, los que le recordamos que el acto solemne por que ha pasado usted i aquel que ya se acerca para bien de su alma, son el iris de consuelo i de paz que Dios le manda para calmar por completo las pasadas borrascas de su corazon. Crea usted i tenga fé en que Dios no nos abandona, i menos cuando tenemos seres queridos que por nosotros ruegan; cuando hai chispas de fé en nuestra alma capaces de fomentar un incendio de amor que nos purifique, como usted lo esperimenta ahora mismo. Dios no nos olvida, hermano querido; no dude usted de ello. Mientras mas indignos nos hacemos por nuestra propia conducta, mas presente nos tiene, i entonces es cuando en su divino amor está esperando el momento en que un rayo de luz nos haga ver el abismo en que estamos sumidos, i nos despierte del letargo en que nos han sumerjido las malas pasiones; entonces viene a lavar nuestras manchas i a estrecharnos con toda la ternura que no hai padre amoroso que pueda abrigar en la tierra para el hijo mas amado.

Recuerdo una cita de la Escritura, mui oportuna para probar lo mismo que ahora digo a usted.

"Sion, dice el profeta Isaias, se ha quejado de que Dios la ha

abandonado: i el Señor le respondió:—¿Qué dices tú, pobre humanidad? ¿Es posible que una madre olvide a su hijo?... Pues bien; yo te digo que aun cuando una madre pueda olvidar el fruto de sus entrañas, yo, tu Señor i tu Dios, no te olvidaré jamas.»

Respecto a la institucion del sacramento de la Eucaristía, voi a referir a usted mas o menos lo que el eminente padre «Ráulica» dice, remitiéndose al Evanjelio.

«Deseaba Nuestro Señor Jesucristo consolar a su pueblo fiel, dejándole un universal remedio para sus sufrimientos i para la radical curacion del alma. El pueblo le hacia la misma demanda a gritos i con lloros lastimeros, i el Evanjelio refiere que el Señor se dirijió a ellos diciéndoles:—*Hijos mios; no griteis, no lloreis, porque yo sé lo que necesitais. Vosotros necesitais que yo esté siempre con vosotros, en medio de vosotros. ¡Pues bien! Yo os prometo que asi será: mi amor a vosotros me ha hecho encontrar el modo de permanecer siempre realmente con vosotros hasta el fin de los siglos, i de estar siempre a vuestra vista bajo otra forma, cuando bajo la forma actual no me podais ya ver. Yo sé mui bien que vosotros teneis necesidad de un pan sustancial i celestial; que vosotros teneis hambre de este pan, sin conocerlo ni comprenderlo, aun despues que os sea dado. Pues bien; mi Padre, que es tambien vuestro Padre, os proporcionará este pan verdadero del cielo, que ni los autores de falsas relijiones, ni aun el mismo Moises han podido daros. Este pan que yo os daré, de acuerdo con mi Padre, es mi propia carne, que es la vida del mundo; porque os aseguro que yo sabré convertir mi carne en verdadera comida i mi sangre en verdadera bebida. De este modo habré satisfecho todas vuestras necesidades, todos vuestros instintos i llenado todos vuestros deseos, porque saciados con mi carne i refrijerados con mi sangre, alcanzareis la vida eterna.*»

Entonces fué cuando el Salvador consagró el pan i el vino en la última cena que hizo con sus discípulos, a quienes dijo: *Hijos mios: este es mi cuerpo, que os voi a dar entregándolo a la muerte. Esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros.*

Asi quedó instituido ese admirable sacramento en forma de la Hostia, que va usted a recibir como la mas preciosa prenda de bondad de ese mismo Dios, que ya lo ha estrechado en sus brazos i que viene a unirse a usted en manifestacion de haber olvidado i perdonado todas las ofensas que usted le hizo hasta este dia.

Digitized by Google

—¡Es hermoso, es sublime ese misterio! Creo en él como creo en Dios, en Jesucristo, en la iglesia i en cuanto ella nos enseña. Rindo toda mi voluntad i todo mi corazon a esas creencias, i ruego a Dios no me consienta apartar de ellas por otra vez, ni un solo instante!

Cuando Valdes hacia la precedente esclamacion, que podemos estimar como una nueva protesta de fé, se dejó oir el ruido de un carruaje que paró en la puerta de la quinta. No bien habia mi amigo concluido su última palabra, cuando se presentaron la madre superiora, la hermana X. i otra hermana que nos fué presentada por la primera vez, i en quien conocimos desde luego otro de esos ánjeles que Dios ha puesto en la tierra bajo el disfraz del sayal, para consuelo de la doliente humanidad: "uno de esos ánjeles enviados del cielo para encaminarnos allá," como acababa de decir el mismo Valdes.

—Estamos de regreso, vamos a arreglar el altar, porque ya se acerca la buena hora de su gran visita, dijo a Valdes la señora superiora. Aquí la hermana V., añadió, ha querido tambien acompañarnos en este momento.

—Dios se lo pague. Cada demostracion de ustedes cautiva más mi corazon; cada una que conozco me parece una verdadera hermana mia, que viene a rodear mi lecho de dolor para prodigarme los inmensos consuelos que para los desgraciados encierra el corazon de ustedes.

—Cumplimos nuestro deber, señor, dijo la recien venida. Nosotras en el mundo hemos recibido por medio de nuestras reglas el encargo de nuestro padre San Vicente, de ayudar a sobrellevar las penas a nuestros semejantes. Soi ciertamente un nueva hermana de usted, una de las muchas que rogamos por que Nuestro Señor le dé la salud si le conviene, i toda la gracia de su misericordia para amarle.

—Gracias, hermana, contestó Valdes, lleno de afecto. Dios las bendiga. Dios conceda a todos los que padecen el tener a su lado en momentos como los mios a las hermanas de la caridad.

I sus ojos se inundaron de lágrimas.

La hermana, con el rostro encendido como la rosa purpúrea de Jericó, i resplandecientes sus ojos por el brillo de las lágrimas que

en ellos se agolpaban, salió de la sala llena de angustia, como salió Marta de Betania hace mas de dieziocho siglos, a encontrar a su Maestro para demandarle la vida de su hermano.

En seguida se acercó la hermana X., i abriendo su devocionario, sacó de entre sus hojas un precioso emblema que alcanzó a mi amigo, diciéndole que representaba el camino de la cruz a que nos conduce Maria, despues de la prueba a que es sometido el pecador.

Valdes lo recibió i lo llevó a sus lábios.

El emblema representa la imájen de Maria sosteniendo en una mano una gran cruz i otras pequeñas enlazadas por una corona de espinas i una vara de lirio; en la otra mano tiene una corona de resplandecientes estrellas, que va a colocar sobre la cabeza del penitente, que de hinojos está postrado i reclinado en éstasis en su regazo.

El penitente tiene en su derecha un libro con la inscripcion *Camino de la cruz*; en la otra mano sostiene una preciosa vara de azucenas. En el fondo del emblema se ve el anchuroso mar, en el cual flota una navecilla que parece fuera a naufragar, la cual dirije su rumbo hácia el pié de una elevada montaña, en cuya cima se dejan ver tres cruces. Un resplandeciente rayo de luz desciende del cielo por el lado de la montaña i viene a inundar el grupo que forman la divina madre i el pecador, que deshecho en lágrimas de arrepentimiento i de dolor, descansa en el dulce seno de su protectora i alivia en él las fatigas del largo camino atravesado desde la lucha hasta la victoria. Sobre el cuadro se ven los corazones sagrados de Jesus i de Maria. Bajo de ellos i circundando el grupo referido, se lee esta inscripcion:

No será coronado sino el que haya
combatido con valor.

Al pié del emblema, las siguientes palabras:

Cuán dulce es despues de la victoria
caer postrado en el regazo de Maria!
¡Oh madre mia, no puedo mas!

Aliento, hija mia; pasó la prueba i queda el mérito. Va tejiéndose tu corona... todavia algun esfuerzo... i se te abren las puertas del cielo.

En el reverso se lee lo siguiente:

¡VALOR, HIJA MIA, VALOR!

El reino de los cielos padece fuerza, i los que se la hacen lo arrebatan. (San Mateo, capítulo XI.)

El alma desfallecida.

Tened compasion de mí, madre mia; no puedo mas!... Sin embargo, hágase la voluntad de Dios i nó la mia... Quiero seguir a Jesus con vos hasta la muerte, a fin de poder esclamar despues con El i como El:—Todo se ha consumado... He hecho todo lo que Dios exijia de mí!

Pero hasta entonces, querida madre mia, sostened un poco mi debilidad; dejad que tome aliento recostada en vuestro regazo; sostened vos por algunos momentos el peso que me agobia; alcanzadme fuerzas para proseguir este largo camino de la cruz... Hablad a mi alma, pues lo que ella desea es escucharos; revelad a mi corazon de una manera clara este gran secreto del Calvario, esta divina i santa paciencia:

que SABE... *que* QUIERE,
que PUEDE *sufrir con* JESUS.

Que lo hace todos los dias con vos i en vos... i que desea hacerlo hasta el postrer instante, en que desaparecerán las lágrimas de la tierra para ceder el lugar a los goces del cielo... Oh! ¿Cuándo será esto, madre de mi corazon, cuándo será?...

Maria al alma.

Pronto hija mia, pronto... todo es corto menos lo que es eterno!... No te dejes amilanar por la fuerza del combate; las espinas de la tierra preparan las rosas del Paraiso; tras de las angustias de esta vida pasajera vendrá un torrente de inefable felicidad... Un dia más, una hora más, un sacrificio más, i el cielo es tuyo. Dios mismo será tu recompensa; su paternal mano enjugará para siempre las lágrimas de tus ojos, i tú para siempre irás a descansar en el Océano de su amor.

El alma.

Pues bien, madre querida,
En sufrir ya consiento.
La cruz será mi vida
Hasta el postrer aliento.

Despues de contemplar mi amigo por mucho tiempo el precioso cuadrito, volvió a llevarlo a sus labios, lo colocó sobre la pequeña mesa que estaba a la cabecera de su cama, i se quedó nuevamente en la mas piadosa i recojida actitud.

XL.

Se habia principiado a arreglar el altar sobre una mesa engalanada con albos manteles i otros atavios que acababan de conducir las hermanas de la caridad.

Colocada sobre esa mesa el ara sagrada, estaba ya figurada la montaña del Calvario en la cual se consumó el sacrificio de la divina víctima sobre el madero de la cruz, cuya imájen conducia la hermana en ese momento para colocarla en ese nuevo Calvario.

—Esta es la imájen de nuestro señor Jesucristo, que murió en la cruz para redimirnos i salvarnos, dijo la hermana X. al enfermo presentándole el crucifijo.

Valdes alargó su mano, lo tomó, i estampó un piadoso beso en el lugar de la llaga del costado del Señor, como si hubiera querido beber la fé en esa deliciosa fuente.

Un momento despues apareció la misma hermana conduciendo dos preciosos floreros con encarnadas i bellísimas rosas; i manifestándolas asi mismo a Valdes ántes de colocarlas sobre el altar, le dijo: - Hé aquí el emblema de la caridad. La fé enciende el corazon en amor a Dios i a nuestros semejantes, recordándonos que asi se encendió el corazon de Jesus por amor nuestro, hasta el estremo de ofrecer su sangre divina en holocausto para rescatarnos de la esclavitud del demonio. De esta manera nos enseñó a no omitir sacrificio alguno para aliviar i favorecer al prójimo. Tengamos presente que nada será capaz de nivelarse con lo que él hizo por nosotros.

—Caridad santa! Caridad divina, yo te reconozco!... Yo que estoi palpando de cuánto eres capaz!... esclamó Valdes dejando rodar libremente dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

—Estas flores son el emblema de la pureza, dijo despues la misma hermana presentando a Valdes dos jarrones cubiertos de blancas azucenas; es asi como despues de la penitencia queda el alma; es asi como no debe dudar que está la suya desde que ha hecho una buena confesion i desde que tiene dolor de sus pecados. Esta es la flor mas fragante, mas bien aceptada por Dios nuestro Señor,

Digitized by Google

porque es la que le ofreció su Santísima Madre al presentarle el castísimo seno en que lo concibió i lo llevó para que se hiciera hombre; esta es la flor que quiere el Señor que le presentemos siempre como la clave dichosa para que se nos abran las puertas de la gloria eterna.

Valdes fijaba ávidamente sus ojos en las flores, i se conocia que dedicaba toda su atencion a las palabras de la hermana de la caridad, pero guardó silencio.

Por último, se presentó la misma hermana con una lindísima imájen de la Vírjen Purísima, i al acercársela al enfermo, éste, como arrebatado, se la quitó de las manos i la llevó sobre su corazon, esclamando:—¡Madre mia! madre mia! alcanza del Señor el perdon que necesito i la fé que deseo tener. ¡No me dejes!... no me abandones!

I besó los piés de la Inmaculada Vírjen, como el hijo que reconociéndose culpable se postra de hinojos i besa los piés de la madre ofendida, implorándole perdon i olvido de sus faltas.

—Sí, dice usted bien, le dijo la hermana. Esta es su madre, porque es la madre de todos los pecadores, la madre de todos nosotros, la que en este valle de lágrimas nos sostiene con su amor. Ella es la madre de los aflijidos, el refujio de los pecadores, el ausilio de los cristianos, i mui especialmente de aquellos que estraviados en un tiempo, vuelven a Ella pidiéndole socorro. Pídaselo, pues, con todo su corazon; pídale que en este momento sea su abogada, su protectora, su Madre verdadera.

—¡Sí! sí! con toda mi alma! esclamó otra vez el poeta.

Luego se presentó la hermana V. con otros dos lindos floreros llenos de diversas flores que acababa ella misma de cojer del jardin, i le dijo que a nombre de él las ofrecia a la Vírjen.

—I tambien éstas dijo Valdes, señalando dos preciosas rosas que tenia sobre la mesa.

Este es presente de la buena hermana A., añadió, sacándolas él mismo del vaso en que estaban colocadas desde el dia anterior.

La madre N. continuaba arreglando la sala i cubriendo de flores la parte del pavimento que mediaba entre la cama del enfermo i el altar, que estaba ya completamente arreglado.

—La hora se acerca, dijo Valdes dirijiéndose a la hermana X.; ruego a usted me lea algunas oraciones ántes que llegue el sacerdote con el Viático.

—Voi a complacerlo, contestó la hermana.

I procedió a la lectura, que repitió el enfermo con mucha reverencia.

En esta circunstancia, un carruaje primero i otros despues, paraban en la puerta de la quinta.

En ellos llegaron los amigos que Adolfo habia manifestado deseo de ver a su derredor en el supremo momento de su alianza con el Señor.

XLI.

Despues de un momento estaba espedito el enfermo para recibir a sus amigos. No bien pasaron éstos a saludarlo, cuando el repetido toque de una campanilla anunció que estaba cerca *Aquel* ante quien se rinden todas las potestades del cielo i de la tierra.

El Señor venia a buscar a la oveja que, descarriada i perseguida, estaba remontada i embarullada en el laberinto de la maleza del monte. El pastor mismo iba a buscarla para reunirla a su escojido rebaño; estaba enferma i moribunda, e iba a consolarla con el Viático que conforta i conduce en la espinosa travesia que todos mediremos desde el mundo hasta la eternidad.

Una de las hermanas encendió las velas del altar; yo encendí otras i las distribuí entre los amigos que estaban de pié delante del enfermo, i les rogué recibieran en la puerta esterior a la Majestad Divina. (1)

Ese imponente aparato llenó el departamento de mi dichoso amigo de ese esplendor de que unas pocas luces revisten asi el magnífico templo como la mas humilde capilla en que se tributa culto a la divinidad.

El toque de campana, mas inmediato ya, llegó a oidos de Valdes, i como si hubiera sentido el contacto de un conductor eléctrico, se

(1) Entre estos se encontraron los siguientes señores:—Don Eleuterio Macedo, ex-presidente de la cámara de diputados del Perú; los coroneles peruanos don Federico Larrañaga i don Manuel E. Velarde, i los señores don E. Piérola, don Manuel Miranda, don Manuel F. Falcon, don Juan Buenrrostro, don José F. Potts i don Francisco Moreno.

apoderó de él un movimiento convulsivo que ajitó todos sus miembros.

La hermana X., arrodillada delante del lecho, leia en su devocionario algunas oraciones que con temblorosa voz repetia aquel.

El sacerdote llegó. Todos nos arrodillamos, con el relijioso respeto que es debido al supremo rei del universo.

Valdes tiembla entonces sin poderse dominar; teme, pero nó con ese temor que produce la idea de ser condenado, sino con el que está asociado al dolor que nos causa el haber ofendido a Aquel que sin embargo de cuanto contra El hicimos, sabemos nos va a perdonar mediante su misericordia.

Valdes llora al fin. Ese llanto es la prenda de vida que da el corazon que ya abriga el amor a que antes hubo cerrado las puertas; sus lágrimas son otra vez, no solo la esperanza de su rejeneracion, sino la confirmatoria del arrepentimiento que nos ha estado manifestando desde la víspera, no obstante un momento de turbacion que le observamos.

Culpable como ha sido, se cree indigno de ser perdonado; pero la presencia del padre que lo busca le dice a su corazon: que todo lo ha olvidado i que no hai mas que padre e hijo; amor i ciega obediencia de éste, como amor i total olvido de aquel, tan grande i tan magnánimo mientras mas escarnecido.

—Soi criminal, dice Valdes; pero no puedo retroceder. Vos sois Señor, mas grande en jenerosidad i caridad, i confio en vuestro perdon...

El sacerdote le interroga, i le hace repetir los actos de FÉ, de ESPERANZA i de CARIDAD.

El los hace con la boca i con el corazon.

Llega el momento supremo.

"*Este es el cordero de Dios que borra los pecados del mundo,*" dijo el sacerdote, con esa majestad de que se reviste el ministro del Señor al hablar en su nombre.

El enfermo palidece. Alza sus ojos a lo alto, hace una invocacion en baja voz, i siguiendo las palabras del mismo que lo habia conducido hasta las puertas de la gracia, repite tambien por tres veces, lleno de contricion.

Señor: yo no soi digno de que entres en mi pobre morada; dí una sola palabra i mi alma sanará.

Estaba cerca de él el mismo Dios. Tenia delante de sus propios

ojos el mismo árbol saludable de la vida; recojió su dulcísimo fruto i pasó el temor, cesaron sus ajitaciones, i entró en posesion de la dicha i de su salvacion.

La trasformacion del hombre viejo en el hombre nuevo estaba realizada; la union admirable del hombre con su Creador habíase efectuado por medio de ese prodijio que la profecia llama «el pan de la vida i de la intelijencia, i el agua de la sabiduria i de la salud.»

El semblante del poeta cambió súbitamente.

La palidez del temor del acusado fué convertida en el suavísimo sonrosado que revela la tranquilidad del espíritu del absuelto, i las tranquilas lágrimas, fruto del arrepentimiento, de la gratitud, de la fé i de la esperanza, se desprendieron por sus mejillas con la efusion con que corren por el rostro del que acaba de esperimentar, la mas grande, la mas grata i consoladora de las emociones.

Terminada la comunion, el sacerdote se acercó para administrarle la Estremauncion.

El enfermo me llamó i me dijo en baja voz que no creia necesario tal aplicacion.

Yo le contesté que en su estado era necesaria para su alivio espiritual i corporal, i la aceptó sin mas observacion.

Todos estos actos se practicaron en medio del silencioso respeto i recojimiento de los circunstantes. La voz del sacerdote era la única que se escuchaba desde que terminó la comunion.

Las hermanas de la caridad que conocemos i otra que acababa de llegar del Hospital, rodeaban el altar, i se les veia de hinojos i con sus manos plegadas invocando del Señor todos los beneficios de su divina gracia para el alma del que en ese dia acababa de celebrar su dichosa union con El.

Allí, al rededor de ese altar, se hizo por cada una de esas virtuosas creaturas la ofrenda, aceptada por Dios, de sus lágrimas, de su oracion i de sus ruegos.

Otro rayo de sol penetró por la ventana a cuya inmediacion estaba formado el altar, llenando a éste de viva luz. Parecia que el cielo enviaba una aureola divina para manifestar asi cómo se celebra allá la conversion del pecador.

Terminada toda la imponente ceremonia, i despues de haberse retirado el sacerdote, pidió Valdes a la hermana X. le leyera algunas oraciones para dar gracias.

Digitized by Google

Todos los amigos se retiraron de la sala, i yo con ellos. Una de las hermanas de la caridad se quedó aun en oracion.

Valdes tenia sus ojos, llenos de lágrimas, fijos en el altar, i en su semblante lleno de satisfaccion se retrataba la tranquilidad de que disfrutaba.

XLII.

Eran las cinco i media de la tarde, hora en que se despidieron de Valdes todos sus amigos, no sin haber sentido bastantes impresiones. Ante ese acto que a todos nos parece el preparativo para el largo viaje hácia la eternidad, el hombre mas acostumbrado a dominarse esperimenta sensaciones que no puede, que no sabe de manera alguna disimular.

Las hermanas de la Caridad obligaron al enfermo a tomar un lijero alimento, para lo cual no tuvo éste mucha disposicion, i media hora despues se despedian tambien, manifestando en su semblante las mas patentes señales de alegria.

Quedamos los dos solos.

Mi amigo me pidió que llevara a su lado una silleta i me sentara ahí, a lo cual accedí inmediatamente.

En seguida comenzó a hablarme de esta manera:

—Estoi tan tranquilo i tan consolado, que me encuentro libre de las ajitaciones que mortificaban mi espíritu i mi corazon. Tenia usted razon al decirme que Dios me devolveria la paz, i que El consolaria por completo mi corazon. Me considero feliz; estoi contento. Algun pasajero recuerdo de mi vida viene aun por mi mente, pero no inquieta mi conciencia, ni nada me dice ésta que me infunda temor... ¡Gracias a Dios, hermano mio, que me ha dado luz Gracias a su Madre Divina que ha venido a fortalecerme, oyendo lo mucho que a Ella clamaba en mi terrible lucha! Gracias a todos ustedes que han trabajado tan incesantemente por mi bien! Dios sabrá recompensar a todos. Yo se lo he pedido en el momento solemne de recibirlo: que me escuche le pido ahora mismo con toda mi alma...

Un corto silencio sucedió a estas palabras, a las que nada pude contestar.

Juana nos anunció al doctor Allende, quien, al entrar a la sala, se fijó en el altar formado frente a la puerta, lo que le hizo, por supuesto, comprender que nuestro amigo tenia ya conocimiento de su verdadera situacion, i que habia cumplido con los deberes de cristiano i de católico. Su semblante reveló una emocion de la cual se apercibió tambien el enfermo. Natural era: ya lo hemos oido espresar su sentimiento de no poder hacer nada en obsequio de la vida de Valdes, i lo hemos visto con los ojos humedecidos al contemplar su proximo fin. Esto ha revelado bien los buenos sentimientos de aquel estimable médico, que yo me hago un deber en reconocer, pues mui convencido estoi del interes que manifestaba por el desventurado jóven, a quien veia cada dia avanzar hácia la muerte, sin que toda su buena voluntad, su interes y su reconocido saber, pudieran nada ante el violento curso de tan destructora enfermedad.

El señor Allende se cercioró de que todavia quedaba una parte de los medicamentos que tomaba su enfermo, i no teniendo que recetar se despidió, repitiéndome a la salida lo mismo que me decia diariamente:—Ninguna esperanza; camina precipitadamente a su fin. Estas fueron otra vez sus desconsoladoras palabras; estas eran tambien las del otro médico señor Bobillier. Opiniones desconsoladoras por demas, que yo siempre escuchaba con dolor.

Cuando regresé de despedir al médico, mi amigo me dirijió la palabra nuevamente.

—¿Qué dice, hermano mio, nuestro doctor?... Como si lo oyera: habrá dicho a usted que marchamos pronto a lo que se llama el mundo de la verdad... No le falta razon... Yo mismo me siento destruir cada dia más i más, i podria asegurar a usted que veo que se escapa mi vida. No puedo esplicar lo que esperimento en toda mi naturaleza. Cada dia son distintos los dolores en el pulmon: primero he sentido fuertes hincadas como si me punzaran con agujas; ahora siento un ardor, una cosa que me quema, como si allí tuviera una plancha candente; por momentos parece que me saliera del pulmon algo estraño que me raspa, i me orijina dolores agudos... debe ser la entraña destruida que se desprende a pedazos. Esta fiebre que va en progreso cada dia, el decaimiento de mi cuerpo, mis fuerzas que se enervan, i sobre todo, amigo querido... mi pro-

Digitized by Google

pia conviccion, esa conviccion que nace de aquí, del corazon, todo me dice que mui pronto, quizá dentro de breves dias, acabaré mi peregrinacion en este mundo... Hasta ayer, cada vez que ha pasado esta idea por mi mente, temblaba; temblaba porque tenia amor a la vida, i alguna vez se apoderaba de mí la desesperacion al pensar que la muerte cortará mis dias en mi temprana edad, cuando no veo en derredor de mí a mi madre, a mi padre ni a mis hermanos, a ninguno de mis queridos amigos de la infancia; en fin, a nadie de los mios a quien decir adios, ¡adios hasta la eternidad!... Por otra parte, las dudas que mortificaban mi espíritu i dañaban mi alma, mi falta de fé, pues la fé habia huido casi por completo de mí alma: ayudaban a sumerjirme en un abismo, que yo contemplaba muchas veces en medio de la oscuridad de la noche, en esas horas en que estamos a solas con nuestra conciencia, que es el juez mas severo, mas terrible que tenemos todos, i que llevamos en nuestro propio ser como testigo i compañero inseparable para señalarnos nuestras buenas i malas obras, con la exactitud con que los punteros de un reloj marcan las horas del dia i de la noche...

Yo dudaba i negaba todo aquello que la fé solamente nos hace conocer, porque hai verdades que son oscuras sin el ausilio prodijioso de la fé; yo negaba a la Providencia, i esa Providencia, como me decia mi hermano amado en las luchas que con él he sostenido, era la que me alimentaba, como alimenta al insecto i a la avecilla en medio de los bosques. Yo deploraba mi abandono, i temia morir solo i olvidado quizá, en el fondo del cuarto de un hotel, i realmente reconozco ahora que esa Providencia ha venido conduciéndome de la mano, hasta encontrar amigos que son mis salvadores: ellos buscan i solicitan consuelos para mí i los encuentran, dándome madre, dándome hermanas, que vienen a rodear mi lecho, a fortalecer mi espíritu debilitado por la impía doctrina, a hacerme abrir los ojos para que no desconozca la verdad i no desespere mas de mi situacion ni me ocupe de mi abandono. Pone asi mismo en mi camino a otras personas que con sus recursos, como mi amado E., soportan todas mis exijencias i derraman en mí corazon los consuelos que para tales casos tienen solo los hermanos para el hermano en desgracia. No tengo donde cobijarme... no tengo quien me cuide i me consuele, i pronto todo lo encuentro; todo me lo ha proporcionado esa Providencia que yo obstinadamente negaba con ingratitud... Lloraba mi horfandad, i aquí he encontrado familia

Digitized by Google

en personas que solo considerándome como un deudo suyo podian hacer por mí cuanto hacen. ¿I por qué? me he preguntado tantas veces... Por solo caridad! Caridad, que estoi ahora convencido solo puede inspirarla Dios, Dios, a quien yo negaba en la persona de Jesucristo su Divino Hijo, que ha venido a probarme no hace muchas horas que es cierto, que es verdad, que solo en su union hai tranquilidad. Sí, hermano querido; las inquietudes, las dudas, mis recuerdos del pasado, todo, todo me ajitaba demasiado i me punzaba el corazon. Jamas creí conseguir paz en mi espíritu; nó, nó lo esperaba... Pues ahora la tengo... Desde el acto de mi confesion sentí que una losa pesada se me quitaba del pecho... Sin embargo, necesito aun de todo el ausilio de la gracia i de la misericordia para acabar de estirpar los residuos del veneno que habia derramado en mi alma la doctrina que acarició, en medio de una escuela enteramente libre. Esa doctrina de que me nutrí en el vivac del soldado, en el que penetré cuando aun era niño, donde, lejos de la obediencia i del cuidado de mis padres, no escuché otra voz que la de mis inclinaciones, inclinaciones las mas veces erradas en la humanidad, porque el error es nuestra herencia.... Esos resíduos, repito, espero en Dios i en el ausilio de la Santa Vírjen que desaparecerán mediante la intercesion de los que, tan buenos conmigo, rogarán por mí como han rogado hasta conseguir me arranque esa venda que para mi perdicion se habia colocado delante de mis ojos. La esperanza, que habia huido, por consiguiente, de mi corazon, la concibo tambien ahora, la tengo de que Dios me perdonará tanto i tanto que hice para que me castigara...

Pensaba alguna vez en el dolor que llevaria al corazon de mi buena madre la noticia de que yo moria lejos de ella en la impenitencia, i declaro que el nombre de esa santa mujer que me dió el ser; que tanto me amó siempre i que tanto me ama ahora mismo, como tanto la amo yo, ese nombre me causaba una sensacion inesplicable asi al recordarlo cuanto al oirlo de boca de usted, de boca del confesor, que lo invocó tambien para decirme que clamara como buen hijo a la bendita Madre del Salvador para alcanzar la fé i la contricion que necesitaba i aun necesito; en fin, tanto que ha pasado por mí, hermano mio, que me habla aun i me grita fuertemente, diciéndome que Dios me amaba tanto cuanto yo cruelmente lo injuriaba...

Ya he consolado a mi madre; ya he consolado a usted, ya he con-

solado a las inmejorables hermanas de la Caridad, que tanto han hecho por mi bien, que tantas lágrimas les he visto derramar al pié de ese altar, pidiendo indudablemente fé i misericordia para mí...

Ahora deseo, hermano mio, que me diga usted qué debo hacer para acabar de afianzar el triunfo sobre mis dudas, para que ninguna me asalte por otra vez. Dígame usted qué actos debo practicar para aliviar mi conciencia, para satisfacer la necesidad que ahora siento en mi corazon de hacer algo de lo que no he hecho en mi vida... Quiero ejercer los actos de reparacion que me sea posible; quiero poner los medios para alcanzar el perdon... ayúdeme, amigo del alma; no me deje, no me abandone!

—No lo dejo, no lo abandono, hermano querido; nó. En la hora de la lucha i de la prueba estuve con usted; en la hora de la victoria, la satisfaccion de mi corazon me arraiga mas a su lado. Crea usted i espere, Adolfo mio. "La fé i la esperanza," dicen los maestros espirituales, "conducen a la caridad"; estas tres virtudes nos conducen directamente a Dios i tienen por objeto al mismo Dios; nos unen con El, i son las escalas por las que empezamos en el mundo la vida cristiana que va a terminar i a recibir el justo premio en la eternidad. La fé diviniza la intelijencia del hombre, porque por ella sabemos que mediante el pan de vida, que ha tenido usted la dicha de recibir el dia de hoi, se alcanza la gracia que nos comunica el mismo Dios. Por la fé nos promete el señor grandes bienes sobrenaturales que nos enseñan a esperar esa virtud, que vence todas las dudas que tanto dañan i mortifican al hombre.

"La fé," dice un grande apóstol, "es la sustancia de las cosas que se esperan, porque es tan imposible esperar lo que no se cree como pintar sobre el vacío." Por ella alcanzamos la tranquilidad i el consuelo que ensancha i fortalece nuestro espíritu, i nos hace partícipes de las gracias que el Señor derrama sobre sus fieles afiliados, sobre todos los que creen cuanto en su nombre nos dice la Iglesia i nos enseña su santa doctrina.

La esperanza, refiriéndome a la espresion de uno de los autores antes citados, nos hace marchar en pos de esos mismos bienes sobrenaturales que allá en lontananza nos señala la fé i que creemos están encerrados en el mismo Dios. Ella nos hace esperar el cumplimiento de las promesas divinas en favor de los escojidos, que serán los que entren en el Reino del Señor; es decir, para los que

han observado la Santa Lei; para los que, aunque separados un tiempo de su bandera, vuelven a ampararse bajo sus sombras saludables, i le vienen prometiendo con firme propósito no desertar por otra vez. Si por la fé desaparecen las indecisiones, las dudas i los grandes errores, por la esperanza nos desligamos del amor a los perecederos bienes de la tierra para dejar campo a otra ambicion mas saludable, mas fructífera, cual es la de alcanzar despues de las penalidades de esta miserable i transitoria vida, las delicias de otra que es eterna, i en la cual quedará realizada la promesa que sostiene al católico de alcanzar en ella la justa recompensa. La Caridad es la virtud mas elevada, la virtud sobrenatural, que nos induce a amar a Dios sobre cuanto existe como al Ser infinito, i la que nos enseña a amar al prójimo como a nosotros mismos por amor al mismo Dios, es decir, por obedecerlo e imitarlo en cuanto podamos, en el amor que ha tenido, tiene i tendrá por nosotros hasta la terminacion de los siglos. La caridad, se ha dicho por muchas plumas autorizadas, «es el complemento de todas las virtudes,» i es indudablemente la que mas acerca a Dios en la tierra i nos une íntimamente con El en la eternidad.

La leccion de caridad que debemos observar es la contenida en el primer mandamiento, es decir, en el primer artículo de la Lei de Dios que nos manda amarlo sobre todas las cosas, i al prójimo como si fuera nuestro propio individuo:—«Al prójimo por Dios i en Dios.» como ya he dicho a usted, porque asi lo ha mandado el señor en su Evanjelio.

Si el que puede prolongar nuestra vida i hacerla fuerte i floreciente, sacándonos hasta del centro mismo de la tumba, como hemos hablado antes refiriéndonos a Lázaro, concediera a usted la salud i le diera vida, le recomiendo mucho el ejercicio de la caridad para con el prójimo, despues de tenerla para con Dios nuestro Señor, amándolo i correspondiéndole la caridad i el amor que le debemos i que nos revela todo cuanto tenemos a nuestra vista despues de nuestra propia existencia. Cuando amamos al prójimo i lo aliviamos en su miseria, en sus dolores i en sus angustias, Dios está satisfecho de nuestro proceder, i se goza al ver que obedecemos su lei, que cumplimos sus preceptos.

El mismo Dios ha dicho por boca de David:—*Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado i en el pobre: el Señor le librará de todo mal en el dia aciago.* Pero aunque juzgáramos el acto de cari-

dad solo como un impulso de nuestro corazon, ¿quién ha sentido un placer mas puro que el que ejerce actos materiales de caridad? Quién ha esperimentado mas dichosos goces que aquel que echa una moneda en la mano del necesitado que con voz lastimera le demanda una limosna por el amor de Dios, i con palabras todavia mas sentidas, quizá sin poder pronunciarlas con claridad, le dice:—Tengo madre que no tiene pan; tengo hijos que lloran de hambre; por Dios, en su nombre, una limosna!... Ah! hermano mio; el corazon del hombre mas indiferente, tiembla i se conmueve, la sangre se agolpa a él, i es imposible que en ese instante no invadan las lágrimas nuestros ojos...

Cuántas veces el hombre, sufriendo inmensos dolores en su corazon, sintiéndolo destrozado por la crueldad del infortunio, falto alguna vez de resignacion i olvidando que nuestros dolores i desgracias son pruebas a que la santa Providencia nos somete, ha salido precipitadamente de su habitacion o del lado de su infeliz familia, como huyendo de la contemplacion del cuadro que con vivos i animados colores le pintaba sus desdichas, i en su camino lo ha detenido una mano i una voz que le han dicho:—No te cuentes como el mas desgraciado; yo lo soi más que tú: tengo hambre, i no he tenido como satisfacerla; tirito de frio, i ve mis carnes cubiertas con harapos... i aquel ha llevado la mano a su bolsa, i dando quizá su única moneda, ha conseguido aliviar i tranquilizar su alma, como si un bálsamo hubiese caido sobre una profunda herida para aplacar la vehemencia de un grande dolor.

Recuerdo siempre lo sucedido una noche con un amigo mio. Despojado de su empleo, en una de esas épocas tan frecuentes por desgracia en mi pais, se encontraba sin tener como procurar a su familia ningun recurso para atender a las necesidades del siguiente dia. Salió a la calle con la esperanza de que la Providencia pusiera en su camino algun amigo a quien comunicar su situacion; pero, como en la desgracia la mayoria de nuestros amigos no frecuentan las calles ni los lugares por los cuales saben que marchamos, regresaba a su casa tan desconsolado como hubo salido. A poca distancia de ella, un caballero, segun su aspecto i su porte, lo detuvo i le pidió una limosna, diciéndole que se encontraba en desgracia; que tenia dos hijos para los cuales no habia tenido en ese dia ni un pedazo de pan con que mitigar su hambre. Mi amigo sufrió cuanto usted puede imajinarse: lo único que llevaba consigo, i de insignificante valor, era

un pañuelo de seda nuevo que al salir de casa le habia dado su infeliz esposa; lo alargó al desconocido sin decirle una palabra, i siguió su camino recojiendo sus lágrimas en la manga de su vestido.

Yo sé que sufrió bastante al no haber podido aliviar esa necesidad de otro modo; se olvidó de la suya, que era idéntica, i halagado con la esperanza de que aquella insignifiante prenda hubiese podido proporcionar siquiera un pan a aquel infeliz padre, llegó a su casa refiriendo a su esposa en medio de sus lágrimas lo que acababa de pasarle.

"La providencia es mui grande," le decia a mi amigo su virtuosa esposa. Ve aquí esta moneda que acaba de traerme una hermana mia, como si Dios le hubiera dicho que no teniamos cómo dar pan el dia de mañana a nuestros pobres hijos. ¡Ella recompensa siempre una buena accion! ¡Dónde viéramos a ese infeliz padre para partir con él del ausilio que Dios acaba de mandarnos!"

I vi a ambos esposos que juntaron sus lágrimas en ese momento, que jamas podré olvidar.

Despues de un considerable rato, Valdes rompió el silencio que habia reinado entre nosotros. Me pidió le leyera algunas oraciones de las señaladas para despues de la comunion, i otras dedicadas a la Vírjen Maria.

Tomé el devocionario i dí cumplimiento a su pedido, empleando en la lectura mas de media hora, en la cual me siguió, repitiendo las oraciones piadosamente.

Se quedó en seguida en actitud contemplativa, i despues disfrutó de un dulce sueño, que yo velé a poca distancia de su lecho.

En el reloj de la iglesia vecina sonaron las once.

Debido al silencio i a la tranquilidad de la noche, resonaba cada campanada en el interior de la vivienda; i habiendo recordado Valdes, me dijo:—Es hora en que debo tomar la cucharada de jarabe.

I trató de incorporarse.

Le serví la dósis acostumbrada, la tomó, i en seguida me dijo que nada necesitaba; que se sentia bien, i que me retirara a descansar.

Me despedí de el, i me reemplazó en la sala el hijo de Juana.

XLIII.

Eran las siete de la mañana del juéves 23 cuando yo entraba a la habitacion de Valdes, que tomaba en ese momento una pequeña taza de chuño que acababa de servirle su enfermera.

No esperó que le preguntara por su estado, pues desde luego me dijo: que habia pasado una noche mui buena, descansado, sin tos, con poquísimos dolores, i que habia dormido mui tranquilamente, circunstancia que le habia favorecido bastante, pues notaba que habia recuperado mucho sus fuerzas. Respecto al espíritu, me dijo, he sufrido una lijera perturbacion; pero he implorado a la Vírjen Maria me libertara de ella, i estoi tranquilo.

Concluyó de tomar su desayuno, e inmediatamente me alcanzó el libro que tenia en su velador, i me pidió le leyera las mismas oraciones de la noche anterior.

Lo complací, i cuando hube terminado, me exijió buscara otras oraciones a la Concepcion de Maria Santísima. Las rejistré i les dí lectura, a la que prestó notable atencion.

Cuando concluí se quedó con los ojos cerrados i tan en silencio, que por un momento me pareció que dormia; los abrió despues, i mirándome con cierta espresion cariñosa, me dijo: Que tomara un pliego de papel i recojiera en él las estrofas que me iba a dictar.

Dejé el libro, i llevando recado de escribir delante del altar, que permanecia en el mismo estado que quedó el dia anterior, despues de haberse separado el sacerdote, comenzó a dictarme con voz pausada i conmovida la siguiente composicion:

A MARIA.

¡Oh Vírjen madre de inmortal memoria:
Dame la FÉ que necesita mi alma
Para vencer la duda, i de tu gloria
Ceñir mi frente con la augusta palma!

Pues eres madre... como madre amante
Penetra en mi corazon, madre querida:

Ve lo que lucha!... Ayúdale un instante,
I en él renacerá la FÉ perdida.
.....
.....
.....
.....

¡Ya te siento a mi lado, oh madre mia!
Ya escucho tus palabras amorosas:
Hablame asi, con cariño, en este dia
Que me cercan mil sombras horrorosas!

Ayúdame a aclarar el buen camino
Con la luz viva de tu SANTA FÉ;
Mira que soi un pobre peregrino
Que, si me dejas, nunca venceré.

Quiero besar la fímbria de tu manto.
¡Ven hácia mí! ¡Oh madre idolatrada!
Para regar tus plantas con mi llanto,
I en cambio tú me des la FÉ deseada.
.....
.....
.....
.....

¡Ah! Ya la siento que ilumina mi alma!
Ya renace en mí la luz i la alegría,
Pues ya me diste tu luciente palma...
¡Bendita seas *in æternun*, madre mia!

Cuando terminó su último verso, estaba tristemente impresionado: me pidió un vaso de agua con jarabe de goma, la bebió, i guardó un prolongado silencio.

Continuó asi por mucho tiempo, i creí conveniente retirarme.

XLIV.

Señalaba mi reloj las diez cuando Juana se acercó a decirme que era necesario procurar *que el caballero tomara su alimento*, i con el fin de prevenirlo para ello, me dirijí a donde él, cuando llegaron las hermanas de la caridad, a las que desde luego hice pasar a la sala de mi amigo, quien las recibió con las acostumbradas i esquisitas muestras de estimacion i de respeto.

Repitió a estas señoras lo mismo que a mí respecto de la magnífica noche que habia pasado, i aun les aseguró continuaba mui tranquilo, sin embargo de que momentos ántes se habia sentido un poco fatigado.

Yo le hice presente que se pasaba la hora fijada para que tomara su alimento: lo pidió, i las hermanas fueron sus servidoras, conduciendo ellas mismas las viandas, que él aceptó con mejor disposicion que el dia anterior.

Mientras el enfermo satisfacia esta necesidad, se entabló una conversacion entre todos, que no tuvo nada de particular que merezca mencionarse.

La señora superiora i la hermana, despues de haber terminado su tarea, me hicieron presente que a su pesar hacian a su amigo una visita corta en esa mañana, porque graves atenciones las llamaban al Asilo.

I ofreciéndonos regresar en la tarde, se despidieron, despues de manifestarles Valdes su pesar por su pronta separacion.

Cuando quedamos solos, se entregó el poeta a hacer nuevos recuerdos de su patria i su familia, que yo escuchaba con la misma satisfaccion de siempre. Nunca encomiaré bastante el amor que profesaba al cielo bajo el cual nació, i a la familia que no olvidó ni un solo dia desde que los contratiempos que nos ha referido le alejaron de su hogar

Por incidencia descendimos al relato de una parte de mi triste historia, que él, bondadoso, escuchó con interes; i cuando llegamos a mi violento viaje a esta república, quiso le refiriera el episodio mas notable que se relacionara con aquella circunstancia. Recuer-

do que fué su emocion testigo de la mia, i que mas de una lágrima surcó por su mejilla cuando a mí me era imposible detener las que aquel recuerdo me arrancaba. Me exijió le manifestara algunos de mis apuntes íntimos, sobre los que le habia hecho referencia; i con el propósito de complacerlo, supliqué al señor B., dándole las llaves de mi papelera, que se dignara pedir a mi sobrina Eleodora un libro de memorias que en ella existia, a lo que se prestó bondadoso este caballero, i partió para mi casa, distante cuatro cuadras de la quinta.

Un momento despues, me dijo Valdes que deseaba pusiera una cartita a la hermana A., suplicándole viniera, pues queria hacerle un encargo en alivio de su conciencia.

Escribí en el mismo sentido a dicha hermana, i remití la carta con un hijo de la jardinera.

Pasarian veinte minutos mas o menos cuando llegó el señor B. conduciendo el libro que me permití pedirle. Mi amigo quiso le leyera el primer capítulo que éste contiene, en lo cual me hice el deber de complacerlo. Seguidamente me pidió la lectura del subsiguiente, i sin embargo de que está compuesto de dos cartas íntimas de familia, accedí a sus deseos. El motivo de esas cartas trae recuerdos a mi corazon que no puedo hacer revivir en él sin sufrir emociones que nada es, ni será nunca, bastante para dominarlas. Hai sucesos en la vida que ni el tiempo, ni la adversidad, ni la dicha, si es cierto que existe para el hombre, pueden hacer palidecer ni quitarles el colorido que tuvieron el mismo dia de su realizacion!... No sé si terminé o nó la lectura de ese capítulo. Lo que recuerdo es que no pude permanecer por mas tiempo delante de mi amigo.

. Habia llegado la vez de que tambien él derramara una lágrima sobre la historia de mi pasado.

XLV.

Eran las dos i media de la tarde. Estaba yo nuevamente cerca de Valdes, que disfrutaba siempre del mismo bienestar i la misma tranquilidad, cuando Juana nos anunció que dos hermanas de la caridad venian a visitarlo. Este me dijo que las hiciera entrar: era

la hermana A., acompañada de otra, asi mismo mui respetable i a la que entonces conocí por primera vez.

Despues de unos pocos minutos noté en Valdes deseos de manifestar a la hermana A. el objeto de su llamado, i apelé a un lijero pretesto para salir de la sala.

Pasados cinco minutos, cuando mucho, salieron las hermanas de la caridad, i la hermana A., mostrándome una moneda de oro, me dijo que mi amigo le encargaba distribuyera esa cantidad entre los enfermos de la sala de Mercedes.

En su semblante estaba pintada una satisfaccion, que cualquiera hubiera traducido por el brillar de sus ojos.

Las palabras de Valdes que ésta me acababa de repetir, trajeron a mi memoria tristes recuerdos que quizá tambien vinieron a la mente del poeta como a la de la hermana en aquel momento...

Las dos hermanas se despidieron; yo me quedé sentado en un banco debajo del emparrado.

Un momento despues vino a mi lado el señor B., que hacia poco tiempo habia llegado a la quinta: con él pasé un rato de conversacion. Dimos despues algunos paseos por el jardin; el señor B. se puso a leer un periódico i yo un libro, precisamente en la misma banqueta, a la sombra del jacarandá, en que dias ántes habia descansado nuestro amigo Valdes, i en la cual le hemos oido una de sus mas tristes referencias.

Pasó asi el tiempo hasta las tres de la tarde que llegó el doctor Allende, a quien conduje al aposento del enfermo.

No bien hubo entrado el médico, llegaron la señora superiora i la hermana X., que venian a cumplirnos la promesa que nos hicieran de regresar en la tarde.

Nada tenia el señor Allende que recetar, pues habia existencia de los únicos medicamentos que tomaba el enfermo i no tardó dicho caballero en despedirse.

Cuando salió, se entabló un diálogo entre las recien llegadas i el poeta, quien contestando a la pregunta que sin duda acababan de hacerle, mientras yo salí, les decia de esta manera:

—Estoi perfectamente: mui contento, i desengañado de lo que es el mundo. Me estraño mucho de pensar, cómo he sido capaz de abrigar las ideas temerarias que he acariciado. Cierto es que he sido jóven... La libertad en que he vivido, mi carrera de militar i la misma naturaleza de la guerra a que asistí en mi patria, sien-

do niño i sin esperiencia, todo ha contribuido a exaltar mis ideas i a hacerme olvidar las cristianas máximas que mi buena madre habia infundido en mi corazon. ¡Ah! si yo hubiera estado siempre a su lado; si yo mas tarde en lugar de decepciones hubiera buscado en la union con un ser querido la paz i la ventura, hubiera sido cosa distinta, pues las ideas i todas las pasiones son menos vehementes cuando el hombre tiene a su lado a quien respetar, a quien amar, i cuyas inspiraciones está obligado a escuchar i a seguir...

—I si Dios lo sanara a usted, ¿qué vida llevaria? le preguntó la hermana X aprovechando del silencio que habia sucedido a sus palabras.

—¡Ah! entonces seria un buen católico; buscaria en la vida de familia cómo conservar la paz del corazon de que, a Dios gracias, disfruto hoi. Al lado de mi esposa cumpliria los preceptos del cristiano i del buen padre; traeria a mi memoria el santo recuerdo de mi madre, i no me costaria trabajo cumplir el propósito que tengo hecho firmemente. ¡Oh! si yo lo hubiera hecho! Si mi suerte no hubiera sido adversa, yo habria realizado ya esa aspiracion de mi corazon, i ¡quién sabe! no se hubiera gastado tanto mi salud. Yo habria sido feliz; por otra parte, yo no habria sido tan malo!...

—No piense en esto, amigo mio, le dijo la hermana, interrumpiéndolo; no ajite su imajinacion con aquellas ideas; no se perturbe, no pierda esa paz que usted mismo reconoce que Dios le ha concedido.

—Nó, no crea, hermana mia, que me distraigo ni que olvido mi presente; nó: estoi resignado a que Dios haga su voluntad; no olvido mi estado; espero la hora de la muerte si asi estáya decretado para mí. ¡Que Dios me sostenga en la fé; que la Vírjen Santísima no me abandone! Ruéguenle ustedes con todo su fervor, yo se los pido...

Una nueva promesa de la hermana i de la madre N. aseguró a Valdes del interes que les inspiraba, i reinó despues un uniforme silencio.

.....

—¿No tiene usted ninguna reparacion que hacer de sus escritos o poesías? le preguntó la hermana.

—He cuidado de ser bastante cauto en esto, contestó. Si se quiere, he sido hipócrita en mis escritos, en mis conversaciones i aun en mis acciones. He cuidado siempre de no soltar palabra alguna que es-

candalizara a mujeres, a niños ni a ninguna otra persona de fé quebradiza i débil. Creo no tendré que dar cuenta a Dios de haber predicado malas doctrinas ni de haber propagado las mias. Me he ocupado de ellas con personas de iguales creencias i con aquellas que por su ilustracion consideraba competentes para combatirme. En mis poesias quizá existe algo de reparable: esto estaba en mi conciencia al publicarlas i dedicarlas a mi madre querida. Por esto empleé en mi dedicatoria a ella las palabras que existen en la primera foja de mi libro, que titulé: *Ensayos líricos.* (1)

Hai entre ellas un soneto a un sacerdote, a quien califico de ocioso i lo burlo un poco: lleva el título *Frai Modesto.* Si existe el aludido, le pido me perdone lo que puede considerarse únicamente como una broma sin consecuencia. Lo que tuviesen mis otras composiciones i escritos de condenable, ayer pedí a mi madre perdonara lo que no estuviera conforme a las ideas que ella me infundió: hoi pido ese perdon a Dios, si en ellas hubiese ofendido su santa doctrina; lo pido a la sociedad si con ellas la hubiese escandalizado... Por evitar ese escándalo he querido estudiosamente dar en lo posible a casi todas mis poesias un aire mas bien sentimental: en mis acciones, mi severidad con aquel propósito ha llegado a veces a tal estremo, que cuando he residido en algun pueblo pequeño, a donde todo es notable, he concurrido a la iglesia en los dias de misa, aunque ese acto nada tenia de importante para mí; queria solo que no se me acusara de menospreciar las costumbres u obligaciones cristianas. En mi citado libro existe un soneto a la Resurreccion de Jesucristo, que voi a recitárselo. Dice asi:

Todo es silencio en derredor: el suelo
Reposa en triste soledad i llanto;
De negras nubes tenebroso manto
Cubre el azul del infiuito cielo.

Allí una turba con ardiente celo
Guarda un sepulcro misterioso i santo,

(1) La dedicatoria a que se refiere, es literalmente como sigue:

A MI MADRE.

Recibe la ofrenda de este libro, oh tú, ser tutelar que formaste mi corazon i diste vida a mi alma. Acoje benévolo lo que en el encuentres digno de tí, i sé induljente con aquello en que desconozcas los sentimientos que inspiraste a tu hijo—ADOLFO.

A cuyo borde, solitaria, en tanto
Llora una madre sin hallar consuelo.

Súbito un trueno aterrador retumba,
I el orbe se ilumina... De repente
Se levanta el cadáver de la tumba

Envuelto en una aureola refuljente,
I ven los hombres, con horror profundo,
Triunfante alzarse el Redentor del mundo.

Notarán ustedes que este soneto no es digno del asunto: es cierto; yo lo reconozco, i confieso que ningun otro me costó tanto trabajo. Dios me perdone, pero yo escribia sobre un suceso que no interesaba mi corazon; yo dudaba entonces de esa resurreccion; dudaba del hombre hijo de Dios, de quien las tradiciones, si no la fé, me decian que habia muerto en la cruz para redimir a la humanidad. Yo nada escuchaba entonces sobre el particular, i debia por consiguiente no creer en ese portentoso milagro que conmovió el mundo. No creia, i cuando no se cree el corazon es de hielo. Hoi escribiria sobre esto mismo de distinta manera. Mi corazon, ayer frio e indiferente en materias de fé, hoi está fortalecido por ella; i crean ustedes que no es cosa del momento i de circunstancias; nó. Si vida me diera Dios, yo les ofrezco que seria fervoroso i que trabajaria en la reparacion de mis faltas pasadas. Sí, asi seria...

Esto acababa de decir Adolfo cuando se presentó el señor Donoso, quien fué recibido por él con visibles muestras de cariño.

Pocos momentos despues se despidieron las hermanas de la caridad, i suponiendo yo que tuvieran los dos amigos necesidad de tener un momento de íntima espansion, los dejé solos.

Corta fué la visita del señor cura, pues un cuarto de hora despues me buscaba para despedirse de mí.

Este señor me hizo una manifestacion idéntica a la que dos horas antes me habia hecho la hermana A.; es decir, me comunicó que el enfermo acababa de darle una moneda, valor de diez pesos, para que distribuyera la mitad entre algunos pobres, i destinara la otra al culto de la Vírjen en su parroquia.

Tal declaracion me conmovió, pues me probaba que el infeliz poeta, en medio de su pobreza, queria corresponder a los favores que Dios le hacia, ejerciendo actos prácticos de caridad, como si se hu-

biera propuesto distribuir *su fortuna* entre los que, como él, necesitaban de los ausilios i de la jenerosidad estraña, i como si intentara tambien manifestar a la Vírjen Maria, a quien invocaba como a su Madre Divina, que mientras tuviera vida i algun pequeño recurso en sus manos, queria ponerlo a sus piés como ofrenda de su amor i de su gratitud.

Entonces vino a mi memoria nuestra última conversacion del dia anterior, i confieso que me gocé al ver en la práctica que mi amigo no habia sido indiferente a ella.

Mientras estuve afuera con el estimable párroco, Juana cumplia su deber cerca de su enfermo sirviéndole el alimento. I estando éste en buenas condiciones, me retiré en seguida en union del señor B., que era nuestro compañero inseparable.

XLVI.

Regresamos donde nuestro amigo a las ocho de la noche, i lo encontramos rodeado de una estimablo familia del pais que le habia hecho compañia desde la caida de la tarde. Lo noté algo fatigado, pues la fiebre le habia aumentado, i el silencio que guardaba me acreditó que no estaba en buenas condiciones.

Pasado un momento, se despidió la visita, i quedamos el señor B. i yo, que tampoco nos atrevimos a dirijir al enformo la palabra.

Trascurrió asi el tiempo hasta las diez, hora en que me pidió le leyera las oraciones a la Vírjen.

Terminada la lectura, lo ví mojar sus dedos en una copita de agua que tenia sobre su velador, i santiguarse; era la misma con cuya agua el sacerdote asperjeó el rededor de su cama el dia anterior.

Despues de un considerable rato, durante el cual me pareció que recitaba algo, me dijo que le diera la dósis de jarabe que a esa hora le correspondia tomar. Le serví una cucharada, i seguidamente me despedí de él, haciendo lo mismo el señor B.

Digitized by Google

XLVII.

A las seis i media de la mañana del dia 24 llegaba al cuarto de Valdes, quien me decia que habia sido atormentado en la noche por grandes sufrimientos, pero que felizmente se encontraba en esa hora restablecido de las fatigas que aquellos le habian producido. Su semblante revelaba, ciertamente, que su naturaleza habia esperimentado no pocas sensaciones; sin embargo, estaba retratada en él la dulce paz de su corazon.

En seguida me dijo:—Hermano mio: en medio de todos los dolores que he esperimentado en la noche, he reconocido más las ventajas de la resignacion, pues los he ofrecido a Dios i a su Santa Madre, i en verdad que me ha parecido encontrar fuerzas en mi invocacion i estar revestido del valor que antes me faltaba. Cada dia que pasa i cada dia que viene esperimento mayor satisfaccion por el estado en que está mi espíritu. ¡Quiera Dios concederme esta misma gracia en los que me resten de vida!

Le ruego me lea las oraciones de la mañana i los mismos ejercicios a la Vírjen, añadió, haciendo un esfuerzo por incorporarse, lo cual no pudo realizar sin mi ausilio i sin que tuviera motivo para declarar que el cuerpo lo sentia notablemente pesado.

Concluida su distribucion, me pidió le alcanzara un paquete que estaba sobre su maleta. Contenia una preciosa almohadilla bordada de realce con lana de colores, i de un trabajo bastante perfecto.

—Ayer, apenas usted salió, me dijo, llegó el sirviente de E. trayéndome este almohadoncito, que me he sacado en una rifa, cuyo número tomé la víspera de venir a esta quinta. Estoi de suerte, hermano querido! Recordará usted que ese mismo dia se rifó entre todos ustedes la sobrecama de crochet con que fuí favorecido tambien en otra rifa que se hizo en el hotel de Limache. El valor de ésta me ha servido para satisfacer, aunque en pequeño, un deseo de mi corazon, i aun tengo un resto de ese dinero. Ahora usted ve que tambien me halaga la fortuna agraciándome nuevamente, lo cual prueba que no estoi de malas. Quiero dar a este almohadon una aplicacion que me prometo va a merecer la aprobacion de usted, lo cual le comunicaré mas tarde.

Digitized by Google

Hace dias que me asiste un deseo que le ruego me satisfaga si conoce usted el asunto de que quiero que tratemos.

Una de las noches pasadas, recordando las atenciones i cuidados que debo a la madre N. i a la hermana X., pensaba en la institucion de hermanas de la caridad, i tengo deseos de saber pormenores sobre ella, asi como respecto al fundador i al oríjen de tan benéfica corporacion. ¿Tiene usted conocimiento de esto?

—No hace mucho, amigo mio, que yo estaba animado de un deseo semejante, i con tal fin conseguí la «Vida de San Vicente de Paul,» que me instruyó sobre lo esencial de la fundacion i de lo que fué ese santo, a quien en justicia se ha llamado el Apóstol de la Caridad. He querido tomar datos referentes a las prácticas de las hermanas de la caridad, pero no es posible conseguir de ellas mismas una relacion circunstanciada ni siquiera un bosquejo de la vida que observan, sin embargo que puede resumirse en el servicio de Dios i de los pobres. Yo lo he intentado preguntando a las que conocemos; pero siempre he escollado en una evasiva que confieso no me ha dejado valor para acometer nuevamente mi proyecto. Lo único sobre que he podido obtener apuntes, que conservo, es referente a la Sociedad de Beneficencia de Señoras i al «Asilo del Salvador,» donde están las hermanas que usted conoce i de las que tenemos tantos recuerdos. No obstante, me será grato trasmitir a usted las noticias i datos que conozco referentes a la institucion i a lo que es en jeneral la hermana de la caridad.

Acababa de hacer este ofrecimiento a mi amigo, cuando entró Juana al aposento conduciendo una tacita de chuño i una galleta de espuma, que era el desayuno acostumbrado por Valdes. En ese momento sonaba una hora en un reloj cercano. Eran las siete i cuarto.

XLVIII.

Habian pasado pocos minutos, cuando Valdes devolviendo la taza a su enfermera, me dijo:—Veamos esa institucion de la hermana de la caridad. Proceda usted diciéndome algo sobre el fundador. ¿De dónde era San Vicente de Paul?

—De Francia. Nació en una aldea perteneciente a la parroquia

de Poy, hácia los Pirineos, por el año de 1576. Su padre era labrador, i los primeros años del que mas tarde seria llamado el verdadero Apóstol de la Caridad, se deslizaron en la pradera de los Lándes, en donde apacentaba, como David en su niñez, el rebaño que capitalizaba la humilde heredad de su familia. Desde niño, dice su historiador, descubrió las santas inclinaciones de un esquisito i tierno amor por los pobres, i por todos aquellos que por diversas causas eran maltratados por la fortuna. Tiene un pasaje su vida que me ha hecho recordar lo que usted me refirió de su hermano Emiliano, que una ocasion dió su camisa a un niño qne no la tenia: el pastorcito fué asi cuando niño: cedia sus modestos vestidos al infeliz que mas los necesitaba, i guardaba su pan para darlo al que tenia hambre.

Cuando tuvo doce años, su padre, con ese interes que asiste a la jeneralidad por procurar a sus hijos la mejor posicion posible, lo instaló a pension en un convento de relijiosos de su parroquia, en el cual el niño venció con una admirable facilidad todas las dificultades de los estudios mas esenciales, i despues de cuatro años, es decir, cuando tenia diez i seis, fué competente para encargarse de la instruccion de otras personas. Siguió con éxito sus estudios hasta que se hizo presbítero, i no mui tarde le dieron el beneficio o curato de Clichy, que es una villa a las inmediaciones de Paris. Este fué el teatro en que comenzó a ejercer, con mas ausilios, por supuesto, esos actos de caridad que se repiten a ejemplo de él en todo el mundo.

No recuerdo el tiempo que permaneció en aquel curato: pero él dejó esa feligresia i entró a casa del jeneral de las galeras de Francia, Francisco de Gondi, en la cual, a la vez que servia de capellan, era el preceptor de los hijos de dicho jeneral, que en union de su esposa ejercia una benevolencia ejemplar para con los desgraciados. Estas inclinaciones fueron tan fomentadas por el nuevo capellan, que ambos esposos no solo distribuian grandes limosnas, sino que visitaban frecuentemente a todos los enfermos, i con especialidad la señora se hacia honor en servirlos personalmente.

La noble ambicion del capellan no estaba bastante satisfecha, sin embargo de cuanto hacia ese buen matrimonio en obsequio de los necesitados i enfermos de aquel lugar. El queria encontrar mayor espacio donde poner en ejercicio mas ampliamente todas las aspiraciones que aun estaban estrechadas en su corazon, i habiéndosele pro-

Digitized by Google

puesto el curato de Châtillon, en donde, dice a la vez el mismo historiador, la mayoria de la jente era mui inmoral i corrompida, se decidió a aceptarlo con la esperanza de ganarse toda esa grei i encaminarla por el buen sendero. Pronto estuvo encargado de la administracion de su nuevo curato, i no tardó mucho en reformar por completo las malas costumbres i estinguir los vicios arraigados en el corazon de aquellos moradores, lo cual pudo realizar con tal eficacia i con tan buen éxito, que produjo grande admiracion en todos.

Vencida la tarea principal, comenzó el párroco a dar esos grandes ejemplos de virtud que la fama viene pregonando por mas de doscientos años, desde Europa hasta el Asia i desde el Africa hasta las Américas, consolando a los pobres, visitando a los enfermos i dando lo único que a él mismo le quedaba para vivir. Allí fué donde se estableció la primera asociacion de señoras de la caridad, bajo el nombre de "Cofradia de Caridad," que mui pronto se multiplicó en toda la Francia, estendiéndose despues a Italia, Saboya i otras provincias. Hablando de estas cofradias, refiere la historia que en Paris, particularmente, era un espectáculo conmovedor el que presentaban las señoras. A casi todas, muchas de lo mas elevado de la nobleza, se les veia desempeñando las mas humildes tareas en los hospitales, prodigando a los enfermos las mas solícitas atenciones, con esa ternura i ese celo tan propios del corazon de la mujer. No habia quien presenciara aquellos actos, añade, que no sintiera su corazon conmovido, i sin que se enterneciera al ser testigo de cuanto puede hacerse en el ejercicio de la caridad práctica.

El resto de la nobleza de Paris siguió ese ejemplo, i la cofradia nacida en Châtillon pudo echar los cimientos de grandes casas de misericordia. Ella fundó el gran Hospital de Paris i el de Santa Rejina; fundó un asilo para niños espósitos, un retiro gratuito para doncellas distinguidas por su honradez i virtudes, i otros muchos establecimientos bajo el nombre de "Casas de la Providencia," con iguales fines. Este ejemplo fué imitado despues en muchos puntos del globo, fundándose, así como infinidad de Casas de Misericordia, templos i casas de misiones, en las que se gastaban grandes i fabulosas sumas de dinero, todo producto de las colectas i limosnas de esa misma sociedad, que llegó a hacerse casi universal.

La condesa de Joigny, que era la jenerala de Gondi, no cesó de

trabajar por atraer nuevamente a su casa a su antiguo capellan, hasta que logró volviera a Paris al terminar el año de 1617.

No mucho tiempo despues murió esta señora, dejando, de acuerdo con su esposo, un fuerte legado para que su capellan fundara una congregacion, i mui pronto se declaró por una bula especial la congregacion de sacerdotes de la mision, a la que ingresó el mismo jeneral Gondi, despues de renunciar todos sus honores, siendo superior de ella el mismo Vicente de Paul.

Desde entonces se vió a este ilustre sacerdote instituyendo congregaciones de misioneros, seminarios (fué el fundador del primer seminario del mundo) de los cuales debian salir dignos sacerdotes, asilos para niños espósitos, para insanos, para ancianos, para mendigos, i por fin, esos grandes hospitales a donde se ejerce en jeneral tanto bien con la humanidad doliente. Todos esos modelos del bien, todas esas casas, asilos i hospitales, ya usted ve que se han reproducido en todo el mundo, i seguirán reproduciéndose mientras haya humanidad i tenga ésta dolores i miserias que soportar.

Aquella cofradía de Paris recibió el refuerzo de muchas señoras de la nobleza que a ella se quisieron agregar; pero el fundador, no contento con el servicio que prestaba i deseando hacerla mas eficaz, concibió el proyecto de reglamentar las ocupaciones de cierto número de personas, cuyas únicas atenciones fueran distribuir diariamente a los enfermos las medicinas i alimentos que demandaran sus dolencias i necesidades.

Este proyecto fué bastante bien recibido. Era preciso, sin embargo, educar a las personas que debian ser llamadas a realizarlo, i va usted a ver cómo se puso en práctica esta escuela que tantos i tan grandes resultados debia dar en favor de los desgraciados.

Una dama distinguida, Luisa de Marillac, viuda del señor de Le Gras, secretario de órdenes que fué de la reina Maria de Médicis, abrigaba en su corazon un amor i una ternura sin límites en favor de los pobres, i hacia tiempo que deseaba consagrarse por completo a su servicio por medio de un voto irrevocable. A fines del año 1633, Vicente le enviaba cuatro doncellas pertenecientes a familias de honorabilidad por su conducta, aunque mui humildes por su cuna i su fortuna, para que con ellas ensayara su proyecto. Mui pronto la viuda Le Gras descubrió las dotes i competencia que poseia para dirijir esa escuela que tan grandes i benéficos resultados debia producir desde el tiempo mismo de su institucion; i ella, junto con

aquellas niñas encomendadas a su direccion, no tardaron en edificar con sus buenas obras todos los pueblos a donde eran enviadas. Su abnegacion, amor i dulzura para atender i consolar a los enfermos, asombraron a cuantos fueron espectadores de ellas, i se hicieron el objeto de las bendiciones del pueblo, que las seguia con ese respeto i amor que infunde en el corazon del hombre el ejercicio de las acciones elevadas. Tan sublimes ejemplos movieron a muchas otras virtuosas jóvenes, que se ofrecieron voluntariamente a seguirlas en sus humildes i espinosas tareas en honor de Dios, a quien servian en la persona de los pobres.

Asi comenzó la congregacion de esas que conocemos con el nombre de "Hijas de San Vicente de Paul," i que se apellidan "Hermanas de la Caridad." Esta institucion, tan reducida en su oríjen, con la base de cuatro niñas sencillas i humildes, se ha estendido por el mundo como el grano de mostaza que vemos reproducirse en todos los climas, i que encontramos muchas veces aun en medio del terreno erial a donde la mano del hombre no ha llevado el arado que la cultiva i beneficia.

Francia tiene, solo en su capital, de ochenta a noventa casas. Allí está la casa jeneral, o sea la central, de donde salen las hermanas que deben distribuirse a todos los paises de la tierra. En la mayoria de los estados de Europa existen asi mismo.

En Sud América se les conoce apenas desde el año 1853, i creo que solo Bolivia i el pais de usted no las tienen en su seno, lo cual es bien notable, desde que son tan conocidos los bienes que reportan los pueblos de tan escelente corporacion. En el Perú no ignora usted que la introductora fué la tan estimable i distinguida señorita Virjinia Carassa, que se hizo inmediatamente hermana de la caridad. Si no estoi equivocado, llegaron a Lima las primeras hermanas por el año de 1857 a 1858.

Desgraciadamente no existen otras casas en ese pais, despues de las de Lima i las del departamento de Arequipa, en donde el hospital de San Juan de Dios cuenta con siete hermanas i la casa de espósitos con cinco, i otra casa que recien se establecerá en el Cuzco.

Aquí en Chile las tienen en la mayor parte de las provincias, i se les ve, ya en los hospitales, ya en los asilos de huérfanos, ya al frente de establecimientos gratuitos de instruccion, llenando en todos de modo distinto i con la misma abnegacion los deberes anexos a la santa mision que se han impuesto, de hacer bien a sus semejantes.

Vemos, pues, en todos los paises i en todos los oficios de beneficencia, a la hermana de la caridad como a la propia imájen de un ánjel enviado por Dios para combatir la desgracia de la miserable humanidad. La vemos derramando sobre el infeliz enfermo los consuelos que nacen de su dulce palabra, i prodigándole sus cuidados materiales, que le hacen llevaderos sus dolores. La vemos acariciando al huérfano, abandonado de sus padres, bien por la crueldad del corazon o bien porque la muerte le hubiera privado de ellos desde sus tempranos dias; la vemos infundiendo en su tierno corazon la instruccion saludable que quita al niño la venda de la ignorancia i les hace conocer, a la vez que lo preciso para conducirse en sociedad, las nociones de la fé i las verdades que ella encierra. La vemos en los hospicios cuidando i sirviendo al insano, con toda esa paciencia i con todo ese amor que necesita i demanda tan lamentable situacion; la vemos, en fin, en la choza del desgraciado, consolándole, llevándole medicamentos para combatir sus dolencias, llevándole alimento para saciar su hambre i acallar el lloro inconsolable de sus desventurados hijos, azuzados por igual necesidad; llevándole telas para cubrir sus desnudas carnes, objetos todos conseguidos por medio de sus ruegos al poderoso.

Pero todavia hai otro cuadro mas importante en cuyo centro se ve a la hermana de la caridad circundada de una aureola que la presenta como la imájen de lo sublime, como el ánjel de paz en medio de la voraz rabia de los hombres: en esa horrible matanza, consecuencia tristísima de lo que se llama guerra. Allí se la ve en medio del humo del combate, doblada su rodilla en tierra, conteniendo la sangre del herido, cerrando i suavizando las brechas abiertas por el acero i por el plomo, sin averiguar bajo qué bandera ha caido, bajo cuál relijion ha nacido ni qué principios profesa. En ese momento en que hace abnegacion de su propia vida, i cuando a todos parece temerario su arrojo, es innegable que la débil mujer se trasforma en el ser fortalecido por ese grande espíritu de caridad que solo el cristiano puede comprender bien. Entonces se nos presenta la hermana de la caridad como un ser sobrehumano dibujado en medio de ese cuadro de horror i de sangre que ha trazado la mano implacable del odio, de ese odio movido en unos por la conviccion de la defensa de un principio o de un derecho movido en otros, como se mueve el ausiliar de una máquina; por la fuerza del motor principal. ¡Cuántos hai que no tienen conciencia de la causa que defienden, de-

bido al sistema de hacer en algunos paises soldados de por fuerza, sacando a los hombres del taller en que se ejercitan o arrebatándolos del campo que labraban para sepultarlos en el fondo de un cuartel i convertirlos desde luego en instrumentos de ambiciones muchas veces bastardas!

La hermana de la caridad, en fin, es en todos los actos de su ministerio tan esmerada i tan solícita, que parece identificarse con el que padece. Usted i yo lo estamos palpando cada dia. Usted i yo hemos visto caer aquí delante de su lecho mas de una lágrima de los ojos de esas virtuosas hermanas. Usted ha recibido mas de un consuelo i mas de una saludable palabra de boca de ellas...

—Sí; lágrimas i palabras que han llegado a mi corazon como el rocío sobre la flor marchita para darle vida, como el bálsamo que ha modificado en mucho el dolor que hace tiempo viene devorando mi existencia...

—El corazon de la hermana de la caridad sufre, i sus ojos no están enjutos cuando palpa la desgracia de su semejante, cuando alivia su situacion en cuanto puede. Sus primeras lágrimas las arranca la contemplacion de las miserias i el dolor que Dios le pone por delante para que las alivie i dulcifique. Las últimas se las produce la satisfaccion que su alma siente al haber conseguido de ese mismo Dios la hiciera dueño de uno de sus santos favores para en su nombre trasmitirlo a aquel a quien ausilia i consuela, al que llama su hermano, porque en verdad lo es en Dios i por el mismo Dios.

En la hermana de la caridad encontramos «el tipo del heroismo en la abnegacion i el sacrificio,» han dicho muchos, i han dicho la verdad. En la mayoria, desciende de las mas distinguidas familias, i por lo regular es la hija que hace los encantos de sus padres. Concibe en su corazon el amor a sus semejantes, a los cuales no puede servir cuanto desea en medio de las miradas i de las destempladas gritas del mundo, i se propone tomar una resolucion tan decisiva i tan irrevocable como son en lo jeneral las determinaciones de la mujer. La mujer, a quien, una vez resuelta, no son los peligros ni los sacrificios los que la detienen, pues siempre marcha adelante, venciendo todo cuanto se opone en su camino. Carácter único que puede reducirle a pasar por todos los grandes sacrificios que le imponen asi la vida contemplativa de los claustros, como la vida activa en el tipo en que la estamos juzgando. Mu-

chas de ellas, impulsadas por ese amor a Dios i a los desgraciados, salvan la voluntad de la familia, i desgarrando el corazon de los seres mas amados, abandonan el hogar paterno, i en el propio umbral de la casa que las espera para hacer su postulado, cambian sus galas i joyas por el grosero sayal i la corneta, que llevarán toda su vida, pues aunque la hermana de la caridad hace sus votos por solo un año, con libertad de renovarlos o nó, es una rara escepcion que la que una vez vistió el sayal, no lo lleve hasta en la estrechura de la tumba.

Cuando la hermana de la caridad se separa de la casa paterna, sacrifica, pues, al deber i a la observancia de las reglas de su institucion, el amor a la familia. Deja a los padres queridos, deja al hermano i cuanto de caro tiene el corazon; sus salones son desde ese acto los asilos i hospitales; su familia el grupo de los huérfanos i de los enfermos, i solo vive ya para el desgraciado, para dulcificar las desgracias, el desamparo i las miserias ajenas.

Tiene por sus reglas permiso amplio para penetrar do quiera que el dolor la llame, do quiera haya una desgracia que consolar i lágrimas que enjugar; pero no lo tiene asi para traspasar el dintel de las puertas del hogar en que pasó su infancia, donde están los seres tutelares que le dieron vida, donde están aquellos cuyo corazon latió entre el mismo seno en que latió el suyo por la vez primera.

Para ver i estrechar por un momento siquiera a aquellos que desde que nació fueron sus encautos i sus amores, necesita especial permiso de su superiora. Sin él, aunque el corazon de hija i de hermana quiera detenerla ante los umbrales de la puerta querida, la hermana de la caridad tiene que contener esos impulsos, sobreponerse a la sensibilidad propia de su sexo, vencer sus afecciones i pasar adelante, cubriendo sus ojos para que ellos no quieran tambien intentar infrinjir la severa regla, que parece se propusiera hasta acallar la voz imperiosa de la naturaleza.

Aquellas reglas han sido juzgadas por muchos como duras i hasta como tiránicas. Quizá son duras; pero son la sabia doctrina de la prueba, son el cumplimiento de esa promesa solemne de morir para todo i vivir solo para Dios i para el desgraciado.

No hace mucho que un amigo preguntaba a una respetable hermana de la caridad cuáles eran las principales obligaciones que les estaban impuestas, i ella le contestaba con prontitud: «Solamente dos, desde el primer dia de nuestros votos, hasta el último de la

vida: *servir a Dios por quien es, i servir al prójimo por Dios.* Ya usted ve que no tenemos mucho trabajo.»

Mucho dicen esas dos palabras, i realmente en ellas están encerradas todas las obligaciones de la hermana de la caridad. Su virtud jamas ha sido puesta en duda en ninguno de los ámbitos del mundo, i su abnegacion i su amor por el que sufre, han arrancado siempre el aplauso sincero de todas las lenguas. El impio como el creyente, el protestante como el católico, i hasta el indiferente han reconocido en ellas el tipo de la virtud i el de la verdadera caridad.

Voltaire, ese hombre para quien quizá no ha pasado de una la institucion católica que le mereciera respeto, al hacer la apolojia de las órdenes relijiosas, i refiriéndose a la hermana de la caridad, traza con su pluma en su libro «Ensayo sobre las costumbres,» esta interesante pájina:—«Los institutos consagrados al alivio de los pobres i al servicio de los enfermos no han sido los menos respetables. Talvez no hai nada mas grande sobre la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza i de la juventud, i muchas veces del elevado nacimiento, para aliviar en los hospitales ese conjunto de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el espíritu humano i tan repugnante a nuestra delicadeza.»

Si escuchamos lo que los demas hombres de todas las relijiones i condiciones dicen de la hermana de la caridad, convendremos en que jamas dejan de bosquejarla, si me permite usted la figura, como el ánjel ambulante que por el mundo corre persiguiendo a la desgracia para vencerla con las armas de su santa caridad. Parece, amigo mio, que ella hubiese recibido de Dios hasta la facultad de conocer, de adivinar las angustias, los dolores i las penas del hombre para llevarle un consuelo, cuando él no se atreve a demandarlo, i menos a esperarlo de nadie... Por último, la hermana de la caridad, a la vez que la vemos atendiendo a la salud del cuerpo, la vemos tambien combatiendo las malas ideas que turban el alma, suavizando los dolores i los pesares que esterilizan el corazon, derramando sobre él un manantial de útiles enseñanzas que como rayos de luz van a iluminarlo i elevarlo hasta las rejiones del bien i de la verdad. La dulce uncion de su palabra, dice un apolojista de la hermana de la caridad, como el atractivo que en sí misma encierra la virtud, sublime perfeccion que descubren nues-

tros ojos en el rostro de esos seres destinados para ejercitar el bien en toda su estension, contribuye a que no se pierdan sus indicaciones como la voz lanzada al espacio, sino que se recojan en nuestra intelijencia, de donde apartan las nubes que la oscurecen, combatiendo el hastio i el indiferentismo que se cobijara por desgracia alguna vez en nuestro corazon para nuestro propio daño.

Concluiré, hermano querido, diciendo como usted decia no hace mucho:—¡Ojalá que Dios conceda a todos tener a su lado en los momentos de dolor, en la enfermedad i en la agonia, a las hermanas de la caridad!

—Es, verdaderamente, una gran institucion, altamente benéfica. Parece que para ella se hubieran hecho esos seres de corazon especial en los que están encerradas todas las santas virtudes. ¡Yo les debo tanto! Ojalá los mios, si yo no puedo, porque mi vida se acabará pronto, correspondan alguna vez en cualquiera de ellas lo que aquí han hecho i hacen diariamente en mi obsequio las buenísimas madre N. i hermana X. Ojalá comprendieran en mi patria de cuánto bien son capaces las hermanas de la caridad, i las lleven a ese campo donde tanto podrian hacer en pro de todas las clases. Si yo tuviera vida por algun tiempo, en cualquiera esfera en que estuviera, trabajaria por introducir en Colombia esa institucion que siempre me ha sido mui respetable i que hoi me merece veneracion, profunda gratitud i hasta cariño mui especial por todas cuantas conozco, aparte de las deudas que tengo para las que tanto me favorecen...

Terminaba Valdes su última palabra, cuando se presentó su enfermera i le dijo:

—La hora fijada por las madres para servirle el alimento ha pasado ya.

I colocó desde luego el mantel sobre la cama del enfermo, i salió en seguida para conducir las viandas.

Eran las diez i minutos de la mañana.

XLIX.

Echaba de menos Valdes la visita de las hermanas de la caridad, i estaba para concluir de almorzar, cuando la madre superiora i la hermana X. golpeaban lijeramente la puerta de la sala, i el mismo enfermo, con buena voz, las invitaba a pasar adelante.

Asi que estuvieron en su presencia, las reconvino con un tono mezclado de confianza i de cariño, por haberse hecho esperar, a lo cual le manifestaron ellas que sus ocupaciones las habian detenido, i que las mismas les privaban de estar mucho tiempo con él, pues debian regresarse mui pronto.

Les daba él cuenta de su estado, cuando yo salí de la sala a mérito de una señal que me hizo Juana, que me anunció que un caballero me solicitaba.

Era una persona que se interesaba por el poeta i venia a averiguar cómo se encontraba.

Cuando ésta se hubo despedido, volví a la sala en circunstancias que salian las hermanas.

Las hice compañia, como de costumbre, hasta la puerta de calle, i volví incontinentemente donde mi amigo, quien desde luego, alcanzándome un libro que tenia en sus manos titulado "Guia del alma," me dijo:

—La hermana X. acaba de obsequiarme este libro con la condicion de que, si Dios quiere prolongar mi vida, haga en él mis ejercicios cada dia; i si muero, que lo mande a mi madre. Si sucediere lo primero, a mí me corresponde cumplir la voluntad de la hermana. Si lo segundo, ruego a usted cumpla por mí el triste encargo que le voi a hacer... Remita usted este libro a mi pobre madre. Dígale usted que desde el dia en que Dios me ha dispensado el favor de recibirme en sus brazos, he fortalecido mi fé en la recitacion de las oraciones que aquí se contienen (1). Dígale usted que cada dia he repetido, asi en la mañana como en la noche, las oracio-

(1) Este mismo libro fué llevado por la hermana X. dondo Valdes desde el dia de su confesion, i en él me hacia leerle todos los dias las oraciones para la mañana i para la noche; pero hasta este momento no le pertenecia en propiedad.

nes a «Maria Inmaculada» que preceden a las letanias de la misma Vírjen. Dígale usted que el dia de hoi he depositado en la pájina que lleva ese título, un beso de reverencia para que lo reciba ella cuando el libro llegue a sus manos. Dígale, hermano mio, que en él he hecho de todo corazon los actos de reparacion i de desagravio que debo a Dios, despues de tantas ofensas que le he inferido, dudando de su divinidad, desconociendo su grandeza, i de tantos otros modos. Dígale que en ese mismo libro ruegue ella i clame al Señor i a la Santa Vírjen Maria para que implore me conceda el perdon que necesita su pobre hijo, su hijo, que no ha olvidado su amor i su nombre un solo instante de su triste vida. Dígale que la he tenido en mi corazon en todos mis dolores, i la tendré en él hasta que cese de latir. Dígale, por último, lo que han sido para mí las hermanas de la caridad, i especialmente la hermana X. que me ha obsequiado este libro i me ha impuesto el significativo precepto que vuelvo a rogar a usted cumpla en nombre de su desdichado amigo, que ante Dios sabrá corresponder sus buenos oficios, rogando por su felicidad...

Aquí no pudo continuar ni contener por mas tiempo su emocion. Una lágrima tras de otra surcó su mejilla, i un hondo suspiro se escapó de su corazon.

Yo no pude permanecer indiferente a su situacion, pero tuve, sin embargo, que esforzarme para asegurarle que descansara en mí respecto al cumplimiento de todos sus encargos.

Trascurria un cuarto de hora por lo menos, cuando me invitó Valdes a que me acercara a su lado, i me habló de esta manera:

—No tengo cómo manifestar a las hermanas de la caridad la inmensa gratitud que encierra mi corazon hácia ellas, gratitud que usted comprenderá que jamas demostraria bastante, si en muchos años de vida que tuviera me ocupara de su servicio. Las deudas que se contraen en la desgracia, cuando en ella encontramos caritativas manos que vienen a enjugar nuestras lágrimas i a suavizar los acerbos dolores que el infortunio i las dolencias depositan gota a gota en nuestro corazon, no serán jamas bien compensadas ni con las mas sinceras muestras de agradecimiento, ni con los mas esforzados sacrificios que pudiéramos ofrecer, no solo en obsequio de nuestros favorecedores, sino aun de todos nuestros semejantes. Hoi

comprendo que la caridad solo puede ser retribuida con la misma caridad. Las emociones que he esperimentado i que esperimento cada dia que recibo una nueva prueba del amor al desgraciado de parte de las hermanas de la caridad, me hacen concebir el grado en que ellas la sentirán cuando ejercen su santa mision. Ambiciono tener facultades para imitarlas i satisfacer asi un deseo que siento crecer en mi corazon cada dia, cada hora, cada instante; pero me apesara el no tener medios como darle pábulo i contestar a la imperiosa voz que me dice: que es verdad que cuando el alma sufre, sus dolores se mitigan, no solo por el ejercicio de la caridad, sino tambien por medio de los consuelos de la fé i de la esperanza. Fé i esperanza las abriga hoi mi alma, a Dios gracias. La tengo de que alcanzaré el perdon i de que me espera algo superior a lo que tengo a la vista, es decir, el cumplimiento de las promesas de Dios, cuya esplicacion no olvido. Caridad: hé aquí la virtud que quisiera ejercer con mucha estension imitando a mis amigos, imitando a las hermanas... pero no puedo. Sin embargo, recuerdo que usted me decia, hablando de la caridad material, que no importaba la cantidad de la limosna. El mérito está en el buen propósito que lleva en el corazon el que la ejerce. Lo concibo...

Quizá llene mi objeto a este respecto esa almohadilla con que la suerte me ha favorecido i que me trajeron anoche. Quisiera mandarla a la hermana X. Ella no la usará; pero si se vende, podrá con su caritativa mano dar a su producido una buena aplicacion. Quizá con él se satisfaga el hambre de alguno de los tantos infelices que en el asilo van a buscar un consuelo i un socorro oportuno para sus miserias. Si tal consiguiéramos, mi corazon recibiria verdadera satisfaccion. Esperimentaria placer si supiera que habia contribuido a enjugar una lágrima de las tantas que cada dia arranca en el mundo el infortunio... Aquí las he derramado yo, de gratitud i de reconocimiento, al verme ausiliado por los que no tienen ningun deber para conmigo... ¡Ojalá que esa almohadilla sirva para que alguno deposite tambien a los piés de la Providencia una lágrima de gratitud i de alabanza a su bondad! Le ruego la remita a la hermana, diciéndole de mi parte: que no reciba la insignificancia de la cosa sino el valor que pueda darle el objeto a que la destino.

Yo presté mi aprobacion a su determinacion, e inmediatamente escribí la siguiente carta:

"*Valparaiso, octubre* 24 *de* 1873.

VENERABLE HERMANA X.
Asilo del Salvador.

El pobre Adolfo, mi querido amigo, i el tan favorecido de usted, acaba de ser agraciado por la suerte en una rifa, el dia de ayer, con el almohadon de colocar agujas que recibirá usted con la presente. Me ha dicho que quiere dedicarlo a la que tanto ha trabajado por su felicidad, como lo único que en la actualidad tiene a su disposicion.

Ha tenido presente que la humildad de las reglas de las piadosas hermanas de la caridad no permitirán a la hermana X. usarlo sin infrinjir la severa modestia de las que, en medio de los esplendores del mundo, visten el sayal i la corneta, que pregona desde las grandes ciudades hasta las apartadas rejiones de ambos polos, la santa abnegacion de las hijas del admirable Apóstol de la Caridad.

Me encarga decir a usted que no será difícil pueda venderse esa pequeña prenda i dar a usted el placer de aplicar su producido en aliviar alguno de los muchos desgraciados que van a ese asilo a buscar un socorro para aliviar su miseria i aplacar el hambre de sus hijos.

Pequeño producto material será, venerable hermana mia, el que pueda usted alcanzar de esa insignificante almohadilla; pero no se le ocultará que es grande su significacion moral, si reflexiona por un instante en su procedencia i en el cristiano propósito que encierra el deseo de mi amigo, que quiere practicar un acto de caridad por la misma mano que tan profusamente la ha ejercido i la ejerce con él.

Acepte usted, pues, ese presente, de gran valor para nosotros; presente que es una elocuente profesion del mas santo sentimiento: la gratitud, engalanada con el esmalte luciente de la caridad.

Quiera usted dar lectura de ésta a la mui respetable madre N., i rogarle, asi como a todas las hermanas de esa casa, que acepten la sincera espresion de mi respeto, i aquella i usted la profunda gratitud i estimacion con que soi de ustedes, etc.

Puse el cierro respectivo a esta carta, la entregué a uno de los hijos de Juana para que la condujera al asilo, i un momento despues me retiré de la quinta.

L.

Era la una i media de la tarde cuando regresaba acompañado del señor B. Mi amigo, me dijo, que sentia una grande opresion en el pecho i que lo mortificaba mucho la tos. En efecto, no tardó en venirle un acceso que lo maltrató bastante.

Recuperado un poco, agregó:—Ninguno de los médicos ha venido en todo el dia i el señor Bobillier parece que me ha abandonado. Tengo necesidad, de calmar la fuerza de la tos, pues cada golpe de ella me aniquila con la fatiga mortal que me produce. Hace una hora que siento que la fiebre me ha aumentado. Es indudable, queridos mios, que estamos en marcha. Siento deficiencia de fuerzas i una notable pesadez en el cuerpo. ¡Hágase la voluntad de Dios!...

Un nuevo golpe de tos lo interrumpió.

Necesito calmar estos ataques, repitió con voz fatigada. Deme ese frasquito de pectoral de cereza, i sírvame en una copa de agua una pequeña cucharada.

El señor B. me alcanzó el frasquito, i serví al enfermo la dósis que habia indicado.

Un momento despues nos pareció mas sosegado, i suponiendo que deseaba descansar nos retirábamos, cuando entró en la sala el doctor Allende Padin.

Pulsó al enfermo, se informó de la repeticion de la tos, i escribió una receta, que desde luego mandé a la botica, pues debia dársele una cucharada en el momento que la trajeran, otra antes de la comida, i despues, en la mañana siguiente.

Cuando salió el doctor, me dijo:

—El enfermo apura. Tendremos un pronto desenlace.

Se detuvo este caballero conmigo algun rato debajo de la misma higuera, a donde hubo auscultado a Valdes dias antes, i allí entrámos en conversacion sobre materia que no es del caso consignar. Despidióse despues de quince o veinte minutos, haciéndome la promesa de regresar mui de mañana en el siguiente dia.

Valdes, curioso de saber el motivo de mi demora con el médico, me interrogó respecto a la opinion de éste sobre su estado, a lo que

le contesté que habia encontrado un poco de crecimiento en la fiebre, motivo sin duda de la dijestion del alimento i de la temperatura natural del dia.

Lo convenciera o nó esta contestacion, no insistió más en su pregunta, i guardó un prolongado silencio.

El resto de la tarde lo pasó mui mal: perdió completamente el apetito, i casi de improviso se agravó notablemente.

El señor B. i yo salimos, i regresamos dos horas despues.

El enfermo seguia en el mismo estado.

Eran las ocho de la noche, cuando exijió de mí le leyera algunas fojas de "Liberalis."

Le manifesté tambien esta vez que quizá no le fuera favorable, por su debilidad, escuchar la lectura que me pedia; pero como insistiese, tuve necesidad de complacerlo.

Habia concluido algunos capítulos de aquel libro cuando, golpeándose la frente, me dijo que buscara el fondo de su maleta i sacara un pliego de papel timbrado que ahí existia.

—Es un certificado, agregó. Comienza por un jeroglífico, al pié del cual hai unas iniciales.

A poca dilijencia encontré el pliego a que se referia.

El jeroglífico representa un libro abierto, un compas i una escuadra. Sobre él se ve un grabado que representa el sol, la luna i siete estrellas.

Cuando se lo presenté, me dijo:

—Ya usted comprende que he pertenecido a una sociedad secreta. Ingresé a ella creyendo que podia ser útil a mis semejantes. Están condenadas las asociaciones de esta naturaleza. Yo estoi de corazon en el seno de la Iglesia católica. Le ruego que rompa o queme ese certificado. He abjurado sinceramente, i deseo que nada me turbe. Cada vez que he estado solo, he recordado que tenia que hacer a usted este encargo; pero despues, siempre me he olvidado.

Le ofrecí cumplir su disposicion, i me retiré de la sala.

Pasado un rato considerable, tocó la campanilla, i al presentarme a él, me dijo que deseaba le leyera las preces a la Vírjen i el ejercicio para la noche. Accedí a su deseo, i él, sin embargo de estar fatigado, recitó todas las oraciones.

Eran las once de la noche.

Le serví la dósis de morfina que tomaba para dormir, i nos despedimos.

LI.

El sábado 25, a las seis de la mañana, me dirijí a la quinta, i sin detenerme ni averiguar el estado de Valdes, pasé hasta su sala, i lo encontré despierto: su semblante estaba mas descompuesto, los ojos hundidos, i habia en el conjunto de su rostro una palidez que contrastaba con el encendido color de sus mejillas.

—Siento una desazon i malestar estraordinarios, me dijo. He vuelto esta noche a la misma ajitacion de soñar constantemente... Siempre mi madre, siempre mi pais, siempre los mismos recuerdos de mi infancia, i cuando el sueño pasa, queda trabajando la imajinacion con los mismos recuerdos. Ahora mismo pensaba en una de las buenas obras que presencié practicar a mi santa madre antes de la guerra de que ya he hablado a usted...

Paseaba con ella una mañana en la hacienda de la Pradera, i como si le hubiera venido de improviso un recuerdo que mucho le interesaba, me dijo:—"Hace mucho tiempo que no veo a "Matea" la cosechera de tabaco, y me propongo buscarla hoi." En efecto, se dirijió a la casa de ésta. Yo la seguí. Mui pronto estuvimos a la puerta de una miserable choza, desde la cual llamó mi madre a la predicha Matea; pero nadie salió, ni se oia otra cosa que una especie de rumor como el gruñido de un animal. Penetrar mi madre al interior, seguirla yo, i retroceder horrorizado, todo fué cosa ejecutada en menos tiempo que el que empleo en referirlo a usted. Habia sobre una estera tejida de esparto, una especie de sér que se retorcia en medio de una nube de moscas, su cara llena de úlceras, i comida por completo la nariz. Se le veia una parte del cuerpo en el mismo estado, i se notaba en ese triste tugurio una punzante fetidez que apenas podia soportarse. En ese estado lastimoso se ve muchas veces en mi pais a los que se ocupan en la cosecha del tabaco, ejercicio que produce diversas enfermedades cutáneas. Mi madre me mandó en el instante a decir al mayordomo que fuera con dos peones a casa de Matea. Le hizo preparar una parihuela, i dió órden para que condujeran a la leprosa a casa. Yo hice observaciones a mi madre por aquella determinacion, i mucho recuerdo las palabras

de esa santa mujer:—"La recompensa de lo que yo hago con Matea, quizá tú la recibirás mañana de alguna mano estraña. El bien que se hace al desgraciado no es perdido. Dios nos manda favorecerlo, i Él nos corresponde, si no en el mundo, en el cielo."

Matea fué llevada a casa, i mi madre la hizo colocar en una cómoda habitacion del corredor.

Mi propia madre lavaba las úlceras de aquella desgraciada, i mi hermanita Eleodora, que a la sazon tenia once años a lo mas, era quien la ayudaba en esa santa tarea. La leprosa salvó, debido a los prolijos cuidados de esos dos ánjeles, i vive aun. ¡Ai! ahora están en mi corazon esas palabras de mi virtuosa madre.—"La recompensa quizá tú la recibirás mañana..." Es cierto, hermano mio. Es verdad que Dios es inmensamente grande i misericordioso. Insensato de mí, que desconocia esta verdad. ¡Ai de los que la niegan!...

Despues que pasó un rato de esta relacion, me pidió la lectura de las acostumbradas oraciones.

No habia concluido, cuando llegó el doctor Allende, quien le hizo una visita bastante larga.

Al salir este caballero, me dijo que el enfermo estaba demasiado débil, i añadió estas palabras:—Va a pasos mui largos.

Regresé a la sala, e iba a continuar la lectura, cuando Juana me entregó una cartita que enviaban del Asilo.

Despues de dejar satisfechos los deseos de Valdes, rompí el cierro de la carta. Era de la hermana X., quien la escribia en los siguientes términos:

"*Asilo del Salvador, a 25 de octubre de 1873.*

Mui respetable señor:

Tengo en mi poder su apreciable carta fecha de ayer, i tambien el almohadon que nuestro buen don Adolfo me envia para mis pobres. Esto, señor Tafur, me ha conmovido grandemente, porque me prueba que la gracia de Dios, ha tomado posesion de ese corazon tan indiferente en otro tiempo, i que sus primeros frutos son hoi la caridad para con los pobres. Dígale de mi parte, que todo se hará como él lo desea; que Dios se lo pagará, i que en un momento más nos tendrá a su lado.

Mientras tanto, usted i él reciban los respetos de mi superiora, hermanas, i de la que tiene el honor de ofrecerles de nuevo sus servicios, i es:

S. A. S.

Sor X.
Hermana de la Caridad.»

Mi amigo me pidió esta carta, la leyó, i en seguida me la devolvió.

Un momento despues, me dijo:—Ayer me decia usted que habia adquirido datos respecto a la Sociedad de Beneficencia de Señoras i al Asilo del Salvador. Deseo conocer sus apuntes, i le ruego comience por decirme cuál es el objeto de esa sociedad.

—Daré principio por decir a usted que fué fundada el año de 1856. Segun su reglamento, el objeto jeneral es practicar las virtudes cristianas ejerciendo la caridad práctica con las niñas desvalidas i con los enfermos pobres. Lo primero está sujeto a diversas circunstancias que deben residir en las huérfanas, i a ciertas formalidades que deben llenarse para su ingreso al establecimiento. No se determina en él el número de niñas que puede admitirse; esto es discrecional i en proporcion de los recursos con que pueda contar la sociedad, i conforme a la capacidad del local destinado al objeto.

Para que una niña sea admitida en el Asilo, se requiere probar con informaciones verbales que es huérfana de padre i madre, o de alguno de ellos, o que éstos, por su notoria pobreza, carecen de los medios necesarios para fomentar la instruccion de sus hijas. Está asi mismo a juicio de la superiora del establecimiento el refujiar alguna niña que por ausencia o abandono de sus padres estuviese espuesta a los percances a que la orfandad arrastra en el mundo a la criatura desvalida.

Deben ser mayores de cinco años i menores de doce, condicion prevenida por el reglamento; pero está a la discrecion de la misma superiora el permitir el ingreso de algunas que hubiesen cumplido hasta trece años; pero esto no es regla jeneral. Al entregarse a una niña al Asilo, se observa la formalidad de exijir a los padres o curadores de ella una contrata por la cual se obligan, en representacion de la menor, a la forzosa permanencia de ésta hasta la edad de dieziocho años, dejándola a su juicio continuar en la casa despues de

cumplida esta edad, entendiéndose cuando su buena conducta la hace acreedora a este nuevo beneficio.

Desde entonces ya se ve a la antigua asilada aliviando la pobreza de su familia, si la tiene, pues la casa destina el producto de su trabajo para darle semanalmente una recompensa con la cual lleva un consuelo a sus deudos i atiende por sí misma a sus secundarias necesidades. Entonces se ha completado en ella la educacion de la mujer cristiana i laboriosa; en su corazon existe el amor a Dios, el amor al trabajo, i el hábito de la bien entendida economia, pues todas son lecciones prácticas que ha recibido desde sus tempranos dias. Todo es el complemento de esa educacion que la hace virtuosa en todo sentido i de puras costumbres, que garantizan en ella hábitos de moralidad i prometen para lo futuro que será madre virtuosa i útil en su esfera a la sociedad.

Desde que la huérfana ha ingresado al Asilo hasta llegar a ese estado, se ve el fruto de los desvelos de la hermana de la caridad a cuyo cargo está el réjimen interior de la casa. Es ella la que a la vez de hacerle conocer los ramos que constituyen la instruccion primaria, nutre su corazon en la enseñanza de la relijion católica i le infunde los hábitos de laboriosidad, tan necesarios en la mujer, sea cual sea su condicion en el mundo, i mui particularmente en aquella que no ha merecido los favores de la fortuna.

Esa sociedad atiende, no solo a la educacion de las niñas, sino tambien a su vestido i demas necesidades.

Actualmente existen en la casa sesenta i ocho huérfanas. Usted ha visto cómo las tienen, cuánto las quieren, i concebirá usted que esas infelices a quienes la suerte ha negado el dulce abrigo i el amor de la madre, lo encuentran en esas piadosas hermanas.

No solo se contraen en el Asilo al amparo i educacion de las huérfanas; sostiene tambien la sociedad con ausilio de la ilustre municipalidad una escuela gratuita para esternas, dirijida asimismo por las hermanas de la caridad, cuyo establecimiento cuenta en la actualidad un número que escede de doscientas cincuenta alumnas. Muchas hai entre ellas a quienes sus familias, por su estado de indijencia, no puede proporcionarles el alimento diario, i la casa lo ministra cada dia a cuarenta por lo menos, dándoles asi mismo las prendas necesarias de ropa i calzado para que se cubran modestamente.

De este modo llena la Sociedad de Beneficencia de Señoras de este puerto el primer objeto de su institucion. Cada una de las nobles

matronas que la componen debe esperimentar esa dulce satisfaccion que deja en el corazon la conviccion del cumplimiento del deber, recordando que el Señor dijo:—*El que acojiere a un niño en nombre mio, a mí me acoje.*

Esas inocentes criaturas les deben su felicidad, la conservacion de la pureza de su corazon i de sus costumbres; su dichosa inocencia, i el estar precavidas de las borrascosas miserias a que está espuesta la débil infancia si se ve desamparada. Esas niñas sencillas elevan en su oracion sus almas puras hasta Dios, e invocan sus santos favores para aquellas que en la tierra son su Providencia. Esos ruegos de la infancia, ya hemos dicho en otra ocasion que Dios los recibe de preferencia i los atiende como los clamores de los ánjeles i las plegarias de las almas justas. Bendita asociacion! Ojalá se estendiera por todos los pueblos de la tierra, pues que en todos hai desgracias que consolar i huérfanos que amparar i protejer!

En el segundo objeto de la institucion, puede decirse que la sociedad es la Providencia del doliente i del necesitado. Allí es donde ella ejerce otro de los mas grandes beneficios i elevada caridad, llevando el consuelo al lecho de dolor de los desgraciados.

Sostiene dos dispensarios. El principal está en el Asilo, servido por dos hermanas, una de ellas la hermana X., una ayudanta i un médico, que es el señor Bobillier, quien, segun se me ha dicho, tiene una ejemplar paciencia para atender muchas veces hasta trescientos enfermos en un dia, con el mismo amor, con la misma bondad hácia el primero como al último, i con la misma prolijidad para averiguar la dolencia del uno como del otro. El segundo dispensario está en el Puerto, servido por otro médico i una de las mismas hermanas de la caridad que atiende al principal; pero allí solo ocurren los enfermos tres veces por semana.

He visto los libros del Asilo, i consta de ellos que el año pasado se asistieron por la sociedad en los dos dispensarios, 61,233 enfermos. De éstos recibieron receta de médico 38,825; fueron visitados por las hermanas e indicados los medicamentos por ellas 22,408, componiendo este total 9,237 hombres, 34,851 mujeres, i 17,145 niños, demostracion que acredita que hubo hombres enfermos un $^{15}/_{16}$ por ciento; mujeres la considerable cifra de $^{63}/_{16}$ por ciento, i niños un 28 por ciento.

No tengo conocimiento de la razon jeneral del presente año, porque éstas no se forman hasta el mes de diciembre; pero he visto el diario de este mes hasta ayer, i segun él han ministrado medicamentos a 5,000 enfermos en los veinticuatro dias trascurridos.

Gasta la sociedad quinientos pesos mensuales entre alimentos i dispensarios. Tiene las dos boticas perfectamente provistas de las necesarias medicinas, i hace un gasto estraordinario de seiscientos a ochocientos pesos en habilitarlas de lo que cada año falta para el surtido completo.

En el Asilo existen una superiora i nueve hermanas, que se distribuyen en el servicio siguiente:

Al cuidado i en la educacion de las huérfanas—dos.

En la escuela de esternas—cuatro.

En los dispensarios—dos.

Cocinera—una.

La superiora,—que a mas de la direccion de la casa atiende a la botica, a las clases i muchas veces hasta a la cocina.

Asi está distribuido el número de diez hermanas de la caridad que están al frente del Asilo del Salvador.

La misma sociedad hace otro gasto estraordinario de mucha significacion. El dia de la fiesta de San Vicente de Paul, 19 de julio, da vestido completo a ochenta o noventa familias pobres.

Del mismo modo, dedica una cantidad de sus fondos jenerales para que se dé alimento diariamente a veinte personas pobres, i a otras veinte les paga el arrendamiento de una habitacion.

Independientemente de los fondos que distribuye la sociedad, se reparte en la misma botica del Asilo hasta la suma de doscientos pesos al mes, entre los mismos pobres que van a buscar medicamentos para combatir sus dolencias, proporcionándoles asi un módico socorro con que procurarse el sustento del dia. Estas limosnas las distribuye la hermana X. de diversas cantidades que ponen con tal objeto en sus manos determinadas personas que la eljen para ejercer ese acto tan noble de caridad.

Hasta aquí, ve usted siempre a la hermana de la caridad cuidando del débil huérfano, ausiliando al menesteroso i al enfermo, i de todos modos derramando sus consuelos revestidos de la piedad mas elocuente.

Las sostenedoras de la casa son, pues, las nobles matronas de lo mas distinguido de la sociedad de este puerto; son esas piadosas se-

Digitized by Google

ñoras que forman en conjunto la Sociedad de Beneficencia, o sea sociedad de caridad, si la denominamos con el propio nombre bajo el cual la instituyó en Châtillon el memorable Vicente de Paul, como he referido a usted ayer.

La presidenta es la señora doña Juana R. de Edwards, que ejemplariza con su modestia en medio de los mismos favores que la ha dispensado la fortuna. A esta digna jefe le siguen no menos distinguidas aliadas, que como ella penetran tambien en el triste hogar del desgraciado para llevarle un consuelo i aliviar su dolorosa situacion.

El directorio se compone de doce señoras, segun el reglamento, i de ellas se elije una presidenta, una vice-presidenta, una secretaria i una tesorera.

Puede decirse que pertenece a la Sociedad la mayor parte de las señoras de Valparaiso. Cada una contribuye con la cuota de uno o dos pesos mensuales, suscricion que llega a producir dos mil pesos mas o menos al año. Hai otras suscritoras por determinadas cantidades, contándose con algunas que contribuyen hasta con diez pesos, cuotas que ascienden a quinientos pesos mas o menos.

Las entradas ordinarias las constituyen las cantidades referidas, más las siguientes:—El tesoro nacional eroga la cantidad de dos mil doscientos pesos mas o menos para dotacion de las hermanas de la caridad, haber del capellan, i una asignacion para la escuela de huérfanas. El señor intendente de la provincia, don Francisco Echáurren, ha conseguido desde hace dos años, que se señale en el presupuesto jeneral de la república una suma de mil pesos cada año como dotacion a la escuela de esternas, i acude asi mismo con los testos i útiles necesarios para la enseñanza. La I. municipalidad de la provincia contribuye con quinientos pesos, menos unos pocos centavos en cada año, para gastos jenerales de la casa. La H. Sociedad de Beneficencia alemana eroga tambien anualmente la cantidad de cien pesos, sumas que reunidas ascienden a seis mil trescientos pesos, salvo algunas diferencias que se notarán mas o menos en cada año.

A éstas se agrega el producto de costuras i otros trabajos de mano que hacen las huérfanas i que alguna vez ha llegado a mil pesos mas o menos.

Las entradas estraordinarias las forman el producto de alguna

rifa o bazar, i donativos que se hacen al establecimiento por algunas personas.

Con solo limosnas i donativos, ha adquirido la sociedad el local actual que ocupa el Asilo, cuyo costo ha ascendido a cincuenta mil pesos, i con iguales recursos ha reedificado despues mucha parte de ese establecimiento. Hoi no consideran bastante ese local para llenar las necesidades de la institucion, i se proponen construir otro que reuna mejores condiciones. Para ello está destinada esta quinta, que ha sido comprada en la cantidad de treinta i dos mil pesos. Veinticinco mil ha dado de su peculio la señora Edwards, i los siete mil restantes se sacaron de los fondos de la sociedad.

Mui probable es que la misma señora emplee en la fábrica otra considerable suma, pues segun se me ha asegurado, es su idea i su deseo constante el ver establecido el Asilo en una mejor localidad, i es indudable que para conseguirlo no omitirá su jenerosidad sacrificio alguno. Ojalá que todos los favorecidos por la fortuna supieran emplear una parte de ella en tan grandes obras de caridad como lo hace la respetable señora a que me refiero i las tambien mui dignas matronas que se asocian con ella en sus santos propósitos. ¡Es preciso no dudar, querido mio, de que está reservada para esas grandes almas una recompensa mui superior a los débiles elojios de los hombres!

He satisfecho los deseos de usted hasta donde me lo han permitido los conocimientos que he podido adquirir mediante los datos que con interes he pesquisado. No será estraño que adolezca mi referencia de alguna inexactitud, pero creo no será en la esencia.

Ya conoce usted el oríjen del Asilo, los fines con que ha sido instituido, i cómo ejercita en él la caridad la mui honorable i digna Sociedad de Beneficencia de Señoras.

—Quizá no me conceda Dios el favor de poder visitar aquel establecimiento. Desearia contemplar por un momento siquiera ese crecido número de niñas en sus respectivas clases i labores, i ese gran grupo de desgraciados que van a ahí a recibir el doble remedio para sus dolencias i miserias; pero ¡quién sabe, amigo mio, si antes de que ese deseo se realice, la voluntad de Dios se habrá cumplido en mí de distinto modo!

LII.

Eran las diez del dia, hora en que llegaron las hermanas de la caridad, en el momento que mi amigo Adolfo era invitado por su cuidadora para tomar su dieta, la que le fué servida por la respetable superiora, que se impuso jenerosamente aquella tarea.

La hermana X. le hizo presente que habia determinado hacer una rifa de la almohadilla que habia recibido el dia anterior, i le repitió su agradecimiento por haberla dedicado a beneficio de los pobres.

Valdes le pidió trajera la lista para suscribirse en ella i procurar que nuestros amigos contribuyeran a la realizacion de su buena obra, a lo cual accedió aquella, prometiéndole dejar satisfecho su pedido al siguiente dia.

En seguida le dijo la misma hermana:—Compensaré su jeneroso presente con un escapulario i esta medalla milagrosa, que le traigo i que deseo lleve usted sobre su pecho.

I desenvolvió un precioso escapulario.

—Deme cuanto quiera, hermana mia, contestó Valdes. Hoi tengo satisfaccion verdadera en recibir esos presentes.

— Los unirémos todos en una misma cinta, si a usted le parece.

—Haga cuanto quiera, hermana.

I sacó de su cuello el escapulario que le habia dado el venerable sacerdote dias antes, i lo entregó a la hermana.

Luego, fijando mucho su atencion en los objetos que ésta tenia en la mano, le dijo:—Deme usted esa medalla. Me parece conocerla.

La recibió i en seguida esclamó:—¡Qué coincidencia! Parece que todo se viniera desarrollando de modo que a cada paso tengo que admirar más los secretos de la Providencia...

—¿Qué encuentra usted en esa medalla? le preguntó la hermana.

—Que tengo una semejante. Alcánceme usted mi cartera, me dijo.

Cumplí su pedido. Sacó de ella una medalla realmente idéntica, pendiente de una cinta, i dijo:

—Voi a referir a ustedes una historia:

El memorable 2 de mayo de 1866, cuando ya entrábamos en combate contra la escuadra española, habia en el hospital del Callao un grupo de hermanas de la caridad i varias señoras de lo mas distinguido de la sociedad. Unas preparaban hilas, vendajes i otros útiles para restañar la sangre de los heridos, i otras colocaban sobre el pecho de los próximos combatientes una cinta de la cual pendia una medalla. Yo, quizá por novedad, me acerqué a ese lugar, i en seguida, arrastrado indudablemente por un impulso secreto del corazon, me llegué a pedir una. La señora a quien me dirijí, me dijo con todo el imperio de que la revestia su fé, que me arrodillara para recibirla. Yo la miré por un momento, i sin darme cuenta de por qué obedecia, me arrodillé i fuí *cruzado*, sin fijarme en que ese escudo poderoso debia ser para mí, cual en otro tiempo, de igual efecto al que recibian los cruzados, i que les infundia la fé de sus futuros triunfos en los combates librados en defensa de su relijion i de su patria. Quien colocaba esa medalla sobre mi pecho, era una noble matrona amiga mia.

Un compañero no recibió la medalla, i siempre he tenido presente esta circunstancia: fué el primero que ví morir destrozado por la metralla de los invasores.

—Son muchos i mui grandes los privilejios concedidos al que, con toda la fé del cristiano, lleva la medalla milagrosa, le dijo la hermana.

—Yo he conservado ésta como un recuerdo de aquel dia tan glorioso para el Perú i toda la América, i como memoria de aquel mui particular acontecimiento.

Guardó nuevamente la medalla en su cartera, que me entregó cuando ya la hermana habia unido ambas reliquias a las que desde antes tenia mi amigo, quien se las colocó en seguida al cuello.

Hacia una hora que estaban en la quinta las hermanas; se prepararon a salir; sus deberes las llamaban, i se despidieron.

Valdes me hizo presente que deseaba quedar solo, pues sentia una invencible necesidad de dormir; i atento a su indicacion, me separé de su lado, entornando la puerta de la sala.

Al salir entraba a la quinta el señor B.; le hice saber la resolucion del enfermo, i me dirijí con él a mi casa.

Digitized by Google

LIII.

Mi reloj marcaba la una, cuando volví a la quinta acompañado del señor B.

Al dirijirnos al aposento del poeta, supimos por un hijo de Juana que ésta, acompañada de otra buena mujer que hacia dias residia allí, estaban con el enfermo: i como estuviese cerrada la puerta, comprendimos que algo estraordinario habia ocurrido.

Efectivamente, la situacion a que habia llegado ya nuestro amigo acreditaba que se precipitaba su destruccion, i desde entonces entreveiamos gran celeridad en el curso de la enfermedad.

Terminados los caritativos oficios de la enfermera i su nueva aliada, penetramos en la sala, i nuestro pobre amigo nos manifestó desde luego el estado en que se encontraba, agregando que sentia le habia aumentado la fiebre considerablemente.

Le alentaba yo a la resignacion i a la conformidad con el estado a que Dios lo reducia, cuando me fueron anunciadas dos hermanas de la caridad.

Eran la venerable madre S., superiora del hospital, i la mui estimable hermana V., empleada en el mismo establecimiento, que venian a visitar al enfermo.

Este estuvo mui complacido de la atencion de tan respetables señoras, i les dijo:—Que siendo tambien hijo de San Vicente de Paul, favorecido por la caridad de sus hijas, que él llamaba sus hermanas, le era grato i consolador recibir sus caritativas manifestaciones; i concluyó por pedirles la repeticion de su visita.

Las hermanas se lo ofrecieron asi en cuanto se lo permitieran sus numerosas atenciones, i se despidieron.

Cuando regresé de acompañarlas hasta la puerta, me dijo mi amigo: Que sin embargo de sentirse mui acalorado i con un fuerte desvanecimiento de cabeza, deseaba que le leyese algunos evanjelios i algunos salmos de David, contenidos en un *Eucolojio* que estaba sobre la mesa.

Pasaríamos en la lectura quince minutos mas o menos, cuando

se presentó el señor Allende Padin. Eran las tres i cuarto de la tarde.

Noté que Valdes se demudó, i que la visita del médico lo habia sorprendido. Este lo examinó con bastante atencion; le levantó i bajó los párpados, le tocó varias veces la frente i el pulso, examinó mui cuidadosamente la espectoracion, i por último, recetó otra dósis del mismo jarabe de morfina, que se habia concluido, encargando se le diera siempre la cucharada del otro medicamento que tomaba antes de los alimentos.

Cuando estuvimos afuera, me dijo que era estrema la debilidad del enfermo i que la fiebre habia subido con esceso.

No bien hube regresado donde Valdes, cuando me dirijió de esta manera la palabra:

—La visita estraordinaria del doctor me hace comprender más que mi estado es malo. No solo lo nota el médico; tambien lo conozco yo, pues ahora me siento con pocas fuerzas. Me devora la fiebre; los dolores a los pulmones son mas agudos; siento una opresion como si tuviera un enorme peso sobre el pecho. Repentinamente ha desaparecido la hinchazon que he tenido en las piernas i piés por tanto tiempo. Tengo ardor en los ojos como si estuviera cerca del fuego, i hai momentos en que esperimento los efectos de un vértigo, que me hace caer en un desfallecimiento i una angustiosa laxitud que siento nacer desde el estómago... ¡Ai, hermano mio! Parece que Dios va apresurando el cumplimiento de su sentencia suprema. Ruegue usted que me dé valor i que no me abandone...

Llegó un momento en el que no pudo contener su angustia, i echándome los brazos, lloró con la dolorosa espansion con que en el seno del hermano se lloran las grandes desgracias. Me pidió despues un poco de agua, que le serví inmediatamente.

Daban las cuatro, cuando se hizo anunciar el señor cura Donoso, que venia a visitar a su amigo.

Duraria su visita un cuarto de hora, i se despidió, ofreciéndole regresar al siguiente dia.

Apenas salió este respetable sacerdote, llegó el doctor Bobillier, que, como el doctor Allende, examinó prolijamente al enfermo. Se informó de lo que aquel habia recetado, i dijo:—Que nada podia agregar, pues no debia recargársele de medicamentos.

Bien se comprende que estas palabras equivalian a decir:—Todo es inútil con el presente enfermo.

Se despidió el doctor, i fuera ya de la sala, su sentencia fué la misma que la del señor Allende, agregando que quizá no se prolongaria la vida de mi amigo por tres dias mas.

La hora de la comida se acercaba, i la buena jardinera la ofreció a Valdes, quien contestó que la sirviera en el acto si asi le parecia.

Cuando le fueron presentados sus platos favoritos en otros dias, un jesto de displicencia acreditó que no tenia disposicion: efectivamente, tomó mui poco, i puede decirse que *la obligada tacita de chuño* fué toda su comida.

Desde esa hora hasta la noche, nada de notable ocurrió. Estaba como aletargado; se escusó de hablar absolutamente hasta las diez, hora en que me pidió le leyese las oraciones de cada noche.

Terminada esta lectura, me pidió la cucharada de jarabe, la tomó, i en seguida me despidió.

No habia duda que deseaba quedar solo; asi lo habia manifestado su imperturbable silencio en todo el tiempo trascurrido desde que pasó la hora de la comida. Sin embargo, el señor B. i yo nos quedamos en la sala hasta las once de la noche.

LIV.

Habian pasado algunos minutos de las seis de la mañana del domingo 26, cuando estaba yo en presencia de mi amigo Adolfo, quien me hacia la mas triste i desconsoladora relacion del modo como se sentia i como habia pasado la noche anterior. Se notaba realmente en su semblante cuánto habia padecido. La huella del dolor estaba manifiesta i revelando que no mui tarde vendria la muerte a batir sus alas sobre ese triste lecho, para hacer la division que le está encomendada por Dios: la de la materia i el espíritu; la materia para su oríjen, el espíritu para la eternidad.

Despues de un considerable tiempo, me invitó a que le hiciera la lectura de las oraciones de la mañana. Llegó un momento mui notable en el cual se deslizó un torrente de lágrimas por los ojos del pobre Valdes. Nos ocupábamos de las oraciones a la Vírjen Inmaculada, i al llegar a la parte donde dice: «No me abandoneis nunca, i especialmente en mi última hora, en que tendré mas necesidad de

vuestra asistencia,» su llanto fué incontenible. Me pidió, no obstante, que continuara, i al leer la parte: «Venid en aquella hora en mi socorro, defendedme de los ataques del demonio, sostenedme en las tentaciones i en las angustias de mi último combate, alcanzadme la paciencia en los dolores de mi última enfermedad,» entonces se rompieron los límites entre los cuales estaba estrechado su dolor i los sufrimientos de su corazon; su llanto fué intenso, lloró con pasion i con amargura. Esas mismas oraciones, esas mismas palabras las escuchaba i las recitaba hacia seis dias, i si despertaron su piedad en todos ellos, no le arrancaron ese llanto i esa angustia que en ese acto le produjeron. Es indudable que hai momentos para nosotros en que escuchamos las eternas verdades aunque se nos repitan sin elocuencia i sin darnos pruebas que para convencernos nos avanzamos alguna vez a exijir o a esperar. Ese momento no es otro que aquel en que Dios nos toca el corazon i nos da el alerta para que estemos listos a esperar su última palabra. Valdes habia escuchado ese alerta. Se preparaba a obedecer el último mandato.

Algo recuperado, no terminó ahí el ejercicio de sus actos piadosos. Quiso que le leyera todo el oficio de la misa.

Este nuevo pedido me hizo comprender que cada instante se afianzaban más en su corazon la fé i la piedad. No trepidé en cumplir sus deseos. Principió i concluyó el acto con la mas ejemplar devocion i recojimiento.

Cuando terminamos, me dijo se sentia fatigado i que lo dejara un momento.

Salí inmediatamente de su habitacion; pero apenas lo hube efectuado, llegaron a mis oidos sus sollozos, a los que siguió un llanto tristísimo que contristó mi espíritu. Tuve impulsos de regresar; pero el infeliz Adolfo habia pretestado estar fatigado para que lo dejara solo. El dolor rechaza los testigos; el que padece tiene el egoismo natural de sustraerse a los consuelos de todos, pues nada consuela el corazon como dejar libremente correr las lágrimas que el dolor ha aglomerado en él.

Habia pasado media hora, i considerando que estuviera mas tranquilo, me dirijí nuevamente donde él.

Estaba, en efecto, un poco mas libre de la angustia que desde mui temprano le habia dominado. Comenzaba a hablar conmigo, cuando

un fuerte golpe de tos lo fatigó nuevamente. Le serví un medio vaso de agua con coñac, como lo habian prescrito los médicos, i despues de tomar unos pocos tragos le calmó el acceso.

Un momento despues llegó el doctor Allende, que recetó unas nuevas cucharadas, i recomendando que procurara tomar un regular alimento, salió de la sala.

Al salir me dijo:—Nuestro enfermo sigue mui mal; apura demasiado: quizá no pase tres dias más, pues la debilidad es ostremada. I se despidió.

En este momento habian llegado la madre superiora, la hermana X., la hermana V. i la hermana F. con las huérfanas del Asilo. Entraron en seguida las primeras donde Valdes. Le fué presentada por la señora superiora la hermana F. como la directora inmediata de las huérfanas, a la que manifestó complacencia por conocer.

En seguida preguntó a las hermanas si habian venido las niñas, i quedó mui complacido do la afirmativa contestacion que le dieron.

La madre N. i la hermana X. le sirvieron el almuerzo i lo obligaron, con sus afectuosas insinuaciones, a tomar más de aquello que él se habia propuesto. Necesitaba esa exijencia porque hacia dos dias que mui poco alimento habia tomado.

Por otra parte, la hermana V. se ocupó de renovar las flores del altar, que desde el dia de la comunion permanecia arreglado, por espresa indicacion del mismo Valdes.

Habia principiado éste a referir a las hermanas sus sufrimientos de la noche pasada, cuando las niñas, agrupadas a la puerta esterior del departamento, comenzaron un cántico semejante al que ocho dias atras habia causado tanta sensacion en el ánimo de mi amigo, i pudo éste, como todos los que estábamos en la sala, percibir bien claramente estos cuartetos:

Ya lo juré: soi hijo de Maria,
Hermano soi del mismo Salvador.
Antes morir, ¡oh dulce Madre mia!
Antes morir, que perder tu favor.

Madre de Dios, en la última agonia,
A tí me llamarás con dulce amor,
I volaré... ¡qué dicha! ¡qué alegria!
Si he de morir teniendo tu favor.

Digitized by Google

Como en el coro las niñas repetian el último verso, Valdes lo recitó con una espresion de sentimiento mui especial, que fué despues mas marcado, pues al terminar el canto no dijo una palabra. Parecia como enajenado; tenia sus ojos fijos en la imájen de la Vírjen de Purísima, que rodeada de flores, estaba colocada sobre el altar.

Despues de un dilatado silencio, lanzó un profundo suspiro, i con una punta de la sábana enjugó una lágrima que se deslizó por su mejilla.

Pidió a la hermana X. le recitara los cuartetos que acababan de cantar las niñas: escuchó i volvió a guardar silencio.

La misma hermana lo interrumpió al fin, diciéndole que habia traido la lista para la rifa del almohadoncito.

—Quiero ser el primero en suscribirme, dijo, i escojió dos números, en los que me hizo poner su nombre. Uno será para los pobres, i el otro para las huérfanas, agregó.

Sacó de su chaleco, que me pidió, dos monedas de cincuenta centavos cada una, i pagó sus dos números.

En seguida, dijo a la hermana que le dejara la lista para que se suscribieran nuestros amigos, i él mismo la colocó sobre la mesa-velador que tenia a la cabecera de su cama.

La señora superiora vió su reloj, i en seguida dijo:—Son las once: es hora en que debemos retirarnos con las niñas.

I salió a dar órden de prevencion para marchar.

Un momento despues, todas se despidieron de Valdes.

—Adios, dijo él. Lo que es a las niñas, creo no las oiré otra vez. Hagan ustedes que rueguen por mí a Dios i a la Vírjen Maria...

Quedó otra vez en silencio.

I salieron todas las hermanas de la caridad, siempre contristadas por el estado de su huésped.

Reunidas con las niñas, las despedí en la puerta de la quinta.

Media hora despues me retiraba tambien yo.

LV.

Regresé a la quinta a la una de la tarde acompañado del señor B.

Nuestro enfermo estaba notablemente animado, i en mejores condiciones.

En seguida llegaron varios amigos, con los que pasó Valdes agradables momentos de conversacion. Entre ellos estaba el inmejorable E., que acababa de llegar del campo, a donde permanecia, visita que fué, como era natural, mui satisfactoria para el poeta.

No dejó pasar mucho tiempo sin manifestar a todos el deseo que le asistia de que tomaran acciones en la rifa de los pobres, por la que estaba tan interesado; i tuvo tan buen ofecto su indicacion, que ninguno tomó menos de cuatro o seis, siendo preciso, a fin de que pudieran bastar los números que entre todos deseaban tomar, aumentar un cincuenta por ciento más de las que se habian considerado, resultado provechoso para aquellos que Valdes se habia propuesto favorecer.

Serian las tres cuando se despidieron todas las personas que por dos horas habian hecho compañia a nuestro amigo, quien desde luego nos dijo que se sentia mui aliviado, al estremo de tener disposicion de tomar su consabida *taza de chuño* i bizcochos, lo que le fué servido i tomó con mucha disposicion.

Comenzó en seguida a hacernos nuevas i animadas referencias de algunos sucesos do los dias de su infancia. Parecia que se proponia volver todos sus recuerdos a esa aurora de la vida, única i pasajera época en que el hombre puede recordar un dia de felicidad. A aquellos recuerdos estaba asociada, como era natural, la querida memoria del hogar i la familia, i cuando Valdes hablaba del uno i de la otra, no podia dejar de dedicarles una lágrima, ni terminaba su relacion sin haber interesado el corazon de los que le escuchaban.

Yo tenia en ese dia motivos suficientes para estar bastante abatido, i cuando mi amigo recordaba el cielo estrellado de su patria i el puro amor de su familia, mi corazon se identificaba doblemente con el suyo, i entonces sufria por él i sufria por mí mismo.

Sin darnos cuenta de cómo habia trascurrido el tiempo, dieron las cinco en el reloj de la iglesia de los Sagrados Corazones, hora en que Juana se presentó a decir a su enfermo que estaba lista su dieta.

El señor B. i yo salimos una hora despues. Yo regresé a las ocho.

Mi amigo quiso escuchar la lectura de algunos capítulos de Liberalis, i me hice como siempre un deber en acceder a sus deseos.

Seguia perfectamente, mui tranquilo i con mui pocos dolores. Sin embargo, la fiebre no le habia disminuido, como él lo creia; pero esperimentaba un bienestar jeneral, segun decia, que mas bien que inspirarme tranquilidad i satisfaccion, me hizo temer, pues en los enfermos de gravedad muchas veces se ha notado que una mejoria repentina es la precursora de una muerte inmediata.

Estábamos ocupados en la lectura del predicho libro, cuando de improviso:—¿Oye usted? me interrogó.

—¿Qué cosa? le pregunté.

—Estoi oyendo tocar un organillo, i me parece conocer una pieza que siempre me ha llamado la atencion. La música me encanta! Si viene por aquí, desearia me hiciera usted llamar al que lo conduce, i que tocara un rato aquí adentro.

—Si lo desea, será fácil llamarlo...

No dijo palabra.

El armonioso sonido del organillo se acalló, i mas tarde, cuando creiamos que el conductor hubiese tomado otra direccion, se dejó oir en la puerta misma de la quinta, «la agonia de la Traviata.»

—¿Insiste usted en su deseo de que se llame a ese hombre para que toque aquí el órgano? le pregunté.

—Nó, me contestó desazonado; quisiera mas bien que se fuera pronto de aquí. Esa pieza me trae un triste recuerdo. ¿Qué hora es? preguntó en seguida.

--Las diez i cuarto.

—Hágame usted el favor de llenar su tarea. Aquí está mi libro.

I me alargó su devocionario.

Le serví media hora despues su medicamento, llamé al hijo de Juana, que era su compañero, i me despedí.

Daban las once en ese momento.

LVI.

A las seis de la mañana del dia 27, llegaba yo a la quinta en circunstancias que momentos antes habia salido la caritativa Juana con direccion a mi casa, con el objeto de procurarse ropa de cama, porque habia indispensable necesidad de cambiar al enfermo la que

tenia. Informado de tal ocurrencia, mandé a uno de los hijos de aquella con las llaves de mi ropero para que mi sobrina Eleodora sacara de él las piezas necesarias; i a fin de no causar embarazo a mi pobre amigo, esperé en el jardin el regreso del enviado, que poco debia tardar, por la corta distancia que por fortuna tenia que vencer.

El estado a que habia llegado Valdes me hacia temer con fundamento un próximo i triste desenlace, i veia acercarse el momento de su desaparicion. Felizmente, se habia operado una trasformacion tan saludable para su alma, que nos indemnizaba en mucha parte del pesar que su inevitable muerte nos causaba ya a todos cuantos le rodeábamos.

Una vez que regresó el hijo de Juana, ésta i su compañera, que ya conocemos, desempeñaron con mi amigo los buenos oficios que su triste situacion demandaba, i poco tiempo despues estuvo espedito para recibirme.

Al verme, comenzó a lamentarse de la condicion a que lo reducia su enfermedad, i no concluyó sin descubrir la angustia que tan justamente le dominaba.

Mis palabras en ese momento, como es de suponerse, tuvieron por objeto consolarle; pero habia llegado el caso para mí de no poder dirijirlas a Valdes sin sentirme vencido por una emocion que en vano intentaba disimular i reprimir. Hai sentimientos que cuando nacen del corazon, no todos los hombres podemos dominar. El poeta me habia llegado a interesar como un verdadero hermano, i al ser testigo de cómo se consumia su existencia, esperimentaba todo el dolor que sentimos por la pérdida de un deudo querido.

Eran las siete i tres cuartos cuando dí principio a la lectura de las oraciones que acostumbraba leerle en la mañana. Al concluirlas, me pidió le leyera el ejercicio para la confesion. Este pedido no dejó de llamarme la atencion; pero no me creí autorizado para interrogarlo respecto a lo que se proponia: esperaba que naciera de él la esplicacion que me prometia a ese respecto. Terminé la lectura, i guardó en seguida un profundo silencio.

Despues de un considerable tiempo, me dijo que se habia restablecido mucho; que se sentia mui mejor; que le asistia deseo de levantarse de la cama i tomar una buena presa de gallina asada, i huevos a la hora del almuerzo.

Acababa de hacerme la predicha manifestacion, cuando llegó el

doctor Allende, (1) a quien en el instante le hizo presente cuanto deseaba i le consultó si le convendria levantarse de la cama.

El médico lo trató con el mismo interes que cada dia reconocia yo en él en favor de mi pobre amigo. No condescendió con él respecto a los huevos que queria tomar, i respecto a su deseo de levantarse de la cama, le dijo que no era conveniente por ese dia, pues lo encontraba un poco débil. Recomendó el mismo réjimen, i se despidió.

Cuando estuvimos fuera de la habitacion, me dijo que era ya demasiado grave el estado del enfermo. La debilidad es mucha, agregó; el semblante ha cambiado i está cadavérico; la espectoracion es de peor carácter, la fiebre mas fuerte, i esa misma ilusion en que está de su mejoria, disposicion de comer cosas apetitosas i deseos de levantarse, todo acredita que apura muchísimo. No le estrañe a usted, mi amigo, añadió, que antes del medio dia haya cambiado i se encuentre en mui malas condiciones. El desenlace se precipita.

I salió de la quinta.

En este mismo momento ajitaba Valdes la campanilla, i sin detenerme me dirijí donde él.

¿Qué queria?

Que se apurara el almuerzo; recomendar que estuviera bien asada la gallina, i pedirme que le mandara buscar un chocolate de buena calidad.

Le dije que era probable no le conviniera tomarlo sin consultar antes con el médico, i a pocas observaciones desistió de tal deseo.

En seguida me preguntó si no habia vuelto el sacerdote que le habia obsequiado el escapulario, agregando que deseaba verlo. I me dijo:

—El dia que estuvo aquí ese padre, me disgustó mucho su presencia; yo tenia, por desgracia, una invencible prevencion contra todos los sacerdotes. No sé si el padre notaria mi desagrado, pero yo lo tuve en mi corazon, i quiero repararlo. Deseo que me perdone, que usted lo haga buscar, i decirle que le ruego me haga mañana una visita.

Le ofrecí cumplir su encargo.

Despues agregó:—Deseo trabajar un canto a la institucion de las hermanas de la caridad: el inmortal Julio Arboleda les hizo

(1) El doctor Bobillier no volvió a ver a Valdes, por haberse enfermado,

uno sublime que conservo entre mis papeles. (1) Qniero asi mismo hacer uno especial a las inmejorables hermanas que tanto me favorecen i me consuelan. Será lo primero que trabaje tan pronto como me levante de la cama, pues quiero perpetuar sus caritativos oficios para conmigo.

Le aprobaba tal determinacion, lamentando en mi corazon su imposibilidad de cumplirla, i hacia justicia a sus sentimientos de gratitud, cuando Juana entró a la sala a decirle que estaba listo su almuerzo, noticia que mi amigo recibió con el mismo entusiasmo que le notábamos en idénticos momentos en los primeros dias de su entrada en la quinta.

Pocos minutos despues almorzaba con la disposicion de un bueno i sano.

Salia yo a decir a Juana que le llevase unas tostadas, que tambien quiso tomar, i encontré a la madre N. i la hermana X. que hablaban con la buena jardinera, la que procuró desde luego satisfacer el deseo de su enfermo. Miéntras, yo informé a las hermanas de la verdadera situacion de éste, de su ilusion respecto a su mejoria, como asi mismo del triste pronóstico del doctor.

La espresion del sentimiento que noté en el semblante de ambas fué la traduccion elocuente del efecto que en ellas produjeron mis palabras. Reconocí por una vez mas cuán grande es el amor que infunde la caridad. ¡Felices aquellos que se conduelen del dolor i de las desgracias que laceran el corazon ajeno! Ellos observan la santa máxima del Evanjelio, que dice: «*Ayudaos mutuamente los unos a los otros a sobrellevar el peso de esta vida, i asi cumplireis bien la lei de Jesucristo.*»

Pasaron las hermanas donde su huésped, quien comenzó a hablarles desde luego del bienestar que disfrutaba i de su propósito de levantarse al siguiente dia. ¡Triste ilusion!

La señora superiora se impuso otra vez la humilde tarea de asear por sí misma el modesto aposento de Valdes. Éste nos hizo presente que queria se le arreglara la cama, pidiéndonos se le bajara a su sillon, operacion que realizamos con el ausilio de Juana, que despues procedió en union de la hermana X. a cumplir el pedido del enfermo.

(1) No lo hemos encontrado en los pocos papeles que existian entre su modesto equipaje.

Digitized by Google

Eran las once del dia cuando devolviamos al lecho la triste carga que por poco tiempo le habiamos quitado, i no bien estuvo colocado en él el pobre Adolfo, cuando se le pronunciaron agudos dolores que demandaron dejarlo con su enfermera.

Pasados diez minutos a lo mas, salió Juana i dijo a las hermanas de la caridad de parte de mi amigo, que les rogaba no se fueran, pues tenia que hablar con ellas.

Trascurrió un corto momento, i volvíamos al lado de Valdes, que nos pareció mui demudado, i en cuyo semblante vimos todos algo de estraño i mui particular.

Nos pidió que tomáramos asiento, i en seguida nos dijo:—Siento una pesadez grande en el estómago; dolores que casi de improviso me han venido al pulmon, i esta fatiga, que no sé si atribuir a la ajitacion que me ha producido el que me hayan bajado de la cama, o a que haya un notable cambio en mí. Me he sentido perfectamente desde ayer, i he estado lo mismo en la mañana, sin embargo de que el desarreglo que he tenido me ha mortificado bastante. Por un momento me ha halagado mi mejoria; Dios viene luego a decirme que no me olvide de mi verdadera situacion; lo escucho, i me resigno...

Quiero ahora manifestar a ustedes un propósito que me asiste.

Estuve estraviado por mucho tiempo de mi vida, i se habia estinguido en mi alma casi por completo la fé que mis padres infundieron en ella. La Providencia me vino a hacer conocer que no me habia abandonado, sin embargo de que para ello habia hecho de mi parte todo cuanto me sujeria una mala doctrina. Ustedes trabajaron para que volviera mis ojos al Señor, de donde los habia separado, i me concedió el favor de que no continuara sordo a las exhortaciones que me hacian. Angustias, dudas i dolores embargaron mi alma, i como el penitente de otros tiempos, la mas terrible tribulacion se apoderó de mí... Estaba para perderme para siempre, i ustedes me llevaron de la mano, con su palabra i con los esfuerzos de su fé, hasta las puertas del Señor: en ellas clamé, i no fuí desechado. Le pedí misericordia. Le demandé perdon con toda la efusion de mi alma, i me lo ha otorgado. La tranquilidad que esperimento me lo hace concebir. La fé que en mí ha renacido, me dice que no dude de ello, i lo creo firmemente con toda mi alma. Él mismo vino hasta mi lecho a levantarme de mi postracion i a sacarme del fango a que me habian lanzado mis vicios i mis pasiones. Ahí se efectuó mi

reconciliacion con Él: le pedí perdon por las grandes ofensas que le hice, i en premio se dió a mí en el Sacramento Eucarístico, en cuyo misterio creo hoi de todo corazon...

Han pasado los dias asistiéndome el deseo de consolidar esa alianza, de reparar los defectos que hubiese tenido ese primer acto, i quiero decir a ustedes que me parece no habrá nada que se oponga a que haga una nueva comunion. Quiero hacerla rodeado de mi familia únicamente. Ustedes componen esa familia... Dios ha querido ponerme lejos de mi padre, de mi madre i de mis hermanos... En recompensa les ha colocado a ustedes a mi lado. Ustedes recibirán mi última palabra: recibirán mi último suspiro... recibirán mi último encargo para trasmitirlo a mi afligida i buena madre i a todos los mios... Ustedes me defenderán en la hora tremenda de la muerte, de los ataques de los enemigos de mi alma, si es que tuviesen permiso para inquietarme... pero nó, no lo temo; esa Vírjen divina, esa protectora mia, estará conmigo: a Ella clamaré, Ella me oirá, Ella me defenderá...

Ofreceré mi comunion por ustedes, caritativas hermanas mias; por ustedes, para que Dios les dé perseverancia en su estado; para que siempre sean para el pobre i el desgraciado lo que son ahora... Para que el cielo les corresponda con su misericordia lo que hacen por mí i por todos los infelices a quienes la caritativa mano de ustedes llena de consuelos... Pidan en recompensa por mí... pidan al Señor que no me abandone, que no se separe de mí, que me reciba cuando su voluntad ordene el término de esta existencia...

No ha venido el señor Donoso. Avísenle ustedes mi determinacion, i arreglen el dia, que bien puede ser el miércoles próximo.

—Lo que usted se propone aumenta nuestro consuelo, le dijo la hermana X., dominando su emocion. Visto está que el Señor no lo abandona i que usted está con El con toda su alma. ¡Feliz usted mil veces! Nosotras ofreceremos tambien la comunion por usted en ese dia.

—Hablaremos con el señor Donoso, lo dijo la madre N., i arreglaremos cuándo deba usted hacer su comunion de reparacion, como desea. El debe venir hoi, segun nos manifestó ayer que lo vimos; no obstante, trataremos de buscarlo.

—I usted, hermano mio, dijo, dirijiéndose a mí, ¿qué me dice? Aprueba mi deseo? Debemos estar listos para el viaje, que no está lejos de realizarse.

Digitized by Google

—Yo tambien me complazco de su propósito, le contesté. Tambien mi corazon esperimenta consuelo al ver que cada dia robustece usted más la fé, que ha devuelto Dios a su alma. Es usted dichoso, hermano querido; confie usted como hasta aquí en la misericordia del Señor. Los hombres no podemos medir su grandeza: ella es escesiva para nosotros.

—Sí, yo es...

Un terrible acceso de tos apagó su palabra.

Parecia que se ahogaba; se conmovia todo su cuerpo, i sus ojos se inyectaron de sangre.

Hubo un momento en que temí una hemorrajia producida por el estraordinario esfuerzo que hacia... ¡Pobre amigo mio! Se acercaba tu fin, el dia que mas te engañabas con una mejoria que solo creaba tu imajinacion! Los rayos de luz de la mañana de la vida estaban perdiendo sus esplendores ante el crepúsculo de la noche de la muerte!

Pasó un considerable rato antes que le calmara la tos, i quedó bajo la influencia de una fatiga dolorosa.

Se le sirvió un vaso de agua con coñac i se tranquilizó un poco.

Era medio dia.

Las hermanas se fueron al hospital, ofreciéndome regresar en el momento.

Valdes quedó en una especie de letargo: la fiebre le habia aumentado mucho más.

El triste silencio en que quedó la sala, era solo interrumpido por la gruesa respiracion del enfermo.

En este momento llegó el señor B.

VLII.

Pasada una hora, es decir, a la una de la tarde, llegó a la quinta el señor cura de la parroquia del Espíritu Santo, i pasó en el instante donde Valdes, quien lo recibió con satisfaccion.

Una mirada vaga que éste fijó en mí i en el párroco, me hizo comprender que mi presencia era embarazosa para él en ese momento, i me retiré, cerrando la puerta de la sala.

Digitized by Google

Pasarian veinte minutos. El señor Donoso salió, i en seguida sonó la campanilla ajitada por Valdes.

Fué el señor B. donde él. Otro acceso de tos le habia acometido. Se empeoraba con mucha rapidez.

El señor cura se despidió haciéndome la promesa de regresar.

La señora superiora i la hermana X. llegaron acompañadas do la hermana V.

Puse en su conocimiento que habia venido el señor cura donde el enfermo, i entraron luego a la sala.

Valdes inmediatamente les dijo se acababa de reconciliar con el señor Donoso, i que habia acordado con él hacer su comunion el miércoles inmediato.

Las hermanas le manifestaron contento. En seguida me dijo:

—¿Conserva usted en su poder mi soneto hecho en Santiago, es decir, mi «Presentimiento?»

—Lo tengo en mi cartera, le contesté.

Me fijó una mirada, i agregó:

—Deseo que so saquen seis copias de él, para firmarlas.

La hermana V. se ofreció a hacerlas, i procedió a su trabajo.

Cuando éstas estuvieron listas, las pidió para firmarlas. Su pulso era incierto.

Una vez que concluyó, me dijo:

—Uno de los tristes dias de mi vida, concibió, nó mi cabeza sino mi corazon, este soneto. Mi mano lo escribió movida por un desconocido impulso, i despues me pareció una exajerada pintura de mi dolor i de mi angustia. Mas de una vez quise olvidarme de él, i aun deshacerme de este escrito. Me parecia que en él habia agotado toda la amargura quo es capaz de producir un presentimiento por demas triste i temerario. Hoi veo que era por demas aproximado a la triste verdad que tengo por delante... Ahí, en medio de las torturas de una angustia cruel, interrogaba al magnánimo pueblo de Chile si no sombrearia jeneroso mi tumba. Hoi, en la víspera quizá de mi despedida de este mundo, quiero preguntarle tambien: ¿dejará mis tristes despojos confundidos con el polvo con que jugarán los huracanes? Consumirá el fuego de la hoguera mis desgraciados huesos para dar cabida al cuerpo inanimado de otro infeliz, en la misma fosa que yo ocuparé mañana? Seré, ¡Dios mio! tan desgraciado en la muerte como lo fuí en la vida?... Nó; tengo, Señor, tu gracia: tengo tu amor, i no soi infeliz... ¡Perdóname si el amor a las miserias de

la vida me hace suponer por un momento desgraciado cuando soi mas favorecido por tu misericordia! Mis huesos se quemarán, mis cenizas las llevará el viento, pero yo estaré contigo, pues he puesto en tí mi esperanza i he entregado en tus manos mi corazon!...

El llanto corrió por sus ojos i por los mios.

La impotencia a que está reducido el proscrito me impidió hacerle la promesa de que sus restos serian garantidos del fin que temia, i tuve que ahogar los impulsos i deseos de mi corazon.

Despues de un momento, enjugó sus lágrimas, i en seguida me dijo:

—Quiero levantar un poco la cabeza sobre las almohadas. No hace tres horas que sentia mi cuerpo ájil i tenia fuerzas; repentinamente he notado un cambio estraordinario. Parece que la muerte me esperaba en aquel sillon para asirme con su terrible mano. Sea la voluntad de Dios.

Le acomodé las almohadas, i con trabajo pude suspenderlo. La rijidez de la muerte se notaba en su cuerpo.

—Quiero más aun, continuó. Perdone la hermana V. si la hacemos trabajar; quiero que se saquen tambien seis copias de mi canto a la Vírjen. Esa es mi profesion de fé. Les ruego que no se pierda. La distribucion de los seis ejemplares de ambas composiciones, voi a hacerla; es tiempo de testar! voi a repartir mis bienes...

Los poetas no dejamos otra fortuna que los versos, versos en que hemos cantado nuestros amores, llorado nuestras desgracias i dolores, i siempre dejamos en ellos el retrato de nuestro corazon i de nuestros sentimientos. Yo quiero agregar a ese testamento ordinario una cláusula en que esté para siempre atestiguada mi protesta de fé: ella será el consuelo de mi pobre madre i de todos los mios. Pido a la hermana V. que no demore; pronto; no quiero dejarla sin mi firma... Un ejemplar de cada uno, ruego a mi amado hermano que lo remita a mi madre. ¡Pobre madre mia: cuánto vas a sufrir con el primero! Cuánto te consolará el segundo!... Tres ejemplares, para la madre N. hermana X. i hermana V. Uno para usted, i otro entréguese al señor Donoso. Soi rico tambien yo... Rothschild, si no es de improviso sorprendido por la muerte, legará los millones que la fortuna en sus caprichos le ha dejado atesorar. Yo lego mis dolores, mis penas i mi fé. Conserven

mis herederos mis... legados... ellos me harán quizá, acreedor a... sus... recuerdos... les pido... por recompensa... una... oracion....

Su voz se iba estinguiendo hasta apagarse en sus labios por completo. Habia palidecido. Sus pupilas se encendieron bajo sus párpados. Un temblor terrible ajitó su cuerpo hasta conmover el catre. Sus dientes daban unos con otros; su rostro todo se bañó de un meloso i frio sudor, i su pulso parecia retirarse.

Era su primer paroxismo.

El término de tu vida se acerca, pobre amigo mio. ¡Dios te ausilie en esta hora terrible! fué mi esclamacion.

Eran las tres i treinta i cinco minutos.

Poco tiempo despues cambió su semblante; la vida tiñó de un pasajero rosado sus mejillas, i comenzó a quejarse como si sintiera agudos dolores.

Las hermanas de la caridad rezaban a su lado. Él les hizo señal para que se acercaran, i habló para pedirles una oracion a la Vírjen, la que en el acto recitaron: él la seguia a media voz.

Habian pasado diez minutos del primer paroxismo; le vino el segundo.

Las hermanas se arrodillaron delante de su lecho.

Ahí, orando de hinojos, imploraban para el moribundo la misericordia del Señor. ¡Él las haya escuchado!

Abrió despues los ojos, pidió a las hermanas, que continuaban arrodilladas, que se levantaran, i volvió a caer en letargo.

Le acomete en seguida una fatiga terrible i comienza a delirar

—"Está por el jardin... allí está... la hermana A..... que venga... quiero verla... quiero decirle que... en el cielo le pagaré... le debo... tan buena .. llámenla... Juana... madre...

Vuelve en sí i me llama.

—Quiero aire, aire, me sofoco. Levánteme usted más sobre las almohadas.

Con grande esfuerzo pude levantarlo; pesaba escesivamente: su cuerpo perdia la morbidez natural.

Me pidió agua.

Se la sirvió la madre N. Tomó con trabajo unos pocos tragos con una bombilla; i se tranquilizó en seguida.

La hermana X. me llamó i me dijo:

—Nuestras reglas nos prohiben quedarnos fuera de la casa ninguna noche; pero acaba de decirme la madre superiora que podremos

pernoctar aquí, porque afortunadamente estamos en nuestra propia casa. Nuestro enfermo se despide de la vida; no lo dejaremos solo.

No pudieron mis labios espresar a la hermana mi gratitud; hai sentimientos que no son bastante a esplicarlos las palabras. El corazon tiene momentos en que solo él es dueño de nuestro ser; entonces, lo primero que nos impone la emocion es el silencio. Sus ajitados latidos significan más que cuanto tuviéramos en ese instante facultad para decir.

Las hermanas salieron inmediatamente.

El enfermo seguia en su letargo.

A las seis i minutos llegó la hermana A. acompañada de otra hermana del hospital. Sus palabras consolaron mucho a mi pobre amigo. Sus ojos se fijaron en ella, i se llenaron de lágrimas.

La hermana, venciendo las que en tropel venian a sus ojos, le confortaba i animaba con la uncion que daba a sus palabras su pureza i su virtud.

Valdes se sacudió por un momento de la inercia que lo embargaba, i con voz dolorida i esforzada le dijo:—Ruegue por mí, hermana mia; mi última hora se acerca. Dios le compensará lo que por mí ha hecho.

Ella le hizo promesa de elevar por él su oracion a Dios, i salió.

Pasada una media hora, regresaron la madre N. i la hermana X. acompañadas de Evarista.

Llegó el doctor Allende, i recetó unas cucharadas de cordial, que en el instante el bondadoso señor B. fué a traer de la botica.

—Désele una cucharada cada vez que quiera, o cada vez que le aumente la fatiga, dijo el médico. Todavia hai vida, agregó en voz baja: terminará asi toda la noche, i quizá el dia de mañana. ¡Pobre jóven! esclamó; i apretándome la mano, salió profundamente afectado.

Una hora mas tarde dijo Valdes:—Tengo fatiga; denme una cucharada de lo que ha recetado el médico.

Servido ya el medicamento un golpe prolongado de tos le impidió tomarlo; le duró cinco minutos, mas o menos, i lo maltrató cruelmente.

Tomó al fin, i entró en calma.

Despues comenzó a roncar, i se notó un lijero temblor en todo su cuerpo.

Se sosegó a las diez i media; abrió los ojos i pidió otra cucharada de cordial.

Le repitieron varios accesos de tos. Comenzó a escupir sangre i a quejarse fuertemente. Su voz habia cambiado mucho.

A las once i cuarenta minutos, pidió agua, que bebió con esfuerzo; en seguida dijo:

—No se vayan las hermanas.

A las doce estaba tranquilo. Un lijero ronquido no continuado era lo que se sentia. La fiebre era mui fuerte; su aliento quemaba. La hora final de su vida parecia no estar lejos.

LVIII.

Sonaba la primera hora de la mañana del mártes 28. Valdes continuaba en el mismo estado en que habia quedado hacia mas de una hora i media; continuó asi una hora tres cuartos más, en que un golpe de tos que le vino repentinamente lo sacó de aquella situacion para que se retorciera, a consecuencia de los agudos dolores que lo martirizaban, i para sofocarse por la fatiga, que le aumentaba terriblemente.

A las tres le calmó el acceso, pero la fatiga ajitaba su pecho con afan.

—Tengo frio, dijo. Pónganme algunas cobijas. Denme cordial para tener fuerzas.

I siguió su ajitacion.

4 i 30 minutos. Está tranquilo hace una hora. Los albores del nuevo dia llegan al dintel de la ventana, i los rayos de luz penetran al traves de los vidrios i de la persiana. Los murmullos de la naturaleza se sienten ya por el jardin; los transeuntes se cruzan por la calle. Un dia más para la historia del mundo; un dia menos de vida para el hombre!

4 i 38 minutos.—Es de dia, dice. No sé si será hoi... Diga usted a mi madre que no llore, que se consuele, que en el cielo la espero.

5 de la mañana.—Estoi con Dios en el corazon, dice. Sufro inmensamente; es mui duro este trance... Quisiera que se abreviara...

Salieron las hermanas de la caridad con direccion al Asilo.

7 i 30 minutos.—Comienza a desfallecer. Un frio jeneral se estiende por todo su cuerpo. Copioso sudor baña sus cabellos i corre por su frente, i esclama:—¡Me siento morir!... Se acaba el sujeto para que solo quede el espíritu. ¡Dios mio! Dios mio, no me abandones!...

Pasó un rato, me llamó por mi nombre, i con dolorida voz me dijo:—La muerte viene, verdaderamente: la espero resignado i no la temo... Haga usted saber a mi pobre madre que mis últimos momentos son para Dios, para Jesucristo, para la santísima Vírjen i para ella... Envie usted mis adioses a mi buen padre, a mis hermanos... Diga usted a todos que la fé que abrigo en mi alma me promete el verlos en el cielo, a donde los espero, a donde partiré pronto... Le pido que el primer puñado de tierra que caiga sobre mi tumba sea derramado por usted... Acompáñeme hasta ese momento; acompáñeme hasta ahí... No olvide usted estos encargos que se los hace su pobre amigo en sus postreros momentos...

Le hice las mas sinceras protestas de cumplir cuanto me encargaba.

La fatiga volvió a acometerle con fuerza, i sus quejidos partian el corazon.

Como siguiese mui mal, escribí a las caritativas hermanas, rogándoles que apresuraran su regreso. Ellas habian llevado al lecho de mi amigo el consuelo i la felicidad cristianas. Su presencia era doblemente necesaria en tan dolorosos instantes.

Eran las nueve, mas o menos, cuando me llamó i me dijo:

—Un encargo más... No quiero omitir mi ruego a los que hubiese ofendido alguna vez. Yo les pido perdon con toda mi alma. Usted, querido hermano mio, queda autorizado para hacer público, si es posible, este deseo de mi corazon... Yo tengo tambien que perdonar a algunos que me han inferido ofensas i daños. Los perdono de todo corazon. Perdono, mui especialmente, a esa persona que tan inhumanamente me arrojó de la casa que ocupaba aquí en esta ciudad. Yo no encuentro en mi conciencia haber dado motivo para provocar su cólera, ni haber merecido esa conducta. Mi enfermedad seria la esclusiva causa. Yo sufrí terriblemente, i me quejé de ese duro proceder con un hombre en el estado en que yo estaba. Perdono de corazon a quien asi me maltrató; le perdono para que Dios me perdone a mí... Quizá le ofendí en mi cólera; sí, le ofendí... Le ruego que me perdone tambien a mí. ¡Ah! ese dia sufrí mucho... mucho.

Este recuerdo arrancó de su corazon el mas amargo llanto. ¡Cruel recuerdo!

Quien quiera que seais, hospedero u hospedera que tuvisteis corazon para lanzar de vuestra casa a un desgraciado enfermo, oid sus palabras i arrepentios de vuestra crueldad. Cuando os ocupeis en rondar vuestra hospederia; cuando natural o involuntariamente llegueis a fijar vuestra vista en el cuarto que marca el número 12, i cual una vision que martiriza veais las descarnadas manos del desventurado Adolfo Valdes que hacen ademan de deteneros, no temais. Si la conciencia os hace temblar, acalladla con la promesa de expiar vuestra crueldad, ejerciendo caridad con el desgraciado. Esas manos os detienen para deciros:—¡Fuiste cruel arrojándome de vuestra posada, cuando yo estaba devorado por fiebre mortal i por dolores intensos. Os recreásteis en mi dolor i en mis lágrimas, i os perdono en el supremo momento de mi muerte, para aliviar vuestro remordimiento! ¡Como hombre me irrité de vuestra conducta i maldije vuestro nombre; como cristiano, imploro vuestro perdon! ¡Otorgádmelo!

Un coche se detuvo a la puerta de la quinta. En él llegaron la señora superiora i las hermanas X. i V.

En el momento me impusieron de que el señor Donoso habia partido repentinamente para Santiago.

La señora superiora me dijo que venian de hablar con el cura de la parroquia de los Doce Apóstoles, i agregó:—Nuestro enfermo está mui malo; no podremos esperar el dia de mañana para que haga su comunion, como desea; es preciso reducirlo a que sea hoi: todo está arreglado para avisar al señor cura. El señor Donoso nos ha dejado por necesidad de hacer un violento viaje.

—Cuando fuimos de aquí al Asilo, me encontré con esta carta; léala usted, me dijo la hermana X. entregándome la carta, cuyo contenido es el siguiente:

"*Valparaiso, octubre 28 de 1873.*

Estimada hermana:

Hoi marcho para Santiago, por una urjente necesidad que no puedo evitar: quizá no se verifique mi regreso hasta despues de ocho dias. No me atreví a despedirme de nuestro pobre enfermo don Adolfo, porque preveia le habia de ocasionar algun pesar.

El desea comulgar el miércoles próximo, a las diez de la mañana, i es a usted a quien confio el asunto, para que se ponga de acuerdo con el cura de los Doce Apóstoles, don José Alejo Infante, i con el enfermo sobre el particular.

Si el amigo Valdes pregunta por mí, le hace usted saber mi viaje, asegurándole que su imájen va impresa en mi corazon, i que no lo olvidaré un solo dia en el Santo Sacrificio. Espero, cuando vuelva de Santiago, encontrarlo aun vivo, i entonces yo le daré personalmente las esplicaciones debidas por mi ausencia.

Mas, si Dios dispusiera otra cosa, es usted la llamada a sostener i animar a esa alma tan bien dispuesta, para la cual yo estoi profundamente convencido que están de par en par abiertos los cielos.

Le aseguro que no me preocupa otra cosa, al irme de aquí, que no asistirlo en sus últimos momentos; pero confio en la Santísima Vírjen que todo lo que usted i la madre N. hagan, contribuirá a alentar su esperanza.

En fin, hermana, usted queda en mi lugar para todo evento, i le ruego diga otro tanto a la buena madre N., a quien saludará respetuosamente a nombre de su atento servidor i capellan,

Salvador Donoso.»

—En vista de esta carta, dijo la señora superiora, hemos visto al señor Infante, i hemos acordado que en el momento que el enfermo esté avisado i convenida la hora, se ponga en su conocimiento para conducir a la Divina Majestad. Vamos, pues, a hablar con nuestro amigo.

I entraron.

Valdes abrió sus grandes ojos, i los fijó en las hermanas de la caridad.

—¿Cómo está la madre? Cómo está la hermana? dijo.

—Perfectamente, contestaron ambas.

—Yo, marchando a mi destino.

—¿Se siente mui mal? le preguntó la madre N.

—Peor cada momento.

—Hágase, pues, la voluntad de Dios.

—Resignado estoi a ella; espero que se cumpla en mí, como se ha de cumplir cuanto tiene ordenado.

—Dios premiará esa resignacion, le dijo la hermana X.

—Ruegnen a Él para que asi sea.

—Lo hacemos sin cesar, agregó la misma hermana. Hoi hemos ofrecido todas la Santa Comunion por usted.

—Me lo habian prometido. Dios habrá recibido su ofrecimiento.

—Usted nos debe una promesa igual.

—Sí, i quiero no dejar de cumplirla. Lo necesita mi alma.

—¿No seria bueno hacerlo hoi?...

—Bueno; quizá mañana sea tarde. Llamen al señor Donoso.

—Quizá no pueda venir ahora, porqué está distante de aquí. En su lugar vendrá el señor cura Infante, i tendrá usted ocasion de conocer otro virtuoso sacerdote, que tambien elevará a Dios sus oraciones por usted.

—Bueno; que venga quien ustedes quieran... Si se hace ahora, quiero que vengan todas las hermanas. La hermana V. i la hermana A. que no falten; que vengan a rogar por mí. Necesito de los ruegos de todas; llámenlas. Quiero estar reunido en familia. Las hijas de San Vicente componen hoi mi familia...

Juana partió en un coche a decir al venerable párroco de los Doce Apóstoles que el enfermo estaba espedito.

La madre superiora i la hermana V. se dedicaron a arreglar el altar, colocando sobre él nuevas flores i esparciendo otras por el pavimento.

El enfermo me pidió su canto a Maria para firmarlo. Firmó solo cinco ejemplares; se sintió cansado; no pudo firmar el otro.

Llamó a la hermana X., i le dijo:—Quiero prepararme; léame algunas oraciones.

La hermana tomó el libro i leyó.

Un momento despues, llegó el señor cura Infante a cerciorarse si estaba espedito el enfermo.

Éste lo recibió mui bien.

El sacerdote habia dejado el Viático en la capilla de las monjas del Buen Pastor.

La hermana X. comenzó a exhortar a Valdes i a prepararlo para la comunion. La espresion, la dulzura i la uncion de la hermana conmovian.

Valdes tenia tambien los ojos llenos de lágrimas.

Llegó la hermana V. del hospital. La hermana A. habia salido al campo a visitar un enfermo con la señora superiora de aquella casa, i no alcanzó a llegar para la ceremonia.

El sonido de una campanilla llegó hasta nosotros.

—Es hora, dijo Valdes. Enciendan las velas.

Cumplió este pedido la hermana V.

Dos caballeros tomaron dos velas. (1)

Yo me arrodillé a los piés de la cama del enfermo.

La madre N. i tres hermanas rodearon, de hinojos, el altar.

El sacerdote llegó. Eran las diez i cuarenta minutos.

Valdes demostraba en su plácida alegria la dulce paz de su corazon, i la serenidad de su espíritu se reflejaba en su ancha i espaciosa frente. Era el tipo fiel de la tranquilidad del justo.

Pocos minutos despues estaban satisfechos los piadosos deseos de su corazon. Su reparacion estaba hecha. La rectificacion de su alianza con el Señor acababa de consumarse. ¡Dichoso tú mil veces, amigo mio!

El señor cura se retiró.

Valdes se quedó en un recojimiento edificante.

Diez minutos despues, dijo a la hermana X. que deseaba dar gracias, i que le suplicaba leyera las oraciones consiguientes a ese fin.

Las demas hermanas oraban aun.

Valdes fijó sus ojos en ellas, los retiró llenos de lágrimas, i un profundo suspiro se escapó de su pecho.

Pasado un cuarto de hora, concluyó el acto piadoso que ocupó a la hermana X. i a mi amigo. La señora superiora i las otras hermanas habian terminado su oracion.

Valdes volvió a quedarse por mucho tiempo en un recojimiento que manifestaba su contricion. Despues abrió los ojos i dijo:—Deseo tener cerca de mí a la Vírjen. No dudo que vendrá a acompañarme para fortalecerme. Colóquemela aquí, a mi lado.

—La colocaremos, le dijo la hermana X.

I en union de la madre N. i de la hermana V. procedieron a fijar una ménsula, i en ella a la linda estátua de la Vírjen Purísima, en cuyo hermosísimo rostro estampó Valdes un reverente beso.

Era la una de la tarde.

—Quiero firmar, me dijo, el ejemplar de mi canto a la Vírjen que dejé por haberme faltado las fuerzas.

Se lo alcancé. Su firma fué menos regular que las anteriores.

—El pulso está peor que esta mañana, me dijo. Vamos marchan-

(1) Los señores don José F. Potts i don Juan Buenrrostro.

do, hermano mio. Estoi listo; nada me arredra, pues confio en Dios.

En seguida lo obligaron a tomar un corto alimento, pues no habia querido tomar nada en la mañana.

Cuando terminó, me dijo:—¿Falta mucho para que terminemos de leer «Liberalis?»

—Menos de la mitad, le contesté.

—No hai tiempo ya para acabar. Siento no ver el desenlace del artista. Paciencia.

En ese acto, llegó otra hermana del hospital, i con ella rezaron entre todas, un rato despues, una letanía al derredor del lecho del enfermo.

—Estoi bajo de esa inércia de la muerte, dijo éste, cuando concluyeron. Nada siento, i siento todo. Siento mucho... Estoi, sin embargo, mui tranquilo. Esta ventaja tiene la tísis. Es la muerte mas feliz, porque se la ve venir i puede uno prepararse.

2 de la tarde.—El último verso de mi «canto a Maria» es malísimo; no me gusta. Si usted lo publica, cámbielo con este:

«¡Recíbeme en tu seno, Madre mia!»

Lea usted toda la estrofa para ver si está bien.

Yo leí:

¡Ah! Ya la siento que ilumina mi alma.
Ya nace en mí la luz i la alegria;
Pues ya me diste tu luciente palma...
¡Recíbeme en tus brazos, Madre mia!

—Eso es, dijo sumamente fatigado. I guardó silencio. ¡Cuánto padezco! esclamó una hora mas tarde; pero todo lo ofrezco a Dios i a su Santísima Madre. No separo mi pensamiento del Señor...

Despues le sobrevino nuevamente un copioso sudor que lo bañaba por completo, i le aumentó la fatiga terriblemente.

—Venga usted... Toque aquí, me dijo, llevándome la mano sobre su corazon. ¿Siente usted ese gran desórden?... Es la máquina del reloj de la vida, que se descompone para dejar de oscilar. ¡Asi se despide la vida!...

I cayó en el tormento de su fatiga.

6 de la tarde.—Llegó el doctor Allende Padin.

El enfermo continuaba fatigado i en un profundo letargo.

—Está mui débil, dice el médico. Désele cada hora una cucharada de cordial. Alcanzará, sin embargo, a llegar hasta mañana.

Digitized by Google

I salió.

Nada notable ocurrió hasta que sonó la hora de media noche. El enfermo se tranquilizó, i el sudor se le moderó mucho.

LIX.

Habian dado ya las tres de la mañana del dia 29, i habia continuado Valdes en el mismo sueño, al parecer tranquilo. No obstante, su pulso estremadamente débil, su respiracion difícil i su semblante por completo descompuesto, revelaban en esa hora su proximidad a desprenderse de este mundo.

Dieron las cuatro de la mañana, i preguntó:—¿Qué dia es hoi?...

—Miércoles, le contesté.

—¿Qué santo? agregó en seguida.

—San Narciso i San Zenobio son los que hoi reza la Iglesia, le contesté, despues de haber consultado el calendario.

—Esos son mis compañeros. Hoi harán la guardia, i me recibirán... Hoi viene la muerte... hoi acabará este triste padecer. ¡Que el Señor no me rechace! Que me espere i me reciba en su seno...

Cayó su cabeza, i guardó silencio.

La aurora de otro dia se hacia paso por entre las últimas sombras de la noche. La brisa matinal comenzaba a dar aliento a las aves, que en alabanza al Creador modulaban sus primeros i dulces trinados, i toda la naturaleza parecia que esperara alegremente presenciar el tránsito de una alma purificada desde este miserable valle hasta la patria de los bienaventurados.

Media hora despues levantó su cabeza i dijo:—¿A qué hora vendrá el médico?

—A las ocho regularmente, le contesté.

—¡Ah! pero para qué pensar en mas remedios!... Para morir no son necesarios.

Trascurrió un largo silencio.

Daban las seis de la mañana, cuando me dijo:—Tráigame usted el espejo: quiero ver qué cara tiene el moribundo que está tranquilo; es el primero que voi a ver. El que muere en el campo o ejecutado por los tiranos, tiene un tipo especial. La desesperacion se

pinta en él; luego, su cuerpo i su cara están regularmente destrozados.

Le llevé el espejo.

Se vió por mucho tiempo. Se levantó el pelo, se tocó los ojos i los labios, i dijo en seguida:—No es, por cierto, un semblante mui simpático ni agradable: pálido, el color amarillento i tan desencajado; si está aquí, en las mejillas, un poco encendido, es, nó una señal de vida, sino la ajitacion producida por la fuerte fiebre que me abrasa. Esta sombra oscura que circunda mis ojos... mis labios blancos, secos i llenos de grietas... Este pelo lo siento áspero i rebelde, i hasta me parece blanquecino, lleno de caspa; pero nó, no es sino tierra; probablemente asi nos vamos reduciendo desde ahora en lo que mui en breve nos tornaremos por completo. ¡Ah! Todas las mentiras de la vida, todos sus engaños, aquí están convertidos en la única verdad:—La muerte!

Soltó el espejo i le apuró la fatiga.

—Venga usted, me dijo en medio de su sofocacion. Le ruego me lea la letania de los santos que anoche rezaron aquí las hermanas.

Procedí a cumplir su deseo, i él repitió mui despacio toda la letania.

Cuando concluí, me pidió la cruz, i despues de besarla muchas veces, la llevó sobre su corazon. Volvió a acercarla a sus labios, i me la devolvió.

La fatiga le apuraba mucho. Parecia que era el último momento de su vida. ¡Cuánto sufria!

—¡Ai! Esto es mucho sufrir! esclamó. Dios mio! en tí creo, en tí confio que me des la salvacion!...

Entró despues en una ajitacion grande, como si fuera su última agonia. Tomé el libro, i le leí una de las oraciones para los agonizantes. El parecia que repetia lo que indudablemente oia mui bien.

En medio de su agonia, su semblante se animó por un momento, i un rayo de alegria se pintó en él. Parecia que hablaba, pero nada se pudo comprender.

Luego comenzó a hablar fuerte, i dijo:—Estoi en el cielo.... ¡Qué hermoso!... Vino mi madre, he estado con ella... Todos han estado conmigo... Soi feliz. Adios, amigo del alma... adios, hermano mio. Me voi a pedir a Dios por usted, por todos. A todos los espero en el cielo... ¡Dulce es la muerte del que está con Dios!

Digitized by Google

Dulce es morir... Adios... Todas mis flores a la Vírjen... Echenme flores en la cama... ¡Adios! adios!...

I abrió sus hermosos ojos, que brillaban con la palidez con que brillan las últimas estrellas al esconderse entre los primeros albores de la mañana.

Lanzó un hondo quejido, i cayó nuevamente en una terrible fatiga. El sudor lo bañaba.

Sonaban las ocho, cuando dijo:—Estoi en toda mi razon. Padezco mucho... Sufro en mi interior lo que no puedo esplicar, pero, gracias a Dios, no pierdo el conocimiento.... No vienen mis amigos para despedirme de ellos. Usted hágalo por mí: me acuerdo de todos. A Emilio, adios; a don Nicolas, adios. A todos, adios... Hermana X., adios. Madre N., hermana V., adios... Adios todos, hasta la eternidad... Usted, deme la mano, me voi; adios, lo espero allá, en el cielo, a donde voi a rogar por todos. Amigo. Hermano. Adios!... adios!...

I llevó mi mano a sus labios casi helados.

En ese momento ya no pude contener por mas tiempo la emocion que me ahogaba. Caí de rodillas delante de su lecho, teniéndome aun asido de la mano, i estalló mi llanto sin poderme dominar.—¡Adios! volvió a repetir sacudiendo mi mano con un poderoso arranque nervioso.

Mi corazon se oprimió entonces dolorosamente... ¡Adolfo mio, ruega al Señor por mí i por los mios! le dije en el arrebato de mi dolor. I se ahogaron mis palabras en el llanto que salia de mi corazon.

Ahí lloré con toda la amargura de tan justo pesar. La mano casi fria de Valdes me sacudia siempre. Él me dirijia algunas palabras cuyo eco me parece escuchar aun, pero cuyo sentido yo no comprendí.

No recuerdo bien cuál de las hermanas de la caridad, asiéndome del vestido, me hizo levantar i retirar. Me pareció haber oido tambien llorar a Valdes.

Mucho tiempo despues, con toda su voz, esclamó:—¡Madre de mi alma! Ven, no tardes tanto. ¡Dios mio! qué largo es esto! Con qué trabajo se escapa la vida del cuerpo humano!... Qué agonia tan larga! ¡Señor! ten compasion de mí; no me desampares!...

I quedó en silencio.

Poco despues llegó el doctor Allende. Valdes abrió los ojos i le dijo:—Doctor, ¿cómo haremos para terminar esta agonia tan larga? Qué trabajo cuesta para que se desprenda el alma...

El mismo doctor le sirvió una cucharada de calmante.

—No me den nada, dijo el enfermo.

—Es agua, amigo mio, le dijo el doctor.

El mismo señor Allende le limpió el sudor, i en seguida salió.

Siguió el enfermo en su agonía.

Despues preguntó:—¿Qué hora es?...

I ahogó su voz una fatiga tremenda. Comienza a soplar con todas sus fuerzas. Ronca otras veces. Hace fuerza con los labios. Se ajita todo su cuerpo, i su pecho se levanta i vuelve a bajar con espantosa actividad.

A las diez i cuarenta minutos me llamó por mi nombre, i me dijo:—Haga usted un parte a Zubiria, que venga de Santiago. Quiero despedirme de mi patria apretando su mano. (1)

Despues llegó el venerable sacerdote que el dia anterior me habia encargado le llamara.

Se llegó delante del lecho. Valdes abrió sus ojos i lo reconoció.

—¡Padre! le dijo.

I cayó otra vez en su misma agonía.

El sacerdote comenzó a rezar unas oraciones.

—Siga usted, padre, le dijo. Oigo i repito con mi corazon lo que usted reza. Gracias.

Le colocó despues un escapulario de la Vírjen de Purísima, i se retiró prometiéndonos regresar.

—¡Ya la hora se acerca! esclamó el moribundo.

I volvió a su agonía, cada vez mas fuerte.

Cruje los dientes. Sopla sin cesar, i comienza a escupir con afanosa insistencia. Lanza ayes tremendos, i una respiracion ronca i anhelosa hace mas terrible su sufrimiento. Sus lastimeros quejidos llegan al alma.

En seguida le ataca una fuerte tos que aumenta su fatiga. El sudor, cada instante mas copioso, le hace tener completamento mojadas las almohadas, i se niega a que se le precava de la humedad.

(1) El señor B. partió en un coche a hacer en el acto un telegrama al señor Justiniano de Zubiria; pero no tuvo Valdes el consuelo de verlo, pues este caballero tuvo impedimentos de salud que le privaron de acudir al llamado de su compatriota.

A las doce i cuarto del dia, vuelve el mismo sacerdote a exhortarlo.

La agonía apura; los golpes de tos son mas frecuentes; se queja, i salen de su pecho quejidos que se oyen hasta afuera de la quinta.

—¡Hasta cuándo, Dios mio! Duélete de mí! esclamó, i comenzó a silbar.

Pobre amigo mio! Larga era en verdad su agonía. Parecia que el Señor queria completar su purificacion para llevarlo directamente a su lado; su paciencia, su paz i su resignacion, asi lo prometen. La fé nos lo hace esperar.

A la una de la tarde, regresó el doctor Allende, lo encontró casi sin pulso, pero siempre el vigor de la vida luchando aun.

Sigue silbando i delira.

—Qué cosa tan ridícula estar silbando en este acto tan serio! dice con firme voz.

I volvió a silbar. Obedecia a una sensacion nerviosa.

—Doctor, dijo en seguida; ¿cuánto tiempo durará aun esta terrible lucha?...

—Poco, le contestó el señor Allende con los ojos humedecidos. Él mismo volvió a servirle otra cucharada de morfina.

Quedó por un rato al parecer un poco tranquilo.

El doctor salió fuera de la pieza, i yo con él.

—Esta es la vida, le dije en la puerta del departamento del enfermo. No puede el corazon conservar su tranquilidad en este trance terrible; pero ustedes los médicos, ya acostumbrados a encontrarse en ellos, por razon de su profesion, no sufrirán tanto.

—No es asi, me contestó. Sufrimos muchas veces tanto como el doliente inmediato. Un caso como el presente: ver desaparecer un jóven en el principio de la vida, lleno de esperanzas, en ajena patria i lejos de los suyos, parte el corazon. Yo por darle la vida no omitiria sacrificio. Muchas veces el médico escucha los ruegos de un padre, de una madre, de una esposa que le piden la vida de sus deudos queridos, i mas de una vez daria la mitad de su sangre por salvar el hijo a la madre, el esposo a la esposa i el padre a los hijos, que lloran anticipadamente la horfandad en que van a quedar; pero el médico nada puede cuando llega el momento señalado para el término de la vida del hombre.

El doctor Allende, al hablarme de esta manera, no tenia la serenidad del indiferente a las desgracias ajenas. Siempre estaban sus

ojos humedecidos, i en su espresion se notaba la sinceridad del dolor que los hombres de corazon saben sentir.

—Allí está probada la impotencia del hombre, le dije. Ante los designios de Dios, el poder humano es totalmente ineficaz.

En ese momento llegaban hasta nosotros los ayes de Valdes, i volvimos a su lado.

Despues de un momento, se retiró el doctor, ofreciéndonos regresar. Eran las dos i once minutos de la tarde.

Despues de su salida, entregué a las hermanas de la Caridad el canto «A Maria» que les habia destinado mi amigo.

Al entregarlo a la madre N., le dije:—Este es el testamento de nuestro amigo: es el testimonio de su fé, que nos deja como el mas precioso legado.

Al poner en manos de las hermanas X. i V. los pliegos que les correspondian, no pude articular palabra...

En este acto volvió el paciente a silbar sin poderse contener, i en su ajitacion nerviosa nos parecia que tarareaba una tonada.

Se queja lanzando ayes doloridos que salian del fondo de su alma. El sudor se hace cada vez mas abundante, i al enjugárselo sentia el frio al traves de la toalla. Era el frio de la muerte, que ya se preparaba a poner término a la vida del infeliz Adolfo.

Lanza despues un tremendo i prolongado quejido, i dice:—¡Qué haré!... ¿Ya vendrá?... bueno, bueno...

En este momento llegaron otras hermanas de la caridad. Siete de estas virtuosas relijiosas rodearon el lecho de mi amigo en ese dia.

A las tres de la tarde estaba la madre N. a su lado dirijiéndole palabras de consuelo. Valdes le pidió la cruz, la llevó a sus labios, i despues de un momento, con voz lánguida dijo:—Quiero agua... Tengo frio, mucho frio... I volvió a silbar.

—¿I este silbido a qué viene?... ¡Ai! qué mal estoi... ¡Dios mió! hágase tu voluntad!...

Pasó media hora, i, llamándome por mi nombre, me dijo:—Tengo en el bolsillo del chaleco trece o catorce pesos... Nada tengo que dar a la caritativa Juana... Entréguele usted esa cortedad para un vestido de su hijita...

I cayó en una mas tremenda agonía, esclamando seguidamente, en medio de su angustia—¡Perdóname, Dios mio! Madre mia!... Madre!... Madre!...

Le acomete en seguida una fuerte tos. Su cuerpo tiembla fuerte-

Digitized by Google

mente. El sudor aumenta. Se queja con voz cavernosa i tan lastimera, que conmueve el corazon de los que presenciamos su agonía.

Las hermanas de la caridad estaban postradas delante del lecho orando por él. ¡Dios haya recibido sus ruegos i sus lágrimas!

Abrió los ojos, i pidió todas las flores que estaban sobre el altar.

Se las llevé, tomó un ramo de pelargonios, i alargando la mano hácia la estátua de la Vírjen, que tenia cerca de él, demostró deseo de ofrecerlas. Cayó su brazo teniendo asido el ramo, i despues de un instante dijo con voz demasiado fatigosa:

—Mis flores a la Vírjen... las otras a mi cama... Écheme... écheme flores... Estas a la Vírjen.

Las tomó la hermana X. i las colocó a los piés de la estátua de la Vírjen.

3.56 minutos.—Sed tengo, dijo con fuerte voz.

Se le dió agua con una bombilla, i la bebió con gran dificultad.

En seguida dijo:—Ya es el último.

Pero aun luchaba la vida con la muerte. No habia llegado el momento de quedar cumplida la voluntad del Señor.

4 i 10 minutos.—La fatiga le aumenta notablemente. Su pecho se levanta con violenta ajitacion. Lanza un quejido mas fuerte, i con voz entera dice:—Quiten eso de ahí. Venga la cruz...

I estampó otro amoroso beso en la santa insignia de la Redencion.

Llena en seguida los aires con sus tristes quejidos, i se aflije por un momento.— ¡Dios mio! esclama; ten compasion de mí!

—¿Qué le duele? le preguntó la madre N.

—Nada... i todo... Cuando se está muriendo hai dolores en el cuerpo i en el alma... pero...

La fatiga ahogó su voz, i se apoderó de él una violenta convulsion.

Despues se volvió del lado derecho, i se quedó tranquilo.

La madre N. volvió a presentarle la cruz, i la besó dos veces.

El sacudimiento parcial de algunos de sus miembros era cuanto se le notaba. Cual lámpara en que se consume el líquido que la sustenta i empieza a chisporrotear para apagarse, asi estaba próxima a estinguirse la jóven existencia de Adolfo Valdes. De vez en cuando se notaba un sacudimiento producido por el espíritu vital, i luego se le veia caer, en medio de la inercia i del cansancio, hasta que la ráfaga violenta que debia producir el batir de las alas de la

muerte apagaria para siempre en la tierra esa luz próxima a huir de nuestra vista.

Quedó despues en una dulce tranquilidad; pero pronto le vuelve la ajitacion.

—Me sofoco, dice. Quítenme la ropa, quítenme el abrigo. ¡Me quemo!... Múdenme la cama de limpio. Bájenme; estaré en el sillon... bájenme, repitió queriendo incorporarse.

Fué preciso condescender con su exijencia. El hombre tiene caprichos hasta en los momentos de su agonía.

5 i 10 minutos. Llegó el doctor Allende, y lo encontró colocado en el sillon. Ahí le aumentó la fatiga; se precipitaba a volar a los brazos de la muerte.

El mismo médico le hizo tomar una cucharada de cordial, i le limpió el sudor con solícito cariño.

5 i 25 minutos.—Se le volvió a la cama. Apura su agonía. Se retiró el doctor, diciéndome que no estaba mui lejana la última hora.

Pobre amigo mio! El fanal frájil de tu vida no tardará en romperse para dar paso a tu alma, que espera el Señor en la mansion de los justos. Pronto vas a dejar este valle de lágrimas. ¡Ya los engaños de los hombres no amargarán más tu existencia ni su injusticia te perseguirá por otra vez!

5 i 49 minutos.—Comienza a delirar. Se queja fuertemente, i me llama, tomándome por el médico.

—Reciba usted, doctor, esto, i dígame qué es... Yo siento... que es algo estraño... del pulmon ha salido.

Le acerqué la vasija destinada al efecto, i en realidad me pareció era la disolucion de los pulmones.

Despues de algunos minutos, se retiró la hermana X. al Asilo, sostituyéndola la hermana V.

—Sed tengo; déme bastante agua, madre, dijo dirijiéndose a la madre N.

5 i 58 minutos.—Llegó el señor cura Infante. Valdes manifestó deseo de que se le dejara solo con él.

Todos salimos de la sala.

6 i 12 minutos.—Salió el sacerdote. El enfermo acababa de reconciliar otra vez.

—Venga usted, me dijo. No me deje...

Abrió despues sus amortiguados ojos, i fijándolos en la efijie de Maria Santísima, esclamó:

Digitized by Google

¡OH MADRE AMADA, SIN MANCHA CONCEBIDA!
PUES FUISTE EN TU DOLOR BASTANTE FUERTE,
¡DÁME VALOR PARA DEJAR LA VIDA!
¡DÁME VALOR PARA ARROSTRAR LA MUERTE!

Al cerrar sus ojos, dos lágrimas rodaron por sus descoloridas mejillas; pronunció una palabra que no pude yo ni las hermanas comprender, i volvió a su dolorosa agonia.

6 i 30 minutos.—Estoi pronunciando los... nombres, de Jesus, i... de... Maria, con... mi corazon... Ya no tengo fuerzas... para... hacerlo... a voces... El aliento... lo pierdo... i... ¡nó!...

Un quejido profundo, que resonó en la sala, ahogó su palabra. Su voz era ronca i gruesa. Sufria el estertor de la agonia. El sudor era cada momento mas copioso.

7 i 8 minutos.—La hermana V. le presenta el Santo Cristo. Lo besa con amor i con fervor, i dice:—En tus manos... Señor... encomiendo mi... espíri... tu...

Denme agua. Tengo sed...

Bebió con mucha dificultad.

Despues dijo:—Quítenme la... ropa... de cama... Me quemo... me... quemo... qué... calor. Saquen la ve... vuelvan... a encen... der. ¡Ai!... ai!... qué bueno... qué... ma... lo que es... toi. No tengo... alientos .. No me... dejen... solo... Esto... que... ten... go... No me... dejen. Luego... se... a... caba... todo... Mi pensamien... to... es... tá... con... Dios...

Se hace cada momento mas fuerte la lucha de la materia con el espíritu. Ayes terribles i prolongados, i un ronquido ajitado i tenaz, se sienten salir de su pecho.

7 i 30 minutos.—Una dulce i pasajera sonrisa se asoma a sus labios, i dice:—Pronto pues... pronto... pronto... quiero... ya quiero... morir... bueno... bueno... ya... ya quiero... mo...

I volvió a ahogar su voz la mortal fatiga.

—¡Dios mio! volvió a esclamar. ¡Vírjen Maria!... madre mia... ¡Señor!... En... tus... manos... encomiendo... mi alma.

I siguió en su ajitacion.

7 i 49 minutos.—Se volvió con ajilidad para el lado izquierdo. Abrió sus ojos i los fijó en la Vírjen.

La hermana V. le colocó el Santo Cristo cerca de él: lo besó varias veces, i esclamó:

Digitized by Google

—¡Cúmplase... tu... voluntad... Dios... mio!...

Se aproxima el momento terrible. El sacerdote no habia regresado.

La madre N., la hermana V. i yo nos arrodillamos delante del lecho.

En esta solemne circunstancia llegó E. El amigo jeneroso de Valdes venia a recojer su último suspiro. Se postró tambien de hinojos.

Yo dí lectura a las oraciones señaladas para tan doloroso momento. Mi voz era ahogada frecuentemente por la emocion i por las lágrimas. Mi corazon sufria lo que no me es posible esplicar...

Las hermanas de la caridad i E. repetian en medio de sus lágrimas las tiernas preces con que encomendábamos el alma del feliz Adolfo.

La hermana V., rociando con agua bendita el derredor i el mismo lecho, recitaba la oracion penitencial *Rocíame, Señor, con el hisopo, i quedaré purificado.*

Lo que en esos momentos pasaba en aquel aposento, ni es capaz mi labio de espresar ni tiene mi pluma facultad de consignar en estos imperfectos apuntes, con toda su exactitud. El corazon de los que hayan pasado por tan triste lance lo sabrá comprender i valorizar.

8 de la noche, dijo:—Apaguen... las... ve... las... Saquen... la luz... ¡Señor!... ten... piedad... de mí... Vírjen Santísima... ¡Mi madre!... ¡Madre mia!...

I quedó en una gran tranquilidad, fijó los ojos en la insignia santa de la cruz; pronunció algunas palabras que ya no se pudieron oir. Se aproximaba el momento de que se hundiera en la triste noche del sepulcro.

Todos repetimos la letania de los santos, conjurándolos a que recibieran el alma próxima a dejar su encierro i presentarse ante la Majestad del Juez Supremo.

La tranquilidad de un niño sucedió a toda la ajitacion i a la dolorosa agonia que por dos dias habia hecho sufrir tanto al predestinado del Señor, sin duda para purificarlo. El dolor i el sufrimiento se tornaron en la santa paz de los que se aproximan a la feliz Jerusalen...

8 i 26 minutos.—La hora tremenda ha sonado. La voluntad del Señor quedó cumplida... Todo está consumado. Cesó el padeci-

Digitized by Google

miento i la lucha. Dejó el alma de ADOLFO VALDES la cárcel que la aprisionaba en este mundo, i voló a recibir el premio de su resignacion.

Todo lo que de él tenemos a la vista es... SU YERTO CADÁVER.

¡Adios, amigo querido! Feliz tú que has sabido morir en el Señor! Acabas de dejar este mundo de engaños, de padecimientos i miserias, para vivir allá en el mundo de la verdad. Ruega en él por los que han procurado que duermas en la paz del Señor. Ruega por que un dia los encuentres reunidos con Aquel que me dice la fé que acaba de recibirte en el cielo en sus paternales brazos.

Media hora despues de la muerte de Valdes, i antes de bajar su cadáver del lecho, rogué a la hermana V. que sacara el dinero que existia en el bolsillo del chaleco del finado. Se encontraron en él *catorce pesos cinco centavos*, que se entregaron a Juana en cumplimiento de la voluntad que nos fué manifestada seis horas antes.

La fortuna del poeta quedaba asi destinada.

Continuaron los caritativos oficios de las hermanas de la caridad, i se asociaron a ellos los de Juana, su esposo, el señor B. i de don J. P., que vino a prestar sus últimos favores al que fué su amigo.

Eran las diez de la noche cuando estaba vestido el cuerpo con el hábito seráfico, último que llevamos en el mundo.

La hermana V., por mi indicacion, cortó un pequeño rizo de los cabellos del finado para unirlo a los tristes presentes que deberé remitir a su pobre madre.

Colocado el cuerpo en el suelo, al centro de cuatro grandes cirios, la madre N. me dijo:

—Nuestra triste mision ha terminado para con nuestro dichoso amigo. Comienza para nosotras la mision espiritual. Nosotras i nuestra comunidad rogaremos cada dia por él, i pediremos al Señor que se haya servido recibirlo en su santa gloria. Al verlo ahí cadáver, nos consuela que ha sabido morir como mueren los justos. Nos ha dado una leccion de resignacion, de paz, de humilde sufrimiento i de saber ofrecer todos sus dolores al Señor, que no la podremos olvidar... ¡Ojalá que al llegar nuestra hora postrera sepamos imitar su cristiana manera de morir!... Adios. Si alguna vez tienen ustedes necesidad de nuestros servicios, no olviden que las hermanas de la

caridad acudimos donde nos llaman el dolor i la desgracia de nuestros hermanos... Adios.

Las palabras de la señora superiora llegaron a mi corazon a aumentar en él la gratitud que encierra para ella i para todas las hermanas de la caridad. Mis lágrimas le esplicarian lo que mis labios no pudieron decir en ese momento.

TERCERA PARTE.

SU CORONA FÚNEBRE.

TODA LA GLORIA Y LA GRANDEZA HUMANA
ES FICCION, ES MENTIRA, ES SOMBRA VANA:
LA MUERTE ES LA VERDAD *

* V. T. A.

BVE

Digitized by Google

SU CORONA FÚNEBRE.

En diversas horas de la mañana del dia siguiente 30 de octubre, llegaban a la quinta Guimaraens el respetable señor vicario eclesiástico don Mariano Casanova; el venerable padre Calisto de la Congregacion de los Sagrados Corazones, i uno de los tenientes de cura de la parroquia de los Doce Apóstoles.

Cada uno de estos dignos sacerdotes fueron al rededor del cadáver de Valdes, a elevar al Dios de los vivos i los muertos la oracion con que la iglesia ruega por el descanso eterno de las almas.

En el resto del dia concurrieron con igual fin varias hermanas de la caridad.

A las cinco de la tarde colocamos el cadáver en una modesta caja. Cumpliendo el encargo de mi llorado amigo, cubrí su mortaja de pelargonios i de rosas.

Contemplé por última vez su tranquilo rostro, i dirijiéndole mi adios, encerré los restos que vendrá a reunir su espíritu el dia del juicio final.

Eran las siete de la mañana del viérnes 31 de octubre de 1873, cuando la mayor parte de los ciudadanos peruanos residentes en este puerto, i el señor B., nos reuniamos en la iglesia parroquial de los Doce Apóstoles, despues de haber conducido a ella el cadáver de Adolfo Valdes.

Mui pronto dió principio la ceremonia, i despues de una hora, habia terminado.

En seguida todos marchamos al pié del carro mortuorio con direccion a la última morada. El jeneroso E. i yo presidiamos el cortejo.

Al llegar al cementerio nos esperaba un estimable caballero,

Digitized by Google

amigo nuestro, que sin duda se propuso usar en nombre de su patria de un acto de esquisita i tierna cortesia, señalándonos las puertas de la última mansion que la hospitalaria Chile nos brindaba para descanso de los restos del amigo que perdiamos.

Cuatro compatriotas condujeron la caja hasta orillas de la humilde fosa que, recien abierta, estaba dispuesta a recibir los restos del poeta.

Antes de entregarle el depósito que esperaba, se oyeron los discursos que inserto en seguida, en el órden en que fueron pronunciados, i una vez cubierta, el amigo E. mandó colocar sobre ella una sencilla verja con la siguiente inscripcion:

1840.
ADOLFO VALDES.
1873.

Al retirarnos de donde acabábamos de cumplir con uno de los mas tristes deberes que nos impone el cariño i el amor a los que fueron, uno de los concurrentes me llamó la atencion hácia una piadosa mujer de alta estatura i de color moreno que enjugaba sus lágrimas a la inmediacion de la modesta tumba.

Era Juana Perez de Sepúlveda, que daba sus últimos adioses a aquel para quien hizo, jenerosa, los oficios de una verdadera madre. ¡Que Dios la recompense!

El mismo dia, las crónicas de los periódicos de este puerto daban cuenta de la ceremonia del cementerio i dedicaban algunas palabras a la memoria del finado, que algunos periódicos de Santiago, capital de la república, reprodujeron en seguida, i otros dedicaron algunos artículos en honor de su memoria.

Al dia siguiente,—era el dia de difuntos,—colocaban sobre una modesta sepultura dos hermosos ramos de flores, bello i perfumado producto de la alegre primavera.

Esa tumba encerraba los restos del trovador del Cauca. Esos ramos eran la ofrenda de las hermanas de la caridad, que en seguida se agruparon i depositaron ahí otra ofrenda mas valiosa: su plegaria, su oracion por el que fué.

Digitized by Google

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL CEMENTERIO DE VALPARAISO EN EL ACTO DE DEPOSITAR LOS RESTOS DE ADOLFO VALDES.

DON EUSEBIO TAFUR.

Señores:

No se levanta mi voz, en esta mansion silenciosa de la muerte, para hacer ante la materia del que fué Adolfo Valdes, ni la reseña de las glorias literarias del poeta, ni el elojio de las virtudes cívicas del ciudadano. Nó; otra es mi mision en este doloroso momento.

Vengo a cumplir, a la vez que el deber del amigo, uno de los últimos encargos del finado. Vengo tambien a rectificar, ante sus helados restos, la promesa que en el dolor de la agonía me exijiera.

Que el primer puñado de tierra que caiga sobre mi huesa lo derrame vuestra mano, me decia. *Que sepa la madre mia mi manera de morir. Que sepa el mundo, a quien mas de una vez habré escandalizado, que muero, nó como cristiano simplemente, sino como profundo católico abrazado de la cruz.*

.....

Cumplo, señores, en medio de mi dolor i el vuestro, su primer encargo...

.....

Respecto a los últimos, quedará asi mismo su voluntad cumplida. La inspiracion de su memoria i de su dichosa muerte suplirá la escasez de facultades del que se tome aquel penoso trabajo.

¡Duerme en paz, amigo querido!... Lejos de los seres que tanto amó tu corazon, no te ha faltado ni el amoroso abrigo de la caridad, ni te faltan en este triste momento las lágrimas de tus amigos, que lloran sobre tu tumba tu temprana muerte.

Aquí, bajo la apacible sombra que te prestan ya los nacientes cipreses que circundan esta fúnebre morada, está el descanso que la hospitalaria Chile te brinda bajo su azulado cielo... Ella te franqueó ayer su puerto i sus ciudades cuando viniste a buscar la salud perdida. Ella te abre hoi la fosa que en este acto va a guardar tus restos inanimados hasta mejores tiempos.

Que ellos duerman tranquilos en ese triste lecho, mientras tu alma ha volado a la patria de los justos...

¡No olvides allá a los que aquí quedamos! No olvides a los que en tus últimos dias rodearon tu lecho de dolor i procuraron dulcificar tus sufrimientos hasta donde les fué posible.

Descansa en paz.

EL SEÑOR DON ELEUTERIO MACEDO.

Señores:

Un comun deber nos reune en esta triste mansion para depositar en fosa humilde i en hospitalarias playas los restos queridos del amigo a quien amábamos como a un verdadero compatriota, en quien siempre reconocimos un espíritu fuerte i elevado i una privilejiada intelijencia.

La lira del poeta está cubierta de fúnebre crespon...

Adolfo Valdes no existe... En la primavera de la vida desaparece de nuestra vista cuando apenas ha vencido una corta travesía; en la cual ha conducido siempre la enseña del pstriotismo, i nunca ha dejado de combatir en favor de la libertad, en cuyas filas se alistó desde los primeros dias de su juventud.

Una dolencia cruel ha segado en flor su existencia preciosa, i ha cubierto de luto a su patria, su familia i sus amigos.

Venimos aquí, señores, a entregar sus restos a la materia, comun oríjen de la humanidad; pero su memoria i los recuerdos consoladores de su muerte ejemplar, quedarán grabados en el corazon de los que, en torno de su huesa, lloramos su desaparicion de la tierra.

Que ella le sea lijera.

Digitized by Google

EL SEÑOR DON ENRIQUE ESPINOSA.

Señores:

El que fué Adolfo Valdes va a desaparecer para siempre de nuestra vista. Bajo la impresion de tan doloroso acontecimiento, llegamos a este sagrado recinto a cumplir con un postrero i sagrado deber, impuesto por la amistad i la admiracion de las nobles virtudes del que fué nuestro buen amigo, nuestro leal adepto, aventajado bardo, i en sus últimos momentos, ejemplar i sincero creyente.

Valdes, jóven aun, militó en su ilustrado pais en las filas defensoras de la libertad. Proscrito en el Perú, al cual adoptó por su segunda patria, defendió con nosotros los buenos principios, i en los cortos dias de su permanencia en esta hospitalaria república, ha dejado en los círculos de la intelijencia i del trabajo los mejores recuerdos.

Vino a Chile por restablecer su quebrantada salud, i despues de los largos i penosos sufrimientos consiguientes a la cruel enfermedad que minaba su preciosa existencia, rindió la jornada de la vida, ausente de cuanto mas amaba en la tierra, pero sí consolado por la caridad cristiana i por las atenciones que solo sabe dispensar la amistad verdadera.

Hijo querido de dos patrias, murió lejos de ambas, como para probarnos hasta lo último que llevaba la patria en el corazon i le rendia culto do quiera con la veneracion i práctica de los buenos principios.

El amigo que lloramos, señores, huye de este mundo a los treinta i tres años de edad. En tan corta existencia ha prestado útiles servicios a su pais i al nuestro. Deja gran acopio de poesias fáciles i sentidas que pregonan la gloria del poeta armonioso i sentimental. Nos dió en vida útiles lecciones, i al separarse de este mundo, nos ha legado ejemplares enseñanzas con su cristiana manera de morir.

Separémonos, señores, de este lugar que acerba mas nuestro dolor. Dejemos en esa humilde fosa los restos inanimados del amigo,

Digitized by Google

confiados a tierra hospitalaria, hasta que, en mejores dias, lleguen a descansar entre los despojos de los suyos.

Apartemos la vista del cuerpo, hoi pura materia, i pongamos en servicio del amigo ausente nuestra intelijencia i corazon, para recordar siempre sus virtudes i deplorar la pérdida que con tanta justicia nos contrista.

CARTAS DIRIJIDAS A LA SEÑORA MADRE

DEL POETA

ADOLFO VALDES.

SEÑORA DOÑA ANA FRANCISCA FIGUEROA DE VALDES.
Palmira.—Colombia.

Valparaiso, noviembre 4 de 1873.

Mui señora mia:

Aunque no tengo el honor de conocer a usted, me veo, sin embargo, en la necesidad de dirijirle la presente para cumplir con un penoso pero sagrado deber. Es, señora mia, el último i solemne encargo de su querido hijo, el apreciable jóven don Adolfo Valdes, fallecido en ésta el dia 29 del mes de octubre próximo pasado.

Dias antes de su muerte, despues de haber conferenciado conmigo dos hermanas de la caridad, tres de sus mejores amigos, cuyos nombres espero le sean a usted conocidos por otras correspondencias que recibirá con ésta, vinieron a pedirme fuese a visitar a un enfermo que se encontraba en una quinta de esta ciudad, conocida con el nombre de «Jardin Guimaraens.» Accedí gustoso a la solicitud de esos buenos caballeros, i a la hora convenida me dirijí al jardin antes mencionado, donde encontré al señor don Adolfo bajo el cuidado de las hermanas de la caridad i de dos amigos que no le abandonaban un momento.

En mi primera entrevista, no habia creido prudente hablar desde luego al enfermo de la necesidad que tenia de arreglar sus cuentas con Dios, atendido el inminente peligro de su grave e incurable enfermedad; mas como el enfermo no rehusara discutir conmigo sobre los altos intereses de su alma, me fué fácil abordar

Digitized by Google

desde luego con él esta importantísima cuestion. Efectivamente, hablamos, mas o menos, el espacio de dos horas sobre diversos puntos de relijion, i el resultado final fué felizmente el mas consolador que podia esperarse. El amigo Adolfo, profundamente conmovido i derramando torrentes de lágrimas, me rogaba, estrechando mi mano, pidiera a Dios por él, pues deseaba ardientemente cumplir con el deber mas sagrado que tiene el hombre católico antes de presentarse al tribunal del Supremo Juez.

Entre tanto, como supiera por uno de sus amigos que el afortunado enfermo tenia lejos de Chile una madre idolatrada, cuya imájen ni el tiempo ni el infortunio habian borrado jamas de su sensible corazon, le dije:—"Amigo mio: ya que a usted no le es dado tener aquí, cerca de su lecho, a la madre que sin duda ruega por usted en este momento, no olvide que otra Madre ocupa ese lugar i vela por usted desde el cielo, implorando de Dios la misericordia i el perdon. Esta Madre es Maria, a quien invocamos los cristianos con la seguridad de encontrar siempre en Ella benévola acojida; implore usted su proteccion, i le aseguro que la fé i la esperanza cristianas, de que tanto necesita en estos supremos momentos, renacerán al instante en su alma."

Dias despues, su hijo Adolfo consagraba a la Santísima Vírjen una hermosa composicion en verso, último tributo de ese amor filial que lega a usted como el testimonio mas elocuente de lo que vale la primera semilla de la virtud arrojada por la mano de una madre cristiana en el tierno corazon de sus hijos. Como las lágrimas de Mónica por la conversion del ilustre Agustino, las suyas no han sido infructuosas, i este premio que le deparaba el cielo será para usted el mejor presente que le envia su hijo al darle el último adios, con el último recuerdo de ése amor maternal que no reconoce otro mas alto, mas vasto i mas profundo que el amor de Dios, en el cual encontrará usted el consuelo i la resignacion.

El amigo Adolfo, casi moribundo, al recordar a su querida i nunca mas amada madre que en ese momento supremo, vió un torrente de gracia celestial que inundaba su alma. Era ya creyente, sincero i fervoroso creyente, i nada mas fácil que una dolorosa confesion, desde que se habia prestado gustoso a invocar a Maria para que devolviera a su angustiado corazon esa fé que en otro tiempo le infundiera el sincero amor de una madre cristiana. A esto se asocia el que ya habia aprendido de memoria, para condes-

cender con una hermana de la caridad, el «Acordaos» de San Bernardo, oracion maravillosa por sus saludables efectos.

Al dia siguiente volví al lecho de mi amigo Adolfo, que habia despertado en mi alma profundas simpatias, i a quien miraba ya como a un hermano querido. Estaba dispuesto a hacer su confesion. Despues de estrechar su mano con sumo cariño, sin pérdida de tiempo le confesé i le preparé a recibir el Viático, que yo mismo le administré algunas horas mas tarde. Cuatro hermanas de la caridad i catorce caballeros, amigos del enfermo, rodeaban su lecho i le acompañaron en ese momento solemne con sus oraciones i sus lágrimas. Nada mas conmovedor, señora mia, que este acto, en que la alegria i el dolor se asociaban para abrir el camino del cielo al ilustre desterrado de su patria, que en pocos dias mas, por la misericordia infinita de Dios, espero haya penetrado en las felices moradas de la patria comun.

Desde esa hora el amigo Adolfo no pensó ya en otra cosa que en su próxima i eterna partida. Tranquilo i alegre bendecia a la Divina Providencia, que en tierra estranjera pero hospitalaria, le colmaba de tantos i tan señalados beneficios. Las hermanas de la caridad i sus buenos amigos no cesaron de prodigarle sus cuidados, i puedo asegurar a usted que nada le faltó en esos supremos instantes.

La víspera de su muerte recibió de nuevo el Santísimo con tanto fervor i consuelo como en la primera vez. No quiero yo describirle sus últimos momentos, que un amigo dará a la prensa i que espero tenga usted la felicidad de leer, para que bendiga a Dios por tan señalado beneficio. Lo único que diré a usted es que murió entonando un himno de triunfo, con el triple recuerdo de Dios, de Maria i de su madre, de quienes se despidió arrojando con sus manos moribundas una guirnalda de flores a los piés de una imájen de la Vírjen que tenia cerca de su lecho.

Ha muerto, señora mia, con la preciosa muerte de los justos, poniendo su alma en manos de Dios i estrechando entre sus manos i a su corazon ese pequeño crucifijo, que usted conservará como la última i mas valiosa prenda que le lega su hijo querido. En esa cruz se han depositado con la fé mas viva i el amor mas ardiente a Jesucristo, las últimas palabras, los últimos suspiros i las últimas lágrimas del hijo de su corazon, que le envia el último adios hasta el dia en que a usted le sea dado estrecharle entre sus brazos en el seno de Dios.

Que esta carta, señora mia, le sirva a usted de algun consuelo, i que ella le revele la estimacion i el aprecio que Adolfo Valdes supo inspirar hácia usted a su afectísimo amigo i seguro servidor i capellan,

SALVADOR DONOSO.

Valparaiso, noviembre 6 de 1873.

SEÑORA DOÑA ANA FRANCISCA FIGUEROA DE VALDES.
Palmira.

Respetada señora:

Un triste i doloroso encargo de un querido amigo mio me obliga a dirijiros esta carta; al hacerlo, voi a vencer una penosa tarea. El deber es severo siempre en sus exijencias i en sus leyes: lo cumplo, no obstante de no ser dueño de vencer la emocion que me domina.

El amigo que tan triste deber me impuso, fué el tipo de los hijos amantes; echaba menos la ausencia de la madre querida en todos sus momentos, i a su memoria dedicaba a cada paso las mas sinceras lágrimas que el filial amor arrancaba del fondo de su corazon.

Esa madre tan amada sois vos, señora.

Ese modelo de los hijos amantes era Adolfo, ese pedazo querido de vuestra alma.

Dios lo ha llamado a su lado, en el medio dia de la vida, el 29 del próximo pasado octubre, a las 8 i 26 minutos de la noche, despues de haberlo purificado por medio de una larga i penosa enfermedad.

No pretendo, señora, acallar vuestro llanto. Sois madre, i para las buenas madres jamas se sacia ni envejece el dolor.

Yo sé que ese dolor os acompañará por el resto de vuestra vida; sin embargo, creed, señora, que la Providencia en sus sabios designios nos procura siempre un lenitivo para nuestros mas grandes dolores. En la misma muerte de un deudo querido encontramos consuelo i motivos para alabar a Aquel que es la esperanza de los mortales.

La muerte de vuestro amado hijo contristará vuestro corazon, pero tambien ensanchará vuestro espíritu i lo llenará de dulces consuelos.

Adolfo, estraviado en sus ideas desde que dejó su hogar i le faltaron vuestros consejos, ha alcanzado, no obstante, la gracia de morir como mueren los justos, i nos ha dejado gratos recuerdos de su ejemplar resignacion i de la fé que Dios le infundió en sus postreros dias.

Ha sabido morir edificando a cuantos le rodeábamos.

El nombre de su amada madre fué bastante para conducirlo por el buen camino. Perdida la esperanza de verla en la tierra, clamó a Dios i a Maria que le concedieran encontrarla un dia en el cielo, i la fé nos dice, señora, que allá espera a la que en su seno le infundió la vida.

Lejos de los pintorescos valles del Cauca donde vió la luz primera; lejos de las risueñas i apacibles playas de la que despues adoptó como su segunda patria; lejos de su recordado hogar, i apartado de su madre, de su padre i de sus hermanos, seres todos vehementemente amados por su noble corazon, ¡consolaos, señora! no faltó a vuestro hijo un cielo hospitalario que lo cobijara; no le faltó un prado que a cada paso le retratara i trajera a su imajinacion los verdes palmeros que sombrean su paterno hogar; no le faltó a quien dar los dulces títulos de madre i hermanos, aunque vuestro lugar i el de aquellos jamas podia ser bien reemplazado. Tampoco le faltaron amigos que dulcificaran sus amargos dias i enjugaran con amor sus lágrimas.

Pronto os impondreis, señora, de los pormenores que testifican este aserto, al rejistrar los apuntes de los últimos dias de vuestro hijo, que consignará para consuelo vuestro i para perpetuidad de una dichosa muerte, la mano de un amigo. Entonces me prometo que vuestro dolor se mitigará, i que ofrecereis vuestro llanto de gratitud al Todopoderoso por los favores que tan visiblemente ha dispensado al hijo de vuestras entrañas.

Encargado por él mismo para participaros la mas triste noticia que puede impartirse a una madre, no he podido sustraerme al cumplimiento de tan doloroso deber. No me esforzaré en deciros que es mio vuestro pesar; me asiste la esperanza de que asi lo comprendereis.

Acompaño a la presente una cajita que contiene diversos objetos, una parte de ellos por encargo especial del mismo Adolfo. En ella encontrareis:

Un devocionario que le fué obsequiado por una hermana de la

caridad, que fué la encargada de Dios para prepararlo a volver al buen camino. En ese libro estampó Adolfo un beso amoroso para que lo recibiérais cuando llegara a vuestro poder.

Dos pliegos con dos composiciones que firmó la víspera do su muerte.

Su cartera de bolsillo con su contenido.

Un Santo Cristo sobre el cual dirijió sus últimas palabras, su última mirada, i del cual murió abrazado.

Un rizo de sus cabellos, que le fué cortado momentos despues de su muerte.

Dos sencillos anillos de oro que llevaba en el dedo anular de su derecha, i varias imájenes a las que invocaba fervoroso en sus últimos dias.

Considero, señora, que estas prendas son para vos de un valor inestimable: ellas constituyen todos los bienes de fortuna que ha dejado vuestro hijo.

Quiera la Providencia que ellos i esta carta lleguen a vuestras manos, i quiera tambien derramar sobre vuestro corazon los consuelos que para vuestro justo pesar le pide

Vuestro mui atento i respetuoso servidor,

EUSEBIO TAFUR.

LA GUIRNALDA.

Las primeras flores colocadas sobre la tumba de Adolfo Valdes las llevó la mano de la caridad. A ese ejemplo se ha sucedido el homenaje de la amistad i de los que han encontrado inspiracion en el recuerdo de los últimos instantes del vate para cantar en su torno i enviarme con noble empeño una flor, a cuál mas fragante, a cuál mas bella, para formar una brillante guirnalda.

Me ha tocado cumplir el honroso cargo, no merecido, de entretejerla, i para ello las he colocado en el órden en que fueron arrancadas de su tallo, en vista de la fecha de la remision de cada una.

Me parece escuchar la voz de Adolfo Valdes, que desde el cielo me pidiera que a mi manifestacion de gratitud a los remitentes, agregue otra.—La hago, pues, en su nombre i en el mio.

Digitized by Google

ARMONIA LÚGUBRE.

AL DESGRACIADO POETA COLOMBIANO ADOLFO VALDES.

¡Hijo del hombre! vivir
Es lo mismo que llorar;
Dar tregua al lloro, es dormir;
Ser dichoso, eso es soñar.
AROLAS.

La dulce lira que pulsaste un dia
Con la divina inspiracion del Tasso,
Ceñida lleva el funerario lazo,
Como enseña fatal de su dolor.
I si armónicos trinan sus alambres,
Es para dar tu nombre a su jemido,
A su lamento flébil, dolorido,
Que el ábrego difunde con amor.

A tus tiernos i plácidos cantares,
Erguíanse las palmas cimbradoras,
Las flores del pensil mas seductoras,
El sauce, i el olivo, i el cipres.
Mas, acalló la cítara sonora!...
El ruiseñor perdió sus melodías...
Las flores ostentáronse sombrías,
El prado se cubrió de marchitez!

Asi la fuente mujidora, nívea,
Riega ilapsa los cármenes umbrios,
I en amorosos diáfanos desvíos,
Besa la fimbria al pino i ciclamor.
I las canoras aves no gorjean,
Su pico guareciendo entre sus alas...
Dejaron mústias sus preciosas galas...
La alondra jime en su letal dolor!

Una patria tenias! i tu amada!...
I tus afectos i tus sacros lares!
I una madre infeliz que en los altares
Por tí a Dios imploraba en su oracion!...
Mas solitario, inope, en otras playas,
Cruel te arrojó la mano del Destino,
I errante cual ignoto peregrino,
Con tu lira calmabas tu afliccion!

"No mas laud!" en amorosa endecha
Dijiste con Ovidio en la pradera,
A un querube infantil, niña hechicera (1)
Que tu espirante luz hizo inflamar;
I ardorosas tus lágrimas brotaban,
I tu adios dirijiste jemebundo
Al separar tu espíritu del mundo
Que hace el amargo cáliz apurar!...

Mas tu pesar cesó, ánjel proscrito,
I el doliente suspiro ya no exhalas;
El ave funeral plegó sus alas,
De tí no tiene el mundo que exijir!
Ria quien tenga el corazon de arcilla
De tu postrer momento de martirio:
No es perdurable de la vida el cirio;
Esle al hombre forzoso sucumbir!!
.....

¡Dios! ¡la Vírjen! ¡mi patria! madre mia!
Estas fueron tus frases reverentes,
Al apagar tus rayos refuljentes
El Jénio de la densa Eternidad!
I el fiel amigo que tu muerte llora,
I esas madres piadosas, en tu lecho
La cruz del Redentor sobre tu pecho
Pusiéronte con santa caridad!!...

(1) Alude a la composicion titulada el "Pinino" que dedicó a la niñita Maria Francisca Larrañaga i Puente.

Digitized by Google

Mas, ai! distante de tu bella patria,
Donde cantaste por la vez primera,
El hado sepulcral, la parca fiera,
La flor de tu existencia marchitó!...
I el cielo de Lautaro i de Zenteno,
De límpidas estrellas tachonado,
Por recibir tu espíritu exaltado,
Sus rejios horizontes dilató!...

CÁRMEN POTTS DE VIZCARRA.

Lima, diciembre 23 de 1873.

EN LA TUMBA DE ADOLFO VALDES.

Sin patria, sin hogar, triste i errante
Pasó como una sombra por la tierra,
Con las miserias de la vida en guerra!
Cargado de pesar!
Llena su alma de fúnebres memorias,
Vacio el corazon, enfermo i yerto,
Viajero fatigado en un desierto,
Su vida fué llorar!

¡Ni una sola ilusion, ni una esperanza
En medio de su llanto i su tristeza!...
Quebrantado, vencido, su cabeza
Al fin se doblegó!
Era hombre! su espíritu altanero
Luchaba en vano con la adversa suerte!
El tenia valor; ella era fuerte...
El débil sucumbió!

¿Qué queda de él? Un rastro fujitivo
Que el tiempo borrará de la memoria;
Una hoja más en la penosa historia
De la raza de Adan!
Triste verdad! destino inexorable!
Toda la gloria i la grandeza humana
Es ficcion, es mentira, es sombra vana!
La muerte es la verdad!

VICTOR TORRES ARCE.

Santiago, enero 18 de 1874.

Digitized by Google

ADOLFO VALDES!

Fosa humilde en rejion hospitalaria
Encierra al peregrino trovador;
No vibra ya de su apreciable lira
El melodioso, delicado son.

No le halagó la dicha en su camino;
La adversidad su juventud gastó,
I arrastraba la cruz de su infortunio
Alegre el rostro, enfermo el corazon.

En su mente un ideal resplandecia,
Como en el éter resplandece el sol;
Noble i leal, su espíritu valiente
Siempre contra lo injusto protestó.

I en esa lucha desigual, terrible,
El poeta, rendido, al fin cayó
Digno i sereno, como caer debia
En la Roma pagana el gladiador.

RICARDO PALMA.

Lima, febrero 1.º de 1874.

A LA SEÑORA DOÑA

ANA FRANCISCA FIGUEROA DE VALDES.

A mí, huérfano ya, la musa pia
De Adolfo consoló el dolor prolijo;
I, oh! madre! de la muerte de tu hijo
Hoi te quisiera consolar la mia.

Él de mi madre lamentó la muerte
Para templar mi acerbo sentimiento:
¡Pudiera, noble madre, mi lamento
Hacer tu sentimiento menos fuerte!

Pero nó: dije mal, porque no cabe
En desventura tal ningun consuelo,
I es imposible que tan justo duelo
Ni de años mil la sucesion acabe.

Lo siento en mí! no me consuela nada;
Ya va a cumplir su edad el año cuarto,
I aun de jemir i de llorar no me harto
La muerte de mi madre idolatrada.

Antes mas aflijido cada dia,
Más valorizo el lamentable daño,
I mas su amor i su ternura estraño
I jimo por su dulce compañia.

Mas solitario cada vez me siento
I en mas honda tristeza sumerjido,
I comprender no puedo que el olvido
Alivie nunca mi tenaz tormento.

Yo tu dolor de mi dolor colijo;
Que no hai pesar que el corazon taladre
Como a un hijo la muerte de su madre
I a una madre la muerte de su hijo.

Si no nos separara la distancia;
Si en esos bellos campos estuviera
Donde un dia reiste placentera
Del tierno Adolfo a la feliz infancia;

En ese Cauca, del Eden traslado,
Celebrado de tantos trovadores,
Por tu hijo con tan májicos colores
En brillantes estrofas retratado,

Entonces, tierna madre, algun consuelo
Pudiéramos prestarnos mútuamente:
Ese que una alma desgraciada siente
Cuando a otra alma infeliz cuenta su duelo.

De tus entrañas i las mias, rotas,
Rebosara un océano de llanto,
I tanto asi lloráramos, i tanto,
Que se vertiesen las postreras gotas!

Tú me contaras de tu Adolfo niño
Los juegos i las gracias hechiceras,
I los puros deleites me dijeras
Que te brindaba su infantil cariño.

I yo a mi vez de la matrona rara
Que de esposas i madres fué modelo,
El afan por sus hijos i el desvelo
I el amor entrañable te pintara.

Me dijeras que a la ida de tu amado
Hijo bebiste del dolor las heces,
I yo tambien que las bebí dos veces
Al arrancarme del materno lado.

Mas yo a mi madre, mas feliz en esto,
Acompañaba en el postrer instante,
I tú de tu hijo, que murió distante,
No pudiste aliviar el fin funesto.

I algo asi cada cual se consolara
Oyendo el ¡ai! de la congoja ajena,
I comprendiendo que a su propia pena
Tan solo la del otro se compara.

Mas pues tan lejos de tus lares moro
Donde vives sumida en el quebranto,
A tí vuele, Señora, el pio canto
Con que la muerte de tu Adolfo lloro!

CLEMENTE ALTHAUS.

Lima, 12 de febrero de 1874.

Digitized by Google

AL MALOGRADO POETA ADOLFO VALDES.

De nuestra vida en el erial camino,
Por bellas esperanzas impulsado,
El hombre marcha en pos de su destino.

Busca i suspira con ardiente anhelo
El bienestar, la dicha que ha soñado,
Aunque a veces lo abate el desconsuelo.

Deja su patria i el hogar querido,
Dulces recuerdos, caras afecciones,
Cual pajarillo que abandona el nido.

Jóven poeta: ¡cuán feliz has sido
Al pisar nuestras playas bienhechoras
Buscando en ellas el vigor perdido!

Si Chile con sus brisas perfumadas
No prolongó tus horas de existencia,
Tus ansias no quedaron malogradas.

Te dió otra vida de inmortal ventura,
Volvió la fé a tu espíritu estraviado,
Antorcha que ilumina en noche oscura.

Cobró tu inspiracion vida i aliento,
I a Maria sin mancha confesabas, (1)
Lleno de gozo, en tu postrer momento.

Sentiste renacer en tu alma amante
La fé, la caridad i la esperanza,
Que hacen hermoso tu postrer instante.

I tus restos nos legas con cariño, (2)
Tan lejos de tu patria i de los seres
Que besaron tu frente cuando niño.

(1) La estrofa que compuso al morir.
(2) El poeta manifestó gusto por que quedara su tumba en Chile.

Digitized by Google

Dulce recuerdo, inspiracion ardiente
A evocar en tu tumba irá el poeta,
Que nunca muere el corazon que siente.

QUITERIA VARAS MARIN.

Valparaiso, febrero 15 de 1874.

UNA LÁGRIMA!!

EN LA TUMBA DEL MALOGRADO JÓVEN ADOLFO VALDES.

Cual los rojos celajes
  Que allá en la esfera
Pinta el rei de los astros
  Cuando se aleja,
  I que la sombra
De la noche callada
  Doliente borra,

Fué la vida del vate
  Que en tierra estraña,
Destruyó su existencia
  La muerte airada....
  Las musas todas
Riegan tristes el árbol
  De su alta gloria.

DOMINGO DE VIVERO.

Lima, febrero 18 de 1874.

EN LA SENTIDA MUERTE

DE MI AMIGO ADOLFO VALDES.

Au banquet de la vie infortuné convive
J'apparus un jour et je meurs;
Je meurs, et sur la tombe où lentement j'arrive,
Nul ne viendra verser des pleurs.

Lloraba asi su malhadada suerte
La musa de Gilbert entristecida,
Al ver que en los umbrales de la vida
Se hallaba entre los brazos de la muerte.

I es que en su pecho juvenil sentia
La norma de ese noble sentimiento
Que mira el porvenir, i en desaliento
Se abate ante una cóncava agonia.

La agonia del hombre que padece,
La agonia del hombre que en su pecho
Siente del mundo el singular despecho,
I en su ilusion maléfica se mece.

Que dice adios al astro refuljente
Que sus últimos sueños alumbrara;
Que a Dios invoca, i en su mente clara
Tan solo ve de Dios lo omnipotente.

¡Pobre Valdes! en tu luciente aurora
Marchitados miraste tus ensueños,
Los campos del Eden tan halagüeños
Contemplando morir hora por hora.

I tú sentias, sí, porque en tu frente
Vi reflejarse aquella luz divina,
Que en medio de las sombras ilumina,
Que hace del hombre un ser omnipotente.

Te ví i te amé, porque tu altivo pecho
Sentia en su interior cierto desvelo,
Como ese que se siente para el cielo
Cuando el cuerpo sucumbe, ya deshecho.

I en tu última agonia, recordaste
Que hai despues de la vida una esperanza,
I el noble corazon que nada alcanza
Solo halla en Dios lo que por fin hallaste.

La esperanza, esa dicha lisonjera
Que vaga en pos del hombre mientras vive;
La esperanza, que siempre sobrevive,
Magüer se diga que es una quimera;

Esa la hallaste tú, ya que en el suelo
Buscando üna mano bondadosa,
Solo encontraste una manopla odiosa (1)
Que te abriera camino para el cielo.

Porque allí irán los corazones dignos
Que en patriótica llama están ardiendo,
I allá tú has ido, mientras yo jimiendo
Maldigo a tus cobardes asesinos!

JOSÉ TORIBIO MANSILLA.

Lima, marzo 2 de 1874.

(1) Valdes recibió un golpe que cobardemente le infirió con una manopla de fierro un sujeto bastante conocido.

A LA MEMORIA DE ADOLFO VALDES.

Ayer no más, Adolfo, del mundo en el desierto
Vagabas apurando las heces del dolor,
A solas con tu duelo, sin patria, sin abrigo,
Cual hoja que del árbol el viento separó.

Mas nunca de tu mente la imájen se apartaba,
La imájen de tu madre, de ese ánjel de bondad;
Tu patria tan querida, tu Cauca pintoresco,
Las horas de la infancia, las dichas del hogar.

«Qué bella es la alborada! sonriéndome decias;
Qué bellos son los rayos purísimos del sol,
Si alegres respiramos las brisas aromadas
Que ayer en nuestra cuna cantaron con amor!»

Entonces de tus labios mil quejas se escapaban...
Cubria tu semblante confusa palidez;
Era¡ai!que en tus momentos de penas i de angustias,
El ánjel del consuelo jamas te vino a ver.

Buscando de otros mundos la fama portentosa
Dejaste el cielo puro, sin nubes, del hogar,
I cual ájil paloma que vuela hácia su nido,
A Lima la opulenta llegaste con afan.

Eras niño, i los tuyos hermanos por el alma
Salieron a tu encuentro con jeneroso don,
I tú, como el canario saluda al nuevo dia,
Para mostrar tu júbilo soltaste allí la voz.

Allí, bajo ese cielo de nácar trasparente,
Tus gárrulas canciones pudiste preludiar,
De modo que en los tiempos los ojos complacidos
Distingan lo que pudo tu mente liberal.

Digitized by Google

El raudo torbellino de vívidas pasiones
Te elevó por los cielos cual férvido aquilon,
I de tu nueva patria la dicha procurando,
Si bienes no le diste, le tributaste amor.

Amor! esa moneda que el mundo falsifica
Porque nada en su seno la puede reemplazar;
Querube que nos abre las puertas de la gloria,
Demonio que en los antros abísmanos del mal.

Tú, errante peregrino, acopio hiciste de ella,
I cual pudiera ufano el mísero Rothschild,
Aun a los mas escasos de amor i poesia,
Quedándote bastante, diste tesoros mil.

El oro prodigado por manos jenerosas,
Con el amor en bienes no puede competir,
I de él un solo adarme vale más en la tierra
Que todos los tesoros del mundo mercantil.

Creíante tan pobre, sin influëncia alguna
En las leyes que rijen la vida del mortal,
Sin ver ¡ai! despiadados, que un pensamiento tuyo
Rejir talvez pudiera la pobre humanidad.

Quién es mas grande, dime: tú que del alto cielo
Contemplas las ternuras de la amistad lëal,
Sin que interes mezquino influya en que se te alce
Sobre tu aislada fosa un majestuoso altar,

Si el déspota opulento, feroz i sanguinario
Que en torno va sembrando la ruina i destruccion,
Que obliga al indefenso con bárbara osadia
A alzar un monumento al jénio del terror;

O el que proscrito vaga de la escasez en brazos,
Cargado con su lira, buscando en su alredor
Las manos fraternales, los pechos jenerosos,
La noble poesia, la irradiacion de Dios?

Ah! mil veces, Adolfo, mil veces, no lo dudes,
El claro nombre tuyo la fama acordará,
I talvez penetrando el infinito espacio,
De los dias seguido, irá a la eternidad.

M. Antonio Benavides.

Valparaiso, abril 28 de 1874.

SUR LA MORT DU POËTE COLOMBIEN

ADOLFO VALDES.

Tends-lui, Seigneur, la main de ta clémence:
Il a péché; mais le ciel est un don!
Il a souffert; c'est une autre innocence!
Il sut aimer; c'est le sceau du pardon!
LAMARTINE (*Harmonies poétiques*).

Je ne sais si je dois ou chanter ou pleurer,
O poëte,
Poser le noir cyprès ou le joyeux laurier
Sur ta tête,
Toi qui vis resplandir, a l'heure de la mort
L'espérance,
Qui seule soulagea, doux et divin confort,
Ta souffrance.

Ici-bas la tristesse accompagna tes pas.
Comme l'onde
Hélas! toujours fuyant notre bonheur n'est pas
De ce monde.
Plaisirs, ambition, sous les coups de la mort
Tout succombe.
Hereux celui qui peut descendre sans remords
Dans la tombe!

Tout est pour le mortel rêve et déception
Sur la terre;
Nous nous laissons bercer par notre illusion
Mensongère:
Arrive le réveil de la réalité
Méconnue,
Et troublés, nous voyons alors la vérité
Toute nue.

Elle descend du ciel, riante de bonheur
Et charmée
De nous tendre la main, comme une jeune sœur
Bien aimée.
Plein d'espoir et de foi, tu la pris cette main
Généreuse,
Et ton âme, ô poëte, au ciel vola soudain
Radieuse.

Pourquoi pleurer sur toi, jeune homme fortuné?
L'auréole
Dont je vois aujourd'hui ton front environné
Me console.
Sur un lit d'hôpital, Hégésippe Moreau,
Pauvre, expire;
Malfilâtre affamé n'avait pour tout joyau
Que sa lyre.

Plus souvent que la joie on trouve la douleur
Dans la vie;
Mais la prospérité nous perd, et le malheur
Sanctifie.
Vois Gilbert résigné sur un grabat souffrant:
C'est ton frère;
Poursuivi par l'envie et la haine, en mourant
Il espère...

Si moins heureux que toi, nul n'a sur lui versé
Quelques larmes,
La foi sut dissiper de son cœur épuisé
Les alarmes.
Son dernier soupir fut le chant mélodieux
Du génie,
Et la postérité pleure encor, ses adieux
A la vie.

Que ce salut du cœur, qu'avec amour, ami,
Je t'envoie,
Soit exempt de chagrin, car tu t'es endormi
Dans la joie.

Tu regrettas pourtant une chose en laissant
Cette terre:
Ton dernier souvenir fut en agonisant
Pour ta mère!...

EUGENE CHOUTEAU.

Valparaiso, ce 30 mai 1874.

¡FELIZ QUIEN LA INVOCA!

Deshecha tempestad, naufrajio horrendo
Fué tu vida, Valdes; i cuando la ola
Mas rabiosa del mar con ronco estruendo
Te arrebataba ya a segura muerte,
Columbraste la estrella
Que la esperanza vierte,
I tu rumbo irradió su lumbre bella.

Verdad, dicha i virtud buscaste en vano
En los eriales tristes de la vida:
Siempre ilusion no mas, siempre la mano
Helada de un espectro acariciaste,
I al pisar la sombria,
La negra tumba, hallaste
Verdad, dicha i virtud, todo en Maria.

Ella, la madre de Jesus divino
Mira, i las furias de la mar serena;
Mira, i alumbra nuestro oscuro sino...
Quien la invoca es feliz; tú la invocaste
Cual a madre querida,
Que amor filial grabaste (1)
Siempre en el corazon, i él te dió vida.

Sonrió tu labio al murmurar su nombre,
Tembló de gozo celestial tu pecho,
Iluminóse el alma, i ya del hombre
Sentiste el alto, divinal destino,
I fué solo tu anhelo,
Desde el polvo mezquino
Volar al puro i esplendente cielo.

(1) El amor filial es el sentimiento que lo ha inspirado mas de una vez.

Digitized by Google

Su mano virjinal rasgó la nube
Que tus ojos cegaba, i les dió el llanto
Que al alma reflorece, i de querube
Las alas date i el vigor perdido:
I Maria inspirando,
El que vivió en jemido
Muere los triunfos de su amor cantando. (2)

ESTEBAN MUÑOZ DONOSO.

Santiago, junio 10 de 1874.

(2) Valdes ya moribundo consagró a Maria su última inspiracion.

UNA FLOR

EN LA

TUMBA DE ADOLFO VALDES.

(RECUERDO DEL DIA DE DIFUNTOS.)

La brisa melancólica jemia,
Como si alzara fúnebre plegaria,
Ajitando el cipres que blandamente
Bañaba con su sombra solitaria
El yerto cementerio, do imponente,
Esparciendo en redor dulce beleño,
Testigo es mudo del postrero sueño.

Las flores se mecian en su tallo,
Sus hojas inclinando
Cual si esa estraña vibracion ignota,
Por su cáliz pasando,
Una fibra tocara herida o rota.

Era de los *difuntos* triste dia;
Sobre marmórea losa el sentimiento
Coronas mil depositaba ufano,
I entre ese torbellino,
Mezclando nuestro acento
Al sollozo del padre i del hermano,
Por un estraño pensamiento herido
Vino a tu mente tu postrer jemido.

I una flor para entonces le pediste
Al fraternal cariño,
Pobre vate infeliz! aun lo recuerdo;
Con tu candor de niño
Presintiendo tal vez tu fin cercano,

Envidiabas la tumba
Donde la pronta i cuidadosa mano
De un otro ser querido
Limpiaba el polvo que llevó el olvido.

Ese plazo fatal está cumplido...
La amiga cariñosa
Que visitó contigo el *campo santo*,
Hoi llega silenciosa,
Empañados los ojos por el llanto,
A poner esa flor sobre tu losa!

CAROLINA FREIRES DE JAIMEZ.

Lima, junio 23 de 1874.

ADOLFO VALDES.

Un dia de gloriosa recordacion, mientras las naves españolas, cercando el puerto, aprestaban sus mortíferas bombas para ametrallarnos, i que un puñado de valientes, agrupados en improvisadas baterias, se preparaban a rechazarlas, nosotras, cuyas armas son las plegarias, ornábamos con reliquias el pecho de nuestros defensores.

En medio al fragor del combate, presentóse un jóven; dobló la rodilla, recibió el sagrado talisman, i corrió a su puesto.

Vímoslo luego, arrostrando la metralla que llovia en torno a la abrasada torre, desenterrar de entre sus ardientes escombros al amigo moribundo a quien salvó con su arrojo.

Ese jóven era VALDES.

Campeon de las nobles causas, consagróles su espada i su pluma. Soldado entusiasta de la democracia, combatió como bueno en sus filas, sin que lo sedujeran promesas ni lo arredraran amenazas.

Ah! como a bueno tambien, el mundo lo abrevó de amargura; pero él, estoico, sublime, bebió en silencio el cáliz de las decepciones.

Sus dias fueron breves: cruzó la vida como una melodia i se desvaneció como un ensueño.

Adolfo! que la tierra estranjera sea leve a tus nobles restos, en tanto llegue el dia en que la patria los reciba en su sagrado seno.

JUANA MANUELA GORRITI.

Lima, junio 24 de 1874.

LA PALMA I EL LAUREL.

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO POETA ADOLFO VALDES.

Recibe, dulce amigo, mi canto sin prestijio,
Sin flores, sin adornos, mas ¡ai! del corazon;
Recibe la plegaria de un pobre que en la tierra
Suspiros solo tiene, desgracias i dolor.

La vida es un camino sembrado por do'quiera
De abrojos i de espinas, mui bien lo sabes tú;
I sabes cuánto lloro nos causan las pasiones,
I sabes los desprecios que sufre la virtud.

La gloria i la nobleza, las cívicas virtudes,
Los timbres mas preciados, talento i corazon,
Todo ësto reunia tu espíritu exaltado,
¿I cuál tu fin ha sido? morir ¡ai! de dolor!

¿I quién con mano impia, con ímpetu furente, (1)
Tú plácida existencia del suelo arrebató?
Si el mundo ha condenado tan cruel asesinato,
Yo lanzo a tu verdugo tremenda maldicion!...

Maldito! sí, maldito! sicario del tirano
Que hoi tiene sumerjida la patria de «La Mar»
En un horrendo abismo de cieno i podredumbre,
Con míseros secuaces, con oro i con puñal!

Descansa, amigo tierno, descansa, sí, en la tumba;
Talvez, talvez mui pronto tus pasos seguiré;
Bendigo tu memoria, poeta desgraciado;
Recibe de un amigo la palma i el laurel!!!...

ARTURO MORALES TOLEDO.

Lima, junio 25 de 1874.

(1) El jóven Valdes fué cobardemente atacado por la espalda por un individuo mui conocido en esta capital, que se armó de una manopla, con la que descargó un golpe feroz sobre él.

Digitized by Google

A ERATO.

(CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DEL MALOGRADO POETA ADOLFO VALDES.)

Oh! tú que habitas la celeste cumbre,
Deidad de los cantares creadora!
Tú que ahuyentas el tedio i pesadumbre
Al compas de tu música sonora;
Que con los rayos de tu eterna lumbre
Haces brotar del alma soñadora
Célicos cantos que tu amor le inspira,
Tan suaves como el eco de tu lira:

Tú trasformas en plácidos verjeles
Las áridas i tétricas montañas;
Tú cambias los abrojos en claveles
I en brillantes palacios las cabañas;
Ah! tú las penas i tormentos crueles
De poesia i de ternura bañas,
I hasta a los ayes das los vagos sones
De aéreas i dulcísimas canciones.

Ah! quién ¡oh, musa! coronar su frente
De fresco mirto i de inmortales rosas
No habrá soñado con anhelo ardiente?
Quién a tu plectro voces misteriosas,
Pulsaciones que arroben dulcemente
No pide en ilusiones vaporosas,
I con los ecos de su lira tierna
Modular cantos de memoria eterna?

Ai! muchos sueñan; i tambien un dia,
En los valles que riega el Tequendama,
Un alma juvenil luz te pedia,
Estro profundo, abrasadora llama;

I tú infundes en su alma poesia,
Con tu soplo su espíritu se inflama,
I recibe de tí la lira de oro
Con que deleitas al celeste coro.

I cual ave inesperta que sus trinos
Lanza en el bosque por la vez primera,
Sin sospechar los lazos asesinos
Que tiende el cazador con mano artera,
Ai! al azar entrega sus destinos,
Rompe de amor la maternal barrera,
I eleva a otra rejion su alegre vuelo,
Creyendo, ¡incauto! remontarse al cielo.

I en las riberas del Rimac umbroso,
Do altares tiene el arte i la belleza,
Va a resonar su canto melodioso,
Sus acordes de májica pureza.
De verde mirto i de laurel glorioso
Coronas orgullosa su cabeza;
La trompa de la Fama lo enaltece,
I en sueños de inmortal gloria lo mece.

Mas ¡ai! que pronto sus negruzcas alas
Tiende en su torno la Discordia ruda,
I al recio choque de la adusta Palas
Cae su lira destrozada i muda.
El dulce canto que arrobada exhalas
Se pierde en medio de la lucha cruda,
I al verde mirto de tu pura gloria
Quiere unir el laurel de la victoria.

Solo abrojos encuentra en su camino,
Pena solo en la gloria tan soñada,
I aquella aureola de fulgor divino
Miró trocarse en polvo, en humo, en nada.
La opaca estrella de su triste sino
Le muestra solo con su luz cansada,
La senda del destierro i de la muerte,
Postrer jornada de su negra suerte.

Digitized by Google

I a Chile llega solitario i triste,
Herido el corazon de desencanto;
Ya de áureas galas su ilusion no viste
Con los gayos colores de su canto;
La sacra luz que lo alumbró, no existe
Sino para alumbrar pena i quebranto,
I cámbiase en fatal melancolia
El canto de su alegre poesia.

Su alma de gloria i de placer ansiosa,
Su corazon para cantar nacido,
Al marchitarse su ilusion hermosa
Suspende lentamente su latido.
Tú, vision celestial i vaporosa
Que habias su esperanza sostenido,
Plegas tus alas, i entre blanca nube,
Tu alma i su jenio hácia el empíreo sube.

Quién calmará su inmensa desventura
I acallará su mal i sus dolores?
Dónde está de su madre la ternura,
El fraternal cuidado; dó las flores
De la patria querida; la hermosura
De su cielo de fúljidos colores;
Del amigo las pláticas sabrosas
I del hogar las llamas cariñosas?

Ah! nada en torno del modesto lecho
Muestra el afan de la familia amante;
El dolor no se ajita en ningun pecho,
Ni el llanto va a regar ningun semblante.
Él ese nudo del hogar, estrecho,
Cortó al tomar el vuelo, i hoi errante,
Ai! ni su madre triste i lastimera
Vendrá a beber su lágrima postrera.

Mas nó; que un ánjel que ternura mana
De su rostro bellísimo i risueño,
Mas suave que el albor de la mañana,
Mas puro que infantil dorado sueño,

Por mitigar su cruel dolor se afana,
Sus males cura con amante empeño,
I de su boca, cual laud lejano,
Brota el nombre dulcísimo de «hermano!»

Oh! Caridad! Oh! musa que del cielo,
En un rayo de amor i de dolores,
Bajaste como un ánjel de consuelo,
A inundar de celestes resplandores
La tierra impura, que un espeso velo
La ocultàba al amor de los amores
Que el martirio del Gólgota fecundo
Legó en prenda de amor divino al mundo!

I tú, Amistad; tú, vírjen vaporosa
Coronada de yedra i de violeta;
Tú tambien con tu mano cariñosa
Acaricias la frente del poeta.
Cuando una pena oculta i misteriosa
Su acongojado corazon inquieta,
El eco dulce de una voz amiga
Su cruel pesar i su dolor mitiga.

La vida que entre muertes se deshace
Sufriendo más i más hora por hora,
Se apaga dulce entonces, cual fugace
Arrebol que el oriente puro dora;
I si algun canto de su mente nace,
Lo apaga pronto la crueldad traidora
De su dolencia, que letal jemido
Torna en su pecho su inmortal latido.

I muere! pobre, desdichado, ausente
De cuanto amara; i en su muerte impia,
Solo una voz ¡desventurado! siente
Que endulza el estertor de su agonia:
La de la Caridad mansa i paciente,
Que le infunde una ignota poesia,
I que dirije su mirada al cielo
E inunda su alma en celestial consuelo.

Digitized by Google

Ah! quién, Erato, coronar su frente
De fresco mirto i de inmortales rosas
No habrá soñado con anhelo ardiente?
Quién a tu plectro voces misteriosas,
Pulsaciones que arroben dulcemente
No pide en ilusiones vaporosas,
I con los ecos de su lira tierna
Modular cantos de memoria eterna?

Ai! muchos sueñan con febril delirio
Alcanzar esa gloria tan deseada,
I dejan en tu lira, en cruel martirio,
Roto el pecho i el alma desgarrada.
Cuántos, como Valdes, al almo empíreo
Cual Prometeo elevan la mirada,
I ven su pecho calcinado luego
Entre las llamas de su sacro fuego!

ELOI T. CAVIEDEZ.

Valparaiso, junio 27 de 1874.

Digitized by Google

ADOLFO VALDES.

Feliz tú que en el tránsito has legado
Un nombre ilustre a la futura edad,
Luchando cual intrépido soldado,
Adalid de la heroica libertad!

Con la espada i la pluma combatias;
Vió en tí la democracia un defensor,
En la patria inmortal de Campo-Elias,
Arboleda, Ricaurte i Jirardot.

Las ibéricas naves en derrota
Miraste en el Callao, lidiando audaz.
I en la tumba del bardo i del patriota
El sol de la victoria irradiará.

Si del civismo el fuego que flamea
Esparce en el sepulcro clara luz,
La fé republicana es una tea
Que ilumina perenne tu ataud.

Contra tí, contra tí, con eficacia
I con furia la suerte se ensañó;
La grandeza inmortal en la desgracia
Tu nombre esclarecido perpetuó.

Llevando en el desierto peregrino
Del infortunio la pesada cruz,
Solo una flor hallaste en tu camino:
—La inmarcesible flor de tu virtud.

El bronce funeral por tí no vibre
Ni túmulos eleven en tu honor:
Plegaria i monumento te da el libre,
Pues vives en su mente i corazon.

En sus filas cumpliendo su consigna
La república siempre te contó:
La causa liberal, la causa digna.
—El bien i la verdad nos reunió.

ACISCLO VILLARAN.

Lima, julio 11 de 1874.

Digitized by Google

AL POETA COLOMBIANO

ADOLFO VALDES,

MUERTO EN VALPARAISO.

Pobre amigo! Fatal i estraña suerte
En mi patria te dió la bienvenida!
Venir en busca de salud i vida,
I tan solo encontrar dolor i muerte!

Lejos, tan lejos de tu patria verte,
Lejos ¡ai! de tu madre tan querida!
Debió ser esa la mas cruel herida
De que logró triunfar tu ánimo fuerte.

Mas si fué amargo i doloroso i triste
Ver solo en derredor brazos ajenos
Cuando del mundo aquí te despediste,

Dominando al destino por lo menos,
Con valor i con fé morir supiste
Como mueren los grandes i los buenos.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Santiago, agosto 24 de 1874.

Digitized by Google

A LA MEMORIA DE MI AMIGO EL MALOGRADO POETA

ADOLFO VALDES.

¡Cuán lejos de tu hogar, querido Adolfo;
Cuán lejos de tu madre desdichada,
El hado impio con su mano airada
Te arrojó de la muerte al hondo golpe!

Jóven aun i de esperanzas lleno,
La inspiracion en tu cerebro ardia,
I entre tu pecho el corazon latia
Por cuanto hai bello, verdadero i bueno.

Mas el barro mezquino i deleznable
De que el alma inmortal está cubierta,
Abrió a tus penas anchurosa puerta
I un abismo a tus plantas, insondable.

La carne al fin se declaró vencida;
Pero tu jenio, del dolor triunfante,
Ciñe ya la corona fulgurante
Por tus nobles acciones merecida.

Batallador intrépido i valiente,
Te vió a su lado el ínclito Arboleda;
I allá del Cauca en la campiña leda,
Como él pulsaste cítara ferviente.

Aura mejor a tu salud buscando,
Llegas un dia del Perú a las playas,
I en la prensa periódica te ensayas,
Repetidos aplausos conquistando.

I de Lima opulenta en los salones,
I de la dulce Tarma en los jardines,
Como orquesta de amantes colorines
Resonaron tus plácidas canciones.

Digitized by Google

Partes despues a la rejion chilena,
Siempre en pos de salud i de consuelo;
Pero ¡ai! en vez de realizar tu anhelo,
A morir el destino te condena.

Amistad me juraste leal i pura,
Que envanecido yo correspondia;
I por eso, Valdes, la musa mia
Jime ahora en tu triste sepultura.

CONSTANTINO CARRASCO.

Lima, agosto 30 de 1874.

A LA MEMORIA DEL POETA ADOLFO VALDES.

Del poeta sobre el mundo ¡cuán amargo es el destino!
Recorrer desierto inmenso como un triste peregrino,

Ver mil sombras, mil quimeras ajitarse en lontananza,
Ver cual vírjen a lo lejos sonriendo la esperanza;

Ver un cielo mas hermoso que ese cielo que fulgura,
I al fin ver que todo un sueño, solo queda noche oscura.

¡Blancas hadas halagüeñas que su infancia acariciásteis!
¡Ninfas puras que de jóven mil sonrisas le brindásteis!

Glorias, triunfos i coronas que finjió su fantasia
¿Qué os hicísteis? Para siempre os llevó la suerte impia.

Tiernas aves de los bosques, astros puros de los cielos,
Roncas alas de las naves, de los prados arroyuelos,

¡Cuántas veces no le visteis suspirando entre las flores
Como un loco preguntaros por su dicha i sus amores!

¡Cuántas veces esa luna melancólica y serena
No le ha visto silencioso devorando amarga pena,

I en su pecho al fin henchido desbordando el sentimiento,
Exhalar el alma entera en un lúgubre lamento!

Tierno Adolfo! ¿No fué acaso en la tierra ese el camino
Que los cielos señalaron al bajel de tu destino?...

La juventud risueña una mañana
Vino a hablarte de amor i de ventura,
I tu alma entonces de entusiasmo ufana
Se lanzó al mundo con febril locura.

I ardiente, audaz, enamorado i ciego,
De la pasion en la corriente inquieta

Fuiste a apagar el incesante fuego
Que devoraba tu alma de poeta.

I cual la nave en tormentosos mares
Batida por los vientos a porfia
Pierde el timon en medio los azares,
Perdiste asi de la razon la guia.

¡Cuántas tormentas hórridas cruzaron
Por tu horizonte siempre amenazante!
¡Cuántos rayos de fuego desgarraron
Las blancas velas de tu nave errante!

¡Cuántas veces las rocas de la orilla
Con desnudos escollos te arredraron,
I a tu débil i rápida barquilla
Una tumba en su seno te mostraron!

.....

.....

Al fin sañudo el huracan un dia
La arrastró ciego hácia la muerte fiera,
I en los abismos de la mar bravía
Se hundió tu barca en su hora postrimera.
I cesaron para siempre su inquietud i sus azares
I ella yace sepultada en el fondo de los mares.
¡Ya no alcanzan las tormentas de la vida procelosa
A turbarla en ese lecho donde plácida reposa!...
¡Ah! ¡La muerte solo puede dar descanso en su morada
A la barca del poeta por los vientos azotada!

PABLO GARRIGA.

Valparaiso, setiembre 17 de 1874.

Digitized by Google

A LA MEMORIA DE ADOLFO VALDES.

¡Tan jóven i morir! es mui terrible
El fallo inescrutable del Destino
Que hiere en la mitad de su camino
Al humano viajero sin piedad,
Ya navegue en las ondas de la vida
En afanosa pena o sin cuidado,
Ora jóven se eleve, ora encorvado
A los años marchitos de la edad.

Valdes era poeta: sacro fuego
Bullia entre su mente soñadora,
I un anhelo tenaz hora por hora
Le incitaba su loca inspiracion;
Un anhelo a cantar cuanto era bello,
I grande, i majestuoso, a su alma pura,
La virtud, el honor i la ternura
Arrancaron a su arpa suave son.

No encontraba una idea jenerosa
Sin prestarle su apoyo entusiasmado...
Mas, ¿halló la verdad del bien soñado
Cuanto ansiaba su jenio divinal?
Jamas: era poeta, i cual poeta
Fué eterno su luchar toda la vida,
Sin ver una esperanza conseguida,
Sin alcanzar el májico ideal.

Vosotros, favoritos de las musas,
Sois tan solo en el mundo un peregrino
Destinado a cumplir terrible el síno
Del mártir que se nutre del dolor;

Digitized by Google

Necesita el crisol de la desgracia
Quien poeta nació; purificarse
Debe ántes en él para elevarse
A la eterna mansion del Creador.

Proscrito de la patria venerada,
Lejano de la madre que te adora,
I con secreto mal que te devora...
Cumpliste, pobre Adolfo, tu mision!!
I la chispa divina que en la vida
Tu camino alumbrara eternamente,
Volar pudo tranquila i sonriente
Hácia el centro de eterna irradiacion.

....

.....

Donde brilla con luz inefable
La verdad, la belleza infinita,
Donde el alma en su centro se ajita,
En su centro de amor i del bien;
Allá encuentra su asiento el poeta
Que en la tierra tras dulce quimera,
Corrió siempre hasta la hora postrera
Delirante i sufriendo tambien.

Todo triunfo es innato a la lucha;
Sin dolor no se alcanza la palma;
I la lucha i dolor para el alma
Son el jérmen de toda virtud:
I es la vida un suspiro, antesala,
Hácia otra eternal, inmutable,
Cuyas puertas la muerte nos abre
Desde el fondo del negro ataud.

¿Quién ha dicho que muere el poeta,
Ese ser que estendiendo su vuelo
Necesita campear en el cielo?...
Quién ha dicho que ha muerto Valdes?...

En sus obras está con nosotros:
Al leerlas su jenio se alza;
Cada verso su nombre le ensalza,
Nó por una, por mil i una vez.

Oh! vosotras las vírjenes tiernas,
Destended vuestras crenchas de oro,
I entonad a Valdes en un coro
Suave himno de paz i de honor;
Sois vosotras, los ánjeles puros,
Quien debeis recordarnos su gloria,
Porque siempre debe ir su memoria
Anidada en ternura i amor.

FRANCISCO A. MACHUCA.

Serena, setiembre 18 de 1874.

Digitized by Google

LA LUZ DE LA FÉ.

(PARA LA CORONA FÚNEBRE DE ADOLFO VALDES.)

¡Oh fé! luz de los cielos,
Rayo del sol eterno desprendido:
Ven a rasgar las sombras
Que ocultan la verdad a un desgraciado,
Que en brazos del error marcha estraviado.

Sin jarcias y sin remos,
Presa del viento y de la mar bravía,
Lucha y relucha en vano
Para alcanzar la resguardada orilla
I al abrigo poner su navecilla.

Pero las crespas ondas
Que rujen en el mundo enfurecidas,
La arrojan de la playa,
I, las velas rasgadas, va el navío
A estrellarse en el áspero bajío.

Sin luz que lo conduzca
Al traves de las sombras del camino,
Náufrago de la vida,
Si no lo guias tú, no hallará el puerto,
Ni habrá oásis para él en el desierto.

Ven, pues, ¡oh fé dichosa!
Sobre él irradia tu fulgor divino;
Jóven intelijencia
Para la luz de la verdad nacida,
Yace en las sombras del error sumida.

En vano las memorias
De las horas serenas de su infancia,
Mecidas en los brazos
De la inocencia y del amor materno,
Le hablan al corazon con eco tierno.

Que un vértigo siniestro
Cierra sus ojos a la luz del cielo,
Sin que vea en el mundo
Otra lei ni otra fuerza que el destino,
I nó la diestra del poder divino.

Fueron para él quimeras,
Sueños que un dia su alma enajenaron
Los plácidos momentos
En que adoraba a Dios con alma pura
I en que gustaba celestial dulzura.

Ya el tumulto del mundo
Borró los rastros de esas horas bellas...
Pero, en cambio, tu alma
Siente ¡oh Valdes! espinas punzadoras,
I paz en vano en tu infortunio imploras.

¡Cuántas veces sentiste
En el silencio de callada noche
El peso de tu suerte,
I víctima de negros desengaños,
Saboreaste la hiel que dan los años!

¡Cuántas veces convulso
Tus brazos alargaste en el vacío,
Buscando un pecho amigo
Do deponer tus míseros pesares,
Sin encontrarlo, lejos de tus lares!

¡Cómo olvidar la senda
Que el amor de tu madre te marcara!...
¿No tornarás a ella
Al terminar tu borrascosa vida,
Para hallar al morir la paz perdida?

Ya veo de tus ojos
Resbalar una lágrima, primera
Que se arranca al influjo
De la dulce emocion que la fé inspira,
I un nuevo son escucho de tu lira.

Ese son acordado,
Ultimo acento de doliente cisne,
Es la tierna plegaria
Que a la estrella del mar alza amoroso
Al llegar a la playa venturoso.

Triunfaste ¡oh fé divina!
Tu luz rasgó las sombras que envolvian
En noche tenebrosa
Su mente juvenil; su alma angustiada
Desde entonces halló la paz deseada.

I la dulce esperanza,
Del desgraciado bienhechora amiga,
Lleva en alas de oro
Del pecho amante el encendido anhelo
A la mansion del eternal consuelo.

La caridad divina
Prendió en su corazon el fuego ardiente
De un amor santo i puro
Que lo une a Dios en amoroso abrazo
I a él lo liga con eterno lazo.

El mundo i sus encantos,
Mentidas ilusiones que embriagaron
Su corazon un dia,
A la luz de la fé desparecieron
I sueños solo delirantes fueron.

Inesperto piloto,
Perdido entre las sombras, halló el puerto
Al concluir su jornada,
I allí al abrigo de huracan bravío
No irá a estrellarse en áspero bajío.

I el vate americano,
De las profanas musas inspirado,
En nuestro patrio suelo
Una cuna encontró para su alma,
I tumba amiga donde duerme en calma.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

Santiago, octubre de 1874.

UN ADIOS A MI LLORADO HIJO

ADOLFO VALDES.

Adios, querido hijo mio!
Tu bella imájen, tu acento,
Jamas de mi pensamiento
Ni un dia se alejarán.
Desde aquel infeliz dia
Que te alejó de mi lado,
Este padre desdichado
No se puede consolar.

Los cantos que desde Lima
A tu madre dirijiste,
Son un consuelo bien triste
En su amargo padecer.
Al leerlos su alma siente
Tal dolor, que allá en el cielo
Verte es todo su consuelo
I acariciarte otra vez.

I yo al pensar que tu cuerpo
Yace en huesa solitaria,
Una ferviente plegaria
Elevo angustiado a Dios.
Yo quisiera a todas horas
A tus restos abrazarme,
I en tu tumba arrodillarme,
I ofrecerle alguna flor.

.....

Por huir temprana muerte
Dejas tu Cauca querido
I vas tu pecho oprimido

Digitized by Google

En el Chocó a reposar.
Mas, bajo ese opaco cielo,
Silvia el corazon te hiere,
I tu grata ilusion muere,
I no puedes paz hallar.

La fratricida tormenta
Te quitó tu hogar tranquilo
I te hizo buscar asilo
En las playas del Perú;
Allí hallaste amigos tiernos
I hasta una patria encontraste,
Donde renombre dejaste,
Do gozó tu juventud.

Allí tu pena cambióse
Por esplendentes laureles,
I allí sus sombras crüeles
La desgracia disipó.
Allí la fatal estrella
Que aquí en Colombia te guia,
Cambió en rayos de alegria
Su antes lúgubre fulgor.

Mas ¡ah! que esa blanca aureola
Que de luz bañó tu frente,
Tambien derramó en tu mente
Luz engañosa i fugaz.
Olvidas... ¡fatal momento!
Las enseñanzas paternas,
I las verdades eternas,
Llegas, cegado, a negar.

En el tenebroso caos
De ignota filosofía
Te sume la secta impía
Que logró tu fé vencer;
I entre libre-pensadores
Haces gala, infortunado,
Del desprecio a que has lanzado
Tu fé i creencias de ayer.

Esas divinas creencias
Que en tu corazon de niño
Con el mas tierno cariño
Tu buena madre infundió.
Esas creencias, asilo
Del mortal en este suelo,
Que nos prometen un cielo
De eterna dicha i amor.

¿I qué porvenir presenta,
O qué rayo de esperanza
El alma agobiada alcanza
En esa secta infeliz?...
Todo tinieblas!... sí, todo!
En la vida, duda i guerra.
Ninguna dicha en la tierra,
Ningun consuelo al morir.

I tu salud?... Talvez esa
Maldita filosofía,
En el lecho de agonia
Mui temprano te postró.
I a Chile huiste proscrito,
Enfermo de cuerpo i alma
A buscar la dulce calma
Bajo un cielo bienhechor.

Mas allí tu mal se agrava,
Tu mortal dolencia crece,
I tu cuerpo languidece
Cada dia mas i mas.
I solo i abandonado,
La Caridad te cobija;
La Caridad, esa hija
Del Redentor Celestial.

Ella, con el dulce acento
De las hijas del Asilo,
Le dió a tu pecho intranquilo
Paciencia i resignacion.

Yo en mi alma elevaré siempre
En medio de mi quebranto,
Un altar al nombre santo
De "Asilo del Salvador."

El espectáculo tierno
De la caridad sublime,
Tu turbada alma redime,
Buscas la senda del bien.
I los afables consejos
De un amigo cariñoso,
Logran volverte al reposo
I al camino del deber.

Luego volviste, hijo mio,
A recordar mis lecciones
I las dulces oraciones
Que tu madre te enseñó;
I el Señor te abrió su seno
Con cariño sacrosanto,
I la Vírjen con su manto
De estrellas te cobijó.

Mas ¡ai! mueres en la ausencia,
Lejos de tu padre amante,
Que en ese supremo instante
Hubiera muerto por tí.
Me dejas solo en la vida,
Sin tener otro consuelo
Que el de encontrarte en el cielo
Sin separarnos allí.

Ni una flor sobre esa tumba
Do reposas yerto i frio,
Pudo mi mano ¡hijo mio!
Cariñosa colocar.
Mas la amistad pura i tierna
No te abandona. En tu fosa,
Tafur, Macedo, Espinosa,
Un sentido adios te dan.

I yo tambien, i tu madre
I tus hermanos queridos,
En triste llanto sumidos
Rogamos por tí al Señor.
I al recibir de tu muerte
La cruel noticia infelice,
Mi apenada alma te dice
Entre sollozos... ADIOS!...

FEDERICO VALDES.

La Pradera, (*) mayo 15 de 1874.

(*) El amante padre de Adolfo Valdes dirije a su hijo su triste ADIOS desde la misma hacienda, a dos leguas de Palmira, a la que el poeta trasportó su imajinacion la primera noche que pernoctó en la quinta Guimaraens.

Digitized by Google

RAZON NOMINAL

DE LAS PERSONAS QUE JENEROSAMENTE HAN CONTRIBUIDO A LA PUBLICACION DEL LIBRO QUE PRECEDE.

Señora N. N.	20	
Don José Maria Ruiz	20	
,, Dr. Belisario Sosa	10	
,, Pedro Antonio Irribarren	10	
Excmo. señor Ministro del Perú don Ignacio Novoa	20	
Don Manuel Antonio Benavides	10	
Señora Josefina P. de Falcon	5	
Don N. N	5	
,, José F. Potts	5	
,, Juan B. Lafuente	5	
,, Juan Agustin Sutcliffe	5	
,, Sabino Salamanca	5	
,, Adolfo Ruiz	10	
,, N. de Piérola	10	
,, Lucas Fraga	10	
,, Federico Larrañaga	10	
,, M. R	4	
,, Francisco D. Argüelles	4	
,, Carlos Baraboua	2	
,, Amos Rosales	1	
Un niño		50
Don Agustin Gándara	2	
,, José Manuel Calleja	1	
,, Juan José Rios	1	
,, Eleodoro Montiel	1	
,, Justo P. Vergara	2	
,, Juan Martinez Ramos	1	
,, Gaspar Cardemil	2	
,, A. Miller Finn i Ca	10	
,, H. N. Flores	2	
,, J. A. Fernandez	1	
,, J. R. Beecroft	1	
,, S. Martinez Cruz	1	
,, J. R. Moore	2	
,, P. Daneri	1	
,, Manuel A. Garrete	1	
,, Gervasoni Hermanos	2	
,, Nicanor M. Ramos	1	
,, G. Castro	1	
,, L. Glenback	1	
,, Kraig Lin	2	
,, Enasmxend	2	
,, N. N		40
,, Vicente Bansa	2	
Señora Cleta A. de Gacitúa	4	
,, Mercedes M. de Gacitúa	4	
,, Emilia Gacitúa de Molina	2	
,, Emilia T. de Campillo	4	
,, Julia Ester Barahona	2	
,, Cármen de Rosales	1	
Señorita Virjinia Ruiz	10	
Señora Toro	2	
,, Rodriguez de Ferrer	5	
Un niño		20
Señorita Rosario Chacon	5	
,, Clara Chacon	1	50
,, Margarita Aeta	1	
,, Tránsito Chacon	1	
Las niñas M. C. Maria, M. Maffet i Atenais Rojas	1	20
Señora Elena G. de Andonaegui	1	
,, N. N	1	
,, Z. V. de Z	5	
Don A. Camus	1	
,, Rafael Guarda		50
,, Ambrosio Andonaegui	1	
,, Eucarpio Sanchez		50
,, L. A. I	5	
,, José A. Leniz	1	
,, José Joaquin Diaz	2	
,, Eliseo Lisboa	2	
,, Dr. Enjenio Bobillier	10	
,, S. Sanchez	5	
Señora Cármen O de Leniz	2	
,, Agustina Sanchez	1	
,, Griselda S. de Undurraga	2	
,, B. C. i N. N.		70
,, Maria Andrade	1	
,, Juana R. de Edwards	50	
,, T. L. de L	5	
,, Fannie Thompson	1	
,, Josefa Z. de Otaegui	5	
,, N. N		50
,, Delfina Thompson	1	
,, D. de Peró	2	
Una señora	5	
,, Maria P. de Cross	10	
,, Natividad Pividal	2	
,, Felicia R	2	

Digitized by Google

Señora E. F.	2	
,, C. F.	2	
Don Eduardo S del Rio	2	
,, Em. Germai	2	
,, Luis Lavin	2	
,, Cárlos B.	2	
,, P. G. P.	2	
,, Cárlos Bordalí	2	
,, A. H.	2	
,, Amadeo Carrasco	2	
,, Martin R.	2	
,, A. Lanza	2	
,, C. L.	2	
,, Mercedes Lorca	1	
,, Jacinto Núñez	2	
,, Máximo Montaner	2	
,, Fermin Quintero	2	
Señora A. L. de G.	1	
,, Isabel Núñez	1	
,, S. R.	1	
,, T. R. de Q.	1	
,, Clodomira N. de Salvo		50
,, Dolores Alvarez	1	
,, Maria C. de Urqueta	2	
,, S. U. de A.	2	
,, A. R. de Guzman	2	
,, N. N	1	
,, N. N	1	
,, M. A.	1	
,, Cesárea B. de S	2	
,, Mercedes Prieto	1	
Don Dionisio Mora	2	
,, Andres Blest	2	
,, José J. Alvarado	2	
,, Enrique Latorre	2	
,, J. Manuel Latorre	2	
,, F. Fragua	2	
,, Pedro Guarachi	3	
,, José H. Piñeiro	2	
,, José H. Basaure	1	
,, N. N. Acevedo	1	
,, Ramon Condell	1	
,, Ligorio F. Ovalle	1	
,, D. Castro R.	1	
,, S. Palacios	1	
,, José M. Torres	1	
,, Pio 2.° del Fierro	1	
,, Arturo Ramirez	1	
,, J. Hernandez	1	
,, H. de C.	1	
,, J. M. M.	1	
,, F. C. Olivarez	1	50
Don Jerman Pruneda	2	
,, A. Z. Prieto	1	
,, J. B. A.		50
,, Cirilo Padilla	1	
,, Mariano Egaña	2	
,, Rodolfo Garcia	1	
,, N. Grez	1	
Señora Luisa Garcia	1	
Don Domingo Grez	2	
,, S. de la Fuente	1	
Señora Mercedes C. de Castañeda	10	
,, Juana Montaner de Prado	3	
,, M. C. M.	2	
,, D. M.	5	
,, Efijenia de Zegarra	5	
,, Rita Cifuentes de Cifuentes	5	
,, Luisa Viel de Monery	1	
,, Mercedes Muñoz de Adame	5	
,, Rosario A. de Cañas	5	
,, Mercedes J. Tocornal	5	
Tres niños		60
Don Francisco M. Ramos	1	
Señor Intendente de la provincia don Francisco Echáurren	20	
Don Juan D. Navarro i F'	15	
Señor Superintendente de Aduanas de la República don José A. Montiel	10	
Señora Teresa B. de Wilms	10	
Don Erasmo Molina	10	
,, Manuel A. Molina	10	
,, Adrian Molina	10	
,, P. S. C.	10	
,, Mariano Sarratea	10	
Señora A. R. de R.	5	
" Cármen Cortés	5	
" A. T. Alvarez	5	
,, Clarisa V. de S.	5	
Don Lucas Molina	5	
,, Eleuterio Ramirez	5	
,, Manuel Perez	5	
,, J. Benjamin Blest	5	
Señora Mercedes L. de C.	5	
,, Benjamin Molina	5	
,, Eufrosina Villare	10	
,, J. M. L.	5	
,, Carolina P. E. de Vidal	5	
,, Aug. Gullet	5	
,, Carolina Freire de Pretot	4	
,, Domitila R. de Riveros i amigos	18	

La Muerte del Poeta

ADOLFO VALDES.

Marcha

dedicada a los poetas que han tejido su corona fúnebre.

Marcha fúnebre

para PIANO i bandas Militares

29 de Octubre 1873.

compuesta por el profesor

PEDRO SACCHETTI

Es propiedad

VALPARAISO

Setiembre de 1874.

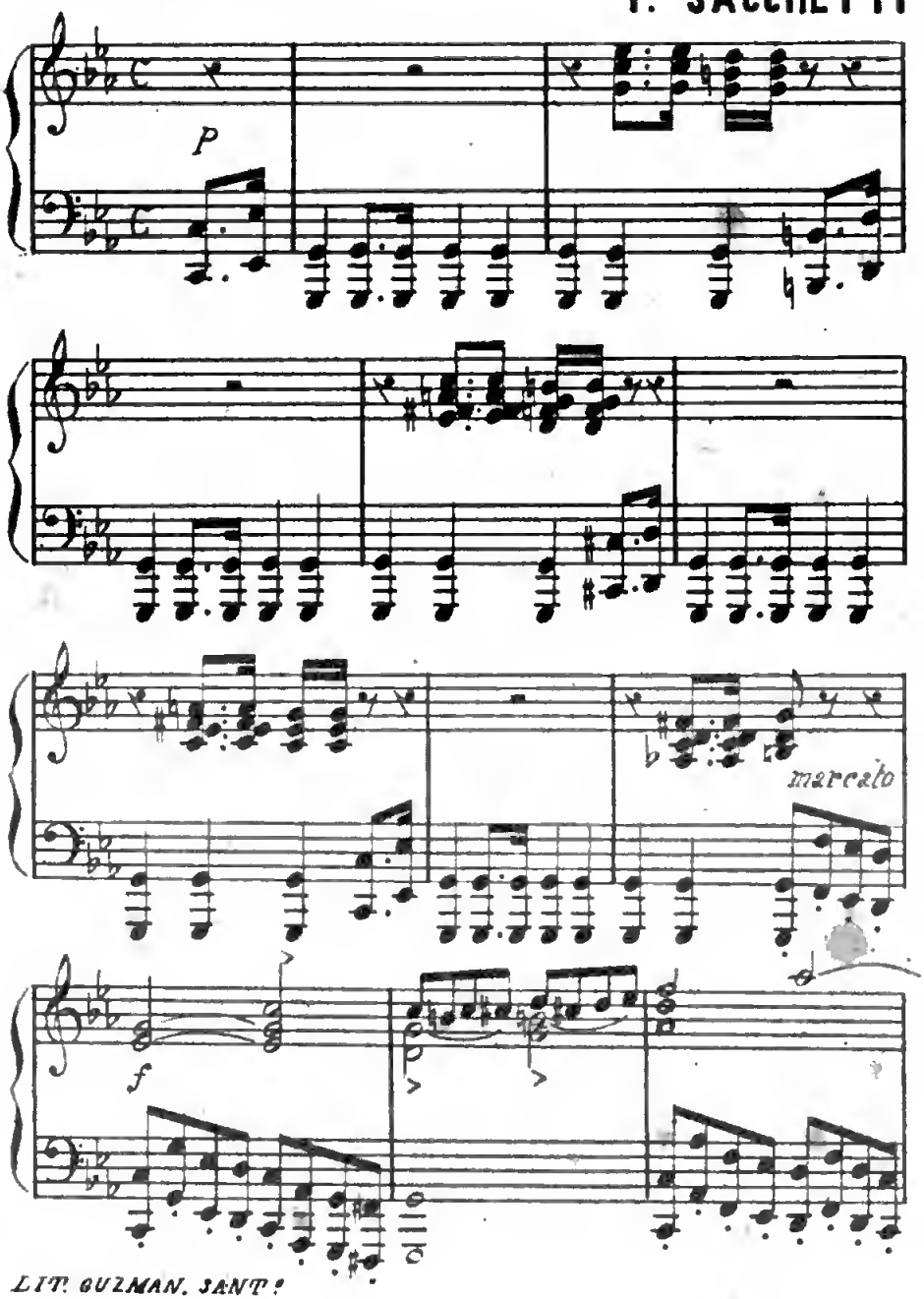
Lith. Hillet Vaut.

Digitized by Google

LA MUERTE DEL POETA
ADOLFO VALDEZ
MARCHA FÚNEBRE

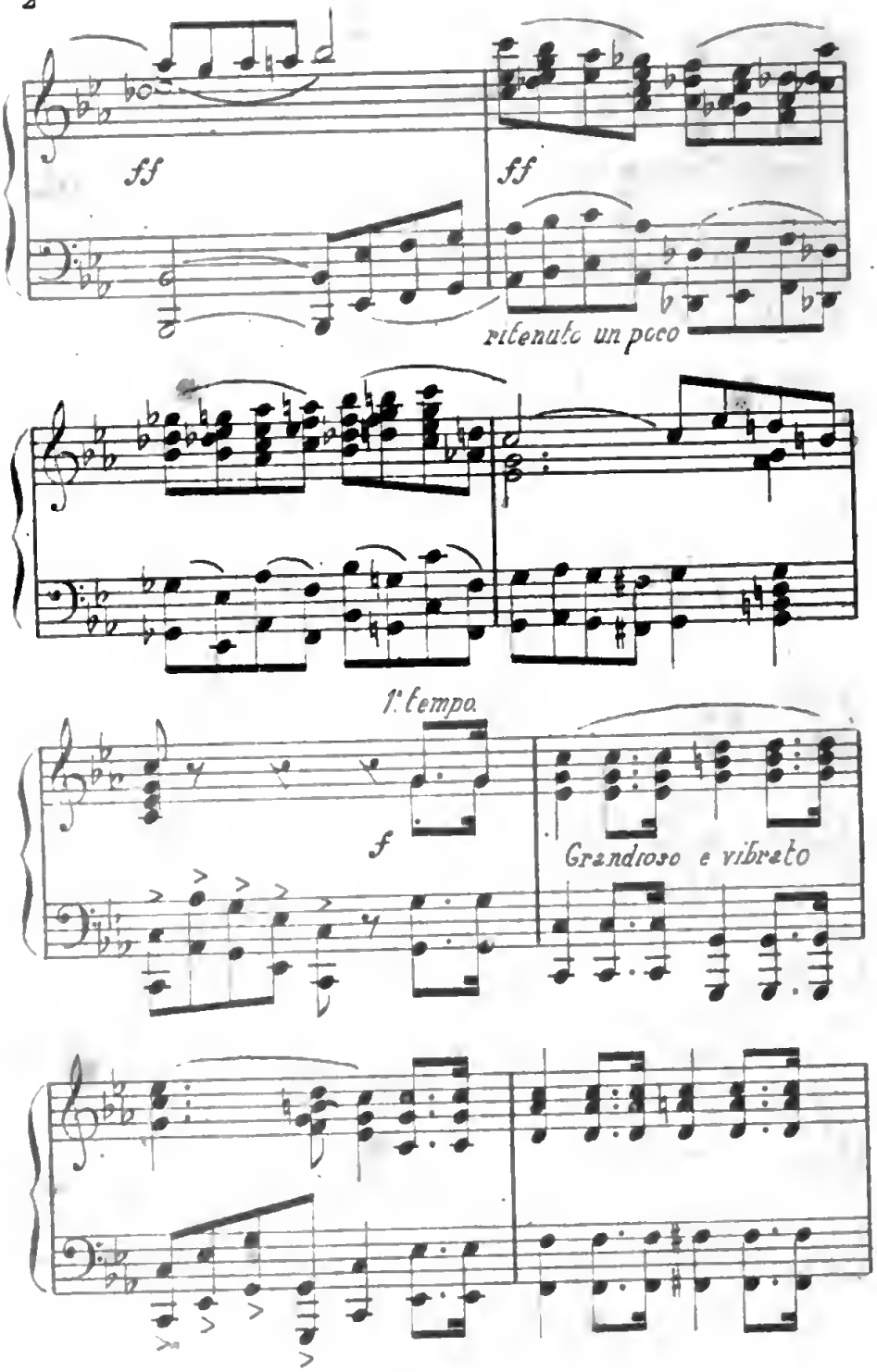
Andante maestoso.

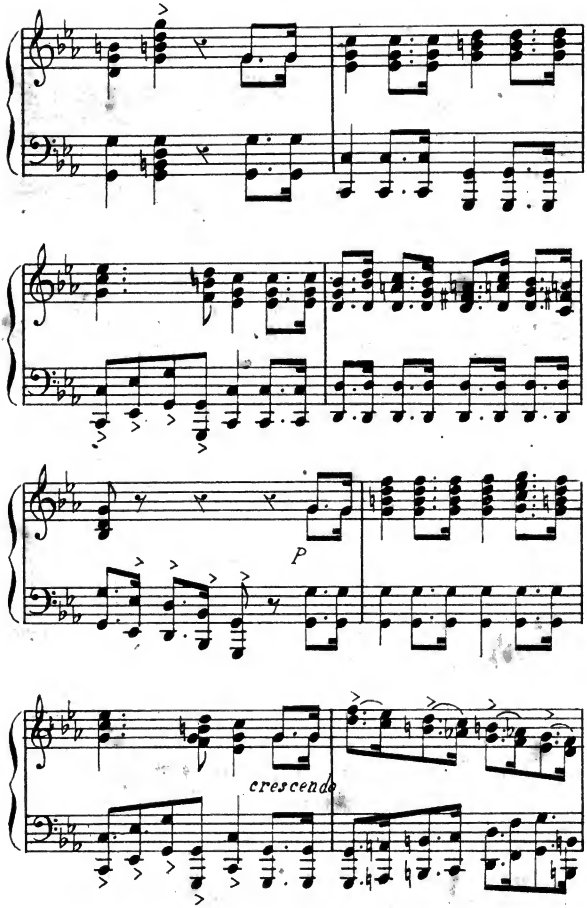
P. SACCHETTI

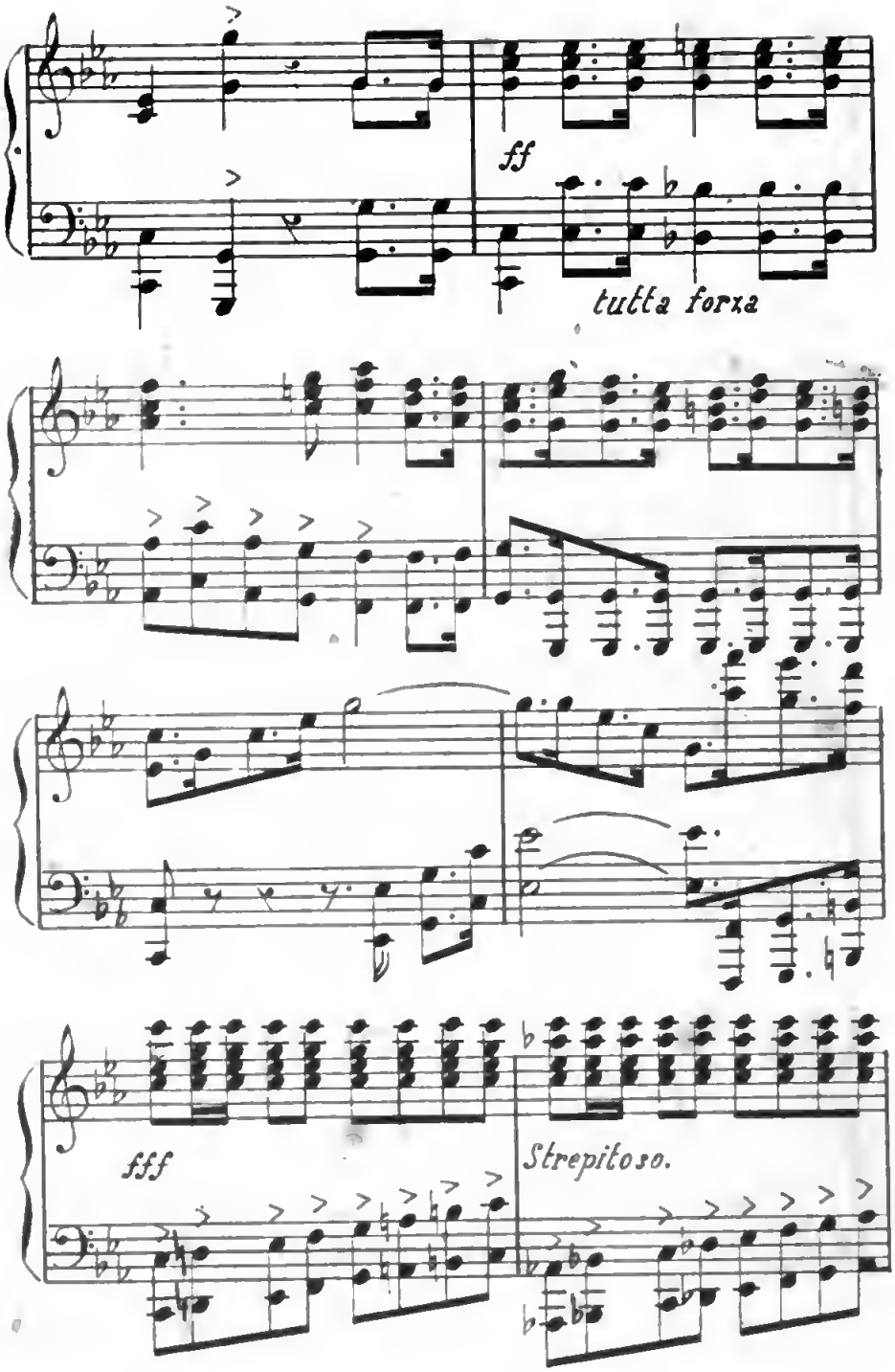


LIT. GUZMAN. SANT.

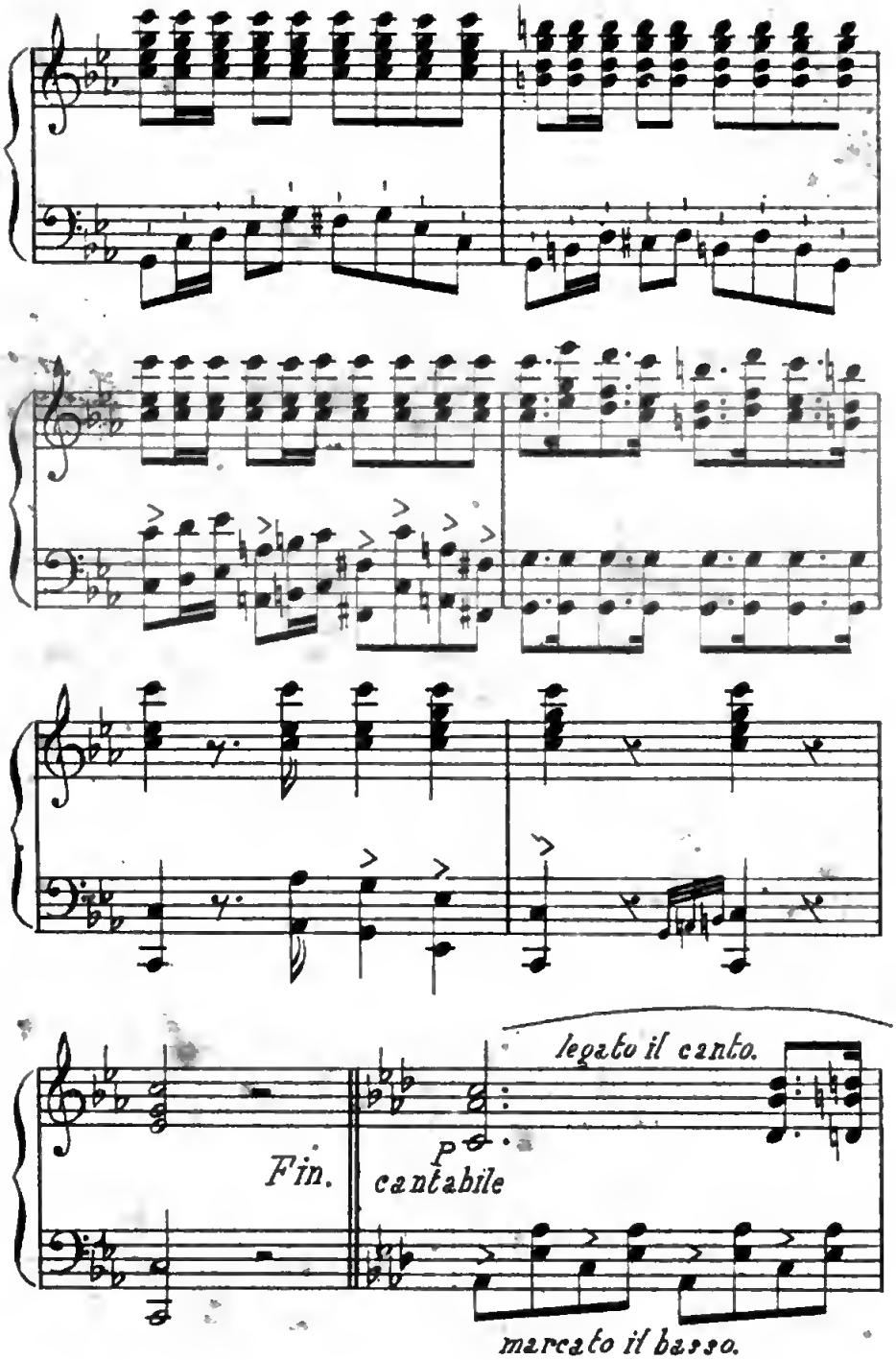
Digitized by Google


ff
ff
ritenuto un poco
1° tempo
f
Grandioso e vibrato

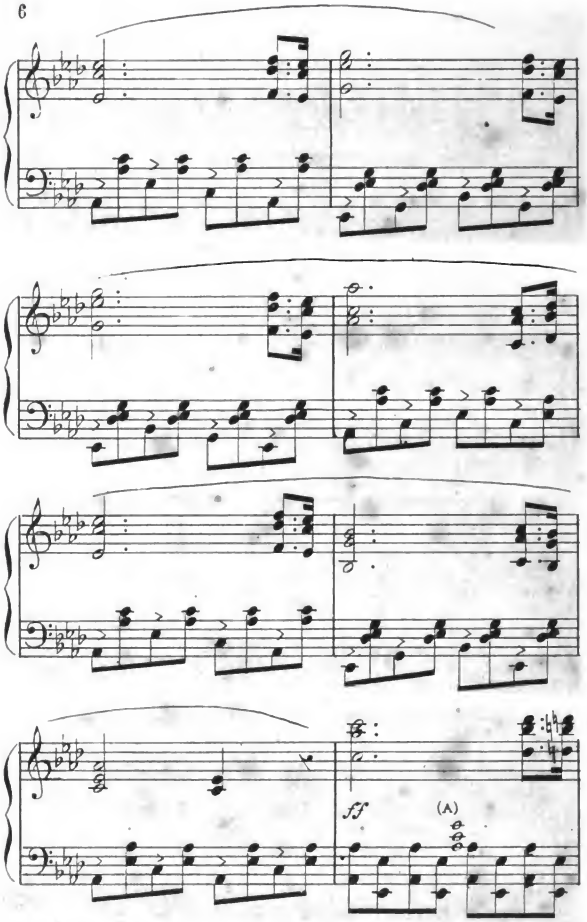

P
crescendo



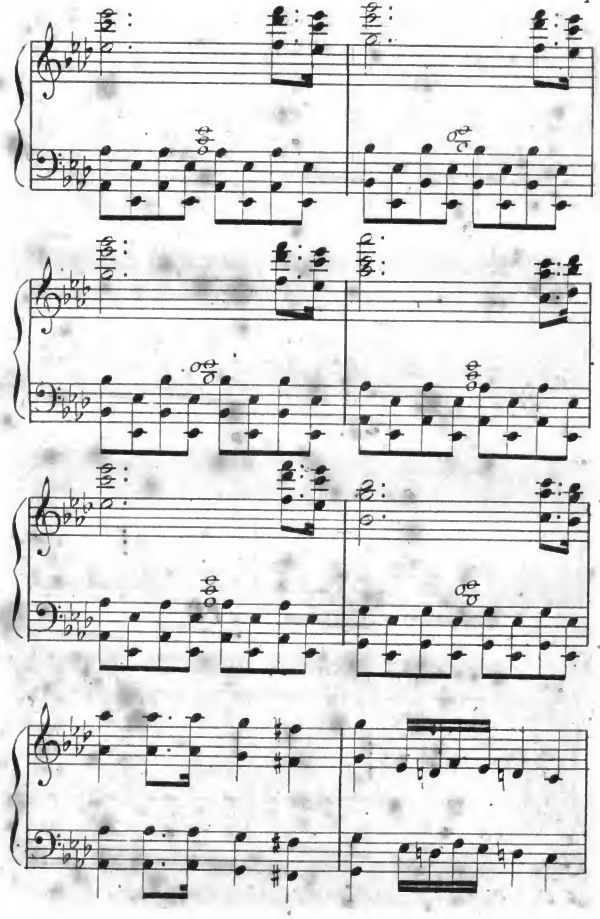
Digitized by Google

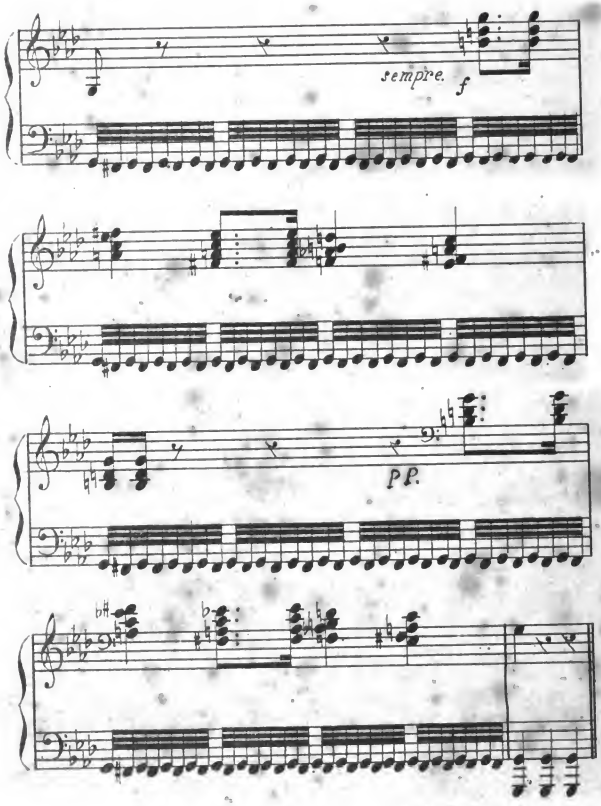


Digitized by Google



(A) *Estas notas son para la banda militar.*





SE REPITE HASTA EL FIN

MAG 2003685